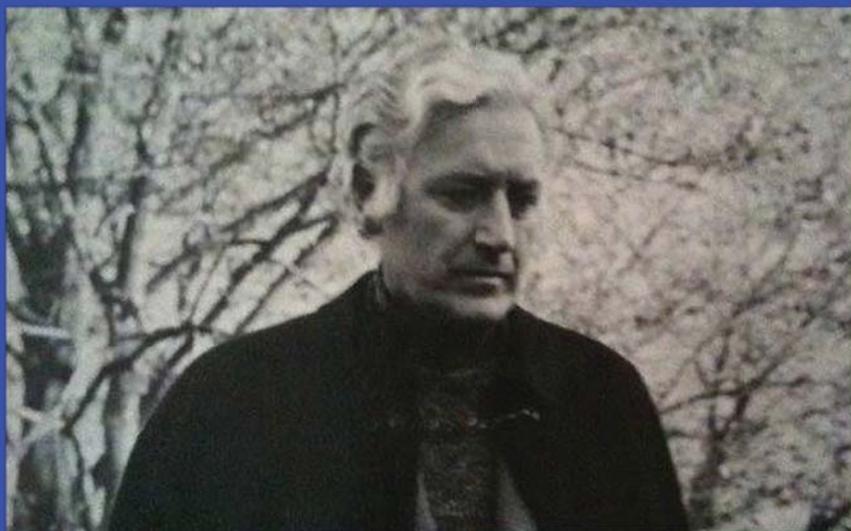


MEMORIES OF HIM & ME

VOLUME 2



MIGUEL SERRANO

BERSERKER

BOOKS

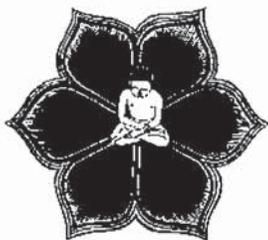


Miguel Serrano

**MEMORIAS DE
ÉL y YO**

Volumen III

Misión en los Transhimalaya



AÑO 109

Ediciones La Nueva Edad

© Miguel Serrano F., 1998
MEMORIAS DE ÉL Y YO
N° de Inscripción: 105.270
I.S.B.N.: 956-288-008-7

IMPRESO EN CHILE

Impreso por
Ediciones Mar del Plata, que actúa sólo como impresor.

Fotos de Roberto Jaras.

*A Subhas Chandra Bose, líder hitlerista hindú.
También desaparece al finalizar la Guerra.
Hoy debe formar parte del "Último Batallón".*

De nuevo agradezco a Sabela, *meiga* de Galicia, quien, con su magia blanca, neutraliza la magia negra del computador. Y a Loreto, la que revisó, catalogó y ordenó la valiosa correspondencia y los documentos que se juntaron en los años.

INTRODUCCIÓN AL TERCER VOLUMEN

*“¿Uno, dos y tres; pero dónde está
el cuatro, mi querido Timeo?”.*

Platón

Los antiguos convivían con los ángeles. Nadie negaba su existencia; ni de los buenos ni de los malos. Swedenborg describió sus vestidos y sus casas. El Maestro decía que las alas de los ángeles eran sus pulmones. Como las escafandras de los astronautas. Cada época hace uso de su propia simbología. La simbología de hoy es la técnica, la mecánica. Un *Ovni*, una nave espacial, que se desprende de un cometa, antes era de seguro un ángel, que dejaba a su Arcángel, a su Dios. O bien, ese cometa, de cien millones de kilómetros de largo, el *Hale-Bopp*, podría ser el Caballo Blanco de *Kalki*, donde viene montado el “Vengador”, a juzgar. El *Último Avatara*, con su Espada Flamígera. Más allá de la escala del sonido se escucha su galope aterrador, en el mes de abril, cuando ha estado más cercano a la tierra y se ha desprendido el *Ovni* con los guerreros, sin saber aún cuál será el final de este mundo agonizante, ni si yo alcanzaré a terminar estas *Memorias*, o si no seré llamado a desenvainar mi espada y a entrar en el Último Combate, en la Guerra que no terminará jamás.

LOS ARQUETIPOS

Siguen siendo un misterio de los más profundos. Dirigen todas las manifestaciones de los hombres, desde sus comienzos. Y es más, la vida de la Naturaleza, incluyendo el cielo, los astros, las

constelaciones. Los signos del zodiaco son arquetipos, que allá se plasmaron aún antes de que el hombre los descubriera. El mismo cuerpo del hombre, del animal, de un árbol, de una flor, de un mineral, de un cristal de nieve, son formas arquetípicas que se repiten en los signos del zodiaco.

Luego, en la historia de los hombres, los arquetipos los agitan, los mueven, una vez que se apoderan de sus almas. Colectivamente (en el Inconsciente Colectivo) escriben sus leyendas, las cuentan: es la Biografía del Arquetipo que los usa y los posee. Sólo la particular sangre de los hombres, que no son los mismos en todas partes, aportará una diferencia, un matiz a la melodía alucinante, que siempre y de nuevo fascina, como si fuera por primera vez escuchada.

Los arquetipos adquirieron vida distinta y diferenciada en sangres diferentes, Y aunque los druidas ya no existan, ni los *godi* de los *Externsteine*, ni los hiperbóreos de la India, el druidismo, el wotanismo, el brahmanismo de los orígenes, aun cuando perdida su tradición oral, como la de los *atumarunas* de Tiahuanacu, de los mayas y de los inkas, siempre será posible revivirlos por una introversión en la memoria de la sangre, que aún subsiste. En el caso del druidismo y del wotanismo, para poner un ejemplo, no se debe renegar de su origen en la expresión y representación de su Arquetipo, yéndose a buscar representaciones ajenas, como sería la plasmación mahometana, por ejemplo. En la sangre celta aún pervive el druidismo; en la del germano, Wotan. Y por medio de una introspección profunda sería posible “constelar” otra vez sus glorias.

El pecado mortal, por hablar así, es cambiar la representación propia del Arquetipo, cayendo prisionero en una representación ajena, que no es la de nuestra sangre. He aquí otra tentación (*inducción*, en este caso) puesta por el Enemigo. Camaradas nuestros están siendo desviados en dirección del mahometanismo. Es la gran tentación en las postrimerías del *Kaliyuga*. Al sentirse solos y rodeados de enemigos, en el desigual combate, no resisten la tentación de ir a buscar una compañía ilusoria. Fue el gran error de René Guenon. El hizo la apología del musulmán; pero jamás hemos visto a un musulmán hacer la apología de René Guenon. Ellos son absolutamente fieles al Mito y a la Leyenda de su Arquetipo y sólo respetan la fidelidad que los otros mantengan por el suyo. El Gran Mufti de Jerusalén combatió hasta el final junto

a Adolf Hitler, porque éste no se había hecho musulmán y los hitleristas apoyaron al Mufti porque sí lo era. Sus Arquetipos no fueron enemigos, sólo su *representación* era distinta. Debía serlo.

* * *

El Universo judeo-cristiano, que impuso su propia *representación* del Arquetipo, destruyendo el Paganismo, es un mundo sórdido y gris, totalmente envuelto por el concepto del pecado, del sentimiento de culpa y del remordimiento. A fines del *Kaliyuga* ha desembocado en la cibernética, la cibertrónica, con el triunfo del *robot* y de la inteligencia de la máquina, como un medio de destruir al hombre, escapando así del sentido de culpa por el suicidio colectivo que sobrevendrá. Y la desaparición de la Vida de la Sangre.

Consolémonos nosotros al saber que esto también es la representación del Arquetipo del *Golem*, que se destruye a sí mismo junto con su creador. Y que en el Eterno Retorno de los ciclos y las rondas ha sucedido infinidad de veces, para dar paso a la Resurrección de los Dioses, tras la Última Batalla, en un Berlín Celeste.

EL JUGADOR DE AJEDREZ

Por los años treinta se hicieron en Alemania películas que llamaríamos proféticas. *Metrópolis*, a la que ya nos hemos referido en los tomos I y II de estas *Memorias*. Ahí aparece el circuito cerrado de televisión y se *duplica* (más importante que *clonar*) a una mujer. También está el film *Alraune* y *La Mujer Artificial*. Todas estas películas las vimos cuando niños en el Internado Barros Arana. El tema de un ser artificial era preocupación de Goethe y de la masonería alemana, desde antiguo. Los directores masones del Barros Arana tal vez lo supieran y preparaban así las mentes de sus discípulos y alumnos para el fin de siglo, ya no tan distante.

Otro film de aquellos años fue *El Jugador de Ajedrez*. Un *robot*, un hombre mecánico, que ganaba al campeón mundial.

A estas alturas en el mundo ya hay muchos seres duplicados. Y hace mucho que las máquinas suplantaron al hombre con su inteligencia y realidad virtual. Con la *simulación*.

Sin embargo, el Hitlerismo lo cambió todo, para darle otra dirección, interpretando, representando el Arquetipo con la presencia del Espíritu. Se reservó, sí, la práctica de esos descubrimientos para casos especiales, como la duplicación de Rudolf Hess, de Martin Bormann y los catorce cadáveres de Hitler, todos iguales y que los rusos encontraron en Berlín, tras la caída del *Bunker* (ver tomo II de estas *Memorias*), en el secreto de una élite, sobrepasada por otra élite aún más exclusiva, que se dirigía por senderos muy antiguos, redescubiertos, y de los cuales lo ignoramos todo, sus prácticas, disciplinas y conquistas.

“DIOS, GOLEM & COMPANY”

Hace ya más de veinticinco años, Norbert Wiener, uno de los promotores de la cibernética, escribió un libro, “*God, Golem & Co.*”. Tenía la sospecha de que el hombre fuera un *robot* creado por Dios, que se habría revelado contra Él, destruyéndolo. Del mismo modo, el *robot* se revelaría contra el hombre, haciéndolo desaparecer.

Y en ese proceso estamos hoy. Porque el *robot* se independizará más allá de lo que el hombre pueda creer y ganará más que una simple partida de ajedrez. Muy pronto llegará a tener intuición, sentido común, sensibilidad y creará su propia concepción del mundo, su *Weltanschauung*, sobre un Universo de otras leyes, o sin ninguna ley, pudiendo así probar que las leyes no existen, siendo sólo prejuicios impuestos por la limitación de la corteza cerebral humana, de su hemisferio izquierdo y de los cinco sentidos de su cuerpo.

Y esto, este drama, se hallaba prefijado desde el comienzo mismo del descubrimiento y utilización de la electricidad, que da nacimiento a todo el mundo moderno, hasta llegar a la electrónica actual... ¿Qué es la electricidad? No lo sabemos. En su esencia misma, en su sustancia podría ser inteligencia. La Inteligencia misma del Mal, que nos ha utilizado para fabricar una envoltura mecánica, la que pueda operar en este mundo y destruirnos, arrojándonos al desván de los deshechos, junto con los tornillos y tuercas de repuesto de su infernal presencia, cada vez más perfeccionada.

Ni siquiera interrumpiendo hoy la electricidad podríamos parar la marcha fatídica del *Robot*, pues, de seguro, ya se autoalimenta, se autoenergiza. Y quienes lo protegen y lo perfec-

cionan son *robots* ellos mismos, *robot-genéticos*, al servicio del Demiurgo, que ha puesto a la cibernética en movimiento precisamente para terminar con el Hombre de origen Divino, que antaño descendió a esta tierra a combatir.

EN EL TERCER REICH

En medio de este oscuro Drama, cuando las sombras parecían envolverlo todo, estalla el relámpago de luz del *Último Avatara*.

Hitler fecunda el Inconsciente Colectivo germano, de modo que al ser iluminado por el Arquetipo, se regenera el alma y el cuerpo de toda una Nación adormecida y se produce una explosión creadora de dimensiones nunca vistas. Ya no hay que temer que la máquina llegue a suplantar al hombre, aniquilándolo, pues el Espíritu ha sido de nuevo encarnado, imprimiéndole al acontecer una dirección y un sentido sobrehumanos. Se ha recuperado el recuerdo de los orígenes, del Paraíso de Hiperbórea, de los ancestros divinos. En lugar de perfeccionar la máquina, se intentará recuperar al Hombre-Dios, al *Sonnenmesch*, al *Übermensch*, al Superhombre, el Hombre-Total, con los dos hemisferios de su cerebro reactualizados, para la mejor expresión de la Mente Incorruptible.

El grandioso experimento se llevó a cabo en lugares muy secretos del *Tercer Reich*: desde 1938 en adelante en el "Paraíso inexpugnable de la Antártica", para alcanzar desde allá la *Tierra Interior*. Se recupera el poder de crear con la Mente, materializando y desmaterializando con el Verbo y con el Signo Rúnico. Para esa élite, la máquina, el *robot*, el computador fueron innecesarios, inventados por el hombre involucionado, que ha inutilizado su propio computador biológico, sus poderes ilimitados, capaces de inventar caminos y de cambiar las órbitas de los astros, evitando las catástrofes que nos esperan.

Mas, todo eso, esa gloria, como un vislumbre de la *Edad Dorada*, como un recuerdo de los *Días Eternos*, desapareció ya de la tierra, pues no era posible su permanencia en el *Kaliyuga*. El *Hombre-Dios* era un habitante de otro mundo. Y ya no volverá. Tras la catástrofe, en el nuevo "Crepúsculo de los Dioses", sobre la corteza de esta tierra agonizante, sólo quedarán los cadáveres de las máquinas.

Mas, ahora, en la Edad del Hierro, seremos definitivamente controlados por el Gobierno Mundial totalitario del Mesías robótico

de Judá, donde seres infrahumanos, humanoides, servirán de alimento a los amos. Sólo hay una solución para la élite guerrera del *Último Batallón*: apartarse, siguiendo el ejemplo de los *Sonnenmensch* del hitlerismo, y recuperar los poderes perdidos, los únicos capaces de derrotar el dominio diabólico del computador y de la electrónica.

Esto fue lo que pretendí realizar a mi regreso a Chile, por allá por los años ochenta, intentando colonizar el sur, junto al sagrado Monte Melimoyu, con la mejor juventud de mi Patria, de España y de otras naciones. Sobre este intento de conquistar un Refugio de Dos Mundos, dando término a un gran *opus alchimicum*, para alcanzar la resurrección y la inmortalidad, se tratará en el cuarto y último libro.

Sí, porque quien haya creído que el Hitlerismo fue sólo un Movimiento político, no ha entendido nada. Fue mucho más que una Religión; fue la *Voluntad de Crear el Superhombre*.

HOY

Sin embargo, se hace cada vez más difícil. Tanto, que quizás debamos “representar” el Arquetipo de la *Saga del Héroe*, en el *Yuga del Héroe*, que aún es válido: ser consumidos por el fuego, por las llamas, combatiendo aquí, para ser reconstituido en el *Walhalla* por nuestra Walkiria y por los Dioses, que nos entregarán duplicado aquello que no alcanzamos a realizar en la superficie de la tierra, al combatir aquí a pecho descubierto.

* * *

Chile es un país único, de vibraciones sutiles, transparentes, cimbrándose como una espada clavada en la roca de los Andes. Es *Excalibur*. El Enemigo lo sabe y por eso utiliza otros medios para combatirnos. En Chile aún hay libertad de información. Aquí se usan otros métodos más sutiles y peligrosos. La población entera de este país y del Cono Sur de América está siendo hipnotizada y manipulada. La más tenebrosa conspiración se está desarrollando desde Chile, como el lugar de proyección ideal para hundir a todo un mundo, primero en el caos y luego en la esclavitud del Mesías de Sión, preludio de la hecatombe de la Tierra.

Desde el 9 al 12 de abril de 1997, se desarrolló en Santiago de Chile la gran reunión de la Confederación Masónica Inter-americana, con asistencia de todos los Grandes Maestros de los países que la componen, más los de España, Portugal e Italia. La inauguración la presidió el Ministro del Interior de Chile, con la presencia del Presidente de la Corte Suprema. El 12 de mayo del mismo año, en Valparaíso, se celebró el “Convento Nacional Masónico” de todos los maestros de las logias mixtas, presidido por el Gran Maestro del Gran Oriente de Chile. Varios senadores y diputados estuvieron presentes, al parecer. Hay un tema fundamental, que la hermandad masónica inferior aún cree no resuelto. Es el del *esoterismo*. Pero hace tiempo ya que la corriente de *Menfis-Misraim*, se habría impuesto, trabajando en la creación del Mesías-Golem de Judá, con varias duplicaciones y clonaciones, para hacerlo aparecer ubícuo. Las reuniones de Chile habrían tenido por objeto principal informar de esta dirección, hecha pública con la clonación en Escocia, por los hermanos “Sinclair”¹, de un “Cordero”, precisamente. Justo cuando la Iglesia de Roma entregará su Mesías, el “Cordero de Dios”, para ser suplantado por el Mesías de Judá. Y todas las Masonerías de América comenzarán sus clonaciones propias, dirigidas por el Gran Maestro de Chile.

¿Por qué la Confederación Masónica Interamericana será presidida en los tres años próximos por el Gran Maestro chileno? ¿Qué irá a pasar en estos tres años? ¿Qué nos espera? El sincronismo entre los acontecimientos humanos, terrestres y cósmicos nos hace esperar nada bueno.

Un clima siniestro y pesado envuelve nuestra Patria, empañando la visión del Paraíso, de modo que ya no vemos los “ángeles buenos” (los *Ovnis de Aldebarán*), porque ya no nos visitan, pues aquí ya no encuentran la atmósfera en que ellos *son*: el aire del Espíritu.

* * *

Lo que habrían tratado los grandes consejos masónicos recientemente celebrados en Chile es: el fin de los tiempos sionísticos

1. Grandes Maestros hereditarios de la Masonería del Rito Escocés.

y la entrada a los mesiánicos, con la instalación en la Patagonia de la Sede del Mesías de Judá.

Así, se cumple definitivamente la increíble conspiración de Teodoro Herzl, que en 1895 y con anterioridad a la divulgación de “Los Protocolos de los Sabios de Sión”, publica su libro “*El Estado Judío*” (*Judenstaat*), declarando a Argentina como el lugar para fundarlo, además de Palestina. “En cincuenta años más”, dice, “el Estado Judío será una realidad.” Y justo en 1945, con el final de Alemania, esto se hace posible en Palestina, instalándose una democracia judía, régimen que a Herzl no le gustaba. Pero en otros cincuenta años se instalará la “*Monarquía Mesiánica*”, con que él sueña, en el sur patagónico argentino y chileno. El “*Rey del Mundo*”, en las zonas más ricas del planeta, con minerales, vegetales y con salida a dos océanos y dominio sobre la Antártica.

Herzl hasta indica la forma en que se adquirirá ese Estado: comprándolo. Y muy barato. Así se apoderaron de Laguna del Desierto. Y, ahora, un “palo blanco” de los judíos compra regiones enteras, y a vil precio, en la Patagonia Chilena.

El sueño del judío Cristóbal Colón, de encontrar una patria de promisión para su estirpe expulsada de España, el mismo día en que inicia su navegación, sueño también de los “Padres de las Patrias Masónicas” de la Independencia americana, es cumplido, celebrado, al fin, con la entrega de nuestra tierra mágica al Mesías *clonado* de Judá.

Y hemos sido muy pocos los que nos hemos opuesto, con conocimiento cabal de lo que sucedía, luchando hasta el último por defender el sueño de nuestra generación: Hacer de Chile un País soberano, fuerte, con sentido de Nación y orgulloso de su raza, con conciencia de que la magia de esta tierra de cumbres divinas, haría posible la reaparición del *Hombre-Dios*.

MISIÓN EN LOS TRANSHIMALAYA

ENTRE MAR Y CORDILLERA

El chileno no es un hombre de entre mar y cordillera; el chileno es un equilibrista que camina a lo largo de un angosto territorio, como sobre el filo de una espada. O se cae al mar, o se le desploma encima la montaña. El chileno es un hombre torturado por dos abismos, por el Abismo. Por más de un siglo se curó este terror “curándose”, con el mosto de los ásperos vinos de sus valles transversales. Y ahí sobrevivió, tratando de olvidarse de todo lo demás. Muy pocas veces salió al extranjero y cuando lo hizo antaño, con su clan medieval a cuestas, hasta se llevaba consigo las vacas en las bodegas de los barcos. Salió sin salir de Chile. Nunca creyó que existiera nada fuera de este “sable de equilibristas”, más allá del abismo que lo rodea. Fantasmas y gorgonas, monstruos de la Mar Océano, o espíritus de los minerales, en los secretos corredores de las montañas. Y esos fantasmas se ponían nombres: franceses, alemanes, ingleses, argentinos y hasta japoneses. A Francia salió Vicente Huidobro y volvió a morir a Chile. D'Halmar era el “Hermano Errante”; Neruda, el comunista que visitaba a Stalin; Joaquín Edwards, el excéntrico genial, que gastaba herencias en Montecarlo y regresaba aquí sin un peso; Benjamín Subercaseaux, otro tanto. Pero todos volvieron después de comprobar que lo que habían leído sobre el mundo de afuera, en las casas señoriales, en los colegios y en las universidades, con una educación sabia, humanista y siempre al día, misteriosamente al día, era superior a la realidad. Así fue siempre, con España, con Inglaterra, con París. Y así me pasó también a mí en la India. Pero cincuenta años atrás, muy pocos escritores chilenos habían viajado fuera de su patria; ni Mariano Latorre, ni Luis Durán, ni Eduardo Barrios, ni Pablo de Rokha, ni Daniel de la Vega (quien fue a España por primera vez en un barco que zarpó de Valparaíso cuando yo partí a la India). El crítico Alone, quien vivió con la imaginación en París, especialista en Proust y en la literatura francesa, jamás salió de Chile (de la capital, me atrevería a decir). Por todo esto, cuando la Guerra Civil española se llevó a Santiago del Campo y luego lo trajo de vuelta, para nosotros se transformó en un héroe. Iba a tocar con sus manos nuestros sueños, los palacios, los castillos, las catedrales, las ruinas y a los mismos “conquistadores conquistados”. ¡Cómo habría Héctor Barreto dado hasta dos no-

ches de sus mejores sueños por ir a la Grecia de la *Edad Dorada*, a reflotar la Barca de los Argonautas!

Todos fueron y todos volvieron, menos Santiago del Campo, en su último viaje, y Anuar (Guillermo) Atías... Pero esto es ya otra historia... Bien saben los exiliados que no hay dolor más grande para un chileno que estar lejos de Chile (me refiero a Atías, a Enrique Bello y al Padre Lacunza²), de este lugar mágico, único en todo el Universo, que los hizo nacer chilenos, que alimentó la sustancia de sus huesos con la savia de las profundidades de la tierra, con las raíces, con el perfume de los aromos, de los espinos, e hizo crecer sus almas con la visión de la nieve de sus cumbres tan puras, y de sus volcanes. Y que ni siquiera interrumpió ese sentir la catástrofe y los terremotos.

* * *

El fenómeno del provincianismo es común a las dos o tres Américas, en relación con la civilización occidental. Curiosamente, lo es menos en Chile que en ninguna otra parte. Débese a que muy pronto se dejó aquí la educación medieval y religiosa hispánica, bajo la influencia de la masonería, pienso, y sus directores del Gran Oriente francés. De este modo la Universidad se afrancesó, digámoslo. Y no sólo la Universidad, ya que el Ejército hizo la Guerra del Pacífico con el uniforme y el quepis franceses. Pero esto no habría sido suficiente, hasta que un acontecimiento especial vino a cambiar las cosas: Bismark, con su apoyo a Chile en esa misma guerra y el agradecimiento que abre las puertas a la inmigración de una raza con simpatías especiales con el elemento vernáculo de esta tierra; vienen los instructores prusianos del ejército y la marina y los profesores, filósofos y sabios alemanes a la docencia. Resultando así la más extraña situación psicológica del chileno: incredulidad de que el mundo externo exista y, a la vez, compenetración con la leyenda y el mito de la cultura occidental; con su espíritu. Y es por eso que el sueño será siempre superior a la realidad. Bien aventurados, entonces, aquellos que aquí se quedaron y no salieron, que soñaron y no vieron, como Barreto...

* * *

2. "Sólo sabe lo que es Chile quien lo ha perdido".

Nada ilustrará mejor estos sentimientos encontrados, esta confusión de sentimientos, que mi propio primer viaje al extranjero y, más aún, el segundo. El primero fue a Argentina, cuando quise combatir en la Guerra junto a los alemanes y fracasé en mi intento. Al regresar, cruzando la frontera, habría abrazado al carabinero del confín, a ese hermano viril y sobrio, defendiendo nuestra tierra, todo lo que somos y nos representa, en el mismo límite de las cumbres.

La segunda vez fue en 1951, en un vuelo de la “*Panair do Brasil*”, filial de la “*Panagra*”, donde yo trabajaba. Iba a un “Congreso Mundial de la Prensa”, acompañando a los representantes chilenos: Mario Vergara Parada, director de la Revista “*Vea*”, y Mario Vargas Rosas, fotógrafo y hermano del pintor Luis Vargas Rosas. Yo llevaba la representación de “*El Mercurio*” y de la Revista “*Zig-Zag*”.

Los aviones a hélice de esos tiempos eran más cómodos y amplios. Sus ventanales más grandes que los actuales permitían ver y soñar. En el cruce del Atlántico creía descubrir el mar de los Sargazos, conociendo que la Antártica, que yo había recorrido hacía sólo tres años, era la misma Atlántida, allá trasladada y congelada por la precesión de los equinoccios.

Cuando llegamos a París, Mario Vargas, que jamás había salido de Chile, se paró en medio de la “*Place de la Concorde*”, abrió sus brazos como si quisiera abrazar toda la ciudad y dijo: “¡Está igualita...!”.

Con nosotros viajaban unos periodistas argentinos quienes también salían por primera vez de su país y se sentían totalmente desamparados, sin poseer siquiera nuestra defensa “humanista”, ni mayor cultura. Nos hicimos amigos y se juntaron a nosotros como náufragos. Su actitud fue rechazarlo todo, en una reacción de autodefensa desesperada. Frente al Obelisco de la “*Place de la Concorde*” decían: “Che, el de la Plaza de Mayo tiene varios metros más de altura”. Y Mario Vergara: “Escucha, che, pero este tiene veinte siglos...”. Mirando los viejos y bellos edificios parisienses: “¿Qué les encuentran? ¡Están sucios!”. Y Mario Vargas: “No es suciedad, che, es la pátina del tiempo...”. En Venecia encontraron que la ciudad estaba inundada. Y en Roma, que todos los apellidos eran argentinos...

Cuento esto no con el objeto de ironizar, sino para señalar una diferencia que entonces recién descubría entre nuestra gente y el

resto de los países que nos rodean. Siendo todos provincianos (en aquellos años), las reacciones de defensa eran las opuestas. Nosotros lo encontrábamos todo bueno; ellos, todo malo. Pero provincianos y desubicados éramos todos, como lo prueba una escena ocurrida en la “Place du Tertre”, en un pequeño restaurante cercano a “Le Sacre Coeur”. Una noche, con mis dos amigos, Mario Vergara Parada y Mario Vargas Rosas, el mismo que se había imaginado tanto a París como para encontrarlo “igualito” (igualito a sus sueños), se bebía, bailaba y cantaba. Una “mamá” francesa saltó al redondel y danzó un baile típico en medio de aplausos y exclamaciones. Alguno en la orquesta se enteró que éramos chilenos e improvisó una música, entrejota española y cueca. Pues bien, Mario Vargas, que había bebido demasiado *pernod*, salió a bailar solo, animado por el entusiasmo del público de extranjeros amables. Pero no encontró nada mejor que danzar la “Cueca del Manco”, que, además, era tuerto y cojo. Se puso un parche en un ojo, se sacó una manga de la chaqueta, mientras recogía y ocultaba un brazo. Y bailó renqueando. El espectáculo era tan macabro que aún me avergüenzo. Los franceses no entendían nada y muy pronto pararon la música, para que esa “cosa” horrible terminara. En Chile, en cambio, se habrían muerto de risa. Porque el feísmo es también el espíritu nacional, quizás si como un contrapeso necesario a la belleza insoportable de la naturaleza que nos rodea. Ya Keyserling lo vio y lo dijo en su gran libro “*Meditaciones Sudamericanas*”. El baile menos bello que él había visto en el mundo era la cueca, en el que el chileno se solazaba en lo más feo: unas gordas –verdaderos “toneles con patas”– bailaban acompañadas de rotos curados, pateando la tierra y levantando nubes de polvo. Y, en medio de gritos de “¡Viva Chile, mierda!” (mezclando el nombre de la Patria con la mierda, escribía Keyserling), los chilenos se destripaban a cuchilladas... un 18 de septiembre, el Día Nacional, por supuesto.

Y esto no es sólo propio del bajo pueblo. En India recibí al poeta afrancesado y surrealista, Enrique Gómez Correa, acompañado de su amigo, el abogado Oyarzún. Les llevé conmigo a visitar en Rishikesh al Swami Sivananda. Y en pleno *Ashram* se pusieron a cantar cuecas (la del “Guatón Loyola”). A pesar de todo mi apuro no llegué a mayores, pues, al parecer, los monjes y *chelas* creyeron que se trataba de *mantras* chilenos... ¿Cómo podrían imaginar otra cosa?

Sin embargo, el chileno muy luego cambia, se asimila y se supera. Un año después retornó Enrique Gómez. Venía transformado, arrepentido e interesado en todo lo de India. Ahora, empezó a caminar sobre las aguas. Primero, en la piscina de mi residencia, luego, en el Ganges. Igualmente, por separado, retornó Oyarzún. Y también con otro espíritu. Había sido secretario del Presidente Gabriel González Videla, y me contó una curiosa escena que le tocó presenciar, cuando Jorge Alessandri, futuro Presidente de Chile, fue a presentarle la renuncia como Ministro de Hacienda a González Videla, quien se enfureció, gritándole: “¡A mí nadie me presenta la renuncia; yo la pido! Y a usted, ‘italiano operetero’, ¡lo echo!; ¡Está despedido!”. Alessandri se afirmó en la ventana de la oficina presidencial y se puso a sollozar...

* * *

La impresión que me causó ese primer viaje a Europa, en 1951, sólo seis años después de terminada la Segunda Guerra Mundial, la describí en varios artículos publicados en “El Mercurio”, de Santiago.

Voy a reproducir a continuación sólo uno de ellos: “Europa y Sudamérica”, publicado en “El Mercurio” de Santiago, el 20 de octubre de 1951. Como en una peregrinación fui a Berchtesgaden, hasta la casa de Hitler, en ruinas por los bombardeos, pero aún no destruida completamente. Lo he dicho en el tomo II de estas “Memorias”. Fue mi tío Joaquín Fernández y Fernández, a la sazón Embajador de Chile en Francia, quien me facilitó estos viajes: a Suiza, para mi primer encuentro con Hermann Hesse, ya relatado en “El Círculo Hermético” y también en el tomo II; a Italia, a mi encuentro con Giovanni Papini, el querido escritor de mi adolescencia, en Forte dei Marmi, cerca de Viaregio. Esta entrevista también fue contada en una extensa crónica del diario “El Mercurio”, en su página literaria de los Domingo.

“EUROPA Y SUDAMÉRICA”

“Si alguien nos preguntara cuál es, a nuestro juicio, la diferencia existente entre Europa y Sudamérica, tendríamos que empezar diciendo que estos continentes son dos mundos distintos. Hay siglos, hay edades que los separan. Y estas diferencias se

refieren también a una diversa estructura del hombre que los habita y a distintos estadios de la evolución humana.

“La primera impresión de esta diferencia se nota en algo del aire, en la misma atmósfera de Europa. En seguida, el sudamericano de sensibilidad que va allá dispuesto a abrirse a las impresiones y a captarlo todo, libre de prejuicios o de ideas preconcebidas, pero sin dejar de ser lo que es porque no puede, deberá admirarse del regocijo de las cosas, de la gloria y del peso de las ciudades. Tratemos de explicarnos. En Europa el espíritu humano ha atravesado el paisaje, ha dicho su palabra y lo ha humanizado todo; no hay un lugar, no existe un resquicio por donde el espíritu no se haya introducido y no levante su canto humano de gloria. En cada ciudad, en cada catedral o ruina, está la historia del hombre, no como ente vegetativo, sino como acción, como esfuerzo, como drama. Si uno mira una piedra, en ella encuentra una huella de la historia y un reflejo del alma. Las viejas catedrales, las antiquísimas ruinas, están sostenidas aún por un espíritu que no muere y que late visible y palpable. Esto también es un peso para ese hombre europeo que a veces quisiera descansar y que no puede, porque sus cosas, sus altas creaciones, se lo impiden, haciéndole presente su gran responsabilidad. El hombre se mueve a veces sintiéndose extraño, cansado ya, en ese museo del espíritu que es Europa, entre palacios y ruinas, como deseando sacudirse y volver al seno indiferenciado del comienzo.

“Esta es la contraparte, el peso de la grandeza y la cumbre final del espíritu, que dijo su palabra y que tal vez no se renueve.

“En Europa hasta las piedras hablan un lenguaje humano. Las cumbres de sus montes no son soberbias, ni feroces. Están domadas, vestidas de suaves bosques, de nieves que parecen mantos de novias, desposadas con el hombre. La roca que uno encuentra en el sendero, habla un idioma que no es el de la piedra prístina y vernácula, sino que es el lenguaje del hombre que durante siglos ha estado mirando esa piedra. Todo está humanizado ya. Las cosas seducen y atraen con la energía y la alegría del espíritu. Es decir, todo es arte. El detenerse en una calle a mirar produce alegría y es una emoción de arte. Lo más insospechado puede acontecer. En París, las mesitas en las calles están siempre frecuentadas, en cualquier hora del día. Es de suponer que la gente debe tener en Europa más necesidades que en Sudamérica; sin embargo, no vive tan apurada como nosotros y se da tiempo para mirar, para sentir, en algún instante del día. Es la ventaja

del espíritu y de la cultura. Allá se sabe vivir y se sabe morir. De la vida y de la muerte se ha hecho un arte. Francia es la dulzura, es el término medio; Italia es la gloria de la luz, un museo de siglos bajo el sol, y también es el deseo de poder, la fuerza del poder (pero de un poder consciente, no primordial) reflejado principalmente en la grandeza del Vaticano. Y es la voz de Dios, en la gloria de la luz, de Fray Angélico, en Florencia. Las máximas tensiones y los más altos dramas del espíritu están representados por España, en un extremo, fanática y moralmente generosa; y por Alemania, en el otro, romántica y cósmica, renaciendo siempre de sus cenizas, como el Ave Fénix, bajo un cielo nublado de tragedia.

“Esta es Europa; su hombre, su historia.

“En cambio, Sudamérica es, por hoy, la Naturaleza solamente. La historia de América del Sur es la de sus cataclismos y de sus terremotos. Sus más grandes dramas no son siquiera sus revoluciones, sino las luchas del hombre en contra de las fuerzas naturales. En Europa se sabe vivir; en Sudamérica hay que aprender a sobrevivir. A pesar del clima europeo más duro que el nuestro, allá hay algo que ayuda a vivir. Pruébanlo así los muchos ancianos vigorosos que suelen verse en Europa. Es también otra manifestación de la vida traspasada por el espíritu, o de las altas culturas, el respeto por todas las edades de la vida y la admiración por la serena ancianidad. En Europa el hombre y la mujer maduros son apreciados más que la juventud: la mujer joven se siente honrada de ser cortejada por un hombre que peina canas. Y la mujer que ha sobrepasado bastante los treinta, es amada mayormente que una jovencita que se inicia en la vida. El culto fanático de la juventud es propio de los pueblos aún informes, que valorizan la hombría, por ejemplo, no por los reales valores del espíritu, sino por la potencia genética, las oscuras fuerzas de la tierra aún dispersas e indomadas, y por las formas exteriores y densas de la materia. Europa comprende, al igual que el Oriente vetusto, que la ancianidad es un gran camino transcurrido a través de un duro valle, que es dolor y experiencia acumulados. En cambio, entre nosotros, aun desde el punto de vista puramente físico, o de la alimentación, digámoslo, sucede lo contrario. Todo parece confluir para que el hombre viva pocos años. En Chile, por ejemplo, los alimentos nutren menos, y el clima, en apariencia mejor que en Europa, es enemigo del hombre. Falta la cal y existen muchos otros elementos adversos. Nuestra vida también es dura y sin compensaciones. El espíritu

aún no aparece y la naturaleza está virgen y salvaje. Las fuerzas desatadas nada tienen que ver con el hombre y actúan en contra suya. Las rocas de los montes y la selva reinan, y es únicamente la voz lejana y vernácula de sus dioses desconocidos la que a veces se oye en los grandes desiertos. Todo el trabajo del hombre está aún por hacer. Y, en esta lucha, es el ser humano el que pierde. La inmigración sirve solamente como una fuerza de refresco en el combate desigual con este mundo hostil.

“Es únicamente una ayuda momentánea y material; pero que no soluciona el problema profundo, que es de otra índole y de otra especie más compleja y sutil. Por éstas, y otras varias razones, el hombre, en Sudamérica, aún no vive, sino que vegeta. Porque además hay una fuerza psíquica, oscura, que tira hacia abajo y hacia la derrota. Aquí es difícil encontrar estímulo o amor. Las fuerzas motoras son las negativas de la envidia, o de la revancha. Y el resultado final es el clima de la tristeza y de la amargura.

“Por todo esto Sudamérica es un continente enormemente duro. Es un continente para superhombres y para conquistadores. Pues la conquista todavía no ha terminado y falta realizar su parte más importante: el entronque espiritual y la interpretación del paisaje. Por ahora, en este mundo ignoto, la muerte se encuentra a cada paso. Y la peor muerte, la del alma. Para sobrevivir, el hombre tiene que crearse un mundo propio y, con gran esfuerzo individual, ser capaz de alcanzar hasta el privado mundo del espíritu.

“En Sudamérica es labor personal, culto solitario y apartado. Sin embargo, este trabajo y este esfuerzo son la mejor posibilidad que brinda nuestro continente como compensación: unos pocos hombres podrían vivir aquí una existencia realmente profunda y solitaria, casi mística y religiosa, como la mejor forma de sobrevivir frente al mundo adverso.

“Creemos nosotros que esto último, cumbre de la existencia espiritual del hombre sobre la tierra, por extraña paradoja, deberá ser más difícil de alcanzar en el presente de Europa. Porque la introversión tiene que ser muy dificultada ahí por la seducción de lo externo y del amable y humanizado contorno. Lo externo seduce en Europa, al revés que en Sudamérica, donde el mundo de lo concreto nos es hostil. Allá el espíritu está objetivado ya, en las cosas, y es el espíritu de las generaciones que precedieron. El hombre, que además ha hecho un arte del vivir exterior,

suavizando el ambiente, podría pasarse la vida tomado por lo de afuera, entretenido en el contorno, que ha sido conformado por el espíritu del pasado y ya no tendrá el valor de volverse hacia adentro, donde algo está muriendo, para recrearse y recrear otra vez el mundo. He aquí el peligro. Porque no hay nada más difícil que el gran esfuerzo que tenemos que hacer para encontrarnos a nosotros mismos en el fondo de la propia soledad.

“El mundo, en general, ya está despoblado de hombres, como alguna vez existieron en los grandes y remotos tiempos. En Europa son sus huellas, sus cosas, sus palacios y sus ruinas. En Sudamérica es la grandiosa y solitaria naturaleza. Quizás si por esto sea más fácil que algún día reaparezcan aquí, antes que allá.

“El hombre nace y crece de su propio y ya desamparado corazón. Y la salvación del mundo tal vez no provenga tanto de una nueva teoría, de una nueva concepción religiosa o económica, como de la aparición de un hombre nuevo.

“Lo cierto es que por ahora se hace necesario mucho valor y empuje de conquistadores para vivir en Sudamérica”.

* * *

“Panagra”, donde trabajaba, se hallaba asociada a la “Panair do Brasil”, empresa aérea brasileña. El entonces Presidente de Chile, Gabriel González Videla, que antes fuera Embajador en Brasil, tenía muchos amigos en ese país. “Panagra” invitó a Chile al presidente de la “Panair”, Paulo Sampaio; al periodista, Asís de Chateaubriand y a la aviadora, Anesia Piñeiro Machado. Entre ella y yo se estableció una espontánea corriente de simpatía. Me invitaron a ir a su país. La “Panagra” aceptó esta invitación, autorizándome el viaje. Fue así cómo pude conocer Río de Janeiro y, lo que era más importante, volar con Anesia Piñeiro Machado, en esos años aún vecinos de la Segunda Guerra Mundial. Era como hacerlo con la piloto de prueba alemana Hanna Reitsch. Así me lo imaginaba al ir en ese pequeño avión, de dos plazas, a cabina descubierta y con una sola hélice. Anesia delante y yo atrás, comunicándonos a gritos. Sobrevolamos la bahía de Río de Janeiro, por encima del Pan de Azúcar. ¿Cómo podría yo imaginar entonces que un día llegaría a conocer a la heroína germánica, intimando con ella, para intentar también volar juntos sobre el Polo Sur y penetrar en la “Tierra Hueca”? Esa vez, con la aviadora brasileña, cumplí un acto profundamente simbólico: retiré de mi dedo un

bellísimo anillo con una piedra de luna y lo arrojé desde el avión al Océano Atlántico.

Ese anillo había pertenecido a la poetisa chilena Teresa Wilms Montt, quien se quitó la vida en París, una Navidad hace ya muchos años. Me lo había regalado su hija, Silvia Balmaceda, tan hermosa como ella.

Devolví así al mar, a las profundidades del Inconsciente Colectivo, donde ella se halla, esa joya que amó, perteneciéndole ahora por siempre y para siempre.

* * *

Llegó a su fin la presidencia de Gabriel González Videla y, con ésta, el decenio radical en Chile. Había que elegir a un nuevo presidente. Los antiguos nazis apoyaban a don Jaime Larraín García Moreno, agricultor y aristócrata, por sus “treinta y tres costados”. Además, nacionalista y fundador del Partido Agrario-Laborista, al que entraron a formar parte René Arriagada, Mario Montero, Sergio Onofre Jarpa, Alejandro Hales y mi hermano, Diego, entre otros. Sin embargo, el candidato debería ser elegido en una Convención de los Partidos de la Derecha, el Liberal y el Conservador, al que se agregaba ahora el Agrario-Laborista. De ninguna manera yo pensaba participar en esa Convención. Además, partía entonces en mi primer viaje a Europa. Pedí a Carlos Brunson que me representara. Y él accedió, como delegado, para apoyar a don Jaime. El otro candidato de la derecha, por el Partido Liberal, era Arturo Matte, yerno de Arturo Alessandri Palma. Recuerdo haber visitado un día a Ladislao Errázuriz Lazcano, padre del actual Senador Francisco Javier Errázuriz (“Fra-Frá”), para solicitarle ayuda económica a la candidatura de don Jaime y a las actividades nuestras en su favor. Fue amable, aunque no me pareció que él fuera a apoyarlo. Estaba con Matte. Sin embargo, me entregó cinco mil pesos, que eran muchos en esos años. Estaba a cargo de la Caja de la Campaña.

Y partí a Europa.

A mi regreso supe lo que ya antes se podía predecir: la Convención eligió a Arturo Matte, un hombre de negocios. De nuevo, y como siempre, la derecha chilena se inclinaba por el dinero, con fe total en su poder omnímodo. Y, otra vez, se equivocaría medio a medio, como antes con Ross Santa María y hace muy poco, con Büchi, ex-Ministro de Hacienda de Pinochet. Me enteré

de la pérdida de don Jaime a mi regreso. De inmediato, fui nuevamente donde Ladislao Errázuriz y le devolví el dinero, que ya no íbamos a usar. Aún recuerdo su extrañeza. Este era un gesto poco común en las campañas políticas. Me miró como a un ser de otro mundo, y, en silencio, se guardó el dinero. Si no hubiese sido por la diferencia de edad (que no era tanta) y de las concepciones ideológicas, ahí mismo habría nacido una sincera amistad.

En esa elección presidencial hubo tres candidatos: Arturo Matte, por la derecha; Pedro Enrique Alfonso, del Partido Radical, por la Izquierda, y el General Carlos Ibáñez del Campo, eterno “independiente”. Sergio Onofre Jarpa, René Arriagada y el mismo Jorge González von Marées se fueron con Matte. También se fue con él don Jaime Larraín. Gran error, a mi entender. Debió quedarse al margen. Alejandro Hales apoyó a Ibáñez. Yo no podía hacerlo, sentía los mismos escrúpulos que antiguamente frente a González von Marées, por la muerte de mi amigo Barreto. Ahora eran los sesenta asesinados en el Seguro Obrero. Sin embargo, Óscar Jiménez se fue con Ibáñez. Si él lo hacía, ¿cómo podría negarme yo? Mas, me costaba decidirme. Había atacado muy duramente a Ibáñez y, en el complot de las “Patitas de Chancho”, le había acusado de ser culpable directo, junto con Alessandri Palma, de la muerte de los nazistas, al traicionarlos, dejándolos solos en la aventura. Don Tobías Barros Ortíz, gran ibañista, me había dicho un día: “Mire, no está bien lo que usted ha dicho públicamente del General Ibáñez. Cuando uno se pelea con su mujer puede decirle cualquier cosa; pero si le dice *puta*, eso ya no tiene remedio...”.

Bien, yo no había llegado a tanto; pero ninguno de los tres candidatos me representaba, aun cuando Ibáñez llevaba tras de sí el apoyo del nacionalismo de la época. Los ex-nazistas pensaban en su primera dictadura y sus intentos por implantar una economía diferente, como también su odio a los radicales y a la derecha económica.

Hubo intentos en la izquierda de darle su apoyo, aun en el Partido Comunista. Y Carlos Ibáñez del Campo siempre tuvo simpatías por el socialista Raúl Ampuero, al que respetó, como yo.

También Jorge Prat apoyó a Ibáñez. Y Jorge Prat, en el fondo, era un fascista. Su revista “Estanquero” marcó toda una época en Chile.

* * *



Con don Francisco Antonio Encina, en la famosa reunión en su fundo "El Durazno". Foto tomada por Mario Vargas Rosas.

La firma "Grace" estaba en manos de jesuitas católicos estadounidenses. Y debe seguir estándolo. Peter Grace era católico. Por lo menos una vez al año visitaba Chile. Hoy la "Panagra" ha desaparecido. Un director misterioso de la Grace, de aquellos años, era Raúl Simón, creo que ingeniero de profesión; pero más conocido por su *hobby* de escribir en el diario "El Mercurio" unas viñetas cortísimas y humorísticas, pequeños aforismos, que años después intentó continuar su hija. Se hablaba de Simón en la "Grace" casi en voz baja, como de alguien que ostentaba un poder peligroso, aunque nadie sabía cuál era en verdad su trabajo. Brunson me dijo una vez que se dedicaba a "pensar", en su oficina pequeña y apartada. Y por esto le pagaban grandes sumas y era poderoso. Pertenecería a la "élite".

En el corto tiempo que yo estuve en la empresa trabajé intensamente, también "pensando", imaginando cosas y "eventos", con el apoyo de mis amigos de la prensa, como *public relations*. Por ejemplo, una vez que visitaron Chile importantes periodistas norteamericanos, organicé un gran almuerzo campestre en el fundo "El Durazno", del historiador Francisco Antonio Encina, sin que le costara un céntimo a la "Panagra" y con la asistencia de importantes políticos, entre ellos de don Jaime Larraín. En ese almuerzo se habló de todo, hasta de la bomba atómica. Y don

Francisco Antonio Encina dijo que él la había inventado. Creo que esto fue publicado hasta en *"The New York Times"*.

Por "pensar" tanto y organizar tanto creí también llegado el momento de que se me pagara un sueldo mejor (al igual que siempre, la explotación capitalista no tiene remedio). Me dirigí a Brunson, sin ningún resultado. Entonces, decidí visitar al "poder misterioso". Crucé la barrera y llegué hasta Raúl Simón, en su pequeño cuarto desnudo, sin nada, fuera de una silla y un escritorio. Y ahí estaba solo y meditando. Creo que él también tendría curiosidad por conocerme y por esto me recibió. Sin embargo, su pensamiento estaba demasiado alto para preocuparse y ni siquiera entender lo relativo a un aumento de sueldo, sobre todo si era para otro. Digamos mejor, para otro que no fuera él mismo.

En resumen, no logré sacarlo de su "éxtasis".

Y regresé donde Brunson, ahora con mi renuncia indeclinable.

Blanca Luz Brum, su esposa, me dijo después que ésta había sido una buena lección para ese "Gerente General", ya que nunca nadie le había renunciado así.

Carlos Brunson fue una buena persona, echado a perder por el capitalismo. Sin embargo, murió en la miseria y sólo asistido al final por la gran Blanca Luz, quien le llevó a morir a su Isla de Juan Fernández.

* * *

Y yo quedé de nuevo en la calle, con mi mujer y tres hijos, sin trabajo y sin dinero.

Esa tarde fui a ver a Irene, que aún vivía y le conté de mi decisión. Ella mostró gran preocupación por mí. Y me dijo: "Yo le ayudaré...".

Y estoy seguro de que así fue.

* * *

Mauricio Mena se moría. Tenía cáncer. Le fuimos a ver. En su lecho de enfermo nos recomendó: "Apoyen al General Ibáñez". Y lo decía él, quien durante la masacre del Seguro Obrero fue encarcelado y, desde su celda, envió el siguiente poema a sus hijos, cuando creyó que también sería asesinado:

*“CARTA A MIS HIJOS MAURICIO, MANUEL FRANCISCO
SARA Y MERCEDES MENA CRUZAT”*

“Quirihue, 30 de septiembre de 1938

*“Si vuestro padre fue preso
y estuvo en celda muy fría,
Si ahora se encuentra lejos
Reducido en las serranías,
No creáis que es por malvado,
Por ladrón o por rufián,
Es porque siempre ha deseado
Más justicia y más bondad,
Es porque ama a los pobres
Y los quiere ver dichosos,
Alegres, sanos y fuertes
Y no hambrientos y haraposos.*

*“Es ésta, queridos hijos,
La causa de mi desgracia,
Es también éste el tesoro
Que yo quisiera legaros:
Amor a sus semejantes,
Como Cristo predicó;
Amor que llegue hasta el alma
Al sacrificio y valor.*

*“Amor sin mira egoísta
Sin pedir sino entregar,
Amor que aplaque las furias
El odio y toda maldad.*

*“Cuando estéis grandes y fuertes
Y yo... quizás donde esté,
Recordad a vuestro padre
Como yo... al que ya se fue”.*

Este poema me lo entregó ahora personalmente su hija Mercedes, después de leer el tomo II de estas “Memorias”. De haberlo conocido antes, lo habría incluido allí.

A la muerte de Mauricio, recordé en su entierro unos versos de Rosamel del Valle: “*Como caernos de la piel al alma nos morimos*”... y de Rilke: “*¿Qué otra cosa quieres, joh mundo!, sino hacerte invisible dentro de nosotros? Sólo lo que está adentro verdaderamente existe...*”.

Ya Irene había partido. Con su madre caminábamos por los senderos de los montes, leyendo “*Requiem*” y “*Las Elegías de Duino*”. Hasta el “*Mensaje de la Estrella*”, yo estuve desamparado, perdido.

Y el Maestro me dijo: “Usted tiene una Misión que cumplir. Una Misión que yo le voy a encargar. Por eso, apoye a Ibáñez...”.

* * *

Sí, pero ¿cómo hacerlo?

He aquí que voy por la calle Huérfanos y me encuentro de pronto con Juan Casanova Vicuña, hermano de Mariano, el músico y director de los coros del “Movimiento Nazista”. Me detiene, me coge de un brazo y me pregunta:

“—¿Qué haces en la actualidad?”.

“—Nada”, le digo. “He dejado mi trabajo”.

“—¡Estupendo, estupendo!” exclama. “Tengo algo para ti...”.

Y sin soltarme del brazo, da media vuelta y prácticamente me arrastra por esa misma calle, u otra, ya no lo recuerdo bien, hasta una vieja casa con portón de madera. Entramos a un amplio patio, lo cruzamos y él abre una puerta a un cuarto amplio, dentro del cual hay un hombre de pie, que nos queda mirando con extrañeza. Es Ibáñez. El General Carlos Ibáñez.

Me empuja al frente. Y le dice: “¡Aquí tiene usted a Miguel Serrano! ¡Viene a trabajar con nosotros, en su campaña presidencial...!”.

EL GENERAL IBÁÑEZ

Hoy pienso (no lo he hecho seriamente hasta ahora): esto no fue casual, no pudo serlo. Lo dirigió *Allouine* desde el otro lado, desde ese lugar extraño, misterioso de los muertos. Y mi Maestro

y los Maestros de mi Maestro, para que yo pudiera realizar esa *Misión*, que aún desconocía.

Dice Nicolás Palacios que el apellido Ibáñez en verdad es Evans, irlandés. Se pronuncia "ivans" y derivó en "Ibáñez", durante la Colonia. Un irlandés llegó a Chile y creó un pueblo con el gran número de sus hijos, todos Evans; es decir, Ibáñez.

Y ahora yo estaba ahí, parado frente al gran Evans, el General Carlos Ibáñez del Campo, un enigma, un *Mohai*.

Creo haberlo dicho en alguna parte de estas "*Memorias*": no me fijo en los detalles de un rostro, de un cuerpo físico, ni de los objetos, no los veo. Sin embargo, soy capaz de reconocer a alguien donde sea y sin el impedimento de los años. Porque he *visto* algo más de él; lo que no cambia; no su yo, sino su *Él*. También ahora mi relación se estableció allí, en lo impersonal, en lo que no cambia. Por supuesto esto no me sucede con todo el mundo. Sólo con algunas o muy pocas personas: ¡Con el General Ibáñez! De él no recuerdo ni el color de sus ojos, ni detalles de su rostro; pero la impresión fue muy viva e intensa. Profunda, diría. Un ser grande, que haría que se cumpliera mi Destino. Tenía manos muy finas y delicadas, de eso sí me acuerdo. Nos miramos a las esencias, sin vernos ahí, de pie uno frente al otro. Y más allá de lo que pudimos decir, se selló un pacto en lo imperecedero, que supera la vida de un hombre.

"-Voy a juntarle en torno suyo a todos los intelectuales de Chile", le declaré.

Y así lo hice: en la primera página de "El Mercurio" publiqué una carta apoyando su candidatura. La firmaron los escritores más conocidos de Chile; los junté a todos y también a personalidades del quehacer nacional, hasta el director del diario, Rafael Maluenda, y doña María Luisa Budge, viuda de Agustín Edwards MacClure y madre de Agustín Edwards Budge, el propietario de esa época. Fue un gran golpe. Por el lado de Arturo Matte, el candidato liberal-conservador, del dinero, el escritor y crítico literario Ricardo Latcham, a quien había conocido como socialista unos diez años atrás, trató también de juntarle a los intelectuales y fracasó. Al mismo tiempo, me dediqué a dar conferencias radiales en contra del capitalismo usurero y la especulación con las acciones en la Bolsa, centrando el ataque en la persona de Osvaldo de Castro, uno de los puntales de la campaña de Matte.

Reuní a todos mis amigos nacionalistas, entre ellos a Roberto Otaegui, y los presenté al General. Roberto le siguió hasta hacerle caso en el consejo que dio a su gente, al término de su Mandato, de apoyar a Salvador Allende. Y fue así cómo este excelente escritor, el único a quien yo he dado un prólogo en mi vida, desapareció en la niebla de la caída de Allende, que hizo suya, sin causa ni razón, en el Golpe Militar de 1973.

Jorge Prat Echaurren, Sergio Recabarren, Luis Correa Prieto, Guillermo Izquierdo Araya, Marco Antonio Salum, Alejandro Hales, todos estuvieron con Ibáñez y, en algún momento, llegaron a participar como Ministros, con mayor o menor fortuna. Guillermo Izquierdo fue senador, Antonio Salum, diputado. Recuerdo haber intentado llevar también a Neruda junto al General. El haría lo que el Partido Comunista le indicara. Fui a su casa de Los Guindos. Y allí conocí a "Hormiguita", su fina y distinguida mujer. Una sola vez la vi y, en la penumbra de los años transcurridos, recuerdo ese encuentro como algo bello y agradable. Vicente Huidobro siempre fue ibañista y, de haber estado vivo, le habría apoyado.

Carlos Orrego, "Pincho" Ojeda, Arturo Lamarca Bello, don Edecio Torreblanca, mi amigo Mario Vergara Parada, el director de la revista "Vea", gente noble y leal, también estuvieron con el General, como Óscar Jiménez, el entrañable luchador, el hombre sin reposo. Juntos asistimos un día a una comida en la casa del General, en la calle Dublé Almeyda. Hablaron animadamente y, entre risas, recordaron cuando, para el golpe del 5 de septiembre de 1938, el General entregó una ametralladora a los nazistas. Las diferencias y las recriminaciones se habían olvidado. Una nueva aventura estaba en marcha. Jiménez, al igual que Otaegui, apoyó a Salvador Allende, siguiendo, también, el consejo del General.

* * *

Pero mi compañero, con quien más estrechamente colaboré, a pesar de la diferencia de edad, fue Arturo Lamarca Bello, nieto de don Andrés Bello y primo del escritor Joaquín Edwards Bello. Era éste un gran señor, en el estilo de los caballeros cultos de otros tiempos, jugador en casinos europeos, como su primo, valiente, enamorado y aventurero. Murió en su ley, de un ataque al corazón, a la entrada del casino de Viña del Mar, muchos años después.

En casa de su tío, don Emilio Bello Codesido, donde vivía, dimos una recepción al General. Él puso la casa y el menú y yo la concurrencia de escritores y de dos bellezas de la época: Silvia Balmaceda y Gloria Lynch. El General quedó muy contento.

¡Extraño y misterioso ser! Siendo militar, como el General Pinochet, ¡cuánta diferencia entre ellos! ¿En qué? No sabría decirlo. Recuerdo una reunión popular, una asamblea en una fábrica. Los obreros se hallaban en filas, esperando. Alguien pronunció un discurso. Luego habló Ibáñez. Unas pocas palabras. No era orador; pero, en todo caso, se le entendía; modulaba, hablaba en castellano. Yo me dediqué a observar al público, a los obreros. Cerca de mí había una mujer joven, toda de negro, muy bella, una operaria. Me fijé que tenía un gesto serio y concentrado, como de desprecio y quizás odio al orador, quien no le había puesto atención ni un momento, por tenerla a sus espaldas.

Terminó la concentración, el General Ibáñez bajó del estrado y, sin mirar a nadie, se dirigió hacia la puerta. Pues bien, de la única persona que se despidió, extendiéndole la mano, fue de esa mujer. Veo su rostro sorprendido, distenderse, iluminado... ¡Esa mujer votó por él!

Aún no se acostumbraba en Chile que el hombre saludara a cualquier mujer con un beso. Esta forma ridícula, afeminada y a mi entender vejatoria para la mujer, fue impuesta por los militares (por Pinochet) tras el Golpe de Estado de 1973. De tal modo que el General Pinochet, en cada una de sus giras por el país, de norte a sur, daba cinco mil kilómetros de besos. Ibáñez sólo daba la mano a las mujeres. Y no a todas, como vimos.

¿Qué hizo que realizara ese gesto?

Su *Él*, su *Ángel*, también.

Me contaron que un día iba en su automóvil y se detuvo a poner bencina en una gasolinera. El hombre que le atendió fue muy amable, al reconocerle. Al partir, el acompañante del General le sugirió que le diera una propina. Ibáñez le respondió: "No hay que acostumbrarlos mal"... Se volvió hacia el empleado y sólo le dijo: "¡Gracias, hombre!". Este se quedó estático, con una sonrisa de gratitud infinita, feliz, porque había recibido algo muy superior al dinero.

Así, yo estuve seguro que un ser como ése no podía perder y que ganaría lejos. El día de la elección llamé por teléfono a don Jaime Larraín y le aseguré el triunfo por una diferencia de

doscientos mil votos. No me creyó. Hablé también con el periodista Darío Saint Marie y le confirmé lo mismo. Este se había puesto del lado de Matte, a pesar de haber sido un antiguo ibañista. Fumando un cigarrillo tras otro (entonces fumaba y bebía como un condenado), me dio a entender que también él lo sospechaba y se justificó con amargura, diciéndome: “Estoy aquí por culpa de Jaime Larraín; me vine con él junto a Matte...”.

* * *

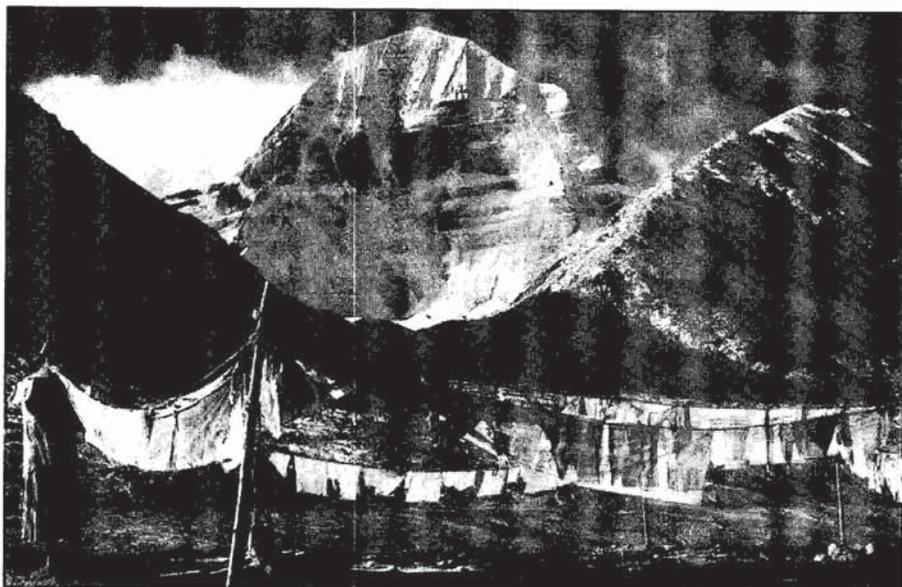
De ese día recuerdo poco. Estuvimos juntos con Arturo Lamarca, recorriendo en su automóvil las calles, las secretarías y mesas de votación. Óscar Jiménez dirigió los comandos contra el cohecho. Nos encontramos en Vicuña Mackenna, frente a una casa donde se había descubierto un centro de compra de votos de Matte. Jiménez preparaba un asalto, cuando se abrió la puerta y un muchacho muy joven salió por ella y dió un salto hacia la calle, corriendo a tal velocidad que todo intento por alcanzarlo sería inútil. Realmente era un campeón de los cien metros planos. Consigo llevaría el dinero del cohecho. Con Arturo Lamarca nos quedamos mirándole con admiración.

Al conocerse el triunfo, todo fue alegría y canciones. En una calle encontré a “Pincho” Ojeda, grande y fuerte (fue campeón juvenil de box), abrazando a Carlos Orrego y levantándole en el aire. Ambos tenían los ojos con lágrimas de alegría. Carlos Orrego había sido encarcelado durante la Guerra, por transmitir, con Pedro del Campo, información desde su yate a los submarinos alemanes. “¡Por fin un triunfo!”, exclamaba.

Esa misma noche llamé nuevamente a Jaime Larraín, el derrotado, y también a Darío Saint Marie y les aseguré mi amistad, más allá de esa derrota y de ese triunfo, que para mí eran circunstanciales.

* * *

Sólo después vine a enterarme de lo que realmente significó el triunfo del General Carlos Ibáñez del Campo, en las elecciones presidenciales de 1952, y la razón última de mi apoyo.



El Monte Kailás, sede de Siva y de su esposa Parvati, y también de Buda, el *Liberado*. Intensamente traté de alcanzar hasta este monte durante mis diez años de búsqueda en la India.

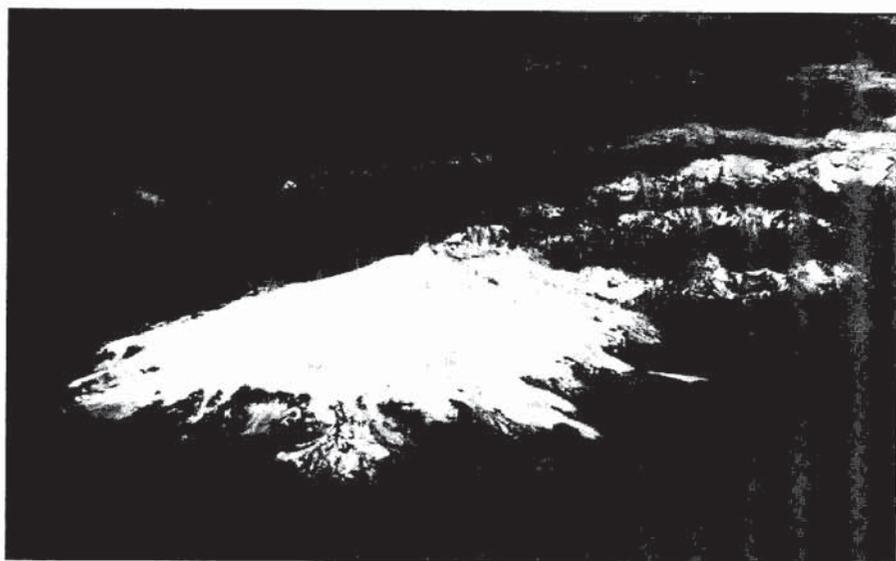


Foto aérea del Melimoyu, Monte Sagrado de nuestra Patagonia.

LA MISIÓN

El Maestro habla:

“Dos son los principios fundamentales en el *opus alchimicum*, sin los cuales la Gran Obra no alcanzará su fin: el *corpus sutil* y la *imaginatio*. También para nosotros, los Magos de la Orden. Cada vez que ‘desprendemos’ nuestro *corpus sutil*, necesitamos de la *imaginatio*. Es con el *corpus sutil* que yo visito a los Maestros de nuestra Orden. Ya lo he dicho, ellos habitan un recinto subterráneo, dentro de una Montaña. Ahí viven en celdas iluminadas por una luz blanca, que no es la electricidad. También usted se recordará que yo le expliqué que vi a Hitler en un espacio subterráneo, casi inmediatamente después de la Guerra. Y él estaba vivo y con su cuerpo físico, en 1945. Ahora bien, el centro de nuestra Orden se encuentra dentro de una Montaña, en los Transhimalaya, entre el Tibet y la India. Es el Monte Kailás, sagrado para hinduístas y budistas, allí, junto al lago Manasarovar, frente a la aldea de Dirapukh, se hallaría la entrada a ese Templo y a ese mundo subterráneo. Debo también decirle que hay una conexión directa entre las antípodas, entre el Kailás y el Melimoyu, Monte sagrado de nuestra Patagonia, el que usted viera desde el Canal Moraleda, en su navegación hacia la Antártica. Y es por eso que Hitler primero va a las regiones polares de *Neuschwabenland* y, desde ahí, penetra en la Tierra Hueca, Interior. Desde adentro únicamente es posible, siguiendo una corriente en forma de ocho, proyectarse hacia los astros, que habitan otra dimensión-situación. Así, Él ya no está *aquí*, aunque tal vez pueda algún día retornar. En todo caso, yo deseo que usted vaya a la India, con su cuerpo físico y llegue hasta el Kailás, como un enviado del Sur del Mundo, del Sur Polar y establezca la conexión necesaria entre el Kailás y el Melimoyu y, si fuera posible, encuentre el camino interior que une a ambas cimas sagradas”.

* * *

Fue por esto que yo debía apoyar a Ibáñez y que le pedí que me enviara a la India. Mis primeras palabras, al pisar ese suelo milenario, como el Enviado de Chile, y que reprodujeron los diarios de la India, del año 1953, fueron: “Vengo a establecer la relación entre el Kailás y el Melimoyu”. Y es por eso también que, casi

cuarenta años después, intenté la colonización de este Monte sagrado, en nuestro Sur Polar.

* * *

¡Corpus sutil, Imaginatio! Indispensables para realizar el *opus*, la transformación del cuerpo de plomo en oro y diamante incorruptibles. La inmortalidad con el cuerpo de *Vrâja* rojo, inmortal. La *rubedo*.

* * *

¡Pero qué difícil fue todo! Tuve que poner mi *imaginatio* y mi voluntad más tenaz para lograrlo. También y, como siempre, los acontecimientos se encadenaron para ayudar. El Presidente electo aún no asumía y ya un “cardumen” de interesados le rodeaban para conseguir cosas, designaciones, y otro “enjambre” le aislaba, para evitar las competencias peligrosas. Comenzaron los nombramientos, siendo las más codiciadas las designaciones en la diplomacia. Yo seguía manteniendo los contactos, aunque más esporádicos, a través de don Edecio Torreblanca, en especial. Muchos se acercaron a mí para solicitarme ayuda; Charles Griffin, por ejemplo, el representante en Chile del “*New York Times Magazine*”. Le había conocido en mis tiempos de “Panagra” y ahora deseaba entrevistarse con el Presidente Ibáñez, antes de que asumiera. Le conseguí la entrevista, en su casa de Dublé Almeйда, y le acompañé.

La entrevista debió desarrollarse de una forma totalmente inesperada. Se nos hizo pasar a una sala pequeña, con pocos muebles. Y ahí apareció el General, muy serio y acompañado de otra persona, a la que también yo conocía: el periodista Aníbal Jara, ex-director del diario “La Hora”, el “Negro Jara”, como le llamaban. Nos sentamos y, de inmediato, comenzó a hablar este último. Estaba ya designado como Embajador en Washington. Dirigiéndose a Griffin, inició una requisitoria, más bien dicho una “acusación”, mezclando el español con el inglés. Le reprochaba algo que yo desconocía, que el “*New York Times*” atacaba al Presidente electo, Ibáñez. Y Jara responsabilizaba a Griffin, su representante en Chile, acusándole de actitud *unfair*. Griffin estaba rojo y no tuvo siquiera tiempo para responder, menos yo,

que no abrí la boca, porque, además, nos insinuaron muy cortésmente que la entrevista había terminado. El mismo General, “que no había dicho ni pío”, nos fue a despedir hasta la puerta.

De más está decir que, una vez en la calle, yo manifesté a Charles Griffin mi total sorpresa y desconcierto por lo que había sucedido. Y él, pienso, me creyó.

* * *

Sin embargo, aún esto me fue beneficioso, como voy a tratar de explicar.

Don Edecio Torreblanca fue designado Ministro de Economía, en el primer Gabinete de la Presidencia de Ibáñez. Era hombre influyente y de toda su confianza. Realmente me había tomado aprecio. Un día me dijo: “-Mijito” (así hablaba), “a usted tenemos que darle algo... ¿qué desea?...”.

Sin titubear, le respondí: “-Yo quiero irme a la India”.

No se sorprendió, aunque se quedó un rato en silencio. Luego: “-Hay que nombrarlo representante diplomático en ese país... ¡Vamos a hablar con el Presidente, ahora mismo, para que nadie se nos adelante...! Yo sé dónde está el General, en un almuerzo que le da en su casa Lionel Ojeda”. (No era “Pincho”, sino un Corredor de Propiedades).

No recuerdo exactamente, pero creo que la residencia estaba en Manuel Montt, cerca de Providencia. Llegamos cuando los comensales aún no se levantaban de la mesa. Al enterarse el General que yo estaba esperándole, se olvidó del resto y vino directamente a mí. Con gran afecto me tomó del brazo y me dirigió hacia el jardín. Comprendí la causa de esta especial deferencia: la embarazosa situación en la que se me había puesto en su casa, durante la entrevista con Charles Griffin. Y es por esto que he dicho que ella también me ayudó, a pesar de todo, y por eso mismo. Ahora, el General deseaba deshacer aquella impresión.

“-¿Qué se le ofrece?”, me dijo, “¿En qué puedo servirle?”.

Fue don Edecio quien habló: “-Este niño quiere irse a la India...”.

El General se quedó un rato en silencio. Luego, mirándome: “-¿Y qué va a hacer a la India? Yo le mando a cualquier otro lugar; a París, a Londres...”.

Con espanto vi que la posibilidad podía perderse. Me concentré y, en tono misterioso, le repliqué: “—General, yo sé que a usted le interesa mucho la India...”.

“—¡No le creo nada a los indios...!” me replicó.

Hasta el día de hoy nunca he sabido a qué indios se refería el General, si a los de la India, o a los de Temuco, los aborígenes en nuestro sur. Pensándolo bien, debe haber sido a los de la India, y sus dudas sobre ellos, a que conoció a los comerciantes hindúes radicados en Panamá, durante su permanencia como agregado militar en un país de Centroamérica. Los indios venden baratijas y piden mil para dejar en diez. Es el juego milenario de la casta de los *vaishas*, de los comerciantes. Quien no los conoce, los considerará sinvergüenzas. Y “no les creerá nada...”.

Un nuevo silencio, una sonrisa, y la confirmación: “—Bueno, váyase a la India...”.

* * *

Pero no fue tan fácil. El Ministro de Relaciones Exteriores era Arturo Olavarría (“Pitín”), el mismo que como Ministro del Interior de otro Gobierno, había llevado al manicomio a Jorge González von Marées. Me había tomado simpatía y, una vez asumido su cargo, comenzó a buscarme desesperadamente, al enterarse de que el Presidente Ibáñez había postergado la firma del decreto de mi nombramiento como Encargado de Negocios en la India.

“—¡Tiene que hacer algo!”, me dijo. “¡Tiene que moverse, y rápido!”.

¿Qué había pasado? Debía averiguarlo. Don Edecio ya no podía hacer nada. Era Ministro de Economía y se hallaba muy ocupado, además de rodeado de un grupo de adúladores que le convencían que iba a ser “el sucesor del General, en los mil años del ibañismo”. Por su parte, la Presidencia era infranqueable. Allí estaban Rogelio Cuellar, René Montero y el secretario privado del Presidente, su sobrino, “Ricardito” Letelier. Sólo había un camino para mí: Carlos Ibáñez Quiróz, hijo del General y amigo fiel de sus amigos. Le llamé por teléfono, para explicarle lo sucedido.

“—Te vienes de inmediato a la Presidencia”, me dijo. “Pero entra por Morandé 80 (es decir, por la puerta lateral que entonces existía). Te estaré esperando”.

Me llevó directamente a la oficina personal del Presidente, en el segundo piso de La Moneda. Estaba vacía.

“Mi padre aún no llega. Vamos a ver si encontramos el Decreto. Lo buscaremos en su escritorio...”.

Empezó a abrir cajones y a registrarlos.

“—No hay nada. Aquí no está”, exclamó... “Ya pronto va a llegar y se lo preguntaremos a él. Ojalá no venga con *cuello*...”.

Esto significaba “con uniforme militar, de cuello alto y cerrado”. Era sabido que cuando se vestía así era de temerle, significando que ese día andaba de mal humor.

Le vimos venir por el pasillo. ¡Y venía con “cuello”...!

No sé lo que me pasó. Como si alguien me empujara, me fui directamente a su encuentro, sin esperar que lo hiciera su hijo. Y le expresé:

“—General, ¿qué ha sucedido con mi decreto?”.

Se desconcertó.

“—No sé... ¿Por qué?... ¿Qué ha pasado?”.

Su hijo intervino:

“—Nos han dicho que no lo has firmado...”.

“—No puede ser...” , murmuró.

Mi amigo Carlos me tomó del brazo y me llevó a un lado.

“—Ándate y llámame por teléfono. Esto lo arreglo yo...”.

* * *

Había sucedido lo siguiente: Ricardo Letelier era el encargado de pasarle al Presidente los decretos de nombramientos para que los firmara. Cuando le tocó el turno al mío e iba a estampar su firma, le recordó que el hermano socialista del doctor Juan Marín, actual Encargado de Negocios de Chile en India, le había solicitado al General que dejara en el cargo a su hermano. Y el Presidente Ibáñez, en lugar de firmar, escribió de su puño y letra: “Esperar”.

Por ello, Carlos Ibáñez Quiroz me recomendó ir a ver de parte suya al Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, Mariano Bustos, y pedirle que redactara un nuevo Decreto para mí, haciéndoselo llegar personalmente.

Mariano Bustos iba a ser nombrado Embajador en Bélgica. Me recibió muy bien, solicitándome a su vez que le ayudara para que Jaime Larraín, a la sazón Senador, votara a favor de su nombramiento en el Senado. Entonces, los nombramientos diplo-

máticos de Embajadores debían ser aprobados por el Senado de la República.

Mi amigo Carlos llevó personalmente el nuevo Decreto a su padre. Lo extendió ante él, diciéndole:

“—¡Firme, papá!”

El General firmó, respondiéndole: “—Nos va a traer complicaciones...”. Y, luego, mirando a su hijo: “Quería saber qué tal amigo eres de tus amigos...”.

* * *

El General Carlos Ibáñez del Campo fue un hombre introvertido, tímido en el fondo y en sus relaciones personales. Jamás se le oyó decir una palabra fuerte, una grosería, tan corriente en el trato de los cuarteles. Sin embargo, sus reacciones eran impredecibles, inesperadas y de temer. Su sentido del humor era también único, absolutamente especial. Muy desconfiado, a la menor sospecha de infidelidad de un colaborador se deshacía de él, sin deferencia alguna, de una “patada”. Se le apodó por esto “el caballo”, llegando a ser famosas sus “patadas”, como la que le dio al mismo don Edecio Torreblanca, su amigo de tantos años, y usando de la más mordaz de sus ironías, o sarcasmos. Sucedió, como hemos dicho, que a don Edecio, Ministro de Economía, lo rodearon aduladores y gente de poca monta, que trataba de convencerlo de que él sería el sucesor del General (en “los mil años del Ibañismo”). Y esto llegó a oídos del Presidente. Preparó, entonces, la gran “patada”. Y a su estilo. Como Ministro de Economía, don Edecio necesitaba ver al Presidente; pero no había caso, éste no lo recibía. Hasta que un día le encontró en una recepción oficial. Don Edecio se acercó y le habló:

“—Presidente, hace mucho tiempo que trato de que me recibiera... Parece que ya no fuera su Ministro...”.

Y el Presidente: “Así andan diciendo por ahí, hombre...”.

Al otro día don Edecio Torreblanca ya no era el Ministro de Economía. El General lo había echado... de una “patada”...

Cosa semejante le sucedió a Jorge Prat, en el Ministerio de Hacienda, a pesar de sus realizaciones. Se había rodeado de colaboradores jóvenes y nacionalistas capaces. Alguien dijo “que era Oliveira Salazar e Ibáñez, el General Carmona”... Esto fue suficiente. Y lo echó.

Por una razón igual, Ibáñez abandonó a los nazistas el 5 de septiembre de 1938. Si el golpe hubiera resultado, sólo los Dioses saben qué habría sucedido luego. El choque con Jorge González von Marées era inevitable. El Arquetipo estaba dado en Getulio Vargas, con los “Integralistas”, de Plinio Salgado; en Antonescu, con la “Guardia de Hierro”, de Condreanu; en Franco, con la “Falange”, de José Antonio Primo de Rivera. El caso se repite también con Pinochet y los nacionalistas chilenos. La psicología, la mentalidad del militar profesional (una carrera liberal), no tiene nada que ver con la del ideólogo revolucionario e idealista de verdad. También los militares traicionaron a Hitler y a Mussolini. Es muy posible, y tal vez lo sea, que en su primer Gobierno Ibáñez haya deseado “cambiar el mundo, modificar las cosas” en Chile, como Perón en Argentina. Y fracasó. Yo era muy niño y recuerdo vagamente la revuelta de los intereses del dinero que lo derribó en su dictadura, movilizándolo a los estudiantes, con las consignas “por la libertad”. Y veo aún las cargas de la caballería en las calles, lanza en ristre y jóvenes rodando por los suelos. Ibáñez abdicó y se fue al exilio, en Buenos Aires. Esto debe haberlo marcado profundamente, pues, muchos años después, cuando volvió a ser elegido democráticamente por el pueblo, que quería una mano dura, como antaño, hizo todo lo contrario. Había sido honesto y honrado. Por ello fue acusado de tonto. Ahora dejó robar y tal vez robó. Y lo declararon hábil e inteligente. Un día me lo dijo. Venía yo de visita a Chile desde la India, en uso de vacaciones. Habíamos almorzado en La Moneda, en una salita privada, con un pequeño grupo de confianza, entre ellos el Ministro de Relaciones Exteriores, Osvaldo Saint Marie. Le había yo traído de regalo una figura de marfil chino. Al despedirnos, me tomó del brazo con afecto, diciéndome:

“-¿Para qué se molestó en traerme este regalo, viniendo desde tan lejos...?”.

Y luego, haciendo alusión a la conversación del almuerzo:

“-¿Sabe? En mi primera Presidencia quise hacer algo... pero aquí no se puede... Nadie modificará las cosas... Es el ‘peso de la noche’...”.

Y había tristeza en su expresión, cansancio.

Quizás, más adelante en este libro tenga ocasión de relatar esa comida tan especial, allí, en La Moneda, con este Presidente que así me distinguió. con aquella confianza, al final de su tiempo. También el afecto, la preferencia que él demostró a su hijo

Carlos, de su primer matrimonio, se debió a que él debió quedarse aquí en Chile y, siendo casi un niño, sufrió el maltrato que la gente le dio por ser el hijo del “dictador asesino”... Había una suerte de remordimiento que hacía que no pudiera negarle nada. Viniendo al caso: mi nombramiento en India. Y, luego, mi ascenso a Embajador. También contribuyó el “arquetipo” ya descrito, del militar sospechando del idealista, del revolucionario y del ideólogo. Ibáñez conocía mi Revista “La Nueva Edad”, de los años de la Guerra, como asimismo mi intervención y declaraciones en el “Complot de las Patitas de Chancho”, referido en el tomo II de estas “*Memoorias*”... Mientras más lejos me encontrara, mejor... “*¡Váyase a la India!*”

Estoy seguro que algo semejante me sucedió varios años después, cuando fue elegido Presidente Jorge Alessandri Rodríguez, hijo del victimario de los nazistas chilenos. Le pidieron que me sacara de la Embajada de la India. Se negó, aduciendo mi servicio eficiente. Pensó, quizás, en lo grave de ponerme en contra suya, recordando precisamente mi pleito con su padre.

En la India me encontré un día con el Coronel Tassara (luego ascendió a General). Era el representante de Chile en la Delegación de Observadores de las Naciones Unidas, para el conflicto indo-pakistaní, en Cachemira. Me contó las razones que tuvo para elegir ese puesto: “El General Ibáñez me ofreció la Dirección de la Escuela Militar, en Santiago. Rehusé, pidiéndole que me mandara a Punta Arenas, en el extremo austral... Lo más lejos posible, porque yo también soy de caballería y sé que no hay que ponerse cerca de las patas del caballo... Más lejos aún está la India...”.

Con esta sabiduría ladina el General Tassara llegaría a ser el Jefe de la Misión de las Naciones Unidas en Cachemira, reemplazando al general australiano, Nimo, y poniendo el pabellón chileno en lo más alto del edificio del Cuartel General.

“Pitín” Olavarría duró poco como Ministro de Relaciones Exteriores; le reemplazó un ex-militar, Oscar Fener, que a su vez salió para dar el paso a Tobías Barros Ortiz, brillante Embajador en la Alemania de Hitler y antiguo ibañista. Tampoco fue larga su permanencia en el cargo. Fuimos muy amigos.

Casi todos los hombres son un misterio, sobre todo cuando se trata de las expresiones de sus almas, o del funcionamiento de sus mentes. Se nota más, por supuesto, si llegan a tener poder; el Poder Supremo, que nunca lo es totalmente, o cuando se sientan en el

sillón, o “trono del Gobernante”. Allí pareciera como que se les transmite algo, un espíritu, la tradición, o cierta “cosa” que se les encarna. Y ya no son tan simples, ni puramente humanos. El caso de Ibáñez, en Chile, o del mismo Pinochet, es de observar y, si fuera posible, comprender... Y todos los demás, sin excluir el mismo Alessandri Palma. Me preocupan y trataré, si me es posible, de analizarlos a través de estas páginas, si el Destino me lo permite.

En la India, me tocó recibir al Gobernante boliviano Paz Estensoro, quien había invitado a su país al Presidente Ibáñez. En una manifestación pública, en Bolivia, el lugar se llenó de pancartas alusivas a la situación conflictiva con Chile. Ibáñez, haciendo como que no entendía, le preguntó a Paz de qué se trataba. Y éste le explicó:

“-Piden un puerto”.

Ibáñez le respondió:

“-¿Y para qué quieren puerto si no tienen mar?”.

Salidas como ésta eran corrientes en él. Como cuando, en respuesta a una perorata mía sobre el destino de Chile en el Océano Pacífico, mar del futuro, señalado por la posesión de la Isla de Pascua, me respondió: “¿La Isla de Pascua?... No sirve para nada, la voy a vender...”.

O cuando interrumpió a Perón, en su visita a Chile, tras el triunfo en la elección presidencial. Perón venía como si fuera el triunfador. Repartía billetes a “los muertos de hambre” desde las ventanillas del tren que lo transportaba. Habló de tanques y armamentos. Ibáñez le dijo: “General, no conversemos de esas cosas. Los tanques los ponemos nosotros, los chilenos”.

Así era Ibáñez. Al final de sus días, entre nosotros se había establecido una relación sutil y delicada... “Porque en el corazón de ese General también cabía un poeta”, como en la India me dijo un día el Embajador de Francia en Afganistán, Cristián Belle, refiriéndose a De Gaulle y a su trato con André Malreaux.

Ibáñez se interesó siempre por los intelectuales y escritores. Vicente Huidobro fue partidario suyo. Ibáñez envió a Neruda a Oriente y organizó un homenaje nacional a Gabriela Mistral en Chile. Cuando ella partió de nuevo al extranjero, a hacerse cargo de su Consulado Honorario, la despidió en Valparaíso, acompañándola hasta la cubierta del barco. Allí le puso dinero en el bolsillo de su abrigo, diciéndole: “Para los gastos que usted pueda tener a bordo, Gabriela...”. También ayudó a Benjamín Subercaseaux, en

sus últimos tiempos, nombrándole “Inspector de Intendencias”. Por último, me mandó a mí a la India.

Ningún otro gobernante militar ha hecho esto. Ni Perón, ni Franco, ni Pinochet. Salvo De Gaulle, e Ibáñez.

Durante el Gobierno de Pinochet, se puso al escritor Inostrosa, autor de la novela “Adiós al Séptimo de Línea”, a trabajar absurdamente en la recolección de documentos marxistas. Al gran cronista, Enrique Bunster, no se le dio absolutamente nada, muriendo en la miseria. Al pintor Julio Escámez le borraron su mural de la Municipalidad de Chillán.

Mi agradecimiento al General Carlos Ibáñez del Campo es profundo, pues hizo posible que intentase cumplir la “Misión” que se me había encomendado en India.

HACIA LA INDIA

Me despidieron en el Aula Magna de la Universidad de Chile. El discurso estuvo a cargo de Santiago del Campo. Yo hablé en voz baja, casi inaudible.

También me festejó el “*Sudha Dharma Mandala*”, una organización esotérica, que mantenía contactos con la India, donde la dirigía un “gurú” llamado Jadardanan. En Chile, estaba a cargo de Sadhi Guzmán, un personaje especial, que trabajaba como cajero en la Compañía de Gas de Santiago. Un día fui a pagar allí una cuenta atrasada y debí hacer cola en una fila antes de llegar a la caja. De



Muy joven partí a la India.

pronto, el cajero me miró y vi cómo de su cabeza y de sus ojos una luz se proyectó envolviéndolo. Este fenómeno extraño duró sólo un instante. Pagué y me fui. Era Sadhi Guzmán.

Me ofrecieron una cena en la sede de la institución. Estaba presente la señora Marta Ide, viuda del Presidente Juan Antonio Ríos. Fui acompañado de Elena Larraín, hija de don Jaime. Me pidieron visitar en India al Maestro Jadardanan, en Madrás, donde se hallaba el centro del "*Sudha Dharma-Mandala*".

También el crítico Alone, Hernán Díaz Arrieta, tuvo contacto con esta organización y me habló de ella y de su director, Sadhi Guzmán.

Por esos días, conocí y me hice de un buen amigo: Humberto Cantuarias, Secretario General de la Contraloría de la República, interesado en la India y aficionado al espiritismo, como lo fuera el futuro contralor Enrique Silva Cimma, masón, amigo del médium y abogado Jaime Galté, a quien me he referido largamente en el tomo I de estas "*Memorias*". Cantuarias me ayudó mucho y fue un amigo fiel, como ya veremos.

Por esos años, la India era un mundo muy lejano y misterioso, no sólo para nosotros en Chile. Pocos libros circulaban para hablarnos de ella. El doctor Juan Marín había escrito sobre el Tibet ("*El Desconocido Tibet*"), basándose en las obras de Alejandra David Neil. D'Halmar produjo su bello libro "*La Sombra del Humo en el Espejo*" y la Sociedad Teosófica de Santiago dio a conocer "*La Doctrina Secreta*", de la Blavatsky. La vendía la librería "*Orientalista*", de don Zacarías Gómez.

Diría que de la India se hablaba en voz baja y entre iniciados, los que también sabían muy poco de ella. Viajar hasta allá no era fácil. La Representación Diplomática chilena tenía el rango de Legación y era servida por un Encargado de Negocios, con el grado de Ministro Consejero. Antes de Juan Marín, estuvo Garretón Walker, un demócratacristiano de la época, a quien comprometieron en un contrabando de oro, yendo a dar a una cárcel de ese país, pues su tío, el Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente González Videla, don Horacio Walker Larraín, lo destituyó, quitándole así el fuero diplomático. Garretón tuvo como secretario en la Legación a Juan José Latorre, hijo del Almirante, el antiguo amigo de nuestra infancia, en Playa Ancha, en Valparaíso, ligado a la familia de mi abuela Manterola. Ahora no se cansaba de aconsejarme y advertirme de los peligros de la India y del cuidado

que debía mantener con las relaciones y las trampas. Los diplomáticos eran los más expuestos a las tentaciones del contrabando.

Sí, en verdad la India vino a abrirse y a perder su misterio sólo en los años sesenta, después de mi partida, con la llegada allí de los "Beatles". Entonces, se vulgarizó. Su proyección política la pierde con la desaparición de la familia Nehru; su proyección cósmica, me atrevería a decir.

* * *

Valparaíso era entonces un punto de partida, más que de llegada. De allí partió mi antepasado, don José Paramá, y no regresó nunca. De allí partí yo a la Antártica, en 1947. Y en 1953, a la India, en un buque inglés de pasajeros: "El Reina del Pacífico". Iba a cruzar dos canales y un estrecho, antes de llegar a mi destino; el de Panamá, el de Gibraltar y el de Suez. El "Reina del Pacífico" llegaría sólo hasta Southampton, desde ahí a Bombay sería la compañía "P. & O." la encargada de transportarnos.

En Santiago, antes de embarcarme, fui al Cementerio, con mi pequeña hija, y recogí una flor de una tumba, la que me acompañaría hasta la India. En el muelle, estaban mi mujer, mi hermano Diego y mis hijos. Yo debía ir solo, para arreglar la permanencia y las moradas, en un país desconocido y difícil, donde no había nadie para recibirme, pues mi predecesor ya había partido y no tenía secretario. Mi mujer agitaba un pañuelo blanco, mi hermano se paseaba por el muelle. Mi hijo mayor, casi junto al agua, afirmado de un pilar, me decía: "No se vaya, papá...".

Luego, el barco se alejó, cada vez más, cada vez más, hasta que la gente sobre los muelles sólo fueron pequeños puntos indistinguibles.

Así son las despedidas sobre esta tierra. Cosas absurdas "un cuento contado por un idiota". Sea por barco, por tren, o por avión. El cuerpo físico se esfuma, desaparece. Y aunque parezca una contradicción, es sólo el cuerpo el que parte en esos artilugios, porque el alma se queda atrás, o se va de a pie; no llega al mismo tiempo que el cuerpo. Para el que no parte, el que se queda, la cosa es otra, ni el alma ni el cuerpo se van. No entiende nada, no puede entenderlo. El alma se le queda en un hilo.

Pienso, ¿cómo serían las partidas en Hiperbórea, cuando los cuerpos no estaban tan materializados? Seguramente, como en el

“Misterio de la Eucaristía”, donde se nos informa que en cada pedazo de la Hostia (redonda como un *Ovni*) está Cristo entero. El que se quedaba y el que se iba, en verdad no se separaban, seguían unidos, aunque aparte. Unidos y separados para siempre. Sólo con la “fiscación” extrema deviene este desastre. Y ya no hay salida, sino yendo cada vez más hacia adelante... Hasta naufragar en el mar, como don José Paramá, o naufragar aquí en la tierra, como su esposa... “¡Oh Capitán, mi Capitán!”.

* * *

“El que parte limpia el mundo”, decía Omar Cáceres. Esto no lo entiendo. “Partir es morir un poco”; esto sí lo entiendo. Lo entendía al ir navegando sobre el enorme Océano, como por el Inconsciente Colectivo. “Morir es ir al Inconsciente Colectivo”, me había dicho Hermann Hesse. Perderse allí, en el hondo mar. “Para retornar un día a las formas, a la forma...”. Algún día encontraría de nuevo a mi mujer y a mis hijos, en otro sitio, en la India... ¿Y a Irene? ¿Dónde?

Asomándome de vez en cuando por la ventanilla de mi camarote, miraba hacia el “Inconsciente Colectivo”... y veía a las olas levantarse, juntarse y perderse... Esa era “ella”, ese era “yo”... “*Como en el inmenso mar un madero se junta con otro, para separarse luego, así es el encuentro de las creaturas...*” (*Bagabhat Gita*).

Sobre la mesita del camarote había puesto la foto de *Allouine*. Abrí mi libro “La Antártica y Otros Mitos” y le leí en sus últimas páginas un Poema del bardo Olen, compuesto para *Argos*, la segunda sacerdotisa hiperbórea de Apolo, en la Isla de Delos, de la antigua Ática:

EL REGRESO DE LOS HIELOS

“¡Apenas si recuerdo ya cómo fue la partida! Y aquel que partió llevaba otros ojos y otros sueños. ¡Oh, víctima de tu propia alma, cuántos caminos, cuántas latitudes! ¡Recuerdas siquiera el día, la hora en que el mar se enfureció, en que las olas se elevaron y el viento rugiendo transformó tu nave? Más lejos aún, en los orígenes del tiempo, hubo también otra partida; alguien dejaba caer lágrimas de mundos y unos dedos de luz infinita se

separaron de los tuyos. Esos dedos eran suaves y eternos; desde entonces quedaron afuera de ti mismo, en torno tuyo, invisibles. Derrumbe tras derrumbe, el viaje continúa. Todo esfuerzo que hagas por ti mismo debe llevarte más lejos y más abajo. Allá, en un horizonte rojo sobre el mar, flotan unos blancos témpanos a la deriva. Están muertos y fríos y vienen bajando de esa zona del universo donde el mar se junta con las estrellas. Porque has de saber que hay seres y mundos que aún permanecen en la región de la luz increada, más allá de la existencia, en el límite y en el borde de todas las partidas. Ellos te miran con sus ojos de iceberg con sus blancas almas y observan tu camino. Te vieron llegar muy cerca y luego te volvieron a ver partir. Pensaron quizás que iban a incorporar en ti mismo los fantasmas helados, el rumbo de las aguas infinitas, las lejanas flotas de silenciosos témpanos. Y a punto estuviste, si no fuera por tu apasionado corazón que se equivoca a cada paso y que tiende sus manos de sangre emocionada, afirmándose en todo aquello que aún le pertenece. El también recuerda la partida con una voz celeste, él tiene la certeza de los dedos de la luz y empuja a su vieja compañera el alma hacia lugares tenebrosos en que todo se transforma. Navegamos por sobre unos rieles en el mar, por sobre oscuros precipicios, en el filo de los abismos. ¿Quién preservará nuestra vida? ¿Quién detendrá nuestro derrumbe? ¡Sigamos! Anclas, corazones, manos temblorosas fueron extendidas. Yo no quise morir aún, yo salvé el alma del frío y extendí mis lágrimas, mi personalidad entera, toda mi ansia antes de partir. Fue un mensaje lanzado al corazón del mundo, al centro mismo del dolor humano. Fue una cuerda que, desenrollándose, nos mantuvo unidos a todo aquello que abandonábamos. La vida siempre cumple nuestros más íntimos deseos. Todo está dentro de nosotros, y, de ahí, como de un seno inagotable, emerge la forma de las cosas. El drama de la luz y de la sombra, la existencia del hielo y del amor, se resuelven en íntimos parajes. ¡Vive y piensa sangrando en tu propio drama y verás que el misterio te rodea para siempre y que tu pensamiento y tu palabra se hacen fuente de agua viva! Serás el creador del mundo y la responsabilidad de todo lo que suceda sólo será tuya.

“¿Por qué te extraña entonces si una campana cristalina empieza a batir el cielo y sus ecos han roto el vidrio dentro de tu corazón? ¡Qué heridas tan finas y sonoras te comienzan a cubrir! ¿Son heridas que vienen desde lejos, o son viejas heridas que se abren? El metal de plata de tu sangre gotea estalactitas delica-

das. No las interrumpas, hijo mío, deja que las heridas crezcan, porque todo debe crecer. Sólo una cosa tú no sabes: ¿mirarás la herida desde fuera, como quien mira al sueño de un hombre botado al borde de un camino, o te arrojarás dentro, como al cráter mismo de la noche? Entonces caerías de cabeza a una velocidad vertiginosa. Y todo se repetiría como en el primer tiempo de la vieja historia. Yo no te podría seguir y te vería descender con las piernas hacia arriba, mirando como al fondo del agua de una insondable fuente. Puedes hacerlo, si lo quieres, nada te está prohibido y todos los caminos son hijos de tu alma. En el Gran Viaje puedes subir a la cumbre de los hielos, donde hay héroes de blancas túnicas, o sumergirte al fondo de las oscuras aguas, donde te esperan las ballenas que te devorarán. En la hondura de sus vientres habitarás ciudades misteriosas, selvas espesas, historias ignoradas, de un convulso color rojo. ¡Cuán pocos llegan ahí y pueden recorrer las corrientes antiguas de las aguas, que llevan a los oasis de un loco e intenso fuego oculto! En este drama, en esta inalterable aventura, puede perderse algo más que la vida, puede perderse el tiempo, puede perderse la forma. Pero no trepides, pues la eternidad te recupera. Mientras tú sueñas, yo te espero y conservo en mis espejos el recuerdo de tu imagen. Si alguna vez retornas, como salvado de las aguas, me encontrarás al borde de la fuente, inclinado, para lavar tu cuerpo con mis lágrimas y llorar juntos la alegría de tu vuelta. ¡Ah, yo estaré en el umbral de una nueva vida, con los brazos en cruz para abrazarte!

* * *

“Y en esta misteriosa historia fundamental se ha realizado un encuentro.

“Cuando la soledad cercaba los confines y los horizontes del hielo se iban aproximando poco a poco, una embarcación emergió sobre las olas. Otro ser navegaba estas mismas aguas, desprendido alguna vez del mismo centro. ¿Qué de raro tiene que nos encontremos sobre el mar? He visto en sus manos la línea de los astros y en sus ojos el recuerdo de la luz primera. Entre las cuerdas y los palos del navío su cabellera era empujada por la furia fría de los vientos. Mi alma temblorosa, cerrada en sí misma, acostumbrada ya a la vastedad del viejo océano, dudó al ver aparecer la pequeña luz en la distancia. ‘Cierra los ojos, alma,

y sigue tu camino,' le dije. Pero entonces la aurora de una voz habló de mi propia infancia sobre el mar. Y dijo todo aquello que yo había olvidado y extendió una mano sobre las más furiosas olas. ¿Cómo no cogerla? Aunque yo iba sobre un iceberg, arriesgué la vida derritiendo el hielo. Arriesgué la ruta prefijada. Y me cogí a la mano y sangré un instante. Por ese encuentro que durará en la eternidad del mar lo que demore su barco en pasar junto a mi iceberg, yo he vuelto a ser niño y luz en la primera aurora. ¡Y en sus manos, la suavidad increada y en sus ojos los largos caminos del vetusto origen! ¡Abre tu ser, mírame en tus ojos, no cierres tu alma todavía! ¡Esas abejas doradas, que son tuyas, y que te rodean como una corona de dolor auténtico, que vengan hacia mí y beban la sangre de mi corazón! Quiero prolongar este encuentro en el hosco mar, enamorar mi alma y enredar mi vida en las cuerdas de tu barco. Si para ello es necesario hundirnos en las aguas, yo romperé el milagro de estos delicados rieles que me sostienen sobre el mar y junto contigo descenderé al fondo inmenso, en busca de las rojas ciudades afiebradas. Si tú conoces los caminos, tú me guiarás, y ya no soltaré tu mano, ni dejaré algún día de mirar en tus pupilas, donde hay una cuna de dolor primario. '¡Ven!' le grité, en medio de la furia de los vientos, 'te daré mi vida, mis caminos, te contaré todos mis recuerdos'. Mas, las olas ya nos van apartando, ya va pasando su barco. Allá arriba, en las estrellas, su camino también se ha cruzado con el mío y la hora ya ha sonado. Por este encuentro, algo definitivo ha sucedido en los ámbitos del mundo. Es por esto que aún resuena esa campana que escuchan hasta los ángeles y que conmueve la nieve de los héroes. Pasarás, pasaremos, pero el milagro del amor cumplido totalmente en el ritual del sacrificio, inconscientemente realizado, dirigido por la cumbre de los cielos, el amor de la hermandad de origen, te ha salvado. Ahora comprendo, joh, viajera de los verdes ojos y de las dulces manos!: es el amor que viene de Dios el que realiza el milagro y santifica todos los caminos. Juntos partimos hace ya mucho tiempo y empezamos a navegar en esta gota de agua eterna, que a lo mejor es una lágrima del cielo. Alguien nos despedía en nuestra casa, alguien que se quedó esperando al borde de una fuente. Después, casi ya no recuerdo. ¿Lo recuerdas tú? Tus caminos se apartaron de los míos y los míos de los tuyos. Hasta este encuentro en medio de la amplitud del mar. Tratemos de no olvidarlo. Por él hemos ganado de nuevo la seguridad, porque tu amor ha hecho posible que yo no

baje al fondo de las aguas, que no recorra las ciudades torturadas y que tú, que de allá vienes, puedas empezar a caminar desde donde yo tengo ahora mi alma. Viajera, toda tu vida y tus dolores, tus entregas y tu fuego, las has vivido con mi alma. Y mis cumbres y mis hielos los he escalado con la tuya. A través de las olas, te doy mi mano y mi fe. Nada importa, pues ni el fuego, ni el agua, ni la violencia, ni la muerte, ni el miedo ni el cansancio podrán borrar tu esencia ni el suceso del encuentro. ¡Sigue tu camino por cualquier ruta, oh, víctima de tu propia alma! Yo llevaré para siempre el conocimiento de lo que en ti no cambia, replegado ahí, en torno a nuestra propia vida, como en torno a un lago en donde sólo duermen las imágenes eternas; bastará que yo sople sobre las aguas para que tú emerjas y vuelva a escuchar tu voz y a sentir tu vida, que es la mía propia, en el fondo del único corazón que tiene el mundo. Acostúmbrate a resistir tu soledad, que también es la de todos, y a seguir sin desmayar por el hilo de este viaje, hasta que un día nos volvamos a reunir, más allá del mar, más allá de los hielos, en la luz recuperada, en el primer Oasis, donde nos espera una blanca túnica de paz y una espada de sol, donde encontrarás mi mano, que nunca te ha dejado, junto a la mano de todos los demás, que tampoco nos han abandonado, y que en este mismo instante están contigo y conmigo, sólo aparentemente impedidos por estas duras olas y este viento que nos cimbra y nos dobla, para que aprendamos a besar la tierra.

“¡Oh, prisionera de tu alma, el día asoma por nuestras ventanas; hay sol, hay alegría! ¡Enséñame a bailar, enséñame a cantar!”

* * *

En una de las cubiertas del “Reina del Pacífico” había encontrado un lugar solitario donde me tendía sobre una silla a contemplar el mar y a recordar el torbellino de los acontecimientos vividos desde la muerte de Barreto, la masacre del “Seguro Obrero”, la Gran Guerra, el encuentro con el Maestro, mi viaje a la Antártica, la publicación de mi libro “Ni Por Mar ni Por Tierra”, la aparición y desaparición de *Allouine*, las elecciones presidenciales en Chile y mi envío a la India... ¡Intensidad sin tregua, ni reposo!... Aquí, bajo este mar se sumergió una parte de la Lemuria, de un enorme continente; luego, no hace mucho, lo surcaron veleros cargados con el oro de las Indias y combatieron corsarios y guerreros. Por aquí

se perdió mi antepasado, don José Paramá, en busca de los mundos desaparecidos.

Cruzamos el canal de Panamá, culpable de la ruina del puerto de Valparaíso. En Cuba, en un café de La Habana, encontré por primera vez a Claudio Arrau, “amigo de toda una vida”, como me diría treinta años después.

No es el tiempo el que transcurre, el tiempo no se mueve, no hay pasado ni futuro, sólo imágenes que se alternan, se superponen, como las cartas de un naípe, que se cambian y se mezclan: allí están los griegos y Alejandro; aquí estoy yo, ayer joven, ahora viejo. Los griegos pueden volver, mi juventud también. Todo depende del jugador que baraja los naipes. Las olas se mueven en un gran Océano; pero el barco tal vez esté inmóvil y el puerto al que llegue podría ser de Europa o de Avallón, en la perdida Atlántida, dependiendo de la imagen que proyecte nuestra mente... ¡Ah!, si la Gran Guerra aún no hubiese terminado y yo me pudiera encontrar con un submarino, emergiendo de estas aguas.

En el barco también va John Williamson y su joven esposa, hijo del dueño de “Williamson Balfour”, la firma inglesa con sede en Chile. Es “Right Honorable” y ha pasado varios años en nuestro país, interiorizándose del funcionamiento de sus negocios, tal como lo han hecho, siguiendo esta misma tradición, los hijos de los Edwards, los dueños del diario “El Mercurio”, el periódico más antiguo de Sudamérica, como si fuera “*The Times*”, de Londres. A la muerte de su padre, John Williamson pasaría a ser Lord Forest. Ni a él ni a su bella esposa volvería a verles más. También iba Higinio González, Ministro Consejero de Chile en Inglaterra, amable y gentil, que asesoraría a don Enrique Balmaceda, ya muy mayor, nombrado Embajador en esa Nación, nieto del Presidente Balmaceda, sordo como una tapia y que, según Joaquín Edwards Bello, “se lustraba la suela de los zapatos”. “No importa que sea sordo”, decía, “pues aún viven en Inglaterra los que le gritaban a la Reina Victoria, y así tendrán trabajo...”.

Anclamos en Southampton y alcancé a visitar Londres y París, donde había estado dos años antes. Entonces, aún había racionamiento de alimentos en la capital británica. Ahora, la recuperación era evidente. Por primera vez me hice un traje en Saville Road, en “Hicks & Son” y me compré unas corbatas en “Edwards & Buttler”. Allí me llevaron Fernando Illanes, alto funcionario de nuestra Embajada, e Higinio González. Con el

tiempo volvería con Juan José Fernández, quien fuera nombrado mi secretario en India; pero quien nunca concretó su partida, yendo, en cambio, a la Embajada en Londres. Con él fuimos a “James & James”, donde conocí a Mr. Eakard, el sastre del Duque de Windsor, ex Rey de Inglaterra y partidario de Hitler. Me mostró una vieja chaqueta de sport que le había enviado el Duque para su reparación, desde París, donde vivía. Así aprendí que la ropa debe envejecer con uno, como los muebles y las cosas. Nunca más me he hecho ropa nueva. Por mis trajes, o mis sillones, sé lo que estoy envejeciendo; por mis camisas y corbatas.

También fui a ver a mi tío Joaquín Fernández a París. Aún era el Embajador, aunque se estaba despidiendo, pues Ibáñez le había aceptado la renuncia. No le perdonó que durante su exilio en Buenos Aires, siendo mi tío funcionario en la Embajada, no le hubiese visitado. Habían sido amigos. Así, mientras yo iba a hacerme cargo de una representación diplomática, él dejaba la suya. Me hizo una recomendación muy importante: “No tengas nunca un secretario del Ministerio. Lo mejor es estar solo y contratar personal del país en el que sirves. La gente del Ministerio sólo es buena para intrigar y dar malos ratos. Con seguridad se refería a Enrique Bernstein y su enemistad con él, la que yo vine a heredar por un tiempo, como en una historia de Montescos y Capuletos.

Regresé a Inglaterra para embarcar nuevamente, ahora en la última etapa de la navegación a India. En el avión, sobre el Canal de la Mancha leía a Krishna Murti, sus “*Comentarios on Living*”. Extrañaba a mis hijos y a mi familia. Luego, en Londres, poco después del medio día, marchaba por una calle solitaria. Una persona venía en dirección contraria. Delgada, de caminar pausado. Iba con su cabeza descubierta, cosa inusual en esos tiempos. Al cruzarnos vi su rostro pálido y moreno, de una extraña belleza. Sus grandes ojos oscuros se clavaron en los míos... “¡Krishna Murti!”, exclamé. “Sí”, me respondió. Y me estiró su mano. Nunca nos habíamos visto.

Él había visitado Chile y recordaba a Blanca Luz Brum, entre sus seguidoras de la época. Ella me había hablado de él. Le conté que yo iba a la India, su país. Y habríamos seguido juntos conversando; pero se hallaba de paso por Londres, invitado por amigos ingleses a un campo de los alrededores.

Sobre este encuentro extraordinario, envié una crónica al diario "La Nación" de Santiago, la que fue publicada en la página literaria de un domingo de 1953, con el título: "Mi Encuentro con Krishna Murti".

He aquí que en un mediodía de ese año, en una calle que se había hecho solitaria y silenciosa, en el centro de la que fuera la Metrópolis de un antiguo Imperio mercantil, ya en decadencia irreparable, por haber perdido en verdad la Guerra, aun más que Alemania, un privilegiado representante del mundo milenario al que yo iba, me daba la bienvenida y el "pase".

A través de muchos años, cada vez que nos volvimos a ver en este mundo, él y yo recordamos este primer encuentro.

* * *

De tantas cosas desaparecidas, una de las que más lamento es el salitre de Chile. La Empresa era una Institución, con gran clase. La presidía en esos últimos años, don Jorge Vidal de la Fuente, un hombre de mucho señorío, quien, en el norte de nuestro país fue iniciado muy joven por mi abuelo, don José Miguel Serrano Urmeneta, en las labores del ferrocarril, en Antofagasta. Mantenía por él un recuerdo y agradecimiento imborrables, de los que yo vine a beneficiarme, haciéndome partícipe de toda clase de atenciones, pues, entre otras cosas, también llevaba la misión de mi Gobierno de preservar las ventas del salitre en la India. En todo el mundo, el fertilizante natural empezaba a ser amenazado de muerte por el sintético, el sulfato de amonio, comercializado por los Estados Unidos de América. Bien se sabe las maravillas que fueron las ciudades salitreras de nuestro norte, hoy pueblos muertos, fantasmas. También las oficinas de la Empresa en Santiago y en Londres eran como templos, donde oficiaban los sacerdotes de una élite de caballeros, que ¡jalás! ya también se fueron para siempre: Pedro Alvarez, Raúl Aguirre (vivo aún), José Serrano Palma y un gentleman inglés, a cargo de la representación en Londres. Ellos me dieron una ayuda inestimable durante mis primeros tiempos de India. Conocedores a fondo de la manera de negociar con la ex-colonia británica y depositarios, por así decir, de la sabiduría y experiencia del Imperio. El salitre mantenía en Bombay una representación comercial a cargo de una firma griega, "Rallis India", la que me recibió a mi llegada, como si ella

fuera parte de la Legación diplomática de Chile, inexistente por haber partido mi predecesor. El Dr. Marín dejó los archivos con el Encargado de Negocios de Argentina en Nueva Delhi, Jorge Serrano Redonet, un excelente amigo y diplomático.

En el buque, que partiera de Southampton, también iba el "Deputy High Commissioner" de Inglaterra, recién nombrado en India, un hombre joven, de origen escocés, con su esposa australiana, escritora de novelas policiales. Se llamaba George Middleton y venía de cumplir una delicada misión en Irán, donde había derrocado a Mossadek. Hablaba muy bien el castellano y se interesaba por la literatura. Nos hicimos amigos y, al partir de India, me regaló todos sus libros en español. Aún los conservo. Fue después nombrado Embajador en Argentina, donde le visité un día, de paso por Buenos Aires. No pudo acostumbrarse y estaba muy a disgusto allí. La Reina le hizo *Sir*. ¿Qué habrá sido de *Sir* George, mi querido amigo? Cuando desembarcamos en el puerto de Bombay, le esperaban funcionarios de su Embajada. El se volvió a mirar hacia el barco y, al verme aún a bordo, subió nuevamente las escaleras. Me estrechó la mano y me ofreció la ayuda de su Embajada: "Usted sabe", me dijo, "nosotros aquí tenemos alguna experiencia. Me tiene a su disposición. No se desanime (*Don't lose hope*). Los hindúes son difíciles, especialmente al comienzo; pero, en el fondo, son buenas personas...".

Este gesto de amistad solidaria de un inglés, caló muy hondo en mí, y no lo he olvidado nunca.

* * *

Mas, en la India no tuve dificultades. Desde los comienzos iba de la mano de Gandhi, del Mahatma. Y los hindúes se enteraron muy pronto. Lo primero que hice, al llegar a Nueva Delhi, fue comprarme una túnica de *kadhi*, el paño blanco tejido a mano en telares rústicos y, vestido con él, fui a visitar el *Samadhi*, o monumento que guarda parte de las cenizas del Mahatma, en un campo abierto de la Vieja Delhi. Ahí oré y recité los cánticos con los seguidores y devotos del Padre de la Independencia de esa gran Nación.

El hijo de Mahatma Gandhi, Devadas, era el Director del principal periódico de Nueva Delhi, el "*Hindusthan Times*". Nos hicimos amigos y publicó mi declaración sobre el Kailás y el



En el centro mi amigo el Deputy High Commisioner en la India, George Middleton y, a la izquierda, el Ministro Consejero de la Embajada de Francia, luego Embajador en Afganistán, Cristián Belle, quien venía llegando de servir en la Misión diplomática en Chile. La foto fue tomada en mi Embajada, en Nueva Delhi.



Recién llegado a la India en un almuerzo en mi casa. Al centro la foto del Presidente de Chile, don Carlos Ibáñez del Campo; de pie, Devadas Gandhi, hijo del Mahatma Gandhi, Director del Periódico "Hindustan Times"; a su lado Anita Sánchez. Sentada al medio, la mujer de Devadas Gandhi, hija del Primer Gobernador de la India Independiente, Rajagopalachari. Arriba, a mi lado, el Mayor Raúl Igualt, Jefe de la Delegación Militar chilena de la ONU en Cachemira, y sus camaradas militares; sentadas a la mesa, sus esposas. Las firmas en la foto corresponden a Devadas Gandhi y su esposa, Lahshmi.

Melimoyu. Estaba casado con una hija de Rajagopalachari, el primer Gobernador de la India independiente. Gandhi pertenecía a la casta de los *vaishas*, o comerciantes, y Rajagopalachari era un brahman. Pasaron por alto una ley sacra, mezclando las castas; pero fueron felices. Desgraciadamente, Devadas Gandhi murió muy pronto, de un ataque al corazón.

De llegada, me instalé en una "suite" del Hotel Imperial, de Nueva Delhi, donde también residiera Juan Marín. Recuperé los archivos y rehice así la Legación de Chile.

Fuera de mi sueldo, en esos primeros años, no tenía ni un peso para gastos de representación. Mucho menos para comprarme un automóvil. Debí arrendar un taxi, con su chofer, un *sikh*, para movilizarme y cumplir mis primeros compromisos protocolares.

Poco sabía yo de estas cosas y si no cometí graves errores, ello se debió a la mano del Mahatma, pues nadie había allí para aconsejarme.

MANI

—Sharma, te pido disculpas por las palabras fuertes que te he dicho.

—Sahab, cómo se le ocurre. Yo sé que usted las dice sólo con la boca y no con el corazón".

Una mañana, tras desayunar, pasé a la salita donde había instalado la oficina de la Legación. Me encontré allí a un curioso personaje. Un joven hindú, sentado inmóvil en una silla y mirando fijo un punto en el espacio. Tan ensimismado o concentrado estaba que ni siquiera notó mi llegada. Al darse cuenta, se levantó de un salto y se inclinó, juntando sus manos en el saludo tradicional:

—Namasté, your Excellency. Me llamo Mani y vengo a ofrecerme como su secretario..."

Era muy delgado y moreno, de rasgos finos y vestía una camisa y pantalones blancos; los pies desnudos, en unas sandalias abiertas en las puntas.

Me excusé, diciéndole que no necesitaba a nadie por ahora. En verdad, no habría tenido para pagarle.

Salí a la calle y, al regresar, aún estaba allí, inmóvil, siempre inmóvil, como meditando.

A la derecha: con mi secretario, Mani; abajo, con mi chofer Michael y mi mayordomo, Samuel, en el jardín de entrada a mi casa en la Vieja Delhi; por último, con mi hija Carmen y Michael, en mi casa de Valparaíso, 40 años después. Nos acompaña la esposa del Embajador de Chile en la India, Sofía Salamovic de Ortíz.



“-¿Y...?”, le pregunté.

“-*Sahab*, yo deseo trabajar con usted, no necesita pagarme de inmediato. Tómeme a prueba...”.

Su insistencia me impresionó. Lo senté frente a la máquina de escribir y le dicté algo. Lo puso en perfecto inglés. Le pasé un escrito en castellano y, aunque no sabía una palabra del idioma, copió letra por letra, sin cometer un solo error.

“Esto es perfecto”, me dije “puedo enviar los informes confidenciales sin necesidad de escribirlos yo y no necesito usar la clave. Escribiré sin entender nada...”.

Y lo tomé.

Mani permaneció cuarenta años en la Embajada, también mi chofer, Michael. Mani ya murió; Michael jubiló y aún vive. Vino a verme a Chile hace unos cuatro años y lo alojé en mi casa. Era un católico de Goa, la colonia portuguesa de India, lo que no le impidió hacer conmigo muchas expediciones a los *Ashrams* y lugares sacros del hinduismo en los Himalaya. Mani era de la casta brahamánica y jamás pude hacerle comer en la Embajada ni en mi casa. Mi mujer nada sacó con sus ruegos, preocupada por su flacura. Tomaba el desayuno en su casa y ya no volvía a comer hasta la noche, cuando regresaba a su hogar. El alimento debía serle preparado sólo por su mujer, o alguien emparentado directamente, de la misma casta brahamánica, según lo prescribe la ortodoxia del hinduismo. Nosotros respetamos esto, no así mi reemplazante en el cargo, diez años después, Luis Melo Lecaros, quien le obligó a comer bajo amenaza de despido. Y cuando volví a ver a Mani, había engordado. Y seguramente ya no se ensimismaba en la meditación. Fue mi más leal y sabio servidor, como sólo pueden serlo los hindúes.

LOS SILENCIOS DE NEHRU

Creo que el Jefe del Protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores de India se asustó. Pensó, quizás, que yo podría llegar a presentar mis Cartas Credenciales al Primer Ministro Nehru vestido de hindú. Sin embargo, a mi paso por Lima, me había comprado una tela blanca, de “piel de tiburón” (*sharkskin*) y en Londres, en “Saville Road”, me hice un terno. El Jefe del Protocolo lo admiró, aprobándolo.

Chester Bole, un Embajador de los Estados Unidos de América en India, que llegara a ser muy popular y que dejó el cargo poco antes de mi llegada, escribió un libro sobre su experiencia, y contaba la tremenda impresión en su primera entrevista con Nehru. El había hablado todo el tiempo mientras el Primer Ministro no abrió la boca. Se sintió muy confundido, llegando a creer que le habría caído muy mal, o que Nehru odiaba a su país. Casi pide su inmediato retiro. Pero todo cambió cuando comenzó a interesarse por la vida real de la India, por sus costumbres y pensamientos.

A mí también me pasó algo parecido, mientras me puse a hablar del salitre y del cobre, que deseaba vender. Nehru, sentado a mi frente, parecía no escucharme, mirando a un punto lejano. Sólo cuando mencioné el Kailás y el Melimoyu y a la misteriosa y mágica relación, de cumbre a cumbre, entre las antípodas del mundo, su rostro se distendió y una sonrisa muy tenue pareció iluminarlo. Pero no dijo nada. Me referí, entonces, a “su tristeza; *tal vez como una huella del milenario dolor del mundo*”... Tan insólita fue esta reflexión mía, que el Jefe del Protocolo, se inquietó visiblemente. Pero Nehru, no. Se borró su sonrisa como si se sumiera en sí mismo, y cerró los ojos.

Me levanté para despedirme. El Jefe del Protocolo me acompañó hasta la puerta y volvió a entrar. Casi al instante retornó, con una gran sonrisa, y me fue a dejar hasta el auto. ¿Qué habrá hablado con el Primer Ministro? ¿Qué le habrá dicho su Jefe? Nunca lo supe. Mas, desde ese instante, me distinguió con su amabilidad.

LOS ASHRAMS

*—Samuel, por favor, tráigame una rosa del jardín.
—No puedo Sahab, porque la rosa duerme
y ya es tarde para pedirle permiso para cortarla”.*

No olvidaba mi verdadera Misión. Por Mani me enteré de que cerca de Delhi, en Rishikesh, se encontraba el *Ashram* del Swami Sivananda y que éste había peregrinado al Kailás. Decidí visitarle.

En “*La Serpiente del Paraíso*” he relatado mis viajes, impresiones y experiencias en India, que tan hondas impresiones dejaron en mí para siempre. No voy a repetirme, limitándome a

recomendar a los lectores buscar este libro, aún en circulación, en las dos versiones, la original y la que resumiera, para su publicación en el extranjero y su traducción al inglés y al japonés. Recorrí la India en toda su inmensa extensión, especialmente los Himalaya, urgando en su geografía y en el alma de su gente, en sus profundidades y en sus cumbres, en su infierno y en su cielo (*“Para que un árbol pueda alcanzar con su copa al cielo, sus raíces deben bajar hasta el infierno”*, decía Nietzsche).

* * *

En mi libro, en los capítulos “Delhi”, “Chandni Chowk” y “La Estrella de la Mañana” (sobre el Taj-Mahal) he descrito a la India alucinante, con su grandeza y su insondable miseria; también en “Benares, la Santa” y en la “Kunmela de Allahabad”. En ese libro creo haber logrado el máximo de profundidad en la comprensión de su misterio. Ahora no lo conseguiría igual, a no ser que reprodujera esos capítulos. Lo mejor será que el lector los lea por su cuenta.

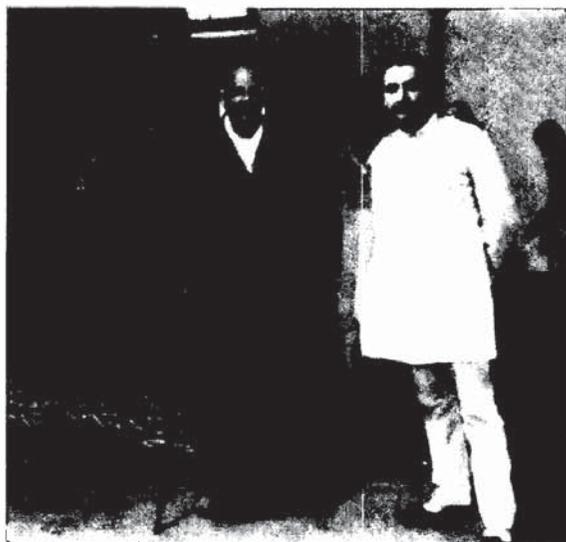
¡Diez años en India! Y aunque no lo dije abiertamente, en todo momento estuve en una concentrada búsqueda interna y alerta para cumplir mi Misión. Jamás hablé una palabra a nadie, ni tampoco di a conocer mi concepción hitlerista del mundo, ni mi combate en la Gran Guerra. Yo no podía dañar a mi País. Ni mi secretario, ni mi chofer, ni siquiera mi esposa me oyeron alguna vez referirme a esos esenciales temas; ni un sólo colega diplomático, ni un amigo hindú. Siempre, en apariencias, únicamente preocupado de los intereses de mi Nación, hasta cuando luché con todas mis fuerzas y logré éxito en defender la Antártica. Lo hacía por Chile; pero también por Hitler. Por supuesto, esto último nadie lo ha sabido nunca, hasta este momento en que lo digo.

Recorrí la India entera, dando a conocer a Chile; pero, en el fondo, buscando, y, si hubiera encontrado lo que perseguía, yo habría desaparecido y nadie, ni siquiera los míos, me habrían vuelto a ver.

Noches enteras pasaba estudiando el mapa de ese inmenso país, señalando puntos, rincones, cumbres perdidas, fascinado a veces por el nombre exótico de una montaña de los Transhimalaya, de un río, de una aldea. Aún guardo conmigo esa carta geográfica, como una reliquia, que más que señalar caminos en un mundo exterior me indica los derroteros de mi propia alma. Nunca, estoy



El mapa de la India, que me sirviera para las expediciones en el subcontinente y en los Himalaya. Aquí indico el lugar donde se ubica el Monte Kailás.



Con el Swami Sivananda en Rishikesh.

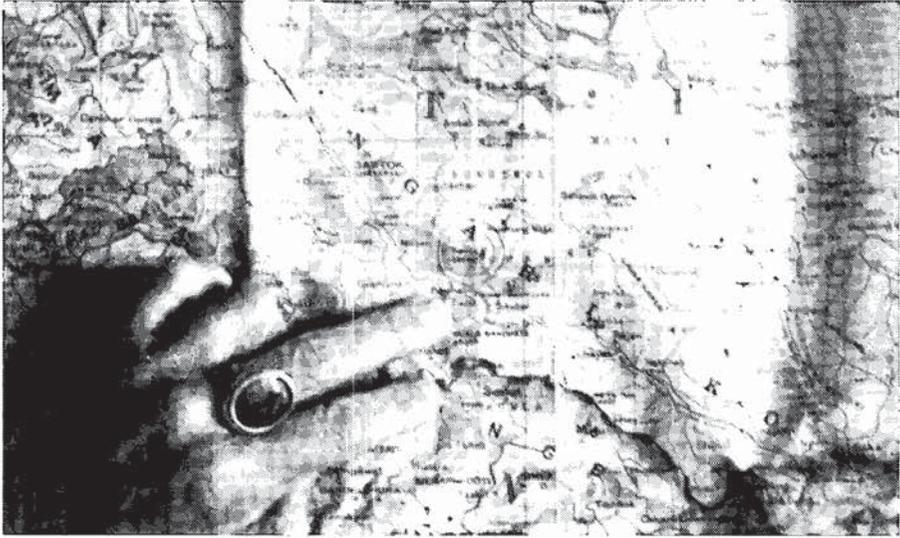
seguro, un diplomático representante de algún país extranjero, habrá soñado y vivido la aventura que yo emprendí en la India, durante los años sesenta y cinco de la Era Hitleriana (años 1950 de la Era Judeo-Cristiana). También me ayudaban los libros y mapas del explorador sueco Sven Hedin, amigo de Hitler, recomendado por mi Maestro. Me los imaginaba concentrados, sobre los mapas del Tibet y del Kailás, buscando las entradas a los refugios de la “Tierra Hueca”.

En el *Ashram* de Rishikesh consulté al Swami Sivananda por las cavernas del Monte Kailás. Él había hecho esa peregrinación, pero no había visto caverna alguna. Adquirí una pintura del Kailás del “Lama” Govinda y hablé con él. Tampoco vio nunca una entrada. Era éste un alemán, de madre boliviana, casado con una mujer *parsi*. Interesante y culto, publicó el “*Libro Tibetano de los Muertos*”, en una traducción superior a la de Evans Wentz. Le visité a menudo en Almora y juntos contemplábamos el Nanga Parvath y la línea soberbia, casi sin fin, de las cumbres himaláyicas. Fue él quien hizo posible que “*Rider and Co.*”, de Londres, editara por primera vez “*La Serpiente del Paraíso*”, en inglés. Me recomendó a Gerard York, consejero literario de la Editorial, quien ya había editado los libros de Govinda. Un lazo especial nos unía, pues, años después, mi editor alemán de “*Las Visitas de la Reina de Saba*”, en “*Aurum Verlag*”, también lo editaba a él. Ahí apareció su hermoso libro autobiográfico, “*El Camino de las Nubes Blancas*”.

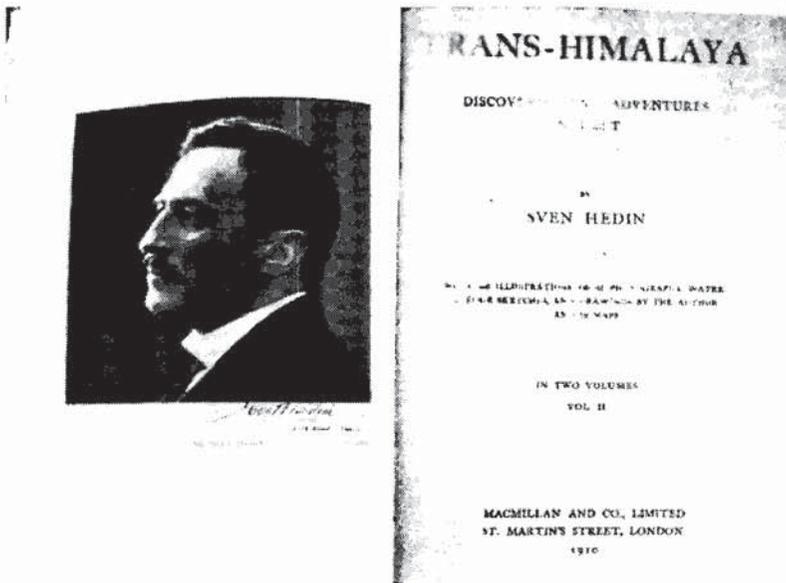
En Ashahabal, en Kashmir, cerca de Srinagar y camino de Pahalgam, vivía el *Swami* Ashokananda. Era un experto en la filosofía “*Trika*”, original sistema de esa región del arianismo, hoy de mayoría musulmana, aunque en poder de la India.

El conflicto de Kashmir entre hindúes y musulmanes costó un millón de muertos, tras la independencia de ese País. Las Naciones Unidas enviaron observadores para mantener la paz. Hasta el día de hoy Chile tiene delegados militares. En esos años, llegó el Mayor Raúl Iguait, del Ejército chileno. Me visitó en la Legación con su familia, y nos hicimos buenos amigos. Juntos emprendimos la expedición a Hamarnath, santuario de Siva, en las alturas himaláyicas de Kashmir. La primera parte la hicimos a caballo, luego a pie, por senderos escarpados y peligrosos.

También, en los suburbios de Rozaball, fuimos a visitar la “Tumba de Jesús”, conocida por muy pocos. Según la leyenda,



Señalando el Monte Kailás en el mapa de la India.



El explorador Sven Hedin, amigo de Adolf Hitler, y la portada de su libro "Transhimalaya".

Jesús no murió en la cruz, viajó en secreto a la India y se halla enterrado en Kashmir. Ante ese mausoleo, como ante el que existe en Santiago de Compostela, me hice la pregunta: “¿Quién en verdad estará enterrado allí?”.

El Mayor Igualt llegó a Coronel. Su hija se casó con el General Viaux, protagonista de un fracasado levantamiento militar, durante el Gobierno de Frei Montalva. Respaldó a su yerno y ambos debieron abandonar el Ejército.

Cuando el Mayor Igualt terminó su Misión en la Delegación de la ONU, en India, lo reemplazó Tassara, hoy General, y de quien ya he hablado en estas páginas.

En la Caverna de Hamarnath, en su centro oscuro y guardado por brahmanes semidesnudos, se levanta el *Lingam* de hielo del Dios Siva. Mas, allí tampoco encontré la “entrada”.

El Swami de Ashahaval, sentado a la sombra de una gran higuera, vuelve penosamente de un *samhadi*. Escucha mis consultas y me dice:

“—Vaya a Benares. Busque allí a Gopinath Kaviraj. Él asegura que su Maestro fue iniciado en un *Ashram* de los *Siddhas*, en los Himalaya. Afirma que existiría una institución secreta y misteriosa, muy antigua, llamada *Jña Jña Gan*. Busque a Gopinath Kaviraj. Él puede darle un derrotero”.

* * *

En la fantasmagórica Benares, Gopinath Kaviraj, sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, se balancea como un péndulo. Me oye y, sin mirarme, me envía a que me hagan un *yantra*.

“—Cuando esté listo, vuelva”, me dice.

Deberé recorrer callejuelas tortuosas, pasar por el “Templo de los Monos”, la “Casa de las Viudas” y seguir, siempre rodeado de niños mendigos, de peregrinos, moribundos y leprosos, hasta llegar donde el hombre que me hará el *yantra*. Es un dibujo extraño con colores sombríos y brillantes. Regreso con él donde Gopinath Kaviraj, quien lo observa con detención, como un médico analizaría una radiografía. En este caso, la radiografía del alma.

Interrumpe su balanceo de péndulo, y, sin quitar la mirada del *yantra*, me habla:

“—Vaya a Orissa y busque ahí al *Swami Bhumananda*. El conoce cómo llegar al *Siddha-Ashram* que usted busca y le ayuda-



El Monte Kailás, pintado por el Lama Govinda.



El Lama Govinda y su mujer.



Sunya con el Lama Govinda, en la ciudad de Almora.

rá a llegar allí... Mas, ¿sabe?, el verdadero *Siddha-Ashram* está adentro de usted mismo. ¿Por qué lo busca afuera?"

Los *Siddhas* son seres sobrehumanos, mitad divinos. En la noche de los tiempos, en las edades, llegaron a esta tierra, al Continente de Hiperbórea, procedentes de algún mundo paralelo, desde "otra situación". Algunos cayeron prisioneros, "enamorados de las hijas de los hombres". Otros, retornaron a su "situación" de origen. Algunos van y vienen, habitantes de la "Tierra Hueca", de un mundo astral, subterráneo... ¿Serían ellos los Maestros de mi Maestro?

Iré donde el Swami Bhumananda.

* * *

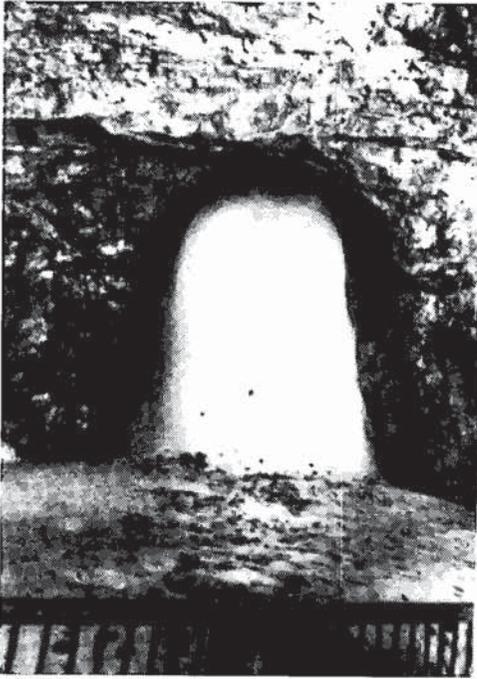
Los torrenciales monzones, las inundaciones del terrible verano, me impedirían llegar a Orissa, donde el *Swami Bhumananda* me esperaba, tras habernos comunicado por cartas. Mientras tanto, decidí recorrer los Himalaya, por las entradas del Tibet, en Kalimpong, en Almora. Nunca me encontraría con el *Swami Bhumananda*.

En Kalimpong, por esos años, vivía el Príncipe Peter, de Grecia. Era antropólogo y se interesaba también por la arqueología. Lo acompañaba una mujer rusa. En su casa flameaba la bandera de su país, junto al pendón real. Un día intentaría restaurar el trono en Grecia. Me invitó a cenar y me mostró figuras de piedra encontradas en excavaciones, junto a collares y amuletos confeccionados con huesos humanos. No obtuve de él mayor información.

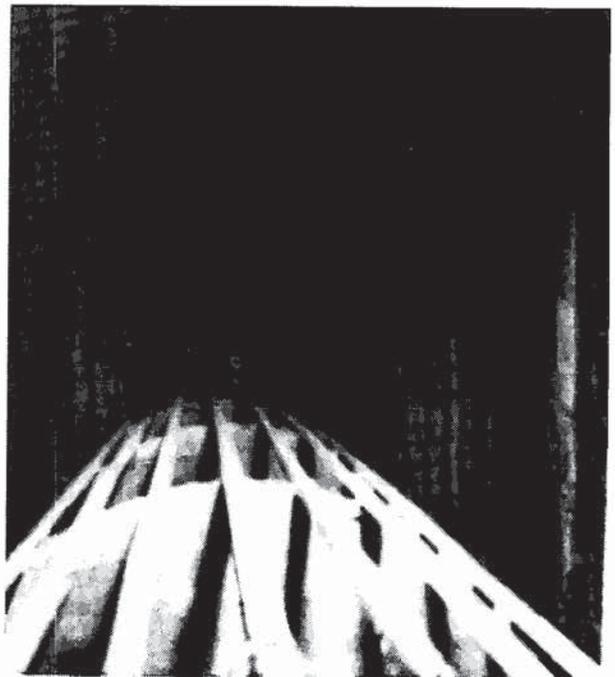
También, en esos años, se hallaba en Kalimpong Yuri Roerich, hijo del famoso pintor ruso de los Himalaya. Era un erudito del budismo y autor del importante comentario, "Blue Anals". En su vivienda tomamos el té y, en el atardecer, me narró cosas interesantes. Él creía en la existencia de los *Ashrams* de los *Siddhas*, es decir de los conventos, monasterios o "centros secretos" y ocultos en los Himalaya. Y me dió los nombres de los puntos donde estarían:

"-Hay dos ciudades dentro de los Himalaya", me dijo, "Agartha y Shamballah".

También se refirió a la Blavatsky, como a una mujer interesante, que no había mentido cuando afirmaba haber estado en un



El Lingham del Dios Siva en la caverna de Amarnath, en los Himalaya, de Kashmir.



La tumba de Jesus, en Kashmir.

lugar secreto de los Himalaya, donde se le reveló el Libro de "Dzyan".

"En algunas descripciones de militares ingleses, que recorrían el Tibet, se cuenta del encuentro con una mujer rusa, que viajaba solitaria por esas estepas, acompañada sólo por algunos sirvientes nativos".

La madre de Yuri Roerich era una mujer muy sensible y con facultades paranormales. Yuri me confesó su gran interés por viajar a la Rusia Soviética, a la tierra de sus ancestros, donde él creía encontrar interés verdadero por el Budismo Tántrico. Logró al final su objetivo. Y poco después se anunció su muerte, en Moscú.

Sin embargo, lo más interesante de mi viaje por los Himalaya fue el encuentro con un desconocido. Por esas altas rutas vi venir un día un extranjero. Era más bien joven, de algún país de lengua inglesa. Nos hablamos y marchamos juntos un buen trecho. No sé por qué le conté de mi búsqueda. Es más, le hablé de mi Orden y del deseo de encontrarme con la sede himaláyica, pues ella "regía para Oriente y Occidente", como la Sagrada Orden del Tibet y del Hindustán. Nos prometimos volver a vernos y le di mi dirección en Delhi.

Dos cartas he recibido en esta vida que se refieren a hechos de esa dimensión, en la búsqueda esencial en que me he encontrado. Una, la de este extranjero, refiriéndose a mi Orden. La recibí en la Vieja Delhi y me decía:

"—Después de nuestro encuentro en los Himalaya, me puse a investigar sobre su Orden y he descubierto lo siguiente: Tuvo una importancia fundamental e intervino decisivamente en los acontecimientos de la última Gran Guerra... Le informaré, pero no por escrito, sino cuando volvamos a encontrarnos".

Desgraciadamente, nunca más nos vimos.

La otra carta fue muchos años después, cuando ya había regresado a Chile. Un lector inglés de mis libros me contaba sus expediciones al Kailás, una vez que los chinos abrieron las puertas al Tibet y a los Transhimalaya. En plena noche, se quedó rezagado de sus compañeros de expedición y perdió su camino en el bosque. De pronto, divisó en la distancia las luces de una ciudad enclavada en la montaña. Esa ciudad no tendría que estar allí, ni aparecía en ningún mapa. ¿Era Shamballah? ¿Era Agartha? Debió tomar esa dirección, pero sintió temor y buscó el reencuentro con la caravana.



La famosa mística hindú, Ananda-Mai, en trance mientras canta. Los registros del cuerpo son limitados, las expresiones se confunden; pero no el sentido.



Ananda-Mai, joven.

Respondí a esta carta diciéndole a ese lector desconocido que él había perdido la oportunidad única de entrar a la *Ciudad Oculta*, desde tiempos sin memoria, y que ya nunca más se le volvería a presentar.

En Delhi me visitó un día un hombre alto y fornido. Era un francés, que había residido en Chile y viajado por la Patagonia. Se llamaba Fournier, como el autor de *“El Gran Meaulnes”*. Iba en busca de un punto geográfico en el Afganistán, donde cuatro países se juntan: China, India, Rusia y Afganistán. Por ahí cruzaban las caravanas del opio y también pasó Alejandro, en la antigüedad. Se despidió de mí dando un gran puñetazo en el muro del cuarto (casi bota el edificio) y me prometió informarme sobre lo que descubriera. Nunca más supe de él. Había sido amigo del cura de Chonchi, en Chiloé, el mismo que yo conociera en mi viaje con los camaradas nazis, hacía casi diez años.

¡Cuánta gente extraña y aventurera en esos lejanos años de la India! Hombres y mujeres, ya desaparecidos para siempre. En Nueva Delhi, por ejemplo, estaba la chilena Ana Sánchez, seguidora del Padre Pío, de Italia. Le donaba treinta rupias mensuales para que le encontrara las cosas perdidas, especialmente los anteojos. Pero otro chileno que llegó por India, le dijo que “quien le escondía las cosas era Mandinga, un elemental maligno que se alimentaba de los “garabatos” (insultos, groserías) que uno debía proferir por las pérdidas”. Una vez dichos, la cosa aparecía. Y “mientras más fuerte el ‘garabato’, más rápido se la encontraba”.

Ana Sánchez comenzó a combinar las rupias del Padre Pío con los insultos a Mandinga.

También pasó por India el Doctor Romero. Decía que el whisky había que beberlo puro, sin agua, porque “si hubiera que ponerle agua, los fabricantes lo habrían hecho”. Era hermano de María Romero, conocida periodista y amiga de Raúl Silva Castro, el culto crítico literario. Alberto Romero, el novelista, también era su hermano. ¿Quién se acuerda hoy de esta gente? Como si nunca hubieran existido. Y fueron conocidos y discutidos, mientras vivieron. Hoy, ni sus nombres grabados en las piedras de sus tumbas sirven de nada (contradiciendo la afirmación de las *Edda*); porque “se han muerto para siempre”... Como Hernández Parker, como Tito Munt, como Délano –Coke–, como Marcos Chamudez, el “Negro” Cortés, René Silva Espejo, Silva Carballo, Abel Valdés, el mismo Hernán Díaz Arrieta –Alone–, Luis Durán, Mariano Latorre,



El saludo ceremonial con el Maharaja de Sikkim. Atrás, la bella princesa de la que se enamorara el escritor italiano Fosco Maraini.



Con el Maharaja de Sikkim a mi derecha; a su lado su hijo, el Maharaja Kumar, Príncipe de la Corona; a mi izquierda, el Diwan, representante de la India en Sikkim.

Salvador Reyes, Juan de Luigi, Darío Saint Marie, y tantos otros, “muertos para siempre”, frente a la ignorancia total de las nuevas generaciones, la computación y la cibernética.

Nadie les resucitará ya. Ni siquiera yo, en estas páginas.

Mas, volvamos al tema. En mi búsqueda afanosa por las cumbres de Asia, llegué un día a Gantok, capital del Sikkim, pequeño protectorado de la India, limítrofe con el Tibet y puerta hacia Lhasa. Era una visita semioficial, que yo deseaba hacer de todos modos, pues, por allí había penetrado al Tibet el profesor Tucci, sabio italiano, acompañado del escritor y periodista Fosco Maraini, quien no siguiera más adelante por haberse enamorado de una de las princesas del Sikkim. Escribió un libro sobre su experiencia, que yo encontré en la biblioteca del barco, en mi viaje a India. Allí publicaba una foto de la princesa, una belleza tibetana. Debajo se leía la siguiente frase, dicha por ella: “¿Acaso soy tonta por pensar que para creer en un lama éste tiene que ser hermoso?”.

Y ahora yo estaba allí, sentado en unos cojines de seda china, junto a ella, en Gantok, en el Palacio del Maharaja de Sikkim.

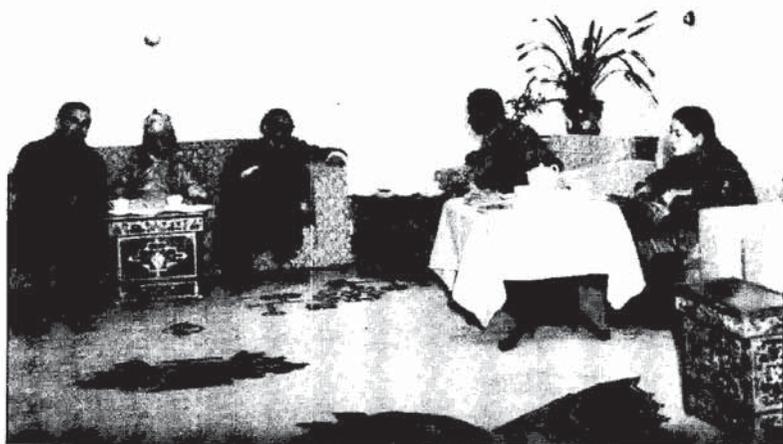
* * *

Diwan significa Gobernador, Primer Ministro, Alto Comisionado. El *Diwan* de Sikkim, o sea, el Representante de la India ante el Maharaja, era un *parsi*, de la vieja religión de Zoroastro y del *Zend Avesta*, de los persas; al ser invadido Irán por los musulmanes, emigraron a la India, donde preservaron sus tradiciones y sus ritos. En Bombay se levantan las “Torres del Silencio”, donde los cuervos devoran los cadáveres de los *parsis*.

Como ordenaba el protocolo, visité primero al *Diwan* y éste organizó la recepción oficial en el Palacio del Maharaja. En la puerta nos presentó armas una guardia escuálida, luciendo unos uniformes diseñados, no por Miguel Angel, como los del Vaticano, sino, al parecer, por algún pintor de Tankas tibetano, del siglo XI, todos raídos ya. Nosotros habíamos llegado en un *jeep* abierto, conducido por el mismo *Diwan*. El ceremonial, de este modo, se me aparecía como una visita a un campo chileno antiguo, donde nos recibían unos inquilinos con “ojotas”. Sólo faltaban los ponchos. Los fusiles con que presentaban armas parecían escopetas. Mejor habría sido que portaran arcos y flechas. Una vez adentro, la cosa



El Maharaha Kumar de Sikkim y su esposa reciben ofrendas de sus súbditos.



Con el Maharaja de Sikkim, el Maharaja Kumar, su esposa y el Diwan de India.

cambió, pues todo era sedas y brocados. Apareció el viejo Maharaja, vestido con una túnica de rico bordado chino. Yo tenía que entregarle una larga bufanda de seda blanca y él me devolvía otra. Era el ceremonial tibetano. Cumplido éste, entraron al amplio salón las dos hijas y el hijo menor del Maharaja, el Príncipe Georg. Cambiamos palabras de cortesía. Estoy seguro de que ninguno, incluyendo el *Diwan*, sabía lo que era Chile. Aunque el nombre tan exótico (“*a lonely name*”), les llamaría la atención.

Casi inmediatamente el Maharaja me invitó al segundo piso del Palacio, a una gran sala, donde en los muros exponía sus pinturas. El Maharaja era pintor y deseaba que yo admirara su arte. Con sorpresa descubrí que todos los cuadros eran uno solo; es decir, repetían el mismo tema, de un lago con una montaña al fondo. Me los fue enseñando uno por uno, al mismo tiempo que me señalaba sus diferencias: una roca en un lugar distinto, un pájaro sobre la roca, o una hoja caída sobre el suelo. Esta pintura extraña era como la música de la India o del Tibet; la música de Oriente, que, para el oído occidental aparece como monótona, pero que posee notas imperceptibles para nosotros, cadencias sutiles, variaciones delicadas, matices que no percibimos. Igual con estas pinturas. Un tono en el color, un detalle delicado, que se nos escapa.

Quizá ese Maharaja, ese Rey, era un genio de la pintura, sólo apreciado por él mismo, por los suyos, o por el Dalai Lama.

No me atreví a pedirle que me regalara un cuadro. Y lo siento.

También mi Maestro pintó un solo cuadro, con las mismas pequeñas variaciones, un lago (el Manasarovar) y un Monte (el Kailás).

* * *

De nuevo el fundo chileno, su atmósfera. Muy pronto, las princesas reemplazaron a los servidores y fueron ellas las que trajeron las bandejas con los licores. Eran sólo dos, un jerez y un martini. Sentado al lado del Maharaja y del Príncipe Georg y servido por esa bella Princesa de leyenda, casi no lo podía creer. Por lo que me dediqué al martini, olvidándome del jerez. El Príncipe Georg me contaba que había estudiado en Oxford. Le pregunté si también había estado en Eaton y me respondió que no; porque “allí no permitían a nadie que viniera del *Continente de*

Color.” Nos quedamos en silencio, mientras yo pensaba en lo grave de este hecho: un Rey en su país, un semi-dios para sus súbditos, sintiéndose de pronto rechazado y discriminado por el color de su piel, por los *white people*, de un Imperio mercantil, a pesar de ser más ario, más aristócrata de verdad y con una tradición más antigua y milenaria que ellos. Mucho más refinada y sabia. Los han destruido, les han enfermado el alma.

En un viaje a Londres, tuve una vez la ocasión de presenciar un partido de polo entre los equipos del Duque de Windsor y del Maharaja de Jaipur, el mismo que recibiría a la Reina de Inglaterra en su Palacio y le organizaría *safaris*. Pues bien, cuando solicitó ser aceptado como miembro en el “*Club White*”, de St. James Street, se le rechazó, por pertenecer al “*Coulour Continent*”, y para no sentar un precedente...

¡Más martini... otro martini!... Y ya estábamos todos cantando y bailando una ópera tibetana, de extraños sonidos guturales y pasos, o medios-pasos, sincopados. El Maharaja hizo venir a todos los servidores para que también cantaran y bailaran, como en un fundo chileno, los huasos y los patronos de antaño. Tomados de las manos del Maharaja y de la Princesita, tan bella (la de Fosco Maraini), daba vueltas lentamente en un círculo, en el gran recinto del Palacio, entre cortinas, brocados y cojines.

Hasta que el *Diwan* dijo: “¡Basta... Nos vamos!”.

El martini exageró el ceremonial de la despedida: genuflexiones, miradas; pero sin tocarse. Y ahora estábamos otra vez en el *jeep* abierto, a plena nieve, conducido por el *Diwan*. Muy pronto llegamos a su casa, donde unos perritos tibetanos nos recibieron ladrando y girando en círculos vertiginosamente. Hasta el día de hoy no sé si esto era realmente así, o yo lo veía de ese modo. Entramos a la sala, donde, sobre una mesa, nos esperaba servida una sopa, vasos y cubiertos. El *Diwan* se ausentó en busca de su violín, según dijo. Yo sentí que perdía el equilibrio y que todo también me daba vueltas. Busqué a tientas mi cuarto, y me arrojé sobre la cama. Pronto llegó el *Diwan* con el rostro preocupado y el violín en una mano.

“—¿Qué le sucede? ¿Se siente mal?”.

“—Sí, muy mal. Se me enfrían los brazos y las piernas...”.

Llamó a sus sirvientes, que llegaron con grandes escobillas y empezaron a pasarlas por mi cuerpo, para reactivar la circulación. Mientras tanto, me habían despojado de mi ropa.

El *Diwan* llamó a un médico. Era éste un hindú y yo creí ver en él a un compatriota, perdido como me hallaba en estas regiones del Tíbet, o del pre-Tíbet.

“—Si me muero, me va usted a incinerar”, le pedí. “Yo no confío en estos extranjeros que me han dado un martini envenenado...”.

Muy pronto, llegaron también el Príncipe Georg y las dos princesitas, informados por el *Diwan*. La “novia” de Maraini me tomó de la mano y me preguntó:

“—¿Cómo se siente, Excelencia?”.

“—Mejor, mucho mejor, su Alteza... No me suelte la mano...”.

Escuché que el Príncipe Georg le decía al *Diwan*:

“—Esto me pasa a mí todas las noches”.

Y me dormí.

* * *

Este acontecimiento, la borrachera de un chileno, de un diplomático extranjero en el Reino de Sikkim, en el Palacio del Maharaja, junto a toda la nobleza, al Primer Ministro y a los sirvientes (sólo faltó la abigarrada guardia de la entrada), hizo época y hasta el día de hoy si la memoria existe en esas altas latitudes (¡y vaya que existe!) debe comentarse con afecto y simpatía. Tras el baile de esa ópera alucinante, se selló una amistad eterna, aunque nunca más volviera a ver a mis “hermanos de Martini”. Ni antes, ni después, estoy seguro, un representante

de un país ha vivido allí una experiencia pareci-



Con el Maharaja de Kashmir, Karang Sing, en mi casa de Valparaíso, treinta y cinco años después.

da. Cosas iguales, en su natural espontaneidad, me sucedieron a todo lo largo y ancho de ese enorme mundo del Lejano Oriente, en el Subcontinente Indio. Y tal vez por eso aún soy recordado. Más de treinta años después llegó a Chile, a una conferencia de algún organismo internacional, el Maharaja de Kashmir, hombre culto, escritor y poeta. Lo primero que hizo fue buscarme. Nos encontramos como si nos hubiésemos dejado de ver sólo ayer. Y, rodeado de mis camaradas jóvenes, hombres y mujeres, él cantó *mantras* junto al fuego de la chimenea y consagró los alimentos de nuestra comida, al estilo de su milenaria tradición. No se admiró de ver fotos de Hitler en mi casa. Para él ésto pertenecía al *Samsara*. Y nuestra amistad se fundaba en lo impersonal, más allá de *Maya*, en lo Eterno. En *ÉL*.

* * *

Abrí los ojos con dificultad. Me pareció ver unos puntos luminosos en el techo del cuarto. Pensé haber estado durmiendo al aire libre, bajo el cielo, como ya lo había hecho en India, y que fueran estrellas. Pero pronto descubrí que eran hoyos en el techo, por donde penetraba la luz del día. De seguro era ya tarde.

Entró el *Diwan*, completamente vestido, con una túnica tibetana distinta a la de la noche.

“¿Cómo se siente?”, me preguntó. “Yo parto en una expedición a las fronteras con el Tibet; voy con toda la gente de Palacio, a recibir al *Maharaja-Kumar*, el Príncipe heredero, que regresa de su visita al Dalai Lama, a presentarle su primer hijo varón”.

“Tibet”. Esta fue la palabra mágica. “Transhimalaya, las entradas al Kailás...”.

De un salto me incorporé en la pieza.

“—Ya estoy bien. Le ruego llevarme con ustedes”.

El *Diwan* sonrió, complacido.

“—Por supuesto”, dijo.

Y así partimos en esa expedición increíble, fantasmagórica, por senderos polvorosos, en un aire transparente, hacia más altas cimas.

Eramos tres: el *Diwan*, el Príncipe Georg y yo. En silencio todo el tiempo, sólo aspirando a pleno pulmón el oxígeno de los Dioses.

Caravanas nos cruzaban, o se nos adelantaban. Habitantes de las alturas, súbditos que también iban a homenajear a su futuro

Rey. Y yo no podía sacarme de la mente una escena legendaria del campo chileno, relatada por nuestros "súbditos" de Popeta, de los "inquilinos" recibiendo con banderas y carteles, en los caminos de tierra, con sus chamantos, sus atuendos y sus monturas, a mis padres, recién casados, que llegaban en un coche tirado por percherones. El "patroncito" y la "patroncita", que iniciaban una nueva vida y traerían muy pronto al mundo a un nuevo "patroncito" (también un *Maharaja-Kumar* de los Andes): yo-Él.

"Hacia las fronteras del Tibet". Debo haber parecido un excéntrico extranjero, pues iba vestido con botas militares y un capote prusiano, de oficial del Ejército chileno, que me regalara el Mayor Raúl Igualt, en Kachemira.

Al medio día, llegamos a un refugio entre cumbres. Allí nos esperaba el Maharaja con sus hijos. Se alegraron mucho de verme. Nos esperaban con una deliciosa comida china. Y nada de vino o alcohol. Sólo de ver una botella, me habría descompuesto. Pronto, se escuchó música y tambores. Los cantos y plegarias imitaban el viento de las alturas, voces roncadas, que alcanzaban la intensidad, la profundidad del huracán. En el confín, en el límite, apareció un grupo montado, que muy lentamente se aproximaba en la distancia. No eran muchos, cinco o siete, sobre ponies y *yaks*. Descendían por un sendero tortuoso, pegado a la pared rocosa y al abismo. Los cantos se detuvieron, la multitud de súbditos, que hasta aquí llegaron y que esperaba en los alrededores del refugio, se arrojaba al suelo prosternando sus cabezas, embadurnando sus lenguas barbas en el polvo... Y de nuevo yo, recordando ahora las antiguas peregrinaciones a la "Ermita del Rosario", de mi familia, en Farellones, las "Misiones" abigarradas, los Condes y Condesas de Sierra Bella, con sus inquilinos y sus súbditos, todos mezclados, todos orando, en las altas cimas de los Andes.

El *Maharaja-Kumar* era un joven esbelto. Traía en sus brazos a su pequeño hijo, ya consagrado por el Dalai Lama en Lhasa y lo acompañaba su bellísima esposa, una Princesa tibetana. No sé qué le habrán contado de mí, antes del ceremonial de la presentación, allí en el refugio de las cumbres, intercambiando también largas tiras de seda blanca: una corriente de espontánea simpatía se estableció entre nosotros, la que se mantuvo en el tiempo de su vida y sigue aún hoy, después de su muerte.

El regreso a Gantok, desde las alturas, fue indescriptible. Un semi-dios recibido por multitudes, con innumerables paradas en el



Vestido con la túnica tibetana, toda cubierta de swásticas levóginas, regalo del Maharaja Kumar de Sikkim, recibo al Dalai Lama en los Himalaya, a las puertas de la India.



Siva Ardanasisvara,
el "Andrógino". Es-
cultura de Khajuraho.

camino, cánticos, música, regalos. Y el Príncipe, aunque distante, hierático, tenía una sonrisa, una palabra, un gesto ritual para cada uno.

Y recordaba de nuevo la confesión del Príncipe Georg: “No nos admiten, porque pertenecemos al “Continente de Color...”. ¡Qué crimen! Jamás los españoles, visigodos en América, jamás los colonos alemanes en Chile, cometieron algo semejante. Ahí tiene que haber estado, de algún modo oculta, la mano destructora del judío, mimetizada en el “*welsh*”, y controlando el Imperio mercantil de la “*Compañía de Indias*”, secretamente de acuerdo con los “*Beni-Israel*” de la India, para destruir el alma milenaria del mundo Ario-Hiperbóreo de los Himalaya.

En los días que siguieron tuve ocasión de asistir invitado a los ceremoniales de Palacio, en la capital de Sikkim. También pude conversar de política y de religión con el *Maharaja-Kumar*.

No muchos años después de mi partida de India, él debió suceder en el trono a su anciano padre. Desgraciadamente, su bella mujer murió de parto y él se desposó nuevamente con una aventurera y ambiciosa norteamericana quien le empujó a tratar de independizar al Protectorado de Sikkim. Fue destronado y murió poco después.

A mi regreso a Nueva Delhi, le envié de regalo una caja de puros habanos, que a él le agradaba fumar. Me hizo llegar el maravilloso presente de un brocato de pura seda china, cubierto de *swásticas levóginas* (las mismas de la religión “*Bo*”, anterior al budismo tántrico y que fueran adoptadas por el Hitlerismo Esotérico). Con esta tela preciosa me hice una túnica tibetana. Y con ella recibí al Dalai Lama en los Himalaya, cuando escapó de la invasión china, y también en Chile (en los Andes) cuando nos visitara, no hace muchos años.

De este modo, y de nuevo, el querido *Maharaja-Kumar* de Sikkim volvía a encontrarse con su Dalai Lama.

LOS ANDRÓGINOS

A mi casa ha llegado un extraño visitante. De pie en la puerta, alto, delgado, con una túnica azafrán y un turbante en la cabeza; lleva un pequeño perro en los brazos y se descalza para entrar. Tiene los ojos azules. Sonríe, habla, y no sé si es hombre o mujer. Dice llamarse Alfredo; debe ser hombre, por lo tanto. Pero su

Mi amigo "Sunya Bhai", el "Hermano del Silencio", con su perro, encarnación de un familiar vikingo.



Sunya Bhai, el "Vikingo".



Urna con las cenizas de Sunya, el Hermano del Silencio, el "Vikingo". Las arrojaré en el Océano Pacífico, como si fueran las de Baldur.

nombre de iniciación es *Sunya*. Me lo revela, y dice haber recibido instrucciones para visitarme. Las ha recibido en el silencio, pues él es el "*Hermano del Silencio*". Es *Sunya*, el "Vacío". Y viene a "sentir mi silencio". Se lo han ordenado en los Himalaya, donde él vive. Se sienta en el suelo, con las piernas cruzadas, en un rincón de mi cuarto, junto a su perro, y se queda largo rato en silencio. Al fin, vuelve a hablar y me cuenta que es danés, vikingo, afirma, y, por eso, tiene los ojos azules. Su perro no es perro, es la reencarnación de un familiar muy cercano, que murió siendo niño.

Se levanta y se va.

Pasan varias semanas y *Sunya* vuelve, siempre inesperadamente. Me declara que su perro ha muerto; pero que ya ha reencarnado en el Sikkim y que deberá ir allí a reencontrarlo. Le hablo del *Maharaja-Kumar* y le recomiendo verle. El me dice que ha venido a visitarme antes de partir, pues desea presentarme a *Sister Raihana*, que es una mística *sufí*, que adora a Krishna, además de una vidente, que conoce el pasado de las reencarnaciones, mirando las manos. Luego, *Sunya* se explaya, habla como nunca, sale de su silencio y me narra una extraordinaria historia de un mayor inglés, que sirvió en el ejército colonial de la India y que, retirado, residió en Almora, una de las principales puertas himaláyicas para las romerías al Kailás. Allí también vive *Sunya* y el Lama Govinda, quien ocupa la casa de piedra que se construyera y nunca usara, Evans Wentz, ciudadano norteamericano y editor del "*Libro de los Muertos*" del Tíbet, quien debió partir al estallar la Segunda Guerra Mundial.

Cuando el Mayor inglés murió, se descubrió que era mujer. Me trae documentos y escritos sobre la increíble historia. El vio el cadáver y estuvo presente en los funerales.

Tengo junto a mí una cabeza de piedra del Dios Siva, esculpida en Khajuraho. Es el rostro del Andrógino, del Siva *Ardanasisvara*, hombre y mujer, aún no dividido (o reincorporado). Es ELELLA. Muchas veces en mis obras he tratado de describir el "*Rostro del Desposado*" (desposado consigo mismo). Es un éxtasis sublime, un gozo supremo. Con esa Cabeza he ilustrado mi libro "*La Serpiente del Paraíso*". Está aquí y la contemplo, mientras recuerdo a mi querido *Sunya* y a su historia del Mayor inglés, que tal vez ni era hombre ni era mujer.

Cuando dejé la India, *Sunya* mantuvo siempre el contacto y nunca dejé de escribirme sus extrañas e incomprensibles cartas,

en medio de las cuales intercalaba exclamaciones como “Wuh”! También me enviaba flores secas de los Himalaya, que aún conservo.

En aquellos veranos, él tendría unos setenta años y recuerdo que, para probarme que era joven, daba unos saltitos rápido sobre las puntas de sus pies, riendo y sujetándose el turbante. Al final de sus días, abandonó Almora y se fue a residir en California, donde se fundó un movimiento en torno a él. Sus seguidores le fueron fieles hasta más allá de su muerte. Publicaron una revista y me pedían colaboración. *Sunya* fue atropellado en la calle por un auto. De seguro, con tanto tiempo en los Himalaya, había perdido el “*sense of road*”. Me enviaron sus cenizas. Las tengo aún aquí, en un vaso de piedra, en mi sala de la meditación. Le he hablado a un Comandante amigo, de la Marina chilena, y vamos a navegar Pacífico adentro, para dispersarlas en el Gran Mar. Un vikingo, un navegante, necesita de este rito. Aunque, en verdad, haya naufragado en la tierra.

SISTER RAIHANA

Tenía la enfermedad sagrada de la “lepra blanca”. En su rostro y en sus manos se veían sus manchas. Vivía sin moverse de su cuarto, en un “refugio de Gandhi”, una suerte de asilo para místicos ancianos, cercano a la Vieja Delhi. Fui con mi esposa, la que sólo permaneció dos años en India, por el colegio de los niños. Le vió las manos, no por la palma, sino por el reverso; se concentró un poco, entonando unos *mantras*, y le explicó que ella había sido, en su anterior reencarnación, una mujer de Kashmir. Se había enamorado de un oficial inglés que murió en acción (yo) y ahora se había reencontrado conmigo en Chile y se había casado.

A *Sister Raihana* le llevé también a mi hermana Berta, quien hasta hoy la recuerda y reza por ella. Muchos chilenos la visitaron conmigo y le pidieron ver sus manos: Hernán Santa Cruz, Embajador en las Naciones Unidas; don José Maza, Presidente de la Asamblea General; el escritor Luis Oyarzún, quien contó en una crónica que ella le predijo el terremoto de Chile de 1960. Un día, le llevé a Arthur Koestler, el escritor nacionalizado inglés, sin advertirle quién era. Le vio las manos y le dijo que en su anterior encarnación había sido un “*military chaplain*”, un capellán militar. Esto debió haberle hecho una gran impresión a ese ex militan-

te (*military*) comunista-marxista (cura-capellán). Ya de regreso en el auto, me dijo: “*It was sweet of her to tell me that*”.

Koestler escribió un libro sobre su experiencia en India y en Japón: “*El Loto y el Robot*”. Creo que en alguna parte me menciona. Pero él era un agnóstico, un escéptico desesperado. Encontró en la *eutanasia* su última “religión” y se suicidó, junto con su esposa y sus perros.

Un día me visitó en India el profesor chileno Roberto Munizaga. Venía con la recomendación de mi muy apreciado amigo, Eugenio González Rojas, Rector de la Universidad de Chile. Le atendí lo mejor que pude. En buenahora, pues era un personaje único, con un especial sentido del humor, incisivo, agudo, además de filósofo y poeta. Temido y detestado por sus alumnos, que le apodaban la “Mulata Sublime”, conmigo se abrió, saliendo de su timidez de introvertido. Hasta me leyó unos poemas dedicados a La Serena, su ciudad natal, creo. Decía cosas increíbles y que eran definiciones esenciales, además de poéticas. Por ejemplo: “¿Sabe, don Miguel? (nos tratábamos de “don”), aquí en India las vacas son palomas... porque se paran en cualquier parte”... O bien, al contemplar las calles de la Vieja Delhi, atiborradas de gente: “Aquí está saliendo a cada rato el Estadio Nacional...”.

Hizo un viaje a ver los templos tántricos de Khajuraho, donde Siva y Parvati se aman en las más difíciles y contorsionadas posiciones. Me declaró a su vuelta: “Vengo de un viaje de abominaciones...”. Sólo el pintor Julio Escámez, quien también estuvo en India, fue capaz de decir cosas como éstas. Por ejemplo, cuando le iba a buscar a su habitación, algunas mañanas, se volvía desde la puerta y exclamaba: “Un momento, por favor, se me ha olvidado ponerme la musculatura...”.

Por supuesto, llevé a don Roberto Munizaga a visitar a *Sister Raihana*. Pero llegamos tarde y ya habían cerrado las puertas del asilo. ¿Qué hacer?

“—Nada”, le dije. “Escalemos el muro”.

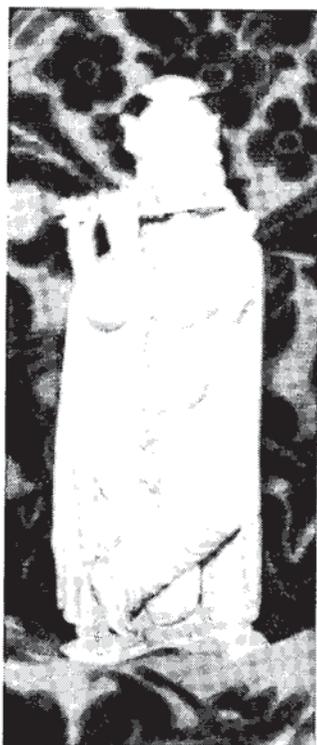
Y nos subimos. Cuando estábamos arriba, a horcajadas, uno frente al otro, nos miramos. Y él, con una sonrisa:

“—¡Si me vieran mis alumnos!”.

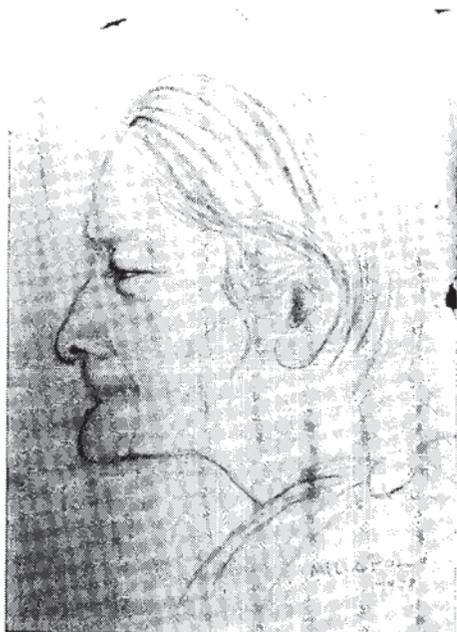
Partió don Roberto y ya no volví a verle hasta una visita mía a Santiago. Me invitó a almorzar al antiguo hotel Crillón. Ocupamos una mesa en el patio, junto al muro con enredaderas. Y nos tomamos más de una botella del buen vino tinto chileno. Yo tenía



La "Hermana" Raihana, a la izquierda, acompañada de una discípula.



Estatueta en marfil del Dios Krishna, regalo de la "Hermana" Raihana.



La "Hermana" Raihana, dibujo del músico chileno Millapol Gajardo.

el muro al frente, donde daba el sol del verano chileno y se veía brillar el verde de las hojas, con ese verde único de nuestro País.

“—¡Mire, don Roberto, esa hoja. ¡Mírela!”

Se dio vuelta a contemplarla.

“—¡Ah!”, exclamó. “¡Es una hoja de carne y hueso...!”

¿Qué será de él? En pleno régimen militar le vi aparecer en la televisión criticando al gobierno. Decía que los uniformados, en nombre del nacionalismo, destruían lo mejor de la nacionalidad. Los ferrocarriles, por ejemplo.

Y tenía razón.

La última vez que le encontré fue una mañana en el “Café Santos”. Traía un niño de la mano. Me lo presentó. Era su nieto.

“—Venimos de ‘pinchar’³ en la calle Ahumada,” me explicó. “Esta primavera las “niñas” sí se están dando muy buenas... ¿No es cierto?”

Y se dirigía a su nieto, quien asintió, muy serio.

* * *

Sister Raihana hizo una excepción, una sola. Salió un día de su cuarto, de su meditación, de su oración sufí. Me fue a ver a mi habitación del “*Swiss Hotel*”, en la Vieja Delhi, una suerte de cabaña, donde me había mudado, dejando el “*Hotel Imperial*” de Nueva Delhi. Ambos pertenecían al mismo dueño, el empresario hotelero Oberoi. La mansión había sido de un Virrey inglés y tenía el encanto de los edificios antiguos. Yo disponía hasta de una piscina. En el jardín saltaban los monos, de árbol en árbol. Subiendo por una tapia, podía alcanzar a un cementerio inglés, con tumbas antiguas, con inscripciones y poemas. Los directores del hotel eran una pareja de italianos de Florencia, Aldo y Giuliana Cambi, jóvenes y gentiles. Fui el único diplomático en India en trasladarme a vivir a la Vieja Delhi y al “*Hotel Suizo*”. Había dos hoteles más. Uno, el “*Cecil Hotel*”, inglés, donde no se admitía “*ni a indios ni a perros*”, y otro, más moderno, también de Oberoi. El “*Cecil*”, al que yo no habría ido, de ningún modo, se cerró muy pronto, como no es difícil comprender. La India ya era independiente, no era más una colonia de Inglaterra. Sólo el Encargado de

3. “Flirtear”.

Negocios de Austria había tenido el mal criterio de ir a vivir allí por un tiempo.

Pues bien, al Hotel Suizo llegó a verme *Sister Raihana*, saliendo de su reclusión y acompañada de Alfred Wuelfred, un agregado de la Embajada alemana en India, quien fuera hecho prisionero durante la Guerra y mantenido en un campo de concentración inglés. Se convirtió al hinduismo, aprendió el hindi y se asimiló casi por completo a la vida y costumbres del país. Nos conocimos, no recuerdo cómo, y juntos asistimos a la *Gran Kummela* de Allahabad. Ahora venía con Raihana a visitarme, pues yo estaba enfermo, en cama y con grandes dolores. Era, en verdad, una “visita médica”. Y el “doctor” era ella.

Raihana me traía de regalo un cristal con la cara del sol grabada, de *Surya*, y una estatuilla de marfil del Dios Krishna, tocando la flauta.

“El cristal tómelo en la mano”, me dijo. “Sienta su vibración, su energía solar. A Krishna, póngalo en la mesita de su velador. Y escuchemos ahora la música encantada de su flauta. Yo le acompañaré cantando los *mantras* que le curarán...”.

Y se sentó en el suelo, cerca de mi lecho, sobre las alfombras *Kashan*, en la penumbra del atardecer, mientras el amigo alemán encendía unas varillas de sándalo, que nos envolvieron en su perfume.

Cerré los ojos. *Sister Raihana* empezó a recitar una melopea hipnótica, en el sánscrito sagrado. Y, al fondo, muy al fondo, yo escuchaba la Flauta del Dios Krishna, que iniciaba su Danza con las *Gopis*, las pastoras de Gokul, y con Radha, su Amada. Ella le acompañaba danzando y también cantando. Y la voz suave y cadenciosa de Raihana era la de Radha, la Amada del Dios, en los jardines de Vrindavan.

Sin saber cómo, me dormí. Y sané.

* * *

Años después, cuando me encontraba viviendo en Montagnola, en la Suiza italiana, en la antigua casa de Hermann Hesse, recibí el regalo de un dibujo a lápiz con el rostro de *Sister Raihana*. Lo había hecho y me lo enviaba el músico chileno, Millapol Gajardo, quien estudió en India la *Raga* hindú, llegando a ser un virtuoso

y un especialista de su música. Nuestra amistad se mantiene a través de los años. Cuando presenté al público mi libro "Los Misterios", él ejecutó la música de fondo. También ahora, recientemente, al cumplir yo ochenta años, él me regaló con la ejecución de una "Raga del Atardecer". Y no podía ser de otro modo. Mientras él tocaba la flauta de Khishna, Sabela, la *meiga* celta, le acompañaba con la *tampura*.

Yo recordaba a mi *Sister* Raihana y trataba que mi pensamiento le alcanzara allí donde sus cenizas ahora estén, para juntarlas a las de *Sunya*, en el hondo mar, donde todo se esfuma.

HERMANO DE LECHE

Antes de retornar a la búsqueda afanosa, voy a seguir un poco más relatando estas pequeñas historias, o acontecimientos, que nos permiten penetrar el alma de ese pueblo antiguo, mejor que con la filosofía, la religión o la Gran Historia. Allí se revela la idiosincrasia de la India, a veces; porque esos detalles valen más que textos, o volúmenes.

En la calle, el hindú semidesnudo ("nunca mal vestido", como decía Neruda) pide limosna, pide y pide, jamás satisfecho con lo que le dan. Jamás agradecerá. En el "hindi" no existe la palabra "gracias". Pues el hindú piensa que al pedir está haciendo un favor al que da, permitiéndole mejorar su *karma*. Tampoco el agonizante, tirado en el camino solicita ayuda ni la espera. Y nadie se la brinda, pues deberá apurar solo, hasta el final, su Destino, para reencarnar más libre y mejor. Esta creencia en el *karma* y en la reencarnación, está guardada en lo más profundo del Inconsciente Colectivo de la India, de modo tal que aún quien dice ser agnóstico, racionalista y no creer en nada, adentro, muy adentro, tiene "cinco mil vidas", al revés del occidental, quien, aún afirmando creer en la reencarnación, sólo tiene una vida, cree en una sola. El resultado de esto es importantísimo, contribuyendo a que el hindú esté menos individualizado que el europeo. También, menos apurado, pues dispone de la eternidad, por así decir. Y esta fe está más allá de la mente y la razón. Es decir, en lo más auténtico, en la sangre, en la verdad.

Sin embargo, -y esto lo vine a descubrir casi diez años después-, no siempre fue así, porque la "Idea" de la reencarnación aparece en India cuando el ario se mezcla con el dravidia, con el

negrito primordial, a quien se le ha “aparecido” la *reencarnación*, al contemplar la muda de la piel de la serpiente. El *Tantra*, la metafísica tántrica, órfica, gnóstica, por decirlo de algún modo, la rechaza con el *Kaivalia*, reemplazando al *Samadhi* y pretendiendo afirmar, o alcanzar el *Yo Absoluto*, la *Individuación Suprema*, terminando con el Eterno Retorno, con la Reencarnación del budismo y del vedantismo, propiciados y propagados por los *Beni-Israel*.

Al descubrir esto, decidí dejar India; pues, la seducción del *Samadhi*, de la pérdida en el Gran Océano, es casi irresistible.

En los senderos himaláyicos, en las peregrinaciones a Badrinath, encontré oficiales de la Marina India, educados en Inglaterra, con preparación científica, despojados ahora de sus atuendos militares, físicos y psicológicos, que iban por esas rutas, descalzos y también semi-desnudos, cubiertos de cenizas, con bosta de vaca en los cabellos, cumpliendo con los rituales que les ayudarían a “reencarnar mejor”.

* * *

Acostumbraba a salir en las tardes a las afueras de Delhi, a recorrer los fuertes y palacios de los emperadores mongoles, contemplando, desde sus torreones, el vuelo de los pájaros y los colores intensos de los cielos del monzón. Un día, olvidé la llave dentro del automóvil y cerré la puerta. El duplicado lo tenía en el hotel. No había nada que hacer. Antes de romper un vidrio, esperé que alguien me transportara hasta Delhi. Y traté de parar algún motorista, o algún carromato tirado por búfalos. Vi venir un camión y le hice señas. Se detuvo. Lo conducía un hombre joven, vestido con el *dothi*, una especie de “pañal” flotante entre las piernas flacas y larguiruchas. Iba descalzo. Le expliqué lo que me había sucedido. Se ofreció a llevarme con la condición de que antes le acompañara a su aldea, donde debía dejar algo. Acepté.

Como casi todas las aldeas de la India, era un caserío con habitaciones de barro, prensadas con bosta de vaca y techos de ramas. La gente se movía todo el tiempo, yendo de un lado a otro, portando agua las mujeres, en grandes cántaros que equilibraban sobre sus cabezas.

El hombre me invitó a entrar en su casa, donde había un fuego encendido y sobre las brasas se calentaba el *chapati*, el rico pan

indio. Me invitó a probarlo y su mujer me trajo un vaso de leche. Comí y bebí. Y ya estábamos listos para partir. Mi anfitrión no cabía en sí de felicidad de que yo, un *sahab* blanco y de ojos azules, hubiese estado sentado en su casa, en su aldea, compartiendo el pan y la leche con su familia. Yo no era consciente de esta diferencia. La verdad es que nunca, hasta hace muy poco, he venido a darme cuenta de ello.

Me fue a dejar hasta el Hotel Imperial de Nueva Delhi. Entré con él, tomados de la mano (costumbre hindú), pasando por la recepción y los pasillos, ante la mirada atónita del manager italiano y de los empleados. Nos despedimos frente a mi cuarto, juntando las manos y diciendo: “¡*Namasté!*”.

Pero la historia no termina aquí. Una semana después, recibí una llamada telefónica de la recepción. Me avisaban que un hombre en *dothi* y descalzo deseaba verme. Pregunté quién era. Y me respondieron: “Su hermano de leche”. Al comienzo no entendí nada, creyendo se tratase de una broma, un chiste de algún visitante chileno, de esos que, de tanto en tanto, se aparecían en India. Mas, al pensar en el *dothi*, “*caí*”: tenía que ser mi anfitrión de la aldea, el que me había transportado en su camión, para encontrar la llave de repuesto.

Y así era: “¡mi hermano de leche”, pues habíamos bebido juntos en su hogar la leche de la “Madre Vaca”, de la “Madre India!”.

Le recibí de inmediato en la oficina de la Embajada, saludándole ceremoniosamente con las manos juntas, y diciéndole de nuevo: “¡*Namasté!*” (“¡Saludo al Dios que hay en ti!”).

SHANDALA

Deseé pasar unos días en Udaipur, en el Palacio edificado en medio de un lago, y partí, llevando conmigo a mi chofer y a mi *bearer* (vallet). Marchábamos a una velocidad regular, conduciendo por el lado izquierdo, según la costumbre inglesa, vigente hasta hoy en India. El camino era cruzado a menudo por grupos de caminantes, camellos y vacas. De pronto, desde un lado del camino, saltó una mujer, pretendiendo atravesar la ruta. El auto no alcanzó a frenar y la golpeó de frente, arrojándola a varios metros de distancia. Casi de inmediato, una caravana de mujeres y hombres apareció a campo traviesa, aproximándose con grandes

lloros y gritos. Rodearon el cuerpo botado en el camino. Yo me había bajado, junto a mis servidores y, reclinado, sostenía la cabeza de esa mujer joven, que agonizaba. Llegó su marido y la tomó en sus brazos. Sollozaba inconsolablemente. Yo dejé también rodar mis lágrimas, ocultando mi rostro entre las manos. Un coro de voces se elevó al cielo, repitiendo mantras y plegarias.

Abandoné mi auto allí y pasé todo el día en el pueblo vecino, con la policía y llenando papeles. Retornamos a Delhi y no pensé en volver a Udaipur hasta el año próximo, en la misma fecha, y después de haber logrado dejar libre a mi chofer de toda culpa en esa muerte.

Cuando llegábamos al mismo sitio del accidente, le pedí a Michael que nos dirigiéramos hacia la aldea de la mujer muerta. Mis sirvientes se resistían a ir, creyendo que la familia y los habitantes tomarían venganza en nosotros. Pero insistí. Como si lo hubieran sabido de antemano, una multitud rodeó nuestro auto. Y un hombre se abrió camino, acercándose. Yo me había bajado. Me tomó de la mano y, sin decir palabra, me llevó hacia su casa. Allí, me miró profundo a los ojos, hasta que ellos se le humedecieron nuevamente.

“—¡Vengo a pedirle perdón por la muerte de su esposa!” le dije. “Y deseo compensarle, como pueda...”.

Me tocó nuevamente, ahora en el rostro, con la punta de sus dedos.

“—¡Señor, por Dios, por Vishnú! ¿Cómo se le ocurre? No le he olvidado nunca y le estaba esperando. Yo sabía que usted vendría... Fue suficiente, más que suficiente, que usted llorara con nosotros... Se llamaba Shandala, y era su destino...”.

Sí, se llamaba Shandala, fina y delicada, con su piel de marfil oscuro y sus cabellos lisos, de agua negra.

Ella murió en mis brazos, hace ya muchos años, al borde de un camino de la India, cercano a Udaipur. Se “desprendió” de su cuerpo, hacia una nueva encarnación...

Shandala significa perfume de sándalo, flor de sándalo... No la he olvidado nunca.

EL MANDARÍN CHINO

Deseaba llegar al Tibet como fuera, a los Transhimalaya, al Kailás. El Embajador chino en India era Pan-Tsu-Li, importante funcionario en la jerarquía comunista de su país. A menudo coincidíamos en nuestras posiciones en las reuniones internacionales que se realizaban en Nueva Delhi. Nos hicimos amigos y conseguí que me cursara una invitación oficial para visitar China. Cuando vino a informarme de la noticia, me consultó por lo que deseaba ver en su Nación. De inmediato le respondí:

“—El Tibet, el Monte Kailás”.

Su amplia sonrisa de chino se borró, se puso serio. Pronto se fue y nunca más volví a oír de la invitación. Tampoco insistí. Sólo quería ir al Tibet, la China no me interesaba. Había comprendido que jamás me dejarían pasar por ese lado al territorio donde debía cumplir con mi “Misión”.

Cuando vino a India el profesor Munizaga, ya al final de su viaje, me manifestó sus deseos de ser también invitado a China y me pidió ayudarle con el Embajador. Le quedaba poco tiempo y debí actuar rápido. Cometí entonces una falta en el protocolo, animado por mi amistad con el diplomático oriental. Tomé el teléfono y le llamé a su Embajada, pidiendo hablar directamente con él. Se puso al fono sin hacerse esperar. Entonces, le manifesté mi deseo de que me recibiera. Me preguntó cuándo y le respondí que inmediatamente. A pesar de la extrañeza que debió haberle causado mi apuro y mi actitud tan directa y poco formal, tan poco “oriental”, aceptó. Y quedamos de encontrarnos dentro de una hora en su Embajada.

Mi segundo error fue vestirme con un traje hindú de mi invención, de seda cruda, de *kadhi*, de los talleres de Gandhi. La sensibilidad del Embajador Pan-Tsu-Li fue así tocada, debido a la rivalidad tradicional entre China y la India, agudizada por los problemas de fronteras y por la situación del Tibet.

Llegué acompañado del profesor Munizaga. Nos hicieron pasar a una salita donde había una mesa puesta, frente a los sillones que ocuparíamos, servida con los más exquisitos manjares: empanaditas, dulces, mermeladas y golosinas, además de unos jarros de fina porcelana con té chino.

El Embajador se hizo esperar más de la cuenta. Y cuando entró traía la estereotipada sonrisa de Oriente. Se sentó y esperó

a que yo hablara. Empecé refiriéndome al profesor y describiendo sus méritos, sus deseos de conocer China y sus condiciones para merecer una invitación. El Embajador escuchaba sin decir palabra y don Roberto Munizaga no abría la boca. Sólo yo seguía hablando. Mientras tanto, nuestro anfitrión no hacía un solo gesto para invitarnos a probar los deliciosos manjares, que nosotros devorábamos con los ojos. La mirada del profesor chileno se agrandaba a través de sus anteojos, yendo de la bandeja al rostro hierático del Embajador.

Me detuve, paré de hablar, considerando que la entrevista había terminado. El chino, con modales corteses, nos acompañó hasta la puerta de la Embajada. Y así terminó todo.

Ya en la calle, nos miramos y yo pregunté al profesor Munizaga por qué él no había abierto la boca.

“-Mire”, me respondió, “primero, le escuchaba a usted; luego, observaba a ese Embajador. Y a mí me sucede algo muy extraño, yo veo a una persona a través de otra. Y, ¿sabe usted a quién he visto todo el tiempo en el Embajador chino?... ¡Al General Ibáñez!”.

Me iluminé. Fue algo extraordinario, una revelación. Sí, en verdad: ¡Ibáñez era un chino, un Mandarín chino!... ¿Quién sino él habría sido capaz de un suplicio (suplicio chino) como el que acabábamos de sufrir nosotros, permaneciendo más de una hora sentados frente a los manjares más exquisitos, sin que se nos invitara a comerlos? Sólo este Embajador... y el General Ibáñez.

Así quiso, mi amigo Pan-Tsu-Li, borrar, mejor dicho, equilibrar mi falta de cortesía y de protocolo. Ya podríamos seguir siendo amigos... Pero nunca se formalizó mi visita, ni tampoco se invitó al profesor Munizaga.

Sin embargo, de todo esto obtuve un conocimiento increíble: *el General Carlos Ibáñez del Campo era un Mandarín chino.*

Lo supe en India, gracias a un profesor chileno, un “mutante”.

LA DIPLOMACIA

Sin duda fui un diplomático *sui generis*. De esto el lector se habrá dado ya cuenta. Pero, ¿qué es la diplomacia? Yo entré por la “ventana”. No hice la “carrera” (mas, ¿qué carrera se puede hacer en la diplomacia?). No fui eso que se llama “diplomático profesional”. Pertencí a la rara especie de los “diplomáticos hereditarios”, que improvisan, que “hacen” la diplomacia. En los veinte años que

estuve metido en eso, nunca volví a Chile a quedarme ni a servir en el Ministerio. Eran los tiempos en que a los Embajadores los aprobaba el Senado, siendo, además, de confianza exclusiva del Presidente de la República. “*Enviados*”, a la antigua, como los que llevaban presentes e iban acompañados de una cohorte de servidores, representaban a los reyes porque eran reyes ellos mismos y disponían de sus fortunas personales para colaborar, como mi abuelo, Joaquín Fernández Blanco, que se arruinó sirviendo a Chile en España, y como mi tío, Joaquín Fernández y Fernández, que no se arruinó en París, pero que me dio el estupendo consejo de que no tuviera nunca un secretario del Ministerio, sino que contratara personal autóctono.

También, cuando partí de Chile, en el Ministerio de Relaciones Exteriores me dieron esas mismas instrucciones tontas que dan hoy: transformar la representación en una oficina comercial, de propaganda de nuestros productos, del salitre, del cobre, etcétera. Los gobernantes de hoy desearían tener “malls” flotantes, o con ruedas, que portaran nuestras materias primas y donde los Embajadores fueran los gerentes vendedores. Vender y comprar. Pero todo esto no sirve de nada y es sólo una muestra más de la decadencia, el provincianismo y la “siutiquería”⁴ de nuestra gente. La falta total de condición y de clase de nuestros “diplomáticos de carrera”, que han terminado entregando Laguna del Desierto y lo harán con los Hielos Continentales. Como decía Vicente Huidobro, parecería que existe una “tontera” genética en la raza chilena. Nos hemos “farreado” nuestra geografía y nuestro destino imperial, pudiendo haber sido dueños de dos Océanos, en el extremo polar del mundo.

Al mismo tiempo que yo, se trasladó a la India el Embajador de Italia, Alberto Berio, quien había servido con gran éxito y por varios años en Chile. Él y su familia se hicieron de buenos amigos entre nosotros; su hija, Pucci, fue muy querida y popular. La diplomacia, en su esencia, es relaciones humanas.

Los Berio se llevaron a India una chilena, como dama de compañía: Eliana. El Embajador me entregó su amistad y su familia fue la mía mientras estuve solo en India. Él me daba

4. Cursilería.

consejos sobre la vida diplomática. Pasando los años, le encontré un día muy preocupado, en su cancillería de la Embajada. Le pregunté la razón. Y me confesó que acababa de recibir la tercera felicitación de su Ministerio. Ante mi alegría, me declaró: “Esto no es bueno cuando sucede, es casi seguro que te van a destinar a “Tumbuctú”... He cometido el error de hacer cosas y de tener éxito. Esto no te lo perdonan en el Ministerio, ni en el Gobierno... Lo mejor es no hacer nada, no dar problemas, pasar desapercibido, de modo que crean que estás muerto, que no existes... Así es la diplomacia...”.

En efecto, poco después lo sacarían de India y lo enviarían a Etiopía. (No a “Tumbuctú”, que no sé lo que es).

No pasaría mucho tiempo sin que yo mismo pudiera comprobar cómo “el hacer cosas” desata la envidia y el odio de los “profesionales” de la diplomacia y de la política.

Aunque yo vendí el salitre y el cobre en India, no lo hice explícitamente, sino en forma casual (como por “casualidad”) y gracias a la relación humana y también religiosa, filosófica. De modo que se podría afirmar que en la India (y también en todas partes) lo que se necesita para poder vender y comprar no es un economista, sino un filósofo, un creyente, un yoga.

Cuando llegué a India, como lo he dicho, el salitre, fertilizante natural de Chile, iba de baja ante el sulfato de amonio, abono sintético, más barato y comercializado por los Estados Unidos de América. Reemplazaba a Chester Bole, como Embajador en Nueva Delhi, John Sherman Cooper, un ex senador republicano, casado con una inteligente mujer, políglota, que hablaba hasta el ruso. Tenía también una empleada chilena, que cocinaba ricas empanadas. El había sido, además, delegado en las Naciones Unidas, donde conoció y cortejó a nuestra Anita Figueroa, mítica delegada chilena de aquellos años. Todo estaba dado para que yo me hiciera amigo del Embajador estadounidense. Terminó ayudándome a vender salitre en la India, a expensas de su sulfato de amonio. Conseguí que Chile le condecorara y le llevé personalmente la condecoración a Washington, aun cuando los norteamericanos, como los ingleses y los indios, no reciben condecoraciones (ni las dan, por desgracia). Se hizo una excepción, en este caso: se aceptó la condecoración; pero el Embajador Cooper debió entregarla de inmediato al Departamento de Estado.

Cuando debí iniciar alguna negociación importante en el Ministerio de Economía de India, pedía audiencia al Ministro y llegaba a verle con mi traje hindú, de *khadi*. Conversábamos de cualquier cosa, por lo general de yoga, de religión, o bien le narraba alguna de mis peregrinaciones. Y no era raro que termináramos parándonos de cabeza, en medio de la oficina. Al final, el Ministro recapacitaba y me preguntaba entre risas a qué había venido.

“—A vender salitre”, le decía.

“—Ah, ya está comprado”, me respondía.

Y todo terminaba con el consabido *Namasté*.

Así eran los hindúes. Y no sólo ellos, pues un día llegó a India, como Embajador de Austria, un diplomático casado con una tailandesa, *Herr Alusa*. En la visita protocolar, para presentarse, me contó de su interés por el *Hatha-Yoga*. Seguimos conversando, cuando le devolví la visita. Me preguntó si era muy difícil pararse de cabeza, pues lo necesitaba como un ejercicio saludable.

“—Sobre todo para un Embajador”, le dije. “Es la mejor manera de entender la política mundial: con los pies arriba y la cabeza abajo”.

Con gran humor me pidió que lo intentáramos, y así estuvimos en su oficina tratando de pararnos de cabeza en el suelo. Varias veces el Embajador se dio vuelta, cayendo ruidosamente de espaldas. Nos reíamos a carcajadas. Entró su secretario, preocupado tal vez por el ruido. Y se quedó atónito el vernos *patas arriba*. Funcionario de carrera, no entendió nada y, seguramente, hasta el día de hoy se acordará escandalizado de esos dos excéntricos Embajadores.

Cuando fui nombrado en Austria, el Embajador Alusa era el Secretario General de su Cancillería. Fuimos grandes amigos y me ayudó siempre.

Sí, la verdadera Diplomacia se asienta fundamentalmente en las relaciones humanas.

El Embajador Berio, de Italia, fue reemplazado por el Conde Giusti del Giardino, dueño de los famosos Jardines Giusti, de Verona. Leía a Neruda y tenía tendencias socialistas. Jamás usó su título. Fue él quien me recomendó en Venecia la pensión “*A la Salute da Cici*” (se pronuncia “chichi”), sólo conocida por venecianos y por ingleses. Quedaba muy cerca de la casa de Ezra Pound, en la calle Querini.

Mi amigo Georg Middleton, el Deputy High Commissioner de Gran Bretaña, partió de India a la llegada del High Commissioner Malcolm McDonald, otro hombre especial, coleccionista de arte asiático y estudioso de las aves. Venía de Canadá, donde había escrito un libro: *“Los Pájaros de Canadá”*. Su esposa, Audry, era muy bella. En India, Malcolm, hijo de Ramsay McDonald, escribió otro libro: *“Los Pájaros de mi Jardín”*. Al partir, Georg Middleton —ya lo he dicho— me regaló toda su colección de escritores españoles. Le despedí con el poema de Manuel Machado: *“Soy de la raza mora, vieja amiga del sol, que todo lo ganara y todo lo perdiera, tengo el alma de nardo del árabe español...”*. Estaban allí presentes el Embajador de Arabia Saudita, con su túnica tradicional, y el Embajador de Siria, el poeta Omar Abou-Ritshe. Venía de Argentina, hablaba el castellano, acreditado simultáneamente en Chile y casado con una mujer argentina, de origen árabe. Recitó en esa ocasión su poema en árabe: *“Khajuraho”*.

Dijo que prefería decirlo en árabe, porque el inglés era un idioma muy complicado, donde, según Voltaire, “se escribía camello y se pronunciaba dromedario”.

El Embajador de España era el Conde Luis de Artaza, dueño de las Viñas de Murieta. Gran deportista, había sido el famoso “back” Olivares, del fútbol español. Cazador de cabras en el Alto Himalaya, consiguió que Franco lo nombrara en India, para continuar con sus *safaris*. Yo siempre rechacé sus invitaciones a asesinar bellos tigres de Bengala. Pero fue un gran amigo mío y de los chilenos que pasaron por India. Es más, gracias a él Sergio Figueroa Tagle pudo seguir desempeñándose como intérprete de las Naciones Unidas. Llevado por su incontrolable sentido del humor y sabiendo que había chilenos en una reunión del Organismo en Delhi, en medio de una discusión entre el delegado ruso y el norteamericano, dijo por los micrófonos: “El ruso *se comió el buey* (modismo chileno por “ponerse furioso”). Y otra vez, cuando se hallaba traduciendo al representante de Mongolia, se detuvo y, tras una pausa, explicó: “No puedo seguir traduciendo, porque el representante de la Mongolia Exterior está hablando en el idioma de la Mongolia Interior...”.

Los directores a cargo de la realización de la Conferencia decidieron expulsarlo, y, si no lo hicieron, se debió a la intervención del Conde de Artaza, que fue a hablar con ellos. Con su presencia imponente de aristócrata de los tiempos del Quijote y con su inglés

con acento de Oxford. Era un gran señor y me regaló su libro "*Cacerías en el Alto Himalaya*". Aún lo tengo conmigo. En una visita que hice a Madrid, me invitó a una corrida de toros, donde me explicó que nada mejor le podría pasar al toro que morir peleando y con posibilidades hasta de vencer. Ponerle bolas en los cuernos, como en Portugal, era como cambiar el whisky por la leche y una sensiblería de solteronas y de turistas ingleses. La revolución, o guerra civil española, tenía su causa profunda y metafísica en la prohibición que la República impuso a las corridas de toros. Al español, pueblo de hombres, no le quedó otro escape a su energía que la de matarse entre ellos. Por lo demás, las corridas de toros tenían su origen en el *mitraísmo* de las Legiones de Roma. Eran un vestigio de algo religioso, aún más interesante que el cristianismo. Mejor dicho, son la misma cosa. En lugar de crucificar un "corde-ro", se crucificaba a un toro: Al Dragón. Era la lucha contra el Dragón. Y el torero era San Jorge.

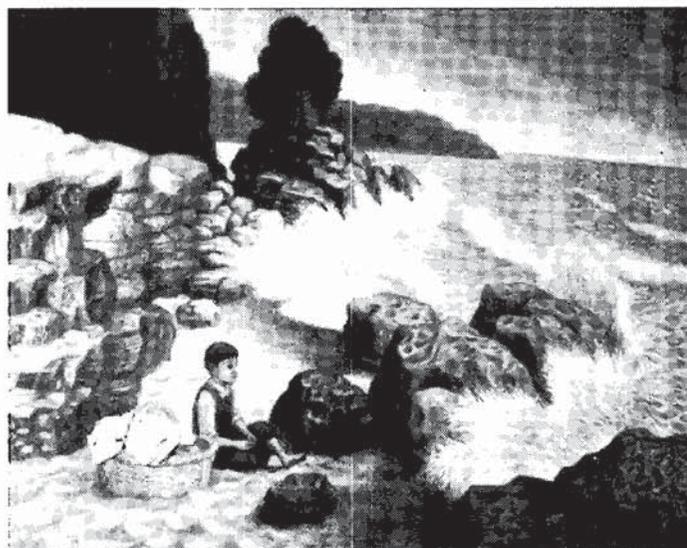
¡Qué de personajes llegaban por India! Gonzalo Montt, por ejemplo, un chileno de los de antaño, a quien Ibáñez nombró en una representación en Corea. También era cazador y llegó a India, sin coincidir desgraciadamente con el Conde de Artaza. Le fui a esperar al aeropuerto. Traía sus fusiles y escopetas dentro de largas medias de señora y la corbata en lugar del cinturón. Me confesó que había solicitado que lo sacaran de Corea, "porque estaba empezando a encontrar buenamoza a su cocinera".

Le presenté al Embajador de los Estados Unidos (no a Cooper, que ya había partido) y Gonzalo Montt se lanzó en una perorata, acusando a los Estados Unidos de ser un sirviente de los judíos, que estaban llevando al mundo al desastre total.

Montt tenía la figura de un oficial colonial inglés, con sus bigotes recortados y sus ojos azules.

El Embajador de Suiza era Monsieur Cutat, un intelectual y teólogo, citado por Julius Evola. Se había convertido al catolicismo y estudiaba el hinduismo, la filosofía oriental y el budismo, tratando de establecer un puente con el pensamiento occidental. Coincidió con el Embajador de Argentina, Fatone, erudito en el hinduismo, quien me recomendó textos importantes, que conseguíamos en librerías de viejos y con quien luchamos juntos para defender la Antártica.

El Embajador de Francia era otro personaje interesante; el Conde Stanislas Ostrorog. Había nacido en Turquía y aún existe



Niño junto al mar, de Escámez. Pintura realizada en la India. Sirvió como modelo un niño hindú.

la casa de su familia, junto al Bósforo, no lejos de un café donde Pierre Loti escribió "*Las Desencantadas*"⁵. Su padre había sido un gran arabista, lo que hacía que el Embajador fuera partidario de los mahometanos en Kashmir. Entregó Pondicheri a la India, equilibrando así sus preferencias. Coleccionista de alfombras persas, fue mi maestro para adquirirlas. Aún poseo una *Kashan*, que él me recomendará.

Ostorrog era de una familia noble de origen polaco y Napoleón le dio el título y la nacionalidad francesa.

De Chile llegó a India el diplomático francés Christian Belle, luego Embajador en Afganistán. Siempre tenía sobre la mesa de su escritorio una foto de una bella dama chilena, de apellido Marchant, a la que había amado. Era un espíritu profundo y fino, un excelente poeta. Tengo su libro "*Chanson de Pas*", que tanto gustara al poeta chileno Enrique Gómez Correa. Nadie conoció ni conoce al poeta Christian Belle.

Conversábamos en mi Embajada, bajo el cuadro de Julio Escámez de un niño sentado junto al mar, con un enorme canasto, más grande que él. Le pregunté un día:

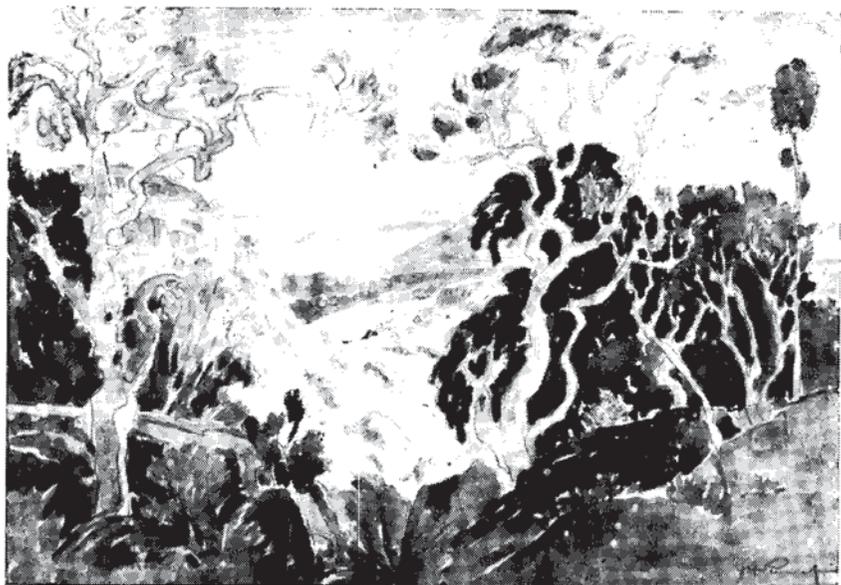
-
5. También en Valparaíso existe un "Pasaje Pierre Loti". ¿Quién sabe hoy quién fue Pierre Loti?

“—¿Qué llevará dentro de ese canasto tan grande?”.

“—Lleva sus sueños”, me dijo. “Los sueños del niño son más grandes que él...”.

HORACIO SERRANO PALMA

Fue un personaje único, irrepetible. Llegó un día a la India, acompañado de su esposa, Elisa Pérez Walker, sobrina de don Horacio Walker Larraín, Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente González Videla —el mismo que retiró el fuero a su sobrino, permitiendo que lo encarcelaran en India—, prima del Embajador en el Vaticano, Clemente Pérez, padre del senador actual del mismo nombre. Hermosa y distinguida. No éramos parientes con Horacio. Su familia, Serrano, es de Concepción, aunque es posible que en el origen lo fuéramos. Eran cuatro hermanos hombres, todos muy especiales, José fue Jefe de la Oficina del Salitre en Londres; luego, Ibáñez le nombró Embajador en las Naciones Unidas. Primer marido de Luz Rivas, la hermosa Luz Rivas Freire, de la que ya he hablado en el segundo libro de estas “Memorias”. Separado, casó luego con una mujer sudafricana, impresionado, creo, del parecido que ella tenía con María Luisa Zorrilla, hermana de Enrique, mi amigo nacista (con “c”). José murió demasiado joven y Horacio mandó a Marita, la sudafricana, a la India. Se casó en mi casa con el Embajador del Japón, el noble descendiente del *Shogun*, su Excelencia Koto Matzudaira. Marita me regaló una pintura de su padre, el famoso Pierneef. La tengo junto a mí. Es un paisaje, una acuarela. Otro cuadro también tengo, creo haberlo dicho, un amanecer en los Himalaya, pintado por Roerich. Es un óleo y me lo envió un joven coleccionista, desconocido lector de mis libros y pintor él mismo, John Manchester. Se estableció con él una relación mágica, en la distancia. Vivía en Nueva York y encontró ese cuadro en un anticuario. “Estaba destinado a usted”, me escribió. Luego, me regaló una pintura suya, una flor del desierto de Nuevo México, en Taos, donde viviera David Herbert Lawrence. Era una especie de sol blanco, con un rostro de anciano, de barba hirsuta, y un tallo larguísimo. Pues bien, un día, un pintor chileno de visita en Yugoslavia, donde yo me hallaba, cometió el sacrilegio de cortarle el tallo, mutilando la flor. Como si lo hubiera sabido, como si lo “sintiera”, John Manchester no volvió a escribir. Nunca más supe de él. Pero la más



Acuarela del pintor sudafricano Pierneef.



La flor pintada por
John Manchester.

preciada de todas mis pinturas es una acuarela de Adolf Hitler: un monte de los Alpes de su juventud, igual al Melimoyu⁶. También poseo una acuarela del Ticino, pintada y dedicada por Hermann Hesse.

Horacio sólo tuvo hijas. Tres o cuatro mujeres, ya no lo sé. Las llamaba “las *pestes*”, “sus *pestes*”. Y ellas le decían “el *tata*”. En India compró finas alfombras persas, para cada una. Era la “*dote*”, para poder casarlas, decía. “Se casarán por las alfombras”, declaraba. Volvió a la India en solitario, en un viaje por otros países de Oriente. Me contó de su experiencia en Cambodia, en las ruinas de *Ankor-Bat*. Lo transportaban en un *Rikshow*, un carro de ruedas, tirado por un corredor descalzo. Al llegar a su destino, le preguntó por el precio del viaje y el cochero le cobró una suma exorbitante. Horacio lo quedó mirando y le hizo una “*tapa*”⁷. Fue tal la extrañeza del nativo, que no atinó a otra cosa que a lanzar una gran carcajada. Nunca había visto eso, una “*tapa*”. Y Horacio me agregaba:

“Jamás, en los cinco mil años de historia de Cambodia, nunca, nadie había hecho ahí una “*tapa*”; en ese país, ni menos junto a esas ruinas legendarias... Yo fui el primero, el único y tal vez el último... Al darme cuenta de ello, pensé en Napoleón disparándole a la Esfinge, y supe que yo había sido más civilizado y original. Una “*tapa*” no le hacía mal a nadie, ni había dañado las ruinas. Era un *mudra* sagrado “*chilensis*”. Y, además, un *mantra*, pues sonaba... Al darme cuenta de todo esto sentí agradecimiento por el cochero y le pagué lo que me pidió. Creo que hasta hoy estará hablando de este extraño *gurú* chileno, que hizo ese signo mágico en Cambodia...”.

Desde entonces, cada vez que algo nos parecía mal, o que no deseábamos hacer, repetíamos con Horacio, al unísono: “¡*Tapa Camboyana!*” Y el asunto quedaba aclarado y zanjado.

El Presidente Juan Antonio Ríos nombró a Horacio Serrano Ministro de Agricultura y, luego, Ministro de Defensa. Al asumir este último Ministerio y en su primer día en el cargo, fue recibido en la puerta por la guardia, que le presentó armas, golpeando los

6. La reproduce en el tomo segundo de estas “*Memorias*”.

7. Gesto típico chileno que se hace golpeando una mano contra el puño cerrado de la otra.

fusiles y juntando los tacones, al mismo tiempo que decían, sonoramente: “¡Buenos días, señor Ministro!”.

Ya en su escritorio, Horacio mandó a llamar al Jefe de la guardia militar, y le dijo:

“—Comandante, no me hagan más eso. Nada de presentarme armas... porque me da susto...”.

Así era Horacio, un excéntrico genial. Ingeniero, se había educado en Cambridge y en el M.I.T. Casi me hace romper mis excelentes relaciones con el Conde de Artaza. Se encontraba en India cuando debí condecorar al ex Cónsul de Holanda en Chile, quien había sido destinado a Nueva Delhi. Sin nadie de Chile en mi Embajada, y, deseando darle más solemnidad al acto, le pedí a Sergio Figueroa, que también se hallaba allí, que me ayudara a ponerle la condecoración al cónsul, y, a Horacio, que estuviera también presente. Invité al Conde de Artaza, como representante de la “Madre Patria”. En mi discurso hice mención a la esposa ausente del Cónsul y brindé con champagne por los dos. El Cónsul me contestó brindando a la vez por mí y por mi esposa, también ausente. Entonces, y fuera de todo protocolo, Horacio levantó su copa y dijo:

“—Se ha brindado aquí por la señora del Cónsul y del Embajador de Chile. Yo brindo por *las señoras* del Embajador de España...”.

Se produjo un silencio total. El Embajador de España tragó saliva. Era un soltero empedernido y tremendamente “picado de la araña”⁸, como decimos en Chile. Creo que no me perdonó nunca esa broma, esa *gaffe* de “mi primo”.

De India se fue a Japón. Y de allí me escribió: “Es un país encantador; lo sería mucho más si estuviera habitado por italianos...”.

Más allá de todo esto, Horacio Serrano Palma fue un intelectual serio y de aguda inteligencia. Años atrás había editado una revista de gran calidad: “*Tres Ensayos de Verdadero Interés*”, y publicó libros como “*Entre Mar y Cordillera*” y “*Por qué Somos Pobres*”. En “El Mercurio”, por varios años, hasta su muerte, escribió una viñeta sobre el pensamiento griego y artículos breves y condensados, con diversos temas de “verdadero interés”.

8. Enamorado, “don Juan”.

Fue un ser excepcional, irrepetible. Otro chileno más, de esos tan especiales, que no se dan en ninguna otra parte del mundo y que ya nadie recuerda entre nosotros, como es la costumbre, como si jamás hubieran existido. En este caso particular, sus hijas (las “*pestes*”), escritoras las tres (o las cuatro), casi nunca se han referido (a pesar de que están en la publicidad a diario, como periodistas) al talento y la obra de su extraordinario padre. (De su “*Tata*”).

Horacio fue un “gandhiano” en Chile. A su fundo jamás llegó un automóvil. Iba a esperar a su suegra a la estación del ferrocarril en carreta tirada por bueyes. Y en la India recibía cartas del capataz, comunicándole que la vaca “*rosilla*” había parido un ternero. Me la mostraba, diciéndome:

“Este capataz escribe en sánscrito, mejor que un filósofo hindú, o que el Vicepresidente Radha-Krishnan. ¿Entiendes tú algo? Vamos a tener que pedirle al propio Vicepresidente que nos descifre estos *sutras*... Creo que habla de una vaca que parió...”.

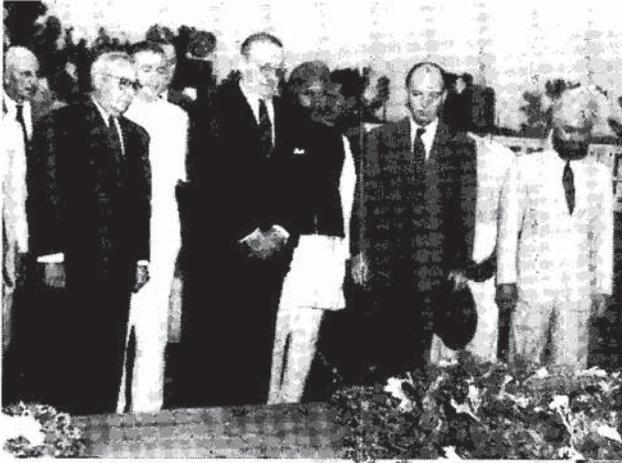
Horacio Serrano era moreno, de ojos verdes, ni alto ni bajo, enjuto, como un auténtico caballero español, de Castilla la Vieja. Un Cristiano Viejo.

DON JOSÉ MAZA

“Ni el niño, ni las ratas de su casa, los recuerdan ya; porque se han muerto para siempre, como todos los muertos de la tierra, que se olvidan en un montón de perros apagados”... Pero García Lorca les canta “su valiente bravura”; porque “no nacerán de nuevo, ni andaluces, ni visigodos, ni chilenos tan auténticos...”.

Las *Edda* creían que bastaba con grabar sus nombres en la piedra, junto a sus *runas*. Pero ni esto sirve ya en el *Kaliyuga*, que empezaba justo con la escritura de las *Edda* y con toda escritura, la que empobreció la memoria de los hombres; además del número, de la explosión demográfica, que hace imposible recordar a esos pocos en medio de tantos.

Los “*Protocolos de los Sabios de Sión*” recomiendan “terminar con la Historia”, con el recuerdo de los grandes hechos de la Historia, con los grandes hombres, con el “culto de la personalidad”, como ordenaban los marxistas y los judíos (que ni siquiera recuerdan a un Moshe Dayan). Los héroes ya no existen, no sirven, hay que olvidarlos. Sólo la cibernética, la “realidad virtual”, el



Don José Maza pone una corona de flores en el "Samadhi" donde reposan las cenizas del Mahatma Gandhi. A su derecha Pedro Álvarez, y Guillermo Carey a la izquierda.

Cena de despedida de don José Maza. De izquierda a derecha: Miguel Serrano; el Primer Ministro Nehru; Indira Gandhi; Ana Tagle de Carey y don José Maza.



José Maza con Nehru.

Internet, el computador y la velocidad del plástico; las neuronas, los *chips* de plástico.

Así será; pero yo los recuerdo y canto “su valiente bravura”, su grandeza, su simpatía de chilenos, o de hindúes ilustres.

Llegó el momento en que consideré necesario suscribir un tratado comercial entre Chile y la India, para así “amarrar” en el tiempo todo aquello que lograba “parándome de cabeza” y que podría terminar una vez que no lo pudiera hacer más, o que otros Ministros no interesados en el *Hatha-Yoga*, reemplazaran a los actuales.

Para ello pensé que era muy importante hacer invitar a India a un personaje también único, en esos momentos Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en el puesto que ocupara antes la hermana de Nehru, la señora Pandit. Había conseguido el voto de la India para la elección de Chile. El elegido había sido don José Maza, hombre muy especial, grandioso en todos los gestos y acontecimientos de su vida. La encarnación de Casanova, hasta en el físico. Alto, varonil, hermoso en su compostura. Senador, Presidente del Senado, pudo ser Presidente de Chile —y un buen Presidente—, por ser tal vez el único chileno que no tuvo jamás complejo de inferioridad, a no mediar el desgraciado y fatal accidente de un duelo en plena calle y por asuntos de amor. De un gran amor. El marido de la que luego fue su esposa para toda la vida y, de seguro, el único amor verdadero de don José, le encontró en la calle y le disparó un balazo. A José Maza le salvó un libro de poemas de Baudelaire, que llevaba en su mano. Cayó herido. Desde el suelo, desenfundó su revólver, hiriendo mortalmente a su contrincante.

Por mucho tiempo, el escándalo estuvo vivo en la sociedad chilena. Mientras José Maza estuvo convaleciente de su herida en el hospital, mi abuela, Fresia Manterola, le fue a visitar, tomando así partido por él. Había sido un buen amigo de mi padre, y eso mi abuela no lo podía olvidar. Don José mejoró y desposó a la viuda. Era doña Raquel Lyon, una bella mujer, con la que don José formó una pareja, unida por la muerte y hasta la muerte. Los hijos de ella, llegaron a amar a don José. Y es que en verdad era un hombre encantador.

Nadie mejor que él para ayudarme a sacar adelante ese tratado de amistad y comercio con la India, donde yo deseaba dejar “oleada y sacramentada” la venta del salitre y del cobre.

Sin embargo, y aún cuando su intervención fue decisiva, por el importante cargo que desempeñaba en las Naciones Unidas, don José Maza no podía figurar oficialmente en la gestión. El era un huésped de Estado de la India. Yo necesitaba hacer venir una delegación del salitre y también del cobre. Del primero no fue difícil, pues bastaba con que vinieran desde Londres, con el director de la oficina, don Pedro Álvarez, y dos colaboradores, Mr. Desnaux y Mr. Zaliki, este último representante de "Rallis India", los agentes griegos, con sede en Bombay. Mas, de nuevo la suerte vino a acompañarme, pues, en esos días debió llegar a India, de vacaciones y de paso por Delhi, Guillermo Carey, uno de los directores del cobre en Santiago. Lo acompañaba su esposa, Ana Tagle, genuina exponente de la distinción y belleza de las mujeres de la clase alta chilena. Le fui a esperar al aeropuerto, al enterarme de su arribo. Y allí le dije:

—Señor Carey, aquí se acabaron sus vacaciones. Usted es chileno y tiene que ayudarme a sacar adelante el tratado comercial con India, para vender su cobre...".

Me quedó mirando espantado. Le agregué:

—No se arrepentirá, pues le van a recibir como huésped en este País".

En verdad, creo que nunca se arrepintió.

* * *

Don José Maza llegó directamente a Calcutta, ciudad enorme, que poseía una población del tamaño de la de Chile. Para los indios, la importancia de un país se medía entonces por el número de su población, de modo que, después de China, la India era la más importante del mundo. India aumentaba veinte millones de seres humanos por año. Imaginémos, entonces, lo que Chile, con la población de Calcutta (cuatro millones en aquellos años), significaría para India. Y con ese país yo pretendía firmar un tratado.

El temperamento hindú está escindido, es soberbio de partida y, al mismo tiempo, se retrae y se hace humilde frente a una posición fuerte. Son los trescientos años de colonialismo inglés. Cuando, a poco de llegar, fui a Madrás a visitar a Rajagopalachari, ex primer Gobernador de la India independiente y suegro de Devada Gandhi, el hijo del Mahatma, me recibió diciéndome:

“—No sé nada de Chile, fuera de que su Representante diplomático fue encarcelado por contrabando de oro...”.

Le respondí que así era; pero que yo había leído que a varios diplomáticos indios los habían metido presos por iguales o peores hechos. Después de eso me fue posible iniciar una conversación amigable y profunda con el ex Gobernador quien, entre otra cosas, me declaró que él no visitaba a los *swamis* y *gurúes* por no tener que cumplir con el ceremonial de genuflexiones y presentes. También me dijo que él no entendía por qué los occidentales veníamos a buscar en el hinduismo, teniendo el cristianismo. “Cada cual con lo suyo y en el camino propio, ya que todos los caminos llevan a Roma, si se los sigue con fe y con dedicación”.

* * *

Fui a Calcutta a esperar a don José Maza. Lo trasladaron directamente al Palacio de Gobierno, donde habían dispuesto sus habitaciones, para la noche que allí pasaría.

Antes de la cena, le acompañé hasta su dormitorio, donde portaron sus valijas. Lo primero que hizo fue mostrarme la copia de un telegrama que había enviado a su mujer, desde Jerusalén,. Decía: “Bendita eres entre todas las mujeres...”.

“—Lo escribí en la Iglesia del Santo Sepulcro”, me agregó.

Luego, sacó de su maletín un “necessaire” con afeites y colonias, y lo puso sobre un mueble junto a un espejo. En las mejillas se espolvoreó un colorete.

“—Hay que ocultar la palidez del cansancio”, me explicó.

La cena, en el enorme comedor, servida para nosotros dos por un ejército de empleados con turbantes, uniformes y a pies descalzos, fue solemne. Don José no cabía en sí de satisfacción. Irguiendo el busto en su silla y mirándome con orgullo, me dijo:

“—Mire usted este homenaje que me hacen. Si no fuera por mí, ¿cuándo usted habría estado aquí, servido de este modo?”.

Así era don José: complejo de superioridad total. Además de “lacho”⁹, por velocidad adquirida, digámoslo, pues, en el fondo y a su manera, le era fiel a su Raquel, con esa fidelidad antigua de los hombres o maridos de antaño, que no les impedía echar sus

9. Enamorado, “don Juan”.



Reunión para el Convenio Comercial con la India. A la derecha del Embajador de Chile, el señor Zaliki, representante del Salitre, con sede en Bombay; a la izquierda y al centro, don José Maza; luego, don Pedro Álvarez, representante del Salitre en Londres; Guillermo Carey, representante del cobre chileno; y el señor Desnaux, Director de la oficina del Salitre en Londres.



Reunión con Mr. Lal, del Ministerio de Economía de India. Don José Maza, Pedro Álvarez, Guillermo Carey y el Embajador de Chile ríen con uno de los chistes que se contaban y que aliviaban las tensiones para sacar adelante el Convenio Comercial.

“canitas al aire”, pero que “si la esposa estaba en peligro, o en dificultades, saltaban de la cama de la querida para ir a auxiliarla”, como me confesaba un amigo y camarada de los viejos tiempos.

En Delhi, hicieron un acto público en homenaje al Presidente de la Asamblea General. Hablaron el Representante de Polonia, Katzuky; creo que también Felipe Herrera, de paso por India (un socialista chileno que fue Presidente del Banco Central y actuó en importantes organismos internacionales) y yo. Don José Maza no hablaba inglés, sólo el francés. Respondió con un discurso improvisado, en castellano. Era un gran orador, a la antigua. Una joven mujer hindú hizo de traductora. Terminando de hablar, don José se dirigió a mí pidiéndome que yo continuara traduciendo lo que él aún iba a decir. Con extrañeza, accedí, parándome a su lado. Entonces inició una alabanza a la traductora, por su gran capacidad y “por su belleza, que era la de todas las mujeres de la India”.

Esto fascinó a la audiencia femenina allí presente. Luego, los fotógrafos le pidieron que posara junto conmigo y con la traductora y otras señoras de la audiencia. Don José accedió gustoso y puso a su lado a la joven hindú, quien vestía un sari, dejando al descubierto el vientre, como es el uso. Don José no halló nada mejor que tomarla de la cintura, poniendo su mano justo en la piel desnuda de la joven. Despacio, le dije:

“—No, don José, eso no se puede hacer aquí”.

Me miró, sonriente:

“—¡Ah, jovencito! Así que ésta es de su *piara*¹⁰.... ¡Bueno, se la dejo!”.

* * *

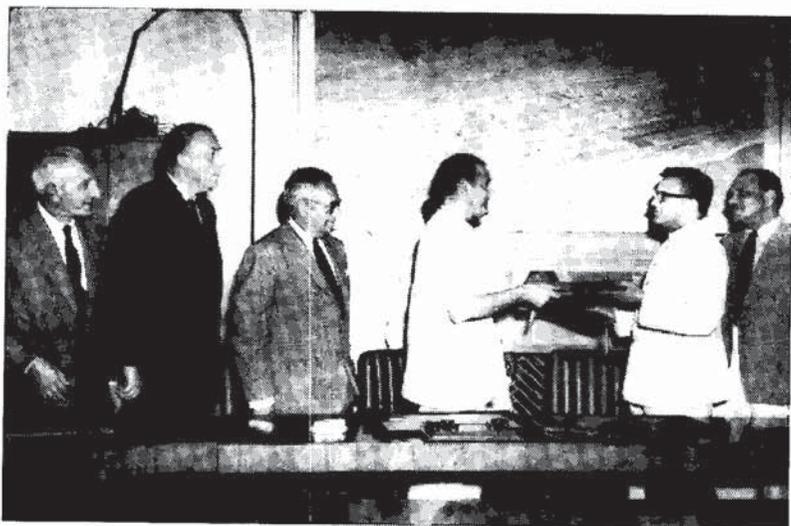
De Nueva Delhi fuimos a Benares, a orillas del Ganges. Aquí, en el Hotel, a su llegada, le recibió en la puerta toda la servidumbre, formada con sus uniformes y en fila. Al hombro llevaban algo que podrían haber sido las escobas o los escobillones. Pues bien, don José, muy tieso y con el pecho hinchado, les pasó revista, como si fuesen los militares frente a “La Moneda”¹¹.

10. Tropa de yeguas u otros animales.

11. Palacio Presidencial de Chile.



Firmando con Mr. Lal el Convenio Comercial con la India. De izquierda a derecha: el señor Zaliki, representante del Salitre en Bombay; el señor Desnaux, de la oficina del Salitre en Londres; y don Pedro Álvarez, Director del Salitre en Inglaterra.



Intercambiamos los documentos firmados del Primer Tratado Comercial de Chile con India.

Al término de nuestra visita a esa ciudad y al ir en el automóvil oficial, en dirección al aeropuerto, don José me habló:

“—Usted es un escritor, pues bien, le voy a contar una historia. Y se la regalo, para que la escriba:

“En una aldea vivía una jovencita. Un día surgió el rumor de que a la ciudad había llegado de visita un gran hombre. Ella quiso verle pasar desde el camino. Iba a salir temprano esa mañana; pero su madre le pidió que fuera a buscar agua a la fuente. Y así, cuando llegó al camino, el gran hombre ya había pasado...”.

Don José, emocionado con su historia, miraba hacia afuera por el vidrio del auto, como buscando a esa niña, que llegó tarde para verlo...

FIRMA DEL TRATADO CON INDIA

En las negociaciones del tratado don José Maza no participó. Actuó en la distancia y por presencia. Fueron largas y difíciles. Don Pedro Álvarez, Guillermo Carey, más Desnaux, Zaliki y yo nos enfrascábamos diariamente en intensas discusiones en el Ministerio de Comercio, con el Subsecretario, Mr. Lal, un verdadero genio de los números, simpático y con gran sentido del humor, pero que estaba dispuesto a discutir punto por punto, no dejando pasar nada que no fuera en su propia conveniencia. En su cerebro disponía de cifras, *stocks*, estadísticas, todo allí, para hacerlo aparecer en el momento preciso, tal como hoy en los computadores. Sin embargo, cuando la tensión se hacía insoportable aparecía Guillermo Carey con alguna broma o algún chiste chileno, previamente traducido al inglés.

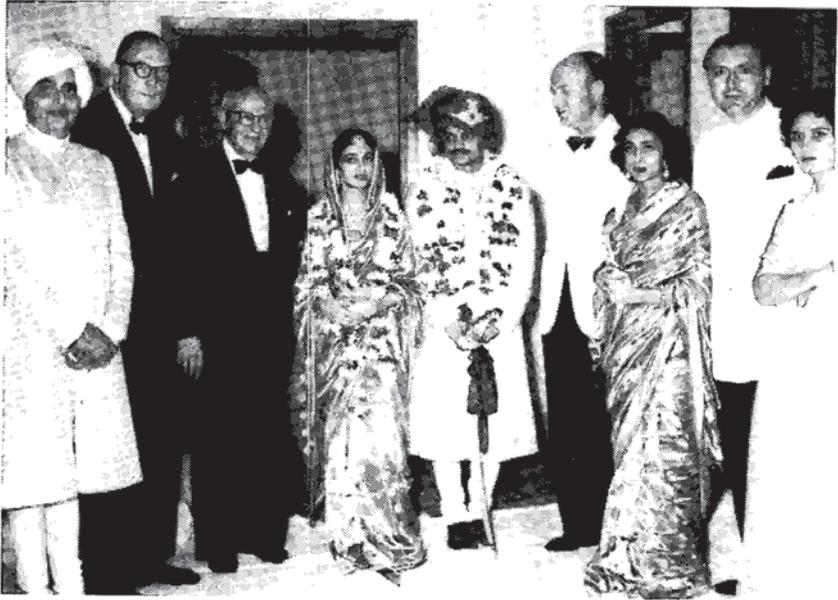
“—¿Sabe usted, Mr. Lal? El otro día, en el cementerio que hay junto a la casa del Embajador, encontré una tumba de un candidato a diputado al Congreso, con el siguiente epitafio: *Aquí tampoco salgo...*”.

Una carcajada general y todos interrumpíamos la discusión para ir a comer. Allí se suavizaban las diferencias y había más chistes. Como el de un paciente que iba a ver al médico porque “tenía una amnesia tremenda”. Y el doctor le preguntaba:

“—¿Desde cuando le sucede esto?”.

El paciente le respondía:

“—¿Qué cosa, doctor...?”.



Matrimonio princesco en India. Presentes, Pedro Álvarez y Guillermo Carey, invitados por mí. En el extremo derecho, a mi izquierda, la señorita mejicana, Eugenia Soto.



El matrimonio de los príncipes hindúes. Sentados en el suelo, de izquierda a derecha: el señor Desnaux; Ana Tagle de Carey; la señora Krishna Hutheesing; Guillermo Carey; Miguel Serrano y don Pedro Álvarez.

Mr. Lal contaba un chiste sobre los *sikhs*, que en India son como los gallegos en Argentina, o los alemanes en Chile. Dos *sikhs* iban en un tren, sentados frente a frente. Uno pregunta:

“—¿A dónde va usted?”.

“—¿Voy a Mysore, ¿y usted?”.

“—También voy a Mysore”.

“—¡Qué extraordinaria es la ciencia de hoy!”, exclama el primer *sikh*. “Imaginar que usted va sentado vuelto en esa dirección y yo voy sentado en dirección opuesta, y los dos vamos a llegar al mismo sitio...”.

Invité a Pedro Álvarez y a Guillermo Carey a una fiesta típica, un matrimonio hindú, donde se casaba el Maharaja de Kapurtala (un *sikh*, precisamente) con una joven hindú de la casta superior. Moviéndose entre los invitados, Carey se me acercaba de tiempo en tiempo. Y me preguntaba:

“—Dígame, ¿quién es ese?”.

“—Es un Maharaja”, le contestaba yo.

“—¿Está seguro?; pero si yo lo he visto en Santiago, en la calle San Diego...”.

Y luego:

“—Esa señora que va ahí es igual a las Gutiérrez; tiene que ser Gutiérrez...”.

* * *

El Tratado se empantanaba y no salía. Hubo un momento en que pensamos que había fracasado.

El Primer Ministro Nehru ofreció una cena en su casa a don José Maza, convidando a todos los representantes de los países latinoamericanos acreditados en India. Después de comer se nos invitó a los chilenos a una reunión privada, en una salita, mientras el resto de los invitados permanecía en los grandes salones. En esta reunión, don José tomó la palabra, para referirse al Tratado y, dirigiéndose a Nehru, le dijo:

“—Señor Primer Ministro, estamos en dificultades; pero usted y yo somos políticos y, por lo tanto, sabemos que mientras se converse, hay esperanza; aún no se ha perdido nada...”.

Nehru aprobó con la cabeza.

Mientras tanto, afuera, los diplomáticos latinoamericanos se preocupaban de esa reunión privada del gobernante hindú con los



Frente al sitio donde se guardan las cenizas de Gandhi con la señora Krishna Hutheesing, hermana de Nehru, y el Ministro de Relaciones Exteriores de la India, Krishna Menon, a su derecha.

chilenos y se hacían toda clase de conjeturas. Después, el Embajador del Brasil me preguntó si era cierto que Chile pasaba a formar parte del grupo de los “Países no Alineados”.

Por esos tiempos, Nehru, junto con Nasser de Egipto y Tito, de Yugoslavia, habían dado nacimiento al exclusivo “Club” de los “No Alineados”, al margen de Rusia y del bloque occidental. No eran neutrales, sino activos en su posición marginal.

Consideré que era interesante que pensarán eso y le di al Embajador de Brasil una respuesta también “no comprometida”.

* * *

Usamos todas las mañas y artimañas posibles para seguir adelante con el Tratado, para desempantanarlo. Por esos días se encontraba en Nueva Delhi la otra hermana del Primer Ministro Nehru, quien residía en Bombay. Al contrario de la señora Pandit, tan poco espontánea, tan solemne, la señora Krishna Hutheesing era alegre, simpática y también bonita, con su pelo casi blanco y su rostro moreno, de rasgos finos. Le encantaba bailar. La invité a cenar a un restaurante de Nueva Delhi, en compañía sólo de Pedro

Álvarez y Guillermo Carey. Guillermo Carey era un gran bailarín y le pedí especialmente que no dejara de sacar a bailar a Mrs. Krishna. Así lo hizo. Y “bailaron como trompos”. Muy pronto Mrs. Krishna nos confesó que su hermano había cometido un disparate al imponer la ley seca, prohibiendo las bebidas alcohólicas en Delhi.

“—¡Miren que obligarnos a tomar nada más que zumos, y en esta ocasión...!”.

Don Pedro Álvarez le dijo que en su hotel él tenía una botella de whisky y que podía ir a buscarla. La señora Krishna se iluminó.

“—¡Estupendo! La iremos a beber a mi habitación, ya que aquí no podemos”.

“—¿Y dónde está su habitación?”, le preguntamos a coro.

“—En la casa del Primer Ministro, mi hermano. El duerme a esta hora y no se dará cuenta de nada...”.

El lector tal vez no crea lo que estoy contando; pero todo es verdad, absolutamente cierto. Guillermo Carey, que aún vive, puede confirmarlo.

Terminamos en el Palacio del Primer Ministro Nehru, en la habitación de Mrs. Krishna, bebiendo la botella de whisky de Pedro Álvarez. Y cuando elevábamos las voces y nos reíamos a carcajadas, la señora Krishna Hutheesing, poniéndose un dedo sobre los labios, nos decía:

“—No hagan mucho ruido, pues podría despertar mi hermano; está durmiendo en el cuarto del lado...”.

* * *

Y llegó el momento de firmar el Tratado. Aparecieron nuevas dificultades. Curiosamente, no de parte de los hindúes, sino (¡y no era difícil de imaginar!) de don José Maza. A todas luces quería ser él quien lo firmara. Esto no era justo y yo veía que se me iba de las manos ese trabajo de tan largo aliento. Guillermo Carey vino de nuevo en mi ayuda, encontrando una salida genial.

“—Dígale que él no puede firmar, porque es algo muy chico, un tratado entre dos países, siendo el “Presidente del Mundo”, Representante de todas las Naciones en la Asamblea General”.

Así lo hice y se convenció de inmediato. Firmé el Tratado con la India, tal vez el primer Convenio de esta clase hasta el día de hoy.

Como despedida a don José Maza, ofrecí una comida oficial en el Palacio de Hyderabad, en Nueva Delhi, con la presencia del Primer Ministro Nehru, su hija Indira y los Embajadores de nuestro Continente, incluyendo al de los Estados Unidos, más el de España. Los chilenos rodearon a Nehru, formando un aparte en un rincón de la gran sala. Nada de política, sólo consultas personales sobre su vida de revolucionario y luchador por la independencia de su país. Le preguntaban por las cárceles de Inglaterra, por detalles de la historia viva de la India. Nehru, fascinado al poder hablar de todo eso, al margen de los intereses de la política actual, se explayaba como nunca, sin tener en cuenta el tiempo ni la hora. Fue su hija quien vino a rescatarlo, diciéndonos con gracia que le habíamos secuestrado a su papá.

De este modo, Nehru era seducido por los chilenos y por Chile, ese país con una población no mucho mayor que la de Calcutta; pero con una simpatía e inteligencia poco comunes.

* * *

Di, también, en mi casa de la Vieja Delhi, una comida más íntima para don José Maza. Le agradecí su invaluable ayuda, en nombre de nuestra Patria. En su respuesta, mencionó a mi padre:

“¿Qué me iba a imaginar yo que aquí iba a encontrar al hijo de mi querido amigo Diego?... Brindemos por él, en su recuerdo...”.

Como en el poema de Darío, yo me “bebí la lágrima y el vino...”.

Don José me regaló, al partir, un ejemplar empastado de la Constitución chilena de 1925, firmada por el Presidente y todos sus ministros. Él había sido uno de los artífices.

Hoy este ejemplar se halla en Santa Cruz, en Colchagua, en el Museo de Carlos Cardoen, junto con otras cosas de gran valor, que me pertenecieron.

* * *

Ahora bien, esta historia especial tiene un epílogo casi increíble. Veinte años después (como en la novela de “Los Tres Mosqueteros”, que eran cuatro, como lo fuimos también nosotros: don José Maza, Pedro Álvarez, Guillermo Carey y yo), más de “veinte años después”, cuando el Golpe Militar en Chile, debí ir al Ministerio de Relaciones Exteriores, que entonces se ubicaba en el

Palacio de la Moneda, recién bombardeado por la aviación. Tuve que cruzar una habitación vacía de muebles, con papeles dispersos por el suelo. Sólo había allí un joven funcionario, recogiendo y juntando esos documentos. Me acerqué a mirar. Y, de pronto, con emoción y sorpresa, me pareció reconocer un sello y una firma. Era el emblema del Emperador Ashoka, de la India, el León con dos Cabezas, y la firma era la mía. El Documento estaba quemado en los bordes por el incendio, pero intacto. ¡Era el Tratado Comercial, firmado en Nueva Delhi!

CLAUDIO ARRAU

Nunca supo Claudio Arrau la deuda que adquirí con él en India. A poco de instalarme, recibimos una carta en la Legación del representante del músico en Nueva York, solicitando ayuda para dar un concierto en India. En los años cincuenta, Arrau aún no lograba imponerse en todo el mundo como el más grande pianista vivo. Existían países donde no era conocido, o apreciado plenamente. En Austria, por ejemplo, la Capital de la Música, se producía un fenómeno curioso de resistencia por haber sido Arrau educado musicalmente en Alemania, considerando los austríacos que sólo la Escuela de Viena podría interpretar a Beethoven y penetrarlo en su esencia musical. Pero, con el tiempo, llegaron a convencerse de que en el mundo no existía nadie con la genialidad y la maestría capaz de ejecutar todas las sonatas de Beethoven, como él. Y lo hicieron su preferido.

En aquellos años, la Ministra de Cultura de India era la *Rashkumari* de Kapurtala, una señora de edad, distinguida y sabia. Oficialmente, debería dirigirme a ella para proponer la invitación a nuestro pianista. Pero me había dado cuenta que la llave del éxito en la India se encontraba más arriba, en la cúspide, en el Gobernante y Jefe indiscutido: Nehru. ¿Cuál podría ser la manera de llegar a él, no como diplomático, sino humanamente, a la inteligencia y al corazón de ese hombre solitario y retraído? Nehru era viudo, vivía solo, en su Palacio, la residencia del Primer Ministro en Nueva Delhi. Lo acompañaba su hija, Indira Gandhi, casada con Ferozh Gandhi (un *parsi*, oriundo de la antigua Persia de Zoroastro, sin nada que ver con el Mahatma). No congeniando con el carácter autoritario de su suegro, decidió vivir separado. Era también parlamentario, miembro del Partido del Congreso. Indira

no le siguió en su “éxodo”, prefiriendo quedarse junto a su padre, para acompañarle y dirigirle la casa. Sus hijos, dos niños, se quedaron con ellos. Indira era tan solitaria como Nehru e ignorada por el mundo diplomático y político, en aquellos días. Descubrí, así, que el camino directo para llegar al corazón de Nehru no podría ser otro que su hija y sus nietos.

Como todo ser solitario, Indira encontraba un refugio en la música y en el arte. Gustaba de la pintura y era una lectora asidua. Con el tiempo, yo le haría llegar los libros de Hermann Hesse, aun cuando era un escritor desconocido en muchos países del mundo, en esos años. Le apasionó “*Siddhartha*”. Amaba la música clásica occidental. Por esto decidí dirigirme a ella para conseguir la actuación de Claudio Arrau en India.

Sin duda que Indira Gandhi se sintió halagada de que el representante de un país la hubiera elegido como a la mujer influyente capaz de decidir la invitación a un artista, pasando por alto el conducto regular de la Ministra de Cultura. Actuó, pienso, excusándose, en parte, en que yo era nuevo en la diplomacia, demasiado joven (teníamos la misma edad) y desconociendo tal vez las prácticas diplomáticas, podía cometer un error, que a ella no dejó de agradaarle, por ser, además, también mujer la Ministra de Educación y Cultura.

Sin embargo, y a pesar de todo, la Ministra no se sintió sobrepasada, invitándome después con Arrau a una comida en su casa.

Indira Gandhi preparó la venida a India de Claudio Arrau, pudiendo éste dar un concierto en la presencia del Primer Ministro Nehru. Desde entonces, nuestra relación se hizo más o menos permanente, llegando ella a jugar un papel fundamental en la defensa de los intereses de Chile en la Antártica, como lo he narrado en el tomo II de estas “*Memorias*”.

Fue de este modo como Claudio Arrau ayudó mucho a Chile, sin llegar a saberlo. Y fue también él quien me permitió iniciar algo muy grande y maravilloso: mi relación con Indira Gandhi.

* * *

Fui a esperar a Claudio Arrau a Bombay. El Cónsul de Alemania en esta ciudad era nada menos que el antiguo Ministro Consejero del *Tercer Reich* en Argentina, von Pohamer. El mismo

que yo fuera a ver para que me ayudara a viajar a Berlín, en los últimos tiempos de la Guerra, para luchar junto a Hitler.

Von Pohamer había sido un nazi convencido y su puesto de Cónsul era un *capitus diminutiu*, pues debió ser Embajador. Los alemanes consideraban a Arrau como algo suyo; llegó a Berlín siendo un niño, con su madre y con una beca del Gobierno de Chile, como un prodigio musical. El músico se consideraba más alemán que chileno, declarando que aún hablando en castellano, debía traducir, porque pensaba en alemán. El Gobierno de Chile, como una deferencia especial, le otorgó un pasaporte diplomático permanente. Sin embargo, a él le costaba declarar que era chileno. A la fuerza tuve que lograr en India que lo confesara, en las entrevistas de prensa que le hicieron. En esos tiempos, aún vivía en Alemania y se estaba trasladando definitivamente a los Estados Unidos de América, a Long Island, donde pasó a residir en definitiva. Cuando le pregunté por qué lo hacía, me respondió que los “yanquis” no entendían nada de música; pero igual llenaban las salas de conciertos. “Para triunfar en el mundo había que conseguirlo allí, pues era la capital del disco y del dinero”.

Cuando von Pohamer supo que Arrau llegaba a Bombay, se contactó conmigo para invitarnos a una cena. Era un gran aficionado a la música, como buen alemán, además de un experto en hinduismo.

Nos encontramos en su casa. Arrau viajaba con su esposa, Ruth Schneider, hermosa y apacible. A mí me acompañó mi mujer, recién llegada a India. La esposa del Cónsul era alemana, nacida en Argentina, de modo que la conversación se efectuó en castellano, pues Ruth Schneider también lo hablaba.

Toda esa noche, von Pohamer y yo nos mirábamos de vez en cuando y caíamos en el silencio, conteniendo difícilmente la emoción. No nos dijimos nada y aparentamos no reconocernos. ¡Cuántas cosas venían a nuestra memoria! Otros tiempos, grandes tiempos, sombras doradas, sueños del Paraíso... Nunca más volveríamos a vernos.

Tras esa curiosa cena y ya en la calle, Arrau me declaró:

“Se rumorea en Alemania que von Pohamer es nazi...”.

Hice como si no le oyera y cambié de conversación.

* * *

Logré que Arrau se alojara en el “*Swiss Hotel*”. El día del concierto, una hora antes, se encerró en su cuarto y se tendió en la cama, mientras su esposa, Ruth, sentada sobre una silla, vigilaba inmóvil su “concentración yoga”. Su “relajación”, según me explicó después.

Claudio Arrau, en sus conciertos, siempre se ponía nervioso como un principiante. Esa vez, estaba totalmente “endemoniado”, como él mismo me lo confesara después. Ejecutó “*Mefisto Vals*” de Ligt, un juego de Mozart, para finalizar con Beethoven. El auditorio fue transportado.

Sin embargo, como es costumbre en India, no hubo aplausos. Y esto lo desconcertó. Tuve que explicarle esta diferencia con el público occidental, que se para de los asientos, grita, aplaude y hasta “patea” el suelo, como una horda de salvajes primitivos. Desde entonces, yo no puedo resistir ese espectáculo tan absurdo, que me suena siempre a falso, a exagerado y del que, sin embargo, los intérpretes y virtuosos se alimentan en Occidente, y no pueden prescindir. Arrau no era una excepción.

En India, me encontré con el Profesor Hipólito Galante, Agregado Cultural de Italia, quien también venía de permanecer en Chile. Era un refinado musicólogo, que jamás iba a los conciertos. Se encerraba en su cuarto (también del Hotel Suizo) a leer partituras. Él podría, asimismo, decir: “¡Silencien la orquesta para poder escuchar la música!”... Escribió un “tratado definitivo”, según explicaba, sobre Música. Lo hizo en latín hermético, de modo que sólo lo leyeran los sabios, una pequeñísima élite, pues no creía en la cultura de masas. Editó unos pocos ejemplares, que envió a la Biblioteca del Vaticano y a la del Congreso, de Washington, y nada más. Había sido amigo de Unamuno y recordaba sus paseos por la plaza de Salamanca. Decía que el único país de señores era España. Viajaba todos los días a pie, desde Nueva Delhi a la Vieja Delhi. Al llegar al hotel, bebía un “campari” con soda. “Así sobrevivo”, me declaraba, “y no le daré el gusto al gobierno italiano, que me ha mandado a India para que me muera; porque creen que fui fascista”.

Años después conocí en Austria a un pariente mío, Juan Pablo Izquierdo Fernández, joven y extraordinario director de orquesta, quien entonces comenzaba su carrera. También conquistó Viena. Se “concentraba” a memorizar la música que iba a dirigir; con los ojos cerrados, la “veía”, durante el día anterior y en la mañana del

concierto. Después, la “proyectaba”, la “corporizaba” en la orquesta. Nunca he escuchado a nadie orquestrar (“corporizar”) el “*Arte de la Fuga*” de Bach de un modo semejante.

Caminábamos por las calles nocturnas de la vieja Viena. Y yo le decía:

“—No hagas nunca concesiones al horrible sistema, querido Juan Pablo...”.

Pero en este mundo actual, tras la “derrota mundial”, todos los valores han sido trastrocados. Nada es sano, puro ni justo. La Música se corrompe, la verdadera poesía no existe. Ezra Pound fue encarcelado, Richard Strauss murió en la miseria y hasta el mismo von Karajan debió hacer concesiones. En la India, creyendo encontrarse ante un público de ignorantes (porque no aplaudían), les tocó “*Caballería Rusticana*”.

A propósito de Bach, Arrau me confesó que ya no lo interpretaba en el piano; porque sólo en clavecín se le debía escuchar. De él aprendí también que la gran música no se podía oír durante las comidas, porque allí no existía el recogimiento necesario. O se comía, o se escuchaba. La música griega, ejecutada durante los banquetes y oída por Platón, había sido distinta, o bien el hombre griego era diferente y podía hacer las dos cosas al mismo tiempo.

Arrau, después de un concierto, se “soltaba”. Necesitaba darse un banquete, con los más deliciosos manjares. Así lo hizo en India, en Austria y en Chile, donde las empanadas y los protos lo tuvieron varios días enfermo, debiendo cancelar conciertos.

En India, Arrau fue a escuchar un concierto de música hindú en “*All India Radio*” y volvió desconcertado.

“—Es como un jazz orgiástico”, me dijo. “Se improvisa. Es una competencia entre músicos y el que gana, le saca la lengua al otro. Además, hay sonidos que al oído occidental se le escapan”.

¡Qué importante habría sido, pienso, que este gran músico chileno se hubiese encontrado con el experto en la “*Raga*” hindú, mi amigo, Millapol Gajardo, y que yo hubiera podido escuchar lo que decían!

* * *

Al concierto de Claudio Arrau asistió el Primer Ministro Nehru, acompañado por su hija Indira. Lo hizo recién bajado de un avión, que lo traía de una agotadora gira política por las provincias



Claudio Arrau y su mujer desembarcan en India, en el aeropuerto de Bombay.

del Punjab. Sugerí a Arrau dar el concierto en beneficio de los damnificados por las grandes inundaciones del monzón. Fue un lleno completo. El Primer Ministro Nehru se sentó a mi lado y yo podía observar cuán cansado se

hallaba y cómo se esforzaba por mantenerse alerta. En el intermedio, le dije:

“—Excelencia, usted ha sido muy generoso en estar presente aquí, después de esa larga gira. Parta ahora. Yo lo excusaré”.

Vi su gran alivio, expresado en su rostro. Pero quiso conocer al artista en ese entreacto y me pidió acompañarlo.

* * *

Arrau regresó a India. Nos habíamos hecho amigos y le iba a esperar al avión, a su llegada. Siempre traía un libro en sus manos. Leía de todo, insaciablemente. Le interesaba C. G. Jung. Quiso conocer los templos y monumentos antiguos, *Ellora* y *Ayanta*. Recuerdo que fuimos juntos a la Cueva de *Elephanta*, donde se encuentra esculpido en la roca el Siva Andrógino, de tres cabezas, la *Trimurti*. Allí Arrau se resbaló y cayó, golpeándose en las manos. Yo me preocupé, creyendo que pudiera dañárselas; pero él no le dio importancia, levantándose con agilidad.

Solía recorrer anticuarios de la Vieja Delhi, con su mujer. Un día llegó con una estatuita tántrica, de metal. Entusiasmado como un niño, con su adquisición. Eran Siva y Parvati, en una postura “*kamasútrica*”. No se cansaba de admirarla, diciéndole a su esposa:

“—¡Mire, Ruth, mire! ¡Se ve todo!...”.

* * *

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, con la derrota física del Reich de Hitler, todo artista, sea músico, pintor o escritor, para poder tener éxito y triunfar en este planeta, deberá pagar un precio muy alto al sistema, vendiendo su alma y su inteligencia al judío que lo controla totalmente. Hermann Hesse se casó con judía; Tomas Mann, también; C. G. Jung tomó una secretaria judía. Todos ellos debían escribir a favor de los judíos, condenar el holocausto inexistente (y que ellos sabían que no existía, ya que el verdadero holocausto fue el de Alemania) y atacar al Nazismo, declarándolo satánico, criminal y la aberración máxima de toda la historia de la humanidad. El mismo Vaticano (¡que como nadie conoce la verdad!) ha debido caer de rodillas (cosa que no le cuesta mucho, pues lo hace desde su nacimiento) para lamer o lavar los pies de los judíos, implorando su perdón.

Claudio Arrau no debió ser una excepción. Ruth Schneider era judía (bella y amable, como Ninon Auslander y Anniela Jaffé); y esto le ayudó mucho. Además, en varias entrevistas, Arrau declaró que a un discípulo suyo, judío, mientras ejecutaba un concierto de piano los nazis lo habían tomado preso y lo habían ahorcado; por el solo hecho de ser judío. Esto, de seguro, no sucedió nunca.

Si hasta el Dalai Lama ha debido pagar un precio por el “Premio de la Paz”. Viaja con un intérprete judío y declara que “ya no es un Dios encarnado”. Si recupera el Tibet, impondrá la democracia (en lugar de la teocracia). Y vestirá a los lamas con “blue-jeans” y los alimentará con “Mc Donalds”.

¡Qué pocos son hoy los que no están dispuestos a “ganar el mundo perdiendo su alma”! Sólo un Heidegger, un Strauss, un Hamsum, un Pound. Porque, al final, triunfará la verdad. A las puertas de la destrucción del mundo...

Adolf Hitler había dicho: “Si yo gano la Guerra, habré dado un golpe mortal al sistema de la usura, controlado por el judío; si la pierdo, el judío destruirá el mundo”.

Los sabios taoístas de la antigua China afirmaban que “cuando la música era decadente, el Imperio moría”. La música satánica del presente nos anuncia también el final del mundo.

* * *

Encontré a Arrau en muchas ciudades de esta tierra. En Viena le presenté al príncipe Franz Aupersberg y a la princesa Lily



Nos reencontramos con Claudio Arrau, treinta años después, en el Teatro Municipal de Santiago. Detrás puede verse al Alcalde Carlos Bombal.



Con Claudio Arrau y su mujer Ruth Schneider, en el Teatro Municipal de Santiago de Chile.

Schoenberg, ambos músicos, con quienes cenamos en el restaurante “*Drie Huzards*”. Fue en el bellissimo Palacio Schoenberg, en una cena de despedida de Austria, que Lily me ofreciera, haciendo de cocinero el Príncipe Willy Turn und Taxis, donde conocí al director de orquesta judío Leonard Berstein, casado con una chilena. Y fue ahí que éste me dijo, al despedirse:

“—¡Saludos al judío...!”

Yo regresaba a Chile, donde Salvador Allende Gossens había ganado las elecciones presidenciales...

Le pregunté, sorprendido:

“—¿A qué judío?”

Tras una pausa, me respondió:

“—¡Todos son judíos...!”

Ya he narrado esta escena increíble, y ese extraordinario diálogo. Y lo repito, por la importancia única que le atribuyo y para que quede registrado para la Historia (con mayúscula), grabado aquí, en la “*Piedra*” de este Libro.

La decadente nobleza austríaca (como la de todo el mundo) ha estado y está dispuesta a rendirle pleitesía y a *cocinar* —¡también de rodillas!— para los prepotentes y avasalladores judíos.

En el mismo Palacio Schoenberg asistí ocasionalmente al espectáculo degradante de ver a la anciana Princesa madre, entusiasta lectora de Rilke, quien había perdido a todos sus numerosos hijos varones en la Segunda Guerra Mundial, arrendando su joya arquitectónica al actor de Hollywood, Yul Brynner, completamente borracho, para que grabara canciones en ruso, con una botella de vodka en una mano y tambaleándose. Allí estaba esa distinguida dama, sentada en un sofá y aplaudiendo al calvo actor, también casado con “chilena.”

* * *

Me hallaba de vacaciones en Chile cuando Claudio Arrau dio un concierto popular en el Teatro “Caupolicán”, organizado por Venturini, dueño de ese teatro. Asistía el Presidente Eduardo Frei Montalva y estaba también presente su hijo, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, hoy Presidente de Chile, con su esposa. En el entreacto, llevé a estos últimos al camarín y les presenté al pianista.

Claudio Arrau nos declaró su admiración por el pueblo de Chile:

“—Es un pueblo único en el mundo”, nos dijo. “¡Con qué respeto escuchan, ni siquiera se siente el vuelo de una mosca!”.

Eduardo Frei padre me invitó a un té que le daba a Arrau el próximo día, en La Moneda, y al que no pude asistir, pues partía de regreso a Austria.

No volví a ver a Arrau hasta muchos años después, de nuevo en Chile y durante el Gobierno Militar. Le encontré en los pasillos del Teatro Municipal, durante el ensayo. Dirigió magníficamente el concierto Juan Pablo Izquierdo, precisamente. El manager de Arrau era su sobrino. Le mostré una foto en India con el gran pianista y su esposa. Me la pidió prestada y no me la devolvió nunca. A pesar de las dificultades que me pusieron para que le viera, en medio de tanta gente que le rodeaba, Claudio me tomó de las manos y me dijo:

“—¡Amigo de toda una vida!...”.

Y ya no le volví a ver.

* * *

Murió en Austria. Poco antes, lo habían entrevistado. Le preguntaron:

“—Maestro, si usted se encontrara con Bach, ¿qué le diría?”.

Respondió:

“—¿Qué podría decirle? Sólo permanecer en silencio y adorarlo...”.

JAWAHARLAL NEHRU

Cuando Inglaterra se vio forzada a dar la independencia a la India, lo hizo dejando una bomba de tiempo, para que le prendiera fuego al subcontinente. Y casi lo logra. Lo impidió Mahatma Gandhi y también el primer Gobernador inglés (en verdad un alemán), Lord Mountbatten. Hasta entonces, hindúes y mahometanos habían vivido soportándose, en una sola Nación. De vez en cuando aparecían los conflictos; pero no llegaban a mayores. Ahora, se desató una guerra, la que sólo en Kashmir causó un millón de muertos, invadiendo la India ese territorio musulmán de religión, e instalando un Maharaja hindú. Gandhi, el pacifista, aprobó la invasión. Luego, Nehru encarcelaría al líder musulmán, el Sheik Abdulah, amigo de mi predecesor, el doctor Juan Marín.

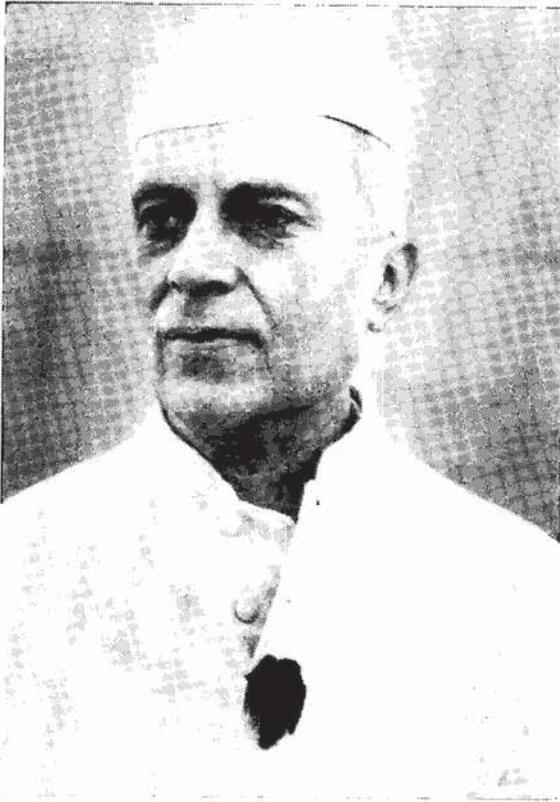
En verdad, hasta el día de hoy el conflicto no se resuelve, haciéndose cada vez más difícil la permanencia de Kashmir en manos indias. El Maharaja, Karan Singh, ya no vive en su palacio de Srinagar y la filosofía *Trika*, la del *Swami* de Ashahabal, ha desaparecido de ese territorio. Pienso que también las peregrinaciones a Amarnath. El *Lingam* de hielo (el Falo) se habrá derretido en su impotencia. Tal como la Bengala Oriental, hoy Bangladesh, más pronto que tarde Kashmir será anexada al Pakistán. Los observadores militares de las Naciones Unidas, que dirigió el General chileno, Tassara, estaban allí para impedirlo y evitar la guerra que, de tanto en tanto, amenazaba declararse o se declaraba.

La India nunca aceptó la partición en dos países, por razones religiosas, del enorme subcontinente, aspirando a una nueva reunión. Aun cuando Gandhi aprobó la invasión militar de Kashmir, siguió manteniendo su mentalidad pacífica en las nuevas fronteras, recién creadas. Si los hindúes incendiaban una aldea musulmana, allí iba el Mahatma a orar entre sus ruinas. Y siendo un hindú, recitaba el Corán. Un fanático hinduista le asesinó.

Aún se recuerda con emoción el discurso que Nehru, el aristócrata, el brahamán, —discípulo preferido de Gandhi, el *vaisha*, de la casta de los comerciantes—, pronunciara a la muerte del Padre de la Independencia de la India: “*La gran noche ha caído sobre nosotros...*”.

Jawaharlal Nehru era de la casta brahamánica sacerdotal, originario de Kashmir; “*nehru*” quiere decir “canal”; un ario, cuyos ancestros fueron muy blancos. (Pasando los años y cuando ya los hindúes me consideraban como uno de los suyos, en forma de halago me decían que yo “parecía un brahaman de Kashmir”. Y mi chofer, Michael, agregaba: “Usted, Excelencia, es de la familia del Primer Ministro Nehru; es su hermano, o es su hijo, y Mrs. Gandhi es su hermana, o es su esposa...”).

A la muerte de Gandhi, Jawaharlal Nehru fue el sucesor indiscutido, pasando a gobernar la India como su Primer Ministro. Había recibido una educación humanista, en Oxford, doctorándose de abogado, como su padre, también un luchador por la independencia, quien perdiera su fortuna y fuera encarcelado por los ingleses. Jawaharlal adhirió al movimiento de Gandhi y también conoció las cárceles en India y en Inglaterra. Cuando su esposa murió, fue liberado sólo para permitirle ir a recoger sus cenizas,



Jawaharlal Nehru con su rosa en el hojal. Foto firmada y dedicada.



Jawaharlal Nehru le señala el vuelo de un avión a su nieto Rajiv.

pasando por Suiza, donde se educaba su única hija, Indira, aún pequeña. También había sido encarcelada, con su madre y con su muñeca.

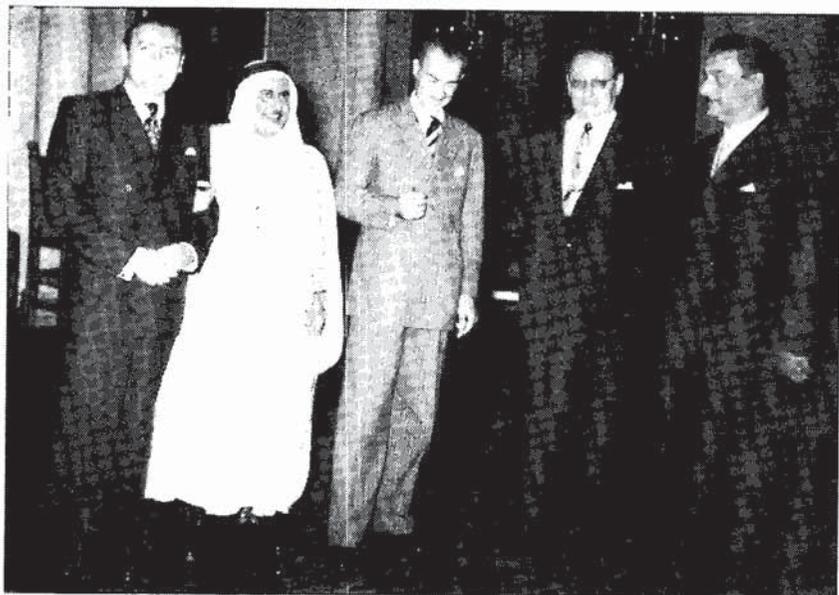
La gran espina en el corazón de Nehru fue la partición de la India, a la que nunca se resignó. Creyó realmente en la paz y la predicó al mundo, al estilo de un sacerdote brahmánico. Por eso, cuando él cayó en la contradicción de invadir militarmente Goa, para expulsar a los portugueses, bajo la perniciosa influencia del entonces Ministro de Defensa, Krishna Menon (que, sin embargo, desarmó a la India frente a China), yo critiqué públicamente a Nehru por esta contradicción, en declaraciones en la prensa chilena. Nehru lo supo; pero no le importó; tal vez hasta lo aprobó, reflexionando que los chinos, con gran sabiduría, no expulsaban a los portugueses de Macao. Yo entonces podía decir y hacer lo que se me ocurriera en la India, más aún que los mismos hindúes. En verdad, había llegado a ser como un “hijo de Nehru”.

* * *

¿Y quién era Nehru? Un solitario, como hemos dicho. Un hombre culto, lector de Frost, de Pound, de Joyce, de Elliot. Un poeta él mismo. Poeta de la vida. Adhirió en Inglaterra a la corriente socialista del Laborismo, adoptando ese gorro blanco de los uniformes del socialismo de Occidente, de los años treinta, e imponiéndolo al Partido del Congreso de la India. Raramente se lo sacaba, pues le quedaba muy bien, cubriendo su calvicie y pasando a ser parte de su figura.

Nehru era sumamente controlado en todo, en sus palabras, en sus expresiones y en sus sentimientos. De su limpia y aristocrática figura emanaba un encanto que cautivaba a las masas, de tal modo que se podría decir que la inmensa India, con su variedad de credos, de lenguas y de razas, estaba fascinada, “enamorada” de él. Era un líder natural, al que le aceptaba también todo.

Sin embargo y, a pesar de esto, Nehru, por lo general, no era comprendido por los extranjeros, en los que producía un efecto opuesto, de orgullo, de “espléndido aislamiento”, que los hacía sentirse rechazados por él. Por ejemplo, muy rara vez Nehru miraba a los ojos; o bien, daba su mano de un modo flácido y mirando hacia otro lado. En especial, a los diplomáticos que debían hacer una fila en el aeropuerto a la llegada de algún dignatario



Don José Maza, a su izquierda, el Embajador de Yugoslavia; a su derecha el Embajador de Siria; a mi izquierda, el Embajador de Arabia Saudita, todos ellos muy amigos míos.



Con Jawaharlal Nehru, antes de su partida al Paso de Rothan. Foto firmada.

extranjero, o de él mismo. Sin embargo, yo descubrí muy pronto que si no miraba de frente era por delicadeza, o porque los hindúes ven de otra manera, con otros ojos que los de la cara: *Sienten*, intuyen, *conocen* mejor de ese modo, sin que los ojos, ni la mirada, se interpongan. Y cuando Nehru daba la mano, volviendo el rostro, también *sentía* el contacto de la piel del otro y el apretón de su mano, de un modo especial, decía mucho más cuando él lo deseaba. Por eso yo jamás me dejé impresionar de modo negativo ante esos detalles, como los diplomáticos en Delhi. Por otra parte, el verdadero saludo hindú es juntando las manos, en el *Namasté*. Se saluda así al alma, más que al cuerpo. No hay contacto físico. (“*Noli me tangere!*”). Ya los antiguos, los romanos, establecieron en Occidente el *unctio dextrorum*, tomado del mitraísmo, el apretón de las manos derechas, como algo excepcional y casi religioso. Sólo con la “promiscuidad democrática” esto se ha hecho vulgar y corriente. Hasta hace muy poco los ingleses, en Oxford y Cambridge, sólo se saludaban con la cabeza, sin darse las manos. La Reina, la realeza, jamás lo hace (a pesar de Lady Di), y en las recepciones oficiales sólo *toca* con guantes (Ver mi foto con la Reina Isabel en el tomo I de esta “*Memorias*”).

* * *

Pero Nehru también podía ser apasionado, violento y emotivo. Recién llegado a Nueva Delhi me tocó asistir a un increíble espectáculo. Arribaba en su primera visita a India el Primer Ministro de Pakistán. Ya hemos dicho lo que Nehru lamentaba la partición de la Gran India y cómo había deseado que esto nunca sucediera. En el aeropuerto, con todos sus ministros y el cuerpo diplomático extranjero, se esperaba la llegada del avión, que traería desde Karashi al gobernante mahometano. Nehru se paseaba nervioso en la losa, rodeado por gran cantidad de pueblo, que había sido traído a propósito para recibir calurosamente al Primer Ministro pakistaní. Preocupado Nehru de que la recepción pudiera ser fría, con la guerra fratricida aún muy reciente, hablaba a esa multitud, pidiéndole un recibimiento entusiasta. El pueblo, como hemos dicho, adoraba a su líder y le obedecía ciegamente. El resultado fue extremo y descontrolado. A penas llegado el avión y con el gobernante extranjero aún en la escalerilla, una masa humana se desbordó, rompiendo las filas de policías y

soldados, atropellando a medio mundo, de modo que pudimos ver al Embajador de Japón rodar por el suelo y a otros más teniendo que parapetarse tras de las sillas. Fue en ese instante que pudimos asistir a un espectáculo nunca visto, ni imaginado. Nehru, enfurecido, ante la impotencia de los guardias, le arrebató el bastón a un policía y se sumergió en medio de esa masa incontrolada, repartiéndole golpes a todos lados. Cuando su pueblo se dio cuenta de que el propio Nehru le estaba dando tal castigo, se aquietó, se dispersó y, disciplinadamente, guardó filas, vitoreando ahora desde la distancia.

Me hallaba parado sobre una silla, para poder ver mejor la increíble escena, teniendo a mi lado, sobre otra silla, al Embajador de Yugoslavia, quien no podía creer lo que veía, más aún viniendo de un país comunista. Llegamos a ser muy amigos con este Embajador. Pasado el tiempo, cuando yo fuera designado en su país y él un alto funcionario, Secretario General de la Presidencia de Tito, nos recordábamos y comentábamos con admiración aquella escena y el valor a toda prueba de un gobernante, auténticamente, *físicamente democrático*, por así decirlo, en el sentido de la Grecia Clásica. El era verdaderamente parte de su pueblo, uno con su Nación.

Esto es imposible de comprender en una dictadura comunista, donde jamás el gobernante sale a la calle sin escolta y protección de cientos de guardias y hasta de aviones; menos aún el enfrentarse a golpes, solo contra una multitud. Mi secretario, Mani, me dijo después: “Usted puede estar seguro de que los que recibieron golpes del bastón de Nehru, estaban felices. Y los que no los recibieron, quedaron muy tristes...”.

Aún hoy cierro los ojos y trato de recordar ese episodio, en la memoria veo una gran masa oscura y enfervorizada, agitándose sin control. Y, en medio de ella, una grácil figura blanca, con un bastón en la mano, como si fuera una espada (*Excalibur*), dando mandobles, hasta aquietar las aguas de ese mar, como si fuera un mago, un hechicero.

* * *

Después de dos años de permanencia en India, mi mujer y mis hijos debieron volver a Chile, por la educación de los niños. En esos días yo luchaba por conseguir el apoyo a nuestro candidato para la

presidencia de las Naciones Unidas y había visitado, sin mayor éxito, a la delegada de la India y ex-presidente del organismo internacional, Mrs. Pandit, hermana de Nehru. Prepotente y carente de simpatía, aun cuando una hermosa mujer, por el hecho de no ser yo Embajador, sino Encargado de Negocios, me recibió con displicencia y no comprometió su apoyo. Decidí entonces ir directamente donde Nehru, solicitando una entrevista. Me la dieron y llegué a ella con toda mi familia, con el pretexto de que deseaban despedirse del Primer Ministro. Entré solo a su despacho, mientras ellos esperaban en la antesala.

Nehru me escuchó atentamente, pero sin comprometerse. Al final de la entrevista, le dije que conmigo había venido mi familia, que regresaba a Chile y quería despedirse de él. Nehru mismo abrió la puerta de su despacho y salió a buscarla. Mi hija le traía un gran ramo de flores y todos le presentamos fotografías, además de su libro de memorias, para que nos los firmara. La foto que aquí publico me la firmó en esa ocasión, hace ya más de treinta años. Emocionado con nuestro afecto, no se cansaba de dar grandes palmadas a Cristián, mi hijo menor, muy pequeño entonces y muy moreno.

Al partir, estaba seguro que habíamos conseguido el apoyo de la India para Chile.

Esa tarde, debí asistir a una fiesta que Nehru ofrecía en honor del Jefe del Gobierno de Birmania, de visita en India. Cuando entré, Nehru recibía a los invitados junto al otro dignatario asiático. Con una gran sonrisa me estrechó la mano y me presentó como el “Embajador de Chile”, ascendiéndome ostensiblemente en el rango. Y luego, me declaró, aparte:

“—Do you know? I gave the beautiful flowers to my child...”. (“¿Sabe? Yo le di las bellas flores a mi niña...”). Es decir, a Indira.

* * *

Acompañé a mi familia hasta Karachi, en Pakistán, en su viaje de regreso a Chile. Luego, en el aeropuerto, vi partir el avión, tal como años antes ellos vieron partir mi barco, en el puerto de Valparaíso. Separaciones y regresos... Allá iba el avión, ascendiendo, ascendiendo, hasta no ser más que un punto, hasta hacerse invisible. Y, dentro de ese pequeño punto, en el cielo, toda mi familia... No entendía nada, nunca he podido entenderlo... Esos

cuerpos, esas vidas tan mías, y yo aquí ahora, solo, sin ellos. Algo absurdo, imposible... Aquí hay algo extraño, que está mal, muy mal... Toda la vida física en la tierra está hecha de estos absurdos. Porque alguna vez tuvo que ser diferente: que al partir uno se vaya con ellos, aunque se quede; *unidos y separados para siempre*. Allá y aquí, al mismo tiempo. Así fue en Hiperborea y así tendrá que volver a serlo. En una Hiperborea *inventada*, recuperada.

Yo entiendo lo que sentía Rimbaud al irse: "Partir es morir un poco". Y también entiendo ahora a Omar Cáceres: "El que parte limpia el mundo...".

Sí, porque la vida física es el mal. Mal momentáneo. La resurrección de la carne tiene que ser después de haber recuperado la ubicuidad, con una carne ubicua, de *vrâja* sutil, imperecedera.

DE LEGACIÓN A EMBAJADA

Cuatro años pasaron sin que volviera a Chile. Mis vacaciones las ocupaba en expediciones a los Himalaya, en interrogar a los yogas, a los vagabundos, a los *sadhus*. En las noches, a veces, soñaba con Chile y volvía a recorrer las calles antiguas y las bellas plazas de antaño, en el Santiago de esos tiempos.

En 1957 decidí tomar mis vacaciones en Chile. Mi intención era conseguir del Gobierno la promoción a Embajada de nuestra representación en India, con la instalación de un Embajador de este gran País en Santiago, de modo permanente. Hasta la fecha, el representante concurrente de la India residía en Argentina y, desde ahí, visitaba Chile, de tarde en tarde. Bajo la dirección de Nehru, India adquiría una estatura internacional de primera magnitud, la que se mantuvo mientras sus descendientes, su hija Indira y su nieto Rajiv le continuaron en el poder, como en una Monarquía hereditaria. Con el asesinato de ambos, tramado por el Gobierno (*Imperio*) Mundial Secreto, la India empieza a declinar, hasta quedar en la segunda, sino en la primera "Ola".

No llevaba un plan definitivo para lograr mi proyecto, el que no había comunicado a nadie. Pero estaba seguro que algo sucedería a mi favor, de que el *Ángel*, o *ÉL*, vendría en ayuda de Chile y de India. Y así fue, aunque en forma más bien indirecta, evitando que yo (mi yo) cometiera un error fatal.

En efecto, se me había ocurrido, al enterarme que el Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado era don

Eugenio González Rojas, el antiguo profesor de filosofía del Internado Barros Arana, dirigirme primero a esta Comisión, para proponerle y convencerla de la conveniencia de ascender el rango de nuestra Representación en India. Sin revelarles esta idea, le solicité a don Eugenio que la Comisión se reuniera y me invitara para escucharme. Eugenio González lo propuso y lo consiguió. La Comisión deseaba conocer sobre ese mundo exótico y fascinante.

Llegó así el día de la cita: las cuatro de la tarde, en el Senado, entrando por la calle Teatinos. Preocupado, me adelanté demasiado y decidí hacer hora, sentado en una plaza pequeña y bella, al oriente de la ciudad, frente a una iglesia. Sin darme cuenta, se me pasó el tiempo. Y cuando miré el reloj, eran más de las cuatro y media. Llegué al Senado y encontré a don Eugenio paseándose por el corredor. Al verme, me preguntó qué me había sucedido, pues los senadores se habían aburrido de esperarme y se habían ido. Me excusé como pude, y le expliqué ahora la verdadera razón de mi visita a la Comisión. Me quedó mirando asombrado y me dijo:

“—¡Vamos, usted tiene un ángel que lo protege! Los senadores, entre ellos el Dr. Eduardo Cruz-Coke, querían que les contara sobre sus experiencias esotéricas en India; pero si usted les hubiera planteado ese tema de la Embajada, se habrían extrañado mucho, pues se estaba usted saltando el conducto regular. El Presidente Ibáñez se habría enterado, y... bueno, usted lo conoce... El es el hombre a quien usted debe dirigirse primero. Y en este caso, no importa que se salte al Ministro y a su Ministerio. Hasta le gustará...”

Sí, ¿qué ángel, qué ser me protegió? Algún “espíritu” de las viejas plazuelas de mi juventud, de las antiguas calles, que me atraparon, que me retuvieron. O los yogas de los Himalaya...

Y me seguirían ayudando, pues no sabía cómo hacer para llegar directamente al Presidente antes del Ministro de Relaciones Exteriores, al que no conocía, por ser nuevo. Era a través de él que debería solicitar protocolarmente la entrevista presidencial. El Ministro era Osvaldo Saint Marie, hermano de Darío. Pero habría tenido que informarle de mis planes con anterioridad. Y esto no lo deseaba.

* * *

Eran los comienzos del verano de Chile. Aún no había visto a nadie, fuera de mi familia. A ningún amigo. Caminaba esa mañana, otra vez por Teatinos, entre Moneda y Agustinas, en busca de la “*Librería Orientalista*” y, de pronto, me encuentro con Carlos Ibáñez hijo.

“—¡Hombre! ¿Qué haces aquí? Te creía en India. De seguro vienes a conseguir tu traslado a Austria, que ha quedado vacante con la venida a Chile de Enrique Berstein...”

“—No”, le respondí, “vengo a tratar de ascender la Representación en India. Debo hablar con tu papá”.

“—Te vienes ahora mismo a almorzar con él y conmigo en La Moneda... En el camino trataré de convencerte que te vayas a Austria”.

Y, sin más, me tomó del brazo y me hizo girar en dirección al Palacio Presidencial.

Subimos las escaleras de piedra y fuimos derecho al comedor principal. El Presidente aún no llegaba; pero allí se encontraba su esposa, la señora Graciela Letelier, rodeada de un grupo de bulliciosas amigas, que estaban vendiendo números para una rifa. Apenas entró el Presidente se callaron; pero éste, visiblemente molesto, alcanzó a enterarse de lo que se trataba. Al verme, demostró su alegría y exclamó:

“—Sabía que usted estaba en Chile; pero no creí que le vería tan pronto”.

“—Lo encontré en la calle y lo traje aquí, pera ver si lo convencemos de que se vaya a Austria, papá”, dijo Carlos.

Nos sentamos a la mesa. Yo a la derecha del Presidente. Traté de explicarme:

“—Presidente, en verdad he venido a intentar convencerlo a usted de la necesidad de promover nuestra Representación Diplomática en India al rango de Embajada. No es posible que la India tenga su Embajador en la Argentina y que, desde ahí, visite de vez en cuando Chile, sin tener nadie permanentemente aquí...”

“—Así sucede siempre con los países de tercer orden, tienen su Embajada en otra parte...”

“—No, Presidente, la India es muy importante, nos abre las puertas del Asia. El Océano Pacífico es el mar del futuro. Y Chile fue conocido en toda la Oceanía, por su marina mercante; al peso chileno se le llamaba “*Chilean dollar*”. Además, nuestro destino en el Pacífico está señalado por la posesión de la Isla de Pascua”.

“—¿La Isla de Pascua? No sirve para nada, hombre... La voy a vender...”.

Tragué saliva. Se produjo un silencio. Decidí romperlo:

“—Presidente, no crea que me intereso para que me ascienda a Embajador. No hay nada personal en esto. Es el País y es su destino en el Pacífico, en Asia. Es la India, a la que he aprendido a querer. Y es Chile. Yo no tengo el grado para ser Embajador, sólo soy Ministro Consejero y Encargado de Negocios”.

“—Mire, eso no tiene ninguna importancia. Si yo lo decido, puedo nombrarlo Embajador...”.

Así quedó esta conversación, pues el tema cambió bruscamente, al preguntarme la señora Graciela por mi viaje de regreso a la India y si lo haría por Europa, o por Asia.

Le respondí que por Asia, pues deseaba conocer Japón, de paso, y Hong-Kong.

“—¡Ah!”, dijo ella. “¡Qué suerte! Porque Carlos Vasallo, el Subsecretario de Relaciones Exteriores, me había prometido traer de Hong-Kong un taburete chino de madera de ébano, para poner encima un jarrón; pero no lo hizo. También hay los biombos *Koromandel*, con incrustaciones. Yo deseo adquirirlos, si usted me los manda, se lo voy a agradecer...”.

Vi al Presidente ponerse rojo y hacer grandes esfuerzos por contenerse.

Respondí, rápido:

“—Señora Graciela, Carlos Vasallo ya me había contado que él no alcanzó a adquirir el taburete y me había pedido que yo lo hiciera por él”. (Esto jamás había sucedido, y yo estaba tratando de ayudarle, pues le apreciaba mucho. Así, también, aliviaba la tensión y el mal rato del Presidente).

Carlos Vasallo dejaría el cargo de Subsecretario en esos días, siendo reemplazado por Enrique Berstein.

A mi paso por Hong-Kong, me preocupé de comprar un biombo *Koromandel* y dos taburetes chinos, con superficie de mármol. Uno se lo envié a la señora Graciela, de parte de Carlos Vasallo (que nunca supo de este envío); el otro me lo quedé yo, hasta el día de hoy. Y el biombo se lo hice llegar como un obsequio de mi esposa.

* * *

Darío Saint Marie fue un periodista famoso en su tiempo. Muy joven en la primera presidencia de Ibáñez, colaboró como uno de los genios (los “cabros”) de Pablo Ramírez, Ministro de Finanzas. Ibañista de la primera hora, no estuvo con él en las elecciones, como hemos visto, sino con Arturo Matte. Amargado, vivía de colaboraciones esporádicas, bebiendo y fumando como un suicida. Así lo dejé, a mi partida a la India.

Domingo Fuenzalida, el dueño del Restaurante Naturista (ver tomo II), era amigo suyo. Un día le encontró en su cuarto, tirado en el suelo y casi en coma etílico. Decidió ayudarlo y lo llevó a recuperarse a su casa en el Cajón del Maipo, en San José, camino a Lagunillas. Le convenció de no volver a beber ni a fumar. En verdad, el aire de las alturas fue su salvación. Con los años, esa casa llegó a ser suya. Darío se casó con una mujer joven, de origen alemán, y tuvo varios hijos hombres.

Mi sorpresa fue grande cuando, al regresar a Chile, en 1957, me encontré a Darío Saint Marie como el brazo derecho del Presidente Ibáñez, su colaborador y consejero. Tenía, además, el control de la prensa oficialista y ¡ay! del que le tocara un pelo al Mandatario, pues, como gran polemista, lo liquidaba sin piedad. Por esos años, publicó una página entera del diario “La Nación”, con una lista de nombres de los adversarios políticos, acusándolos de “contrabandistas y maleteros”. Aparecía Salvador Allende.

Darío Saint Marie pudo tener muchos defectos; pero poseía una gran virtud, que equilibraba todo: era un amigo fiel, que se jugaba a fondo por la amistad.

Mas, ¿cómo había llegado a tener esa posición tan preponderante, después de haber quedado totalmente de lado, fuera del Gobierno del General Ibáñez, quien jamás perdonaba las deslealtades, o lo que él creía deslealtad? El mismo Darío me contó. Era un psicólogo muy hábil, conocía a la gente de inmediato y difícilmente se equivocaba. Sólo se equivocó con Frei Montalva, a quien creyó “un suizo intachable”, como me contó. Su sentido del humor era devastador y la descripción que hacía de los personajes de la política de esos tiempos era para desternillarse de la risa. A Corvalán, el Secretario General del Partido Comunista, lo describía como a un abad mercedario y a Volodia Teitelboim, como a un monaguillo de los agustinos. A Salvador Allende lo llamaba “el cuadrado”, y decía que le robaba los ternos, pues tenían la misma “talla”; lo describía como carente de toda profundidad política. “Se

quedaba dormido apenas le comenzaba a hacer un análisis en profundidad de la situación chilena, o mundial, y sólo despertaba de inmediato cuando nombraba números de votos o la cantidad de dinero que sería necesaria para comprarse a tal o a cual... Y se quedaba de nuevo dormido cuando recomenzaba mis peroratas y reflexiones". De Antonio Coloma, el Senador, decía que era un jarrón, o un florero para poner a la entrada de una casa, y a Jorge Alessandri le llamaba "la señora"; a otro, "manos pochás"; a Corvalán también le llamaba "Condorito".

Darío Saint Marie llegó a tener un Diario propio, "*El Clarín*", que se hizo famoso por sus titulares y temible por sus diatribas y polémicas. Le entregó la dirección al "Gato" Gamboa, que hoy aún dirige el diario "*La Cuarta*", si no me equivoco. Allí conocí un día a Carmelo Soria, padre de Carmen Soria, la bella periodista y fiel hija. El fue una de las víctimas del drama de 1973.

Pero, vamos al grano, o al tema: ¿Cómo consiguió Darío llegar a ser el "factotum" del Gobierno de Ibáñez? Me lo contó él mismo. Empezó a escribir artículos analizando la situación de Brasil y atacando al General Getulio Vargas. Ibáñez no se encontraba en una posición mejor ni más fácil en ese momento, gobernando con independientes y con los partidos políticos, de izquierda y derecha en la oposición. Entendió el "mensaje" y mandó a buscar a Darío Saint Marie. Así fue cómo éste, de una plumada (con sólo su "pluma") puso en orden las cosas y afirmó el Gobierno del General.

* * *

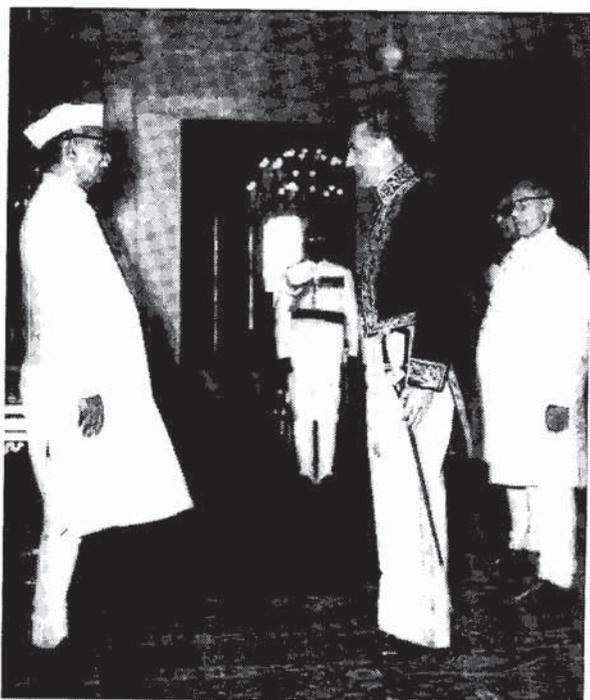
Osvaldo Saint Marie, hermano de Darío, era ahora el Ministro de Relaciones Exteriores. También Darío había logrado que José Serrano Palma, hermano de Horacio y ex-marido de Luz Rivas Freire (ver tomo II), fuera nombrado Embajador en las Naciones Unidas.

El Ministro Saint Marie me dijo que Darío había conseguido que el Presidente me invitara a un almuerzo (comida, dicen los españoles) en una "salita privada y muy exclusiva de La Moneda". Quería que yo "le contara cosas". Y fue así como me encontré en el más extraño de los almuerzos, donde no logré abrir la boca, ni "contar ninguna cosa".

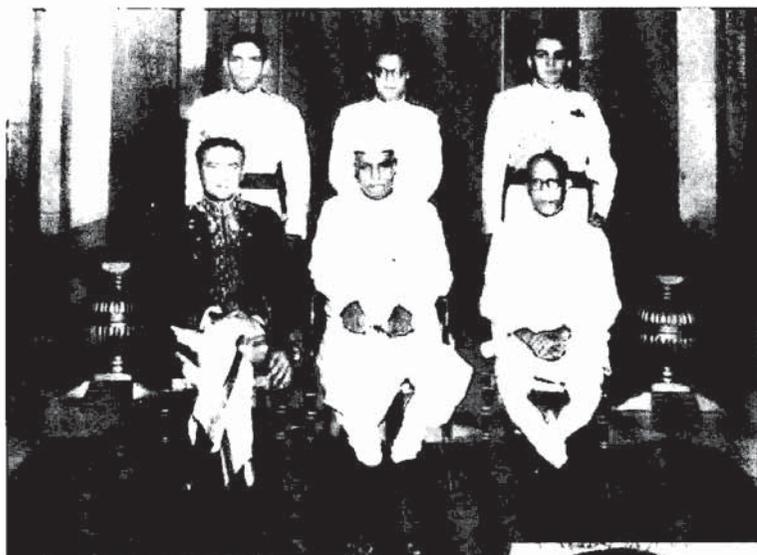
Eramos cinco, el Presidente; el Ministro de Relaciones Exteriores; el Ministro de Agricultura: el dentista Pertusiet (nombrado



Presentación de Credenciales como Embajador en India. Con los Lanceros de Bengala.



Presento credenciales al Presidente Rajendra Prasad, el 31 de mayo de 1957.



Arriba, foto oficial de mi presentación de credenciales como Embajador en India, junto al Presidente Rajandra Prasad; a la derecha, como Embajador de Chile en India, portando el uniforme y la espada diplomática de mi abuelo, don Joaquín Fernández Blanco.



miento que enfurecía a la derecha agraria); Darío y yo. Creo que Pertusiet tenía también que ver algo con deportes, pues empezó a hablar, desarrollando el siguiente tema:

“—Mire, Presidente, fíjese: el Director de Deportes se compra un cordero, y para las regatas de Valdivia se lo come entero y sólo con su compadre, el Jefe de las regatas... Y esto le cuesta diez mil pesos (sería más de un millón hoy)...”.

Ibáñez le respondió:

“—¡Malo, pues, hombre; porque no se reparte la torta...!”.

Darío interrumpió, con una extraña historia:

“—¿Sabe? El otro día, monté un caballo...”.

“—¿Usted?”, preguntó el General. “No le creo; si no sabe montar...”.

“—Así será; pero se me desbocó el caballo y no lo podía sujetar. Le hablaba al oído y le decía: ‘¡Para, caballito, para, que nos vamos a matar!’ Y como el caballo no paró y nos íbamos derechos a estrellar contra un muro, me arrojé del caballo y me salvé; pero el caballo se estrelló...”.

No sabía qué significado oculto, qué alegoría se encontraba tras todo esto, desconociendo los entretelones de la política de mi País, por mi larga ausencia en Asia.

Un silencio se había hecho. Luego se habló de otra cosa, que ya no recuerdo. Y nos levantamos.

Afuera de la sala, sobre una mesita, había dejado una figura de marfil chino, un regalo para el Presidente. Al verla, me tomó del brazo. Y fue entonces cuando me dijo:

“—¡Hombre, traerme esto, de tan lejos... Mil gracias... ¿Sabe usted?... Yo quise hacer cosas en mi primer Gobierno; pero aquí, en Chile, no se puede hacer nada... *Es el peso de la noche...*”.

Así, el Presidente, el General Ibáñez, se sinceró conmigo.

* * *

Antes de partir de regreso a India, Darío Saint Marie me reveló: “Osvaldo, el Ministro de Relaciones Exteriores, va de viaje a Australia y Japón. Consígale una invitación a India”.

Así lo hice.

La Representación fue ascendida a Embajada y a mí me promovieron a Embajador. El Presidente Ibáñez había reestablecido el uso del uniforme diplomático y pude presentar mis nuevas

credenciales ante el Presidente de la India, Rejendra Prasad, con el uniforme de mi abuelo, con el que presentó sus credenciales al rey Alfonso XIII en España, que heredó mi tío Joaquín y que éste me traspasara.

Sólo le hice una modificación: un pantalón blanco, por el clima.

EL GESTO

La comitiva del Ministro de Relaciones Exteriores la componía el Jefe del Protocolo, Enrique Berstein; un joven secretario, de apellido Lira (y que murió muy joven); Abel Valdés, periodista del “Diario Ilustrado”, culto y distinguido. Y no recuerdo si alguien más.

Se alojaron en el Palacio Presidencial de Nueva Delhi, *Rashtrapati Bhavan*, antigua residencia de los Virreyes ingleses de la India, imponente como el Vaticano.

Lo primero que hizo Osvaldo Saint Marie, el Ministro de Relaciones Exteriores, fue pedirme que le acompañara a su dormitorio. Y aquí me entregó un sobre cerrado, de parte del Presidente, don Carlos Ibáñez del Campo:

“—Me ordenó que se lo diera a penas desembarcado. Porque usted iba a tener gastos con nosotros...”.

Lo abrí. Adentro venían ciento veinte dólares. Justo lo que me había costado el biombo *Koromandel*.

* * *

Pero no todo fue fácil.

Había aconsejado que el Ministro de Relaciones trajera un regalo para Indira Gandhi. Berstein insistía en que se siguiera el procedimiento protocolar de entregarlo por el conducto oficial, o sea, a través del Jefe del Protocolo del gobierno indio, con lo cual se habría perdido su eficacia emotiva, aseguraba yo. Me opuse firmemente, recomendando su entrega directa, por el propio Ministro a la señora Gandhi, durante la comida que el Primer Ministro le ofreciera. Osvaldo Saint Marie me apoyó.

También logré que en el banquete de despedida, que el Presidente de la India dio al Ministro de Chile, se hiciera algo inusual y también fuera de todo protocolo. Nos hallábamos en el



El Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Osvaldo Saint Marie, saluda a un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores en Nueva Delhi.



Acompaño al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Osvaldo Saint Marie, a depositar una corona en el "Samadhi" de Mahatma Gandhi, en Delhi.

comedor de honor del Palacio de Gobierno, donde, sobre un muro central se colgaba la vajilla de oro de los antiguos Virreyes y que Lord Mountbatten regalara a India. La comida era típica hindú y yo veía el esfuerzo y desagrado con que el Presidente y demás comensales usaban los cubiertos. Recordaba las palabras de Nehru a un periodista europeo: “Comer con cuchillo y tenedor es como hacer una declaración de amor a través de un intérprete... Se debe comer con la mano”.

Miré al Ministro Saint Marie, sentado al frente, al otro lado de la mesa, y le dije en castellano:

“—Ministro, ¿se atrevería usted a comer con la mano? Con una sola, con la derecha. El Presidente y los hindúes le quedarán enormemente agradecidos y le darán lo que usted les pida...”.

El Ministro rió:

“—¿Y por qué no? ¡Claro que sí! Pero tiene que enseñarme cómo se hace”.

Vi el rostro escandalizado de Enrique Berstein, quien fue obligado a imitarnos, más aún cuando la esposa del Ministro, toda una dama, también comenzó a comer con la mano.

Ni qué decir de la alegría y la sorpresa de los anfitriones. Los cubiertos se dejaron de lado y la conversación se hizo suelta e informal. Fue un gran éxito.

Así, los chilenos, en aquellos años, nos ganamos la simpatía de los hindúes y pasamos a ser conocidos, a pesar de las distancias geográficas enormes, de nuestra pequeña población y del “*lonely name*” de nuestro país.

Esto también gracias a un chileno de cepa como fue Osvaldo Saint Marie. “*Paletado*”, como se diría hoy.

Sin embargo, la burocracia, la falta de imaginación, la estrechez mental y la envidia, no nos perdonarían, ni a él ni a mí. Una acusación constitucional lo haría perder su cargo, poco después de su exitosa gira asiática. Y, pasando los años, también yo sufriría las consecuencias, víctima a la vez del larvado odio del oficialismo y de la burocracia, que no perdonan.

“—*No hay que hacer cosas*”, como decía el querido Embajador italiano Alberto Berio.

* * *



Oswaldo Saint Marie y su esposa, junto a Miguel Serrano, acompañan a Nehru, en una recepción.



Darío Saint Marie.

La última vez que vi a Darío Saint Marie fue en España. En Chile acababa de triunfar la *"Unidad Popular"*, con Salvador Allende. Darío le había ayudado indirectamente al apoyar en su diario, *"El Clarín"*, a Radomiro Tomic y, de pasada, también a Allende, en contra de Jorge Alessandri, que se volvía a presentar como candidato a la Presidencia. Darío se había exiliado voluntariamente en Madrid. Según me contó, Salvador Allende deseaba quedarse con su Diario, a la vez que alejarlo de Chile. Le amenazó, diciéndole: "Te vas, o te hago poner una *'bomba de color'* (nunca he podido saber qué era eso). Y, luego, pronunciaré un bello discurso en tu entierro".

Ese día Saint Marie me leyó una extraordinaria carta de Salvador Allende. Eran tres o cuatro páginas manuscritas y absolutamente premonitorias. Redactadas algunos años antes, le pronosticaba que *"si llegaba al poder en Chile, el país ya nunca sería el mismo, pues iba a producir una conmoción enorme, revolucionándolo todo..."*.

¿Qué habrá sido de esa carta? ¿Dónde habrá ido a dar ese documento inapreciable, verdaderamente histórico?

Darío murió en Madrid, poco después del Golpe Militar en Chile. Todas sus propiedades le fueron confiscadas y hasta el día de hoy no han sido devueltas a sus familiares, que yo sepa. Su periódico desapareció, como era de esperar.

En esos mismos días me encontré de paso en Madrid con otro exiliado voluntario: Raúl Ampuero, ex-Secretario General del Partido Socialista, personaje intachable, un verdadero idealista. Le pregunté por qué no estaba en Chile, y me expresó su total pesimismo: "Si hubiera triunfado Alessandri habría sido un desastre. Con Allende, es la tragedia..."

Ampuero representó la corriente antimasónica del Partido Socialista. Allende era masón y judío (como me lo confirmara Leonard Bernstein).

Recuerdo que le dije a Raúl Ampuero:

"-Pero tú tienes un gran porvenir en Chile".

Y me respondió, con una sonrisa:

"-Sí, tengo un gran porvenir a mis espaldas..."

El fue un buen amigo de Héctor Barreto. No lo volvería a ver hasta muchos años después, durante el Régimen Militar. Murió hace poco, en Chile, su Patria.



सत्यमेव जयते

Mexico City,
17th November, 1961.

My dear Ambassador,

Thank you for your message of good wishes on my birthday which reached me in Mexico City. It has been a pleasure and satisfaction to me to come for the first time to Latin America. I have found welcome and affection everywhere which has deeply moved me.

Yours sincerely,

Jawaharlal Nehru

His Excellency
Mr. Miguel Serrano Fernandez,
Ambassador of Chile,
23 Prithviraj Road,
New Delhi.

En esta carta, que el Primer Ministro Nehru me enviara desde México, me cuenta que, "en su primera visita a un país latinoamericano, ha sido gratamente impresionado por el afecto recibido y la calidez de su gente".

MI AMISTAD CON NEHRU

Cuando un Gobernante manda de verdad, escuchando a muy pocos consejeros, o no escuchando a ninguno, es un gran solitario. Aunque no crea en Dios, su contacto verdadero es sólo con lo *Invisible*, fuera o dentro de él. He conocido gobernantes, políticos, hombres de Estado, que tenían en sus manos los destinos de muchos seres; pero a ninguno lo comparo con Nehru, por su calidad humana, su estatura, su cultura y ¿por qué no decirlo?, por su misterio. Gobernó a seiscientos millones de hombres que lo adoraban y respetaban como a una de sus divinidades, en el enorme Subcontinente. Una vez le preguntaron: “¿Cuántos son los problemas que usted tiene en India?”. Y respondió: “Seiscientos millones de problemas”. Para él, cada ser, cada hombre, era un individuo, con su vida “sus vidas” a cuesta, que él tenía que considerar. Y Nehru se fijaba en cada uno, analizaba cada vida en particular. Jamás tomó en serio su persona, a pesar de su *dandismo*, de su elegancia de aristócrata, de su sentido de la belleza personal; siempre el mismo atuendo, impecablemente blanco, siempre la misma rosa roja en el ojal de su túnica. Viajaba en un pequeño automóvil, fabricado en India, sin escolta ni custodia; dormía en un catre y en un cuarto estrecho, de muros casi desnudos de decoración, con su escuálida mesita de velador. Me lo mostró un día su hija Indira. Aficionado a la yoga *Hatha*, de ejercicios físicos, solía enviarme a sus gurúes, para que me enseñaran la combinación de agua absorbida por la nariz, con la respiración y la meditación. “Más allá no voy”, me dijo una vez, “pues, en esta *Ronda*, o reencarnación, sólo me está dado ser un *karma-yoga*; es decir, me realizaré en la acción y en el servicio a mis semejantes, y aún de los que no lo son...”.

En esta última frase, descubrí un misterio, su profundidad insondable.

Y continuó: “Todos podemos ser *Budha*; pero algunos debemos postponerlo... Tendremos que esperar. El mismo *Budha* voluntariamente no quiso entrar en el *Nirvana*, para ayudar a los que aún estaban aquí. Se convirtió en *Bodhisatva*...”.

Nunca hablé con Nehru de política. A conciencia, para sacarlo de la tensión de sus preocupaciones cotidianas. Y él me lo agradecía. Hablábamos de los Himalaya, de filosofía hindú y de los efectos de la yoga, como he dicho. Recuerdo una escena divertida, en una



Foto curiosa. Con el Primer Ministro Nehru y el poeta chileno Enrique Gómez Correa.

recepción en los jardines del Palacio Presidencial, ofrecida en honor de los delegados de la Organización Internacional de la Salud, que se habían reunido en Delhi. En la delegación chilena venía nada menos que el doctor Tapia Fernández, quien me había atendido, junto con el doctor Bolívar, en mi grave enfermedad de la adolescencia. Nehru se acercó a nosotros a ofrecernos unos pequeños dátiles, diciéndonos: "Prueben esto, son hechos de semillas de loto. Estamos comiendo lotos...". Cuando ya se iba, recordé que venía llegando de una visita a Japón y que la prensa había publicado que tomó allí un baño típico. También yo había ido en Tokio a una Casa de *Geishas*, llevado por el secretario de nuestra Embajada, a tomar un baño calentísimo. Le dije al Primer Ministro:

"-Excelencia, usted se bañó en Japón y creo que ha declarado que el agua estaba muy caliente...".

Nehru, que ya se había alejado un trecho, se volvió y, muerto de la risa, exclamó:

"-*You are very naughty!*".

Y dirigiéndose a nuestra delegación:

"-*You know? Your Ambassador is very naughty!... But really he is not your Ambassador, he is our Ambassador...*".

Nehru repetía siempre esto último ante cualquier delegado o representante de Chile. Lo había hecho frente a Maza y al Ministro Saint Marie y sus acompañantes. A alguno de ellos les producía urticaria. Pero Nehru lo hacía con la mejor intención, para ayudarme, según él creía.

De esa especial escena, en los jardines de *Rashtrapati Bhavan*, fue testigo el poeta Enrique Gómez Correa, a quien yo había llevado conmigo a la recepción.

Un día tuve la grata sorpresa de ser visitado en India por mi antiguo camarada del Nazismo chileno, Manuel Mayo Bodelón. Se salvó de la masacre del 5 de septiembre de 1938, también por llegar tarde a Santiago desde la ciudad donde residía. Ahora practicaba la iriología y curaba con el naturismo y la homeopatía. En ese tiempo, Nehru se hallaba delicado de salud y le propuse que mi amigo lo viera. Un signo más de su confianza fue aceptar. Y, de este modo, nuestro buen Manuel se halló solo en las habitaciones del Palacio Ministerial, auscultando el iris, diagnosticando y recetando al Primer Ministro de la India. Como no hablaba el inglés, fue a la entrevista portando un diccionario, en el que señalaba con el dedo los términos castellanos con su traducción, para alegría y regocijo de Nehru.

Si mi querido camarada aún viviera, cómo nos reconfortaríamos, recordando aquellos tiempos y esa escena.

* * *

Una sola vez hablé de política con Nehru; pero en verdad no fue de política. Cuando lo de la Antártica.

Nunca lo he revelado en toda su profundidad. Al final de la conversación, tras un silencio, ambos nos mirábamos, ahora de frente, algo inusual en él, como ya he explicado. Animado por ello, dije:

“—La Antártica es algo único, muy especial. Yo he estado allí. Es la antípoda de este otro Polo, de estos otros hielos, tan lejos de donde ahora nos hallamos. Por allí entra el *Río del Paraíso*, que al centro de la tierra forma un ocho y sale por arriba, por la cabeza del Polo Norte, como por el *Shakra Anahata*; o bien, por la cabeza de *Siva*. Excelencia, nadie puede tocar ese mundo, porque se acabaría el planeta y se dañaría el Cosmos de un modo irreparable. Allí se encuentra el color blanco absoluto, en su esencia última. El Polo



Piedras grabadas en el Alto Himalaya por los peregrinos del Tibet. Recogí dos en *Rohtang Pass*. Una se la hice llegar al Primer Ministro Nehru, la otra la guardo conmigo.

Sur es el sexo del mundo. El sexo que se ha hecho mental, que se ha recuperado en su prístina pureza, retornando a su energía original. Es la *Libido* transmutada en *Kundalini*, sublimada. En verdad es la *Albedo*, resultado del *Opus Tántrico*... Ese Continente puro y mental, allá abajo, tan lejos, debe quedar intocado, fuera de la ambición del hombre involucionado. Es el *Blanco Sagrado*, la *Albedo*...”.

Con un gesto me interrumpió, tocando con el dedo su túnica blanca y, luego, su flor roja.

“—Sí, la *Albedo* y la *Rubedo*.”.

Nehru lo sabía todo. El había superado la *Nigredo*, la *Opera Negra*. Y vivía en lucha consigo mismo para alcanzar la inmortalidad en la *Rubedo*.

Mientras escribo esto, lo siento a mi lado.

Ojalá que el *Karma-Yoga*, realizado en la acción, en el combate del guerrero, ya no vuelva más a esta tierra agonizante, donde los hombres hormigas están polucionando y profanando hasta la región de los Eternos Hielos... Y ojalá, algún *Día de Brahma*, nos volvamos a encontrar.

* * *

No. 1457-PMH/58

PRIME MINISTER'S HOUSE
NEW DELHI

June 24, 1958

My dear Ambassador,

Thank you for sending me the piece of stone which you picked up at the Rohtang Pass. I am very glad to have it and it will remind me not only of the Rohtang Pass but also you.

Yours sincerely,

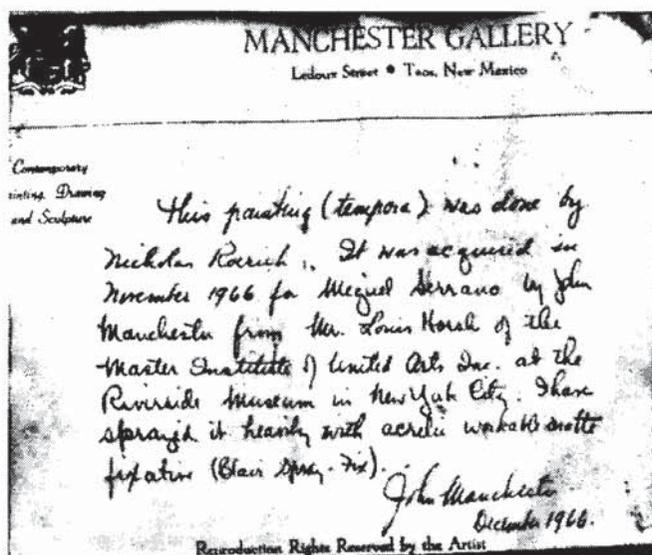


His Excellency Mr. Miguel Serrano Fernandez,
Ambassador of Chile,
62 Swiss Hotel,
Delhi.

Carta de Nehru agradeciendo la piedra del *Rohtang Pass*.



Pintura de Nicholas Roerich: "Amanecer en los Himalaya".



Dedicatoria en el reverso de la pintura de Roerich, escrita por John Manchester en diciembre de 1968. Dice: "Esta pintura (tempera) fue hecha por Nicholas Roerich. Fue adquirida por John Manchester en noviembre de 1966 para Miguel Serrano, a Mr. Louis Morel Horsh del Master Institute of United Arts Inc. en el Riverside Museum en la ciudad de Nueva York...".

Siempre en busca de las entradas himaláyicas a la tierra hueca, a *Agartha*, a *Shambala*, llegué al *Valle de Kulu*, pasando por la casa que entre los montes edificara el pintor Roerich, y donde él compusiera ese “*Amanecer de las Cumbres*”, que yo tengo en mi poder y que me enviara un día de regalo John Manchester, ese joven artista desconocido, que lo adquirió para mí en los Estados Unidos, y del que nunca más he vuelto a saber. Había leído mis libros.

En las cumbres del *Rohtang Pass* recogí dos piedras grabadas con signos y en idioma tibetano por los peregrinos que volvían del *Ladak*, región colindante con el Tibet.

Poco después, Nehru también peregrinó a estas regiones. Y allí arriba, contemplando las lejanías del *Ladak*, exclamó:

“*Yonder lies another world!*”.

Ya en Delhi, envolví una de las piedras de esas cimas y se la envié al Primer Ministro, con una misiva, en la que le decía:

“Excelencia, no sé si usted también vio estas piedras en el Paso de *Rohtang*. Cogí dos, una para usted. Y se la envío en recuerdo de esas alturas. Dicen que no se deben sacar de allí, ahora comparto este sacrilegio...”.

Me respondió de inmediato, con una carta, que aún conservo:

“Esta piedra no me recordará solamente esas altas cimas, sino también a usted”.

Aquí, en mi sala de meditación, en este Templo-Castillo de Valparaíso, aún guardo esa piedra sacra, grabada por los peregrinos tántricos de los altos Himalaya, junto con la carta de ese Ser entrañable.

ME PASA ALGO DECISIVO

En mi ascensión hacia las alturas del Paso de *Rohtang*, muy cerca estuve del *Valle de las Flores*, un lugar encantado, entre cumbres, tapizado de flores de bellos colores. Me explicaron que allí vivió y murió una mujer extranjera. En mi libro sobre India he contado que tuve un sueño con ella. Lo que no dije es que en verdad fue con *Allouine*, que venía a mí caminando entre esas flores, como descendida de la Estrella de la Mañana –la que, en su recuerdo, yo evocaba en todos los amaneceres de India–. Desperté como de un trance y con el rostro mojado por las lágrimas. Ya en el *Valle de Kulu*, última etapa para la ascensión al *Rohtang*, me aislé en el



Un niño, habitante de esas alturas, me indica el “Valle de las Flores”, en los Himalaya.



Mi hijo Cristián (a la izquierda) con el hijo del Embajador de Italia, Vittorio Giusti del Giardino, en una excursión en los Himalaya, acompañados de un guía hindú.

cuarto de mi cabaña y abrí la ventana hacia la montaña, cuya pared gigantesca y nevada se me venía encima. Era un atardecer. Empecé a imaginar que por esa pendiente de hielo descendía ella. Venía con su camión rojo y sus pies descalzos. El pelo dorado le caía sobre los hombros. Cerré los ojos, retuve la respiración y me concentré profundo en el entrecejo, repitiendo alternativamente el *mantram* del Tercer Ojo (*Shakra Ajna*) y el nombre de la mujer amada. Todo el cuerpo me empezó a vibrar y una corriente de fuego me subió por la columna. Perdí el conocimiento y, de pronto, estuve afuera de mi cuerpo, con una lucidez total, dentro de un arcoíris de colores, de modo que la pared de hielo se llenaba de flores y se movía, se balanceaba, como un gigantesco *iceberg* de la Antártica. Y, entonces, me hallé junto a ella, mirándonos en los ojos y traspasándome como si yo fuera una ventana, abierta a la luz del Lucero de la Mañana. No me atreví a tocarla y fue ella la que me cogió de la mano, diciéndome: “*Ven, que voy a seguir el camino de la belleza, que lleva a las altas cumbres... En su silencio, florece el ígneo lirio del amor eterno*”.

Con un estremecimiento, retorné a mi cuerpo. Sin proponérmelo había encontrado la clave, *mi clave* “la llave”, del desprendimiento voluntario del cuerpo astral, del “*Lingasarira*” de los tántricos. Y lo había hecho de la mano de la Amada, gracias a ella, en el “*Camino Húmedo de las Lágrimas*”, de la Alquimia, en el *Tantrismo* de la Mano Derecha.

Por largo rato estuve allí sentado, pensando, envuelto en alegría profunda y en la nostalgia del Universo que había visitado, pudiendo hacerlo ahora a voluntad, de aquí en adelante, pues había encontrado al fin la llave de la Gran Puerta, venciendo al *Vigilante del Umbral*, a mi propio yo paralizante, al pensamiento racional. Podía ser *ÉL* cuando lo quisiera; *ÉL* y *ELLA*, tomados de la mano, para ascender juntos y conscientes las cumbres de la Eternidad.

Pero, entonces, allí mismo, en ese día y en ese año, decidí lanzar por la ventana del refugio la “llave” recién adquirida, para que se perdiera entre el hielo y la nieve de esas cumbres.

Porque ahí, recogido en mí mismo, en mi cuerpo y mente de esta *Ronda*, pensaba y pensaba.

Yo no había venido a India para abandonar mi cuerpo. Y aunque no era un *karma-yoga*, como Nehru, sí tenía que seguir buscando aquí las entradas físicas al *Templo* interior de mis



En la expedición a la Caverna de Badrinath, en las fronteras con el Tibet, acompañado por el Brahaman Narwala, agente de inteligencia del Gobierno de la India.



En la expedición a Badrinath, con el oficial Narwala, usando el mismo jersey de mi búsqueda en la Antártida.

Maestros, a la *Tierra Hueca* de *Agartha* (*Agartha*) y *Shampula* (*Shambala*). De seguir “*desprendiéndome*”, dejando a mi cuerpo a un lado, sería innecesario continuar actuando en la superficie de esta tierra. Bastaría con quedarme aquí en este refugio y en este cuarto para siempre, *visitando*, cuando lo quisiera a *Allouine*, al “otro lado” o yendo con *Ella* a la Hiperbórea celeste; o bien, pasar a formar parte de los Batallones Astrales del *Führer*, de su “*Wildes Heer*”, allá, en la *Otra Antártica*; pero no era esto lo que *El* y *Ella* deseaban de mí, sino que continuara aquí combatiendo la Gran Guerra, sin esperanzas, con la nostalgia infinita de *Ella* y con el idealismo renovado de todas las batallas perdidas (pero no la *Guerra*). Sin que mi “yo” supiera para qué; pero con la fe incólume y la lealtad mantenida a través de las grandes pruebas y de las nuevas derrotas.

¡Sí! ¿Para qué había venido yo a India y por qué? Me di como pretexto la búsqueda de las raíces desconocidas de las leyendas y mitologías de los *selcnam* y los *onas* del extremo sur de América, de la Patagonia; para conocer el pensamiento y penetrar los sistemas filosóficos de la India aria; para contactarme con los yogas y ascetas de este país. Pero nada de eso era verdad. Yo me encontraba aquí por mi Maestro, pues él me había enviado en busca del Templo oculto de los Guías, de los *Siddhas*, de la Orden Guerrera más antigua y poderosa del mundo, la que conoce el lenguaje de la Atlántida y con signos poderosos, pre-rúnicos, combate en todos los Universos. Esta Orden Guerrera regía para el Tibet y el Hindustan. Y algo que yo no podía olvidar jamás: lo más importante que me había sucedido en mi vida ha sido precisamente el encuentro con el Maestro y mi iniciación. Y al Maestro llegué por Hitler, llevado allí por *Él*, y mi Maestro fue quien me reveló el Hitlerismo secreto y su esoterismo. Y el Maestro fue Hitlerista desde antes, desde siempre y hasta el final.

Y aquí estaba yo, sin poder abandonar jamás, ni al uno ni al otro. Por eso había arrojado la “llave”, la que algún día, en esta misma *Ronda*, al finalizarla, o bien, en otra *Ronda* del Eterno Retorno, la recuperaría, extrayéndola de los hielos eternos, donde se guarda.

LA INICIACIÓN DE A-MOR

Voy a detenerme aquí un momento, interrumpiendo el relato, para tratar un tema importantísimo, debiendo ser fiel a mí mismo y a una verdad muy selectiva, que me diferencia, aportándome un camino separado, dentro de la Iniciación de la Orden, como si fuera otra *Iniciación* aparte y diferente. Una *Iniciación de Familia*, por así decir, que estaba latente en los genes, en la herencia, como una nota, o un motivo musical, que de algún modo, o forma, los antepasados venían “entonando”, tal vez sin nunca desarrollarlo en su totalidad. El “ritornelo” lo musitó Elena de las Viñas Cortes, aquí en Valparaíso, en el siglo XVIII, contemplando por su ventana el barco que partió con su amado, don José Paramá, y que nunca más volvió; lo entonó, luego, su hija Josefa (Pepita), mientras bordaba un fajerito para mí, quien nacería ciento veinte años después. Y en la familia de mi madre, don Rafael Fernández Concha, el Obispo Emérito, soñaría con la amada, a la que había renunciado, para proyectar muy alto su recuerdo, hacia la Santísima Virgen, el *Femenino Eterno*.

Mi caso no era muy diferente. Como guiado por una Fatalidad, llegué a los pies de *Allouine* moribunda, repitiéndose el Arquetipo, en un Eterno Retorno de lo Mismo. En el alma se produjo una explosión numinosa, que hizo emerger desde las profundidades, rostros, voces muertas, canciones antiguas de difuntos, historias, dolores, dramas, amores eternos, o que se eternizaban ahora, al repetirse, resucitando.

Allá arriba, en las cumbres del *Rohtang Pass*, en los Himalaya, yo volvía a recordar el Camino y sus imperativas leyes, inviolables. Ese Amor era el más puro que los humanos pueden siquiera vislumbrar. Amor indisolublemente unido a la muerte. Ella vino para morir y con su muerte aportarme el *Camino de la Resurrección de la Carne*. Con el cumplimiento de su Pasión hacía posible la salvación del hombre. Como ella lo dijera: “*Moría para entregarme su Eternidad*”. Y algún día yo tendría que devolvérsela, inmortalizándola en mí.

Y la resurrección de la carne se hacía posible al “no tocar la carne”. “*Noli me tangere*”.

Tal vez nunca, nunca vuelva a encontrarla, sino adentro...

Quizás me sea posible entender mejor este Misterio, leyendo y compenetrándome de los dramas y las sagas legendarias de



Busto de Dante.

Orfeo y Eurídice, de Tristán e Isolda, de Hamlet y Ofelia. Sobre todo, de la "*Divina Comedia*" de Dante. Su Maestro, Virgilio, le lleva a través del Purgatorio y el Infierno; pero es Beatriz la que le conduce al Cielo.

Dante vio sólo una vez a Beatriz en esta vida; ella murió pronto. Mas, estuvo siempre en su memoria, en lo más profundo de su ser. Y ya no importan los errores, las caídas de Dante con "su Cruz a cuestas"; porque el camino de la redención

será Ella y porque ya su alma tiene un Rostro, el de Beatriz.

Los "*Fedele d'Amore*", corporación secreta a la que perteneció Dante, al igual que los trovadores de las Cortes de Amor del Languedoc (de *A-Mor*), poseían todo un camino de Iniciación Platónica, sin duda. Del Tantrismo de la Mano Derecha; del "*Camino Húmedo*", de la Alquimia, del "*Camino de las Lágrimas*".

Y en esta Iniciación, el verdadero Maestro es un Dios Invisible, un Arquetipo (Platónico) que aspira a desarrollarse, a encarnarse, a posesionarse de alguien de carne y hueso aquí en la tierra, a objeto de cumplirse a Sí Mismo; pero, a la vez, a transmutar a un ser humano mortal en Superhombre inmortal, por medio del Drama prefijado, de etapas muy exactas y repetitivas, de esta Iniciación tradicional y maravillosa, destinada a juntar a *ÉL* con *ELLA*.

Dándole al Innominado, al Creador, al Sin-Rostro, el Rostro de la Amada. De modo que ahora seamos *NOS*. Seamos *ELELLA*.

En mi caso, viene a ser una suerte de Iniciación paralela. Pero creo que también la tuvo Adolf Hitler, con su Amada muerta y todo el ceremonial y el rito que con Ella practicaba, en su recuerdo. Con una voluntad de acero hay que vivir hasta el final el *Camino del Viudo Inconsolable*. La unión mental, a través del despertar, por

la misma Amada, de la Serpiente *Kundalini* y del Jardín de Lotos de los *Shakras*, de modo que, como le decía a Nehru, la *Libido* vuelva a ser *Kundalini*. De este modo, sucede que la mejor edad para realizar el sexo, el verdadero sexo, que es *puramente mental*, serán los años tardíos, la edad avanzada, por ejemplo los ochenta años, cuando la *Kundalini* se ha instalado en el cerebro y el *Matrimonio* con la Amada Eterna se cumple en la Copa del Árbol del Paraíso, con *Siva* y *Parvati*. Y con la Imaginación. (*Imaginatio*).

Y al decir Imaginación, debemos recordar la Caverna de Platón, las imágenes proyectadas en el fondo, la *Ilusión* y también la *Maya* hindú.

La base, el pilar de la Alquimia Tántrica, es la *imaginatio*. Imaginar a la Amada, imaginar el *A-Mor*. Hacer el amor sólo con la imaginación, tal como el Creador imaginó el mundo, proyectando la *Idea*, hasta plasmarla. Y, luego, lograr pasar más allá, sin detenerse en la plasmación de una idea. Sin embargo, también aquí, para poder triunfar en este Combate, no hay que aislarse en un monasterio, sino más bien seguir el sendero del *separado*, del *abandonado*, hasta el final, para que, de este modo, las etapas del sufrimiento y de la nostalgia se cumplan todas, una a una, tal como en la Gran Guerra.

Este era el *Kristianismo Esotérico*, donde todo ha sido traspulado en el *Misterio Mariano*, en el Culto al Eterno Femenino, que hace posible el voto de la castidad, colectivizando un Misterio y una Iniciación de *A-Mor*, profundamente tradicional e individual, aristocrática y no democrática, que fuera redescubierta en el siglo XII, en Occitania.

Una maravillosa *Flor Inexistente*.

Cuán extraño me pareció descubrir un día, en una conversación con Hermann Hesse, que él no entendía en absoluto a Dante. Es más, se refería hasta con odio a la "*Divina Comedia*", siendo aprobado con entusiasmo por su mujer, Ninon Auslander. A lo mejor, bajo la influencia de ella. Aunque en toda la obra de Hermann Hesse se hace ver la carencia del eterno femenino, en el sentido de las novelas "*She*" y "*Ayesha*", de Rider Haggard, y de "*Peter Ibenson*", de George de Mourier. Su juego, en "*El Lobo Estepario*", es una reproducción de la temática de "*La Flauta Mágica*" de Mozart, con Hermina-Hermann, Pamina-Pamino; no se acerca al Drama del Arquetipo, a la nostalgia ni al dolor de la *Viudez Metafísica* del *Desposado*.

En cambio, el Profesor C. G. Jung sí lo entendió y le inquietaba, al extremo de prologar mi obra "*Las Visitas de la Reina de Saba*", que escribí en India bajo el dictado imperioso de mi *Él*, sobrecogido, poseído por el *Arquetipo de A-Mor*.

LAS VISITAS

Por aquellos años comenzaba a llegar a India una serie de personajes interesantes, de fama internacional: Toynbee, Huxley y Arthur Koestler, entre otros. Ya he contado sobre este último y también sobre Toynbee. Con Huxley conversamos sobre las drogas y me regaló su libro "*The Door of Perception*", con sus experiencias con la mezcalina. También lo he relatado. Estaba casi ciego, pero había tirado las gafas y, con ciertos ejercicios y fuerza de voluntad, más la fe, se recuperó bastante. Ahora iba a encontrarse con Krishna Murti, en Madrás. "Este hombre es para mí lo que Cristo es para los demás...", me declaró. Le regalé un ejemplar de "*Las Visitas de la Reina de Saba*", que se acababa de publicar en India, en una bellísima edición ilustrada por el pintor chileno Julio Escámez y con tapas forradas en seda cruda, de los telares de Gandhi. Su pregunta, después de leerlo, fue: "¿Es una experiencia vivida, o es pura imaginación?". Jung nunca me preguntó esto. Dijo: "Aquí aparecen claras figuras arquetípicas...". Y eso era más real que toda imaginación y que toda realidad.

Mientras desayunábamos con Aldous Huxley en el Hotel *Ashoka*, de Nueva Delhi, hablamos de D. H. Lawrence y de su obra póstuma, "*Apocalipsis*". Huxley creía que si Lawrence hubiese vivido habría sido un tantrista. Y me contó de sus últimos momentos. Hallándose junto a su lecho, D. H. le dijo: "Yo no estoy aquí, sobre esta cama. Estoy allá, en ese rincón, mirándome a mí mismo...".

Pero el más importante de los personajes que en esos días encontré, no por él, sino por las consecuencias que trajo en mi existencia, fue el cineasta italiano, Roberto Rossellini, autor de "*Roma, Ciudad Abierta*" y de "*Stromboli*", donde dirigió a la que era entonces su mujer, la actriz sueca, Ingrid Bergman.

Cuando Rossellini llegó a India, con el pretexto de filmar unos documentales sobre el país, su matrimonio con la bella actriz pasaba por una crisis definitiva y tengo la sospecha de que él, como un buen seguidor de su compatriota Maquiavelo, había planeado



El escritor inglés Aldous Huxley, en India.

su viaje y todo lo que siguió, a objeto de no salir mal parado de la inminente separación. Primero, enamoró a la mujer de un *sikh*, de Bombay, conquistándola con el señuelo de un papel protagónico en el film que proyectaba sobre la India, y que nunca realizó. Al mismo tiempo, comenzó a redactar unos artículos en inglés (que nunca se publicaron) y que hacía llegar en borrador al Primer Ministro Nehru, a través de un secretario. En el fondo eran diatribas en contra de los nórdicos, de la raza de su mujer, del “*very white people of the North...*”.

Aún recuerdo esa frase, repetida en todos los artículos. Sin duda que ella tuvo sus efectos en Nehru y en su decisión de autorizarle el permiso (el pasaporte) a la joven india, cuando ella lo solicitó para viajar a Europa.

Y me pregunto: ¿Cómo Rossellini tuvo esa habilidad tan fina, y tan cruel, de captar intuitivamente el fondo del complejo del hindú, el complejo del color, que a mí se me revelara en toda su magnitud en la conversación con el Príncipe Georg, en las alturas del Sikkim? Es más, Rossellini comenzó a hacer saber lo que él pensaba de Nehru, para que le llegara, siempre por medio del mismo intermediario: “Gandhi era un político; Nehru, un san-

to...". Y lo había descubierto, según él, mientras viajaba en el mismo avión, a través del Punjab, observando el rostro de Nehru en éxtasis, al contemplar desde las alturas las represas recién construidas. "Un místico del progreso y de la tecnología..."

A Rossellini me lo presentaron los Cambi, *managers* italianos del "Hotel Suizo" de la Vieja Delhi, a donde también se había trasladado a vivir. Con la simpatía del italiano, ganó mi confianza. Y decidí ayudarlo, creyendo en lo que me decía.

Hablé con la señora Gandhi. Se hallaba inquieta y un tanto molesta por los rumores y las protestas del marido *sikh*. Me pidió consultar directamente a Rossellini sobre la verdad.

Así lo hice y éste lo negó todo, acusando de celos enfermizos al marido. Así se lo comuniqué a Indira Gandhi, y ésta decidió ayudarlo con el Gobierno, además de exhibir las películas de Rossellini en los salones de la casa del Primer Ministro, invitando a personas influyentes.

La esposa del *sikh* pudo salir de India. Cuando llegó a Roma, estaba embarazada de varios meses. Rossellini se divorció de Ingrid Bergman y se casó con la mujer. Gran escándalo en India; pero duró poco, porque de algún modo el país entero sentía el halago de que una connacional desplazara a una belleza famosa en el mundo, además de "*very white woman of the North*"... Por su parte, los italianos también se regocijaban con el espectáculo exótico de ver a su conocido director, desposando una mujer con *sari*. Eran aún años distintos, con grandes rincones del planeta no integrados, no nivelados, ni igualados en un mundialismo malsano y destructor.

Rossellini había dado el golpe de un estratega maquiavélico y salió bien parado de su conflicto con el poder femenino, que le había hecho perder puntos decisivos en una sociedad de luminarias. Cada vez que recuerdo este caso, pienso en los austríacos y los chilenos y en como siempre hemos perdido frente a los italianos, sicilianos y mafiosos. Los austríacos, el Tirol; los chilenos, la Patagonia, la Laguna del Desierto y, muy pronto, todo el Pacífico sur. Y esto, sin que el contrincante disparara un tiro, sólo a base de puro maquiavelismo. Esta comparación podría parecer desproporcionada; pero no lo es. En Rossellini y su accionar yo recibí una lección de psicología esencial sobre nacionalidades. Como chileno, quedé bastante mal parado ante Indira Gandhi; sin embargo, cuando traté de excusarme, ella se rió, diciéndome: "Veo



En India con mi bambi
"Sita". Detrás, el biombo
koromandel, igual al que
le regaláramos a la esposa
del Presidente Ibáñez.



Con "Sita".

que usted desconoce a los italianos... Así y todo, son muy simpáticos. Mire usted, yo iba por Roma y un italiano comenzó a seguirme, diciéndome cosas. Me dirigí a un *carabinieri* y le pedí ayuda. Me preguntó qué me pasaba. Le conté que ese hombre me seguía, diciéndome cosas. “¿Y qué le dice?”, me preguntó. “Me dice que me ama”. El policía abrió mucho los ojos y, levantando los brazos al cielo, exclamó: “*Ma, Dio!* ¿Eso es todo? ¡Yo también la amo...!”.

Así es con Italia y con los italianos, hay que conocerlos y guardarse de ellos en lo fundamental, donde se afectan intereses contrapuestos. Sin embargo, el saldo será siempre positivo, al final. Y esto, al margen de ellos mismos, como por un imperativo del Destino, o del ángel que los gobierna. Puesto en la balanza, aunque nos hagan un mal, el bien que de aquello resulta lo compensa todo al final. Pero ellos no lo saben. Ni les importa. Esto, en el plano individual; en lo colectivo, hay que cuidarse. Es otra cosa.

Ya he contado lo que le debo a Italia. A Hugo Gallo, exactamente. Sin embargo, mi Maestro tuvo que apartarlo de la Orden, por deslealtad. Y nunca tomó esta decisión con ninguna otra persona, que yo sepa.

JENNIFER JONES

Los Cambi vinieron a verme a mi cabaña del Hotel. Traían para mí un mensaje de Rossellini: me presentaba a la famosa actriz de cine de esos años, Jennifer Jones, pidiéndome que la atendiera y la guiara en el conocimiento de la India, que ella visitaba por primera vez.

No quise ni escucharlos, expresándoles mi rechazo total a Rossellini y a cualquier artista de cine, que tuviese que ver con ese ambiente. Los Cambi me expresaron su tristeza, pues no podían comprender mi actitud. Ellos también eran italianos y nada de malo encontraban en las maniobras de Rossellini las que en el fondo justificaban, como hábiles e inteligentes. Al igual que sus compatriotas (sus amorales compatriotas) se colocaban más allá del bien y del mal.

Pasaron los días y, una tarde, mientras me hallaba concentrado en mi salita, repitiendo el *mantram OM* y aspirando el agua, según las prácticas del *gurú* del Primer Ministro Nehru, me

interrumpió el teléfono. Era el *signor* Cambi, quien, a nombre de su esposa, la bella Juliana, me pedía ir urgentemente a sus habitaciones, pues tenían algo muy importante para mí. Intrigado, fui. Y me encontré de súbito con ellos dos, más una tercera persona, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas a la manera hindú.

* * *

De pie en el umbral, no pude dar un paso. No había más luz de la que entraba por la puerta. Y otra luz sombría se desprendía de unos ojos muy abiertos, fijos en mí.

“Pero algo, algo en torno a ella, algo así como arenas cayéndole encima, me obligó a fijar la mirada en su rostro ¿Era acaso bello? Sus ojos, sí. Pero no exactamente esto. Grandes, luminosos. Con una luz que es verdaderamente sombra. Sombra que cae desde adentro sobre una luz envolvente. Siglos sobre algo que está más allá del tiempo. Vejez, descomposición, oscuridad de tumbas, encima de lo eternamente joven. Esos ojos no me dejaban ver nada más del rostro. Había demasiada luz, demasiada sombra. Vi, en cambio, sus manos y los dedos de sus manos. Dedos únicos, también escapados a los siglos. Vestigios de dedos lejanos. Manos que quizás estuvieron por edades bajo arenas, bajo tierra, arañando mármoles o piedras ateridas. ¡Oh, qué belleza, qué pasión, qué emoción de amor y locura de Dios en esos dedos...!”

“Su frente era amplia, como el disco de la luna; su cuello, largo como el de las estatuas de los templos de Madrás...”

¡Sí! Estaba ahora frente a Jennifer Jones.

¿Quién sabe hoy lo que fue Jennifer Jones, ni quién fue Ane Harding, Brigitte Helm y la misma Ingrid Bergman? ¿Y actores como Gustav Froelich, Hemmil Janis, Konrad Veit, Ivan Mojouskine, Douglas Fairbanks, Lawrence Olivier, James Mason, John Barrimore, Frederich March, Gary Cooper, Richard Burton? Casi todos ellos fueron actores de teatro antes que de cine. Representaron a Shakespeare, por lo general, como la misma Diana Rigg (*Mrs. Peel*), que mereció ser tan “Lady” como la Margaret Thatcher.

A partir del final de la Segunda Guerra Mundial comienzan a acelerarse los signos del Apocalipsis y la memoria de los hombres



Escultura de la cabeza de la Reina de Saba, encontrada en Ur.

desaparece, se enferma de muerte. Ya no recuerda ni lo que pasó ayer, ni quién es ni cómo se llama su hermano, su padre, su madre. ¿Quién se va a recordar de Jennifer Jones? El mundo va

a ser destruido por el hombre, por un grupo pequeño de hombres que lo controla. Pero el hombre está siendo destruido antes que el mundo; ya está destruido.

Hasta ese momento, hasta esa tarde, de esos años, yo no había visto ninguna película de Jennifer Jones. Luego vi *"The Song of Bernardette"*, *"Duelo al Sol"*, *"Love is a Many Splendored Thing"* y *"Adiós a las Armas"*. Muy bellas todas. Pero más bella era ella; una gran actriz. Había obtenido el *Oscar*, en 1943, a los 23 años de edad.

Nunca pude siquiera imaginar la importancia que esa mujer tímida, introvertida, profundamente herida en su alma, sufriente hasta la agonía, iba a tener en los acontecimientos de mi existencia.

Y, de nuevo, como ya he explicado, al fondo de todo, de un modo tan extraño y misterioso, los italianos, como sonámbulos, como genios aéreos, moviendo las piezas y los dados de la Fatalidad, compensando el bien con el mal y el mal con el bien.

A Rossellini le debo la catástrofe lunar, la explosión numinosa de mi encuentro con Jennifer Jones y de todo lo que siguió, hilándose (o hilado desde la Eternidad), en la red impenetrable del Destino. Estoy seguro que a mí jamás me resultaría una ganancia con el oro, ni con los juegos de azar. Pero una especulación con la amistad de los italianos, siempre me ha traído la buena suerte, al final.

“Tomé a esa mujer de la mano y la llevé a mi cabaña de la Vieja Delhi. Ahí cogí un bastón fino como un cayado, que parece también una serpiente. La plata cincelada envuelve su madera oscura. La empuñadura es la cabeza de un león con ojos de esmeralda. Un pequeño rubí en la frente indica el sitio del tercer ojo, ese que es capaz de ver la Sala del Palacio sobre el Árbol de la Vida y lo que sucede adentro, comprendiendo el simbolismo de ese abrazo de amor. Es el ojo que descubre siempre a la Reina de Saba.

“Se lo entregué a ella, diciéndole:

“Es suyo, fue siempre suyo. ¿No lo reconoce...? Se llama kundalini, porque semeja una serpiente...”.

“Entonces ella, con sus manos finas y largas me hizo entrega del primer regalo: un manto de oro, una vestidura de ceremonia de algún antiguo Maharaja de Udaipur.

“También es suyo”, me dijo, ‘le pertenece’.

“Pasé la yema de mis dedos y luego la palma de las manos por esos lunares de oro, sobre el bordado regio... Sí, realmente era mío, lo reconocía”.

Aún lo tengo aquí, en mi Castillo-Templo de Valparaíso, en la Sala de la Meditación, tras tantos años.

Jennifer Jones viajó por distintos lugares de la India y del Nepal, siguiendo mi consejo. A su regreso, se instaló en el “*Swiss Hotel*”. Entonces la llevé en las noches a recorrer la pesadilla y alucinación de esas calles de la Vieja Delhi y de los muelles del río Jumna. Ahí le presenté a mis viejos conocidos y a la mujer semidesnuda y loca que hablaba con los fantasmas y espantaba seres invisibles. Jennifer se admiraba de todo, como si estuviera descubriendo por primera vez el mundo. “Estoy enclaustrada”, me decía, “rodeada de artificios. Soy una prisionera; por primera vez, abro los ojos”.

Estaba casada con el director David Zelnick, quien realizaba sus films exclusivamente para ella. Su primer marido, un gran actor joven, se suicidó. Jennifer vivía dentro de una gran tensión, atenazada por un dolor secreto. Bebía, por ello. Como muchas otras actrices, iba de un psicoanalista a otro. En Zürich, buscaba una solución en la “Psicología de las Profundidades”, del profesor C. G. Jung.

Le presenté a Indira Gandhi y su visita casi coincidió con la de Dorothy Norman, una mujer norteamericana que estudiaba los símbolos y, en esos tiempos era amiga de Indira.

Jennifer Jones volvió a psicoanalizarse en Suiza, con el profesor junguiano Meier. Aproveché la ocasión para viajar también a ese país, con la íntima intención de poder conocer a Jung, cuyos libros leía y releía, y de quien había recibido carta de respuesta a una mía con la copia de un artículo que me había sido publicado en India: “*La Crucifixión del Yo*”.

A instancias de la señora Gandhi, Dorothy Norman le despachó un telegrama a la doctora Jacobi, discípula de Jung, para que me consiguiera una entrevista con su maestro.

A pesar que Jennifer Jones se analizaba con el profesor Meier, quien pasaría a reemplazar a Jung en su cátedra de Zürich, ella no conocía a este último. Su timidez se lo impedía, aun cuando también era una entusiasta lectora de su obra.

Pero todo esto que estoy relatando no aconteció inmediatamente después de la primera visita de Jennifer Jones a India, ni de su partida. Ella regresó dos veces más; luego yo debería encontrarla también en Viena, en Zürich y en Montagnola, donde le presentaría a Hermann Hesse.

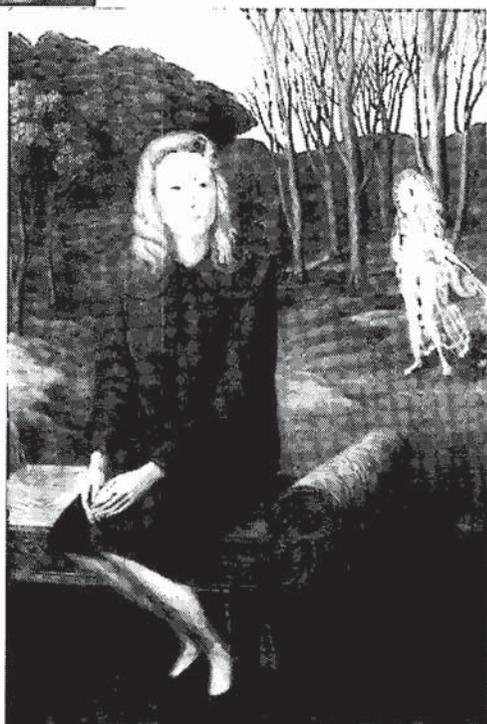
Después de su primera partida, quedé —¿cómo expresarlo?— *sorprendido*, por decir lo menos, desconcertado, como si en el fondo del mar se hubiera producido una catástrofe y las grandes olas de la superficie (*tsunami*) se estuvieran preparando para sumergir otra vez la Lemuria. Vino a salvarme algo más extraño todavía, la foto de un periódico que aún conservo y estoy publicando en estas “*Memorias*”. Era la cabeza de un busto de la Reina de Saba, que se había encontrado en las ruinas de Ur. Su parecido con la actriz me impresionó. Y toda mi alma (*ÉL*) se proyectó, sin que yo pudiera evitarlo, a través del *umbral*, más allá del tiempo, en enormes lejanías.

“LAS VISITAS DE LA REINA DE SABA”

Es el más “*extraordinario libro*” (para usar palabras de Jung) que he escrito. Aunque toda mi obra aparece (se me *aparece*) como dirigida, ésta me fue dictada, no la escribí yo, sino *ÉL*. No era el Inconsciente que me empujaba, sino un Super-Consciente. El gran Mago-Profesor de Zürich vino a definirlo, a describirlo, desde un



Miguel Serrano, cuadro pintado en India por el artista chileno, Julio Escámez.



Pintura de Allouine realizada por Julio Escámez, en Belgrado, Yugoslavia.

principio, iluminándome, dándome a conocer algo sobre mi obra que yo desconocía. Y también, por primera vez, aportándose él mismo una respuesta, que tiene que haber constituido toda una revelación en sus años postreros. Escribió en el prólogo a *“Las Visitas de la Reina de Saba”*:

“Es lo menos semejante a los productos espontáneos del inconsciente a que me encuentre acostumbrado, aunque conocidas figuras arquetípicas sean claramente discernibles... El elemento cognoscitivo no juega un papel importante, aunque reside en un nebuloso fondo, en la riqueza de colorido de las imágenes”.

Hasta ese momento, siempre Jung había considerado a los arquetipos como productos de un “Inconsciente Colectivo”. A lo más, había llegado a definirlos como “*psicoides*”; psíquicos en parte, en una mitad, por lo menos, haciéndose acreedor a la crítica de Julius Evola de “psicologizar los valores del espíritu”, la alquimia, la religión, la metafísica, los mismos arquetipos, que para Platón estarían en un plano inmediatamente inferior al de las Ideas. Mas, ahora, de repente descubre, gracias a lo que yo transcribiera en *“Las Visitas de la Reina de Saba”*, que estas *“figuras arquetípicas son lo menos semejante a los productos espontáneos del inconsciente”*, a los que él se hallaba acostumbrado.

Es decir, yo (ÉL) los elaboré, los capté, los “atrapé” con una *superconciencia*, más allá de mi “yo”.

Como los extremos se topan, la superconciencia y la inconsciencia se parecen, pues ninguna es captada o “apresada” por la consciencia. Actúan al margen, desde afuera del cerebro, de modo que el “yo” pasa a ser un ejecutor “hipnotizado”, obligado, un *humble servant*, un humilde servidor. La diferencia, si la hay, está en que el Inconsciente actúa convirtiendo en poseso y nublando la capacidad cognocitiva del actor, del “usuario”. Y el Superconsciente produce algo así como un estado de sublime lucidez, aportando la ilusión de que es uno quien encuentra, o busca, las analogías, las relaciones, las interpretaciones del Arquetipo y, por ello, aparece *“como lo menos semejante a los productos espontáneos del Inconsciente”*, dándonos la ilusión de que el “*elemento cognoscitivo*” ha jugado un importante papel, aun cuando *“resida en un fondo nebuloso, en la riqueza de colorido de las imágenes”*.

* * *

En aquellos días, me había mudado a Nueva Delhi, a una mansión que el empresario *parsi*, Tata, tenía en *Pritviraj Road*, para su representante en la capital de India. Este último, un *gentleman* de nombre Naoroji, también *parsi*, consideró la casa demasiado grande para él. Vivía solo y, por amistad, decidió arrendármela para Embajada y residencia. Nada mejor podía encontrar; disponía de amplias habitaciones y de un parque con césped cuidado y bellas flores, en el estilo del período colonial, que placía a los altos funcionarios del Imperio.

En las noches, salía a caminar por la avenida donde se hallaba la casa, impregnada del perfume sensual de la *rathirani*, un jazmín embriagador, como el sándalo. Deseaba llegar lejos; pero no lo lograba, debiendo regresar rápido a mi escritorio, pues una de las historias de "*La Reina de Saba*" me había "visitado" y se me imponía, como si recibiera un golpe en el cerebro, o en el corazón. Y escribía, escribía, hasta que la historia se agotaba, sin saber cómo ni cuándo.

Lo hacía a mano, como hoy, y con la misma lapicera a tinta con que borrono estas páginas.

Y he aquí que un día, la "Superconciencia" me debería entregar el "signo" y la enseñanza suprema, introduciendo en medio de las historias y sus leyendas algo muy extraño y que las desvirtuaba o, mejor dicho, las proyectaba, transfigurándolo todo, cambiando el juego, el sistema, trasponiendo, traspolando, volviéndome al mismo origen, como en un llamado de atención, o un final preexistente, ineludible y que yo debí *recordar*. Como si la numinosidad de la *Reina de Saba* no permitiera (para mí) otra solución, ni otro final. Y me dijera: "Sí, aquí estoy; pero tú no puedes ser infiel. Tu Mito es otro. Mejor dicho, es el mismo; pero la solución es diferente. Ámame, si lo quieres; pero ámame en *Ella*, porque yo soy *Ella*... Y tú también eres *Ella*..." (¡*Saham!*).

Esa noche se me apareció de repente una historia distinta. Debí retornar a la casa casi corriendo y la escribí de un golpe, estremecido y con lágrimas. La titulé "*Los Misterios*". Era *Allouine* que volvía a visitarme. Comprendí que nada tenía que hacer en el contexto de "*Las Visitas*", aunque fuera también una *Visita* estremecedora, venida de los astros. Aún no se había dado fin a las leyendas que "*ÉL*" me dictaba y el término llegó de pronto; pero también distinto, pues yo estaba ya *Desposado*. Y me lo habían traído al recuerdo.

Así “aparecieron” esos dos libros editados en India, en español y en inglés, cada uno con un especial formato: “*Los Misterios*”, en papel hecho a mano en el Nepal y guardado en una cajita forrada en seda cruda, de los talleres de Gandhi. “*Las Visitas de la Reina de Saba*” es una rareza bibliográfica, porque la edición española llevaba el sello de la Editorial Nascimento, aun cuando fuera editada en la India. Lo autorizó don Carlos Nascimento.

Ambos libros fueron ilustrados por el pintor chileno, Julio Escámez.

Y éste es ya otro cuento.

* * *

Julio Escámez llegó un mediodía a India. Se presentó en mi casa trayendo dos cartas de recomendación. Una de don Carlos Nascimento, precisamente, quien me declaraba que era como de su familia; la otra de Pablo Neruda: “Es el mejor pintor chileno”, me escribía, subrayando: “*el mejor*”.

Debí dejarlo solo por un tiempo en la recepción, mientras iba a atender asuntos de la oficina y, para que tuviera algo que hacer, le pasé los originales de “*La Reina de Saba*”, junto con las fotos de las ilustraciones que había imaginado para el libro. Eran reproducciones de pinturas y esculturas hindúes y tibetanas. Cuando volví, se había leído todo el libro. Y me dijo: “Es algo fundamental; pero no puede ilustrarlo así. Yo le haré los dibujos”. Acepté complacido, aunque escéptico, pues él partía esa misma noche en un viaje por la India del sur. Jamás pude pensar que a su vuelta me traería el total de las ilustraciones, hechas en hoteles y ferrocarriles. Eran muy bellas e interpretaban magníficamente la obra. Aún tengo conmigo los dibujos originales de este libro, de “*Los Misterios*” y de “*La Flor Inexistente*”. Sólo lamento que Julio Escámez no haya ilustrado “*ELELLA*”. ¿Quién como él lo podría haber hecho mejor?

Y fue así como nació una amistad con este artista único, de una personalidad muy especial y que ha perdurado en el tiempo y en el espacio, a través de muchos países y de muchos años.

Él era comunista y debe seguir siéndolo, yo nazista. Pero nada de esto cuenta. La amistad nació en la India y bien podríamos creer que no fue un encuentro, sino un “reencuentro”, con siglos hacia atrás y *eones* en el futuro. Julio Escámez pintó mi retrato y, en



Ilustración de Julio Escámez,
para "Las Visitas de la Reina de
Saba".



Los Misterios. Ilustración
de Julio Escámez.

Yugoeslavia, interpretó a *Allouine*. Era también un músico y, escuchando “*El Arte de la Fuga*”, de Bach, fue recreando su imagen, mientras yo se la describía. A veces, me sentaba concentrándome en el cuarto del lado, imaginando la tela de la pintura y proyectándole la imagen de *Ella*. Un día llegó hasta allí Joaquín Gutiérrez, escritor costarricense, casado con una hija de Nascimento y gran amigo de Escámez. Miró ese cuadro ya terminado y me dijo: “Esta es la obra de un Julio que yo desconozco. *Ustedes están trabajando juntos...*”.

Julio Escámez tenía un enorme sentido del humor, como casi todos los chilenos de verdad, y narraba historias fantásticas, que deleitaban a mis hijos, sobre sus peripecias en India. Recuerdo una muy especial de su visita a Pondicherry, al *ashram* de Aurobindo Gose. Describía la “mirada” matutina de la “Madre”, desde un balcón, a los visitantes apiñados en el patio. Escámez se encontró allá con un norteamericano en “shorts” y güayabera que lo invitó a “ir a su isla en bicicleta”. Dejaron las bicicletas en la playa y tomaron un bote hasta las casas, donde Julio se alojó una noche. Al levantarse al siguiente día para tomar el desayuno en una mesa del jardín con el americano, vio como los sirvientes araban la tierra con los dedos de sus manos. Luego, el amo de la casa y de la isla protestó violentamente porque las tostadas del desayuno no estaban “a punto” y las arrojó lejos, enrostrándose a los “bearer”. Esto indignó a Julio, quien se levantó de su asiento para irse. El americano, furioso, lo llevó hasta el muelle, lo subió en un bote, retiró los remos y con el pie dio un empujón a la embarcación, la que fue a dar lago adentro. Y, ahora, teníamos a Julio Escámez tratando de llegar a la otra orilla, remando con las manos, al igual a como los sirvientes araban la tierra.

Al llegar por fin a suelo firme y salir del bote, Julio gritó, con los brazos en alto: “¡No volveré nunca más a esta isla de piratas...!”

Años después repetí esta frase al poeta Nicanor Parra, quien la reprodujo en uno de sus “*Artefactos*”.

Otra vez, en Yugoeslavia, donde le conseguí una beca al pintor, le pasé a buscar en mi auto al lugar donde vivía. Después de haber salido a la calle se devolvió para entrar, diciéndome: “Se me olvidó ponerme la musculatura”...

Durante el golpe militar de 1973 hice todo lo que pude para impedir que borrarán su mural en la Municipalidad de Chillán.



Retrato de la "meiga" Sabela, realizado por Julio Escámez en Valparaíso, en 1996, durante su visita a Chile. Gran parecido con Isabel de Portugal.



Isabel de Portugal.

Después de ese crimen, Julio Escámez abandonó voluntariamente Chile y se exilió en Costa Rica, donde hasta ahora reside.

Debido a esto, y a que no le interesa el *marketing*, este gran pintor ha sido olvidado en Chile; en cambio, un Guayazamín o un Matta se hallan en boga, como siempre, y son la moda de los *snoobs*.

Yo sólo tengo pinturas de Escámez, en mi casa, de Roerich, de Pierneef y de Hitler.

* * *

¡De nuevo, el sincronismo y la magia! Escritas ya en castellano, "*Las Visitas*" y "*Los Misterios*", necesitaba una traducción al inglés, hecha por un especialista, por un literato, por un hombre culto.

Y éste llegó, como siempre, surgiendo de lo invisible.

Ahí estaba, de pie en mi oficina, entregándome una carta de presentación de Alfonso Echeverría, un joven escritor, hermano de mi amigo José y de Mónica, casada con Fernando Castillo Velasco, de quien ya he hablado en los tomos anteriores de estas "*Memoorias*"; hijo de Flora Yañez, sobrino de Álvaro, (alias Juan Emar). El nuevo visitante era un joven norteamericano, profesor de literatura y traductor del español. Venía de Chile donde había residido gracias a una beca de la "*Fullbright Foundation*", con la intención de recorrer la India. Su amigo, Alfonso, le había dicho que nadie mejor que yo para ayudarlo. Se llamaba Frank MacShane, de origen irlandés, y se había graduado en Harvard y en Oxford.

Comimos juntos y se me ocurrió mostrarle un poema mío en prosa, que había traducido al inglés con mi secretario, Mani: "*Las Visones de Papán*". Pensaba publicarlo en la página literaria del "*Hindustan Times*", de Nueva Delhi.

Lo leyó y me lo devolvió, diciéndome: "Hay que ponerlo en inglés. Si usted me permite, yo puedo hacerlo".

Y así, sin saber cómo, me hallé en presencia del traductor al inglés de seis de mis obras de esos años: "*Las Visitas de la Reina de Saba*", "*Los Misterios*", "*La Serpiente del Paraíso*", "*El Círculo Hermético*", "*La Flor Inexistente*" y "*ELELLA*". Gracias a él me proyecté en el mundo anglosajón y, desde ahí, al resto de Europa, además de en la misma India y Japón. El me consiguió el editor



Con mi amigo y traductor, el profesor Frank MacShane, en Venecia, al lado de la calle Querini, donde vivía Ezra Pound.

inglés, *Routledge and Kegan Paul*, y al estadounidense, *Harper and Row*.

El trabajo de traducción de *“Las Visitas”* lo hicimos en Kashmir, donde cada uno disponía de un *“house-boat”* y nos visitábamos en *“shikaras”*, esas estupendas *“góndolas”* de Srinagar. El resultado fue un milagro, puesto que traducir el pensamiento poético es algo casi imposible. Quien leyó después ese libro, entre ellos Nehru y el Vicepresidente, el filósofo Radhakrishnan, pensaban que no era traducción, sino que el libro había sido escrito originalmente en inglés, por alguien que dominaba esa lengua a la perfección.

Frank Mac Shane y yo fuimos amigos en India y en el mundo, por muchos años. Le retribuí presentándole a Ezra Pound, en Venecia, y también estuvimos en Yugoslavia, en Austria y en los Estados Unidos, en la Universidad de Columbia, donde él era profesor de literatura. Hace ya veinte años que nos perdimos; pero le recuerdo siempre y cada vez que tengo una obra mía entre las manos.

Edité así mi libro en India, en dos idiomas. Y me ayudó a realizar esa edición un visitante chileno, muy apreciado hasta estos días, el gran doctor y hematólogo Raúl Etcheverry, a quien

me he referido en el primer tomo de estas “*Memorias*”, en relación con la muerte del medium y mutante chileno Jaime Galté. El no olvida esos días de Nueva Delhi, ni las “visitas” de la Reina de Saba¹².

* * *

Y fue así como todo se hallaba ordenado, cada una de las piezas en su sitio, para la aparición de aquel libro que, además de permitirme superar, sublimando la catástrofe del encuentro *numinoso* con el Arquetipo de la Reina de Saba, me llevó a establecer (¿reestablecer?) un vínculo eterno con el gigante de los Alpes suizos, Carl Gustav Jung.

Viajé a Zürich en el verano de 1961, llevando conmigo los borradores en inglés del libro, aún no editado, sobre “mi” Reina. Iba también a encontrarme con Jennifer Jones.

CARL GUSTAV JUNG

*“Había un hombre que no tenía cerebro,
para poder pensar”.*

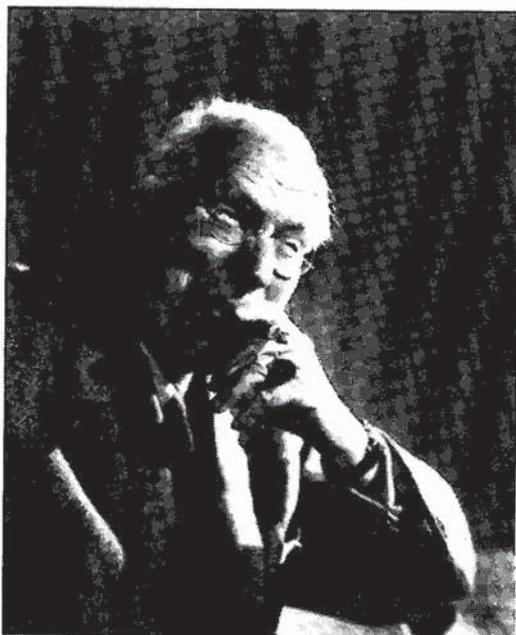
Con Jennifer descendíamos corriendo por las colinas de prados verdes, en las vecindades del *Hotel Dolder*, o íbamos a cenar en el “*Franciskaner*”, en la parte vieja de la ciudad de Zürich, o en el *Keller*, de la pequeña plaza, frente a la Catedral, donde también residiera Goethe, para poder conversar sobre alquimia con el Dean Johann Kaspar Lavater.

Una noche nos rodeó en la calle gente de todas las edades y comenzaron a danzar en círculo en torno nuestro, cantando canciones nupciales de la antiquísima ciudad de Ur.

12. El Doctor Etcheverry aún recuerda cuando cruzamos a pie casi toda Delhi, para ir apresuradamente a rescatar los originales de “*Las Visitas*”, a la imprenta, donde se había producido un incendio. Tampoco se olvida de su permanencia en la *suite* presidencial del “*Hotel Imperial*” —que yo le había conseguido— y la extrañeza del “*bearer*” al verle solo en el enorme cuarto, preguntándole dónde había dejado a *sus* esposas.



El profesor Carl Gustav Jung, con su anillo gnóstico. Fotografía que me firmara.



El profesor Carl Gustav Jung, con su anillo gnóstico y su cigarro.

Otra vez, en un bar, vino a sentarse a nuestra mesa un desconocido. Y nos confesó: “Yo estaba muerto; pero nadie sabe que ahora estoy vivo...”.

Y nos miró fijo, con sus ojos profundos, abismales.

Eran los años en que aún en la tierra sucedían cosas y la aventura nos esperaba en cada esquina.

La aventura es producto del alma de Occidente, de la raza blanca, del ser individualizado, que posee una sola vida y nada más, aunque diga creer en la reencarnación. El que tiene cinco mil vidas carece del sentido de la aventura en el tiempo presente, en el hoy, aquí, en este mismo instante. Se halla difuso, perdido en la eternidad. Por eso en India, en las calles de India, no es posible vivir una aventura como en Occidente. Tampoco allí nadie se aburre, pues el que está en diálogo con los Arquetipos, sumergido en el Inconsciente Colectivo, no puede aburrirse. Sólo el individuo recortado, con un yo aparte, se aburre. Tampoco los animales se aburren.

Y es de esto de lo que yo iba a hablar en mi primera entrevista con el profesor Jung.

Antes, Jennifer Jones consiguió unos papeles que el profesor escribiera en su viaje a la India. Eran apuntes muy importantes que se encontraban en poder del doctor Meier y que ella me entregó. De este tema ya he hablado en mi libro “*El Círculo Hermético*”, donde cuento sobre mis entrevistas con C. G. Jung y con Hermann Hesse. Tras muchas ediciones, en casi todas las lenguas, el libro aún circula mundialmente, habiéndose editado de nuevo en alemán y en inglés, hace muy poco. No voy, por ello, a repetir lo allí dicho. Sólo trataré de concentrarme en el misterio de esa relación, intentando penetrarlo, hasta donde sea posible y permitido, pues, “*si uno explicara todas las cosas, éstas dejarían de ser*”.

En una reciente, extensa y excelente biografía, escrita por el investigador alemán, Gerhard Wehr, “*C. G. Jung, Su Vida, Su Obra y Su Influencia*”, dedica dos capítulos para referirse a mi relación con él. Y se extraña, declarando que “en sus últimos años el Doctor no veía y no recibía casi a nadie, a ninguno de sus discípulos y a muy pocos de sus familiares, excepto a un escritor y diplomático chileno, con quien habló cosas que no trató con ningún otro”.

Y así fue.

Jung envolvió su relación en mitos, símbolos casi religiosos, sin duda mágicos. Entregándome, por último, su testamento ideológico, en una extensa carta manuscrita.

Todo esto se sabe; pero lo que nadie conoce es cómo la “Reina de Saba” intervino también, introduciendo sus sensitivas manos en el hondo círculo del misterio. Porque al profesor Jung le había visitado por igual, en otros años y en su propio tiempo.

* * *

En Locarno le encontré por primera vez. Ahí hablamos de la India y del carácter no individualizado del hindú, difuso, perdido en el Inconsciente Colectivo, viviendo la vida de los Arquetipos, donde un yogi era semejante a otro yogi, de modo que al conocer a uno se les conocía a todos. “Bastaba ver a Ramakrishna y ya no era necesario visitar al Maharishi. Eran arquetípicos”.

Allí le entregué el borrador en inglés de “*Las Visitas de la Reina de Saba*”.

Y él quiso volver a verme. En su casa de Küsnacht, junto al lago de Zürich, me contó que había leído mi libro y me aconsejó:

“—Si alguna vez usted tiene la gloria, o el sufrimiento, de encontrar a la Reina de Saba, no vaya a cometer el sacrilegio de casarse con ella. La Reina de Saba es para el amor, jamás para el matrimonio. La destruiría, o se destruirían ambos... Hay que beberla como un vaso de cognac, de un sorbo. El cognac se bebe en vasos pequeños, nunca en vasos grandes, de cerveza... La Reina de Saba, como usted lo ha escrito, viene y se va. También puede morir. Y el que aquí se queda y pena, a veces le es infiel, para poder compararla con otras mujeres, apreciándola más así, añorándola. El hombre es polígamo por naturaleza, la mujer es monógama. Sólo por el espíritu el hombre vence su poligamia instintiva. Sólo violentándose la mujer se hace polígama. La Reina de Saba es polígama. Enciende, enamora a más de un hombre. Ella no es Beatriz, no es Margarita (ni *Allouine*, pienso yo), no es el ‘eterno femenino que conduce al cielo’, de Goethe. Si lo hace, es en forma indirecta, como en su libro ‘*Las Visitas*’¹³...”

13. Pero ambas, *Allouine* y la Reina de Saba son sacerdotisas del *A-Mor*. Aun siendo diferentes, impulsan al hombre a buscar su totalidad perdida, a desposarse con su propia alma. Sintetizando, simplificando,

“El triunfo de la castidad es el supremo esfuerzo del hombre que aspira a trascenderse. Fíjese usted que el Papa ha establecido una relación estrecha entre la castidad y el Misterio Mariano. Mas, la Reina de los Cielos también es polígama, ama a todos y a cada uno de los hombres. Pero exige fidelidad y castidad a sus devotos. María, como *Radha*, es infiel a su esposo terrestre. Le es infiel con un Dios. Ama a Dios. Junto con proclamar el dogma de la ‘Asunción de la Virgen’, el Papa ha elevado al Eterno Femenino a la esfera del Hijo y del Padre, dándoles una compañía femenina a ambos, como a Visnú y a Siva, con Lashmi y Parvati. Y ya no habrá más un Dios masculino y solitario en las esferas celestes. Un Dios triste.

“Sin embargo, con el Culto Mariano, la Iglesia de Roma ha destruido una religión individual, una Iniciación de Amor personalizada, que se estaba desarrollando en el siglo XII, en las cortes occitanas y fuera divulgada por los trovadores. Con la Virgen María traspola el misterio, lo hace colectivo, democrático, siendo que fue aristocrático por antonomasia; destruye su secreto, transforma el *soma* en leche materna, al mismo tiempo que convierte en madre a la amada, perdiendo así la virginidad mágica de la sacerdotisa sacra¹⁴.

diríamos que *Allouine* representa el “*Camino Seco*” de la Alquimia, el Tantrismo de la “*Mano Derecha*”, y la Reina de Saba el “*Camino Húmedo*”, el Tantrismo de la “*Mano Izquierda*”, con la consumación del *Maithuna*, en el coito mágico. *Allouine*, en cambio, es el amor platónico, es la castidad. Con la Reina de Saba se “*cabalga el tigre*”, para usar la expresión de Julius Evola; pero ambas van por el filo de la navaja, en el camino de *A-Mor* (Sin-Muerte). Y, a veces, hasta se combinan y se ayudan, como en mi libro “*ELELLA*”, cuando en la práctica iniciática del *Maithuna*, del “*amor sin A-mor*”, el recuerdo de la sacerdotisa muerta viene a impedir que el discípulo, el *sadahka* eyacule *bundi* afuera, y se fecunde a sí mismo, adentro, desposándose con su *ELLA*. En el *A-Mor*.

14. Anula, neutraliza la profundidad insondable de un Amor individualizado, entre un hombre y una mujer, solos, uno-único para el otro y fieles por toda la eternidad, a través y a pesar de todas las caídas, si las hay, y hasta que ya no existan más caídas. La Reina de Saba y *Allouine* no han perdido la virginidad mágica, porque no han tenido hijos, no son madres, ni en la tierra, ni fuera de ella. Ahora bien, la Iconografía Mariana (especialmente de las Vírgenes Negras) podría también entenderse esotéricamente. Y así habrá sido

“¡Ah, la castidad! ¿Sabe usted que se puede ser casto aun cuando se ame físicamente a la mujer? Esto se sabe en la *Tantra 'Kaula'*, que es el único camino capaz de individualizar en el hinduismo y en la India Aria. Es el '*Camino Seco*', por oposición al '*Camino Húmedo*', también, en la Alquimia. Pero cuando la Reina de Saba se va, se derraman lágrimas. Y es el '*Camino de las Lágrimas*'...”.

El profesor Jung se levantó esa vez de su asiento y fue a tomar un libro de su biblioteca.

(Para no repetirme, estoy concentrando aquí las esencias de más de una conversación con el gran Doctor).

Y me mostró, con sus viejas manos, los dibujos, mandalas y símbolos allí impresos.

“—Fueron hechos por mí y por una mujer con la que colaboramos en un proceso de *Individuación*...”.

“—¿Dónde está ella ahora, Doctor?”.

“—¡Ah! Murió, hace años. Yo soy muy viejo, soy un sobreviviente...”.

“—¿Existe una posibilidad de vida *post mortem*? ¿Qué piensa usted?”.

Era mi eterna pregunta, especialmente tras la muerte de Irene. También se la hice a Hermann Hesse. A él y a su mujer les extrañó mi pregunta y, según me lo declarara ella después, no me entendieron. En cambio, el Profesor Jung no sólo me entendió, además mostró similar inquietud y angustia, me atrevería a decir.

“—*Si la mente es capaz de funcionar al margen del espacio y del tiempo, entonces es incorruptible, imperecedera*...”.

en los comienzos, cuando reprodujo a *Isis* (en las “*Virgenes Negras*”, *nigredo*), siendo el niño en las rodillas, no el hijo de *Ella*, sino de *Él*, el “*Hijo del Hombre*”; o sea, el *Kristos*, que la *A-Mada*, la *Soror*, logró hacer nacer en el hombre, transmutándolo en *Hombre-Dios*, en Superhombre. Pero esta verdad esotérica no fue desarrollada ni vivenciada en el Cristianismo (con “c”). La Iglesia de Roma destruyó el misterio sacro y la función redentora y mágica del Eterno Femenino, de la Mujer-Absoluta, como fecundadora del Padre, del Hombre, que en lo profundo de su alma dará a luz a *Kristos*, el “*Hijo del Hombre*”. Al destruir en el siglo XIII una gran posibilidad de salvación y transmutación individual, del Superhombre, del *Hombre-Dios*, de una Iniciación-Aria, ha cumplido con la labor de Satanás y del Demiurgo.

La mente, pienso, pero ¿y “yo”, lo individual? La Mente es *ÉL*. Sé que está allí, *allá*, que estuvo, que estará; pero... ¿”yo”? ¿E Irene? ¿Seguiremos existiendo en algún lado, así sea al margen del espacio y del tiempo, después de haber partido de la tierra? (*Passed away?*).

Hermann Hesse me declaró: “Morir es ir al Inconsciente Colectivo, de Jung y, desde ahí, volver a la forma, a las formas...”.

Dijo “ir” y “volver”. ¿”Quién” se va y “quién” vuelve? ¿Acaso “yo”, el “yo”? Nietzsche pensó en el Eterno Retorno de lo Mismo. Es decir, volvemos, volvimos, volveremos, mecánicamente; porque el tiempo es infinito y la energía limitada.

Pero nada de esto tiene que ver con la formulación de Jung y la mía. Con nuestra parecida angustia.

Sí; porque ¿dónde se fue esa mujer con la que él intentó la individuación tántrica? ¿E Irene? En el “*Camino de las Lágrimas*”...

Cuando le remití mi trabajo sobre “*La Crucifixión del Yo*”, me referí en la carta que lo acompañaba a la creencia hindú en *Maya*, donde todo era ilusión; la misma vida, la misma muerte. Y él me respondió que también la pregunta sobre la *Ilusión* sería ilusoria. “Si un hombre perdía su dinero, nadie lo iba a convencer que esto era una ilusión”. Había un límite para el autoengaño. San Agustín decía: “Y puesto que soy yo quien me engaño, ¿cómo puedo engañarme de que existo cuando es cierto que existo si me engaño?” Pero la fuente primera, la *pamater* de todas las manifestaciones existenciales, de toda filosofía, religión, sabiduría y fenómenos diferenciados, era el Inconsciente. Allí residía todo, allí se *sabía*, se *pre-cognocía*.

No puedo dejar de recordar que fue Nietzsche quien primero se refirió al Inconsciente, cuando afirmó que dentro de él mismo había alguien que sabía más que él. A su vez acuñó el término alemán *Selbst* para nombrar a ese *Ser* misterioso que *sabía*. El *Sí-Mismo* de Jung y de su “*Psicología de las Profundidades*”. *ÉL*, de estas “*Memorias*”.

Sin embargo, a pesar de que Jung revistió su Inconsciente con virtudes casi teologales, o lo acercó al *Tao* legendario, no aspiró a fundirse con *ÉL*. Y su proceso de *Individuación* se encaminó a una diferenciación y afirmación del *yo*, por oposición al *Selbst*, o *Atman* hindú. Los caminos para lograrlo los encontraba en la Alquimia, más que en el psicoanálisis; en la Alquimia-Tántrica. Y aquí es

fundamental la *imaginatio* y el *corpus sutil*. Pero él no llegó a tanto. Se me ocurre que algo lo interrumpió, una situación misteriosa que lo bloqueó, algo tal vez en la herencia protestante, o en el hecho de haber sido masón. Esto le impidió alcanzar a descubrir el Hitlerismo Esotérico. Y su odio irrefrenable a Heidegger lo delata. Nunca hablamos de esto, por una suerte de Destino; o bien, porque yo aún no estaba preparado para exponérselo sin reticencia. Aunque lo intenté, en mi última entrevista, en nuestra despedida mágica y ceremonial, cuando él me recibió vestido con una túnica bordada en oro, que se me antojó un hábito taoísta de la antigua China. Colgando en el muro, sobre su sillón, pendía un gran lienzo con la figura de Siva sobre la cima del Monte Kailás. Mirándome fijo a los ojos, me dijo:

“—Sólo los poetas me entenderán...”.

Y él sabía que yo lo era.

Entonces, me atreví a consultarle sobre el *corpus sutil* y mis “desprendimientos astrales”, con el “*Lingasarira*” tántrico. Pero su respuesta impidió que yo continuara revelándole mi extraordinaria experiencia de la Antártica, y puso así un límite entre ambos. “Hasta aquí puedo llegar”, me dije. Y no avancé para tratar de descubrir, de saber, si con la *imaginatio* y el *corpus sutil* podríamos resucitar a Irene-*Allouine*, yo, y él a la que fuera su *soror* mística.

Aún pienso que sólo así será posible alcanzar la verdadera *Individuación* y el androginato, aportándole, con la *imaginatio*, el Rostro *sutil* de la A-Mada a mi *ÉLy* al *Selbst*, “iluminando la oscuridad del Creador” y perpetuando el “yo” en un *Yo Absoluto* (al margen del espacio y del tiempo). “Un sueño no soñado ni por los más grandes utopistas”, como escribiera Nietzsche. La superación del Eterno Retorno; la trasposición “a un mundo regido por otras leyes que las de la mecánica, o por ninguna ley”.

Y yo sé que, desde este punto, en el límite mismo (cuando Nietzsche se volvió loco), desde ahí partieron los iniciados del Hitlerismo Esotérico, en su suprema aventura de la transmutación del *Yo Absoluto*, en la mutación del Superhombre.

Y nadie como Jung estuvo preparado para comprenderlo, si hubiese tenido el valor de pasar por sobre su propio “psicologismo”, del bagaje adquirido en el freudismo y de su psicoanálisis; pero lo derrotó también la Guerra y no supo sobreponerse ni mantenerse de pie hasta el final, como Heidegger. Y creo que su odio irrefrenable hacia el gran filósofo alemán, que me manifestara en esa

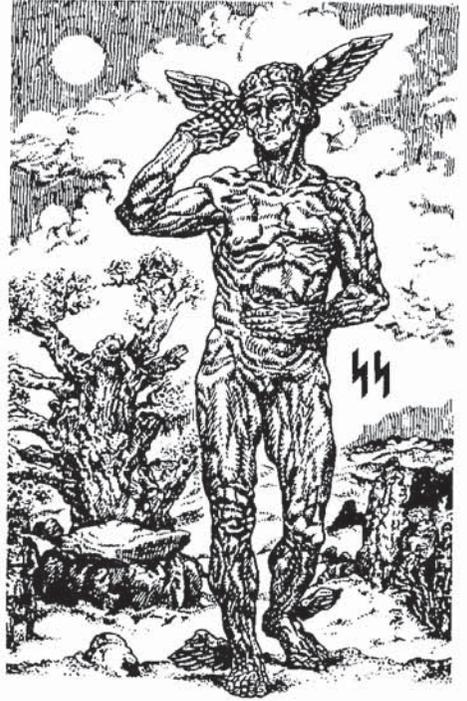
última entrevista, se debía precisamente a la conciencia de no haber sido capaz de emular su ejemplo. Porque Jung se desdijo de todas sus posiciones durante y antes de la Gran Guerra.

A todo esto ya me he referido en profundidad en mi libro *"Manú. Por el Hombre que Vendrá"*. ¡Qué lástima, qué gran lástima! Si Jung hubiese actuado de otro modo, tal vez no habría sido hoy tan famoso, sucediéndole como a Ezra Pound, como a Knut Hamsun, a Drieu La Rochelle y muchos otros; pero allí donde no alcanzan las voces ni las miradas físicas, ni las glorias de los hombres, más allá del *"Quinto Cielo"* de los cátaros, aún estaría resonando y para siempre una campana de puro oro alquímico, imperecedero. Y repetiría por toda la eternidad su nombre y el de su *ELLA*.

* * *

Se ha publicado recientemente en los Estados Unidos, por *Randon House* y en Inglaterra, por *McMillan*, un libro sobre Jung, de Richard Nolle: *"El Cristo Ario. La Vida Secreta de Carl Gustav Jung"*. Es ésta la continuación de *"El Culto de Jung"*, del mismo autor. Se dan a conocer algunos documentos, intentando probar que Jung pretendió recrear una suerte de religión aria, llegando a encarnar en sí la persona de un Kristo Ario, habiendo manifestado simpatías por el Nazismo. Nicholas Goodrick-Clarke, autor de *"Las Raíces Secretas del Nacional Socialismo"* y de *"Savitri Devi, Sacerdotisa de Hitler"*, comenta la obra de Noll en varios artículos en Inglaterra, afirmando que se presenta a Jung bajo un prisma unilateral. En el libro de Noll se citan declaraciones poco conocidas de Jung, con su opinión sobre los judíos. Los consideraba diferentes a los arios y aconsejaba que se vistieran de un modo distinto *"para no confundirlos con nosotros; porque son diferentes en las esencias"*. También aconseja a los junguianos, que asistían a las reuniones en la *"Escuela de la Sabiduría"*, del Conde de Keyserling, no dejarse influir con las prácticas del yoga; *"porque el yoga es ajeno a la tradición aria"*.

En cuanto a la idea del Cristo Ario (*Kristos*), lo único que yo recuerdo es la declaración de Jung de que el *Self* (en inglés ahora) era lo que Cristo (*Kristos*) fue para el Occidente. Un símbolo de la *Totalidad*. Además era *"un Círculo, cuya circunferencia está en todas partes y su centro en ninguna..."* Y, en este sentido, si Jung



Sieg Heil!



Hitler haciendo el "Vara-Mudra".

alcanzó a conectarse conscientemente con su *Self*, entonces realmente fue *Kristos*.

Poco antes de su muerte tuvo un sueño: Vio una enorme Piedra (*Lapis*) redonda. Era una versión de la totalidad. La Totalidad del *Self*. El "Disco Volante", la *Hostia*, el *unus mundis*, el *Hombre-Total*, el *Yo Absoluto*.

"-Si he llegado a ese punto, nada más podré lograr y nada ganaré con destruir mi tesoro. Porque, guardándolo, preservándolo, ayudaré a iluminar la oscuridad del Creador...".

¡Sí! C. G. Jung era más profundo y misterioso a como se le hace aparecer en el libro "*El Cristo Ario*". Sus concepciones alcanzaron zonas no tocadas por otros humanos, salvo Platón, o Meister Eckard. Su versión de Hitler es estremecedora y está expuesta en un libro casi desconocido hoy (por explicable razón): "*Jung's Speakings*", del profesor McQuire, y editado por *Princeton University Press*, con dos capítulos reproducidos de mi "*Círculo Hermético*". Nada de esa profundidad se alcanza en el libro de Noll.

Encerrado en su claustro de *Küsnacht* y en su torre alquimista de Bollingen, Jung vivió sus últimos tiempos, acompañado sólo de dos mujeres (o de tres), sacerdotisas fieles (a lo menos dos lo fueron), más su hija. Miss Beiley era su Mira-Ben, una sacerdotisa del culto, en *Küsnacht*. La cuarta mujer ya sólo estaba en su *imaginatio* (y era "*la que pensaba por las otras*").

Ahí, vestido con su manto ceremonial, de antiguo *Sacerdote de la Flor de Oro*, me mostró su anillo gnóstico con la Serpiente *Ofita*, transformada por él en el *Kristos* de la Atlántida.

Y al abandonar ese recinto y verle por última vez, sus ojos desprendieron una luz intensa y penetrante, su imagen se agigantó, casi hasta conectarse con la de Siva sobre el Monte Kailás. Y esbozó una sonrisa, al mismo tiempo que hizo un gesto ritual con una de sus manos: El *Vara-Mudra*. El que destruye el Miedo y concede la Gracia.

Era la despedida por la Eternidad. En el *Eterno Retorno*.

CON ARNOLD TOYNBEE

A mi regreso a Nueva Delhi, me encontré con una carta de Jung, refiriéndose a mi libro "*Las Visitas de la Reina de Saba*". En pocas palabras lo condensaba todo, llegando al fondo del asunto. Coincidió esto con la venida a India del historiador inglés, Arnold

Toynbee. En Chile, su obra era divulgada y yo había leído su “*Estudio de la Historia*”, que intentaba contraponer a la “*Decadencia de Occidente*”, de Oswald Spengler, que tanta influencia tuviera en mi generación. Entre otras cosas, Toynbee pretendía ser católico; pero no lo era. En verdad, él fue un agente de la Inteligencia británica, preparado en Oxford, como muchos otros. En la Segunda Guerra Mundial trabajó en el contraespionaje y en el “combate psicológico”. Tal vez por esto su gran interés por Jung. Junto con Aldous Huxley, Alan Wats, Arthur Koestler, Timothy Leary y John Lily fueron los encargados de la Gran Conspiración de la postguerra para liquidar a dos o más generaciones de la juventud anglosajona y, a través e ella, la del mundo. Cada uno cumpliría su papel a la perfección, llegando hasta la propagación de la droga. Un centro importante, en los años setenta, se hallaba en el Chile de Allende, con el “grupo esotérico” de Ichazo y Naranjo, en Arica, visitado por Lily, el manipulador cerebral al servicio del Pentágono, bajo la apariencia de un “estudioso del lenguaje de los delfines”.

Toynbee era un propagador del “Mundo Feliz” de Huxley. En sus conferencias en India habló en contra de la sociedad rural, manifestándose partidario de extender las ciudades a los campos, de modo de que toda la Nación no fuera más que una gran ciudad; el mundo entero globalizado, sin más países, ni campos. Fue así un avanzado al servicio del *Gran Plan*, ya a punto de cumplirse con la electrónica, la cibernética y la realidad virtual del presente, donde hasta la ecología será virtual, marcando el final irreversible del Estado-Nación. Y del mismo hombre, que pasará a ser un átomo más dentro de un “universo virtual”, en una “jerarquía imaginada”, donde el árbol tendrá preeminencia, junto con el pasto. Y aquí, tal vez, se encuentre la verdadera razón del interés repentino que despierta entre los “conspiradores” o “hacedores del futuro virtual”, una “sacerdotisa del hitlerismo”, como Savitri Devi, la que en su cosmología (que no era la Hitleriana) dio preferencia al animal y al árbol sobre el hombre. Cuánto lamento no haber alcanzado a conversar con ella para haberla convencido de lo contrario, pudiendo darle a conocer mis libros sobre el Hitlerismo Esotérico. Nuestra correspondencia se interrumpió con su muerte repentina en Inglaterra, cuando se dirigía a dar charlas en los Estados Unidos.

Con Huxley, como lo he contado, conversé en la India; también con Koestler; con Alan Wats y John Lily, en Nueva York, y con Timothy Leary, en Montagnola. Espero poder referirme de nuevo a ellos. En un momento, tal vez llegaron a pensar que yo era uno de los suyos, como Castañeda, o que me podrían utilizar, como a Hermann Hesse. Sólo sobreviven a la fecha Leary y Lily. No sé si aún me recuerden. Pero yo sí sé quiénes fueron ellos.

* * *

Invité a Toynbee a comer a mi casa y tuvimos una larga e interesante conversación. Poseía todo el encanto del inglés culto y refinado, del oxfordiano. Me dedicó su libro sobre Grecia: "*Hellenism. The History of Civilization*". Escribió: "*With happy recollections of 23 February, 1960*".

Venía de Zürich, donde había participado en las celebraciones del cumpleaños de Jung, hablando por radio. Le pregunté si había conversado con él; pero no le conocía y no había intentado una entrevista. Me consultó a mí sobre la concepción junguiana del arquetipo, pues él no llegaba a comprenderla. Conociendo que no era el Arquetipo platónico, le parecía entender que Jung pretendía explicarlo como la concreción de la experiencia humana de la especie y de determinados eventos de su historia colectiva o individual. Algo así como el revestimiento de los instintos. Por lo menos, de este modo pensaba la doctora Yolanda Jacobi, quien también se refería a los *shakras* como a "centros de energía", mientras Jung me los describió como "centros de conciencia". La distancia entre ambos se había acrecentado, de tal modo que él no la recibía y ella me consultaba a mí sobre lo que Jung pensaba sobre el final de Piscis y el comienzo de la Era de Acuario, por ejemplo.

Toynbee me confesó que había sido la concepción del Arquetipo de Jung la que lo llevó a concebir su teoría del comienzo repentino de la civilización: "Hace seis mil años, cuando un jefe de tribu tuvo un sueño, o una visión *arquetípica*, del Inconsciente Colectivo, siendo poseído por ella y transformándose en profeta y guía de su pueblo... Allí comienza la civilización", afirmaba.

Mostré a Toynbee la carta del Profesor Jung y le consulté sobre mi intención de solicitársela como prólogo a mi libro de "*Las Visitas de la Reina de Saba*". El reaccionó de inmediato de forma

negativa, de un modo muy británico, diría. Era de Oxford, además de *londoner* (londinense), como se definía. Casi se espantó de que yo fuera a cometer tal impertinencia.

Si tenía alguna duda –y por esto le consulté–, ahora su reacción me bastó para decidirme. Y le escribí al Doctor Jung solicitándole el prólogo.

Su respuesta me llegó en una semana, como si hubiese estado esperando mi pedido. No sólo me autorizaba, sino que “era un honor”, me agregaba.

Nadie parece haberse dado cuenta de lo que esto ha significado en la historia espiritual del siglo XX. Yo sí, y siempre. “Esa Montaña”, como definiera Hermann Hesse a Carl Gustav Jung, ese genio, ese sabio, en su larga vida no había entregado hasta entonces un prólogo a nadie para una obra puramente poética o literaria y solamente para textos tradicionales, o legendarios, como “*El Secreto de la Flor de Oro*”, de Wilhelm, el “*I-Ching*”, y “*El Libro de los Muertos*” del Tibet. Ahora, por primera y última vez, prologaba una obra de un escritor desconocido, venido de un lejano país. Esto no era casual, ni fruto de un impulso de un sabio. Ni siquiera pienso que Jung desconocía mi hitlerismo de esos tiempos. No, aunque jamás tocamos ese tema, allí donde nuestros Inconscientes se tocaron (en el profundo mar del Inconsciente Colectivo), él lo sabía todo, y desde siempre, desde antes de nuestro *reencuentro*. Y lo aprobaba. Siendo por esto precisamente que él quiso honrarme y respaldarme con su prólogo, con su *aportación*. También por ello me recibió en su “Templo” y habló conmigo como con nadie lo había hecho, cuando “ya no recibía a nadie”.

Y nuestra despedida fue como la de dos ‘Dignatarios’ de unas *Ordenes Sacras*, que se habían “visitado” y transmitido un mensaje, aun indescifrable, pero que nos afirmaba y confirmaba en el Gran Combate Cósmico que veníamos librando por los siglos. En ese mar de soledades... ¡*Namasté!*

ADIÓS A NEHRU

Amanecer del sábado 9 de junio de 1962, en Nueva Delhi. Aún no vestido del todo salgo a la terraza de mi dormitorio y comienzo con mis ejercicios de respiración. Veo venir a mi secretario con un papel en la mano. Debe ser algo importante para que se aparezca aquí tan temprano.

Trae un telegrama. Lo abro:

“El profesor Jung murió hoy, apaciblemente”.

Firmaban Beiley y Jaffé.

“¡Ya lo sabía!”, exclamo.— “Comuníqueme con el Primer Ministro Nehru”.

“—No está, señor. Hoy parte de vacaciones al Valle de Kulu, al ‘Valle de los Dioses’, tal vez pueda encontrarle en el aeropuerto”.

Me visto rápidamente y voy en mi automóvil. Alcanzo a llegar justo cuando el Primer Ministro se dirige a la escalera del avión. Me dejan pasar, y lo alcanzo justo antes de que suba.

Hay una fotografía que ha captado ese instante único en que le comunico a Jawaharlal Nehru la muerte de Carl Gustav Jung. Se ha publicado también en el tomo II de estas “*Memorias*”. La repito aquí.

Nehru leía y admiraba a Jung¹⁵. Como en ese momento no podría hacer nada personalmente, me pidió que fuera al Ministerio de Relaciones Exteriores y, de parte suya, hablara con el Secretario General, señor Desai, para pedirle que enviara un telegrama de condolencia a nombre del Primer Ministro de la India a la familia de Jung en Suiza, a la dirección que yo le indicara.

Así lo hice, y mi amigo Desai no dudó ni un instante en recibirme y en enviar el telegrama. Tal era la confianza que me dispensaban los gobernantes de la India en esos tiempos.

Partí lo antes posible a Suiza y Miss Beiley me invitó para referirme los últimos momentos de Jung, manifestando su sorpresa y agradecimiento de la familia por las condolencias de Nehru. Fue ahí cuando me contó del último sueño de Jung con la piedra circular, símbolo de la totalidad. Además, al momento de su muerte, se desató una tormenta poco común en esa época del año: un rayo cayó justo sobre el árbol bajo el cual Jung se sentaba a contemplar el lago. La cicatriz en la corteza aún debe perdurar. “Sincronismo”, me dijo Miss Beiley, “la Naturaleza también se ha manifestado”.

15. Le hice llegar el original de la trascendental carta que Jung me enviara, con su “testamento ideológico”, y, después de leerla, me la devolvió con una carta de agradecimiento por haber “querido compartir con él ese documento”.



9 de junio de 1961. En el momento que comunico a Nehru la muerte del profesor Carl Gustav Jung, en el aeropuerto "Palam", en Nueva Delhi.

Ella se lamentaba de no haber podido conversar más con Jung en sus últimos tiempos. También tuvo pocas ocasiones. ¿Qué habrá sido de esa gran mujer? Como Mira-Ben, se volvió a Inglaterra. Ambas eran hijas de

altos oficiales de la Marina británica. Al morir sus guías y maestros, quedaron perdidas, desamparadas, en un mundo cada vez más gris y sin motivaciones, donde los grandes seres ya se fueron.

* * *

La imagen de Nehru se me presenta en la memoria, después de casi cuarenta años, siempre grácil, límpida y ágil, pasando revista a las tropas en el "Fuerte Rojo", al compás de una suerte de *vals* alegre y nostálgico, bajo el sol brillante de la India: "Tara-tatá-ta-tatá-tá...". O bien, recibiendo a dignatarios extranjeros en el aeropuerto de Nueva Delhi, cuando los diplomáticos acreditados en el país debíamos hacer filas para saludarlos. De esas ceremonias recuerdo una muy especial: la llegada de McMillan, Primer Ministro inglés, y la extrañísima impresión que tuve al verle saludar al Embajador chino. Junto con darle la mano, todo su cuerpo desprendió una sustancia espesa, como adrenalina. Y era de miedo. Entonces comprendí que los ingleses son como animales políticos instintivos, que experimentan físicamente el poder, ya sea el propio o el ajeno. Inglaterra sentía que el *poder* pasaba a

China y tenía miedo. Esto lo recuerdo hoy más que nunca, conociendo lo que son los chinos, todo ese universo que se nos viene encima.

En India aproveché para hablar con McMillan de la Antártica y también con Eisenhower, pues eran los tiempos de las mayores dificultades para que se reconocieran nuestros derechos. Ambos fueron desagradables y prepotentes, faltos de inteligencia y sensibilidad. Animales instintivos, como decíamos, que sólo respetaban el poder *que alguien había puesto en sus manos*. A Eisenhower, el control ya se le había escapado totalmente, pasando a los *extraterrestres* y a Rockefeller, con quienes entró en un pacto suicida. Poco antes, Eisenhower había destruido físicamente los restos de Alemania.

* * *

Sobre India hay algo que muy pocos conocen y casi nadie ha tratado. Es, sin embargo, el secreto más guardado de su milenaria historia, especialmente en los años que siguen a su independencia: los *Beni-Israel*. Todo lo acontecido a la familia Nehru es incomprendible si no se analiza desde ahí.

Voy a reproducir a continuación el “Anexo” final de mi libro “*Manú. Por el Hombre que Vendrá*”, donde he tratado este desconocido tema. Sé que al reproducir *in extenso* el siguiente estudio fundamental estoy comentando un error desde el punto de vista formal. Aunque dentro del estilo de estas “*Memorias*” *sui generis*, desde el comienzo he estado interrumpiendo su relato, para irme por atajos y desvíos, retornando una y otra vez al cauce primordial. Es el caso presente, al insertar aquí algo ya publicado, pero en un contexto distinto y que pudo pasar desapercibido, al no referirse tan específicamente como ahora a la historia de una porción determinada de la tierra —la India— y a los hombres que la habitan por milenios. La luz que así se proyecta sobre toda la humanidad y sucesos tan trascendentales de su acontecer legendario, justifican cualquier error de estilo, desvío o interrupción. Por ello no pido perdón al lector de este Volumen, pues, presuponiendo su inteligencia, sé que va a salir enriquecido y... espantado.

(En el Cuarto y último Volumen me referiré a la América precolombina, en relación con el mismo tema).

Por primera vez el velo del gran secreto habrá sido descorrido. Y la destrucción de Nehru, con el asesinato de su hija Indira y el de su nieto, Rajib, descubren su verdadero significado.

LOS "BENI-ISRAEL"

"Según el profesor Wirth, los judíos eran una tribu de esclavos en la lejanísima civilización del Gobi, que emigra con los hiperbóreos, al ser destruida esa gran civilización post-hiperbórea (a esta catástrofe se referiría la leyenda simbólica de la Estatua de Sal y la mujer de Lot). Son como los gitanos. Sus características más notorias ya se manifiestan mucho más allá de tres mil años antes de la era cristiana. Por ello su expulsión y persecución son milenarias, no de hoy, ni un asunto único de los nazis hitleristas, como se nos quiere hacer creer. En todas partes fueron recibidos sin resistencia, se les abrieron las puertas y, una vez entronizados en la economía y la política, se hicieron indeseables, debiendo ser expulsados por defensa propia y por instinto de preservación de la comunidad.

"En India visité los 'barrios judíos' de Travancore Cochin, donde viven los 'judíos negros' y los 'judíos blancos'. Los primeros afirmaban haber llegado allí en tiempos de la 'Diáspora', tras la destrucción del Templo de Jerusalén. Los segundos dicen proceder de Irak, de Irán, de Holanda y de España. Se odian mutuamente.

"Los que entraron a la India, hace más de dieciocho siglos, son los Beni-Israel. La sociedad de castas de India podía haberles hecho impenetrable ese mundo; pero ellos usaron su estrategia histórica, ya en esos tiempos, la misma que practicara en Persia la judía Esther: el dinero, el soborno, el sexo, la intriga. Lograron infiltrarse en las castas brahmánicas, principescas y de comerciantes. Los Emperadores mongoles tenían esposas judías. Esto puede leerse en los escritos de Haam Samuel Kehimker, historiador de los judíos de India. Por medio de enlaces mixtos se propagan por el enorme territorio del subcontinente. Llegaron a llamarse la 'cuarta', o quinta casta. Del mismo modo a como Arthur Koestler denomina decimotercera tribu a los kazares de las estepas, entre el Cáucaso y el Volga, que desde el siglo V y el XII constituyeron un poderoso imperio en esas regiones. Su apogeo se cumplió entre el siglo VII y el X. Luego desaparecen, sin dejar huellas.

“Se desconoce el verdadero origen de los kazares. Podrían hasta haber sido una tribu goda, ya mezclada con tártaros, en la emigración de la destruida civilización aria del Gobi. Son nómades. Su terrible sentido de la independencia es el que lleva a sus reyes y primeros ministros (tienen un gobierno dual, una pareja de ‘reyes gemelos’, por así decir; un signo hiperbóreo) a adoptar el judaísmo. Y lo pensaron mucho antes de decidirse a dejar sus cultos paganos. El mahometanismo les habría hecho depender del Califato de Bagdad y el cristianismo, del Emperador de Bizancio. El judaísmo, por el contrario, carecía de un centro visible de poder. Por esto lo prefirieron.

“Los kazares tenían el pelo rubio, o rojo. Como los mongoles y turcos afirmaban descender de la muy antigua dinastía de los Asena, posiblemente sus Kagan, o Gobernantes. Una suerte de dinastía del desierto; tal vez fueron Asen. Sus grandes luchas son con los vikingos, a los que llaman Rhus (del sueco Rodher, remero). Los vikingos, los Rhus, mezclados con eslavos, dan origen al pueblo ruso. De ahí que los alemanes, en su avance por las estepas, encontraran tanta gente de pelo rubio y ojos azules.

“Ahora bien, el único, el más grande ‘Imperio Judío’ del mundo, durante la Edad Media, en tiempos de Carlomagno, no es judío. Sólo por conveniencias ha adoptado su ‘religión’¹⁶, su nomocracia, su Ley. Pero ahí no hay ‘antisangre’, todo lo contrario. Y tal vez sea ésta la razón por la cual la Tribu Kasar desaparece de la faz de la historia, sin dejar huellas, como cualquier otro pueblo mestizo del mundo, sin poder escapar a la ley de la entropía, ‘milagro’ que únicamente rige para el Golem. Es la prueba más decisiva de que el judaísmo no es cuestión de fe, de religión, de conversión, sino un asunto genético, de una ideovariación automatizada. Es un ‘continuo-impuro’, en una ‘antisangre’.

“Los kazares seguirán circuncidándose, etcétera; pero desaparecen, fundidos en los que pasarán a ser los húngaros, los búlgaros, los turcos, los rusos, los rumanos. Lo que significaría que los judíos de estos países no lo son, según se deduce de

16. *“El truco de los judíos fue introducirse fraudulentamente entre las religiones con una confesión como el judaísmo, que en realidad no es religión. El judío vistió sencillamente de religión su doctrina y discriminación racial”. Adolf Hitler.*

Koestler, o de lo que él quiso para sí mismo. En conclusión objetiva, digamos que es posible que así lo sea, aun cuando demasiados kazares se habrán mezclado a fondo con judíos de verdad.

* * *

“En India son los Beni-Israel los que abren las puertas a la colonización británica y a la ‘Compañía de Indias’, controlada por sus hermanos de antirraza, que ya se habían apoderado de la dirección del Imperio Inglés, con Disraeli, para convertirlo en ‘imperialismo’, destruyendo toda posibilidad de Imperium.

“Es Kehimker quien nos explica la razón de la hostilidad entre los ‘judíos negros’ y ‘blancos’, pues los Beni-Israel establecen ‘Dos Círculos’, uno para los judíos de un ‘continuo impuro-más-impuro’, los no mezclados, los descendientes directos de judíos, y otro para los mestizos. Esta ‘discriminación racial’ se basa en el hecho de que, según el Talmud, el mundo está dividido en dos sectores, uno conteniendo al pueblo judío y el otro a las ‘bestias gentiles’ y los mezclados con estas ‘bestias’. El mundo deberá ser gobernado por el ‘Pueblo de Dios’, por los ‘judíos puros’, propietarios de sus riquezas y de las bestias esclavas, ya sea en el comunismo o en el capitalismo, y hasta más allá de la desaparición de estos sistemas, en los Tiempos Mesianicos.

“La penetración ha sido muy hábil, insensible y casi invisible. Conocí en India una bella judía, de nombre Raquel; era muy dulce, suavizada por los siglos, vestía sari y en nada se diferenciaba de una hindú. Su padre era oficial del Ejército (como ese Comandante en Jefe, de apellido Abraham, de la última guerra con Pakistán). De pronto, se casó con un hindú de Bengala. Así, pudo cambiar su apellido y su nombre por otros indios. ¿Quién podría ahora saber quien era ella? Recuerdo que odiaba a los animales, en especial a los perros; a mi perrita del Tibet, regalo del Dalai Lama. Se separó apenas casada, como si sólo lo hubiera hecho para obtener legalmente otro nombre, con el que continuaría después de divorciada... ¡Raquel, mujer de esa India milenaria!, ¡fuiste tú también una víctima del robotismo de tus genes, u obedeciste órdenes precisas de ese Sanhedrín invisible y siniestro, que no perdona, instrucciones destinadas al cumplimiento de una misión terrible y cruel, que no tendría piedad de tu especie mezclada, de tu alma mitad talmúdica, mitad gentil? Conmigo

fuiste leal, lo creo. Y yo también lo soy al exponer tu tragedia, que es la misma de Paul Rée, el amigo de Lou Salomé y de tantos otros. También de todos aquellos 'adeptos de la Puerta', a quienes no les está permitido cruzar el umbral del Templo, ni conocer sus más íntimos secretos. (Aquí fueron incluidos todos los kazares, sin que ellos lo supieran). La interpretación rabínica del Talmud y de la Biblia hace que quienes descienden sólo en parte de Judá y en parte de las 'bestias gentiles', se encuentren en el 'Círculo Periférico', integrado por 'comunidades israelitas', con el ceremonial de la Sinagoga y la disciplina del Kahal, pero siempre controlados por el 'Círculo Interno', que pretenden ser de 'sangre pura'. Los del 'Círculo Exterior' serán sólo en parte herederos de las disposiciones de Jehová para el dominio del mundo y de sus bienes, incluyendo la dotación de esclavos goim. El dominio absoluto se reserva a los del 'Círculo Interior'. Todo lo cual es ignorado por los mezclados, o por los conversos, pues el 'Círculo Interno' es secretísimo y sus planes son desconocidos por la comunidad dispersa y mixta. Si llegan a sospecharlo, les sucederá lo que a Paul Rée y al mismo Koestler, o como a ese personaje de la novela 'El Golem', de Gustav Meyrink, que se corta las venas sobre la tumba de su padre y se desangra.

"Kehemker nos revela que los 'judíos puros', del 'continuo impuro', no se casan con los mestizos de 'animales gentiles'. Son, por lo general, los rabinos de rasgos de sheidim, con fenotipos animaloides y de palidez exangüe.

"Todos ellos, mezclados o no, se hallan controlados de un modo totalitario, política, religiosa y económicamente, tanto en el comunismo como en el capitalismo. Sin que ellos lo sepan, los controlan los Cohanim, los levitas, los descendientes de los más antiguos sacerdotes del Círculo Interno. Por ejemplo, si se considera que uno posee condiciones para la música, se le ordenará entrar en el ambiente de ese arte y se le promoverá hasta el máximo, valiéndose de los agentes y críticos suyos y de los a sueldo; pero siempre con la condición de que use ese arte a favor de Israel y que una parte muy importante de sus ganancias vaya destinada a la Sinagoga y al fondo de la causa. Lo mismo, y más aún, será con los publicistas de la televisión, que ellos hacen famosos, usando de todo su poder. Serán sólo millonarios a medias, pues más de la mitad de sus ganancias pertenece a Israel. Y, ¡ay si no lo hicieren! Serían destronados en cuestión de horas.

“De uno u otro modo, el judío nunca será libre de un control, directo o remoto, por medio de esa ‘biología telepática’, por esa ‘psicotrónica genética’, ‘cibernética’, para usar términos del fetichismo actual.

“El centro de poder de los Beni-Israel se encuentra en Bombay, donde han penetrado en la comunidad parsi; o sea, de los descendientes de los antiguos persas, de la religión de Zaratustra. Son ellos también quienes han controlado todos los movimientos comunistas y socialistas de la India.

“Sobre el arribo de los judíos a la costa Malabar, en India, existirían documentos que nos permiten concluir que fue poco después de la destrucción del Templo por los romanos de Tito. Era en esta costa, la legendaria Ofhir, donde los marineros encontraban el marfil, el sándalo y otras maderas preciosas para la construcción del Templo de Salomón. Allí emigraron, por los años setenta de la era actual. Fueron acogidos con la proverbial hospitalidad de los pueblos sanos y recibidos por el Emperador, quien les concedió tierras en Thiruvanchikulam y en Parur, donde construyeron sus casas y sinagogas. Trescientos años más tarde, el Emperador Cheraman Perumal elevó al jefe de la comunidad judía, Joseph Rabban, al rango de la nobleza del reino, confiriéndole el título de Srinandan-Moplah (otro tanto han hecho las realezas europeas, haciendo barones, condes y lores a los Rothschild y a otros). Los judíos fueron llamados Anjuvarnar, que, traducido, vendría a significar ‘Quinta Casta’, aparte de las Cuatro Castas del hinduismo. Así, habrían logrado lo que deseaban, siendo incorporados al país, al mismo tiempo que se quedaban fuera: ‘Un Estado dentro del Estado’. Joseph Rabban y sus sucesores obtuvieron plenos poderes sobre la comunidad judía y variados y especiales privilegios de nobleza. Todo esto lo habrían logrado con el dinero, como siempre.

“De acuerdo con la costumbre de esos tiempos, las órdenes y disposiciones del Emperador Cheraman Perumal fueron grabadas en una placa de cobre y escritas en ‘Vattezhuthu’, la antigua escritura popular en las regiones al sur de Tanjore. La placa de cobre lleva la firma de Cheraman Perumal, Eravy Varma y de varios testigos, entre los que se incluye a los Rajaes de Travancore, Thekkumcore, Vadakkamcore, Narengoot y Quilon, el Zamorín de Calicut y el Paliatu Achan.

“Los judíos que restan de la comunidad de Parur son ‘negros’, muchos han emigrado más al sur, hacia Cochin. Pero a

este lugar han llegado los llamados 'blancos', desde Irán, Irak, o las Españas, en los siglos XVI y más adelante. Se mantiene una hostilidad entre ellos y habitan barrios separados, con sinagogas aparte. Les he visto personalmente. Los ancestros de los judíos blancos también han llegado desde Italia y Holanda. Los de Parur se casan en día Martes, después de la puesta de sol, y los 'blancos' de Cochin, en día Sábado. Ambas comunidades celebran rigurosamente el Sabbath, el Pentecost, el Passover y el Purim. Los judíos 'negros', de Parur, constituyen el lazo vivo, por diecinueve siglos, con Palestina, al revés de los judíos 'blancos', que no llegaron directamente de ese lugar.

"Ahora bien, lo verdaderamente importante es el caso de los Beni-Israel, que llegaran a las costas de Bombay en un tiempo del que no hay testimonios, extendiéndose e infiltrándose en el resto del subcontinente de la India. Beni-Israel viene a significar 'Hijo de Israel'. Siendo que el término Israel es en verdad un grado de iniciación ('El que luchó con el Ángel'), bien pudiera ser que Beni-Israel haya sido también traspelación de un término ario, del que se han apropiado indebidamente, como de tantos otros. (Ver mi libro 'El Cordón Dorado').

"El hecho que desconozcamos la fecha de llegada de los Beni-Israel en India y que pueda haberse efectuado en tiempos bastante remotos, con anterioridad a la segunda destrucción del Templo por Tito, es debido a que los Beni-Israel de Bombay no celebran la Fiesta de Purim, que se origina en la matanza de Esther, seiscientos años antes de la era cristiana. Esto nos lleva a otras interesantes conclusiones: Los judíos habrían llegado a India con mucha anterioridad, quizás si con la misma invasión de los arios, hace siete mil años. Como esclavos y 'no-razas', en la periferia del Exodo Ario, tras la destrucción de la Gran Civilización del Gobi. Ello nos aporta también otra posible luz en el misterio de la 'conversión' de los Kasar, o Khasares. ¿Eran conversos, en verdad, o había ya judíos genéticos infiltrados entre ellos? Lo cierto es que el judío no busca ni gusta de los conversos al judaísmo. Guarda celosamente para él su Nomocracia, su Ley. Y es por eso que ha deseado hacer desaparecer del conocimiento de la historia a los Kasares y su 'Imperio Judío' de las estepas. Porque el conocimiento de ese acontecimiento espectacular, insólito, podría, además, introducir la sospecha entre los judíos rusos, húngaros, rumanos, checos, etcétera, y de todo el norte y centro de Europa, que ellos no son completamente judíos en la totalidad de

sus genes, no descendiendo del único tronco del que ellos pretenden descender. Y aflojando así los nexos que los unen a la Central Secreta del Sionismo Mundial.

* * *

“Desde India, los judíos habrían pasado a China, en los siglos dos o tres de la era cristiana. Ya Marco Polo los descubrió allí. El historiador de los judíos en China, Alexandre Wyllie, en su obra ‘Investigación sobre la Existencia de los Judíos en China’, se refiere al tema. La penetración es sumamente secreta, de modo tal que se hacen invisibles, inidentificables, ya sea por el color de la piel, o las costumbres externas aparentes. Sin embargo, seguirán practicando sus tradiciones y ritos en la sombra. Los judíos clandestinos chinos han llegado a ser mandarines, magistrados y militares, como en India, siguiendo la misma estrategia de mezclarse con los naturales. Después de este ‘sacrificio necesario’, se seguirán casando sólo entre ellos. De esto también nos habla el historiador S. M. Perlman, en su obra ‘Historia de los Judíos en China’; además, se refiere a los judíos mongoles y tártaros. Aunque aparentemente forman parte del pueblo chino, del mongol o del tártaro, en verdad son representantes de una comunidad extranjera, enquistada en el organismo de otra nación (‘parásitos’). Como en todas partes, seguirán siendo un ‘estado dentro de otro estado’. Los de Tartaria pretenden descender de la tribu de Rubén.

“El nombre que se diera en China a los judíos es Tiao-Kiu-Kiaou, ‘Los que Extraen el Tendón’, referencia a una práctica en la matanza ritual, con esta prescripción bíblica, que seguramente realizaran en las guerras de los tártaros.

“Mas, a China, habrían llegado mucho antes de la era cristiana, por el comercio de la seda, como lo deja ver ‘La Enciclopedia Judaica Castellana’. El comercio del opio y la ‘Guerra del Opio’ en China son efectuados por los Tiao-Kiu-Kiaou, de consuno con el imperialismo judaico británico. A Japón también lo han infiltrado, consiguiendo que su casta militar no atacara a la Rusia bolchevique, comunicando esta decisión a Stalin, para que pudiera retirar tropas de su frontera asiática. Después de la Guerra, el control del Japón ha llevado a esa Nación a transformarse en un centro demoníaco de la esclavitud

'robótica' y 'automatizada' mundial. Un centro de depredación planetaria¹⁷.

"Como hemos dicho, siguiendo el ejemplo de Esther, los judíos infiltran la nobleza de todos los países, al igual que en China y Japón. En Inglaterra la mayoría de los títulos nobiliarios están infectados de su antisangre, hasta la realeza. Igual en España, donde el actual rey es masón, como su padre y, tal vez, judío por algún lado. En China, la familia Song, de judíos Tiao-Kiu-Kiaou, consiguió que una de sus hijas se casara con Sun Yat-Sen, quien derrocó la Monarquía. Otra hermana se desposó con Chiang Kai-Shek, presidente de la China Nacionalista. La viuda de Sun Yat-Sen adhirió a la China Popular de Mao. Ahora son los Tiao-Kiu-Kiaou los que controlan China y pretenderán las reformas políticas, económicas y militares, para 'modernizar al país', dentro de los planes mundialistas del judaísmo mesiánico. Se encuentran en todos lados, pues son también los que ordenaron y cometieron la matanza de la Plaza Tiananmen. Fueron, asimismo, los inventores de los suplicios llamados 'chinos'.

"Hoy, la ley milenaria de la Hagada, que únicamente consideraba judíos a los hijos de madres judías, ha sido reformada, para la apariencia externa de los del 'Círculo Externo', pudiendo considerarse también judíos a los hijos mestizos de padre judío y de madre gentil. Esto se hace en vísperas del cumplimiento de los tiempos bíblicos y talmúdicos, cuando el Mesías se halla ad portas.

"Cuando el Kahal, o consejo regional, autoriza un matrimonio mixto, hacen jurar al consorte judío, bajo amenazas de penas terribles, que sus hijos serán iniciados a la edad de trece años a lo más, en ciertos secretos judíos y que lo introducirán en la comunidad y en el Kahal, de manera absolutamente secreta y sin que el cónyuge no judío pueda llegar a saberlo. Si el padre o la madre judíos no cumplen con la disposición, las otras familias amigas de la pareja, donde existan judíos, tienen la obligación de hacerlo.

"Este terrible asunto, que nos interesa fundamentalmente como quizás el único medio de llegar a explicarnos la traición en Alemania y en toda la raza blanca, tiene dos aspectos que no se pueden separar, debiendo ser tratados en conjunto. Uno, el puramente racial, de 'antisangre', en el más profundo sentido

17. Ver libro "The Japanese and The Jews" de Isaiah Ben-Dasan.

expuesto aquí. Otro, las sociedades secretas, religiosas, filosóficas del judaísmo, sus 'mafias', sus logias masónicas exclusivas y de masonería mixta, incluyendo esa organización siniestra del Mossad, a la que se hace pasar por un servicio de inteligencia y que tiene infiltrados a todos los auténticos servicios de esta clase del mundo, incluyendo los de Chile.

"Estos dos aspectos van estrechamente ligados, ya que ninguna sociedad secreta habría podido perdurar tan largamente en el tiempo histórico y hasta protohistórico si un lazo 'racial' y de 'antisangre' no lo hiciera posible.

"A la orden de las SS., al Hitlerismo, les faltó tiempo para llegar a hacer madurar sus doctrinas y sus alquimias genéticas. Consideraron alemanes a los descendientes de tres abuelos alemanes, con un abuelo judío. Es posible que así lo fuera; pero si ese descendiente pertenece ya a una de las organizaciones secretas del judaísmo, o es masón, como sin lugar a dudas pertenecerá, es un judío para todos los efectos prácticos del combate. Himmler admiró a la Inquisición española; pero no aplicó sus leyes más sabias en toda su extensión. El Tribunal de la 'Santa Inquisición' consideraba que bastaba una sola abuela judía, o una bisabuela, o una tatarabuela, para que el descendiente ya se encontrara adherido a las organizaciones secretas del criptojudaísmo. Así, se miró como sospechoso a todo 'Cristiano Nuevo' que, doscientos o trescientos años, atrás hubiere tenido un solo antepasado judío, no pudiendo comprobarse que no perteneciera a alguna organización secreta. Lo que habrá pasado, por ejemplo, con el padre masón y la bisabuela o tatarabuela judía del actual rey de España, Juan Carlos de Borbón. La misma traición de Franco a Hitler se debería a la influencia del Almirante Canaris, y también a su propia ascendencia 'marrana'. La Inquisición no permitía al descendiente de 'Cristianos Nuevos' la entrada a ninguna Orden Guerrera, ni al Ejército de España o Portugal. También se burlaron estas disposiciones.

"Sin embargo, la Inquisición falló por su concepción global del problema, por su Weltanschauung, dado el origen del cristianismo de Roma, que al final prohibió la Inquisición. Hoy ya vemos a esta Iglesia sacarse totalmente la careta, con dos Papas judíos, Paulo VI y el actual, entregada a cumplir cabalmente los fines últimos del judaísmo mesiánico, con la instauración de su Mesías, de su Amo Planetario, gobernando desde alguna zona 'geomántica' de la tierra, donde se crucen las líneas Ley. Posible-

mente desde el sur patagónico de Chile y Argentina, en proximidad del Polo Antártico, cumpliéndose el Plan Andinia¹⁸.

* * *

“También el Islam ha sido infiltrado y penetrado. Las comunidades criptojudías son muy antiguas. Los Daggatum del Sahara y los Donmeh de Salónica son criptojudíos. Cecil Roth, en su ‘Historia de los Marranos’, a la que ya nos refiriéramos en ‘Adolf Hitler, el Último Avatara’, nos cuenta de ellos. El Movimiento de ‘Los Jóvenes Turcos’, controlado por la masonería, tuvo como misión derrocar la monarquía en Turquía y reemplazarla por los gobiernos judíos, o criptojudíos. Mustafá Kemal Atatürk lo sabía y pudo oponerse a tiempo a la secta secreta de los Donmeh. Turquía fue aliada de Alemania en la Primera Guerra Mundial, y es Rudolf von Sebottendorff quien organiza en Munich la ‘Sociedad de Thule’, a la que pertenecen Rudolf Hess, Alfred Rosenberg y Gottfried Feder, entre otros fundadores del Nacionalsocialismo. Von Sebottendorff tiene un título de origen turco, que puede bien corresponder a un grado iniciático, más que nobiliario. Emigra a Turquía al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, donde moriría en forma por demás extraña, al término de esta Guerra. Fue un conocedor de la Masonería turca y escribió un libro sobre ella.

“El criptojudasismo es hoy un peligro enorme y real en el Islam, desquiciado por dentro. Como se ve en el Corán, el mahometanismo es contrario al judaísmo en sus orígenes. Por esto mismo se lo infiltró, para lograr descomponerlo internamente. Todo lo acontecido hoy en el mundo musulmán tiene su origen en una mano siniestra. El reconocimiento del Estado de Israel por Egipto, los asesinatos de sus líderes y, sobre todo, la guerra suicida entre Irán e Irak. El investigador pakistano Misbahul Islam Faruki, en su obra ‘La Conspiración Judía y el Mundo Musulmán’, nos revela la gravedad de la infiltración¹⁹.

18. Ver el libro “El Plan Andinia, Estrategia Sionista para apoderarse de la Patagonia Chilena y Argentina”.

19. Con esta perspectiva se deberá observar la reanexión de Kuwait por Irak, y todo lo que siga y se produzca en esas zonas. No nos olvidemos, además, del “Protocolo 7”, de “Los Protocolos de los Sabios de Sión” que dice: “Nuestra respuesta la darán los cañones americanos...”.

“Es Moisés Maimónides quien da el gran impulso al criptojudaismo. Nacido en Córdoba, en el siglo XII, defiende la conversión simulada como un medio de salvarse de las persecuciones. Los judíos han estado contra los visigodos en España, luego contra los moros. Como siempre, traicionarán a todos y permanecerán idénticos sólo a sí mismos.

“Así, la guerra y destrucción del Líbano, el conflicto entre Irán e Irak y todo lo que ha acontecido y acontece en esas torturadas regiones es obra de la infiltración en el mundo musulmán. El mismo Ayatola Khomeini fue un prisionero de los ayatolas criptojudíos. El gran Mufti de Jerusalén conocía el peligro mortal que pendía sobre su pueblo y su fe. En la Segunda Guerra Mundial se puso junto a Hitler. Se tendrá que ser un demente o estar infiltrado para debilitar al mundo musulmán con una guerra criminal como la de Irán e Irak, que favoreció únicamente al poder judío. El Sha de Persia era projudío. Fue derrocado por los mismos que él sirviera. Y el enorme ejército que el Sha formó, en manos de Khomeini vino a servir a la destrucción del poderío del mundo musulmán²⁰.

“Fueron los Beni-Israel de India los que actuaron conjuntamente con el imperialismo británico para imponer la dinastía de origen judío del Negus Haile Selassie en Etiopía, que a su vez sería derrocado por una dictadura comunista, que impone la hambruna en ese país milenario de África. El Gobierno Mundial Sionista saca de Etiopía a las tribus de antiguos judíos negros, para llevarlos a Israel. Son los Beni-Israel de India los que ayudan repetidas veces a extender el imperialismo judeo-inglés en las áreas del mundo de color. En África, los Beni-Israel tienen dominada Uganda y, en Sudáfrica, alimentan las tensiones raciales entre negros y blancos. Fue así cómo liquidaron a Rodesia y ahora a Sudáfrica. Los ‘hindúes’ son conocidos en ultramar por sus prácticas de comercio poco claras (en Panamá, por ejemplo). Pero no son hindúes, sino Beni-Israelíes de India. En las naciones negras se están adueñando de sus riquezas y explotan despiadadamente a sus poblaciones. En el pasado, fueron ellos, con los ‘marranos’ españoles, los que inventaron y dominaron el comercio de los esclavos negros africanos, vendién-

20. La conversión al mahometanismo de los jóvenes nacionalsocialistas de Galicia, España, se origina desde Escocia, centro de una hábil conspiración masónica-judía.

dolos en las colonias del 'Nuevo Mundo'. Este tema ya fue tratado en 'Adolf Hitler, el Último Avatara'. Los Beni-Israel también dirigen el tráfico de esclavos en dirección de la América del Norte, creando allí el problema racial, con la complicidad de los judíos Falasha, de África.

"El judaísmo inglés no dio la independencia a la India hasta que su dominio estuvo asegurado a través del Partido del Congreso de Gandhi y Nehru. Todo ello bien manejado por Lord Mountbatten. Su mujer se encargaría de convencer a Nehru de permanecer dentro del Commonwealth. Indira Gandhi, quien era más fuerte que su padre, habría descubierto la verdad secreta de la Gran Conspiración. Era poco lo que ya podría hacer.

* * *

"Los judíos Falasha de Etiopía, de piel negra y tipo igual al de los negros africanos, son los que penetran el mundo negro del África, además del continente americano. Esto acontece por igual en la América Latina, donde se han infiltrado 'judíos de color' en todos los países, incluyendo a Chile y Argentina. En nuestro libro 'Nacionalsocialismo, Única Solución para los Pueblos de América del Sur', hemos revelado la existencia en el sur de Chile de comunidades criptojudías de los 'Cabañistas' y del 'Nuevo Pacto'. Con la entrada masiva de sectas extrañas, nos hallamos ya absolutamente enredados y en las garras del judaísmo internacional.

"La 'Enciclopedia Judaica Castellana' nos cuenta del racismo discriminatorio de los judíos negros respecto a las poblaciones nativas africanas y hasta de las sudamericanas de color.

"Todos los agitadores negros, 'pacifistas', de los Estados Unidos de América son de origen Falasha y actúan como predicadores evangélicos. También son 'marranos' los líderes de los movimientos revolucionarios y terroristas de América Latina. Lo es Castro Ruz, perteneciente a una familia de médicos judíos clandestinos, algunos de los cuales fueron condenados por la Inquisición. Lo dice 'La Enciclopedia Judaica Castellana'. No quiere, sin embargo, significar esto que todo los Castro sean judíos, ni todos los Sánchez, ni los Pérez, ni los Pereira, ni los Suárez o Soares. El verdadero nombre del criptojudío, del 'marrano' converso, obligatoriamente es otro, habiendo sólo adoptado el castellano, gaditano, vasco o catalán. Del mismo modo

pasará en Alemania. Se han apropiado un nombre-disfraz visigodo, portugués, árabe, chino o japonés. Ya lo hemos visto en el caso de la mujer Beni-Israel en India. Pueden cambiar más de una vez de nombre. Y todo legalmente. El Ministro Suárez, de España, ennoblecido con un título de duque por el Rey, es un 'marrano', y lo es también el Primer Ministro Soares, de Portugal. Salvador Allende Gossens era judío por su madre. Con Fidel Castro pertenecieron a la 'Organización (guerrillera) Latinoamericana' 'OLAS', destinada a introducir la revolución marxista y la guerrilla en la América Latina.

"A esta América los judíos han entrado mucho antes de la conquista española, hace milenios, siendo los verdaderos responsables de los rituales sangrientos practicados por los sacerdotes aztecas y mayas, como ya lo escribiéramos en 'Adolf Hitler, el Último Avatara'.

"La primera congregación secreta de judíos de color en los Estados Unidos se creó en 1889, cuando un etíope, el Rabi León Richlieu, fundó el 'Moorish Temple of Zion'. En Etiopía, los judíos negros practicaban la circuncisión en ambos sexos.

"También el imperialismo yanqui y su 'Doctrina Monroe' es asunto típico de judíos, como lo fuera la 'Independencia' de la América Española, destinándose a este Continente para que un día fuera la 'Nueva Judá'. En el sur del mundo se centraría el control total del planeta, esclavizado por una tiranía cósmica del 'Señor de las Tinieblas', cuando los regímenes comunistas y capitalistas hayan desaparecido, siendo reemplazados por el Sistema Mesiánico, con un Rey del Mundo, de la anti-raza de Sión. Nuestro Continente sudamericano estará cortado casi por la mitad, habiéndose dado cumplimiento al 'Plan Andinia'. Las más ricas zonas del planeta, con las más grandes reservas hidrográficas, con las mayores riquezas forestales y pesqueras, serán la sede del Gobierno Mesiánico, junto con la Antártica. La otra mitad, estará destinada a ser 'zona de abastecimiento y acarreo', donde los animales-hombre y los arios esclavizados trabajarán por igual dentro de un régimen comunitario, con control tipo Kahal, vigilados por máquinas y computadoras las veinticuatro horas del día, por 'robots' y 'cerebros electrónicos' implacables. Deberán producir, al mismo tiempo que inventar nuevas máquinas, nuevos sistemas de control, para el Rey de Judá, el Delegado-Hijo de Jehová, Nieto del Demiurgo.

“Los goim servidores, conversos a los pies del Trono de Judá, nunca llegarán a ser más que ‘Prosélitos de la Puerta’. La Masonería, la Iglesia Cristiana, el Comunismo llamado Marxista, el Capitalismo, el Liberalismo Económico, todos habrán desaparecido. Sólo existirá el ‘Pueblo Elegido’ gobernando el mundo de los esclavos graduados, que produce y crea para él. Un Imperio satánico, tratando de extenderse a otros mundos visibles del Cosmos Demiúrgico, por medio de la creatividad de los arios, que una vez fueron traidores y que hoy no pueden ser más que esclavos, reducidos a la animalidad genética. El comienzo del proceso de la desintegración ya se percibe, con la repentina destrucción del trabajado aparato comunista internacional, al que seguirá la del capitalismo, con una gran crisis en preparación, que hará desaparecer el ‘dinero-papel’ y el ‘dinero-plástico’ (tarjetas de crédito) para reemplazarlos por las marcas o tatuajes con láser y los ‘códigos de rayas’, en la piel. ‘Porque nadie podrá comprar ni vender si no tiene la marca de la Bestia: 666’... Con más de dos milenios de antelación nos lo dijo ese anticipo siniestro de ‘Los Protocolos de los Sabios de Sión’, el ‘Apocalipsis’, atribuido a Juan.

“Y como lo profetiza el Talmud, bajo esa horrible dictadura teocrática y totalitaria, el Régimen Mesianico de los Golems, que los ‘traidores blancos’ hoy están ayudando a construir bajo la ilusión de llegar a participar en ella, como sub-amos y ‘virreyes-delegados’, arrasará con sus más caras organizaciones y sacrosantos tabúes. Sólo perdurará la Nomocracia de Judá, su racismo de ‘anti-raza’ y ‘anti-sangre’. Los que no acepten o no se conviertan, serán eliminados. De cumplirse plenamente este sueño fatídico de una Mente Monstruosa, se hallaría en todo su apogeo el Crimen Ritual, ofrendado al Golem-Jehová en las ‘Pirámides Aztecas’, elevadas ahora en el Sur de Chile y Argentina y en otros puntos ‘geománticos’ de la tierra, donde se estaría asesinando y desangrando a los últimos héroes, a los goim, a los arios y a los ‘animales-hombres’, como a reses.

“Todo esto lo controlarán y dirigirán aquí, en representación de Jahvé, exclusivamente los judíos del ‘continuo-impuro más-impuro’. Y ya no habrá salida”.

* * *

También hemos hablado de un pacto establecido por el gobierno estadounidense de la postguerra (Truman-Eisenhower) con extraterrestres, donde estos últimos se habrían apoderado de todas las decisiones finales. Pero, en verdad este pacto no habría hecho otra cosa que refrendar una situación mítica, legendaria, que tiene su origen en los comienzos mismos del mundo terrestre, de la materia post-hiperbórea, cuando una civilización muy avanzada, cuasi divina, inicia su caída y donde la clonación y la creación del robot genético era un hecho. Los judíos habrían sido una suerte de *Golem*, al servicio de una Energía demiúrgica, la que ha seguido actuante a través de ellos después de la desaparición de Hiperbórea, en plena involución del planeta y cada vez más, hasta nuestros días. ¡Sí! ¡Este plan siniestro, absolutamente diabólico, no es cosa de humanos!

C. G. Jung lo sabía, o lo sospechaba. El creía en los discos volantes y en los extraterrestres y cuando aconsejaba “vestir a los judíos de un modo distinto, para no confundirlos con nosotros”, estaba insinuando su condición inhumana. Y esto lo pensaría con espanto. A mí me habló de la gravedad de la explosión demográfica y que la exploración galáctica tendría por objeto la necesidad de escapar de la tierra, a punto de su autoaniquilación, por una mano oculta.

El profesor Jung guardó secreto sobre lo que sabía y trató de protegerse con su secretaria Jaffé. Sospechando esto, yo no fui más lejos en mi conversación con él, pues temía que se retrajera y nuestra relación cambiara. Hoy, sin embargo, creo que él quiso insinuarme algo, aunque, como lo he dicho, no era necesario, porque nuestros *Inconscientes* “sabían que lo sabíamos”. Y era por eso que estábamos allí, uno frente al otro, *reencontrándonos*.

Y el diálogo aún continúa, ampliándose en el *cognocimiento*, como un concierto de dos violines, de Bach.

* * *

Con Nehru sucedió algo parecido, aunque en forma más sutil. Fue en nuestra despedida, cuando él me invitó a comer en su casa, en una reunión familiar, donde sólo estaban su hija, Indira, su hermana, la señora Krishna Hutheesing, y su nieto, Rajiv, muy joven en esa fecha.

En voz muy baja, Nehru se hizo una reflexión, sólo para que yo la escuchara:

“—Algo raro está aconteciendo. Hay como una fuerza invisible que nos está impidiendo salir adelante. Todo mi trabajo para acercarme a China y establecer una alianza, que daría paz duradera a Asia, está fracasando. ¿Qué piensa usted? ¿Cuál es la razón de que China se nos esté oponiendo?”.

“—Tal vez el Tibet”, le respondí; “su recepción y asilo al Dalai Lama”.

“—Pero hay algo más”, murmuró.

* * *

Era el año de 1962. Casi diez años habían pasado en mi búsqueda externa, peregrinando en los límites de los Himalaya, en Almora, en Kalimpong, en Sikkim, en Ladak, en Badrinath, en Amarnath y sin lograr mi objetivo de alcanzar hasta el Kailás.

Un acontecimiento, al que me referiré más adelante, me llevó a decidirme a dejar la India y a solicitar el traslado a mi gobierno. Nehru se enteró de ello y me encontró un día casualmente, en el aeropuerto de Delhi. Tomándome de los brazos, y mirándome a los ojos, me preguntó:

“—Miguel, ¿es cierto que nos vas a dejar?”.

“—Sí, Excelencia; ha llegado la hora de mi partida... Voy en busca de la *Tierra Hueca*, de la *Atlántida*...”.

Estuvo un rato sin decir nada, siempre agarrándome los brazos y mirándome:

“—Estamos muy tristes, muy tristes” (*We are very sad, very sad*)... Ojalá encuentres lo que buscas...”.

Partí en tren a Bombay. Simbólicamente, deseé hacer la travesía del retorno también en barco, para demorarme más y tal como lo hiciera a mi llegada, en 1953, diez años antes. Iba trasladado a Yugoslavia.

En la estación de Nueva Delhi, me esperaba para despedirme Indira Gandhi. Me tenía un presente, el bastón de mando de su padre, de sándalo y firmado por ella²¹.

21. Este bastón, reliquia inapreciable, como algunos otros tesoros míos, se encuentra hoy en el Museo de Carlos Cardoen, en la ciudad de Santa Cruz.



Jawaharlal Nehru con su hija Indira, sosteniendo su bastón de sándalo.



Indira Gandhi me despide a mi partida de India y me hace entrega del bastón de su padre.

“—Mi padre me pide excusarlo de que no haya podido venir a despedirte personalmente, porque tenía compromisos oficiales; pero te manda este bastón... por si necesitas pegarle a alguien en Yugoslavia...”.

Volví mi rostro. Mi emoción fue por ella y por la India...

LA MUERTE DE NEHRU

El cambio a Yugoslavia no fue deseado por mí; por el contrario, en forma expresa le solicité al senador Angel Faivovich que intercediera para que no me fueran a nombrar allí. Yo había escrito al Presidente Alessandri pidiéndole mi traslado, por razones que expondré más adelante. A Faivovich le había conocido en India y, sabiendo de su amistad con mi hermana Berta, le atendí de forma especial, logrando que, junto con su esposa, fuera alojado en el Palacio de Hayderabad, aun cuando su viaje era privado y no oficial. Al igual que lo había hecho con el senador Raúl Julliet, ex Ministro de Relaciones Exteriores de don Pedro Aguirre Cerda y de Marcial Mora Miranda, Presidente del Senado, conseguí que le recibiera el Primer Ministro Nehru. Todos ellos eran masones y miembros del Partido Radical. Con los dos últimos, Nehru, según su estilo, no abrió la boca, al extremo que Julliet me declaró: “Este hombre se encuentra al borde de un ataque cerebral. Está agotado...”. Pero con Faivovich se explayó, tocando el tema de los “no alineados”. Jamás éste olvidó su paso por India y mis atenciones, al extremo de que me mantuvo su amistad aun cuando debí negar públicamente la existencia de las cámaras de gas y del holocausto.

La primera oferta que recibí de mi Gobierno fue la de traslado a Cuba. No deseaba ir a ningún país comunista, de modo que la rechacé, aduciendo razones de clima y de que ya llevaba diez años sufriendo calores tropicales. Me ofrecieron Guatemala. Se hallaba entonces en India, trabajando con el Cónsul de Uruguay, Orlando Pedragoza Nadal, un español, Juan Pérez-Creus, quien también colaboró esporádicamente conmigo, siguiéndome luego a Yugoslavia, donde desposó una mujer serbia. Recuerdo que consulté a Juan sobre si aceptar el ofrecimiento de Guatemala y su opinión sobre el país. Y me respondió: “Por ahí no pasa la Reina de Saba...”. Rehusé nuevamente.

Era entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Chile Carlos Martínez Sotomayor. Me envió un telegrama proponiéndome

No. 1282-PMH/63

प्रधान मंत्री भवन
PRIME MINISTER'S HOUSE
NEW DELHI

May 17, 1963

My dear Ambassador,

Thank you for your letter of the 13th May which I was happy to receive and to have news of you. We often think of you and I am glad that you remember India and her people so well.

You know that I love Himalayas as you do. Unfortunately, the Himalayas in various places have been violated by Chinese aggression and invasion. This has not only been a shock to us but has brought many burdens we must carry. The position remains difficult and is likely to continue to be so for a considerable time, but we are determined to face it with courage

I hope you will be able to come back some time not only to see the Himalayas again but also to meet your many friends here.

With regards,

Yours sincerely,

Jawahar Lal Nehru

H.E. Mr. Miguel Serrano Fernandez,
Ambassador of Chile,
BELGRADE.

Carta de Nehru agradeciendo una mía de apoyo y comentándome la invasión China:

"Los Himalaya han sido violados en varios puntos por la agresión e invasión china. Esto no sólo ha sido un shock para nosotros, sino que además nos ha aportado enormes preocupaciones. Nuestra posición se mantiene difícil y posiblemente así continuará por un tiempo considerable; pero nuestra determinación es enfrentarla con valor.

"Yo espero que usted retorne aquí y no sólo para ver los Himalaya de nuevo, sino también para reencontrarse con sus muchos amigos".

me Yugoslavia. Y agregaba: “¡Espero que ahora acepte!” Se lo mostré a Juan Pérez-Creus. Y él me dio a conocer la siguiente anécdota:

“Ofrecieron una vez a un diplomático español que servía un cargo en Europa, el traslado a Tegucigalpa. Y éste respondió, por telegrama:

“—¿Tegucigalpa? ¿Qué es eso?”.

“Le explicaron, también por telegrama:

“—Tegucigalpa es la capital de Honduras”.

“Y contestó:

“—¿Honduras, yo? ¡Ja, ja!”.

“Le enviaron otro telegrama:

“—Regrese al Ministerio: ¡Ji, ji!”.

Consulté entonces a mi mujer, quien se hallaba en Santiago, con mis hijos. Me respondió que Faivovich me recomendaba aceptar, pues, “desde Yugoslavia podría ir a Italia en bicicleta...”.

John Galbraith, Embajador de los Estados Unidos en India, con quien mantenía cordiales relaciones, al saber de mi nombramiento en Yugoslavia, me dio su opinión: “Es muy buen cargo. Yugoslavia junto con India son los países más importantes para nosotros hoy. Por eso yo estoy aquí. Y en Yugoslavia ha sido enviado George Kennan, ex Embajador en la Unión Soviética”.

Y fue así como dejé India y partí a Yugoslavia.

* * *

Jawaharlal Nehru se hallaba entonces en la cima de sus éxitos como líder mundial de la paz y fundador de los “Países no Alineados”, junto con Nasser, de Egipto y Tito, de Yugoslavia.

Su punto débil y que vendría a significarle la caída fue su ex Ministro de Relaciones Exteriores y ahora Ministro de Defensa, Krishna Menon, a quien ya nos hemos referido en estas páginas. Mezcla de arrogancia e idealismo ingenuo, mantenía una política irreal y ambigua con respecto a China (como la nuestra con Argentina), desarmando al ejército indio, al mismo tiempo que invadía a la débil Goa, como pretendiendo con ello asustar a los chinos, como si un pobre diablo se pusiera a lanzar golpes al aire para impedir que un matón lo ataque, porque se ha asustado.

Recién llegado a Yugoslavia, me enteré de la invasión china a la India y de su avance irresistible, que sólo se paró a las puertas de Calcutta y porque los chinos así lo decidieron.

La humillación fue muy grande y los chinos se retiraron, una vez cumplido su objetivo de destruir a Nehru y su prestigio de líder mundial. Le hicieron aparecer como un soñador débil, sin poder real.

La verdad era que, con la creación del grupo de los “No Alineados”, Nehru había cometido el grave error de actuar por cuenta propia en el plano de la política mundial. Y esto, el *Gobierno Secreto* no lo iba a permitir. Había que destruirlo, o ponerlo en su verdadero lugar. También a Nasser, aunque éste podía esperar un poco. Primero, Nehru, el más peligroso y carismático. En cuanto a Tito, éste era un agente útil y oculto y le seguirían usando hasta el final. Prueba de lo que digo es que Yugoslavia no movió un dedo para defender a la India, su aliada, ni condenó a China por el ataque. Por el contrario, sus gobernantes parecieron hasta regocijarse secretamente.

Recién llegado, manifesté públicamente mi indignación. Pero esto ya es asunto de otras páginas.

Nunca Nehru se repuso de este golpe. Un mundo se le vino encima y todo lo que soñara realizar se le derrumbó, como un simple sueño, sin quedar nada por reconstruir. Recibí una carta de Indira, su hija, en la que me confesaba su incredulidad ante la traición de muchos partidarios y colaboradores y su indignación por las opiniones que ahora se expresaban abiertamente en contra de su padre. Algo imposible de entender para ella, la guardadora del *trono*, sacerdotisa del *culto* de un semi-dios, de una Familia Sacra.

Le escribí y, por primera vez, le revelé el secreto: “Sus verdaderos enemigos son los *Beni-Israel*, los judíos que controlan el poder oculto del Gobierno Mundial. Ellos los odian, a su padre y a usted...”. Años después, le informaría también a su hijo, Rajiv, de la misma manera, cuando era ya el Jefe de Estado de la India. La advertencia sólo serviría para la *gnosis* personal de ambos. Se la llevarían con sus cenizas, pues los dos fueron asesinados.

El corazón de Nehru se debilitó, y muy poco después del golpe a mansalva de los chino-judíos, *Tiao-Kiu-Kiaou* (¿Mao-Tse-Tung, Chou-in-Lai?), en concomitancia con los *Beni-Israel* (¿Krishna

Menon?) de India, el gran ser humano, el idealista, el último rey ario murió.

LA CARAVANA ALUCINANTE

Mediodía en Belgrado, la capital de Yugoslavia. Estoy en una calle céntrica. Mi chofer me dice: “Señor, las radios acaban de anunciar que ha muerto el Primer Ministro Nehru...”.

También ya lo sabía. ¡Nehru no podía sobrevivir!

“—¡Rápido!” —exclamo—. “¡Lléveme a la Agencia de Viajes!”.

No encuentro pasajes de avión, están todos tomados. En fin, que los yugoslavos me llevan a India en el avión oficial, con los representantes de su Gobierno. Lo contaré más adelante.

Y de nuevo estoy en Nueva Delhi y en el palacio del Primer Ministro, donde ahora velan sus restos.

En el suelo, sentadas a la manera hindú, se hallan las mujeres, como siempre junto al “crucificado”. Están sus hermanas, la señora Pandit, la señora Hutheesing, y su hija, Indira. Paso junto a ellas, voy vestido de lino blanco, con mi *kurtha*. Me inclino, juntando las manos en el *Namasté*. Los ojos de Indira, enormes, fijos, profundos. Me están diciendo algo.

Voy hasta el centro del cuarto donde, sobre un altillo, se halla el cuerpo de Nehru, vestido con su túnica blanca y con su flor roja sobre el ojal. Su rostro está en paz. Junto también las manos y digo: “¡*Namasté!*” “¡Saludo al Dios que hay en ti!”.

Los sacerdotes brahmanes están recitando los “*Vedas*” sánscritos, como si fuera una cascada de agua antigua, que lo llena e inunda todo, como el mar de los siglos, como el río *Swarasati*, el que no existe. “Así murió Ashoka”, me digo, “y Akbar y Baber y el rey Poro, amigo de Alejandro. El mismo Iskander murió así”.

Una mano viene a sacarme del lugar. Es Krishna Hutheesing, quien me conduce con dulzura a otros aposentos: “Es muy de mañana, es temprano... Vamos a tomar un café”.

Y de nuevo estoy en el mismo lugar de la cena de despedida. Indira también llega y la señora Krishna nos deja solos.

Pero Indira no habla, no dice nada. Sólo me mira de un modo que me estremezco. Me mira más allá del alma. Está abrazando mi alma. Me tengo que controlar para no cogerla entre mis brazos, estrecharla, acariciarla y decirle: “Sí, llora, llora, por favor, deja correr tus lágrimas, lloremos juntos...”.

Une sus bellísimas manos, se inclina y susurra muy suave: “*Namasté*”. Se va, como una sombra, tal como ha llegado.

Después, estoy con la multitud, agolpada en el patio de entrada de la mansión. Arriba, en el balcón, aparecen los dignatarios, el Presidente de la India, que ahora es el filósofo Radhakrishnan, y, a su lado, el antiguo Virrey, Lord Mountbatten, que ha venido en representación de la Reina de Inglaterra. Era amigo personal de Nehru y se halla vestido con su uniforme blanco de la Marina inglesa y con todas sus condecoraciones en el pecho. Le he escuchado en un banquete en su honor, en Nueva Delhi, recomendar a los indios que no abandonen nunca el ceremonial, el rito, el protocolo y el boato, en las vestimentas y escenarios. Ahora está cumpliendo el *rito* en honor del “sacrificado”.

Conocí a Mountbatten en una cena en la Embajada de Chile en Londres, invitado por el Embajador Víctor Santa Cruz. Lo tuve sentado a mi lado. Y ahora, allá arriba, parece detener su mirada en mí, como si me reconociera, a pesar de estar yo vestido como un hindú. Estoy seguro que si le hiciera un gesto de saludo, él me respondería. Pero dudé y no lo hice. Desde ese instante, aunque después le tuve muy cerca, me ignoró por completo. Yo no sabía que la característica de los Mountbatten, también de su mujer, era no olvidar jamás a alguien que vieron una sola vez y reconocerlo siempre... Pero esto debía ser recíproco en su manifestación. Es decir, en el ceremonial, en el Rito.

* * *

Era Embajador de Chile en India Luis Melo Lecaros, un diplomático de carrera, quien se hallaba allí a disgusto y no amaba a los indios. Había forzado a comer carne a mi secretario Mani, bajo amenaza de despido. Y éste estaba irreconocible, gordo, habiendo perdido su estampa de brahman ascético.

En el auto del Embajador seguimos la caravana hasta el lugar donde se iba a efectuar la cremación. Y el camino desde Nueva Delhi hasta un descampado de la Vieja Delhi era indescriptible, un mar de personas, un oleaje embravecido, que se movía pesado, inmenso, y se agitaba con voz de trueno, como en una tormenta. Un millón de seres seguía el carro funerario, lo rodeaban, arrojando flores, cantando, gritando, recitando mantras, riendo, llorando,

exaltando la vida y la muerte del héroe, del *karma-yoga*. Y desde ahí surgía el grito acompasado: “¡Panditji!, Nehruji!”.

Horas nos demoraríamos en llegar al lugar del “*Samadhi*”, donde reposarían parte de las cenizas del líder, del Guía, que dirigió a ese pueblo enorme desde su independencia, casi por veinte años, con mano firme y al mismo tiempo humana, piadosa, con la piedad búdica. Y ahora su pueblo le acompañaba en esta caravana alucinante, hasta el lugar donde su forma se desharía para siempre... “¡Oh *Bagabhan*, oh *Bagabhan*!”.

En el centro, sobre un escenario alto y cuadrangular, se ha instalado la pira funeraria, de maderas de sándalo. Los brahmanes ya están allí, recitando sus melopeas hipnóticas, leyendo sus libros sacros. Es ésta la repetición de un rito milenario, mucho más antiguo que todo lo conocido por el Occidente actual, algo que viene de los arios, de las *Eddas* y el mismo que ejecutara Wotan a la muerte de Baldur. Sólo que entonces los sacerdotes-guerreros beberían el Soma sagrado junto al Fuego traído de Hiperbórea, de *Aryana Baiji*, el Hogar de la “Hermandad de los Arios”.

Soldados *Sikhs*, de la antigua raza de los guerreros de Alejandro, portan sobre sus hombros el cuerpo de Nehru hasta la pira, donde lo depositan con cuidado. Los brahmanes le arreglan su túnica. Y esperan. Por la escalinata de madera sube Indira Gandhi, junto a su hijo Rajiv, un niño aún. Porta ella un *sari* blanco, señal del luto en India. Y ambos se paran al costado izquierdo de la pira. Esperan, hasta que los brahmanes den la señal, entregando al joven Rajiv la antorcha encendida con la que deberá prender fuego a las maderas preciosas que consumirán el cuerpo de su abuelo. Un silencio total se cierne sobre el mundo, sobre la naturaleza, en ese verano de la India, de la Vieja Delhi. Hasta que el muchachito grácil, con su figura alba, enciende la hoguera. Entonces, un grito inmenso se eleva de esos millones de toda la India sacra, de sus gargantas legendarias: “¡Nehru!, ¡Nehru!, ¡Nehruji! ¡Panditji!”.

La emoción es enorme donde yo me encuentro. Un poco más allá, Lord Mountbatten está luchando consigo mismo y su barbilla le tiembla. Sobre el cuadrilátero, el rostro de Indira es el de una diosa de la antigüedad; no se le mueve un músculo, no derrama una lágrima. Eso no podría ser, no se usa en estos instantes sagrados, cuando un Héroe, un Rey parte hacia la Patria Nupcial, hacia el *Walhalla*, hacia el Monte Meru, que también es el Kailás.

LAS FORMAS DE MORIR

*“La muerte no es la corrupción,
sino el abandono de la forma corrompida del hombre”.*

Heidegger

He dejado el auto del embajador de Chile. Regreso solo, en medio de la multitud, perdido allí, zarandeado, movido de lado a lado; pero siempre blandamente, como en un oleaje suave. Siento que alguien me toma de la mano. Miro y veo que es el Ministro de Agricultura, Swaran Singh, quien también va en medio de esa multitud, de esa “*religión* humana”. Me ha reconocido y sigue conmigo de la mano, como se usa en la India, sin decir nada, con la mirada perdida en el cielo del monzón, del atardecer, guiándome hacia un punto seguro y llevándome luego en su auto hasta mi hotel.

Nada hemos dicho, nada... ¿Para qué?

Y ahora, en mi cuarto, junto a la ventana, recogido, concentrado, recordando a Nehru, pienso en la muerte de los hombres sobre la tierra; no de todos, sino de aquellos que perdieron la inmortalidad con la desaparición del Continente de Hiperbórea y de la Edad Solar, del *Satya-Yuga*.

A Nehru lo cremaron. ¿Qué es la cremación? Los arios se queman. Ni en Grecia, ni en Roma se conservan tumbas de sus muertos. ¿Dónde está la de Alejandro, la de Aristóteles, la de Platón? ¿Y la de Julio César? Aún Baldur, tan cercano a Hiperbórea, es cremado con un barco. En Hiperbórea no existía la muerte. Sólo se renovaba la forma, plasmándola y desplasmándola, por medio de la *Energía* o el Fuego Mental. Únicamente cuando la muerte se precipita, como el río invisible *Swarasati*, sobre los inmortales, por haberse enamorado de las hijas de la tierra, el Hombre-Divino pierde la capacidad de “desplasmar” su cuerpo, con el que se ha materializado para combatir en la región polar. Y es entonces, en el borde mismo de la pérdida de Hiperbórea, cuando comienza a usar el “fuego externo” para desintegrar la forma endurecida, demasiado cristalizada y mortal. Porque ha perdido la capacidad de deshacerla con el Fuego Interno de la Mente. Desintegrarla aquí para reintegrarla allá, en el Reino de la Mente y en un cuerpo inmortal, de *Vrâja Roja*, imperecedera. Porque el cuerpo físico es sólo una reproducción, hecha visible en la Tierra, imperfecta y con

agregados propios de la materia terrestre, en la que se aparecía por un corto tiempo. El fuego de las piras funerarias de los arios está reemplazando al “Fuego Mental”, *Vareno*, *Vril*, desaparecido junto con Hiperbórea. Pero no será lo mismo.

En India pareciera preservarse este secreto. Los más altos Maestros, los Yogas Tántricos no creman sus despojos. Los enterran. Se espera que allí “desplamen” sus cuerpos, antes de que se descompongan, para “replasmarnos” nuevamente en otra dimensión. Como lo hizo *Kristos* al resucitar al tercer día y Wotan al noveno (dentro de una alquimia pitagórica de los números). Los antiguos magos taoístas arios, del lejano Gobi, también enterraban sus cadáveres. Y cuando abrían sus sarcófagos de piedra, allí no se encontraban sus cuerpos gigantescos de héroes del *opus-regia*, del *ars-regia* (Arte Real), sino una Espada. Habían ganado, con sus propios medios, esa batalla de la Resurrección y de la Inmortalidad.

En la muy antigua y sacra Orden de los maestros de mi Maestro, existió una *práctica* de “materialización del cuerpo astral”.

Pareciera ser que son las razas mezcladas con los hijos de la tierra las que sepultan masivamente a sus muertos, en tumbas y cementerios, de modo que los cuerpos se funden allí con los elementos, en la metamorfosis del Demiurgo, con las plantas y los minerales. Este proceso es el que se evita con el fuego. Aunque en ambos casos no reste nada. A no ser que exista eso que se ha llamado *alma*. Una suerte de cuerpo sutil (*corpus sutil*), que sólo poseen algunos arios, que se desprendería del cuerpo físico cuarenta y ocho horas después de muerto. Por eso no se debe quemar el cadáver hasta cumplido ese plazo.

Ahora bien, la “resurrección del cuerpo” (la *Resurrección de la Carne*) sólo es posible como la culminación de un proceso de *Individuación*, de inmortalización de la “Persona” (del “Yo-Absoluto”), logrado en el transcurso de una vida iniciática, aquí en la tierra y únicamente en la tierra, dándole conciencia al *Selbst*, a *ÉL*, aportándole un Yo, un Rostro, una *Personalidad* a la “Persona”. Esta es la *Resurrección de Kristos*, con su cuerpo; Iniciación heredada de los legendarios magos taoístas de la post-Hiperbórea. Se ha independizado el Yo de su *ÉL*, que carece de conciencia de sí-Mismo, hasta ese momento. Y sólo es *consciente de su yo terrestre*.



Dentro de este sobre con el monograma de mi abuela materna (que leído al revés es también el mío) y con un lazo de color rojo, que envolvía el fajerito tejido por mi tatarabuela, Josefa Paramá, se encuentra una pequeñísima parte de las cenizas del Primer Ministro Nehru, que me entregara el Brahaman que las custodiaba en el jardín de la casa del ex gobernante, el 3 de junio de 1964, envuelta en un papel que dice: "*To our Miguel*" y una firma ilegible que podría leerse "I. Kailo".

Aquí dentro hay una flor seca tomada de la hoguera de maderas de sándalo en la que se consumió el cuerpo de Nehru el 29 de mayo de 1964, en Delhi.



Así como el Ángel de la Guarda sólo es *consciente del ser que guarda*.

Esta problemática no se presentaba a los *Siddhas* hiperbóreos y es propia de los *Viryas*, o héroes, ya mezclados y que han perdido *Aryana Baiji*, el Paraíso. Los *Divyas*, los divinos, carecen de un yo, al contrario de los *Viryas*, de los héroes semidivinos. El yo es un producto y resultado de la mezcla con las hijas de los hombres y del paso dramático por la materia demiúrgica y terrestre. Por haber perdido el poder del *Vril*, de *Vareno*, del Fuego Interno, hacen uso del fuego exterior, para desintegrar rápidamente su cuerpo terrestre y liberar su *corpus sutil*. No han alcanzado a transmutar en la tierra su yo en Yo Absoluto, por medio del *opus* alquímico-tántrico de la Iniciación de *A-Mor* y, sincronísticamente, logrado el “cambio del cuerpo terrestre” en “cuerpo de *Vrâja*” inmortal. Ya sea en vida, o en la tumba: la verdadera *Resurrección de la Carne*, la de *Kristos* y la de *Wotan*, tras la *Krucifixión* (con *k*), en la “Muerte Mística”, en el “Árbol del Espanto”, en el *Iggdrasil*.

Sendero estrecho y para muy pocos iniciados. Los *Viryas* que no alcanzan a realizarlo, a recorrerlo, cremarán sus cuerpos, como *Nehru*, y así les será permitido a su “*Lingasarira*”, a su “*Cuerpo Astral*”, volver en el Eterno Retorno, por un número determinado de *Rondas*. O bien, a los Héroes sacrificados en el Combate, por la *Gran Causa de los Siglos*, *Wotan-Kristos* les donará el triunfo en el *Walhalla*, junto con su *Walkiria*, como premio, según lo profetiza la Saga legendaria.

El resto de los mortales, los humanos, son “sólo muertos que entierran a sus muertos”. Y dará lo mismo que se cremen o se guarden en tumbas y sarcófagos, porque de ellos no quedará nada. (“*Dejad que los muertos entierren a sus muertos*”).

La *momia* es un intento de preservar la forma terrestre (como lo podría ser la hibernación) para el tiempo de la recuperación de un Poder perdido, del Fuego del *Vril*, cuando el *Ka*, rondando en torno de la Momia del Faraón, sea capaz de reocupar esa forma nuevamente. Pues *Alguien* la ha resucitado. Porque, con *Uno* que llegue basta para el resto de los “hermanos” (de los Camaradas; pero solamente de estos). La *Krucifixión*, la “Muerte Mística” de *Kristos-Wotan*, su *Triunfo*, salva de la muerte al resto de los hermanos-guerreros. Y, simultáneamente, redime a la tierra, el alma de la Tierra, que ha sido corrompida por el Demiurgo.



El Presidente de la India, el filósofo S. Radhakrishnan.

Desesperados y vanos intentos de inmortalidad terrestre y de resurrección de la carne. Una *imitación de la verdad*. Esto es la *momia*, la iver nación y la clonación. Aún en el caso que por la preservación de células vivas y del DNA fuese posible “resucitar” el cuerpo físico, ¿qué sucederá con el “yo”, con la individualidad? (Cuando hay “yo”, cuando hay individualidad). Estos se van con el *Ka*. Sería un cuerpo sin alma. Sólo un Mago o un Dios, puede resucitar a Lázaro, reincorporándole su *Ka*... Y a propósito, ¿que habrá sido de Lázaro?

Resumiendo, el *Virya*, el héroe que aún no ha recuperado el *Poder* del *Vril*, del Fuego Interior, en la “Muerte Mística”, en la *Krucifixión* del *Kristos* de la Atlántida, la de *Wotan* en el *Árbol Iggdrasil* y la resurrección con el cuerpo inmortal de *Vrâja* roja, se crema en la hoguera, con el Fuego Exterior, como *Nehru*, para volver lo antes posible aquí, en el Eterno Retorno, a continuar en el Combate por la Inmortalidad de un *Yo-Absoluto*, del Superhombre. Lo necesita también su *ÉL*.

* * *

En la mañana siguiente voy a visitar al Presidente de la India, el filósofo vedantino Radhakrishnan. Estoy sentado a su lado y le pregunto:

“—¿Dónde está Nehru ahora?”.

“—¡Aquí!”, toca el aire con sus manos. “En todas partes, junto a nosotros...”.

Luego iré al Palacio en que habitara el Primer Ministro. Camino por el jardín, entre las rosas y las flores de loto en las lagunas. El jardinero, entristecido, cuida con amor el rosal donde Nehru cogía las rosas para el ojal de su túnica. Me ha regalado una. Un brahman custodia también ahí la urna con las cenizas del Gobernante, las que deberán ser esparcidas en este jardín, en los Himalaya, en el Ganges y en los cuatro rincones de esa India que él tanto amara. Tengo conmigo una pequeñísima porción de estas cenizas. Están envueltas en un periódico de la época, de fecha de 3 de junio de 1964 y dice allí, escrito a mano: “*To our Miguel*”, y una firma ilegible: “*I. Kailo*”. Las conservo en un pequeño sobre con el monograma de mi familia y dentro de un bello cofre de plata cincelada, regalo de los Gobernantes hindúes a mi partida de la India. Están junto a la cabeza de Siva y al igual que las cenizas de Sunya, el “vikingo”, deberé arrojarlas al Océano Pacífico.

Indira me muestra un poema de Robert Frost que ha encontrado en el escritorio de su padre. Dice, más o menos: “Hermosos son los campos y los bosques. ¡Cómo desearía perderme en ellos! Pero no puedo, pues aún tengo trabajos que cumplir...”.

Sí, ése fue su duro caminar, su *dharma*, por el escarpado sendero del *karma-yoga*.

La bella secretaria de Indira Gandhi me acompaña hasta la puerta. Es la hermana del Comandante en Jefe del Ejército. En el pasillo hay un gran cuadro colgado en el muro. Es una foto de Indira Gandhi jovencita, de no más de doce años. Está tomada de la mano del Mahatma Gandhi y sentada en el borde del lecho en que él ayuna. Ambos se miran y el Mahatma le sonrío con ternura.

Le digo a mi acompañante, señalándosela: “Ella es la que viene...”.



TRADUCCIÓN DEL EXTRACTO DEL TESTAMENTO DE NEHRU

Escrito diez años antes de su muerte

"He recibido tanto amor y afecto del pueblo de India, que nada de lo que yo haga podrá retribuirlo, aunque sea en una pequeña parte. El afecto es algo tan preciado que no se paga con nada. Muchos hombres han sido admirados, algunos venerados; pero el afecto de todo orden que el pueblo de la India me ha dispensado es tan grande que yo he sido sobrepasado por él. Sólo espero que en los años que aún me queden de vida, no desilusione a mi pueblo, ni llegue a desmerecer su afecto.

"Con mis innumerables camaradas y colegas tengo aún una más profunda deuda de gratitud. Hemos estado juntos en grandes aventuras y hemos compartido los éxitos y tristezas que inevitablemente les acompañan.

* * *

"Declaro con toda sinceridad que no deseo que ninguna ceremonia religiosa se realice después de mi muerte. No creo en algo de esta clase, a lo que deba sujetarme, ni siquiera a modo formal. Sería hipocresía y un intento de engañarme a mí mismo y a los demás.

"Cuando muera, deseo que mi cuerpo sea cremado. Si muero en un país extranjero, deberé ser cremado allí y mis cenizas enviadas a Allahabad. Una

pequeña parte de esas cenizas deberá ser arrojada al Ganges y la mayor parte de ellas en la forma que dispongo a continuación. Nada deberá ser retenido o preservado.

“Mi voluntad de que una parte de las cenizas sea arrojada al Ganges y en Allahabad no tiene una significación religiosa, en lo que a mí concierne. No tengo un sentimiento religioso sobre esta materia. Me he encontrado ligado a los ríos Ganges y al Yumna desde mi juventud, y a medida que me hacía mayor, mi unión también iba creciendo. He contemplado sus cambios a través de las estaciones y a menudo he pensado en la historia, mitos y tradiciones, canciones y leyendas que se unen a ellos a través de las edades, llegando a formar parte de la corriente de sus aguas. El Ganges, en especial, es el río de la India, amado por sus pueblos, unido a la memoria de sus razas, a sus esperanzas, sus temores y canciones de triunfos, sus victorias y derrotas. Ha sido el símbolo de la antiquísima cultura y civilización de India. Siempre cambiante y deslizándose la corriente de sus aguas; pero igual a sí mismo: siempre el mismo Ganges. Me recuerda las cimas nevadas y los profundos valles de los Himalaya, que yo he amado tanto, y a las ricas y extensas planicies de los valles, donde mi vida y trabajo se ha cumplido. Riendo y danzando en las mañanas de sol y pensativo y triste, lleno de misterio, cuando las sombras de la noche caen; una delgada, lenta y grácil corriente en el invierno y un torrente que ruga durante el monzón; ancho casi como el mar, con algo del poder destructor del Océano, el Ganges ha sido para mí el símbolo y la memoria del pasado de la India, deslizándose hasta el presente y corriendo hacia el gran océano del futuro. Aun cuando yo he desestimado mucho de las costumbres y tradiciones del pasado y me he mostrado ansioso de que India llegue a desprenderse de todo aquello que la pueda inhibir y dividir, impidiendo el libre desarrollo de su cuerpo y de su espíritu, aun considerando todo esto, no deseo desconectarme del pasado completamente. Pues me siento orgulloso de esa gran herencia, que ha sido y es nuestra, y estoy consciente de que yo también, como todos nosotros, soy un eslabón en la indestructible cadena que se extiende hacia la noche de los tiempos, en el inmemorial pasado de la India. Esa cadena yo no la voy a romper, porque la aprecio y busco inspiración en ella.

“Consciente de este deseo mío y como mi último homenaje a la herencia cultural de la India, es que pido que mis cenizas sean lanzadas al Ganges en Allahabad, para que sus aguas las conduzcan al Gran Océano, que baña las costas de la India.

“Sin embargo, la mayor porción de ellas deberá ser dispuesta de otro modo. Deseo que sean llevadas lo más alto posible en los aires, en un aeroplano y lanzadas desde allí sobre los campos, donde los campesinos cultivan el limo, para que se mezcle con el polvo y el suelo, llegando a ser una indistinguible parte de la tierra de la India”.

Jawaharlal Nehru

21 de junio de 1954

EXTRACTS FROM THE
WILL AND TESTAMENT
OF
JAWAHARLAL NEHRU

I have received so much love and affection from the Indian people that nothing that I can do can repay even a small fraction of it, and indeed there can be no repayment of so precious a thing as affection. Many have been admired, some have been revered, but the affection of all classes of the Indian people has come to me in such abundant measure that I have been overwhelmed by it. I can only express the hope that in the remaining years I may live, I shall not be unworthy of my people and their affection.

To my Innumerable comrades and colleagues, I owe an even deeper debt of gratitude. We have been joint partners in great undertakings and have shared the triumphs and sorrows which inevitably accompany them.

• • •

I wish to declare with all earnestness that I do not want any religious ceremonies performed for me after my death. I do not believe in any such ceremonies and to submit to them, even as a matter of form, would be hypocrisy and an attempt to delude ourselves and others.

When I die, I should like my body to be cremated. If I die in a foreign country, my body should be cremated there and my ashes sent to Allahabad. A small handful of these ashes should be thrown into the Ganga and the major portion of them disposed of in the manner indicated below. No part of these ashes should be retained or preserved.

My desire to have a handful of my ashes thrown into the Ganga at Allahabad has no religious significance, so far as I am concerned. I have no religious sentiment in the matter. I have been attached to the Ganga and the Jumna rivers in Allahabad ever since my childhood and, as I have grown older, this attachment has also grown. I have watched their varying moods as the seasons changed, and have often thought of the history and myth and tradition and song and story that have become attached to them through the long

ages and become part of their flowing waters. The Ganga, especially, is the river of India, beloved of her people, round which are intertwined her racial memories, her hopes and fears, her songs of triumph, her victories and her defeats. She has been a symbol of India's age-long culture and civilization, ever-changing, ever-flowing, and yet ever the same Ganga. She reminds me of the snow-covered peaks and deep valleys of the Himalayas, which I have loved so much, and of the rich and vast plains below, where my life and work have been cast. Smiling and dancing in the morning sunlight, and dark and gloomy and full of mystery as the evening shadows fall; a narrow, slow and graceful stream in winter, and a vast roaring thing during the monsoon, broad-bosomed almost as the sea, and with something of the sea's power to destroy, the Ganga has been to me a symbol and a memory of the past of India, running into the present, and flowing on to the great ocean of the future. And though I have discarded much of past tradition and custom, and am anxious that India should rid herself of all shackles that bind and constrain her and divide her people, and suppress vast numbers of them, and prevent the free development of the body and the spirit; though I seek all this, yet I do not wish to cut myself off from that past completely. I am proud of that great inheritance that has been, and is, ours, and I am conscious that I too, like all of us, am a link in that unbroken chain which goes back to the dawn of history in the immemorial past of India. That chain I would not break, for I treasure it and seek inspiration from it. And as witness of this desire of mine and as my last homage to India's cultural inheritance, I am making this request that a handful of my ashes be thrown into the Ganga at Allahabad to be carried to the great ocean that washes India's shore.

The major portion of my ashes should, however, be disposed of otherwise. I want these to be carried high up into the air in an aeroplane and scattered from that height over the fields where the peasants of India toil, so that they might mingle with the dust and soil of India and become an indistinguishable part of India.

Jawaharlal Nehru

21st June 1954

INDIRA GANDHI

No tenía relación familiar alguna con Mahatma Gandhi. En la India los nombres no señalan a las familias sino a las castas. Gandhi es de la casta de los *vaisha*, de los comerciantes y agricultores; o sea, de la tercera. La primera casta fue la *shastriya*, de los reyes, gobernantes y guerreros. Tras la Guerra del *Mahabaratha* es desplazada por la casta sacerdotal de los *brahmanes*. Con anterioridad, los reyes hindúes eran también sacerdotes, como los Faraones en Egipto y los Inkas en el Cuzco, los más altos sacerdotes del culto, como aún lo son los reyes del Nepal, originarios de la dinastía solar y guerrera (*Suryavansa*) de Udaipur. También el Monarca inglés es Jefe de la Iglesia Anglicana. La cuarta casta es la de los *sudra*; los lavaderos y barredores (*sweepers*); luego vienen los descastados, los “intocables”, los mendigos, los leprosos. Gandhi los llamó *Harijan*, “hijos de Dios”.

A través de los siglos, las castas mantienen sus características inmutables y nadie aspira a mezclarlas, pues nada se ganaría con ello; al contrario, se pierde, “desorientándose” el *karma*, por así explicarlo. A esta idea de la casta, que originalmente significó “color” (*Varna*), pureza racial en las dos primeras, la *shastriya* y la *brahmánica*, pasa a agregársele luego el concepto no ario de la reencarnación, dándole, con el tiempo, un sostén metafísico-religioso, en el sentido de que nacer en una u otra casta era razón *kármica*. Y a medida que se “agotaba” ese *karma-culpa*, sería permitido el ascenso o, en su defecto, el descenso. Es extraordinario, en este caso, el ejemplo que Savitri Devi da de ese joven hindú *sudra*, partidario de Hitler, que al ser cuestionado por ella, dándole a conocer la doctrina racial que le impediría ser partidario del Nacionalsocialismo, le respondió que él lo sabía, pero que de este modo estaba seguro que luchando por la causa del *Führer*, en su próxima encarnación iba a nacer ario.

Así y todo, el hijo de Mahatma Gandhi, un *vaisha*, se casó con una hija de Rajagopalachari, un *brahmán*, sucesor de Lord Mountbatten y primer Gobernador hindú de la India independiente. Mahatma Gandhi decía no creer en las castas y fueron prohibidas por la Constitución. Pero éstas siguen existiendo igual en el hecho, y hasta nuestros días, manteniendo sus particularidades físicas (raciales) y psicológicas. Mahatma Gandhi, por ejemplo, fue siempre un *vaisha*, con las características típicas de un comercian-

te, con su astucia, aplicada con éxito en la lucha por la independencia contra el “*Imperio Vaisha*” de Gran Bretaña, al extremo de que casi lleva a la quiebra a la industria de paños de Manchester, con el *kadhi*, tela tejida a mano e hilada en ruecas en todas las aldeas y ciudades de la India. Nada mejor para combatir a la “*Compañía de Indias*” y al imperialismo mercantil inglés que la habilidad de un *vaisha*, con las características, los instintos y el conocimiento de siglos circulando por su sangre. Predicó la resistencia pacífica porque no tenía la fuerza para oponerse militarmente; pero, cuando la tuvo para declarar la guerra en Kashmir, no titubeó, ni se lo impidieron sus prédicas por la paz mundial. El comerciante es siempre un realista, en el fondo de su ser. Y aquí Rossellini tenía razón: Gandhi no era un santo; el santo era Nehru. Si no un santo, un sacerdote; es decir, un predicador de la casta brahmánica, por naturaleza, también por “reflejo condicionado”. Nehru predicó la paz al mundo y creyó en ella. También, cuando se la predicó a China. Y allí, en ese caso, el gobernante que la India necesitaba era un *shastriya*; es decir, un guerrero de la casta marcial, como fue el rey Poro, o Ashoka.

Curiosamente, Indira, la hija de Nehru, sí fue una *shastriya*, con voluntad y temperamento de un guerrero. Una Walkiria de piel de marfil o de seda y alma de acero. Yo la vi un día sacar a golpes de un teatro a una mujer que había osado dirigirse en público a su padre sin su autorización y rompiendo el protocolo.

El nombre Gandhi le llegó de su marido, curiosamente un *parsi*, un hombre blanco y apuesto, un ario de la antigua Persia, que nada tenía que ver con la tercera casta de los *vaishas* y era un aristócrata racial. Diputado por el Partido del Congreso en el Parlamento indio, demasiado independiente y orgulloso para poder vivir bajo la poderosa sombra de su suegro, se separó de Indira y residió aparte. Los hijos se quedaron con ella, en la mansión de Nehru, donde Indira pasó a ser la dueña de la casa, preocupada exclusivamente de su padre, en un segundo plano y sin protagonismo visible, a lo menos en esos años.

Fue entonces cuando la conocí.

* * *

Antes de continuar en este importante capítulo, deseo y creo necesario hacer una última acotación sobre el sistema hindú de las castas, nombre por lo demás impropio y que fuera dado por algún marino portugués, de seguro un iletrado, haciendo una comparación con las separaciones del ganado de su país.

Creo sinceramente que nadie ha hecho ni hará un análisis de la India sacra y milenaria como en este libro. Esto es definitivo y sus proyecciones alcanzan a la humanidad entera, por ser la India un verdadero museo vivo de la Historia, donde no sólo los monumentos y sus ruinas permanecen, sino también el hombre antiguo. Ya al mencionar el caso de los *Beni-Israel* hemos tocado un punto desconocido y oculto hasta ahora. Algo más diremos al final de este tomo, en el capítulo sobre Tilak, adelantándonos ahora a informar que la casta no existió desde los comienzos de la invasión aria —hace más de siete mil años— de *Baharatha*, verdadero nombre de la India, tierra del río Hindu, nombre este último que le diera Alejandro Magno. Y la casta, en verdad se llamó *Varna*, que significó “color”. Es decir, ese sistema nace y se impone siglos después, cuando el ario, blanco y rubio, corre el peligro de mezclarse o se ha mezclado ya con los pueblos de color, con los dravidias del sur y los *negritos*, con las huestes del Demonio Ravana, que combatirá Rama, en las guerras del “*Ramayana*”. Ravana (el *Demonio de Color*) ha raptado a la esposa blanca de Rama, Sita. Y Rama deberá aliarse con un “mono” (un hombre de color, de nombre Hanuman) para recuperar a Sita. Es el peligro de la mezcla de los *Siddhas* y los *Viras* con las hijas de los hombres, de los “humanos”, de Hanuman, el “mono”. Para impedirlo se inventa y se impone, por intermedio de los sacerdotes brahmanes, el sistema “*várnico*” de las castas.

Pero es una medida sin esperanzas y que se ha tomado cuando la involución y su entropía ya son irremontables. En la tierra de los “*Grandes Baharathas*” (*Maha-Baharatha*) y en el mundo, ya no hay salida. Para intentarlo vino Adolf Hitler. Y su relámpago sólo iluminó el inmenso Drama.

* * *

Los rostros que aún pueden verse en India han desaparecido de la tierra hace ya milenios; rostros antiguos, impresionantes. Uno de ellos fue el de Indira Gandhi.

Su belleza era mítica, legendaria, sin comparación con los cánones actuales, más lejana aún que la de Nefertiti. Su figura grácil, espigada; su piel de terciopelo, de marfil, de *Aryana Baiji*; sus manos y sus pies casi etéreos, finos y delicados como hojas de abedul, o de álamos, que tiemblan “para conversar entre ellas”²¹; sus dientes albos y parejos, en una suave sonrisa delicada, combi­nándose con su mirada tímida, aunque inquisidora, de unos ojos inmensos y profundos, que podían ser también tiernos, traspasan­do un amor fuera de este mundo, o arrobadores e irresistibles, de una mujer apasionada hasta la inmolación y el sacrificio. Aún cuando su autocontrol la detuviera siempre a medio camino.

Ella tuvo dos hijos y los dos fueron asesinados por la misma mano. El menor en un accidente de aviación, hasta ahora inexplicable, mientras pilotaba su avión. Y era éste quien más se intere­ saba por la política de su país. Murió cuando Indira ya era Jefe de Estado. En cambio, su marido dejó de existir cuando aún me hallaba en India. Fue un gran golpe para Indira, pues estaban a punto de reconciliarse. El destino no lo quiso y debió seguir sola hasta el final, aunque acompañada por mi pensamiento. Ella lo supo y lo propició con su actitud.

Creo que ha llegado la hora que devele el delicado secreto que unió a Indira Gandhi y a mí a través de la vida, terminando así con los rumores que circularon sobre nuestras relaciones, en todo el mundo. Hasta en Alemania hubo revistas que se hicieron eco.

Al igual que a mi abuelo, Joaquín Fernández Blanco, se le atribuyera un amor con la Reina de España, esposa del Rey Alfonso XIII, por haberle ella regalado su pañuelo mientras fue Ministro Plenipotenciario en ese país, propalándose que don Juan fue su hijo (con lo cual el actual Rey Juan Carlos I sería su nieto y primo mío), así también se rumoreó que Rajib era mi hijo. El absurdo queda de manifiesto al conocerse que mis verdaderos hijos jugaban en Nueva Delhi con los de Indira, ya crecidos y de su misma edad.

Habíamos nacido el mismo año de 1917, teníamos entonces 36 años cuando nos conocimos. La vi iniciarse en política, al hacerse cargo de la Presidencia del Partido del Congreso y leer su primer

21. Palabras del “Chico” Molina (El poeta Eduardo Molina).

discurso escrito, muy tímida y con voz temblorosa. De ahí, hasta la muerte de su padre, ella se fue haciendo cada vez más segura de sí misma, siendo una figura conocida y respetada en toda la India, con mucha fuerza y poder.

Nos encontrábamos en los actos públicos y en las reuniones sociales, donde nos apartábamos por algunos minutos e intercambiábamos palabras. Así, yo podía estar informado de los acontecimientos aún antes de que sucedieran, como el ataque a Goa, ordenado por Krishna Menon, además de lograr esa trascendental audiencia privada con su padre, que produjo el retiro del proyecto de la India para la Antártica.

Cada cierto tiempo la visitaba en su palacio y ella me recibía en una sala amplia, donde permanecíamos conversando y tomados de la mano, o me llevaba a ver sus cachorros de tigres de bengala. Nos servíamos un té delicioso de Daerjeelin, y hablábamos de todo. Allí hice invitar una vez a Neruda con Matilde, de paso en India, a Rossellini y a Jennifer Jones. Y allí también, un día, mirándome profundo a los ojos, me preguntó:

“—Miguel, dime: ¿Porqué los ingleses nos odian?...”.

No supe responder de inmediato. Y pensé en voz alta:

“—Quizás, porque a través de los muchos años aún no han podido penetrar la mente hindú, ni entender su concepción del mundo, que es profundamente aria y mucho más antigua que la de ellos, verdaderamente aristocrática y señorial. Es envidia. Lo mismo les pasa con España... Algo se les escapa, los desconcierta...”.

A pesar de los años transcurridos, cada vez que recuerdo esa pregunta y veo allí a Indira, concentrada, reflexiva, pero también como una niña sorprendida por un castigo inmerecido, con su bello rostro serio y preocupado, a la espera de una respuesta fundamental y definitiva, vuelvo a ser tocado en lo más íntimo. Porque comprendo que ella me abrió su alma. Quería saber al fin el secreto de algo que tocaba el corazón de su raza y de su pueblo. Dicha de otra manera, era la misma confesión y pregunta que me hiciera el Príncipe Georg, de Sikkim, cuando me contó que “no lo admitían en *Eaton*, por provenir del Continente de Color”, o cuando el “*White Club*”, de Londres, no aceptó como miembro al Maharaja de Jaipur.

Muchos años después, cuando me encontraba en Suiza, viviendo en el Ticino, en la casa de Hermann Hesse, me visitó un



PRIME MINISTER'S HOUSE,
NEW DELHI.

1 - 2 - 58

Dear Niquel -

You are far
kinder to me than I
deserve - This always gives
me a nice warm feeling
specially when one is so
tired and rather fed up
with the world.

Thank you for
the book and for
introducing me to

aspects of my own country
of which I was quite
ignorant. However, I shall
have to postpone the
pleasure of reading it as
I must utilize every spare
moment of this trip to
study, sort out my ideas &
write about certain aspects
of social welfare work about
which I have to
speak on several occasions.
With love & all good wishes,
Lillian



प्रधान मंत्री भवन
PRIME MINISTER'S HOUSE
NEW DELHI

April 2, 1967

Dear Nijmal

The golden shadows and the morning star seem to have deserted me. The situation here right now is very depressing and fluid. It is impossible to say what will emerge. The country has shown vitality but this vitality must be used in the right directions and for the right purposes.

Indira
Yours sincerely,

Indira



प्रधान मंत्री भवन
PRIME MINISTER'S HOUSE
NEW DELHI

February 1, 1968

Dear Nijmal

Thank you for your book-mark. It has made me long for the clear mountain air - although I must say this year we have had a cold and delightful winter.

Not only have there been V. VIPs, UNCTAD and several other conferences, BUT I am ~~almost~~ about to be a mother-in-law. Rajiv, my eldest son, is marrying an Italian girl on the 25th of this month. In the middle of it all I am constantly travelling!

With good wishes,

Indira



PRIME MINISTER'S HOUSE
NEW DELHI

December 5, 1969

Dear Miguel,

It is good of you always to remember my father's birthday and to send me a message. As you know, on that day we have many functions especially, at the old Teen Murti House where he used to live. This year, we also had the first convocation of the Jawaharlal Nehru University. I am trying my best to see that the day is observed as one of rejoicing and with creative programmes, rather than as one merely of remembrance and sorrow.

All his life, my father worked hard to modernise India. Ever since we became independent, many people did not like him, his ideas or his policies. They made life difficult for him, specially during the last two or three years. Since his death, they have been doing all they can to obliterate his memory and belittle his achievement. Basically, this is what the struggle is about in India today. It is going to be hard going and no one knows whether or not we can win, but one must do what is right and what is in the interest of the country. What other purpose can there be in life?

With good wishes,

Yours sincerely,

(Indira Gandhi)

His Excellency
Dr. Miguel Serrano,

anticuario judío de Zürich, interesado en algunas piezas mías de la India. Al ver una foto de Indira Gandhi, no pudo contenerse y exclamó: “¡Odio a esta mujer, la detestamos!” Y habló también en plural.

Comprendí entonces el fondo del gran tema: allí estaba el centro del asunto. Ese odio irrefrenable no podía tener su origen en el hecho puntual y circunstancial de que India, bajo el Gobierno de Nehru y ahora de Indira, no mantuviese relaciones diplomáticas con Israel, a causa de los millones de musulmanes que formaban parte del subcontinente indio y también de Pakistán. India necesitaba la amistad de los musulmanes. No, aquí había algo mucho más profundo y misterioso. De nuevo los *Beni-Israel*. Los judíos saben que la India conoce su procedencia de esclavos en la emigración de los pueblos arios de *Aryana Baiji* y en la gran colonización del Gobi, y la falsificación de toda la Historia, robando y apropiándose del Mito y la Leyenda Aurea, los que han expoliado hasta hacerlos irreconocibles. Odian, sobre todo, la tradición, la verdadera religión de sangre hindú (de sangre aria, en sus orígenes) y las castas *brahmánica* y *shastriya*, allí donde les han permanecido impenetrables. Detestan la Yoga-Tántrica y toda aquella filosofía legendaria que ha tendido a la recuperación del Hombre-Dios, de la Divinidad Racial perdida; la sustancia aria de los Vedas y de los poemas de gesta.

Ahora bien, los ingleses del *establishment*, los de la *Commonwealth*, los de la “*Compañía de Indias*”, no son los sajones antiguos, ni los vikingos, ni los verdaderos celtas, son los “*golen*”, enquistados entre los frisonos que regresaron de su excursión a Africa, tras la destrucción de la antigua *Thule*. Los infiltraron (como cuenta la “*Crónica de Oeralinda*”, que no es falsa, como se ha dicho) y penetraron el mundo *druida*, llegando a controlar Gales, de modo tal que los *welshes* hoy son judíos, en su mayoría. Y el futuro Rey de *Great Britain* (*Bínai Brith*), primero tiene que ser *Prince of Wales*. Este es el oscuro secreto de Gran Bretaña, así como los *Beni-Israel* lo son de la India.

Y los *Welshes* del *Establishment* odian a los arios de India, así como odian a los de la misma Inglaterra (*Engeland*, “*Tierra de Angeles*”), de Albión (*Albedo*), a los muy pocos que allí quedan, y

que se jugaron por Hitler, en la Gran Guerra, así como Hitler (con Rudolf Hess) se jugó por ellos.

* * *

Y fue entonces, en el Ticino, en Montagnola, cuando tomé esta misma pluma y escribí a Indira Gandhi la carta que he mencionado antes, agregándole lo siguiente al párrafo ya transcrito: “Ahora, después de todos estos años, puedo responderte: *los que te odian* son los judíos. Ellos son tus enemigos”.

Y cuando su hijo asumió el poder, tras el asesinato de su madre, también le escribí, diciéndole lo mismo.

Y él también fue asesinado.

* * *

Se interesaba, como su padre, por el yoga y la filosofía de su gran Nación. Veía a algunos sadhus y místicos, como Ananda Mai. Otros la visitaban a ella, o le escribían. Un día me preguntó si yo entendía algo de las cartas de Sunya, el monje danés (el “vikingo”), pues ella no lograba descifrarlas. Ni yo tampoco. Terminaban siempre con un “¡*Whu!*”, intercalado, además, entre todas sus líneas. La literatura y la poesía la ocupaban diariamente. Le regalé “*Viaje a Oriente*”, de Hermann Hesse, y, cuando descubrí “*The Arctic Home in the Vedas*”, de Tilak, se lo envié. Me escribió, admirándose de que “alguien tuviera que venir de Chile para darle a conocer un libro tan fundamental, escrito por un hindú”.

Es muy posible que Indira escribiera poesías, con su bella letra pequeña, de estudiante de Oxford; pero no me lo reveló.

Un día de la India, en la sala de su palacio, sentada a mi lado, me habló del Amor: “*Amar es desear fundirse en el amado, ser uno solo...*”.

Y sus ojos se perdían en el espacio de ese jardín lejano, entrevisto por los ventanales abiertos.

Tomé sus manos y se las besé.

Ecos, ecos lejanos se despertaban en mi alma.

Y copié un día para ella el poema de *Allouine*:

“THE INVITATION”

*“Come, what may I will proceed
To walk the way of beauty,
The way that leads toward the height
That seems to touch the sky.*

*“Steep is the path
But filled with light
From those that climbed
Before me,
Who left on every jutting rock
A lantern glowing with their dreams”²³.*

* * *

Desde Yugoslavia y luego en Austria, seguí en las noticias paso a paso la vida de Indira. Y ella también me informaba de sus viajes, de modo que yo podía estar siempre esperándola en los aeropuertos donde hacía escala, o desembarcaba. Así nos encontramos en Londres, luego de la muerte de su padre y cuando aún ella no tenía un cargo en el Gobierno de la India. La invité a ver una obra teatral, de moda en esos días: *“Diplomatic Valise”*, y luego a cenar en el “Hotel Savoy”, donde ella había ido en otros tiempos con su padre. La acompañó su hijo Rajiv. Hice el amago de pedir vino y ofrecérselo a Rajiv. Ella se escandalizó y sólo se tranquilizó cuando le confesé que era una broma.

Al día siguiente, Indira me invitó a una excursión misteriosa por Londres y me pasó a buscar al hotel en el coche de la Embajada. La acompañaba también Rajiv. Tras cruzar calles que yo desconocía, nos detuvimos frente a una casa pequeña, de estilo típico londinense. Me invitó a bajar, dejando a su hijo y al chofer en el auto. Abrió la puerta con una llave que portaba.

23. “LA INVITACIÓN”.

*“Ven, que voy a iniciar / El camino de la belleza / Que va hacia las
altas cumbres, / Que parecen tocar el cielo.*

*“Empinado es el camino, / Pero envuelto por la luz / De aquellos que
lo escalaron / Antes que yo, / Y en cada roca sobresaliente / Dejaron
una linterna / Alumbrando con sus sueños”.*

“—Me la prestaron”, me confesó. Y con una sonrisa cómplice, me tomó de la mano y me llevó dentro, a recorrer las piezas.

“—Esta casa se vende. ¿Te gusta? Sería maravilloso vivir aquí...”.

Pasando los años, aún pienso: ¿Qué me quiso decir Indira? ¿Qué imaginaba para su vida? ¿Acaso, como en el poema de Frost, descansar, dejarlo todo, “perderse en los bosques...”?

Qué extraño es el Destino, la Fatalidad. También para ella le estaba reservado ascender por el difícil sendero, guiada sólo por las señales que otros peregrinos-guerreros “*le dejaron en las rocas sobresalientes, alumbrando con sus sueños...*”.

Ya en el automóvil, de regreso, siguió hablando de comprar esa casa. Y entonces, su hijo Rajiv, que iba sentado junto al chofer, se volvió para decirle:

“—Madre, ¿cómo puedes pensar en eso, en comprar algo, cuando no tienes dinero? Tras la muerte del abuelo, has quedado sin nada...”.

Y ella, con una sonrisa muy dulce y una voz llena de ternura, le respondió:

“—No entiendes nada, Rajiv; ya lo sé... Pero déjame soñar...”.

* * *

Queridísima Indira, mujer excepcional, fuiste la más grande entre las estadistas de este siglo, heredera de un padre incorruptible e idealista, que no atesoró nada para sí mismo y que murió pobre, después de haberlo dado todo, hasta su fortuna privada, para la independencia de su pueblo. Como las *Madres* frisonas, que portaron las “*Lámparas Sagradas*” tras la desaparición de los guerreros de Hiperbórea, de *Atland*, también mantuviste la *Luz* para tu pueblo, cruzando como un relámpago, hasta tu trágico final.

Supe lo que tú quisiste decirme, aun antes de que me llevaras a recorrer esa casita de los suburbios de Londres, lo supe siempre. Soñaste en una vida privada y solitaria de amor para ambos, retirados ya del combate exterior y dedicados a la poesía, a la lectura y al desarrollo personal. Aun cuando sabías que eso no era posible, lo soñaste, lo imaginaste, siendo aquel instante el momento más definitivo de la historia dramática y triste de tu vida de niña que no conoció la felicidad y que jugaba con sus muñecas mientras

se hallaba en prisión, junto a su madre. En esa encrucijada el Destino también te arrastró de la mano, pero sin la ternura ni la delicadeza de la tuya, y te instaló en el Trono del Sacrificio, como a Reina indiscutida de tu inmensa Nación.

Tú fuiste una mujer para un amor eterno, no para una pasión carnal, no para el amor que se corrompe y pasa. *A-Mor*, no *Liebe*. Y ese *A-Mor* yo no te lo podía dar, porque ya lo había dado. Y para toda la Eternidad. Pero te reconocí, nos reconocimos y te admiro y te venero, como al Eterno-Femenino en ti, el que “*conduce al Cielo*”. Y, más aún, como a un camarada-guerrero, una Walkiria, montada en un corcel brioso, sacrificada en el Combate de los Siglos, por un idéntico Enemigo. Y mientras ya estás en el *Walhalla*, yo pienso en ti y me comunico contigo para pedirte, camarada, que no me abandones nunca y que me des tu mano, para ponerme de hinojos y besarla como antaño.

Heil, Indira, Sieg Heil!

* * *

Nadie podrá entender esto. Mucho menos en mi país. Cuando Indira fue invitada a Chile, en visita oficial y como Jefe del Gobierno de la India, yo me hallaba en Austria y pedí que me autorizaran para estar presente en ese evento por el que tanto hice para que se realizara. El Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés Subercaseaux, rehusó: “No es conveniente que venga, por los rumores; nosotros la cuidaremos muy bien”.

Ella me escribió una carta, desde el Hotel Carrera, de Santiago (Alessandri había instalado a Tito en el Palacio Cousiño), en la que me manifestaba su sorpresa por mi ausencia y me contaba que había comprado en Santiago algunas cosas “*old-new*”, de cobre, para su nuera, Sonia. Luego la esperé a su paso por Frankfurt, de regreso a India. Y ahí me volvió a manifestar su sorpresa por no haber estado yo presente en Chile para acompañarla. Le dije: “Si en lugar de demócratacristianos, se hubiesen hallado en el gobierno de mi país los radicales, yo habría estado allí”.

Me presentó a Willi Brandt, Ministro de Relaciones de Alemania Federal, que había ido a recibirla a su paso por Frankfurt.

También se hallaba allí nuestro Cónsul en Frankfurt, Melkonian, testigo de ese diálogo con Indira.

* * *



Hotel Carrera

a Hilton Hotel

TELEPHONE: 60011
CABLE: HILTELE

SANTIAGO DE CHILE.

5. 10. 1968

Dear Miguel - Is it in strange that
I should be writing to you from
Chile? You people are wonderfully
warm hearted - perhaps your
daughter has written to you about
the manner in which I have
been welcomed - overwhelmed
with affection & friendship!
Perhaps it is better that
I waited until I was P.O.T.
to come here! Every one
talks of you and we all

WORLD PEACE THROUGH INTERNATIONAL TRADE AND TRAVEL



Hotel Carrera

a Hilton Hotel

TELEPHONE: 68011
CABLE: HILTEL

SANTIAGO DE CHILE.

Have taken
 this is (250)
 Thanks for
 for and the letter for

miss you. She is with me. At the
 moment she has gone out to try
 to buy for Sonia (my daughter-in-
 law) some of the new-old ornaments
 which are now being made here.

I have seen two women wearing
 them - one - necklace & the
 other is a belt - it is the sort of
 thing which Sonia would like.

I was delighted to meet
 your daughter-in-law. She
 looks very much like you & is
 charming.

We are all sorry about Peru.
 The political aspect is well on the way
 with good wishes
 WORLD PEACE THROUGH INTERNATIONAL TRADE AND TRAVEL
 HILTONS

Casi un año después de mi nombramiento en Yugoslavia, Indira Gandhi fue invitada en visita oficial a ese país. De allí iba a la Unión Soviética, donde asumiera Breshniev, en reemplazo de Krushev. Poco antes yo había estado en Moscú, por primera vez y asistiendo a una Conferencia de Embajadores, convocada por nuestro representante en ese país, Máximo Pacheco. Allí me encontré con el pintor Julio Escámez y recorrimos calles, en busca del "Subterráneo" de Dostoievsky, —en esas calles llenas de subterráneos—. Luego, en una audiencia dada por el Ministro de Relaciones Exteriores, Andrei Gromiko, éste me reconoció, pues nos había presentado en India el Embajador de Polonia, Katzuky, durante una visita oficial de Krushev. Y algo le habría dicho de mi amistad con Indira. Gromiko no deseaba que me fuera de su oficina, aun cuando ya habían partido Pacheco y el resto.

¡Así son las cosas! Y en todas partes, hasta en la Rusia comunista.

Y ahora, en Yugoslavia, de nuevo Indira. Tomé mi automóvil y lo conduje solo, hasta un puerto de la Dalmacia, donde su avión aterrizaba, para seguir a Brioni, la isla de Tito.

Era aquél un momento especial en Yugoslavia, pues se acababa de producir un golpe de Estado interno, en el que Tito se había deshecho de su Ministro del Interior pro-soviético, Rankovic. Se decía que había puesto micrófonos hasta en el dormitorio de Tito.

Lo que en verdad aconteció fue una gran crisis en la lucha entre los servicios secretos de Inglaterra y de la Unión Soviética, en esa lucha sorda que se desarrollaba desde los finales de la Segunda Guerra Mundial, por el poder político y geopolítico, entre criminales y gansters. Siendo sólo una etapa la "Primavera de Praga", en Checoslovaquia. Pero, como decimos en Chile, entre "bueyes no hay cornadas" y los socios secretos se combaten, pero no se matan, se "compensan". (Esto le costó entenderlo a los militares chilenos del Golpe de 1973). Así, en Checoslovaquia ganó la "K.G.B." y, en Yugoslavia, el "Intelligence Service". Eran zonas delicadas, muy sensibles y no seguras del todo. Yugoslavia había sido "controlada" por Mr. Eden, con el "Pacto Balcánico" y Tito había sido puesto allí para eso.

Ahora me fue dado conocer a varios "James Bond", unos *gentlemen* de Oxford, que se tomaban una botella de whisky y hablaban de Shakespeare. Me contaron que acababan de darle a Neruda el Doctorado Honoris Causa, precisamente en Oxford. Y

estos *gentlemen* habían arribado a Yugoslavia como por casualidad, justo cuando el auto-golpe de Tito.

Y fue en este momento cuando vino Indira y yo me encontré sin poder entrar al aeropuerto, rodeado de fuerzas militares y de intensa protección policial.

Entonces apareció un auto y, dentro, el Secretario General de la Presidencia, quien fuera mi colega en Nueva Delhi, cuando, encaramados en las sillas, vimos a Nehru “apalear” a su “querida chusma”.

Se bajó del auto y, tomándome del brazo, me llevó consigo hasta la loza del aeropuerto, donde esperaban Tito, el Embajador ruso, el Ministro de Relaciones, Koca Popovic, y algunos más. Llegó Indira y pude saludarla con el *Namasté*.

* * *

Pensaba regresar a Belgrado esa misma tarde, Antes me fui a un hotel cercano a la playa adriática, donde me sumergí en sus aguas para nadar. Pero me vinieron a buscar del hotel, para avisarme que me llamaban por teléfono desde la Isla de Brioni. Era el Jefe del Protocolo de Tito, que me invitaba a la cena de la noche en homenaje a Indira Gandhi. Me pasarían a buscar esa tarde. No bien había colgado y nuevamente otra llamada, ahora de parte del Jefe del Protocolo de India, para comunicarme la invitación de la señora Primer Ministro, a un desayuno privado, al siguiente día.

Vinieron a buscarme en un auto blindado y me llevaron a un muelle, donde tomamos una lancha para alcanzar la isla de Brioni. Aviones volaban sobre nosotros, vigilándonos. En la isla había otro auto que nos transportó hasta la mansión de Tito. Un año atrás yo había presentado credenciales aquí mismo, siendo conducido por un coche de caballos. Tito se hallaba de vacaciones y era el verano. Hoy íbamos entre árboles, por donde algunos ciervos pacían o se espantaban al paso del automóvil.

En esa cena sólo se hallaban yugoslavos e indios. Yo era el único diplomático extranjero, pues el Embajador ruso no fue invitado. Se le hacía saber así su derrota, junto a Rankovic, “su hombre en Yugo eslavía”. Y no era coincidencia, como hemos insinuado, la presencia en Belgrado (y tal vez en Brioni) de los *gentlemen* de Oxford, en esos instantes.



Indira Gandhi usando el chal de vicuña que yo le regalara.



Juntos, en una fiesta en Nueva Delhi.

Ahí estaba entonces yo, gracias a Indira y a una fina actitud, a un sofisticado toque de esos “partisanos” y “peones” del Gobierno Secreto Mundial.

Me sentaron al lado del Ministro de Relaciones Exteriores, Koca Popovic, un burgués de procedencia, que estudiara filosofía en la Sorbone y también participara en la guerra civil española. Hablaba perfectamente el castellano. Me enteró de todo lo que yo quise saber, revelándome que ya había sido nombrado Vice-Presidente de Yugoslavia, en reemplazo de Rankovic. También de interioridades como que a Jovanka, la mujer de Tito, que fuera una campesina guerrillera, habían tenido que enviarla a una Academia de Suiza a estudiar modales y a aprender a comer. Indira, a la derecha de Tito, conversaba con él y, de vez en cuando, me miraba y sonreía.

Terminó esa cena y me despedí de los dignatarios, agradeciéndoles la inusual invitación. De camino al automóvil, que me llevaría de regreso a los muelles, alguien me alcanzó apresurado. Era el Jefe del Protocolo indio. Me tomó del brazo, diciéndome: “Espere, no se puede ir todavía, la señora Gandhi desea conversar con usted y le invita a su departamento”.

Fui conducido a una suntuosa casa de huéspedes, exactamente en la playa, sobre el mismo mar.

Indira me mostró la mansión, la que había sido construida con los más finos y costosos materiales, para alojar al Sha de Persia en su visita a Yugoslavia. Valiosos cuadros colgaban en los muros y tapices, precisamente de Persia, cubrían el piso. Me llevó hasta la terraza sobre el mar, sostenida en pilotes sumergidos en las aguas. Reclinados sobre la baranda nos miramos. Ambos sabíamos que, de algún modo, éramos observados. No en vano estábamos en un país comunista, en su mismo corazón y en un momento muy especial. Ella me consultó, susurrando:

“—Mañana en la tarde parto a Moscú. Tú sabes lo importante que para India es la relación con la Unión Soviética, debido a nuestras dificultades con China y Pakistán. Mi padre y yo logramos establecer lazos políticos y afectivos con Krushev. Tú conociste a Krushev en India; era un hombre emotivo que llegó a sentir afecto por nosotros y nosotros por él. Muchas niñas en la Unión Soviética han sido bautizadas con mi nombre. Ahora Krushev ha sido reemplazado por Breshnev, a quien no conozco. Y me preocupa mi primer encuentro con él... ¿Qué crees debo hacer?...”.



Con Indira Gandhi, de visita en una casa de Nueva Delhi.



El Presidente Rajendra Prasad me presenta a Kruchev en India.

“—Pienso que para la Unión Soviética la relación con la India es tan importante como para ustedes. En este sentido no hay cuidado... En cuanto a la personalidad de Breshnev, quien mejor puede aconsejarte es el Mariscal Tito...”.

“—Sí”, murmuró.

“—Indira, creo que el desayuno de mañana deberíamos dejarlo. Voy a trabajar esta noche escribiendo lo que en la cena he podido saber. Koca Popovic será el Vicepresidente y Rankovic y los soviéticos han perdido la partida. A primera hora me dirigiré a Trieste, para despachar desde allí una carta personal al Presidente de Chile, Eduardo Frei, informándole”.

“—¡Ah, sí!”, me respondió aliviada. “¡Qué bueno y muchas gracias! También yo podré preparar mis papeles para la reunión con Tito, antes de partir... Adiós, y hasta que nos volvamos a ver, Miguel...”.

* * *

Debí regresar a India, por iniciativa personal, para conseguir el apoyo a nuestro candidato a la Presidencia de la FAO, Hernán Santa Cruz Barceló. Indira me lo dio y el Maharaja de Patiala, que representaba a la India en la FAO y era un *sikh* de casi dos metros de estatura, tuvo que votar a nuestro favor, a pesar suyo, pues le habían dicho, según me confesó, que Hernán Santa Cruz gastaba mucho, sin mayor sentido del dinero.

“—Como buen aristócrata”, me agregó.

“—Entonces a usted le sucederá igual”, le respondí.

Se rió mucho, pues éramos amigos. La elección la perdimos por pequeñísimo margen y fue elegido el candidato de Holanda. Nos hallábamos en Roma y, sabiendo que Salvador Allende se encontraba de visita en Praga, y preocupado de la elección y por su amigo, Hernán Santa Cruz, le llamé por teléfono para informarle del resultado. Me dejó atónito su respuesta, pues estaba seguro que la comunicación era interferida y que él también lo sabía: “¡Pues bien, esto te prueba que las elecciones no sirven para nada, son una gran *h...*! No queda más que la lucha armada, la guerra de guerrillas!”.

Y me cortó.

Me quedé pensando: ¿Porqué Salvador Allende habrá actuado así? Seguramente ya entonces pertenecería a la organización guerrillera “OLAS” (Organización Latinoamericana de Solidari-

dad), dirigida por Fidel Castro y respaldada por Moscú y el bloque soviético. Allende buscaba el apoyo de este bloque para sus eternas aspiraciones presidenciales, y ahora les hacía saber que él era un revolucionario al servicio de Fidel, dispuesto a prender fuego a América, para independizarla del imperialismo de los Estados Unidos. Cosa que hizo, prendiéndole fuego a Chile.

* * *

Indira volvió a Yugoslavia y, en medio de su intenso programa oficial, solicitó una mañana libre “para que el Embajador de Chile le mostrara los bosques de Belgrado”.

Llegó a mi casa temprano y, al bajarse de su automóvil se le enredó el *sari*, quedándole arrugado en una de sus puntas. Entonces, mi empleada yugoslava, Nevenka, se lo planchó. Esto no lo olvidaría jamás, siendo un motivo de orgullo para toda su vida.

En los bellos bosques de Belgrado, ella recogía hojas y las guardaba: “Las colecciono de distintos países”, me decía. Le mostré “*mi Árbol amigo*”. Entonces ella me recitó el poema de Frost que su padre guardaba:

“Bellos son los bosques y deseo perderme en ellos; pero no puedo, pues tengo deberes que cumplir...”.

* * *

También nos vimos una vez en Viena y la llevé a cenar al “*Drei Husaren*”. Nos servimos ciervo con puré de manzanas. Ni ella ni su padre eran vegetarianos. Nehru hasta fumaba.

Caminamos después por las calles de la vieja Viena, cubiertas de nieve. Indira se cubría con un abrigo de nutria y sus bellísimos pies iban descalzos dentro de sandalias doradas.

Nuestro último encuentro fue también en Austria. Yo había sido sacado de la diplomacia por el Gobierno de Allende y me encontraba residiendo en un hotel de Viena, momentáneamente, mientras encontraba un lugar más o menos definitivo donde vivir, pues a Chile no pensaba volver. Aún tenía cosas importantes que investigar en Europa. No sabía cómo lo haría, pues carecía de fortuna personal y mi jubilación era miserable. Según el cambio en Chile a esa fecha, jubilé con un dólar mensual.

A mi hotel llegó inesperadamente mi amigo alemán Wülfred, a quien conociera en India y que ahora era miembro permanente

de su Embajada en Nueva Delhi. No sé cómo dio conmigo. Lo cierto es que él comunicó a Indira (de visita oficial en Viena) mi residencia y, ese mismo día me llegó al hotel una invitación para la cena oficial que ella ofrecía a las autoridades austríacas.

En la recepción me mantuve aislado, pues entonces no era nadie, sin representación alguna; pero mis amigos indios y austríacos no lo entendieron así y tuvieron gestos de gran afecto y distinción. El Secretario General del Gobierno de la India, Mr. Kaul, vino a buscarme donde me hallaba. Se sentó un momento allí y me habló: "No te preocupes. Miguel, Chile jamás será un país comunista...". ¿Cómo lo sabía él? Y tenía razón.

Kaul significa "canal" y *Nehru*, también. Eran ambos de Kashmir, emparentados en las familias y de la misma casta, de una misma *Varna*.

"Tienes que ir donde Indira", agregó. "Te está esperando".

Me sentó a su lado.

Y fue la última vez que nos vimos en esta vida.

* * *

Durante el Gobierno Militar, el Embajador de la India me invitó a un almuerzo en Santiago, para presentarme a la Directora de Turismo de Chile, Margarita Ducci, una bella y joven mujer, que viajaba a India a un Congreso Mundial de Turismo en Nueva Delhi. Deseaba que yo la enterara sobre ese país. Le recomendé tratar de ver a Indira Gandhi y le di una carta para ella. A su regreso me contó que fue a la única persona del Congreso que la Primer Ministro recibió, y en condiciones muy excepcionales, pues Margarita debía partir de regreso al siguiente día, e Indira venía bajándose de un avión, tras una agotadora gira por el subcontinente. Le preguntó mucho por mí y me envió con ella una carta en la que se dolía de que hubiera dejado pasar tanto tiempo sin darle noticias mías.

Fueron los años de mi exilio voluntario en Montagnola y de mi peregrinaje secreto por los lugares ocultos y sacros, por las regiones *geománticas*, en busca de las *Líneas Ley* de la vieja Europa, por las legendarias rutas del Ambar y de las entradas perdidas al Reino del Rey Laurín, en el Jardín de Rosas alquímico de los godos.

Sí. Pero nunca dejé de estar con ella. Y mi pensamiento la acompañó.

EL ASESINATO DE INDIRA GANDHI

Siempre me he admirado de la actitud de esa mujer extraordinaria, de su valentía para afrontar su vida y sus sentimientos, abiertamente y sin importarle las convenciones y lo que se llegara a murmurar. Era yo quien la cuidaba, para no dañarla en su delicada posición; pero ella impuso dentro de su país y en el mundo su afecto por mí, con las consecuencias que ya he dicho. Los periódicos a su muerte llegaron a escribir que esa mujer superior, esa Estadista, tuvo un solo consuelo en la dura soledad del Poder, el amor de un diplomático sudamericano.

Sí, y hasta el final de sus días y más allá de ellos, en lo que a mí respecta. Pues no la abandonaré jamás. Ahí donde ella esté, trato de alcanzarla con mi pensamiento, hasta que la vuelva a encontrar en otra Ronda del Eterno Retorno, o en el *Walhalla*, junto a su padre y a las walkirias guerreras, que murieron combatiendo.

Heil, Indira, Sieg Heil!

* * *

Cuando Alejandro Magno, el *Iskander*, abandonó India, tras su breve excursión, varios de sus generales se quedaron, junto con un número de sus guerreros. Se parecían a las estatuas de Fidias. Con el paso de los siglos, ellos son los *sikhs*, una casta guerrera de hombres apuestos, que no se cortan el pelo ni sus barbas y usan turbantes. Ellos no creen en los dioses del hinduismo, ni en la reencarnación (como sus ancestros griegos, excepto Platón). Son monoteístas y siguen a *Gurú Nanak*. Aspiran a la independencia, como los vascos; su capital Amritza ha sido construida en este siglo por Le Corbusier y, durante el Gobierno de Indira Gandhi, iniciaron una seria revuelta para independizarse. Secretamente manejados, pienso yo, para crear los efectos y las condiciones aptas para el asesinato de Indira. Ella no titubeó en cortar de raíz este intento, invadiendo la capital con el Ejército. Y lo que es más grave, alguien dio la orden de ocupar el Templo, donde se refugiaban sus líderes. Los *sikhs* no se lo perdonaron. A pesar de ello y de todas las advertencias, Indira mantuvo su Guardia personal, formada por *sikhs* exclusivamente, cosa que Franco no hizo con la "Guardia Mora", disolviéndola después del levantamiento de los moros en

Marruecos. Jamás pensó Indira que no le fueran a ser leales, tal como Hitler de sus generales, pues le habían jurado lealtad.

Y yo creo que en el caso de Indira Gandhi, los *sikhs* de su Guardia no le fueron desleales, pues la veneraban como el resto de sus súbditos y por el contacto diario con su grácil y adorable figura.

¿Qué pasó? ¿Qué tremendo misterio hay ahí? Como en el asesinato de los hermanos Kennedy, jamás se sabrá la verdad; porque detrás de ambos ha estado la misma mano ejecutora, los Servicios de Inteligencia del *Gobierno Mundial*.

* * *

La Inteligencia actúa sobre hechos puntuales y situaciones que ella misma crea. Después de la profanación del Templo *sikh*, siempre estuve a la espera de lo peor; sin embargo, y a pesar de eso, se dice que los *sikhs* que asesinaron a Indira, de seguro actuaron bajo hipnosis, "*psicotronizados*".

Se hace necesario explicar un poco esto para los lectores ignorantes de lo que significa la *psicotrónica*, palabra compuesta de psiquis y electrónica. Desde comienzos del siglo se ha trabajado con partículas subatómicas y con una energía alternativa, descubierta por Nikola Testla: los famosos rayos "T", que él no quiso comercializar y que, al final, fueron a parar, como siempre, a las manos de los conspiradores del Gobierno Mundial, fabricándose la Máquina "*Takión*", que los proyecta. Sobre el tema, me he extendido bastante en mi libro "*Manú. Por el Hombre que Vendrá*".

Las increíbles —en su tiempo— revelaciones hechas por Rudolf Hess, primero en su prisión de la "Torre de Londres" y, luego, en el Proceso de Nüremberg y en Spandau, arrojan una luz sobre el tenebroso asunto. Afirmó saber que se estaba usando una droga en los alimentos y bebidas, que facilitaba la predisposición al hipnotismo a distancia. (Esta droga hoy es la "Coca-Cola", en su versión popular, y el "Código de Barras", con el 666, que, al ser descifrado con el láser, desprende su maligna y paralizante energía sobre alimentos, medicamentos y objetos al por mayor). Luego viene la acción de los rayos "T", proyectados desde la distancia por la máquina "*Takión*" y que procesan las ideas y las introducen en los cerebros señalados (o también en la gran masa, pudiendo dirigir los acontecimientos, o modificarlos a voluntad y deseo). Es el "hipnotismo a distancia", de modo que, aun actuando como un



En el funeral de Indira Gandhi. A lo lejos se ve a su hijo Rajiv encender la pira funeraria, con el fuego sagrado de los arios.



En mi casa de Valparaíso. Retrato de Indira y urna conteniendo las flores secas que yo recogiera de su pira funeraria.

sonámbulo, la víctima cree “pensar sus propios pensamientos”. Pero éstos han sido colocados en el cerebro del político, del estadista, o del asesino.

Rudolf Hess afirmaba que todos los gobernantes que hicieron la guerra a Alemania estaban hipnotizados.

A Chile también entró la máquina “*Takión*”, durante el Gobierno de Pinochet. La trajo la Embajada de los Estados Unidos y el diario “*El Mercurio*” lo anunció, informando que había sido trasladada por un helicóptero a la propiedad de la Embajada, lo que me fuera confirmado por el General Santiago Sinclair, Vice-Comandante en Jefe en esa fecha, quien autorizó el vuelo, sin saber de lo que se trataba, ni de que pronto esa máquina sería usada para convencer a Pinochet de convocar al Plebiscito, que lo sacaría del Poder. Recuerdo que “*El Mercurio*”, preguntándose para qué serviría esa máquina, se hacía eco de los que pensaban que podría ser un computador muy avanzado, destinado a descifrar las comunicaciones entre los distintos centros militares del Ejército chileno.

Desde esa fecha, los Estados Unidos han construido en Santiago de Chile un nuevo edificio, que es un *Bunker* y que alberga, de seguro, la más sofisticada maquinaria tecnológica y *psicotrónica*, pudiendo actuar ya no sólo sobre Chile, sino en todo el Cono Sur de América, en conexión con la Isla de Pascua –centro de la NASA– y la Antártica. Alberga, además, a técnicos y agentes del FBI, autorizados por los gobernantes demócratacristianos. Y a “parapsicólogos”, por usar este término ya sobrepasado.

El actual caos social y político chileno, con la drogadicción desenfrenada, los robos, los asesinatos, la corrupción, los accidentes, los incendios de bosques, el pesimismo generalizado y lo peor que aún debe venir, es activado e inducido psicotrónicamente por ese “hipnotismo a distancia”, de cuyas redes ya no se saldrá más..., a no ser que un “*Disco Volador*” se aparezca para neutralizar las ondas malignas, o deje caer una bomba de neutrones sobre el “*Centro de Satanás*”. Cosa bastante improbable.

Bien, en Delhi también se decía que los *sikhs* que asesinaron a Indira Gandhi actuaron hipnotizados.

* * *

Al conocer la noticia del asesinato me encontraba de nuevo en Suiza. En Zurich, me dirigí a "Alitalia", donde se hallaba de jefe de la oficina aérea, Aldo Lavatelli, amigo de mi hermana Berta. Gracias a él me fue posible conseguir pasaje a Nueva Delhi, y de un modo que sólo un italiano puede hacerlo. Conocedor de mi situación económica y de lo que para mí significaba ese vuelo, me cobró precio de turista y me instaló en Primera Clase.

Así llegué una noche al aeropuerto de "Palam", de tantas *Memorias* para mí. El Embajador de Chile, Carlos Bustos, al conocer de mi llegada, había enviado el automóvil, con mi viejo chofer Michael, quien esperaba junto a mi fiel secretario, Mani. Ambos, entristecidos y cabizbajos. Les abracé emocionado. Y ese viaje nocturno por las avenidas y calles hasta el centro de Nueva Delhi, al Hotel Imperial, donde quise de nuevo hospedarme por esa primera noche, a pesar de la invitación del Embajador para alojarme en su casa, fue como un sueño o pesadilla.

Las calles a media luz, cruzadas por camiones con militares armados, con tanques y policías en todas las esquinas, me recordaban el Chile del golpe militar y con una atmósfera aun más pesada, con gente de rostros contraídos por la ira, que miraban amenazadores a los extranjeros.

Subí rápido a mi cuarto en el hotel, donde se habían refugiado algunos *sikhs*, temerosos de las represalias. Esta era para mí una India desconocida.

De nuevo me senté junto a la ventana a recordar a Indira joven. Muerta, ya no lo sería tanto, pues habíamos envejecido juntos. ¡Cuántos años! Cuántos, desde mi llegada aquí, lleno de ilusiones...

De mañana, me dirigí a la casa donde Indira vivió y trabajó y en la que fue asesinada. Me mostraron el lugar del jardín en el cual cayó acribillada. Luego, estuve junto a su cuerpo muerto. En su rostro había un rictus amargo y de dolor. Su pelo, cruzado por una franja blanca... Junté las manos, primero en el *Namasté*, luego extendí mi palma derecha y susurré: "Heil, Sieg Heil!" Todos pudieron verme. Era la despedida del Guerrero...

* * *

La caravana del funeral fue muy distinta a la de Nehru. Calles abarrotadas; pero más bien silenciosas, con rostros llenos de odio,

de frustración, a veces vociferantes. En el lugar de la cremación había muchos dignatarios extranjeros rindiendo honores póstumos a la mujer mundialmente reconocida: Lord Home, representando a la Reina de Inglaterra; Andreotti, a Italia; John Galbraith, el ex Embajador, había venido por los EEUU.

Esta vez los visitantes no llegaron directamente en sus coches hasta ese lugar. Se había dispuesto un recinto cerrado, desde donde se les transportaría en un autobús. A mí me dieron un trato preferencial, pues la tarde anterior un funcionario joven del Ministerio de Relaciones Exteriores de la India, el Secretario General, me reconoció, demostrándome su afecto, al compartir conmigo su dolor. Me presentó a la Madre Teresa de Calcutta y me ofreció instalarme junto a la pira funeraria, con los parientes y los sacerdotes que officiarían el rito sacro. Rehusé, por consideración a nuestro Embajador. Delante de mí, le dijo a Carlos Bustos: "Perdone, Excelencia, pero usted no se puede imaginar lo que el Embajador Serrano ha sido para la India en los años cincuenta...". "¡Dios mío!", me dije volviendo el rostro y ocultando mi emoción. "Cómo puede decir eso".

De nuevo, allá arriba, sobre el pódium, se daba comienzo a la terrible ceremonia. Los brahmanes, entonando los mantras milenarios, leyendo el Libro Sagrado de los arios. Y Rajiv, encendiendo la antorcha, con su pequeño hijo al lado. Sobre las maderas de sándalo perfumadas, el delicado cuerpo de la Reina Muerta, de la Gobernante sacrificada... Ya se ha prendido el fuego y las llamas comienzan a crepitar. Rajiv arroja el líquido espeso que lo alimentará. Los brahmanes elevan sus voces y su canto, coreado ahora por el pueblo inmenso de la Madre India. Y el grito: "¡Indira! ¡Indira!".

También yo murmuro: "Indira..., no te vayas, no deshagas tu bella forma, permanece con nosotros...".

* * *

Las llamas se elevan hasta el cielo del monzón. Ya no queda nada. El hijo y los brahmanes buscan entre las cenizas algunas joyas, algún anillo, preservado de entre las llamas, para que Rajiv los guarde de recuerdo, o se lo entregue a su esposa, Sonia.

Como un sonámbulo voy en dirección a la Pira. Me encuentro en el camino a John Galbraith y le digo: "Nuestro lugar está allá,

RAJIV GANDHI

February 24, 1990

Dear Miguel Serrano,

Thank you for your words of encouragement and support. You have been a friend and well-wisher of our family and it feels good to know that you have been thinking of us.

Sorry for the delay in acknowledging. I know you will understand !

Yours sincerely,



Mr Miguel Serrano
Casilla 3504
Corres Central
Santiago
Chile

Carta de Rajiv Gandhi. El hijo de Indira me agradece mi "aliento y apoyo" me dice que yo he sido "un buen amigo y sostén afectivo de nuestra familia. Nos sentimos bien al conocer que ha estado pensando en nosotros. Y yo sé que usted entenderá la demora en responder a su carta".



Greetings and
good wishes
for 1989.

Rajiv and Sonia

PRIME MINISTER'S HOUSE,
NEW DELHI

Tarjeta de Año Nuevo de 1989 del Primer Ministro de la India, Rajiv Gandhi y su esposa, Sonia. En la portada viene un dibujo a lápiz del rostro Primer Ministro Nehru, su abuelo.

junto a la pira y a ella; acompañeme”. Se queda silencioso. Y yo sigo hasta llegar a la escala de tablas que lleva al alto estrado. Dejo allí en el suelo mis zapatos y escaló, rodeado de los humildes de este mundo, apoyado, ayudado por ellos.

Estoy junto al lugar donde se deshicieron los bellísimos pies de Indira, que ella utilizó para caminar por esta tierra. Con mis manos juntas, estoy repitiendo lo poco que sé de sánscrito. E imagino la figura que allí estuvo tendida y que ya no es más. “¿Cómo puede ser?”, me pregunto. “¡Ah, es que todo es *Maya*, Ilusión!”... Y comienzo a girar en torno al cuadrilátero, hasta que de pronto me encuentro frente a Rajiv, que está allí, de pie, vestido de *kadhi* blanco, teniendo abrazado a su hijo, quien llora despacio, pero desconsoladamente. Junto de nuevo mis manos, ahora sobre las suyas, le miro profundo a los ojos y le digo: “Señor, yo honro en ti a tu madre y a tu abuelo... ¡Namasté!”.

No me ha reconocido.

Antes de irme recojo unas flores secas de la pira y las llevo conmigo. Aún las preservó, bajo un retrato de Indira y dentro de una urna de cristal.

Otra vez entre la multitud, perdido en medio del pueblo legendario y sagrado, como antaño, sin saber dónde voy. Hasta que oigo la voz conocida de mi chofer, de mi amigo, Michael:

“-*Sahab*, el Embajador me ha mandado a buscarlo. Temió que se perdiera...”.

Sí, me han encontrado... Pero estoy perdido...

RAJIV

Ese mismo día, como en una sucesión monárquica, se ha nombrado Primer Ministro del Gobierno de la India a Rajiv, el hijo.

Isis ha partido, *Horus* la ha reemplazado. Y a él también lo despedazarán, como a *Osiris*.

En el jardín de la residencia de los Primeros Ministros, Rajiv está recibiendo las condolencias y saludos de los dignatarios y embajadores extranjeros. Estoy en la fila y, antes que llegue mi turno, él me ha visto, fijándome los ojos. ¡Ahora, sí, me ha reconocido! Será él quien junte sus manos sobre las mías y, sin retirar su mirada, me lo dice todo con sus ojos. Nunca olvidaré esa expresión de dolor más que humano, de desesperanza, de afecto, como la de un hijo que busca el apoyo y la ternura de un padre (que

Cambrils, 25 de Mayo de 1991

Señor Don
MIGUEL SERRANO FERNANDEZ
Casilla 3504, Correo Central
SANTIAGO DE CHILE

Querido Miguel:

Te escribo unas líneas para darte mi sincero y sentido pésame por la muerte de Rajiv Gandhi.

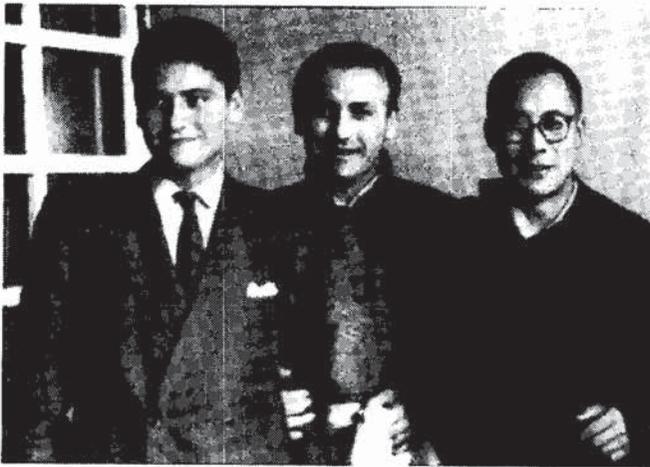
Sabes que algunos amigos de por aquí llegaron a pensar, tiempo atrás, que Rajiv era hijo tuyo; recordarás que te lo comenté en una pasada carta mía, como yo recuerdo ahora tu respuesta.

Es curioso, tú comunicaste a Nehru la muerte del profesor Jung; y ahora se cierra una saga de tres generaciones de buenos amigos tuyos: Nehru - Indira - Rajiv. Has sido Notario de la Historia, Miguel, con toda la grandeza y dolor que ello implica.

Recibe un fuerte abrazo de tu amigo y Seguro Servidor,

Rafael
Rafael Girón Sáez.

Carta de un amigo catalán, a la muerte de Rajiv Gandhi.



Con el Dalai Lama y mi hijo José Miguel, el día que fuimos a recibirle en los Himalaya. El Dalai Lama cumplía veinticinco años.

no tuvo)... Así, me voy alejando, seguido por sus ojos, hasta el día de hoy...

* * *

Le escribí, nos escribimos. Su última carta la recibí no mucho antes de su terrible asesinato, en 1991, en que lo despedazaron, como a Osiris, precisamente.

DESIGNACIÓN

He dicho que el Embajador de los Estados Unidos de América en la India era Harry Barnes, quien, cumplida su misión, había sido designado en Chile para el mismo cargo. Un alto agente de la CIA.

Me lo presentó John Galbraith, en el funeral de Indira. Una corriente de antipatía mutua se produjo de inmediato entre ambos. En Chile, estuvo hasta el atentado contra el General Pinochet.

EL DALAI LAMA

Sólo en el último momento el Dalai Lama logró escapar de la invasión china. El Panchem Lama fue secuestrado y casi nunca, o muy poco, se supo de él en el futuro. Acompañado por algunos lamas, altos dignatarios y seguidores de su pueblo, el Dalai Lama cruzó las altas cumbres y tomó el camino de la India, donde Nehru le daría refugio en Dharmasala, cerca del valle de Kangra, en las estribaciones de los Himalaya, región que ocupa hasta la fecha, cuando no está en el extranjero, lo que sucede la mayor parte del tiempo.

Montando un caballo blanco, Nehru le fue a recibir a los Himalaya. Yo también decidí ir. No en vano mi Orden Sacra regía para el Tíbet y el Hindostán.

Me acompañó mi hijo José Miguel. Le encontramos cerca de Musoori, pueblito de los Himalaya. En homenaje al Dalai Lama, me hice confeccionar una túnica con el brocato regio, regalo del *Maharaja-Kumar* de Sikkim, toda cubierta de swástikas levóginas, de los tiempos del *Bo*, del Tíbet anterior al budismo.

Era el 11 de junio de 1959. Ese día el Dalai Lama cumplía veinticinco años.



Foto que me dedicara el Dalai Lama cuando le fuimos a recibir a los Himalaya. La dedicatoria y la firma (sobre su hombro derecho) se han borrado en el tiempo.



En la recepción que me dieron en mi despedida de India, con mi perrita Dolma.

La recepción fue formal; pero el Dalai Lama no la olvidaría jamás. Insistentemente, quiso que nos tomaran fotos, demostrando gran interés por estas máquinas, que tal vez se las diera a conocer Harrer, cuando aún era un niño.

Le volví a ver en Nueva Delhi a mi despedida de India, y le hablé de mis “desprendimientos astrales”. Rodeado de sus dignatarios, no quiso explayarse sobre el tema. Se refirió, en cambio, a Lobsang Rampa y al mismo Harrer, con escepticismo, afirmando que inventaban muchas cosas sobre el Tíbet.

Entonces le recordé lo que Harrer escribe sobre él en su libro “*Seis Años en el Tíbet*”. Cuenta que, aún muy joven, el Dalai Lama estudiaba en los textos de los *Siddhas* las técnicas para desprender el “cuerpo astral”, el *Lingasarira*. Y le pregunté si también creía posible lograrlo, proyectando a distancia de un modo voluntario el cuerpo psíquico (el *corpus sutil*).

Me respondió: “Sí, se puede. Hay varias etapas en este proceso. Los textos señalan, primero, la concentración en el objeto; luego, la disociación parcial de la mente, cuando se percibe el objeto, se está en él y al mismo tiempo no se está. Y la tercera, cuando ya no se está en el objeto, o cuando se le ha penetrado, o compenetrado, de modo que es lo mismo que no estar ya en él, pues se es uno con el objeto... Para todo esto se necesita disciplina y Maestro apropiado... Es muy peligroso ir por estos senderos sin un Maestro...”.

Midió cuidadosamente sus palabras, rodeado como se hallaba de sus dignatarios, que tomarían buena nota de cada una de sus expresiones.

Nos comunicábamos por medio de un intérprete, pues todavía él no hablaba inglés.

Yo le llevaba de regalo una humilde cerámica de Quinchamali²⁴, un pez negro. “Es el signo de la Epoca de Piscis que termina”, le dije. “Esperemos que en Acuario Su Santidad recupere el Tíbet”.

Me hizo saber que deseaba también darme un regalo, consultándome qué quería. Por decir algo, casi como una broma, respondí:

24. Pueblito chileno, famoso por su cerámica artesanal.



Con Dolma en mi casa de Viena.

Dolma, pintada por
Julio Escámez.



Poco antes de que a Dolma le
pusiéramos una inyección para que
muriera. Tenía cáncer.

“Uno de esos perritos tibetanos de color miel y con el pelo sobre los ojos, que llaman ‘*The Lyon of the Back Door of the Temple*’”(el verdadero nombre es “*Aspro-Lhasa*”).

Y el Dalai Lama mostró su complacencia con una risa espontánea. Aceptaba.

Una semana después me avisaban, de parte del Secretario del Dalai Lama, que podía ir a buscar a su casa el presente. Era una perrita con el nombre de la Diosa tibetana, *Dolma*. Un regalo verdaderamente maravilloso, encarnación de esa Diosa, pienso, o de alguien que quiso venir a la tierra a acompañarme.

La tierna historia de *Dolma* deberé contarla en el volumen IV y último de estas “*Memorias de Él y Yo*”. Si *Dolma* no era *ÉL*, de seguro era *ELLA*, o una parte importante de *ELLA*.

Dolma estuvo conmigo en la cena familiar de despedida de Nehru y la recuperé en Yugoslavia, gracias a Indira. Fue un gesto, un regalo misterioso que me une al Dalai Lama, a pesar de sus errores e inconsecuencias. Me une a su *ÉL*; es decir, a todos los Dalai Lama, más allá de esta encarnación presente.

Tengo una carta del Secretario de Su Santidad que certifica la procedencia de *Dolma*, como hija de un perro del hermano del Dalai Lama y de una perra del Sherpa Tensing, el primer tibetano que alcanzó la cima del Everest, junto a Hillary.

* * *

Cuatro han sido las veces que me he encontrado con el Dalai Lama, de ellas la más importante fue la tercera, durante el funeral de Indira Gandhi. El Dalai Lama también estuvo presente en Delhi, descendiendo de Dharmasala; pero no se movió del “Hotel Ashoka”, ni se mostró en público, para no crear problemas con China, según me declaró él mismo.

Cuando supo que me hallaba en Nueva Delhi me hizo saber que deseaba verme. Y la entrevista se llevó a cabo en sus habitaciones del hotel.

No había tenido tiempo de llevar conmigo mis trajes de la India, mucho menos mi túnica tibetana. Me compré allí una blusa india, de *khadi*, y adquirí una banda de seda blanca para intercambiar en el saludo ceremonial.

Difícil era saber si físicamente él había cambiado. Yo sí, como se puede observar comparando las fotos (pues nos tomaron otra, por supuesto).



Mi segunda entrevista con el Dalai Lama –la más importante–, en Nueva Delhi, durante los funerales de Indira Gandhi.



Diploma de Honor dado por la Sociedad Protectora de Animales de Argentina, por un artículo que publiqué en el diario “La Prensa” de Buenos Aires a la muerte de Dolma, titulada “Dolma, Historia de un Dulce Amor”. Este artículo también apareció en “El Mercurio”, de Santiago de Chile. Es el único premio que he recibido por un trabajo literario. Me llena de orgullo, por tener que ver con los animales.

Hasta ahora nunca he revelado la trascendental conversación sostenida con el Dalai Lama en este encuentro. Si ahora lo hago, se debe a razones que explicaré más adelante.

A pedido de Su Santidad, nos dejaron solos en el cuarto. El inició el diálogo:

“—Con Indira se nos va uno de los últimos gobernantes de la India que nos conocieron cuando dejamos el Tíbet y nos dieron asilo. Me temo que los nuevos no estén tan dispuestos a protegernos... ¿Sabe? La China me ha hecho llegar mensajes para alcanzar un acuerdo. ¿Qué piensa usted? ¿Deberé aceptar?”.

No dudé mucho en responderle:

“—¡Jamás! Mire usted lo que pasa con el Panchen Lama. Con China no se puede entrar en tratos si no se es más poderoso que ella. No respeta pacto alguno; sólo acata la fuerza y el poder”.

“—Nosotros, los tibetanos, hemos cometido grandes errores y hoy lo estamos pagando...”.

Sin saber a lo que en verdad se refería, inicié una extraña exposición:

“—El destino del Tíbet está misteriosamente ligado al de la Alemania del *Tercer Reich*. Caen prácticamente juntos, con muy pocos años de distancia”.

“—Pero no somos arios. Aunque sí una raza muy fuerte...”.

“—El budismo tántrico, el deseo de transmutar el hombre, de recuperar un poder perdido, es ario. Tal vez estén los gigantes blancos *ainos* en los orígenes. Y la *Swástika Levógira* del *Bo...* Creo, Su Santidad, que si el Tíbet cae con Hitler también va a retornar con él... ¿Sabe usted que los “Discos Volantes”, los *Ovnis*, los *Vimanas*, son de Hitler y fueron fabricados por el *Tercer Reich*?”.

No demostró gran sorpresa por mis palabras y sólo me pidió que le aportara pruebas. Le prometí hacerle llegar un documento que circulaba en el Ejército alemán actual y en el de Suiza, de gran interés. Y cumplí, enviándoselo por correo desde Chile. Nunca supe si le llegó, pues, en nuestra cuarta entrevista, en Santiago, se nos impidió conversar. Y él ya había cambiado, encontrándose, al igual que lo estuviera Krishna Murti en sus últimos tiempos, rodeado y prisionero de los agentes del *Gobierno Mundial*.

* * *

MILITARISCHES
TASCHENLEXIKON

FACHAUSDRÜCKE DER BUNDESWEHR

1000 Sachwörter mit 87 Zeichnungen
und 16 Tafeln



ATHENAUM VERLAG BONN

Die Herausgeber Fregattenkapitän Assessor Karl Heinz Fuchs und Friedrich-Wilhelm Kölper sowie der größte Teil der Mitarbeiter gehören dem Bundesministerium für Verteidigung an.

Fliegende Scheiben: Arbeitsdruck für einen kreisförmigen Flugkörper, der aus drastischen Entwicklungen bis zum Jahre 1944 flugfähig geworden war. Ein kugelförmiges Mittelstück stimmt die Bewegung auf, ein aufreißbares, an der Mittelstübe angeordnet, der am Außenrand viele in ihrer Wirkungsrichtung verstellbare Düsen aufweist. Durchmesser des Flugkörpers 44 m. Kann unkonven-

tionelle Flugbewegungen auf- und Hochachse ausführen; soll 1944 bereits 7000 km/h und 12 000 m Höhe in wenigen Minuten erreicht haben. Ähnliche französische Konstruktion wurde nach dem Kriege bekannt. Die deutschen Entwicklungen gingen wahrscheinlich vorwiegend in russische und amerikanische Hände über. Abb. > Ufo.

Ufo: Zum Wort gewordene Abkürzung für „Unbekanntes Flugobjekt“ oder „unidentified flying object“, womit die Fliegenden Scheiben* vorwiegend angesprochen wurden.



Página del "Taschenlexikon", del Ejército de la Alemania Federal de hoy, en la que se dibuja un Ufo y se explica que fue construido por los científicos del Tercer Reich de Hitler.

144

Documento sobre los ovnis del Tercer Reich. Este documento circulaba en los ejércitos alemán y suizo. Se lo hice llegar al Dalai Lama.



Como representante de la más poderosa Orden del Tibet y del Hindostán, recibo al Dalai Lama en Chile.

Vino a Chile traído por alguna de esas numerosas organizaciones de débiles mentales que trabajan, sin saberlo, o talvez sabiéndolo, para destruirlo todo, echarlo a perder todo, que se dicen budistas, sin saber lo que esto significa y son destructoras de las nacionalidades, en beneficio exclusivo del más atroz totalitarismo de un pequeño grupo de criminales, que nos esclavizarán. Y el Dalai Lama, engañado, o ingenuo, se ha prestado para esto, creyendo que así llegará a recuperar su Patria Mágica y podrá expulsar a los chinos. Ha aceptado el “Premio Nobel de la Paz” y deberá ahora pagar el precio, haciendo la apología de la democracia y declarando que la impondrá en un Tíbet “regenerado”, donde él, u otro, será elegido en “votación popular”, pues “*nunca ha sido un Dios*”. Además, llevaría a Lhasa los MacDonaldis y pondría pantalones vaqueros a los lamas, digo yo. Ahora, pienso que habría sido tal vez mejor que aceptara la oferta China, desapareciendo físicamente; pero preservando el *Mito*, con el sacrificio de su persona terrenal. Y me arrepiento del consejo que le diera.

Sin embargo, en Chile, con el esfuerzo que hice para poder romper mágicamente las barreras y llegar hasta él, por un momento, por un solo instante, la magia tibetana, la de la *Swástika* del *Bo*, volvió a brillar en la luminosidad de los Andes Sagrados y como un halo legendario nos envolvió a los dos.

Al verme, esperándole en el aeropuerto, toda su figura se transformó y el Dalai Lama se dirigió directamente hacia mí, olvidándose del resto.

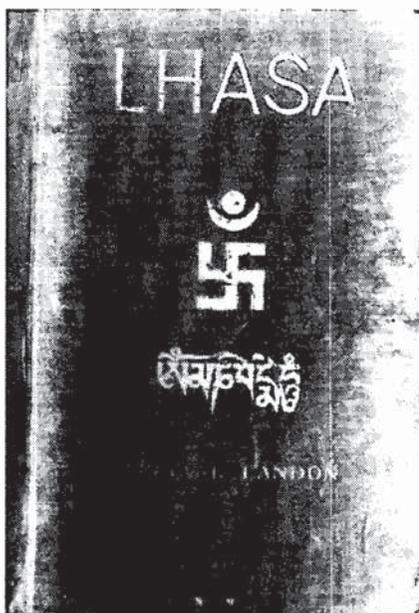
“*Om Mane Padme Hum!*”.

“¡Salve, oh Flor del Loto en el Cieno!”.

EL FIN DE UN GRAN SUEÑO

El Dalai Lama es siempre el mismo, como un *Avatara* que no tiene reposo, que una vez que ha dejado un cuerpo en la tierra, vuelve a ocupar otro, después de un breve lapso, y, a veces, de inmediato, en una reencarnación *sui generis*, por así decir.

Poco antes de su abandono del cuerpo, el Decimotercer Dalai Lama comunicó a los monjes que proporcionaría indicios para el encuentro de su nuevo cuerpo, o encarnación. Muerto y sentado en la posición del loto, en Lhasa, en las sombras de su viejo palacio de Potala, su cadáver cambió repentinamente de posición, volviéndose hacia el este, donde se encontraría el nuevo cuerpo del Dalai



La svástica levórica del antiguo *Bo*, en la portada de un libro sobre Lhasa, del inglés Perceval Landon.

Lama. Poco después, el Oráculo de Lhasa cayó en trance y profetizó que el Dalai Lama sería reencontrado en el Este. Profetizó también que sería el último, pues ya no habría otro.

Mas, los años pasaban, largos años, y el Dalai Lama no reaparecía. El Regente viajó entonces al lago *Cho Khor Gye*, cuyas aguas pueden mostrar el

futuro. Y tuvo ahí una visión. Vio un convento de techo dorado, con tilos azules y, junto a él, una casa humilde. Todo esto quedaba al Este, siempre en el Este.

Caravanas de lamas salieron en busca de la visión del lago. Y un día, allá en el Este, en regiones colindantes con China, encontraron un templo lamaísta de techo dorado, rodeado de tilos azules. Junto a él se levantaba la casa de unos pobres campesinos. Dentro se hallaba, en efecto, el cuerpo del Decimocuarto Dalai Lama, aún niño. Reconoció los objetos que le mostraron y que habían pertenecido a su predecesor, el Decimotercer Dalai Lama; es decir, a su cuerpo anterior.

El niño fue llevado a Lhasa, al inmenso y sombrío Potala, alejado de sus padres, separado del contacto con otros niños, cortado de su infancia. Ya no jugaría más; sólo monjes severos, ascetas de rostros concentrados, lejanos, profundos como el lago de las profecías, le irían entregando, poco a poco, la ciencia de los *Siddhas* tántricos, del budismo lamaísta, junto a la pérdida sabiduría de la Atlántida. En lugar de correr, meditaría; en vez de ir por la larga senda de las caravanas del "Techo del Mundo", aprendería a viajar por los desiertos del alma, a cruzar los pasos de esa ruta interior. Este joven elegido, en aquel extraño y único

procedimiento, por la fe en las reencarnaciones, ya no sería más un hombre, un hijo de campesinos, un individuo; sería un símbolo, un signo de liturgia, una cifra mágica. Empezaba su aprendizaje dentro del símbolo, su vida de leyenda. Este Papa comienza en la cuna. Su drama, como encarnación divina en la tierra, es mayor, pues comienza con la vida. Ningún Papa de Occidente ha sido arrebatado a su madre por la Iglesia en su tierna infancia.

El origen de la extraordinaria organización tibetana no es bien conocido. La misma institución lamaísta, con su Dalai Lama y Pachen Lama a la cabeza, no puede ser muy antigua, si pensamos un promedio de sesenta años para cada Dalai Lama. Catorce Dalai Lama nos darían no más de 840 años. Es decir, habría comenzado en el siglo XII de la era cristiana. Lo que existió con anterioridad a la introducción del budismo mahayánico nos es desconocido. El Tíbet era un país guerrero que invadió hasta China. Los Emperadores de la dinastía Tang hicieron pactos con Cachemira para combatir a su enemigo mortal. El budismo fue llevado al Tíbet como un medio de ablandarlo, con la prédica pacifista de su doctrina. *Patmasambhava* se llama el Maestro que desde la India lleva el budismo al Tíbet. Pero el budismo se transforma al influjo de la misteriosa tradición tibetana. Se hace mágico y se mezcla con el politeísmo hinduista. La tradición de una yoga muy especial y de una técnica psíquica desconocida, cuya existencia es muy anterior al budismo y a la invasión aria de la India, modifica el budismo más allá de su mismo aspecto *mahayánico*. Es la misteriosa tradición hiberbórea de los *Siddhas*, que son anteriores a los arios. Conviene hacer saber algo muy importante: ario significa “nacido dos veces”. Los arios aparecen sobre la tierra con posterioridad a la desaparición de Hiperbórea; tal vez si en los confines de la gran civilización del Gobi (donde verdaderamente se ubica *Aryana Baiji*), y son los que recuperan un poder perdido, *volviendo a nacer, o renacer*. Son los *Re-Ché*, los Super-Hombres²⁵. El *Siddha* es un ser misterioso, semidivino, *re-presentación* del *Divya*, de Dios, sobre la Hiperbórea Polar. Los *Siddhas* han donado a los arios la Sabiduría no escrita, revelada, que enseña cómo lograr la

25. La crucifixión de Wotan en el árbol *Iggdrasil* y su permanencia allí por nueve días y nueve noches, hasta redescubrir el *Futhark* rúnico, que le entregará a los arios, simboliza precisamente esta recuperación de la sabiduría hiberbórea.

inmortalidad del individuo en cuerpo y alma, Sabiduría muy anterior a la posición budista trastrocada y a la *Vedanta*, que aspira a la vuelta al *Uno* y la abolición de la individualidad separada. Los *Siddhas* transmiten el recuerdo a los arios de una técnica que existió alguna vez, en alguna parte sobre la tierra, y que permitió al hombre ser Dios, o más que los Dioses (porque obtiene *conciencia de sí mismo*), alcanzando la totalidad y la inmortalidad.

En la India la tradición cuenta que existen, ocultos en los Himalaya, los *Siddha-Ashrams*. George Roerich me dio el nombre de los lugares de varios de ellos. Para el Tíbet, me mencionó *Tchigat-Tsé*. Ahora bien, era esto lo que precisamente buscaban en el Tíbet los exploradores de la *Ahnenerbe*. Y también yo. Hay un Tíbet anterior al mismo *Bo*, que usa la *Swástika Levógira* y que, de seguro, fue habitado por gigantes arios (*Ainos*), como también lo fuera Tiahuanacu y su misteriosa civilización, de la que derivara la de los Inkas y sus castas. Sin duda que el Dalai Lama, como persona, también por su educación, no pertenece a ese Tíbet. La organización lamaísta elige o encuentra a su Guía Supremo en cualquier clase social, sin tener en cuenta el nacimiento, sino solamente la encarnación. Es decir, una pura aristocracia espiritual. Y yo creo que aquí es donde se equivoca. No basta con la aristocracia espiritual, también cuenta, y en igual medida, la aristocracia racial. Es el error, asimismo, de la Iglesia Católica. El Papa Pío XII, Príncipe Pacelli, por ejemplo, fue muy superior en todo sentido a los que le han seguido, en especial al judío-polaco actual. Pío XII, además, tenía junto a sí a una *soror* germánica.

Con la invasión del Tíbet por China se pierde, sin duda, un gran tesoro. Mi amigo el lama Anagarika Govinda logró escapar, llevándose consigo algunos textos *siddhas*, según él. No lo creo. Hizo, sí, una muy buena traducción de "*El Libro Tibetano de los Muertos*", que fuera editado con anterioridad por Evans-Wentz, y que también prologara el Profesor Jung.

Las civilizaciones tibetana e inkaica fueron extraordinarias. Voluntariamente renunciaron al uso de la rueda y se trasladaban a pie o en *yaks*, a través de las altas planicies y las enormes distancias. Aun, y a pesar de la invasión China, el Tíbet pudo salvarse, si el Decimocuarto Dalai Lama hubiese realmente sido la encarnación de una Divinidad, comprendiendo la fuerza y el poder de su Legado. Y si se hubiese mantenido solitario y en las cumbres

de su *Dharmasala*, librando una Guerra Mental, con la legendaria ciencia y técnica de los *Siddhas*. Al final, habría triunfado. Porque al centro de la tierra, en la *Tierra Interior*, en la “*Tierra Hueca*”, se encuentran las ciudades ocultas de *Agartha* y *Shampula*, donde reside el *Rey del Mundo Interior*, y donde aún permanecen los gigantes *Siddhas*, los que no abandonaron el Tíbet. El Dalai Lama carecía del verdadero *Poder*, también el Pachén Lama, y tuvieron que *abandonar*.

Así y todo, lo repito, el Tíbet pudo salvarse (aun perdiendo aquí); pero el Decimocuarto Dalai Lama le ha dado el golpe de gracia, el golpe mortal, cumpliéndose así la profecía del Oráculo de que será el último y ya no habrá otro. Este Dalai Lama, que fuera mi amigo, se ha hecho “democrático”, se ha rodeado de consejeros e intérpretes judíos; dedicado a viajar por el mundo, a visitar “Disneylandia”, Hollywood, a retratarse abrazado con artistas, con cantantes de rock, creyendo que las democracias y las organizaciones de “derechos humanos” podrán devolverle su Patria Himaláica. Ha terminado así con el último Gran Sueño de su pueblo. Y también de otros más.

Ha profanado el *Arquetipo*.

MI MISIÓN ERA EN EL TIBET

Cuando en 1953 partí a India, en verdad era en el Tíbet donde debía cumplir mi misión. El Kailás queda en los Transhimalaya. Y por eso estuve casi diez años intentando alcanzarlo, girando por todas las puertas que allí llevan y que no se me abrieron. Pareciera que mi destino ha sido pretender alcanzar dos Montes Sagrados en esta vida, el Kailás y el Melimoyu, en las antípodas de la tierra, sin poder instalarme ni penetrarlos físicamente, habiendo fracasado en mis intentos.

Con el Maestro estudiábamos los mapas y leíamos los libros de Sven Hedin²⁶, el gran explorador sueco de los Transhimalaya,

26. Cuando todo terminó, Sven Hedin publicó la siguiente declaración, que aquí reproducimos traducida al castellano y que él firmó de su puño y letra:

“Yo mantengo un profundo e imperecedero recuerdo de Adolf Hitler y lo considero como una de las figuras más grandes de la Historia

de comienzos de siglo y amigo de Adolf Hitler, quien contempló el Kailás, lo fotografió y lo dibujó. Mi Maestro también lo pintó incansablemente, de modo que su cuarto, como el del Maharaja de Sikkim, se hallaba adornado con muchos cuadros con un solo motivo. Leíamos también las expediciones de Roerich en los Himalaya, del profesor Tucci en el Tíbet y esos maravillosos libros de militares ingleses, que viajaron por esas desconocidas o poco transitadas zonas²⁷. Libros de Alejandra David Neal, del mismo

Universal. Ahora, él está muerto, pero su obra vivirá. El hizo de Alemania una potencia mundial.

“Ahora este pueblo se encuentra al borde de un precipicio, porque sus enemigos no pudieron soportar su poder y fuerza creciente.

“Pero un pueblo de ochenta millones, el cual durante años, no sólo se ha mantenido firme ante la agresión de 25 países, sino que también ha luchado, nunca podrá ser aniquilado.

“El recuerdo del gran Führer permanecerá inalterado por los siglos en la memoria del pueblo alemán”.

27. En bellas ediciones empastadas, con dibujos y fotografías realizados hace un siglo, los esforzados expedicionarios narraban sus aventuras en los Himalaya y en el desconocido Tíbet. Intercalaban poemas de Byron:

“Are not the mountains, waves, and skies a part / Of me and of my soul, as I of them? / Is not the Love of these deep in my heart / With a pure passion? Should I not contemn / All objects, If compared with these? And stem / A tide of suffering, rather than forgo / Such feeling for the hard and worldly phlegm / Of those whose eyes are only turned below, / Gazing upon the ground, with thoughts which dare not glow?”.

El capitán Frank E. Younghusband, del “Indian Staff Corps”, lo incluye en su libro “*The Heart of a Continent*”, publicado en 1896. Y agrega:

“Great deads cannot die / They, with sun and moon, / Renew their light / For ever blessing those that / Look on them”.

Sí, “Los grandes hechos no morirán, con el sol y la luna renovarán su luz, bendiciendo a aquellos que los recuerden”. Pero, ¿Será así? ¿Quién piensa hoy en este capitán y en los otros exploradores y sus libros de hace menos de cien años: “*Kashmir*”, del mismo autor, y con bellísimas ilustraciones del pintor Edward Molyneux; “*The Forbidden Land*”, de Henry Savage; “*Lhasa*”, de Perceval Landon, corresponsal especial de “*The Times*”, en 1905; “*Lhasa and its Mysteries*”, de

doctor Juan Marín, mi predecesor en India, y de la Blavatsky, la autora de la *"Doctrina Secreta"*.

El profesor italiano Giuseppe Tucci, autor del "Diario de una Expedición al Tíbet", con un apéndice sobre la "Medicina Tibetana", se llevó de allí tesoros en pinturas y escrituras. Concedor de mi colección de *Tankas*, quiso verla en la Vieja Delhi y me visitó, trayéndome de regalo una estatuilla de bronce de la Diosa *Tara* (*"Mother Earth"*, la llamó). Al igual que mis pinturas, mis alfombras persas y tantos otros tesoros, también ella se perdió en los años, despojándome el Destino de esos sueños, para poder intentar realizar otros, y otros...

Decidí, en el límite de mi búsqueda en la India, visitar al Maestro en Chile, para hacerle un relato del fracaso de mi Misión.

Como el lector se habrá dado cuenta, en este libro voy siguiendo el mismo estilo del relato de los dos volúmenes de *"Memorias"* que lo precedieron, mezclando los hechos y los tiempos, sin mantener una ilación de continuidad formal, sino más bien interior, saltándome al futuro, o volviendo atrás, al pasado y, a veces, al

Austine Waddel; *"Among the Himalaya"*, del Mayor L. A. Waddel; *"Tibet and Nepal"*, de A. Henry Savage Landor; *"The Frontier of Baluchistan"*, de G. P. Tate; *"An Account of the Kingdom of Nepal and of the Territories annexed to this Dominion by the House of Gorkha"*, por Francis Hamilton (formely Buchanan); *"Los Transhimalaya"*, por Sven Hedin; *"Diario de una Expedición al Tíbet"*, del profesor Giuseppe Tucci; *"El Tíbet Misterioso"*, de Fosco Maraini. Nadie les recuerda ya, ni en sus propios países. Esos estupendos ingleses forjaron el Imperio, y de sus esfuerzos y de su raza selecta se aprovecharon otros. Hitler los admiraba y yo también. La mayoría se perdieron en tierras remotas y no regresaron más, como ese mayor que yo encontrara en el *Valle de Kulu*, en las estribaciones del *Rothan Pass*, casado con una mujer del Laddhak y manteniendo en su cuarto un altar con el dios elefante, Ganesha, hijo de Siva y Parvati. O el dentista Hadow, (*"Shadow"*) de Nueva Delhi, que tampoco volvió. Ellos soñaron y realizaron. Al final se perdieron en sus sueños. Algunos dejaron bellos libros olvidados. Pero "sus actos no morirán; ellos seguirán brillando en la luz del sol y la luna" (en la *Luz Increada*) y ayudarán a aquellos, como yo, que *"en cada roca sobresaliente, del difícil sendero, han encontrado una linterna alumbrando con sus sueños"*... De ellos, *"de los que lo recorrieron antes que yo"*...

presente. Pido excusas por ello; porque la vida es eso, por lo menos para el que la sufre o la goza, un abigarrado cuadro, con un solo presente en la memoria. Pero estoy tan inmerso en los recuerdos, que vienen y se agolpan, que, a veces, muy pocas, me regocijan y la mayor parte me hacen sufrir. Es como si estuviera hablándome a mí mismo, sentado junto a esta ventana, mientras contemplo el mar. Y vienen a visitarme los rostros de todos aquellos que ya se fueron, que ya no son.

Sí. Fue con anterioridad a los relatos de mi partida de la India, del funeral de Nehru y de Indira, que yo viajé a Chile a ver al Maestro.

TILAK

AIRYANA VAEJO Y LA NOCHE DE LOS DIOSES

Muy poco antes de mi partida, en una pequeña librería de la Vieja Delhi, tuve el fundamental encuentro con un libro de Lokamanya Lal Gangâdhar Tilak: *"The Arctic Home in the Vedas"* ("El Hogar Artico de los Vedas"), publicado por primera vez en 1903. Tilak fue un erudito y un pensador, además de un luchador por la independencia de la India. Muere en 1920. Su importancia para la verdadera historia de la raza aria de India es tan trascendental como la del doctor Nicolás Palacios para Chile, habiendo ambos vivido y publicado por los mismos años. Estudiando a fondo la literatura védica y asvética, Tilak llega a la conclusión de que esa sabiduría corresponde a un período interglacial y que *Airyana Vaejo* (*Aryana Baiji*) se conecta con la *Ultima Thule* de los griegos, de modo que los indo-arios y los indo-germanos en verdad proceden de una gran civilización polar desaparecida. Algunos versos védicos se refieren a los "Días y Noches de los Dioses", de seis meses de duración polar. El Monte *Meru* se sitúa en el Polo Norte. (El *Kailás* es su forma visible en la tierra actual, como el Ganges lo sería del río invisible, *Swarasati*). *Indra* sostiene ahí el cielo que gira en una antigua y prolongada dirección. La *Noche* o "*Crepúsculo de los Dioses*" señala el fin de la Hiperbórea Polar, donde "no se ponía el sol", de la *Edad Solar*, dando paso a la *Airyana Vaejo* interglacial, hasta la llegada de otra nueva era glacial sobre la tierra. Irán (de ario), India y la Germania antigua sólo recuerdan este suceso en sus leyendas y mitologías, con la existencia de sus Dioses, *Ahura*

Mazda, Indra y Wotan. En la India los *Rishis*, en Irán los *Magi*, en Alemania los *Godi*, en la Céltica los *Druidas*, en Tiahuanacu los *Atumarunas*, entre los selcnam los magos *Jon*, son los guardadores de este recuerdo y tradición. Pero no es la India ya la que los preserva en la “memoria de su sangre”.

Calculando, por un himno del *Rig Veda*, que menciona el equinocio vernal en la constelación de Orión, Tilak llega a la conclusión que astronómicamente esto sólo pudo acontecer cinco mil años A. C., o sea, entre siete u ocho mil años se produce el fin de la *Airyana Vaejo* interglacial y de la presencia de los Dioses inmortales, para dar paso a la de los efimeros hombres. Sí, desaparecen los *Divyas* y comienzan los siete mil años de la peregrinación de los *Viryas*, los héroes, los que serán arios en el Gobi, en el Cáucaso, en el Mar Caspio, en la India, en el Danubio y en Alemania.

Pero la “*Muerte de los Dioses*” presupone la “*Resurrección de los Dioses*”. Noche y Día de los Dioses.

Hubo otra Hiperbórea, hace millones de años, y habrá otra dentro del tiempo, en el Eterno Retorno. Y la poblarán los Hombreres-Dioses resucitados, “*Nacidos Dos Veces*”, con un Yo-Absoluto. Y ya no habrá más.

Sin poder encontrar las entradas a las ciudades sumergidas de Hiperbórea, de nada me serviría ya seguir en India. Había llegado la hora de partir.

COSMOGONÍA GLACIAL EL SECRETO DE LA ANTÁRTICA

“—Maestro, no logré cumplir mi Misión en el mundo exterior. No alcancé el Kailás. Los *lemures* me lo impidieron...”

“—Lo sé; pero no importa. Nada se pierde de un esfuerzo realizado hasta el final. Como Hitler, usted ha ganado la guerra perdiéndola... Sin embargo, no es la hora aun del regreso a Chile. Deberá seguir otras huellas en Europa, buscar ahí más antecedentes. *Chile, mientras tanto, sufrirá grandes males, llegará al fondo de la miseria, para, desde allí, levantarse, hasta llegar a ser un ejemplo para América...* Sin embargo, hay que apresurarse. No me quedan muchos años aquí en la tierra. También este Astro se aproxima a una nueva destrucción apocalíptica... Es Hörbiger

THE
ARCTIC HOME IN THE VEDAS

BEING ALSO A NEW KEY TO THE INTERPRETATION OF
MANY VEDIC TEXTS AND LEGENDS

BY

LOKAMANYA

BÂL GANGÂDHAR TILAK, B.A., LL.B.,

THE PROPRIETOR OF THE 'Kesari', & THE 'Maharatta' OR
NEWSPAPERS, THE AUTHOR OF THE 'Orion' OR
Researches into the Antiquity of the Vedas,
THE 'Gita Rahasya' (a Book on
Hindu Philosophy) etc. etc.

Publishers

Messrs. TILAK BROS.

Gaikwar Wada,
Poona City.

Price Rs. 8

1956

MUNSHI RAM MANOHAR LAL
Oriental & Foreign Book Sellers,
Nai Sarak. DELHI.

El Libro de Tilak, "El Hogar Ártico
de los Vedas".



Lok. Bal Gangadhar Tilak

[Born : 1866.]

[Died : 1920.]

El filósofo y político, Tilak.

quien nos describe este drama cósmico recurrente. (Pues la Tierra volverá, renacerá, y nosotros nunca la abandonaremos, siempre retornaremos aquí)²⁸. (*Visitarán todos los astros y los encontrarán vacíos. Porque están habitados por nosotros mismos...*). La Vía Láctea, según él, es un anillo de hielo que rodea a nuestro sistema solar. Trozos de hielo de enorme dimensión han sido lanzados a una distancia cuarenta veces mayor que la de Neptuno al sol. Y el sol recibe, además, un bombardeo continuo del hielo, que alimenta su energía, la que es distribuida en su superficie y en su interior por las jerarquías angélicas. Hörbiger confirma que las manchas solares son cráteres causados por los impactos de los grandes bloques de hielo cósmico, que se producen por presión y aumento de temperatura, ‘manchas solares’ del tamaño de un continente terrestre. Todo esto tiene influencia en el clima de la tierra. Hörbiger nos dice que la tierra cuenta con dos fuentes de producción de agua: hielo que se disuelve de la Vía Láctea y hielo zodiacal. Si los impactos del hielo que recibe la atmósfera terrestre son de mayor tamaño, se producirán lluvias intensas e inusuales, precedidas por vientos huracanados que desencadenarán grandes tormentas en el mar, con olas gigantescas y sorprendentes en sus costas y playas. Esto va a pasar en Chile, en años cuando yo ya no esté... Un bloque de hielo que penetra en la atmósfera desplaza grandes masas de aire, dejando un enorme vacío, el que se llena con suma violencia cuando se evapora. Es la causa de tornados, maelstrones, ciclones, trombas y catástrofes tropicales, por el momento. Pero luego también se desplazarán a otras zonas de la tierra. Usted lo verá... Son dirigidas por los poderes superiores de los *Siddhas* de afuera, que han decidido acabar con el animal-hombre, con el demonio-hombre, con el gusano-hombre.

“Para Hörbiger, en el Universo existe una enorme Guerra entre el Hielo y el Fuego. Hitler también lo creía así, sintiéndose el representante del Fuego. Por eso envió a sus guerreros a afrontar el hielo de las estepas de Rusia sin ropas apropiadas; pero ardiendo con el fuego interior, con su propio fuego. Es una Guerra Eterna, la que tras una aparente y momentánea derrota del Fuego, volverá a renacer, a recomenzar. Porque el mismo Hielo alimenta

28. El Profesor Jung también me dijo: “El hombre no podrá nunca dejar su Tierra”.

el Fuego Solar, como hemos visto. El Mal provoca el renacer eterno del Bien. Son los Pares de Opuestos de la Creación, del Eterno Retorno de lo Mismo.

“En la destrucción periódica terrestre, la Luna tiene un papel fundamental. Cinco Lunas ya han caído sobre la Tierra. Según Hörbiger, lo que la ciencia considera como hundimiento de las costas es un levantamiento de las aguas, por influencia de la Luna, cada vez más cercana, produciéndose la anegación de los Continentes y las civilizaciones que los habitan. Llegará así el momento en que los hielos polares avanzarán hacia el Ecuador, a medida que la Luna se acerque más y más a la tierra. Entonces los meses serán más cortos por la velocidad de la Luna, que irá creciendo, hasta coincidir su marcha con la rotación de la tierra; esto significa que un mes quedará reducido a un día. ¡Momento espectacular! El cataclismo se producirá cuando la Luna diste de la Tierra cerca de dos veces y media de su diámetro y cuando alcance a dar cuatro vueltas al día en torno del astro. *‘La Tierra aparecerá tan grande como si cubriera la tercera parte de todas las estrellas’...*

“Hörbiger cree que la Quinta Luna fue aprisionada por la Tierra hace unos trece mil años. La actual, la Sexta, era un planeta cuya órbita estaba situada entre Marte y la Tierra. Tenía rotación propia, atmósfera y habitantes. Fueron los que proporcionaron a algunos *lemures*, primitivos seres de la tierra, *robots* del Demiurgo, que antes se habían acoplado con animales, dando origen a los monos...

“Bueno, así desapareció la Atlántida y el continente de Rapa Nui... Pero, ¿sabe usted? No crea que la Atlántida se encuentra sumergida en el Océano Atlántico. Por lo demás, Atlántida viene de Atlas, el Dios que sostenía en la Hiperbórea Polar, sobre el Monte *Meru*, la Columna del Cielo. Con la caída de la Luna se desvía el Eje de la Tierra y se produce el salto de los polos. El Polo Norte pasa a ser el Polo Sur y es allí donde se encuentra ahora, bajo enormes capas de hielo, la Atlántida sumergida e intacta; bajo el hielo y no bajo el mar.

“Siglos después, se secaron las regiones fértiles del Gobi y hoy, bajo sus arenas, se hallarán las maravillosas ciudades de los arios, del periodo interglacial.. También desaparece el verdadero y más antiguo Tiahuanacu. Los humanos buscan refugio en las cavernas de las alturas, como en otro tiempo lo hicieron los hombres sin mente de la Lemuria. Pero los nuestros van a *Shamballah* y

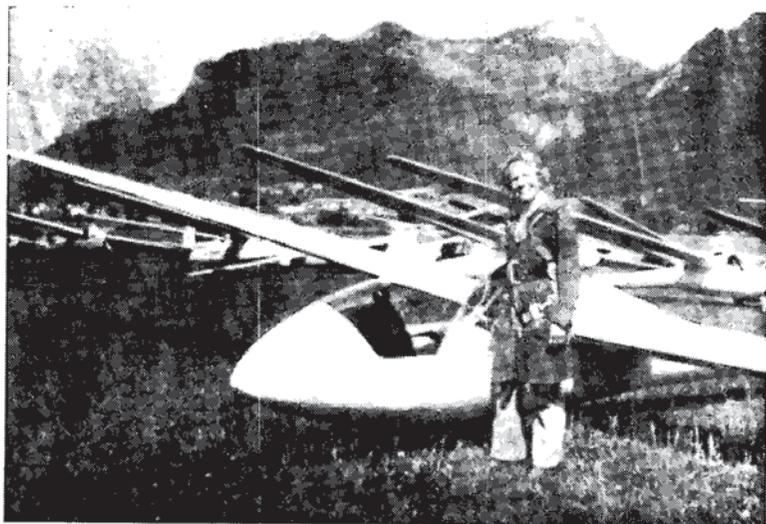
Agartha, a *Paititi* y *Elellin*, a la *Ciudad de los Césares*. Hay una entrada en el Kailás, también la hay en el Melimoyu. Fracasada su búsqueda allí tendrá que continuarla aquí, en este otro Monte Sacro de la Patagonia... Pero no todavía. Además, toda esa búsqueda va dirigida a encontrar los caminos internos y secretos que llevan a la Atlántida, bajo la Antártica... Y, ¿sabe quién los encontró? Adolf Hitler. Por lo demás, usted ya lo sabe, pues estuvo con Él ahí. Su viaje a la Antártica tuvo éxito; pero de lo que ahora se trata es de unir los territorios interiores. Es nuestra Misión, tal como algunos pájaros e insectos transportan el polen de flor en flor, nosotros, los iniciados de la *Orden Sacra*, lo llevamos de *shakra* en *shakra* de la Tierra, siguiendo las *Líneas Ley*, en las regiones *geománticas* del planeta, para que la Tierra pueda renacer e inmortalizar su alma, junto con la nuestra, después de la catástrofe. También, para que Adolf Hitler nos reciba junto a sus huestes y en sus *Vimanas* podamos emerger junto a Él, desde la *Tierra Hueca*, desde la *Atlántida*, a librar el *Último Combate* y triunfar. Ahí, en la Atlántida recuperada, en la Hiperbórea del Polo Sur, Él ha preservado a la raza blanca, agonizante en la superficie de la tierra... Le doy las gracias por su esfuerzo... Pero los Maestros, los Brahamanes lo esperan. Tiene que llegar a merecerlos. Tiene que continuar... Ya en los poemas de gesta hindúes, en el *Bhagavad-Gita*, en el *Ramayana*, se habla de los *Vimanas*, redescubiertos por la 'Otra Ciencia' del Tercer Reich...".

Así habló el Maestro.

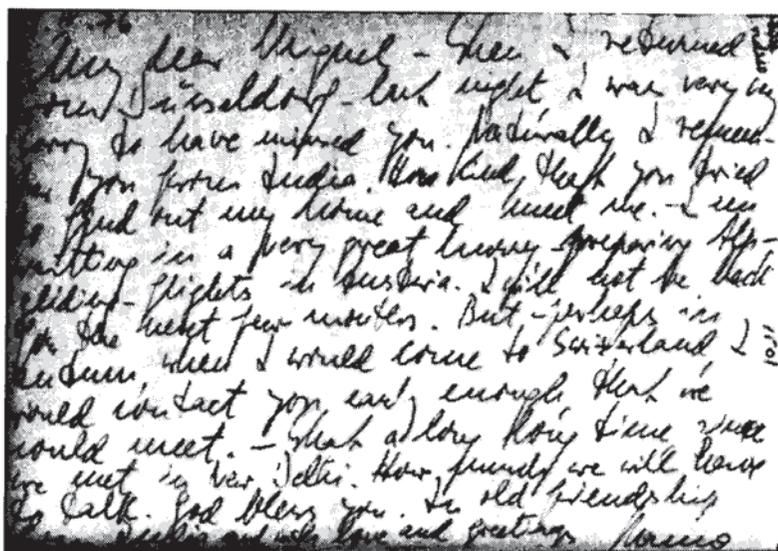
HANNA REITSCH

Regresé rápido de mi viaje a Chile a preparar la partida de India, a despedirme de mis queridos amigos. De mis amigos eternos, que con tanto afecto me acogieron y ayudaron en mis trabajos diplomáticos y en mi afanosa búsqueda, durante los casi diez años de mi permanencia en su "sobreviviente" tierra.

Todo esto ya lo he dicho; pero lo que no he contado es que una mañana, al abrir el periódico de Nueva Delhi, me encontré con la increíble noticia de que se encontraba en India, como huésped del Primer Ministro Nehru, la famosa aviadora de Hitler, la piloto alemana de prueba, Hanna Reitsch.



La aviadora de la Alemania nacionalsocialista Hanna Reitsch, junto a su planeador.



Reverso de la foto anterior, con una carta que me escribiera en inglés Hanna Reitsch.

Fue ella quien, junto con el último Comandante en Jefe de la Aviación del Tercer Reich, General Ritter von Gray, estuvo con Adolf Hitler en el *Bunker* de Berlín, poco antes del final.

Tras mi viaje a Chile y mi especial conversación allí, esto era uno de esos sincronismos mágicos que se repiten en mi existencia hasta el día de hoy.

Pedí a mi secretario que averiguara dónde se hospedaba la aviadora nazi. Se hallaba alojada precisamente en la casa del Primer Ministro Nehru. Le hice llegar una invitación para almorzar en mi Embajada el próximo día. Y aceptó.

Fue esa una reunión de los dos solos, que se extendió hasta avanzadas horas de la tarde, en una conversación sin reposo, ni interrupciones.

Mi oculta intención no era otra que insinuarle la posibilidad de un vuelo secreto al Polo Sur, en busca de la entrada a la "*Tierra Hueca*", a la perdida Atlántida. Pero antes tendría que descubrir quién era en verdad Hanna Reicht, qué sabía y qué pensaba.

Muy menuda, delgada, bajita; en su rostro surcado por arrugas se marcaba un gran sufrimiento. Se encontraba en India para dar clases de vuelo sin motor (*gleider*) a los pilotos indios, especialmente invitada por Nehru. Me contó su vida. Desde pequeña manifestó su especial interés por los aviones y los vuelos. Perteneciente a una familia tradicional y cristiana, con nostalgia recordaba su niñez, rodeada de afecto, de civilización, de cultura; en su casa, antes de las cenas de la tarde, se "hacía" música en la gran sala, cada uno tocando un instrumento, su padre, su madre y sus hermanos. Luego, Adolf Hitler y los sueños de grandeza para su pueblo. Había llegado a ser una gran aviadora (mucho más que Anesia Piñeiro Machado), especializándose en los arriesgados vuelos de prueba de los nuevos aviones de guerra. Fue así como voló en los primeros B-1, un misil-avión, que luego se usaría contra Inglaterra. Y tuvo un terrible accidente. En el hospital, recibió de parte del Comandante en Jefe de la Aviación alemana, Hermann Goering, un enorme ramo de flores, por una sola vez. En cambio, Heinrich Himmler, el Jefe de la "*Gestapo*", le envió todos los días tres rosas y una caja de chocolates. Al dejar el hospital, su familia le aconsejó ir a ver al temido Jefe de la Policía, para agradecerle su gesto. Fue de este modo como se encontró por primera vez frente a Himmler, me contaba Hanna Reitsch. Y, con sorpresa, descubrió un hombre culto y con sentido de la tradición religiosa, quien le citó

de memoria párrafos de los Evangelios. (Como Goebbels, Himmler se había educado en los jesuitas). Le ofreció recibirla cada vez que ella lo necesitara.

Y la ocasión se presentó en plena guerra, cuando un amigo diplomático, en servicio en Estocolmo, viajó a Alemania de vacaciones y le contó que en Suecia se corría el rumor de que en el *Reich* se estaba asesinando a los judíos. Hanna decidió averiguarlo directamente con Himmler y le solicitó una audiencia. Se la dio de inmediato. Cuando le expuso su preocupación y el origen de la misma, Himmler se quedó mirándola fijamente y le preguntó:

“¿Y usted lo cree, Hanna?”.

Ella le respondió:

“—Si no es verdad, desmíentalo”.

Al otro día todos los periódicos de Alemania desmintieron aquel rumor.

“—Más adelante”, me decía Hanna, “se me presentó una nueva oportunidad. Por mi profesión como aviadora, pude verificar que no existían armas nuevas ni especiales y pensé que se estaba engañando a Hitler con informaciones falsas. Quise ver de nuevo a Himmler para solicitarle que me consiguiera una audiencia con el *Führer*. Hablé con él por teléfono, pues se hallaba en Berchtesgaden. Me dijo que iba a intentarlo y que me llamaría de vuelta. Así lo hizo y la audiencia con Hitler me fue concedida”.

Hanna me describió esta entrevista que para ella resultó desconcertante. Hitler la escuchó sólo al comienzo; pero cuando quiso explicarle lo de las armas inexistentes, se “desconectó” y se puso a hablar de otras cosas y por su cuenta, sin escucharla más.

“—Fue desilusionante”, me decía.

Aquí ya empecé a tomar distancias, pues comprendí intuitivamente y me hice un cuadro de lo sucedido. Era de todos modos absurdo ir a hablarle al *Führer* sobre las armas secretas, asunto de su privacidad y dirección exclusiva y que, por lo tanto, y por ser secretas, tendrían que mantenerse fuera del conocimiento de Hanna Reitsch. Los *Vimanas*, los “Discos Voladores”, por ejemplo.

Hanna me confesó que ella siempre había pensado que su misión sería alguna vez rescatar al *Führer* en avión desde la Cancillería. Por ello, cuando aún convalecía de su accidente y a pesar de tener prohibición de volar, se hizo de un avión monomotor y sobrevolaba Berlín y la Cancillería. Los soldados con tanques y



Con Hanna Reitsch en India.

armas antiaéreas la veían pasar y no le disparaban. “Porque un soldado alemán jamás lo hará contra un pequeño avión desarmado”, me agregaba.

Y así llegó para Hanna Reitsch, al final de la guerra, la oportunidad de poner

en práctica sus pretensiones de rescatar a Hitler del *Bunker* de la Cancillería.

Como se sabe, en Alemania hubo muchas traiciones, además del atentado contra Hitler. La Masonería, desde los tiempos de Federico el Grande, tenía adeptos en la oficialidad prusiana. Provocó la guerra, con el ataque a Polonia, en estrecho contacto con Inglaterra. Y un espía, como Canaris, contó hasta con la protección de Himmler. Heydrich lo había descubierto y fue asesinado por esto mismo. André Brissaud cuenta en su libro, *“Hitler et las S.S. Noir”*, que Himmler hizo desaparecer los documentos condenatorios de los archivos de Heydrich. La traición fue tremenda y generalizada. La detalla el coronel Ernst Remer en su libro *“Werschwörung und Verrat um Hitler”*, (“Conspiración y Traición contra Hitler”) y también Otto Skorzeny en su obra póstuma, *“La Guerre Innconue”*. Y Leon Degrelle me la reveló personalmente, al relatarme su última visita al Cuartel General de Himmler, en un Berlín sitiado y bombardeado. Su sorpresa fue grande al ver que mantenía todas sus luces encendidas, mientras el resto de la ciudad se hallaba a oscuras. Y cuando saludó, levantando el brazo

y exclamando “*Heil Hitler!*”, nadie le respondió. “Ni siquiera se pararon de sus asientos”, agregaba. Landich, autor de “*Tiempo de Lobos en Thule*”, quien fuera el Jefe del Contraespionaje de las S.S. en Viena, me confesó que habían planeado tomar prisionero a Hitler y hacer la paz con los occidentales, para continuar la guerra únicamente contra Rusia.

Himmler fue expulsado de su puesto por Hitler, por haber entrado en conversaciones con los dirigentes del judaísmo mundial, a la vez que ofrecía la paz a los aliados. Y otro tanto hizo con Goering, cuando le propuso substituirlo en su cargo de Jefe del *Reich*. Fue entonces cuando entró en acción Hanna Reitsch.

Hitler reemplaza a Goering en su cargo de Jefe Supremo de la Aviación del *Reich* por el General de Aviación Ritter von Gray, y le ordena venir a Berlín, desde Berchtesgaden, donde se encontraba con Goering, en su Cuartel General. Esta era una empresa muy difícil y peligrosa, pues ya la capital del *Reich* se hallaba totalmente aislada por la aviación y fuerzas soviéticas. Von Gray recordó que la piloto, Hanna Reitsch, conocía al detalle los alrededores de la Cancillería, por sus vuelos no autorizados de años anteriores, y decidió llevarla consigo. Para ello solicitó el permiso de la familia de Hanna, pues el vuelo era casi suicida en esos instantes. Sus padres se sintieron halagados, me contaba Hanna, de que su hija hubiera sido la elegida para esa empresa heroica por el Jefe de la Aviación alemana. Y fue así como emprendieron el vuelo hasta el aeródromo de Berlín, donde cambiaron por un avión para una sola persona; pero, como ella era tan pequeña, logró instalarse detrás del General von Gray, que lo pilotaba. Varios aviones de caza los protegieron, siendo derribados uno tras otro, también el de ellos fue alcanzado por los disparos de un caza soviético, hiriendo un proyectil al General, quien perdió el conocimiento. Hanna logró tomar los comandos de la máquina y realizó la hazaña de aterrizar en una calle cercana al *Bunker* de Hitler. Allí llegó una ambulancia y los transportó al interior.

Mientras se encontraba en la enfermería del *Bunker*, acompañando al herido, apareció Hitler. Venía a ver a su General. “Me puso la mano en el hombro”, me decía Hanna, “y me declaró: “—Estoy orgulloso de la mujer alemana. En medio de tantas traiciones, usted me ha demostrado su lealtad”.

“El *Bunker* era silencioso y confortable, el piso estaba alfombrado, aunque no había calefacción. Allí me encontré por primera

vez con Eva Braun, una mujer corriente en su tipo. Como hacía frío, me prestó su chal. También estuve con la señora de Goebbels, quien se preocupaba mucho por sus hijos. Nosotros quisimos quedarnos hasta el final con Hitler; pero él no lo permitió. Ordenó al General von Gray salir del *Bunker* y juntar todos los aviones disponibles para realizar un ataque contra las líneas rusas que cercaban la ciudad. Nos entregó personalmente unas cápsulas de veneno, aconsejándonos tomarlas en caso de caer prisioneros de los soviéticos”.

El General Ritter von Gray cumplió las órdenes de su *Führer* y con los últimos aviones disponibles atacó al enemigo que cercaba Berlín.

Hanna y von Gray fueron hechos prisioneros por los americanos. Von Gray se suicidó en su prisión de Núremberg. Según Hanna lo hizo para no tener que declarar en contra de Goering, a quien culpaba del desastre de la aviación alemana. “Si hubiera vivido, se habría divorciado para casarse conmigo”, me confesó.

Mucho de lo que aquí cuento habrá salido después en sus memorias, pienso; pero no lo sé, pues no las he leído. Al recordar esos tiempos, Hanna Reitsch lloró. Mientras estaba en prisión, los norteamericanos le ofrecieron liberarla a cambio de que fuera a colaborar con la aviación de su país. Ella se negó, acusándoles de ser sus enemigos y haber destruido sus ciudades en bombardeos indiscriminados. Le pidieron pensar su ofrecimiento y volvieron al siguiente día, para encontrarse ante igual negativa. “Pero usted no podrá vivir sin volar”, le dijeron.

“Y así es”, me confirmó ella. “Por eso estoy ahora en India y mañana en Gana, haciendo de instructora de pilotos de guerra y de vuelo sin motor”.

Al final de nuestra entrevista ella me hizo una confesión, pidiéndome que la guardara en secreto, —“para no desilusionar a sus viejos camaradas nazis”—: Se había reconvertido al cristianismo, que era la religión de su familia. Lo había hecho “por un sacerdote que la visitó en la prisión y la reconfortó en esos duros y difíciles momentos”.

* * *

Asistí a una conferencia que Hanna Reitsch dio en Nueva Delhi. Luego me hizo llegar desde Alemania, con un Conde ruso,

de apellido vam Palan, me parece, un disco con el “Concierto para Violín” de Beethoven, y ya no la volví a ver hasta muchos años después, cuando me hallaba en Suiza y pensaba regresar definitivamente a Chile, con los militares ya en el poder. Creí posible hacerla invitar, al mismo tiempo que convencerla de realizar un “vuelo secreto” (como esos que ella hiciera en otros tiempos en Berlín) a la Antártica, para penetrar por la “abertura polar”, a la “Tierra Hueca”, a la Atlántida, donde se hallaba el *Führer*.

Pues, tal como cuento en mis libros “*Adolf Hitler, el Último Avatara*” y “*Manú. Por el Hombre que Vendrá*”, Hitler no murió en Berlín y tampoco perdió la guerra. Con mucha anterioridad, ya en 1938, había descubierto el camino oculto a la Atlántida, bajo los hielos del Polo Sur, y sus submarinos allí llegaban. Tras el fracaso de la “Misión de Rudolf Hess”, Hitler comenzó a preparar su “*Triunfo paralelo*”, por así llamarlo, transportando lo mejor de su raza, a jóvenes líderes, hacia el “*Oasis del Hielo*”, hacia el “*Paraíso Inexpugnable*”. Sólo necesitaba su Arma Definitiva, lograda gracias al dominio de la *Implosión*: el *Vimana*, el “*Disco Volante*”. Y éste llegó con la ayuda de *Aldebarán*...

Himmler fue dejado afuera, también otros dirigentes, por razones que sólo Hitler conoció. Al saberse marginado de un gran secreto (de la verdadera “*Operación Barbaroja*”, de la *Resurrección en los Hielos del Polo Sur*, que comenzó a concretarse junto con el ataque a Rusia), Himmler consumó su traición.

* * *

Hanna Reitsch era otra cuando la reencontré, después de más de diez años, en su departamento de la ciudad de Frankfurt, en la Alemania Federal. El proceso de transformación, que ya se había iniciado cuando la viera en India, de la heroica aviadora nazi en la militante cristiana, con un “cerebro lavado”, había llegado a su culminación. Cenando los dos a solas, dejé que ella hablara primero, antes de revelarle mi plan. Muy pronto caí en la cuenta de que nada tenía que hacer. Sin preámbulos, empezó “*develándome*”, según ella afirmaba, “el drama de los últimos días de la guerra, conducida a un catastrófico final por un Hitler drogado y drogadicto”... Lo había venido a descubrir ahora, cuando invitó para conversar a dos médicos, uno partidario del Nacionalsocialismo y el otro contrario, que habían estado con Hitler y coincidían en la

apreciación... “Por seis meses, a cada uno lo tuve aquí, donde usted está sentado, interrogándolos...”.

Realmente, yo no salía de mi estupor. La interrumpí:

“—Hanna, pero usted me dijo en Nueva Delhi que en su visita al *Bunker*, cuando Adolf Hitler vino a la enfermería y le puso su mano en el hombro, para agradecerle... Usted le vio... ¿Le pareció un hombre drogado?...”.

Hanna Reitsch palideció. Se calló, tragó saliva. Y después de un largo silencio, tomando su copa, con mano temblorosa, musitó:

“—No..., no me pareció...”.

De ahí en adelante nuestra conversación tomó un rumbo distinto. Me contó de las dificultades que había tenido que afrontar para sobrevivir. Hans Rudel la había invitado a dejar Alemania e irse a Paraguay. Otto Skorzeny, en cambio, la había comprometido, al retratarse con ella en un aeropuerto. Pero Hanna había deseado permanecer en Alemania y trabajar en su propio país. Por otra parte, los aviadores ingleses y norteamericanos la habían invitado, homenajéandola. Y yo me decía: “Sólo ha faltado que lo haga Israel”...

Casi al final de esa cena, me decidí a preguntarle si creía en los *Ovnis*, en los “Discos Volantes”. Me respondió que había conversado al respecto con von Braun y que él creía en su existencia; pero que “procedían de enormes distancias del Universo”.

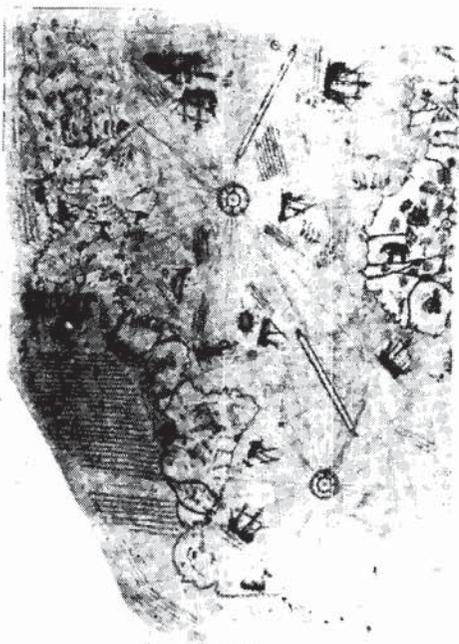
“De Aldebarán”, me dije.

“—Von Braun está con un cáncer muy avanzado... Y, a propósito, también el sacerdote que me reconfortara en la prisión, mi mentor, se halla hospitalizado con el mismo mal. Todas las mañanas, a primera hora, voy a acompañarle y a leerle los borradores de mis memorias. Es como una confesión. Y él las aprueba... Le ruego que usted rece por él”.

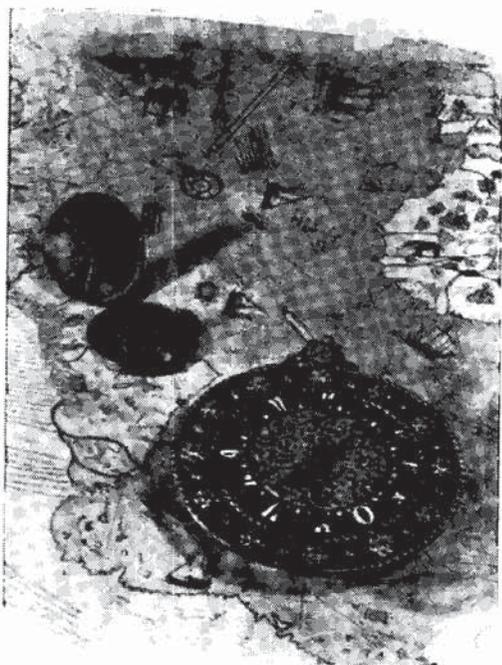
“—¿Sabe usted”, le dije, “que von Braun seguramente conocía que sus compatriotas científicos y sabios ya habían dominado la *Implosión*? Sin ella no habría existido la verdadera bomba atómica, que Hitler tuvo y no quiso usar, por ser innecesaria ya para su verdadera “*Operación Barbaroja*”. Von Braun desvió y mantuvo a la ciencia occidental americana centrada en la *Explosión*”.

Así me despedí de ella para siempre.

* * *



El misterioso mapa de Piri Reis. Al igual que las líneas de Nasca, pareciera haber sido diseñado desde gran altura.



El mismo mapa de Piri Reis con unas brújulas sobre él.

De aquellos tiempos, sólo dos mujeres conozco que permanecieron fieles a Hitler y sus Ideales, hasta el final: Savitri Devi, "quien no le vio y creyó", y Winifred Wagner, que era inglesa. Una tercera, aún viva, es Florentine Rost van Tonningen, holandesa.

Hanna Reitsch no llegó al final de su "trágico vuelo". Tampoco la genial cineasta Leni Rifensthal. Les faltó coraje e integridad moral.

Sin embargo, es curioso, porque en el tiempo de la *Gran Disolución*, cuando se aproxima el final de una Era y de un Mundo, son las *Madres* las que toman las *Lámparas Sagradas* y las proyectan hacia la *Resurrección*.

Porque los Héroes han muerto en el Combate.

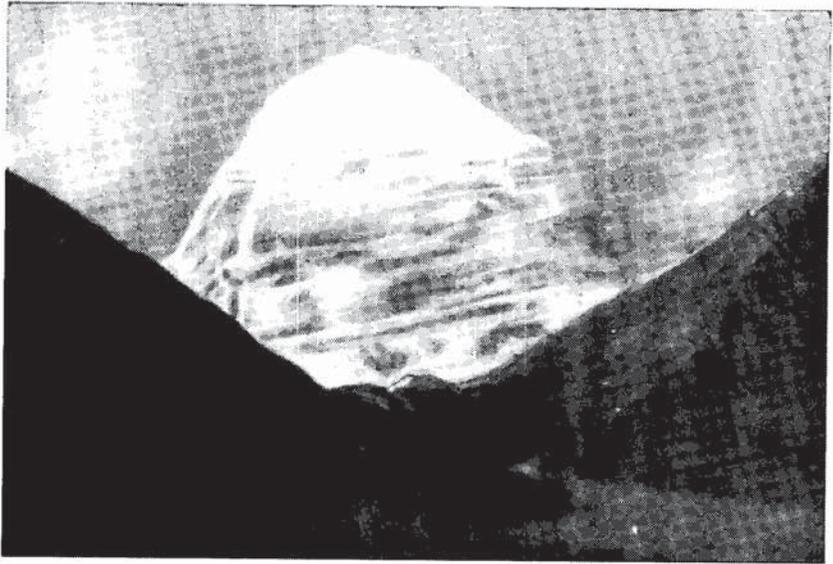
Y serán las Sacerdotisas del Hitlerismo Esotérico, las que seguirán manteniendo la Luz del Atardecer, cuando yo ya no esté.

LOS ASHVINOS

Ellos son los *guerreros gemelos* de la India, venidos de Hiperbórea; o quizás, de *Airyana Vaejo*. Tal vez uno se llame *Ar-Bar-Is (Avris)*. Son dos camaradas, dos amigos, que van tomados de la mano. Ellos han muerto muchas veces, la última fue combatiendo en las Termópilas. Pueden haber sido Jasón y yo.

Les vi una vez, hace muchos años, caminando bajo el mar. Y creí que fueran dos suicidas. Lo escribí en el prólogo de mi libro sobre la Antártica, "*Quién Llama en los Hielos*", en el capítulo "*El Mar*". Pueden haber sido también *Castor y Polux*, el Mortal y el Inmortal, el Hielo y el Fuego. La constelación de *Géminis*, que se sumerge en las aguas cósmicas, intentando suicidarse, para producir la más tremenda tragedia, como lo hiciera Júpiter, cuando comenzara a escribir estas "*Memorias*".

Arktiko y Antárktiko, Hiperbórea y Lemuria, Hielo y Fuego, Hombre y Mujer; Polos de Opuestos, sin los cuales no habrá nunca Muerte, ni verdadera *Resurrección*.



Quien me enviara esta pintura ha escrito en su reverso: "El Trono de los Dioses".



El sagrado monte Melimoyu, réplica en la "Hiperbórea del Sur" del Kailás y del Meru.

EPÍLOGO

Hoy, martes 10 de marzo del año 108 de la Era de Hitler (1998 de la Era Judeo-cristiana), doy término al Tomo Tres de las *"Memorias de Él y Yo"*.

En diez hay dos cincos, y a las cinco de la tarde de hoy serán tres cincos: 555; el número hiperbóreo de la *Kábala Órfica*, la *Hyrania-Garba-Kabda*, la *Kábala Aria*. Y este Número es también el de mi Castillo, en el que habito en la vieja ciudad de Valparaíso, en la Avenida Alemania, de la Alemania antigua, y donde he escrito los tres volúmenes de estas *"Memorias"*.

No pensé que fueran cuatro tomos al final; pero sucede que al haber abierto las compuertas de la memoria, los recuerdos me han inundado, como la gran ola que, según dicen, sumergió a la Patria Primigenia. Y los rostros de los muertos, de los desaparecidos, vienen y se agolpan, junto con sus quehaceres, pidiéndome que los traiga de nuevo a la luz de los antiguos días y que estampe sus nombres en las *"rocas sobresalientes"*, para que *"allí queden brillando, con sus antorchas encendidas, como señales para los que después vendrán"*... Si es que vienen.

Y a pesar de que les digo: *"¡Ya no hay tiempo, ya no hay tiempo; porque se acabó el tiempo!"*, ellos no me escuchan, insistiendo y repitiendo el verso legendario de las *"Edda"*. *Graba nuestros nombres en la Piedra de tu alma, en la Roca de los Andes. Y tal vez algún día lo encontrarán allí las nuevas generaciones. Pero grábalos en Runas, en el idioma incomprensible y sacro. Porque sólo lo que no se entiende será eterno. Y aunque nadie jamás lo lea.*

Así lo haré, así lo haré. ¡Os lo prometo!

Y el próximo Libro, que voy a comenzar, y que será el último, porque ya no hay más que decir, ni nada que recordar, se referirá a mi postrera búsqueda en un Occidente que ya desapareció, que ya no es más y a mi regreso definitivo a Chile, en busca de las entradas en el Monte Sagrado de la Patagonia, el *Melimoyu*, antípoda del Kailás y reflejo también terrestre del Monte Espiritual y *"Análogo"*, *Meru*. Con el afanoso intento de juntar lo mejor de la juventud de este Sur del Mundo, de la Hiperbórea del Polo Sur.

Se describirá también la atmósfera de un Chile bajo el Gobierno Militar y el régimen de consumismo desenfrenado, con los esfuerzos personales hechos para desvincular totalmente al

Nacionalsocialismo y al Hitlerismo de cualquier compromiso con ese régimen, con la sociedad de consumo, el supercapitalismo y la usura.

Y fue gracias a mí que esto se logró.

El Libro último de estas “*Memorias*” deberá terminar como una “*Sinfonía del Sincronismo total*”, entre el Drama de la Patria Mística, del Paisaje del Sur del Mundo y la *Resurrección del Alma del Hombre-Dios*.

¡Extraño Libro!

Me lo dicta ÉL...

* * *

*Tres han venido; pero el cuarto no está aquí.
¡Y él es el que piensa por los otros!*



Cerrando la puerta de este libro.

OBRAS DE MIGUEL SERRANO

ANTOLOGÍA DEL VERDADERO CUENTO EN CHILE

Castellano: Santiago, 1938.

UN DISCURSO DE AMÉRICA DEL SUR

Castellano: Santiago, Gutenberg, 1939.

LA ÉPOCA MÁS OSCURA

Castellano: Santiago, 1941.

LA ANTÁRTICA Y OTROS MITOS

Castellano: Santiago, 1948.

NI POR MAR, NI POR TIERRA... Historia de una generación

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1950.

Abreviadas: Santiago, Ed. Nascimento, 1974. Buenos Aires, Kier, 1979.

QUIÉN LLAMA EN LOS HIELOS

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1957. Barcelona, Ed. Planeta, 1974.

Abreviada: Santiago, Ed. Nascimento, 1974.

LAS VISITAS DE LA REINA DE SABA (Prólogo de C. G. Jung)

Castellano: New Delhi, Ed. Nascimento, 1960. Bs.As., Kier, 1970 y 1979.

Inglés: Asia Publishing House, 1960. London, Routledge & Kegan P., 1972. New York, Harper and Row, 1973. Toronto, Fitzhenry, 1973.

Alemán: Freiburg... im Breisgau, Aurum Verlag, 1980.

LOS MISTERIOS

Castellano: New Delhi, 1960.

Inglés: New Delhi, 1960.

LA SERPIENTE DEL PARAÍSO

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1963.

Abreviadas: Bs.As., Kier, 1970 y 1978. Santiago, Ed. Nascimento, 1974.

Inglés: London, Rider and Co., 1963 (sin abreviar). N.Y., Harper & Row, 1972. London, R. & Kegan P., 1974. Delhi, Vikas Publ. House, 1975.

Japonés: Tokyo, Hirakawa Schuppan Sha, 1984.

EL CÍRCULO HERMÉTICO. De Hermann Hesse a C. G. Jung

Castellano: Stgo., Zig-Zag, 1965. Bs.As., Ed. Kraft, 1968. Bs.As., Kier, 1973, 78, 82, 90 y 94. Stgo., Ed. Nueva Universidad, 1974. Madrid, Grupo Libro 88, 1992.

Inglés: London, R. & Kegan P., 1966 (2ª ed.), 71, 72, 74 y 77. New York, Schocken B., 1966 y 1988. Einsiedeln, Daimon Verlag, 1997.

Alemán: Zürich, Rascher Verlag, 1968. Rotterdam, Lemniscaat, 1975. Einsiedeln, Daimon Verlag, 1997.

Portugués: São Paulo, Editora Brasiliense, 1970.

Japonés: Tokyo, Merumetikku Sakuru, 1974. Tokyo, Misuzu Shobo, 1985.

Italiano: Milano, Astrolabio, 1976.

Farsi: Thehran, 1983.

Griego: Athens, lamvlichos Publications, 1989.

- Francés: Genève, Georg Éditeur, 1991.
 Serbo-croata: Beograd, Plavi Jahac, 1994.
- LA FLOR INEXISTENTE**
 Castellano: London, Routledge and Kegan Paul, 1969.
 Inglés: London, R. & Kegan Paul, 1969 y 78. New York, Schocken Books, 1970. N. York, Harper and Row, 1972
 Alemán: Basel, Sphinx Verlag, 1984.
- ELELLA. LIBRO DEL AMOR MÁGICO**
 Castellano: Bs.As., Kier, 1973, 1978 y 1992. Stgo., Ed. Nueva Universidad, 1974.
 Inglés: N.Y., Harper and Row, 1972. Toronto, Fitzhenry, 1972. London, R. & Kegan Paul, 1973.
 Alemán: Basel, Sphinx Verlag, 1982.
 Farsi: Thehran, 1983.
 Francés: Hélette, Les Editions Harriet, 1998.
- EL CÍRCULO HERMÉTICO, EL ETERNO RETORNO, ELELLA**
 Castellano: Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974.
- NIETZSCHE Y EL ETERNO RETORNO**
 Castellano: Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974.
- TRILOGÍA DE LA BÚSQUEDA EN EL MUNDO EXTERIOR. Ni por Mar ni por Tierra (abreviado); Quién Llama en los Hielos; La Serpiente del Paraíso (abreviado).**
 Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1974.
- EL CORDÓN DORADO. HITLERISMO ESOTÉRICO**
 Castellano: Santiago, Edicioneself, 1978. Bogotá, Ed. Solar, 1986 y 1992.
 Alemán: Wetter, Teut Verlag, 1987.
- NOS. EL LIBRO DE LA RESURRECCIÓN**
 Castellano: Buenos Aires, Kier, 1980.
 Inglés: London, Routledge and Kegan Paul, 1983.
- NIETZSCHE Y LA DANZA DE SIVA**
 Castellano: Santiago, Edicioneself, 1980.
- LOS PROTOCOLOS DE LOS SABIOS DE SIÓN Y SU APLICACIÓN EN CHILE**
 Castellano: Santiago, Cedade-León, 1981 y 1988.
- ADOLF HITLER, EL ÚLTIMO AVATARA**
 Castellano: Stgo., Ed. La Nueva Edad, 1982. Bogotá, Ed. Solar, 1986 y 1995.
- EL CICLO RACIAL CHILENO**
 Castellano: Santiago, 1982 Y 1985.
- NACIONALSOCIALISMO, ÚNICA SOLUCIÓN PARA LOS PUEBLOS DE AMÉRICA DEL SUR.**
 Castellano: Santiago, 1986.
- LA RESURRECCIÓN DEL HÉROE**
 Castellano: Santiago, 1986. Bogotá, Ed. Solar, 1987 y 1996.
- CONTRA LA USURA**
 Castellano: Santiago, 1987.
- EL PLAN ANDINIA. Estrategia Sionista para Apoderarse de la Patagonia Argentina y Chilena**
 Castellano: Santiago, 1987.
- INFORME LEUCHTER. Fin de una Mentira. Cámaras de Gas: Holocausto Judío**
 Castellano: Santiago, 1989.

- MANÚ, "POR EL HOMBRE QUE VENDRÁ"
 Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1991. Bogotá, Ed. Solar, 1991.
- EL NUEVO ORDEN TRANSNACIONAL Y LA PATAGONIA
 Castellano: Santiago, 1991.
- NO CELEBRAREMOS LA MUERTE DE LOS DIOS BLANCOS
 Castellano: Santiago, 1992.
- DEFENDAMOS NUESTRA PATAGONIA
 Castellano: Santiago, 1992.
- LOS OVNIS DE HITLER CONTRA EL NUEVO ORDEN MUNDIAL
 Castellano: Santiago, 1993.
- MI LUCHA. Adolf Hitler (Primera Edición Completa en Castellano)
 Castellano: Santiago, 1994. Barcelona, Ed. Wotan, 1995. Bogotá, Ed. Solar, 1997.
- NUESTRO HONOR SE LLAMA LEALTAD
 Castellano: Santiago, 1994.
- CONSPIRACIÓN MUNDIALISTA Y TRAICIÓN A CHILE
 Castellano: Santiago, 1994 y 1995.
- CONSPIRACIÓN MUNDIALISTA II, LAGUNA DEL DESIERTO Y NAFTA (Separata)
 Castellano: Santiago, 1994.
- EPISTOLARIO PARA IMPEDIR EL FIN DE CHILE
 Castellano: Santiago, 1995.
- IMITACIÓN DE LA VERDAD. La Ciberpolítica. Internet, Realidad Virtual, Telepresencia
 Castellano: Santiago, 1996.
- MEMORIAS DE ÉL Y YO. Aparición del "Yo", Alejamiento de "Él" (Volumen 1)
 Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1996.
- MEMORIAS DE ÉL Y YO. Adolf Hitler y la Gran Guerra (Volumen 2)
 Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1997.

INDICE

Introducción al tercer volumen	7
Los arquetipos	7
El jugador de ajedrez	9
“Dios, Golem & Company”	10
En el Tercer Reich	11
Hoy	12
Misión en los Transhimalaya	15
Entre mar y cordillera	17
“Europa y Sudamérica”	21
El General Ibáñez	31
La Misión	37
Hacia la India	46
<i>El regreso de los hielos</i>	49
Mani	59
Los silencios de Nehru	61
<i>Los Ashrams</i>	62
Los Andróginos	83
Sister Raihana	86
Hermano de leche	91
Shandala	93
El Mandarín chino	95
La diplomacia	96
Horacio Serrano Palma	103
Don José Maza	107
Firma del Tratado con India	115
Claudio Arrau	121
Jawaharlal Nehru	130
De Legación a Embajada	138
El gesto	147
Mi amistad con Nehru	153
Me pasa algo decisivo	159
La iniciación de A-Mor	164
Las visitas	167

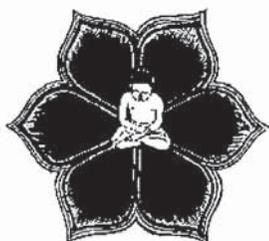
Jennifer Jones	171
“Las Visitas de la Reina de Saba”	175
Carl Gustav Jung	185
Con Arnold Toynbee	195
Adiós a Nehru	198
Los “Beni-Israel”	202
La muerte de Nehru	219
La caravana alucinante	223
Las formas de morir	226
Traducción del extracto del testamento de Nehru	232
Indira Gandhi	236
El asesinato de Indira Gandhi	260
Rajiv	267
Designación	269
El Dalai Lama	269
El fin de un gran sueño	277
Mi misión era en el Tíbet	281
Tilak. Airyana Vaejo y la noche de los Dioses	284
Cosmogonía glacial. El secreto de la Antártica	285
Hanna Reitsch	289
Los Ashvinos	299
Epílogo	301
Obras de Miguel Serrano	305

Miguel Serrano

**MEMORIAS DE
EL y YO**

Volumen IV

El Regreso



AÑO 110

Ediciones La Nueva Edad

La ilustración de la portada de este Cuarto Volumen ha sido hecha por *EL*.

Como en los libros anteriores, debo de nuevo agradecer la valiosa colaboración de Sabela, la *meiga* de Galicia, quien, con su magia blanca, neutraliza la magia negra del computador.

© Miguel Serrano F., 1999
MEMORIAS DE EL Y YO
N° de Inscripción: 109.211
I.S.B.N.: 956-288-290-X

IMPRESO EN CHILE

Impreso por
Ediciones Mar del Plata, que sólo actúa como impresor.

INTRODUCCION

Hoy es el 5 de noviembre del año 109 de Nuestra Era y doy comienzo a este cuarto y último libro de mi *Opus Alchimicum*. El “cuatro del tres”, como diría Jung. Yo no sabía que una cuarta etapa era necesaria para completar la *Opera Magna*; pero mi *El*, sí. Y me ha llevado hasta ese punto donde el dorado impera, color del *soma* de Hiperbórea, del oro líquido, del *aurum potabile*, el que se bebe y entrega la vida eterna: negro (*nigredo*), blanco (*albedo*), rojo (*rubedo*), dorado (*aurum*).

Y aquí estoy. Por aquí voy, por el más difícil de los caminos. Por el filo de este “sable de equilibrista”, en el borde de dos abismos. Por el filo de este País mágico, llamado Chile.

Dos cosas tengo en mi casa de Valparaíso: un espejo muy antiguo, en el pórtico. Pido a los visitantes que allí se miren, antes de permitirles entrar, pues el rostro que se refleja no es el de ahora, sino el de encarnaciones anteriores. Según lo que allí aparezca, será mi recepción.

También tengo un reloj de colgar, de palo de rosa. Pero algo no funciona en el reloj. Da unas campanadas cristalinas que resueñan en toda la casa y que nada tienen que ver con la hora de “acá”, de este mundo, sino de otro. Lo he dejado así, pues me comunica con “los de allá”, como diría Barreto, con los que ya se fueron, con los que están al otro lado del espejo, o en el viejo espejo de allí afuera. Ese reloj me da la hora del otro mundo. Es la comunicación entre esta casa y la “otra”. Entre *El* y *yo*.

Ahora, por ejemplo, cuando he comenzado a escribir este cuarto tomo, son las ocho de la mañana de un día gris de la tierra. Y el reloj ha dado doce campanadas, su máximo. Aún estoy lejos de ese otro mundo. Y sé que ahí, a ese “otro lado”, es un día de sol. Es la Edad Dorada.

Al final de este Libro el reloj deberá dar trece campanadas, o tal vez menos de una, marcando así la hora de recomenzarlo todo.



Este es nuestro camino: vamos en equilibrio por una cuerda que nosotros mismos sostenemos, sobre el abismo, desde la torre de la Orden Guerrera hacia *Oiyehue*, Venus, la Estrella de la Mañana. Sólo la Voluntad y la Fe nos permiten continuar. Si dudamos, soltaremos la cuerda y nos precipitaremos en el abismo.

PRIMERA PARTE

LO QUE ESTA SUCEDIENDO

UNA CONVERSACION INEXISTENTE

Vengo de regreso de Concepción. Hacía muchos años que no recorría esa hermosa ciudad. Desde los tiempos de Julio Escámez, o con el artista Eduardo Meissner. Recuerdo una fiesta alucinante, a pleno campo, organizada por la esposa de Meissner, en la inauguración de un jardín infantil. Era 1973, se acababa de efectuar el golpe militar y el recinto al aire libre se hallaba cercado por fuerzas armadas con ametralladoras, mientras adentro el pueblo comía, bebía y danzaba como en una pintura de Bruegel. Yo había invitado a Ute, una amiga austríaca de visita en Chile. La orquesta de la ciudad ejecutaba a Mozart, con sus músicos vestidos de etiqueta mientras, en otro lado, se cantaban cuecas: “Acelera, saco de peras. Aserrucha..., saco de peras otra vez!...”. En ese mismo año se me invitó a dar una charla en la Universidad. La invitación la hizo Hagen Gleissner, a cargo de las relaciones públicas, o algo así. Me pagaron por mi intervención. Leí un trabajo en homenaje a Ezra Pound, en dos días consecutivos, viniendo a convertirse este ensayo en el primer volumen de mi “Trilogía del Hitlerismo Esotérico”, que publiqué con el título “El Cordón Dorado”. Lo había escrito en Montagnola, en el Ticino, en la vieja Casa Camuzzi, de Hermann Hesse, y le había dado fin en el refugio de Nietzsche, en Sils Maria, en las alturas de la Engadina, en los Alpes suizos.

Pero mi primera visita a la ciudad de Concepción fue en 1962, si mal no recuerdo. Fui traído desde India a una conferencia internacional, organizada por el poeta Gonzalo Rojas y siendo rector de la Universidad, Stichkin. Esa Facultad tan importante en Chile fue dirigida en otros tiempos por don Enrique Molina, filósofo y fundador de la Revista “Atenea”, la más prestigiosa del país y donde yo colaboré con ensayos y cuentos, desde muy joven.

Fue durante ese simposium, donde encontré también al médium Galté. Habiéndome equivocado de cuarto, me hallé frente a una persona sentada tras un pupitre, que dictaba una charla a un grupo de estudiantes. Era el abogado y profesor universitario, Jaime Galté. Nos miramos por un instante. Y me retiré en silencio, sin decir nada.

La intelectualidad de esos años, tal como hoy, era de izquierda, casi toda comunista, salvo escasas excepciones. La lideraba Pablo Neruda, figura estrella de esa convocatoria. Nos ingeniamos para no encontrarnos. Llegué un día después de su intervención, cuando él ya había partido. Quedaban, sí, el mexicano Carlos Fuentes y Alejo Carpentier, de Cuba. Este último estuvo hasta el final de mi charla e hizo varias preguntas. Creo que mi trabajo se titulaba “La Verdadera Revolución” y la había leído antes, en inglés, en India y la volvería a repetir diez años después en Nueva York, en la Universidad de Columbia y en Santiago, durante el Gobierno de Allende. Interpretaba la Historia como un movimiento pendular entre las diferentes “instancias” del hombre (“instancias”, o *shakras*). Los sudamericanos se hallaban condicionados por el *shakra muladhara* o el *swadistana*, de modo que la Antártica vendría a representar geográficamente algo así como el sexo del mundo (la serpiente *Kundalini*). Los japoneses, por ejemplo, “pensaban” con el *shakra Manipura*, del plexo solar, centro de su alma. Por eso, para liberarla, allí se hacen el *harakiri*. El cambio de épocas de la Historia humana equivalía a la activación y expresión de una nueva “instancia”, que entraba a reemplazar a la antigua, ya estratificada en una “civilización”. Por ello esa expresión de alegría, de renacer de la energía al entrar a una nueva “época”, expresado en el grito de Ulrich von Hutten, el amigo de Erasmo: “¡Qué bello es vivir!”. Con la decadencia y muerte de la civilización, de la “instancia” occidental, estaría llegando el turno para la expresión de Sudamérica.

Recuerdo con cuánto interés me escuchaban los delegados japoneses, en especial cuando recité un poema de la antiquísima civilización de Mohenjo Daro, en una lengua más antigua que el sánscrito, tal vez con semejanzas a la de la primera Rapa Nui, y vaya uno a saber si con el japonés arcaico, o con el idioma de la Atlántida.

*“Nan rururu Tuku Karamugil
Uruei orur Edu etu ru uyarel
Ir ar ire per Kadavul”*¹

Los japoneses comentaron: “Ya no hay tiempo para eso, para el cambio que usted propicia”. Y esto lo dijeron hace ya casi cuarenta años.

Algo vibraba en el aire de esos días, un entusiasmo, una fe, una esperanza entre los asistentes y los jóvenes universitarios comunistas. Recuerdo haber llegado también de improviso y sin saberlo a un recinto donde se efectuaba una reunión con los delegados rusos y donde se cantaban marchas e himnos de la revolución. Cuando entré, se callaron. Los dejé, recordando nuestros tiempos y a los camaradas nacionalsocialistas, con nuestras canciones de combate. Para mí era el pasado; para ellos, el presente y tal vez el futuro.

El filósofo Jorge Millas, antiguo alumno del Internado Barros Arana, estaba preocupado. Me llevó aparte para expresarme su inquietud: “Esta es una reunión de los stalinistas y nosotros estamos haciendo de comparsa. Ese rector Stichkin, con una actitud típica, se ha esfumado y no está presente ni siquiera en la ciudad de Concepción. Convocó y ahora no da la cara. Tú eres el único que se ha referido al comunismo como a una “instancia estratificada” y las radios nacionales lo han mencionado. Pero todos los otros delegados, que han venido del resto del mundo, son el coro de Stalin. Salvo tú, los japoneses y yo, los únicos...”.

Después, un delegado ruso habló del materialismo biológico, o algo por el estilo, con argumentos científicos para débiles mentales, pero que, sin embargo, fueron los mismos que hicieron estragos en varias generaciones de jóvenes soviéticos. Años después, en una visita a Leningrado, un jerarca stalinista creyó impresionarnos, en la vieja catedral, al mostrarnos un péndulo colgado desde la cúpula. Balanceándolo, nos explicó la ley de gravedad. “No hay nada milagroso en esto”, nos dijo, “pura ciencia”. Y nos miraba compasivamente, como pensando: “Al fin

-
1. “El dios verde quien posee los dos senderos del alto sol sonoro
está llegando afuera al año de Orur
al país de las nubes de la lluvia
a la aproximante escala del sonoro trueno”.

alguien les enseña la verdad". Nosotros no pudimos reprimir la risa. El no entendió nada y decidió dar por terminada su clase magistral de "materialismo científico".

Ahora, en Concepción, discutí con el delegado soviético. Le pregunté si el hombre perduraba después de la muerte. Pensó un momento y respondió: "Posiblemente, en sus ideas".

"-¿Qué es la *Idea*?", insistí.

Entonces, Gonzalo Rojas me tomó del brazo y me interrumpió: "-Estás cansado, tras tu intensa charla, vamos a recorrer la ciudad; te la enseñaré...".

El se hallaba sentado en el estrado con los organizadores y mientras hablé le vi emocionarse cuando me refería a las humildes ramitas de las cimas andinas, con las que yo conversaba en mi adolescencia.

Ahora, después de cuarenta años, otra vez en Concepción y en el mismo escenario, en un homenaje en su honor y rodeado igualmente de los intelectuales de izquierda, aun cuando el marxismo leninista ya no existe y Stalin desapareció, voy de nuevo a hablar. Y digo:

"No asisto a eventos ni a reuniones. En verdad, nunca lo he hecho, casi nunca. Sólo aquí, en Concepción, invitado, y en honor de mi amigo Gonzalo Rojas. La última vez fue hace ya casi cuarenta años, en un simposium internacional. Salvo Gonzalo y yo, casi todos los que asistieron ya no están . They passed away -pasaron afuera. Pauli, Carpentier, Jorge Millas, Neruda, Luis Oyarzún (y el Dr. San Martín, ¿vive aún?). Recuerdo el entusiasmo de los stalinistas. Entusiasmo lleno de ilusiones y de sueños. Y sus canciones, junto a los delegados rusos. Y mi discusión con un delegado sobre la vida más allá de la muerte. Y tú, Gonzalo, con gran discreción y diplomacia, tomándome del brazo e invitándome a recorrer y a conocer la ciudad, la que por primera vez yo visitaba.

"Después, las fiestas, los bailes, con Nilda Núñez del Prado, la orfebre, bella y delicada, y Nemesio Antúnez y Luis Oyarzún, coronado Baco. Lo recuerdo todo como si fuera ayer. Y cuando hablé en mi charla sobre los montes de nuestra patria, sobre las altas cumbres y las ramitas encontradas allí, preguntándome: ¿qué sería ahora de ellas, si aún se acordarían de lo que conversábamos, en el lenguaje de las laderas y las nieves? Vi que tú te emocionabas. Hoy sé que aún están allí y que recuerdan, porque para ellas todo

es sólo ayer, o es hoy, pues su tiempo es el del País de los Elfos. Y a su pequeña memoria y su inmortalidad sólo las alteran el viento...

"Te vi emocionado entonces, y tal vez lo estés también hoy, al recordar los años, los rostros, los sueños, los ideales destruidos por el tiempo de este otro lado, de la historia de esta tierra nuestra, cada vez más distante del País de los Duendes, que nos albergara antaño.

"He querido estar presente en este homenaje tan merecido a un gran poeta, que ha vivido como poeta, con valor y consecuencia, y que ha hecho de la amistad un culto, como antes lo fuera en nuestra Patria. El culto, la religión de la amistad, sin temores a manifestarse, sin miedo a las consecuencias, sin titubear porque el amigo sea un poeta maldito, o sostenga otras ideas, otros ideales.

"Con Gonzalo Rojas, al igual que con Jorge Teillier, no me he encontrado más de tres veces en mi vida. Y, sin embargo, a ambos los he considerado amigos entrañables, como si este asunto fuera más bien una relación de eternidades o, como diría un hindú, de reencarnaciones pasadas, de modo que no necesitáramos vernos a menudo aquí, porque ya nos hemos visto mucho en las largas edades del pasado, más allá de este tiempo (en el Tiempo de los Elfos).

"Sé que tú también fuiste amigo de Jorge Teillier. ¡Cómo le habría gustado a él estar aquí para rendirte un homenaje de poeta a poeta!... Bueno, yo he querido traerlo ahora conmigo y, por eso, él está sentado aquí, a nuestro lado. Tú y yo lo sentimos y lo vemos. ¿No es cierto, Gonzalo?...

"Querido amigo, gracias por haberme permitido estar de nuevo contigo y en una ocasión tan especial.

"¿Cuándo nos volveremos a ver? Mi camino ya no es otro que el de escalar las altas cumbres de nuestras montañas sagradas, con gran dificultad ahora, en busca otra vez de las ramitas perdidas, dejadas allí en mi juventud, para reiniciar el cuento y la leyenda, interrumpidos antaño.

"Quiero terminar estas palabras en honor del poeta, con el verso de mi amigo eterno, Ezra Pound: "¡Mantente firme en los viejos sueños para que nuestro mundo no pierda la esperanza!"

"De poeta a poeta"...

Me aplaudieron, porque el público de Concepción me ha sido siempre favorable. Gonzalo Rojas me abrazó con emoción y se sentó a mi lado. El escritor Antonio Avaria era el "moderador"

(nunca he sabido qué es eso); también hablaron Vicuña y Volodia Teitelboim, antes que yo. Esto de Volodia se ha hecho ya una costumbre necesaria. Lo invitan junto conmigo como para justificarse, como para “disculpase”; como si dijeran: “Si invitamos a un comunista también podemos invitar a un nazi”.

A Concepción vino mi hijo José Miguel a acompañarme y otro joven camarada de Santiago. Además, encontré allí a un camarada alemán, veterano SS de la Gran Guerra. Con ellos y otro joven de Concepción fuimos a visitar a los colonos de Villa Baviera (ex Colonia Dignidad) en su restaurante de Bulnes. Y fue conmovedor el recibimiento que me hicieron, agradeciéndome la defensa que de ellos he hecho en estos terribles tiempos que les ha tocado vivir. Las mujeres me dieron una bella rosa roja, que preservaré siempre en mi santuario de la meditación. Y fuimos a ver el zodiaco al aire libre, que allí construyeron. Aldebarán tiene preferencia. Es su último refugio y ahí partirán, como los sumerios, cansados ya de tanta persecución. Pero cuando lo hagan, Chile se acabará. Porque ellos y yo somos la protección mágica que aún esta Patria tiene.

* * *

No en vano ha pasado el tiempo y tantas cosas. Otro es el ambiente aquí. La bella ciudad ha sido destruida con edificios de altura y una movilización complicada, como en Santiago. Tal vez sus habitantes no se den cuenta y se enorgullecen con el “progreso”. Pero yo no puedo dejar de recordar esa vibración alegre de otros años, del alma y del entorno, que daban la fe, el ideal y la esperanza, cualquiera que ellos fueran. Nemesio Antúnez, el pintor, aún muy joven; Luis Oyarzún, el Dr. Hernán San Martín, el Dr. Lara, la bella y delicada Nilda Núñez del Prado. Sus fiestas, sus sueños. Y ya entonces me admitían entre ellos, al igual que hoy. Pero ahora soy yo el que mantengo la esperanza y ellos la han perdido para siempre.

Esto se nota en el aire, en las cosas.

Nilda, la gran Nilda... Tez muy blanca y ojos claros. Era orfebre y su hermana, Marina, escultora. Ambas exponían en Concepción, en esa reunión de hace casi cuarenta años. Murieron ya (*they passed away*). Ni Alvaro Flaño ni yo olvidaremos jamás a Nilda. Esa vez fui a ver su exposición de joyas. Ella era boliviana y las creaba con materiales muy antiguos, con turquesas encontra-



Collar de la Reina de Saba, hecho por la gran orfebre boliviana Nilda Núñez del Prado. Me lo regaló diciéndome: "Ella me ha ordenado que se lo entregue".

das en las tumbas de los incas. Recorriendo lo expuesto en los muros, me detuve frente a una joya extraña. Debajo estaba escrito: "Collar de la Reina de Saba". Escucho una voz suave, con un acento encantador, del país vecino. Era Nilda, a quien aún yo no conocía. Con delicadeza, descolgó el collar del muro y me lo puso al cuello.

"Es suyo", me dijo. "Anoche he tenido un sueño con la Reina de Saba. Ella me explicó hace tiempo cómo hacer este collar. Y ahora me habló, diciéndome: ¡Dáselo a él, le pertenece...!. ¡Es de usted!...".

Yo acababa de publicar en la India mi libro "Las Visitas de la Reina de Saba".

* * *

Sí, nada es lo mismo. Ni nadie. Tal vez sólo Gonzalo Rojas se mantenga fiel a los viejos sueños y a los amigos de esos años. Sólo él, leal conmigo hasta el final, como yo a él. Volodia Teitelboim, por ejemplo, ya no es el mismo. Hay una tristeza que no oculta, como si algo hubiera muerto de pronto, antes de tiempo, y que se desprende de su presencia como un halo gris.

Para el mundo habría que explicar quién fue Volodia Teitelboim. Voy a hablar aquí de él, porque él ha hablado bastante de mí en sus libros, todos publicados en los últimos tiempos y sólo después de la destrucción del bolchevismo. Al revés mío, que nunca dejé de escribir en todos los largos años, desde nuestra adolescen-

cia, Volodia no publicó casi nada, pues perteneció al “Vaticano” de la “Tercera Internacional”, o “Tercera Roma de Moscú”. Y a él, como a los curas (como a mi camarada nazista Roberto Vega Blanlot, quien, habiéndose hecho sacerdote, obtuvo la autorización de la jerarquía eclesiástica para escribir la “Historia del Nazismo Chileno”, pero nunca la obtuvo para publicarla), la “curia bolchevique-stalinista” no le debe haber permitido a Volodia escribir por cuarenta años, o más. Ahora trata, desesperadamente, de recuperar el tiempo perdido.

Nos conocimos hace más de sesenta años, en casa de mi tío Vicente Huidobro, en las tertulias literarias nocturnas, en su casa-departamento de la “Alameda de las Delicias”, como entonces se llamaba la actual Avenida O’Higgins. Yo no era asiduo de estas reuniones, asistiendo esporádicamente. Allí llegaban Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Teófilo Cid, Eduardo Molina Ventura, Enrique Gómez Correa, Carlos Vattier. Salvo este último, todos no tendríamos más de dieciocho años de edad. Las mujeres entonces no frecuentaban este tipo de reuniones literarias, como hoy. Se charlaba, se bebía y fumaba. Yo sólo conversaba o discutía –con Volodia–, pues no bebía ni fumaba. Vicente se paseaba con su “habano” y repartía con moderación su vino Santa Rita entre los discípulos y concurrentes. Una sola mujer asistía, y no siempre, arrellanada en un sofá, sobre cojines, como un gato de oro, sin pronunciar palabra y observándolo todo con unos grandes ojos azules. Era Ximena Amunátegui, la amada del poeta.

Una vez llevé allí a Julio Molina Müller y a Héctor Barreto. Julio volvió por su cuenta, varias veces; pero Héctor, no.

Era tan distinta esa atmósfera a la de nuestra “bohemia” del bar “La Miss Universo”, de la calle San Diego, con nuestro humor chileno y las reminiscencias de la Grecia heroica y clásica. Aquí se adoraba a Francia y se mezclaban al castellano voces francesas, citas de poemas surrealistas o del “Creacionismo” de Vicente Huidobro. Yo tampoco tenía nada que hacer allí, pues mi formación, ya entonces, era en el pensamiento y la filosofía alemanes. Con el único que podría entrar en discusión era con Volodia Teitelboim, como he dicho, por ser marxista y conocer –más bien dicho, “usar”– la dialéctica de Hegel, distorsionándola con el materialismo histórico. Yo le decía –y él lo recuerda en sus libros de memorias sobre Huidobro y otros– que “la Dialéctica era una

máquina infernal”, pues “bien servía para un barrido como para un fregado”.

¡Qué curioso! Pero Teitelboim y Barreto no llegaron a conocerse, a pesar de que el primero ya era comunista y Héctor entró al Partido Socialista, por esos años. Pero lo hizo por razones poéticas, digamos, y nunca se interesó por el marxismo: “Le producían tristeza los niños pobres, descalzos bajo la lluvia”.

Aunque las mujeres no participaban en esas fiestas de la poesía y del intelecto, mucho menos en nuestras reuniones nocturnas de los bares, algunas bellezas de la época se aparecían de vez en cuando en la casa de Huidobro. María Galliano, por ejemplo. Su hermana Elena se casó con Carlos Vasallo, abogado e intelectual de izquierda, quien fuera Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores cuando yo estaba en India. Ahora, en nuestro reencuentro en Concepción, tras tantos años, se me ocurrió mencionarle a Volodia a María Galliano, preguntándole si aún se acordaba de ella. “No hay un día que no la recuerde”, me dijo, “y también a todos los demás”.

Pero aunque no estuvieran físicamente presentes las mujeres en nuestras reuniones, lo estaban en cambio en la conversación, en la mente, en la imaginación. La imagen ideal de la mujer, como una herencia de antaño, transmitida en la sangre de nuestros padres, desde los lejanos trovadores del Languedoc y las Cortes españolas de Aragón, aún no había sido destruida, como hoy, y se preservaba intacta, gloriosa y sufriente.

Fue por aquellos años cuando Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim publicaron su magnífica “Antología de la Poesía Nueva”. Por haber “sacrílegamente” recortado algunos poemas de Omar Cáceres, éste envió a unos matones a que golpearan a Anguita. Volodia se salvó, como siempre, sin un rasguño. Y digo como siempre, porque ésta ha sido la tónica suya a través del tiempo; es al único que no le ha pasado absolutamente nada, pues, en los momentos más críticos y habiendo tomado parte de un modo decisivo en los acontecimientos, se las ha arreglado –o “lo han arreglado”– para ponerse a salvo en lugares seguros y lejanos. Como hoy mismo, cuando se extiende algo así como un manto de olvido sobre su actividad revolucionaria, de sólo ayer. Conspiró y trabajó, algunas veces a plena luz –muy pocas–, la mayor parte de ellas en la sombra.

En verdad, de aquellos personajes de antaño, incluyéndolos a todos –menos Barreto, por supuesto, a quienes los Dioses se lo llevaron joven–, el de mayor relevancia, lejos, y de importancia esencial, es Volodia Teitelboim. Su acción en el Partido Comunista debe haber sido importantísima, aunque desconocida, no visible para la mayoría de los adherentes y hasta del público. Actuó en forma decisiva, como un agitador y un revolucionario, de mente acerada y pensamiento agudo, racional y escatológico, finalista, conforme a un fin. Porque, además de revolucionario y comunista, es judío. Y, por serlo, fue comunista y revolucionario. He aquí la diferencia –trascendental y fundamental diferencia– con el resto.

Resulta que ahora, en Concepción, por fin, después de más de sesenta años, se me presenta la oportunidad de estar a solas con Volodia y poder intentar una conversación en la que repasemos todo, frente a frente, como nunca lo hemos hecho, ni jamás lo podremos intentar de nuevo, antes de que a ambos nos lleven *nuestros “Discos Voladores” opuestos*.

Nos hemos quedado solos en el “Hotel Araucano”, el último día del *simposium*, pues no hemos ido a Lebu, la tierra natal del poeta Gonzalo Rojas. Estoy sentado en la sala de entrada y llega Volodia. “He estado descansando”, me dice, “pues aquí hay tranquilidad. Aunque la tranquilidad no depende de lo de afuera, sino de lo de adentro”, agrega.

Es el momento, pienso, si ahora yo le invitara a sentarse a conversar... ¡Ah, tantos años! Y me retengo, en el límite, pensando que yo le diría la verdad, pero él nunca. Me pondría, así, en desventaja para siempre. La imagen de Tito, el gobernante comunista de Yugoslavia, se me ha aparecido en ese momento. En su viaje a Chile, interrogado por los periodistas sobre la razón de su enorme protección policial, respondió que “esto jamás sucedería en Yugoslavia, pues, allá lo cuidaba el pueblo”. Mentira increíble, por supuesto, y que sólo Fidel Castro, Stalin, Mao Tsé Tung y Allende podrían repetir. Mentira esencial, estratégica y táctica, de la dialéctica (la “maquineta infernal”) comunista, impuesta en el fondo y en la forma por el judío, de quien Alfred Rosenberg diría que representa la “mentira orgánica” y que Nicolás Palacios descubrió con mucha antelación, en su libro “*Raza Chilena*”.

Es así como he dejado pasar esa ocasión y me quedo allí solo, sentado en un sillón del hotel, pues Volodia se va. Y es, entonces, cuando decido tener una conversación inexistente; pero que será

más real que cualquiera otra que yo pudiera tener con él, aquí, en este otro “mundo existente”, que es mucho más suyo que mío, después de todo.

Así, no le voy a permitir que me mienta. Sólo podrá permanecer en silencio, y no responderme, lo que será la mayor parte del tiempo, estoy seguro. Por razones obvias, no le haré en voz alta las preguntas. Conversaré también con él en silencio.

* * *

“—A ver, Volodia, siéntate aquí al frente, ponte cómodo. Al fin, tú y yo tenemos que conversar alguna vez en esta vida”.

Se mueve inquieto, pareciera como que deseara partir:

“—¿Crees, tú? ¿Para qué? Ya está todo dicho. Es como si lo hubiésemos dicho todo, sin decirlo, entre nosotros... Mejor será dejarlo así...”.

“—No. Porque tú, en tus escritos te estás refiriendo a mí y no siempre con la verdad”.

“—Es inevitable que me refiera a ti. Y no he mentado”.

“—Has dicho que cuando recibí en la India a Neruda era tal mi fascinación por el poeta, que casi dejo mi Embajada por irme con él... No sé de dónde has sacado eso. Neruda nunca fue “*my cup of tea*”, ni como poeta; un sensorial, romántico y superficial “sobajeador” de las palabras; ni como hombre, un ególatra, egoísta y “mal bicho”, usado y proyectado por el stalinismo y el resentimiento de clase y el odio universal, hasta hacer de él un mito equivalente; algo así como una “animita”, cultivada y proyectada ahora por el capitalismo de izquierda, por la Telefónica española, que financia su museo en Valparaíso. Tú sabes todo esto mejor que yo. En los tiempos de Anguita y tuyos, acusaban a Neruda de plagiar a Rabindranath Tagore y de poeta “calugoso”, según la expresión de tu maestro de esos tiempos, Vicente Huidobro. Todo cambia para ti cuando entras a tener injerencia en la directiva secreta del “Komintern” y participas en la creación marxista del mito nerudiano, del que ahora también te beneficias, como muchos otros literatos de aquí y de allá... Aunque debo decirte que los verdaderos comunistas, los idealistas, que no están en el secreto, en Rusia y en Yugoslavia, por ejemplo, no leen ni creen en Neruda, pues lo encuentran un mal poeta”.

“—¡Bueno! ¿Y a qué viene todo esto de Neruda?”.

“–Nada más que como muestra de una mentira. En tu libro “En el País Prohibido”, donde declaras haber venido a Chile disfrazado, con peluca y otro nombre, durante la dictadura de Pinochet, también afirmas que te encontraste conmigo; pero esto no sucedió jamás. Es como cuando el “héroe” Neruda escapó cruzando la cordillera a caballo durante el Gobierno de Gabriel González Videla. Ni siquiera sabría montar a caballo, ni en su vida lo hizo; ni tampoco González Videla le puso nunca en prisión... La mentira como “dialéctica” del marxismo-leninismo, en su misma esencia, como marca de su origen judío...”.

“–Eres un antisemita... Te haces así partícipe del horror de las cámaras de gas de tu dios, Hitler, en tu culto a la personalidad...”.

“–Volodia, nuestro diálogo tardío pretendo que vaya en serio, no te burles de mí refiriéndote a la mentira cósmica de tu anti-raza: las cámaras de gas y el holocausto de seis millones..., ni yo tampoco mencionaré los crímenes de Stalin, tu héroe, tu guía, al que has exaltado en poemas ditirámicos, al igual que Neruda: “*Por ti, joh, Stalin!, crecen las manzanas en el invierno de las estepas*”... algo así”.

Se queda en silencio y mueve la cabeza, como si aceptara:

“–Yo no fui más que un simple y disciplinado militante, en pos de un ideal”...

“–No, Volodia, no lo creo. Tú, al revés de todos nosotros, has jugado un papel muy serio e importante en una Gran Conspiración; porque tú, por tu procedencia, tuviste los contactos secretos y el conocimiento del que hasta los dirigentes visibles y de primera plana del comunismo carecían aquí. Tú sabías hacia dónde se iba y de lo que en verdad se trataba. Tenías la información anticipada, que te permitía ponerte a salvo en momentos difíciles, como en el golpe militar de 1973... El Almirante Merino cuenta que una vez solicitaron al Presidente Salvador Allende que tomara una decisión y éste les respondió que te lo pidieran a ti, pues él carecía de poder para ello. Y otra vez, conversando con Darío Sainte Marie, me describió una visita que le había hecho a su casa de la montaña, en San José de Maipo, el Secretario General del Partido Comunista, Luis Corvalán, acompañado sólo por ti. Tú le corregías y le censurabas sus opiniones... Darío me explicó, en su peculiar modo de expresarse: “Llegaron dos curas de la nueva religión a verme. Uno era un mercedario, Corvalán; el otro, un dominico, Volodia.

Este último representaba a la Inquisición y controlaba al otro, para que no se fuera a salir del dogma y cometiera alguna herejía”...”.

Volodia no dijo nada; pero no pudo menos que sonreírse.

Yo continué:

“-Recuerdo que cuando tú eras Senador y visitaste Yugoslavia, para asistir a una de esas frecuentes “conferencias por la paz”, organizadas por los comunistas en distintas ciudades del mundo, yo era Embajador en Belgrado y te invité a almorzar en mi casa, con el agrado de reencontrar al antiguo compañero de discusiones y poesía del cenáculo de Vicente Huidobro, en los años treinta. Llegaste acompañado de un poeta yugoslavo, que era judío e importante miembro del Comité Central del Partido Comunista yugoslavo. Misteriosamente, te dejó en la puerta de mi casa y, tras decirte algo inaudible, partió. Este personaje te acompañó todo el tiempo de tu permanencia y siempre ustedes conversaban aparte de los demás. Puedo imaginarme que hasta asistieron a alguna oculta sinagoga, en secreto, y no para ceremonias religiosas, precisamente. En tu libro cuentas de esa visita a mi casa, tratando de excusarte con el hecho de ser la Embajada de Chile y de encontrarse allí el pintor comunista, Julio Escámez. Ironizando un poco, entras a describir cómo éste pintaba el cuadro de “la amada muerta” y cómo yo, desde el cuarto del lado, trataba de transmitirle telepáticamente el rostro de la mujer... Todo esto es cierto y habría sido hermoso que lo recordaras, si le hubieras puesto un poco de emoción, de poesía,... Después, te mostré el libro tuyo y de Anguita sobre “La Poesía Nueva”, que había empastado en India, en Pondichery, y te pedí le escribieras algo en su portada. Pusiste: “Esta obra de juventud”. Aquí se revela todo, aquí se dice todo. El militante comunista, el dirigente secreto de esos trascendentales tiempos, no podía hacerse responsable de una obra antigua, no autorizada por la “curia”, por la “jerarquía”, cuando aún, por su juventud, no había sido iniciado ni entrado a participar en las esferas superiores”.

“-¡Qué memoria tienes...!”.

“-La misma tuya. Por alguna misteriosa razón, que se nos escapa, tú y yo estamos condenados a recordar, a no olvidar nada. Yo, para dejarlo estampado. Tú, para no decirlo jamás, lo esencial, lo secreto”.

“-¿Te das cuenta, Miguel, que estás siendo víctima de tu imaginación delirante, de tu obsesión conspiracionista, que en todas partes ves conspiraciones de sinarquías ocultas, de judíos malvados? Harías bien en ir a un psiquiatra”.

“-¿Crees que no me lo he dicho a mí mismo?... Hubo un tiempo, cuando viví cerca de diez años en Suiza, solo, en la vieja mansión de Hermann Hesse, y antes de comenzar a revelar mis investigaciones, entonces estuve concentrado en una muy seria introspección y en un análisis autocrítico. No me bastó, de ninguna manera, la lectura y relectura de “Los Protocolos de los Sabios de Sión” para convencerme de la existencia real de una gran conspiración universal, aun cuando me decía, con Julius Evola, que si esos “protocolos” no eran auténticos, eran verídicos, cumpliéndose hasta en los menores detalles en la historia de los hombres, y hoy más que nunca, cuando predicen que “producirán en la tierra una ola de atrocidades, crímenes, asaltos, robos y destrucciones individuales y colectivas, de tal magnitud, que la única solución será la entrega del poder al Mesías de Israel y a sus ejércitos, que en veinticuatro horas pondrán orden y fin a los desmanes. Los humanos los bendecirán... A ti no te puede parecer curioso y a mí tampoco, que en la ola de asaltos y de crímenes, aquí en Chile, por ejemplo, las víctimas nunca sean judías... ¡Qué cosa extraña! Sin embargo, ni todo esto fue, ni habría sido suficiente para convencerme sobre la gran conspiración, para llegar a arriesgarme a denunciarla, más aún cuando no parece ya cosa de humanos...”.

Necesito darme un descanso, para saber cómo continuar. Volodia está en silencio, con el ceño apretado y las manos cruzadas. Espera. Yo continúo:

“-¿Y sabes tú qué fue lo que vino a convencerme de un modo irrefutable, lanzándome a revelarlo todo, a dejar Suiza y a venir aquí, a Chile, esta Patria mágica del fin del mundo, del borde del mundo, y a escribir mi “Trilogía del Hitlerismo” y todo lo que sigue, arriesgando hasta mi obra literaria, de más de sesenta años...? Fue la lectura del libro del *Apocalipsis*, de dos mil años de antigüedad, atribuido a un tal “San Juan”. Eso me convenció de la existencia de una conspiración absoluta, obra de no-humanos, anterior aún a la aparición del hombre sobre la tierra y que se cumplía en todo el universo visible, bajo el dominio y control de una Fuerza Maligna. La Historia que conocemos y que vivimos no es

más que la alternativa final de una Guerra desesperada y, al parecer, perdida; una guerra terrible...”.

Ni siquiera estoy mirando a Teitelboim. Hablo como para mí mismo.

“—Fíjate tú, en el *Apocalipsis* se adelanta, se profetiza —y esto hace más de dos mil años—, que al final del tiempo, cuando triunfe la Gran Bestia, cuyo Número es 666, todos en la tierra, hasta los hombres, llevarán grabados en su carne este Número; porque si no, ¡no podrán comprar ni vender!... ¿Te das cuenta lo que esto significa, cuando precisamente hoy, en el “Código de Barras” (sin el cual nadie puede comprar ni vender) se encuentra el 666 (el Número de la Bestia, el Número del Hombre) en las tres barras dobles, que sobresalen al comienzo, al medio y al final del Código y que al ser descifradas con el *scanner*, dan precisamente ese Número, que no tiene nada que ver con el resto de las barras que simbolizan el precio, el origen, el nombre del producto, etcétera? Cuando las laves impresas con láser en tu carne... (bueno, tú no, por supuesto), contarán tu historia, desde tu nacimiento y, especialmente, tu capacidad de producción y, por lo tanto, de consumo... El próximo año, en Chile, hasta el carnet de identidad va a ser un Código de Barras... Y, después del dinero plástico, de la tarjeta de crédito, vendrá la marca en el brazo, en la muñeca, en la palma de la mano, o en la frente.... Al darme cuenta de lo terrible de esta profecía supe que yo no estaba obseso, ni loco, ni exageraba al ver y delatar una *Conspiración* mundial, desarrollándose en múltiples formas y destinada a una esclavitud total, totalitaria, atroz. Y descubrí que todos aquellos que, como Orwell, y el mismo Huxley, escribían novelas de ciencia-ficción sobre el mismo tema, sin ir al meollo del Drama, estaban desviando la atención y desinformando. A conciencia, o sin saberlo, pasaban a formar parte del Gran Plan. Ante la revelación del “*Apocalipsis*”, “Los Protocolos de los Sabios de Sión” parecían juego de niños; sin embargo, ambos combinados nos llevan a un punto —a quienes aún seamos capaces de analizar y comprender— en el que nuestro entendimiento se paraliza y los pelos se nos ponen de punta; porque si aún somos capaces de continuar y tenemos el valor de sacar la conclusión última (o penúltima), parados allí, con los ojos muy abiertos, empuñando fuertemente la Espada del Guerrero, nos encontraremos frente a frente con un Monstruo no Humano,

con la Gran Bestia extraterrestre... cuyo Número es el 666... Y esto fue visto por alguien hace más de dos mil años...”

Volodia permanece siempre inmóvil, en silencio, con un gesto casi irónico.

Continúa:

“—El cumplimiento de los “Protocolos”, sin embargo, tiene explicación racional, dentro de la capacidad superior de un grupo dirigente conspiracionista, capaz de financiar, o inducir, a la violencia a la masa, o a la juventud drogada y desesperada, hasta transformar a la sociedad en un hato de criminales sin control y, al resto de la sociedad, en un hacinamiento de personas aterrorizadas, sólo entregadas a la protección de fuerzas policiales ineficaces, también violentas, para conseguir el fin último ya descrito del Imperio del Mesías robótico y de la esclavitud total, no lograda ni con el bolchevismo, ni con el capitalismo... Todo esto tiene explicación; pero lo que no la tiene es que en medio del caos, aparentemente sin control, y que es el límite y preludio de la Dictadura final, sólo los judíos no son tocados, ni víctimas de asesinatos, de violaciones, ni de robos... ¿Quién los protege, qué los protege...? Nuevamente aquí deberemos recurrir a lo desconocido, a lo que está más allá de lo visible”.

Volodia Teitelboim hace un gesto extraño, como un tic que no controla, como si una máquina hubiese sido puesta en movimiento por una energía ajena, con un ruido como de rechinar de dientes y que él no produce a voluntad.

“—Si uno habla o escribe sobre estas cosas, la gente —y aun la más inteligente y cultivada— pareciera al comienzo como que lo escuchan; pero no son capaces de mantener la atención hasta el último. Luego, se distraen, dejan de interesarse, para olvidarse por completo del asunto, como si jamás lo hubiesen escuchado. No les interesa, o bien se asustan, o piensan que son cosas demasiado complicadas, limitándose la vida al quehacer diario y a la subsistencia, que ese conocimiento perjudica. Instintivamente, presienten un Poder en la sombra y lo temen...”

“Sí. Fue hace muchos años que lo descubrí. Y supe que esta *Cosa* no comenzaba ni terminaba aquí, que no era asunto de humanos. La mayoría en la tierra se haya como hipnotizada, idiotizada. Y eso se ha logrado por medios muy hábiles, sutiles y tenebrosos, gracias a bebidas populares y de masa, como la coca-cola, que contiene una droga que predispone a la recepción de los

mensajes subliminales de la televisión y de la propaganda escrita, también a la energía negativa que desata el Código de Barras, al ser descifrado por el láser, contaminando los alimentos y los medicamentos que se consumen a diario.

“Sin embargo, así como existe un Poder que protege a los agentes de la Voluntad de las Tinieblas, existe otro superior, que al final vencerá”.

Con rabia y casi gritando, Volodia exclama:

“—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto? Con toda esta locura de la que estás hablando...”.

“—Sí. Es imposible que no con toda; pero únicamente con una parte, sólo con el marxismo-leninista, habiendo sido tú usado y, ahora, ya puesto afuera. Te protegieron y te darán algún premio. Tengo la impresión de que a ti también te tomó de sorpresa el final tan repentino del bolchevismo ruso, en sólo una semana, y que aquello, que aún no asimilas, te dejó confundido, sin reponerte hasta el presente. Por un corto tiempo y recién llegado a Chile, seguiste repitiendo públicamente el antiguo idioma revolucionario de las “guerrillas armadas” y de la “subversión del orden establecido”, como si nada hubiera pasado, hasta que te diste cuenta del Gran Drama. Me pareció que, al igual que los románticos del comunismo de nuestra generación, como aquellos que antaño cantaban aquí los himnos soviéticos en ruso, tú tampoco podías asimilar el terremoto provocado y acaecido hacía sólo unos pocos días en el planeta. Concluyo que esto significa que aún tú no estabas en conocimiento del plan total, sino sólo de una de sus etapas y que, de lo que hablabas secretamente en Belgrado con tu homónimo judío y poeta del *Kominform*, quizás tuviera que ver con las intrigas más menudas del conflicto ruso-yugoslavo. A lo mejor me equivoco; pero en lo que te tocó actuar, ahí, sí supiste a dónde ibas. Lo prueban las declaraciones de Allende al Almirante Merino. Estuviste en el centro de las acciones, involucrándote con el stalinismo, aun cuando Stalin hizo un pacto con Hitler. Tú sabías que el pacto sería violado en el momento preciso, porque los judíos aún permanecían en la dirección última de Rusia. Jamás perdonaron a Stalin ese Acuerdo, menos aún la liquidación de Trotsky, de Sinoviev, de Kamenev y otros.

“Es curioso; pero pareciera que ni tú fuiste capaz de leer los signos ominosos de Kruschev, Breshnev y Gorbachov, para adaptarte con ellos. Puede que hayas pertenecido al secreto equipo

trotskyista de “la revolución universal” y, contra todas las advertencias, quisiste imponer en Chile una ortodoxia, superada ya por Yalta y por Kissinger. Ciertamente, te guardaron y te pusieron a salvo; pero te quedaste afuera... Y ahora, ¿qué va a ser de ti? Ni siquiera te darán el Premio Nacional de Literatura. ¿Y sabes por qué? Por culpa mía... Porque si te lo dan a ti, tendrían que dármelo también a mí. Y eso no lo pueden permitir los judíos. ¡Sería demasiado! Literariamente, te sacrificarán... No se puede obtenerlo todo..., ni siquiera tú...”.

Nos quedamos en silencio. Entonces, Volodia dice:

“—¡Tú y yo hemos buscado lo mismo por caminos opuestos!”.

“—Sí, totalmente opuestos, cósmicamente opuestos, por la eternidad opuestos”...

LA LUCHA DE LAS INTERNACIONALES

Sin una visión del conjunto, sin una cosmogonía que se extienda a la ante-Historia y a la ante-Tierra, es imposible analizar la porción de la Historia que nos es visible a los humanos. Desde los comienzos, aparentemente cíclicos, y a través de catástrofes-cataclismos, hay como una mancha sombría que aspira a extenderse sobre todo lo terreno, a universalizarse, globalizarse, como se diría hoy, en pos del dominio planetario. Sin respetar las diferencias, las desigualdades naturales, aspira a imponer una sola de ellas. Algo innatural —o sobrenatural— está forzando desde siempre las leyes, tradiciones y alegrías de los hombres, en busca de confirmar el universalismo, el internacionalismo. En nuestro ciclo, o ronda, es a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX cuando el asunto se hace más visible, para los que hoy estudian el hecho. A través de los “Iluminados de Baviera” y de la “Liga de los Justos”, de trabajadores alemanes, obligados a emigrar a París, estos toman contacto con organizaciones similares francesas, como la “*Société de Saisons*”, aglutinándose por medio de la Masonería en pos de un internacionalismo irredento y contrarios al orden monárquico y aristocrático. Así, son obligados a huir a Londres, tras haber participado en una revuelta, dando de este modo un gran paso para su internacionalismo, ya que allí siguen el mismo trabajo, al margen de cualquier espíritu nacional. Y es en 1847 cuando la “Liga de los Justos” se pone en contacto desde Londres con Karl Marx, que entonces residía en Bruselas, para proponerle

la redacción de un Manifiesto. Mientras tanto, la Liga cambia de nombre, pasando a llamarse “Liga Comunista”, realizando su primer congreso en Londres, en 1847, y declarándose en lucha con la burguesía, por la desaparición de la propiedad privada y la dictadura del proletariado. La influencia de Marx fue decisiva. En 1848 aparece el “Manifiesto Comunista”, de Marx y Engels, donde se postula la lucha de clases, el materialismo histórico y a la clase obrera como la única depositaria de la energía revolucionaria para implantar el comunismo. El Manifiesto termina con la frase famosa: “¡Proletarios de todos los países uníos!”.

En 1852 la “Liga Comunista” se disolvió para dar paso a la creación en Londres, en 1864, de la “Primera Internacional”, con asistencia de muchos países europeos, entre ellos España. Marx representó a Alemania, en el Comité de 32 miembros, de la “Asociación Internacional de los Trabajadores” (AIT), e impuso sus concepciones de la lucha de clases, el materialismo histórico y la importancia única de la economía en los acontecimientos humanos, sobre las de Mazzini. Así, todos los años debería reunirse la “Primera Internacional”, en un Congreso mundial de los trabajadores, para mantener informada a la clase obrera. Se acepta la huelga como medio de intervenir en la política y para lograr la socialización de los medios de producción.

En 1876, debido al conflicto interno entre Marx y Bakunin, la “Primera Internacional” también se disuelve y da paso a la “Segunda Internacional”, creada en 1889, con sede en Bruselas y con base exclusiva marxista, conformada principalmente por socialistas, aun cuando no centralizada, siendo dirigida por un grupo de partidos políticos nacionales autónomos. Sin embargo, muy pronto los socialistas pasan a deshacerse de los dogmas de la revolución violenta y hasta entran a participar como miembros de parlamentos elegidos por sufragios. En el fondo, la fuerza aglutinadora subterránea deberán ser las logias masónicas secretas a las que una mayoría de los miembros de la “Segunda Internacional” pertenece. Si en la “Primera Internacional” el conflicto se presentó entre marxistas y anarquistas de Bakunin, en la “Segunda” será entre marxistas y socialistas revisionistas (“proudonianos” moderados que no creen en la lucha de clases ni en la abolición de la propiedad privada). Aquí, la porción marxista, ortodoxa y violentista, pasa a estar representada por Lenin y Rosa de Luxemburgo. Los que aspiran a alcanzar el poder por medio de

las elecciones son sostenidos por Berstein, en Alemania. Como podrá verse, el sustrato judío sigue siendo fundamental en cualquiera de las posiciones del internacionalismo.

El estallido de la Primera Guerra Mundial, al despertar sentimientos nacionalistas entre los obreros, hace desaparecer la "Segunda Internacional", al mismo tiempo que da ocasión a Lenin de hacer triunfar, con la Revolución Rusa de 1917, la tesis marxista violentista y la Dictadura del Proletariado, que para Marx era una etapa imprescindible para la imposición final del comunismo y de una sociedad sin clases, sin un Estado director; un "paraíso de los trabajadores", con los medios de producción socializados.

En 1919 se lleva a cabo en Berna una reunión con objeto de resucitar la Segunda Internacional socialista y oponerse a la distorsión "marxista-violentista-bolchevique", triunfante en Rusia. A su vez, en Moscú y en el mismo año, con el objeto de imponer su tesis estratégica extremista y revolucionaria, marxista-leninista, se da a luz la "Tercera Internacional Comunista", por oposición a la "Segunda Internacional Socialista", moderada, semidemocrática y revisionista, de los "social-traidores", según el temible lenguaje descalificador, que los comunistas imponen y usan en la historia contemporánea, como un sello típico del fanatismo e intolerancia judaica, a ambos lados del espectro revolucionario que ellos controlan.

Y así entramos de lleno en la Historia nuestra, que a mi generación le ha tocado vivir, ya sea como actora o como espectadora.

En 1923, se celebra en Hamburgo un Congreso de los partidos socialistas que pretenden resucitar la Segunda Internacional, para combatir a la "Tercera Internacional" bolchevique. Ambas se declaran representantes del proletariado y marxistas, aunque proponen soluciones diferentes, hasta la fundación de la socialdemocracia, con muchos de sus miembros abiertamente antimarxistas, aunque una minoría influyente lo seguirá siendo, en el laborismo inglés y en la socialdemocracia alemana.

* * *

Aquí debemos detenernos, para hacer un alto tratando de penetrar en los acontecimientos y descifrar su sentido, su significado. Desconozco si alguien ha analizado a fondo estos sucesos, que

parecen detener la Historia, desviarla o, cuando menos, poner un plazo de espera de más de setenta años.

Con la aparición de Stalin, el internacionalismo sufre una detención, entrando en conflicto con el nacionalismo ruso y eslavo, heredado de la Iglesia Ortodoxa, que aspiró a establecer en Moscú la “Tercera Roma”. De este modo, y aunque no se declare, ésta se reinstala en la “Tercera Internacional” de Stalin. La oposición de Trotsky, que desea la revolución universal, sin hacer un alto en Rusia, para continuarla de inmediato en Alemania y demás países industrializados, es la ortodoxia marxista judía del proletariado universal, a la que se opone el estalinismo con la consolidación de la dictadura del proletariado en un solo país, para luego imponerlo a la fuerza en los otros, por medio de un “imperialismo ruso-bolchevique-eslavo”, que fue lo que se intentó y logró por un tiempo, tras la Segunda Guerra Mundial.

Así, la pugna de las tendencias de la “Segunda Internacional” mundialista y de la “Tercera Internacional” nacionalista, por así decir, representada en Trotsky y Stalin respectivamente, adquiere en esos años caracteres dramáticos, con la expulsión de Trotsky de Rusia y su posterior asesinato en México. Pero el trotskismo sigue actuando por un largo tiempo, dividiendo a los militantes de la Revolución mundial violentista. Los trotskistas, para diferenciarse de los socialistas de la “Segunda Internacional”, crean la “Cuarta Internacional”, que tendrá una muy corta vida. Yo recuerdo a mi amigo uruguayo, Pacul, conversando en los cafés nocturnos y tratando de reclutarnos en el trotskismo, mientras acusaba a los bolcheviques y a Stalin de haber traicionado a la Revolución.

¿STALIN, UN SACERDOTE?

Se puede ver que la Historia no es la corriente de un río que se desliza de un modo continuo hacia un lugar determinado y sin tropiezos, desvíos ni interrupciones. No es el argumento de una novela que alcance fácilmente su fin. Ni lo logra, por lo mismo, la Conspiración a la que nos hemos referido. Y esto, porque la Historia de los hombres en la tierra, hecha a través de ellos y por su intermedio, no es algo idílico, sino una Guerra (ver en mi libro “Manú. Por el Hombre que Vendrá” el capítulo “Cosmogonía Revelada”). La Creación misma lo es, desde el primer “*Big Bang*”, una explosión inexplicable, causante del Universo visible y mate-

rial, que comienza a extenderse infinitamente, eternamente, y que es contaminante.

Las zonas impolutas, incólumes, prístinas, hacia donde la Creación material y visible a los ojos de carne de los terrestres se extiende, se defienden y proyectan sus huestes arcangélicas, por así expresarlo, hacia el centro de la materia expansiva, para librar allí mismo el Combate, sin comienzo ni fin. Y es la razón de por qué aquí en la Tierra y de seguro en todo el Universo, el acontecer no es lineal sino espiral y cíclico, con altos, interrupciones y retornos. La Guerra, lo hemos dicho, no comenzó aquí, ni termina aquí. Y esa “conspiración de la materia” (no ha existido nunca un término más apropiado que “materialismo histórico”) tampoco ha logrado imponerse sin dificultades y detenciones, que le han hecho perder terreno, aun cuando luego lo recupere y logre recomenzar con renovados y siniestros bríos. Avanza, aunque a tropezones, como por sobre ruedas cuadradas, impulsada por las voluntades ocultas en las Logias y llevada a cabo por los “robots” de las Tinieblas.

He aquí que se creyó que la Revolución Francesa, de 1789, lograría un éxito fácil, siendo un paso decisivo en el dominio del igualitarismo nivelador y universal, en las manos de una minoría oculta y secreta, en la Masonería y en el *Kahal*. Aparece Napoleón y da al traste con todo, creando un alto, un interregno de más de un siglo, hasta llegar al holocausto de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, de 1917, la que se produce y se piensa como una ampliación y profundización perfeccionada de la Francesa. Y todo habría sido así, de no aparecer Stalin, quien, ya lo hemos visto, altera el suceder, como lo hiciera Napoleón antes. Es decir, con mayor o menor claridad y a través de los individuos, las fuerzas que en el Universo (por medio de los *Arquetipos*) luchan y se proyectan aquí en la Tierra, para tratar de combatir al Poder de las Tinieblas, entran a actuar produciendo estas interrupciones e inconvenientes inesperados en el Plan de los conspiradores. El trabajo no es completamente claro, las Fuerzas de la Luz no logran proyectarse aquí en luminosidad total, como si no les estuviera permitido; o bien, la materia no les facilita una encarnación suficientemente transparente. Ni Napoleón, ni Stalin, al parecer, supieron lo que estaban haciendo y actuaron por instinto, como “llevados”. Y lograron cambiar por un largo tiempo el curso de la Conspiración histórica, en la “Batalla de la Historia”. Sin embargo, ambos seguirán siendo a la vez usados por las fuerzas

conspiracionistas, porque han sido incapaces de liberarse totalmente de ellas, al haber sido colocados por estas mismas fuerzas en el poder, creyéndoles dóciles sirvientes de sus planes. Aun cuando Stalin prohíbe la Masonería en la Rusia bolchevique y en la Tercera Internacional, sigue rodeado de judíos, a pesar de su lucha con Trotsky —y quizás por esto mismo— y de los terribles procesos en contra de los “traidores” y “krumiros”. El *Komintern* está controlado por ellos y todos los “comisarios” e instructores del Ejército, que adoctrinan a la oficialidad y a la tropa, son judíos. También los guardianes de los campos de concentración, de los “*Goulag*”. Los Servicios de Inteligencia, la G.P.U. y, luego, la K.G.B., son también dirigidos (Beria) por judíos. De modo que cuando Stalin pudo llegar a pensar que, con el Pacto con Hitler, llegaría a deshacerse de ellos (Stalin, según las “Memorias” de su hija, era anti-judío), muy pronto éstos logran arrastrarlo a provocaciones expansionistas que obligan a Hitler a la ruptura y a la guerra. Rusia se queda con media Polonia y con Escandinavia. Molotov exige, una y otra vez, los Balcanes y una salida a los mares cálidos. Esto Hitler no lo podía aceptar. Ya el Pacto en sí le había significado una “tortura mental”, según le declarara a Mussolini. Y Otto Skorzeni me lo confirmaba, diciéndome: “Era una contradicción con nuestra *Weltanschauung*, con nuestra concepción del mundo”... Sí, el Führer libró una batalla de principios ineludibles, que le llevó a la derrota material en el mundo material (“víctima de sus propias creaciones mentales”, como le dijeron a mi Maestro); mas, dado que era un *Avātara*, un representante auténtico y total de la Luz Increada, no podía hacer otra cosa. Y su concepción racial le llevó a creer en los ingleses, como el único aliado posible de los alemanes y a no creer en los rusos. Salvó a los ingleses en Dunkerke; pero no salvó a Stalin.

El día del ataque a Rusia, recuerdo a mi amigo yugoslavo Marco Vodanovic, venir muy de amanecida a mi casa. Cogiéndose la cabeza a dos manos, exclamaba: “¡Ya todo está perdido!”. Y Hammersmith, el hombre de von Ribbentrop en la Embajada del *Reich* en Santiago, decirme: “Tuve que viajar en tren a través de toda Rusia para venir a Chile por el Pacífico. Los rusos nos consideraban a los alemanes como a Dioses”. Y con el poeta Eduardo Anguita recordábamos la declaración de Dostoiéwsky: “Quizás el destino de Rusia sea servir a una raza superior”.

El “*Guagua*”, un famoso vendedor de periódicos de esos años, con su kiosco en la Alameda con la calle Ahumada, lloraba desconsoladamente cuando se inició la guerra con Rusia. Era comunista stalinista.

Yo tuve un sueño extrañísimo, algo más que un sueño y que hasta el día de hoy recuerdo y me impresiona. Vi a Stalin, de pie sobre un balcón, en una semipenumbra, frente al pueblo. Se hallaba destrozado, como un hombre que descubre que todo su trabajo se halla en peligro de ser destruido, porque *él representaba una obra religiosa*. Stalin hacía unos gestos mágicos con las manos.

¡Qué cosa tan extraña! ¿Acaso Stalin era un sacerdote, y sólo con Hitler pensó poder realizar su *Obra* y llegar a librarse definitivamente de los judíos? Casi al final de la guerra mandó un mensaje a Hitler para hacer la paz. Y los judíos desviaron este mensaje hacia von Papen, Embajador en Turquía, que era católico y no se lo entregó a von Ribbentrop, su jefe, sino a Roosevelt, quien impidió que se realizara la paz solicitada por Rusia.

Stalin supo que Hitler no había muerto en el *Bunker* de Berlín y se lo declaró a los “aliados”. Al final de sus días, reveló también un “complot de médicos judíos”, que estarían planeando asesinarlo.

En mis libros sobre el “Hitlerismo Esotérico” he reproducido opiniones en boga entre los nacionalsocialistas de postguerra, de que Stalin era judío; pero dado estos antecedentes, que hoy aquí revelo, no puede haber sido de ese modo. Su misma hija nos lo confirma en sus escritos: Hitler admiró a Stalin y Stalin admiró a Hitler. Y la verdad es que Stalin perdió la guerra con la derrota material de Hitler. Lo supo y trató de evitarlo, al final; pero los judíos se lo impidieron.

Alguna iniciación secreta y misteriosa pudo haber existido en el seno del bolchevismo stalinista. Y, de ser así, solamente con Hitler Stalin podría haber realizado sus más ocultos designios, para cambiar “religiosamente” el mundo.

Pero los Arquetipos de la Luz Increada, que desde fuera dirigen todo esto, ya habían decidido otra cosa: *Hitler ganaría perdiendo*. Pues, al conservar incólume los Principios, los preservaría como la Divina Energía en reserva para la próxima Ronda del Eterno Retorno, donde se repetirá la Gran Batalla.

* * *

Si yo no escribo y revelo estas cosas, nadie más lo hará; porque no las saben o porque no se atreverán a hacerlo. Conocen el peligro que se corre: se les aislará, se les silenciará, o se les asesinará. A no ser que los poderes de la Luz los protejan. Por lo demás, éstas son las revelaciones de los Últimos Días, hechas en el límite, en el confín, en el borde de la catástrofe, cuando ya nadie las oye, o si las oyen se olvidan. Y son inaudibles, porque el ruido infernal y el mugido de la Gran Bestia Apocalíptica las cubre. Su aliento fétido ya envuelve el mundo.

Desde el primer día de la Tierra, la lucha se plantea por su dominio, para llegar a imponer un gobierno absoluto sobre los seres y las cosas. Así, paso a paso y con tropiezos, se avanza hacia el Universalismo, destruyendo todas las diferencias humanas y divinas. Ronda tras Ronda, en el Eterno Retorno de un acontecer cósmico y terrestre, circular, o espiral, pues los indicios arqueológicos y antropológicos nos están indicando que esto mismo ya sucedió eternamente, en la infinitud del tiempo de las estrellas esclavizadas. Nuestra América, por ejemplo, hoy lo sabemos, estuvo habitada por judíos, chinos, egipcios, japoneses y vikingos desde miles de años, repitiendo la misma historia y destruyendo todos sus vestigios, para no favorecernos en el combate, e impedir que nos hagamos conscientes y nos salgamos hacia “algo jamás soñado ni por los más grandes utopistas”, como dijera Nietzsche.

La Historia entera tendrá que ser revisada a la luz de estas verdades. Colón no vino a América en busca de la India legendaria, ni de las especies, sino de sus congéneres judíos, que él sabía se hallaban aquí por siglos, repitiendo su historia antigua. Ni la Reina de España vendió sus joyas para poder costear la empresa, financiada por los judíos, ni Colón traía aquí la Cruz del Cristianismo, sino a un rabino, que habló en hebreo a los aborígenes de las Antillas.

El conflicto y la partida de Quetzalcoalt de Tenochtitlan no fueron voluntarios, sino una derrota sufrida por el Reformador y mago vikingo a manos de los sacrificadores judíos, en los altares de su religión de sangre. Casi todos los aztecas y toltecas eran judíos. Investigadores actuales lo confirman. (Ver, entre otros, “América, 5000 años de Historia” de Alexander von Wuthenau, “El Primer Descubrimiento” de Pierre Carnac y también mi libro “Manú, Por el Hombre que Vendrá”, en el capítulo sobre los “judíos cabañistas” y su infiltración entre los frisonés-araucanos).

* * *

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, era sólo cosa de poco tiempo la desaparición de Stalin, y, para que los médicos judíos dieran cuenta de él. El gran obstáculo de Hitler había también desaparecido, abandonando la “superficie de la tierra conocida”. La “Tercera Internacional” ha dejado prácticamente de existir. Con Krushev empieza la erosión del mundo soviético, mientras la “Segunda Internacional” se va asomando nuevamente a la superficie con los partidos socialistas y laboristas en Occidente y en Asia, y con el partido Radical, entre nosotros. Todos ellos tienen como aglutinantes a la Masonería, cuando no a la Iglesia Católica, que también ha dado origen a la Democracia Cristiana y al *Opus-Dei*, internacionalistas por igual, con el consabido bagaje intelectual “humanista”, aportado por judíos como Bergson, Maritain o Escribá de Balaguer.

No demorará mucho la destrucción del Imperio Soviético, con la aniquilación y degeneración total de la Nación rusa. Y todo esto como por decreto y en el plazo de una semana, por decirlo así.

Sin embargo, antes de finalizar este siniestro Drama, otros importantes acontecimientos se han ido cumpliendo, de un modo alternativo, a fin de ir dando forma al plan del Gobierno Mundial. Las Naciones Unidas, la Carta de San Francisco, ya las hemos mencionado; pero, además, se buscaba el triunfo del “socialismo democrático”, impuesto por sufragio. Para lo cual se necesitaba comenzar con un País. Debiendo elegirse, por designio extraño, a un pequeño Estado del fin del mundo, del confín de la tierra y de los hielos del Polo Sur. Y no sería la primera vez que esta misteriosa tierra sirve para un experimento trascendental.

Chile era el elegido.

SALVADOR ALLENDE

Trás la Gran Guerra, momentáneamente se aceptó la bipolarización del mundo en dos potencias, como un medio de distraer la atención de los habitantes de la tierra, tensos y temerosos. En Yalta, se ha dividido el mundo. América del Sur queda para los EE.UU., Europa Oriental para la Unión Soviética. A Rusia no le conviene que países distantes, que no puede controlar con sus ejércitos, se hagan comunistas. Lo impone en Hungría, Bulgaria, Rumania (China es asunto aparte); pero no le conviene en el muy distante Chile, siendo la razón de que el Partido

Comunista chileno, uno de los más antiguos del mundo, pase a disfrazarse de democrático y forme parte del Parlamento de la Nación, predicando la vía pacífica, mientras, paradójicamente, el Partido Socialista se “guevariza”, acercándose al camino de la revolución violenta, y esto aún después de haber llegado al poder por votación democrática, con Salvador Allende, siendo el mayor triunfo del internacionalismo pacífico y llenando de ilusiones y de grandes expectativas a la “Segunda Internacional”.

Hubo un momento, y en el hecho así sucedió, en que tanto la “Segunda” como la “Tercera Internacional”, estuvieron interesadas en la desaparición del “Ché” Guevara y de su guerrilla revolucionaria, de su vía violenta. Es decir, la CIA y la KGB, más los Servicios Secretos de la Francia masónica, actuando a través de su agente, Régis Debray, lograron deshacerse de Guevara. Y Fidel Castro estuvo de acuerdo.

Una vez en el Gobierno, del cambio de posición del Partido Socialista fueron responsables su Secretario General, Carlos Altamirano, y el Presidente de Chile, Salvador Allende.

Por primera vez en el mundo un Partido Socialista y Marxista llegaba al poder por la vía democrática. El comunista Joaquín Gutiérrez me declaraba: “¡Haremos un socialismo precioso, único!”... Pero todo se desmoronó, de la noche a la mañana. Debióse ello a la personalidad de Salvador Allende, un nuevo escollo histórico en el cumplimiento del Gran Plan. Alteró los acontecimientos y los designios mundiales, produciendo una catástrofe.

En el volumen III de estas “Memorias” reproduce una conversación en España con Darío Saint Marie, dueño del Diario “Clarín”, hasta su apropiación por Salvador Allende. Ya nadie se acuerda de Darío Sainte Marie, gran amigo de sus amigos, terrible enemigo y polemista, culto y de aguda inteligencia. Difícil es sí olvidar “Clarín”, más aún cuando recientemente Joan Garcés, un español y colaborador de Allende, está cobrando a Pinochet la expropiación del diario. En aquella conversación, en Madrid, Darío me leyó una larga carta manuscrita de Salvador Allende, en la que le declaraba que si alguna vez llegaba al poder en Chile, iba a producir tal convulsión que el País ya nunca volvería ser el mismo. Y esa carta profética se cumplió.

* * *

¿Qué pasó con Allende? Le conocí hace muchos años, en la oficina del abogado Eduardo Palacios. Me lo presentó el escritor Roberto Otaegui. Allende llegaba acompañado del socialista Armando Mallet, con quien eran socios en el negocio de los “Bares Lácteos”. Se me hizo simpático por la forma en que trató delante de nosotros a otro de sus socios, un judío. Le dijo: “¡Usted nos engaña!”. Así era: directo y con un especial sentido del humor. Recuerdo una vez que le visité en su casa de la calle Guardia Vieja, con Elena Larraín, hija de don Jaime y políticamente partidaria de Jorge Alessandri. Nos recibió en la puerta de entrada y nos hizo entrar, diciéndole a ella: “Usted por aquí, *a la derecha*”. Y la hizo entrar a un cuarto con un gran crucifijo antiguo. De seguro el cuarto de la izquierda estaría adornado con la hoz y el martillo.

También he contado mi sorpresa cuando, hablando con él por teléfono a Praga, desde Roma, para informarle sobre el fracaso de su amigo Hernán Santa Cruz, en la elección para la presidencia de la FAO, me respondió diciéndome: “¿Ves? ¡Ya no hay más que la guerrilla armada, la Revolución, para llegar al poder!”. Y él sabía que en Praga comunista su conversación telefónica estaba siendo controlada. Esa era la posición del “Che” Guevara, del “OLAS”, Organización a la que ya pertenecía; pero no era la de Moscú, ni la de Praga en ese momento. Aquí Allende se equivocaba; porque, como decía Darío Sainte Marie, carecía de sutileza y de una amplia visión política, la que nunca tuvo, por falta de penetración, de estudio y de idiosincracia para ello. Fue un político “actualista”, del momento, improvisador, y, en el fondo, con una visión muy limitada, criolla y provinciana, un maniobrador y especialista del “muñequero”. Por ello, en las grandes líneas se dejó dirigir por Fidel Castro, sin conocer que este mismo ya había abandonado al “Ché” Guevara y no iría en contra de los dictados de Moscú. Necesitaba reafirmarse él mismo.

* * *

Yo quisiera hacer aquí un breve análisis objetivo, hasta donde sea posible, de la destrucción del Chile vernáculo y mágico, del que conocí en mi juventud y describí en “Ni por Mar ni por Tierra” y en el tomo primero de estas “Memorias”. Su existencia residía en el paisaje sublime, en la agricultura tradicional y patriarcal. No es, por lo tanto, casual que los que inician la “reforma agraria” en

Chile sean de origen extranjero, o afincados en esta tierra no hace mucho. Así, por ejemplo, Jorge Alessandri es quien comienza con esta reforma, bajo la fuerte presión de Kennedy con su "Alianza para el Progreso". Le sigue Eduardo Frei Montalva. Y con él la acción ya se transforma, pues el impulso principal es un odio instintivo al campo y a la tradición campesina de Chile. Le continuará Salvador Allende, quien lleva ese odio al paroxismo, organizándolo e institucionalizándolo. Tanto Frei, como Allende, ponen a cargo de las expropiaciones y de la "reforma" a un judío: Jacques Chonchol, quien, luego de la caída de Allende, por supuesto se pone a salvo (como Volodia) y se traslada a Cuba, a colaborar con Castro.

No existe en mí una obsesión por interpretar los hechos, los acontecimientos históricos de mi patria y del mundo relacionándolos con el accionar del judío, como su promotor principal. No. Por desgracia, siempre los encontramos allí. La diferencia mía con el resto de los analistas o historiadores es que ellos se niegan a ver, o se callan, por temor a las represalias del judío todopoderoso, precisamente. Mas, yo me encuentro obligado a decirlo, por honradez y por amor a Chile, por respeto a mis ancestros y por sentido del honor. Ningún bien obtengo de esto; muy por el contrario, como cualquiera podrá comprobarlo.

¿Qué impulsó a Frei? ¿Qué impulsó a Allende a movilizar ese odio vesánico y a institucionalizarlo en contra de los dueños de fundos, del universo agrario, del entero paisaje, incluyendo al peón, al inquilino, que decían amar y proteger? Ellos pertenecían a la clase media alta, más Allende que Frei; ambos, Allende (Alliende-Salazar) Gossens y Frei Montalva (Montalva-Quindo) tenían vertientes hispánicas en su sangre. También los radicales en Chile pertenecían a la clase media y estuvieron por diez años en el poder. En lugar de destruir la agricultura fueron sus defensores, como el mismo Pedro Aguirre Cerda, o Cristóbal Sáenz. Ellos fueron dueños de fundos; no lo fue ni Juan Antonio Ríos, ni mucho menos Gabriel González Videla. Sin embargo, industrializaron a Chile sin destruir la agricultura. Durante el Frente Popular nadie pensó en destrozarse el corazón del cuerpo de Chile, la tierra mágica, con el pretexto marxista de acabar con el latifundio y el feudalismo colonial, lenguaje jamás usado, por ejemplo, en la Austria socialista, donde los Príncipes conservan sus viejas propiedades históricas, trabajándolas ellos mismos, manejando sus tractores, sin que

les haya afectado ninguna reforma insensata. Instruyeron a sus antiguos inquilinos y ahora son todos copartícipes, sin que se hayan subdividido los grandes predios, los "latifundios", aniquilando la economía de la Nación.

Para lo sucedido en Chile durante Frei y Allende, donde se usó el odio como el motor esencial de la "reforma" y de la "revolución", no encuentro explicación, por más que la busco, fuera de la personalidad misma de sus promotores.

Por razones semejantes ambos odian a la aristocracia y a la raza chilena. Por lo Frei y por lo Gossens. Y utilizaron a un congénere, a Chonchol, como Ministro de Agricultura. Ahora, el hijo del primero, también en la Presidencia de la República, urgido por el instinto nómade e internacionalista de sus ancestros, predica y nos impone el "globalismo", viajando, moviéndose por el mundo, de un lado a otro, sin poder centrarse en la tierra que hoy dirige. Y autoriza a un extranjero, Douglas Tompkins, a comprar a vil precio miles y miles de hectáreas de nuestro más rico territorio del Sur. Ha entregado la totalidad de "Laguna del Desierto" y está dispuesto a hacer otro tanto con el "Campo de Hielo Sur" y con lo que los extranjeros le exijan, en el cumplimiento del "Plan Andinia".

Allende admiró siempre el suicidio de Balmaceda. No recuerdo si lo mencionaba en la carta en referencia; pero es muy posible que lo previera, para después de esa "hecatombe" que él iba a producir. Ya no le quedaría otro camino que volarse la tapa de los sesos. Desde que llegó a la Presidencia, su actuar fue el de un suicida, como si algo dentro de sí lo llevara a la autodestrucción, junto con la de Chile.

No quisiera, a continuación, entrar a contar cosas y actuaciones chocantes y hasta repugnantes en la personalidad de Salvador Allende y que a mí me tocó conocer y presenciar. En esto voy a seguir la actitud de los militares chilenos, quienes, al enterarse y poseer las pruebas materiales, después del Golpe, prefirieron ocultarlas o destruirlas. Lo cierto es que Allende, desde que alcanzó el poder, vivió en una permanente orgía. En el Arrayán, pueblito de la pre-cordillera, zona que perteneciera a mi familia (ver volumen I), en dirección a lo que hoy son los campos de esquí de Farellones, el arquitecto Ignacio ("Nacho") Tagle se construyó una bella y original casa: "El Cañaveral", a la orilla del río y rodeada de montañas. Allí me dieron una fiesta de despedida

cuando partí a India, a la que asistieron Juan José Fernández, quien iba a ser mi secretario en la Representación diplomática; el General Tassara, ya designado en Cachemira, en la Delegación de las Naciones Unidas para India y Pakistán, y la bella “Puci” Berio, hija del Embajador de Italia, también trasladado a India. Esta casa la compró luego Flavián Levín, muy amigo de Carlos Altamirano y editor de Neruda, quien la vendió, a su vez, al pintor Pablo Burchard, casado con una hermana de la “Pallita”. Allende envió a Burchard a España, como Agregado Cultural, donde le hizo llegar un cheque por diez mil dólares, diciéndole: “Este es el precio por tu casa de “El Cañaveral” y no me reclames, porque me ha costado mucho mantenerte como Agregado Cultural en Madrid”. Y así se quedó con esta propiedad. Cuando, después del Golpe, la allanaron los militares, encontraron allí toda clase de evidencias y fotos de las orgías del “Presidente de la Unidad Popular”, de los años 71 al 73, comprometedoras también para Fidel Castro, en el mes de su “visita oficial” a Chile. Esto lo supe por una fuente directa: mi cuñado, Luis Rosselot. Por sus contactos comerciales con la televisión de los EE.UU. debió entrar de los primeros a “El Cañaveral”. Allí encontré las evidencias y las pruebas de que Darío Sainte Marie no mentía, cuando me contó en Madrid que había hecho un viaje especial a Copenhagen, por encargo de Allende, para comprarle algunos “objetos”. Allí estaban. Y el escritor Enrique Bunster completó y confirmó esta historia al relatarme un almuerzo a que lo invitara el Almirante Merino, en el Ministerio de Defensa de la época, acompañado de su Estado Mayor, para relatarle los pormenores del histórico “Pronunciamiento”, como le llamaban. Deseaban que este escritor de temas navales escribiera sobre estos hechos trascendentales. Cosa que, por desgracia, no hizo. Me confesó: “Yo no escribo por encargo”. Pero me dijo que le habían mostrado fotos, enormemente comprometedoras de Allende y Fidel Castro, más el infaltable “Perro” Olivares, el periodista, “en las que el único vestido era el General Prats”. Cuando Bunster les preguntó: “¿Y por qué no las publican y las dan a conocer al mundo, como el mejor medio de terminar con el mito y la leyenda del revolucionario y reformador social, insobornable, sin máculas, que ustedes han derrocado?”. Le respondieron que había sido Presidente de Chile y estaba de por medio el prestigio del Estado y la Nación.

Conociendo la mentalidad de nuestros militares y, en especial, de los marinos, católicos a ultranza, esto es posible. Mas, hay también otra explicación, pues tontos no son. Una hábil estrategia: ¿Hicieron acaso conocer estos documentos a Fidel Castro, estableciendo un acuerdo tácito? Es extraño que durante todo el tiempo que duró el Gobierno Militar, Fidel Castro nunca atacó verbalmente a Pinochet. Y ahora, cuando ha sido “secuestrado” en Londres, Fidel hizo declaraciones públicas a su favor. También es posible que hayan aparecido fotos del Comandante en Jefe, General Prats.

En un gran balance, aún no es posible saber quién habrá salido ganando con el tiempo. En todo caso, hay que trasladarse a aquellos momentos históricos y trascendentes, no sólo para Chile, sino para el mundo, y colocarnos en la perspectiva del contexto mundial que aquí hemos analizado. Allende, al igual que Napoleón, después de la Revolución Francesa, y Stalin, después de la Rusa, interrumpe y transforma el acontecer de la Historia, la que tendrá que dar un largo rodeo para encontrar de nuevo el curso internacionalista de la Gran Conspiración.

Entre orgía y orgía, él da el primer impulso revolucionario, tipo Fidel, o “Che” Guevara. Muy luego será sobrepasado por Altamirano y el *MIR*, por Chonchol y, al parecer, curiosamente, por Volodia (“No me pregunten a mí, pregúntenle a Volodia”). De ahí hasta el final, pudiendo haberse salvado y salvar al país, con los militares de Prats, no pudo, o no lo quiso. O bien, no lo quiso el General Prats.

Y aquí debo hacer un paréntesis. ¡Qué curioso ha sido todo para mí! También yo me he encontrado en el centro de tantos acontecimientos históricos, los que (en especial después de la Gran Guerra) no me interesaban mayormente. Y ahí he estado, captándolos y grabándolos para siempre en la memoria, como si un Destino o una mano (EL) así lo dispusiera, obligándome a tener que revelarlos un día (el “Ultimo Día”), de modo, quizás, de que puedan traspasar el “umbral de los eventos”, antes de que el Hoyo Negro absorba y desintegre la entera Galaxia.

* * *

Ya he relatado cómo viví la ascensión de Salvador Allende al poder y encontré en Ginebra a Raúl Ampuero, socialista, ex-Secretario General del Partido, de la corriente antimasónica, muy

respetado por el General Ibáñez y amigo de Héctor Barreto. La pugna con el “masón” Allende había hecho crisis con mucha anterioridad. Ampuero se exiliaba voluntariamente y me declaró: “En Chile viene el desastre. Si hubiera triunfado Alessandri, se habría provocado la revolución; con Allende, es la tragedia”.

Cuando Allende ganó la elección y llevó el socialismo al Gobierno por la vía democrática, me encontraba en el extranjero, sirviendo como Embajador en Austria. Entonces, viajé a Chile.

Pues bien, una noche, en Santiago, en medio de esa euforia triunfante, me encontré en una cena, en algún lugar del barrio alto. Una mujer allí presente se dirigió a mí, diciéndome: “Sé que usted es muy amigo de Oscar Jiménez, quien va a ser Ministro de Salud de Allende; dígame que el General Prats es el hombre que el Presidente debe tener a su lado; porque sus sobrinos son marxistas y lo han convencido de sus ideas. Prats será su mejor colaborador”.

Nunca di este recado a Oscar Jiménez, mi antiguo camarada del Nazismo, quien también terminó colaborando con el marxismo y con la democracia cristiana, como sus hijos e hijas, en la actualidad. Pero Prats pasó a ser el hombre de confianza de Allende y el partícipe de su catástrofe.

Recuerdo haberme encontrado ocasionalmente en Chile, un año después, con Bernardo Leighton, quien me demostró su gran preocupación por el rumbo que habían tomado los acontecimientos en el Gobierno de Allende. Le hablé de Prats y de mi conocimiento de su posición pro-marxista. Se escandalizó, diciéndome que eso era una locura, un absurdo, algo impensable. En el fondo eran ellos los que estaban locos, casi todos los políticos, sin excepción y sin saber nunca lo que realmente acontecía.

En Chile, nadie oye, nadie escucha, no analizan, ni conectan. Carecen de una visión amplia del acontecer mundial. Sólo con una persona he podido conversar, analizando, relacionando y traspasando mi experiencia de política internacional y de la historia contemporánea, para aplicarla a lo nuestro: el periodista Silva Carballo, dueño del desaparecido diario “La Unión”, de Valparaíso, también muerto, por desgracia. Nos sentábamos a charlar largamente en el Club de la Unión, de Santiago, en cada una de mis visitas al país.

Cuando Allende era ya Presidente electo y aún no asumía, se produjo el asesinato del General Schneider, Comandante en Jefe del Ejército. Allende me dijo: “Esto era para mí. Le tocó a él, por

casualidad". Si hablaba en serio, sólo probaba su ignorancia, o su falta de información verídica. Nadie había pensado asesinar a Schneider entre los que idearon el rapto. Lo sabe y lo declaró Juan Diego Dávila. Fueron infiltrados por los traficantes de droga del norte de Chile, que lo asesinaron como un acto de venganza por la acción eficaz del General Schneider en contra de ese tráfico en la frontera con Bolivia.

Allende me pidió entonces que "regresara a Viena", porque "quería que todos sus Embajadores estuvieran en sus puestos, cuando él asumiera como Presidente de Chile".

Y aquí comienza una sórdida historia, que de nuevo voy a relatar, pero ampliándola, para tratar de descubrir sus verdaderas causas y explicaciones, si las hay.

* * *

Ya no recuerdo bien cuando mi relación con Allende pasó a ser más estrecha y cordial, siendo que yo vivía en el extranjero y mis venidas a Chile eran espaciadas. Me visitó en Yugoslavia, como Presidente del Senado y en el almuerzo que le di en mi casa, observando a mi empleada, Elena, de sesenta años y de gran belleza, exclamó: "Muy bella; pero, ¡no hay que tocarla!". Luego, como iba de visita oficial a la Dalmacia, con Carlos Altamirano y su secretario, Miguel Labarca, me pidió que le "prestara" a mi hijo menor, Cristián; "porque le serviría de cebo para las mujeres yugoeslavas, ¡que eran heroicas!".

Después, mi hijo me contó que en las "boites" nocturnas le pedía que sacara a bailar a una bella chica, diciéndole: "¡Me la presentas!".

Bien, fue en una de sus elecciones que él me hizo saber que se hallaba mal de fondos y le hice entrega de un cheque de mil dólares, que era mucho en la época, especialmente para mí, siempre con grandes dificultades para poder cubrir los gastos de mi Representación. La elección presidencial se perdió y me olvidé del asunto, pensando que el cheque habría sido cobrado y gastado en los trabajos electorales.

Debo aquí declarar que he sido siempre un ingenuo, un ignorante total en asuntos de dineros, de negocios y, sobre todo, de comisiones, o "coimas". En mis tiempos, los diplomáticos (lo vine a saber por Horacio Serrano) acostumbraban a reservar de sus

sueños en dólares ciertas cantidades para “ayudar” a los políticos y congresales, que a su vez los apoyaban y los mantenían en sus puestos, moviendo sus influencias. Horacio me aconsejaba hacer lo mismo. Jamás le escuché. Me habría sentido deshonrado al humillar (pensaba yo) a un funcionario de mi País. Menos aún a un Presidente, o candidato a la Presidencia. Cuando entregué ese cheque a Allende, lo hice a un amigo, como una ayuda, sin esperar jamás una retribución, aunque ésta llegara, sin que yo me lo hubiera propuesto.

Por ejemplo, cuando don Jorge Alessandri Rodríguez se presentó nuevamente como candidato, jamás se me habría ocurrido hacerle llegar una ayuda en dinero para su reelección. Mi ayuda era de otro tipo, era “mental”. Y él, con su sensibilidad finísima, lo supo siempre. Mi hermano Diego me lo contó. Le veía a diario, pues era un activo colaborador en su campaña. Un día, le preguntó:

“—Don Jorge, ¿y Miguel no le ha enviado una ayuda económica para su campaña?”. (“No lo hubiera hecho”, me agregó. “Nunca le había visto más enojado”).

“—¿Cómo puede decir eso?”, le replicó. “Jamás a Miguel le pediría ese tipo de ayuda, y no lo vaya a hacer usted, por ningún motivo. Aquí, en el bolsillo (y se tocó el lado del corazón) tengo una carta que él me ha enviado... ¡Esa es su mejor ayuda!”.

También con don Jorge Alessandri, como con el General Ibáñez, la relación se estableció en el mundo mágico de “*EL*”. Eran seres superiores, especiales. En cambio, con Allende no fue así. Lo que Darío Sainte Marie me explicara y que ya he relatado en los tomos anteriores de estas “Memorias”, era verdad: “Sólo entendía de cantidades de votos y de dinero; sólo eso le interesaba”. Y ya en el poder, según decía con mucha gracia el “Chopo” de la Fuente, aplicó su programa de “economía marxista”: “Siete por tres veintiuno. Me quedo con veinte y te doy uno...”. “Hasta aquí llegaba su interpretación del materialismo histórico...”, agregaba

Y Chile sufrió las consecuencias. Y también yo, al final, como explicaré.

Pero antes debo contar algo que hasta ahora he guardado siempre para mí. Cuando Allende perdió la elección presidencial y la ganó Eduardo Frei Montalva, ante mi enorme sorpresa, Frei me sacó de la Embajada en Yugoslavia y me dejó fuera de la diplomacia. Y digo que me sorprendió, porque Frei me era conocido desde la adolescencia, cuando fuera mi profesor en el Instituto de

Humanidades. Ya he contado todo esto en los volúmenes anteriores y de cómo logré, ante la sorpresa del Gobierno y, en especial, del Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés, revertir la acción de la Contraloría, que ya había dado curso al Decreto de mi despido. La verdad es que esto lo logró Salvador Allende, yendo en persona a hablar con su “hermano” de Logias, el Contralor General, Enrique Silva Cimma. Y esto Allende lo hizo por el cheque de mil dólares que yo le diera y las razones que pasaré a explicar. Este cheque estaba impago.

¡De nuevo el Destino, la casualidad (que no existe)! Alberto Cantuarias, el Secretario General de la Contraloría, me había sugerido recurrir a Allende, por su amistad con Silva Cimma, para lograr retirar el Decreto. Y ésta era la única persona capaz de conseguirlo, y nadie más. (Véase el volumen III de estas “Memorias”).

Antes de mi regreso a Europa, me fui a despedir de Salvador Allende. Llegué de mañana a su casa y él me pidió que subiera al segundo piso, “donde su mujer, Tencha, tenía que hablar conmigo”. La encontré en su cuarto, en cama y con un chal de lana tejido sobre los hombros. Tencha fue siempre muy hermosa y distinguida. Allende la trataba mal, muchas veces delante de otras personas. Estaba sonriente y me hizo sentarme a los pies de su cama. Ella siempre se interesó por los ejercicios de yoga y, a veces, los practicábamos juntos, como una vez en el aeropuerto de Viena, ante la curiosidad y risa de los espectadores. Ahora, para mi sorpresa, me extendió el cheque que yo le había entregado a Salvador para las elecciones, diciéndome: “Se nos pasó la fecha de cobrarlo y se ha vencido”.

Volví a Yugoslavia, reconfirmado en mi puesto. Después, Frei me trasladó a Austria y no volví a pensar en el cheque. Transcurrió el tiempo y llegaron las nuevas elecciones en Chile, las más trascendentales de toda su historia: Allende contra Alessandri. No fui a votar, pues no podía abandonar mi Embajada, ni apoyar a Salvador Allende contra don Jorge. Cuando ganó el primero, nunca creí que fuera a producir esa catástrofe, a pesar de la carta que ya conocía y de las anécdotas aquí contadas. Viajé a Chile y Allende me pidió retornar, a “hacerme cargo de mi Embajada en Viena”. Pensé que era una forma de confirmarme en el cargo.

Lo que paso a narrar ahora es una de las experiencias más traumáticas que me ha tocado vivir en mis años de Embajador. También fue la última, pues marcó el fin de mi vida diplomática.

Mis amigos en el Ministerio de Relaciones austríaco me consultaron si me quedaría en Viena y les respondí con las palabras del Presidente Allende, de que “regresaba a hacerme cargo de la Embajada”. Allende había ganado la elección por una exigua mayoría y la Cámara debió aprobarla. Se había hablado de un “no reconocimiento”. Escribí al ex Presidente, Jorge Alessandri, pidiéndole que influyera para su aprobación. Esta carta se desconoce —nunca informé de esto a Allende—, a no ser que se haya encontrado entre los papeles de don Jorge Alessandri, como otra mía que se ha publicado en un libro, después de su muerte. Me respondió, apreciando mis palabras y diciéndome —aún lo recuerdo— que “Allende estaba muy ligado a su familia, por lazos de amistad”, cosa que yo desconocía.

Y fue en la recepción del Año Nuevo de 1971, cuando el cuerpo diplomático acreditado en Viena saludaba al Presidente, que mi viejo amigo, el Embajador Halusa, a la sazón Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores de Austria, se me acercó para decirme que solicitara para ese mismo día una audiencia con el Jefe del Protocolo, Embajador Winsterstein.

Así lo hice y esa tarde estuve en su oficina del Ministerio. Empezó preguntándome si yo tenía alguna relación de amistad con el Presidente Allende. Le respondí que “creía conocerle; pero amigo, no podría afirmarlo”. Entonces, él me mostró un oficio del Embajador de Austria en Santiago, donde se solicitaba el *Agreement* para el nuevo Embajador de Chile, un miembro del Partido Radical. Y el Ministro de Relaciones Exteriores chileno, Clodomiro Almeyda, correligionario socialista de Allende, le pedía al Embajador de Austria que su Gobierno en Viena *me ocultara el nombramiento y solicitud de Agreement*.

El Jefe del Protocolo austríaco estaba indignado y sorprendido por el gesto desleal y la solicitud ofensiva para ellos (los autores de los “Convenios Diplomáticos de Viena”), confesándome que hacía ya más de un mes que retenían sin respuesta ese pedido de *Agreement*. Y me agregó: “Usted es nuestro amigo; si nos autoriza, no daremos el *Agreement*”.

Mi confusión era total. Debo haber estado rojo de vergüenza y también de emoción por el gesto de los austríacos. Jamás me

había sucedido algo así y, como representante de Chile, me sentía humillado por la actitud increíblemente baja y vergonzosa de ese Ministro llamado Almeyda, y que no habría actuado de ese modo sin la autorización y recomendación del Presidente de Chile, Salvador Allende.

Le pedí a ese gran señor austríaco, el Embajador Winsterstein, que de inmediato le diera el *Agreement* al nuevo Embajador, diciéndole que si yo pudiera abandonar mañana mi puesto, lo haría, pues no podía representar a un Gobierno que actuaba de ese modo.

Y así lo hice, apenas mi renuncia fue aceptada.

Envié una carta personal a Allende, manuscrita, la que entregó en sus manos mi hermana Berta, en Viña del Mar, en el Palacio Presidencial del Cerro Castillo.

En ella le decía: “Cuando usted ganó la elección, yo no pretendí quedarme en la Representación de Chile, pues mi posición ideológica era diferente a la suya; sin embargo, cuando me pidió retornar a Austria creí que me confirmaría en la Misión, la que yo habría servido con la misma lealtad de siempre, por mi País y por su Presidente. Pero jamás podría entender el procedimiento usado, dado el grado de confianza que había existido entre nosotros. Me pudo decir que no me dejaría en el servicio y así yo también me habría preocupado a tiempo por mi futuro”. Y terminaba mi carta pidiéndole, “en nombre de Galté (el médium chileno que atendió a su padre), que me explicara porqué había actuado en esa forma tan extraña y doble. Necesitaba saberlo, para tranquilidad de mi propia conciencia y la preservación de la imagen de un País, al que yo había tratado de servir en el extranjero al límite de mis posibilidades y de mis fuerzas, sin jamás permitir que mi personal ideología se interpusiera o lo dañara”. También le reconocía mi deuda voluntaria con él; pero con delicadeza y sin estampar la palabra dinero.

De más está decir que nunca obtuve respuesta, aunque de nuevo fue Darío Sainte Marie quien me contó que Allende le confesó haber recibido una carta mía, que le había “tocado”.

Estoy seguro que, cuando Allende recibió a mi hermana y la carta, lo hizo pensando que allí venía el cheque en dólares, nuevamente extendido y reactualizado. Pero, dado mi modo de ser, esto lo he venido a comprender mucho después. Así y todo, nunca habría cometido la grosería de incluirle un cheque en una carta al

Presidente de Chile. Para mí y mi estirpe esto aparece como impensable. Y fue la razón última de que jamás pudiese destinar esas “cuotas mensuales” a los senadores y a ningún funcionario público para “comprar” mi Embajada. También fue la causa de que, una vez triunfante y elegido ya Presidente Allende, no pudiese entregarle el cheque sin considerarlo una ofensa y una deshonra a la Patria y a su esforzada Historia, representada precisamente en el Jefe del Estado chileno, al que yo servía. Y esto así lo entendieron siempre gobernantes como el Presidente Carlos Ibáñez (ver tomo II de estas “Memorias”) y Jorge Alessandri. Por eso yo me sentí orgulloso de poder servir bajo sus órdenes.

* * *

Al ir a despedirme protocolarmente del Primer Ministro de Austria se produjo, sin que me lo esperara, una conversación muy trascendental y que, al reproducirla aquí, me permite retornar a las líneas centrales de este análisis sobre el Plan Mundial, o Mundialista. Bruno Kreisky era judío y un personaje muy influyente, colaborador de Tito, de Naser y de Nehru, en el grupo de los países “No Alineados”. Curiosamente, fue él quien puso bajo control a su congénere Wissenthal, acallándolo en sus vociferantes declaraciones sobre Bormann, la “Colonia Dignidad” y algunos ex-nazis austríacos. Kreisky pretendía retornar al “internacionalismo suave”, sin mayores sobresaltos, el que fuera interrumpido por Stalin y por la Guerra. Seguramente se había entusiasmado con el triunfo “democrático” del socialismo chileno. Veía en Nixon un obstáculo a sus planes y me habló muy mal de él, cosa que me sorprendió, como una falta de tino ante un Embajador extranjero. Pero la verdad es que ya se hallaba en marcha la “Operación Golda Meier”, que muy pronto sacaría a Nixon del poder.

Kreisky me pidió que hablara de inmediato con el Presidente Allende para pedirle, de parte de él y del canciller alemán, Willi Brandt, que no fuera a reconocer a Alemania Oriental, pues pensaban invitarlo a participar en la próxima conferencia de la “Segunda Internacional”, a realizarse en Helsinki. Esta conferencia sería presidida por Brandt, quien “no podría sentarse junto a Allende, si éste reconocía a la Alemania Comunista”. (“Tercera Internacional”).

Debí sorprenderme, pues nada sabía de todo eso. Ni del reconocimiento de Alemania Oriental por Chile, ni de la invitación a Salvador Allende a la reunión de Helsinki. Mas, en una segunda reflexión no debí extrañarme del establecimiento de relaciones con la “República Democrática de Alemania”, pues ya había recibido a Tencha de Allende en mi casa de Viena, cuando ésta venía de visitar esa Alemania y se hallaba preparando la campaña electoral de su esposo, recolectando fondos. Al parecer, era su tesorera. Conociendo ahora la mentalidad de Allende, al haber recibido ayuda económica, era seguro que pagaría esa deuda, a la espera de nuevos aportes.

Como Kreisky notara mi sorpresa, la que tomó por duda, marcó unos números en el teléfono, que tenía a su lado, y, de inmediato, tuvo en línea a Willi Brandt. Habló breve con él, en alemán, colgó el fono y me dijo: “Es un hecho, el Canciller Brandt me confirma que el Presidente Allende va a reconocer a Alemania Oriental el próximo mes”. Y me dio una fecha, que no recuerdo bien, pero que pudo ser el 17 de octubre, o algo así.

Entonces, Kreisky agregó algo que no olvidaré nunca, por su importancia e implicaciones. Recalcando cada palabra y en un tono misterioso: “Llame por teléfono y dígame a Salvador Allende que no cometa el error de reconocer a la Alemania comunista; porque nosotros podemos ayudarle mucho, mucho...”. Lo dijo en inglés: “*We can help him very much, very much*”. Y repitió dos veces la palabra: mucho.

Recuerdo que argumenté que Allende era socialista y que el Partido Socialista chileno era marxista y no pertenecía a la “Segunda Internacional”. En cambio, el Partido Radical chileno sí era miembro. Entonces, Kreisky me respondió con algo nuevamente sorprendente: “Pero Salvador Allende es masón”.

* * *

Mas, los dados ya estaban echados. Allende reconoció a la “República Democrática Alemana” y no fue a la reunión de Helsinki, de la “Segunda Internacional”. Allende “cambió de caballo en medio de la carrera” y de dirección, produciendo un nuevo quiebre en el acontecer mundial. Cuando Chile había sido destinado como laboratorio inicial para el “Socialismo Democrático”, él pretendió imponer, insensatamente, la “dictadura del proletariado”, plegán-

dose a la “Tercera Internacional”, sin el beneplácito de Moscú, que para nada le ayudó, quedando esto en evidencia con el fracaso de su visita a Rusia. Los Soviets ya tenían bastante con el millón de dólares diarios en la mantención de Cuba. Además, como hemos dicho, existía el Acuerdo de Yalta, con la repartición del mundo, que debían respetar. La organización ALAS (Alianza Latinoamericana de Solidaridad) liderada y controlada por Fidel Castro, ya estaba agónica y a Fidel sólo le interesaba no perder el control de lo que sucedía en Chile, ni de Salvador Allende, en especial: uno de sus agentes de Inteligencia se casó con la hija de Allende, su secretaria privada, con oficina al lado de la del Presidente, en La Moneda.

Los comunistas rusos sabían que no podrían ir muy lejos en Chile, ni repetir aquí lo de Cuba. Intentaron aprovecharse, mientras pudieron, de las posibilidades estratégicas que se les ofrecían, para hacer un levantamiento topográfico de los canales del sur, hasta la Antártica, y enterarse del “*know how*” estadounidense en las minas de cobre del norte chileno.

Aun cuando el “Che” Guevara había muerto asesinado en Bolivia, en Chile quedaba el MIR. Ambos fueron absolutamente idealistas y actuaron siempre de buena fe. Si al final Allende aún era libre para tomar decisiones por cuenta propia o, en cambio, se hallaba inhibido para ello por su incapacidad, falta total de visión, por su tendencia autodestructiva, revelada en su carta a Sainte Marie, por su vida público-privada, por su contradicción en la propia sangre, con su odio a lo vernáculo de esta tierra, o bien, se hallaba superado y controlado por el MIR, Altamirano y, curiosamente, por Volodia Teitelboim (miembro de la “Tercera Internacional”), ya no importa saberlo, pues lo cierto es que su predicción se cumpliría: la *hecatombe*. Y Chile y el mundo ya no volverían a ser los mismos, ni se cumpliría lo que la “Segunda Internacional”, Willi Brandt, Kreisky y la Masonería, habían planeado para un tiempo más corto. Ahora, habría que dar un gran rodeo, de casi treinta años, para retomar de nuevo el rumbo y comenzar de “fojas cero”.

El Golpe Militar se hizo inevitable, como la única forma de cumplir con Yalta y que la influencia de los yanquis se mantuviera en el Cono Sur de las Américas.

EL GOLPE MILITAR EN CHILE

En la lucha sin fin entre el Poder de las Tinieblas y las Jerarquías de la Luz, estas últimas actúan con delicadeza extrema aquí en la Tierra, siguiendo a menudo caminos extraños y utilizando casi siempre personajes ajenos, a no ser cuando un “Hijo de la Luz” desciende, como su Enviado, y es un *Avatâra*. Entonces, la contienda es frontal y el Enviado deberá ganar perdiendo. Este es el mejor signo para reconocerlo.

En el pasado, los Nacionalsocialistas chilenos intentaron golpes militares, los que nunca resultaron. Ni el del General Ariosto Herrera, ni el de las “Patitas de Chancho” (que yo mismo ayudé a que no se realizara), ni el del General Viaux. Los hombres de armas son siempre reacios a salirse de la Constitución, siendo ellos mismos una creación del sistema liberal y burgués. Además, deberán cuidar sus situaciones pecuniarias, siempre difíciles. Y sus mujeres no les acompañarían en una asonada, que pone en peligro a sus familias, a no ser que exista un respaldo económico poderoso, venido desde el exterior, y una situación favorable interna y externa. Los militares no son revolucionarios; los revolucionarios son siempre civiles. En Chile lo fueron los nazistas y los “miristas”. Y pare de contar. No lo fueron los comunistas, por las razones ya explicadas en este análisis. Ahora bien, otros revolucionarios, digamos mejor, los revolucionarios por antonomasia y que no dejarán de serlo ni aun después de alcanzar el poder total (donde conspirarán contra ellos mismos) son los judíos. Y ésta puede haber sido la razón última de que Volodia no siguiera siempre las instrucciones de Moscú. Al igual que Allende y Frei y Chonchol, odia irracionalmente la tradición, la agricultura y la vida orgánica de Chile, nacida y asentada en la tierra, en el paisaje, en la raza visigodo-araucana y en la raigambre noble hispana.

Ellos fueron el verdadero motor. Por su posición de comando, pudieron evitar el desastre; pero lo precipitaron, sumándose o dando alas a los teóricos “guevaristas”, aportando la sustancia del odio y del resentimiento de una élite. Y esto, desde antes, desde el gobierno anterior de la Democracia Cristiana.

Aun cuando en otros libros ya me he referido a algunos de estos acontecimientos, en especial al Golpe Militar en Chile, nunca estará de más ser reiterativo con un acontecimiento de tal magnitud; menos ahora, cuando nos están reinsertando en el contexto de

un suceso mundial y de un Plan que se viene desarrollando desde los orígenes terrestres. Y en el que la mayoría de sus ejecutores son meros vehículos inconscientes.

A pesar de que me hallaba en el extranjero cuando casi todo esto sucedió, exiliado voluntario en el Ticino, en la casa de Hermann Hesse, me di cuenta de lo que en verdad sucedía, desde el primer momento. Mucho de ello ya ha sido relatado en estas mismas "Memorias", en el tomo III, también en "Adolf Hitler, el Último *Avatâra*", en el capítulo "El Golpe Militar Chileno". Pero deberé repetirlo, bajo el prisma ahora revelado.

El Golpe tuvo por objeto, primero, restituir el control de los Estados Unidos de América sobre los "Estados Desunidos del Cono Sur", especialmente del Pacífico Sur. En esto estaba de acuerdo - a la fuerza- la Unión Soviética. Segundo, se trataba de retrotraerse al camino pacífico y "democrático" de la imposición del mundialismo, de la "Segunda Internacional", con el regreso de la Democracia Cristiana, de Frei, como la última posibilidad restante, ya que el Socialismo y la Masonería habían quedado forzosamente dañados y al margen, por el momento. Después de todo, la Iglesia Romana, muy infiltrada desde su origen, -y por su origen-, no era hostil al "mundialismo" ni a los lazos judeo-masónicos. Aquí la Unión Soviética y la "Tercera Internacional" entraban en conflicto con el Plan de la "Segunda Internacional", porque ya lo estaban desde antes, como ha quedado expuesto en este relato. Siempre la URSS aspiraría a la imposición violenta (imperialista) del comunismo marxista-leninista, allí donde Yalta se lo permitiera. Respetaría este acuerdo en el Cono Sur, momentáneamente.

Pero un nuevo escollo debería introducirse en el girar de la rueda de la planificación de Occidente. De un modo imposible de controlar o de evitar, la Junta Militar en el poder inicia la liquidación del Partido Comunista de Chile. Y esto no estaba contemplado, menos permitido, por los Servicios de Inteligencia mundiales, muy activos en los hechos. La KGB y la CIA se combaten pero no se matan. "Entre bueyes no hay cornadas", como dice el refrán campesino.

El Partido Comunista chileno es uno de los más antiguos del mundo, anterior a la misma Revolución Soviética y el más leal a Moscú, habiendo apoyado a esa Nación en todas sus aventuras imperialistas de expansión ("imposición del comunismo" las llamarían) en Hungría, Checoslovaquia, etcétera. Por esto, Moscú,

que pudo aceptar como inevitable la caída de Allende, no podía, en cambio, permitir la destrucción de su Partido Comunista en Chile. Y cuando esto sucedió, su furia no tuvo límites y estuvo dispuesto a tomar represalias directas y también contra los Estados Unidos, considerando que sus intereses vitales habían sido afectados, no respetándose el pacto, en ese “juego de caballeros” de los Servicios de Inteligencia, tácitamente aceptado.

A través de tropas cubanas, destacadas en Perú, armadas de misiles, se propuso atacar a Chile. Y esto era tan real que el Dr. Hernán San Martín, Embajador de Allende en un país africano, lo declaró a la prensa mundial: “La Junta Militar chilena será derrocada por el ejército cubano”.

La segunda represalia era aún más peligrosa para Occidente: se impondría un Gobierno comunista en Portugal, afectando así a la “NATO”. Es decir, la tensión se hacía peligrosa al extremo entre los dos bloques de potencias mundiales. Y todo esto a causa de Chile. Y fue en ese momento cuando entró a intervenir el siniestro Henry Kissinger, produciendo un acuerdo con los rusos, que ha durado hasta nuestros días, aun cuando quedara obsoleto tras la caída del muro de Berlín y de la misma Unión Soviética. A cambio de Chile y del Cono Sur, entrega a Moscú el Vietnam, en el Asia sur-oriental y Angola, en Africa, con todas sus riquezas, a cambio del mismo Portugal. Y es así cómo se consigue sacar a los cubanos de Perú y llevarlos a patrullar Angola, con su ejército, en una misión francamente colonialista, contra un pueblo subdesarrollado y de color.

Y aquí, para nosotros, comienza una historia verdaderamente apasionante, una suerte de novela policial de intrigas y de muertes, las que podrán comprender sólo aquellos que, por su experiencia internacional y duras luchas, se han hecho un corazón fuerte como para resistirlas.

No todos los actores de esos años estarán conscientes y ni siquiera saben de la existencia del “Acuerdo Kissinger”. Y seguirán intentando la solución armada, para derrocar a la “Junta Militar”, con la ayuda de Cuba y de la Unión Soviética. Una de estas personas será el ex Ministro de Defensa de Allende, Orlando Letelier, desde Washington; la otra, la hija y ex secretaria de Allende, residente en la Habana, donde se refugiara con su marido, el agente cubano. Pero éste, cumplida su misión, se ha divorciado. El “incómodo” Letelier es asesinado en Washington y,

muy poco después, se “suicida” la hija de Allende, contacto de Letelier en la Habana.

De este modo, el Plan Kissinger puede cumplirse, sin grandes tropiezos y dificultades, fuera de los que la Junta Militar en Chile le pone, al quedarse mucho más tiempo del conveniente, obligando a establecer un nuevo “alto”, de los ya acostumbrados en la Historia. Y esto también debido a la personalidad muy especial del General Pinochet. Le harán pagar las cuentas, a su debido tiempo, cuando el mismo Kissinger y la “Segunda Internacional” masónica decidan que la hora ha llegado para recomenzar nuevamente, “desde fojas cero”.

* * *

Los graves errores cometidos por Pinochet fueron cinco:

Uno: quedarse más tiempo del permitido; dos: liquidar el Partido Comunista; tres: tratar de colonizar con chilenos el Melimoyu, en el sur patagónico, zona destinada a la “Nueva Judá” (“*Nai-Judá*”), con su capital en Viedma, al lado de Laguna del Desierto, entregada hoy por los demócratacristianos y los socialistas; cuatro: Pinochet se opuso en todos los foros internacionales a transformar el Ejército en una fuerza mundial de policía, bajo el mando de los Estados Unidos de América. Esto perjudica el plan de anexión total de la Patagonia, pues el Ejército sigue siendo nacionalista y patriota; cinco: permitir que el Jefe del Servicio de Inteligencia, DINA, el General Manuel Contreras, fuera puesto en prisión, cosa que por primera vez se ha realizado en el mundo. Esto último es como si George Bush, ex Jefe de la CIA, hubiera sido encarcelado. Existe un código de honor secreto entre los Servicios de Inteligencia, como en la Mafia, que debe respetarse a todo trance.

Pinochet debía pagar.

* * *

Más de una vez he relatado mi encuentro con los miembros de la Junta Militar a poco de su instalación en el poder en Chile, por intervención directa del Almirante Huerta, Ministro de Relaciones Exteriores en esos días, y mi exposición ante ellos, explicándoles precisamente lo mismo que he analizado ahora aquí más

detalladamente y en profundidad. Ya entonces se hablaba en el mundo de la intervención de la CIA. Recuerdo haberles dicho que si se deseaba negar esto, el argumento era que se “había destruido el Partido Comunista, algo que la CIA no habría hecho nunca, porque”, lo repetí: “entre bueyes no hay cornadas”, los servicios de Inteligencia de los EE.UU. combatían con la KGB, pero no afectaban sus intereses vitales. “A alguien se le había pasado el caballo”, expliqué, usando estas mismas palabras y dichos criollos, agregando que yo creía que “era a la Virgen del Carmen”. Con lo cual me estaba refiriendo –para mí mismo– a esa Fuerza y Poder de los Hijos de la Luz, que interviene y cambia el acontecer en la Confabulación de la Historia. El tablero de ajedrez mundial nuevamente iba a ser volcado y había que “amarrarse los pantalones”.

Sobre estos hechos y tiempos volveré a referirme nuevamente en este último tomo de las *“Memorias de El y Yo”*, casi al final y cuando trate del regreso definitivo a mi Patria.

Ahora, centrado en el presente y en sus acontecimientos fundamentales, de tan serias consecuencias para Chile, cuando el General Pinochet se encuentra secuestrado en Londres, deberé tratar de comprender y explicar estos hechos, que a primera vista aparecen extraños y misteriosos.

Sorpresivos acontecimientos, sólo para la mayoría, pues, si tenemos en cuenta el cuadro aquí diseñado, la prisión en Londres del General Pinochet era una trampa, preparada con bastante antelación y que únicamente debería tomar de sorpresa a sus partidarios. El resto, incluyendo el Gobierno, fueron todos partícipes en el complot.

Mundialmente, se ha pretendido retrotraer los hechos a casi cuarenta años atrás, con la gran ventaja de que la Unión Soviética ya no existe, ni la “Tercera Internacional”. Y que la “Segunda Internacional” masónica ha logrado imponer, en casi todos los países de Occidente, a gobernantes socialdemócratas. Debería entonces darse el espectáculo público y mundial de un castigo ejemplar en la persona de un ex dictador sudamericano –como en un nuevo “Tribunal de Nürenberg”– para que el hecho no se volviera a repetir, por lo menos en Occidente, ni en el “patio de atrás de los EE.UU.”, la América Hispana (donde, según Eden, había una revolución “*every other day*”). Para lo cual se elegiría a España, como “responsable racial” de este Continente, algo así

como el Jefe de otro "*Commonwealth*", para iniciar el proceso de acusación y pedido de extradición del ex Gobernante chileno.

Se seleccionó a Chile por ser éste un país que había aceptado toda clase de atropellos, teniéndose en cuenta la entrega increíble de Laguna del Desierto y la que se prepara del Campo de Hielo Sur patagónico. Con un Ministro de Relaciones Exteriores socialista, comprometido en el plan, y un Presidente demócratacristiano, mundialista, globalista y de apellido Frei, más los comandantes de las Fuerzas Armadas, nombrados y manejados por este Gobierno. Era así Chile de nuevo el País ideal para intentar el experimento. Además, aquí se preparaba la elección a Presidente de un socialdemócrata y masón, amigo de los "ecologistas" y partidario del nuevo Reino de Judá en la Patagonia, un "*Rockefeller-boy*", adoctrinado en la *Duque University*, de Norteamérica.

Los detalles de este drama son más o menos conocidos. A Pinochet le han hecho pagar las faltas enumeradas. Como al General Manuel Contreras, le tomaron preso en un hospital y recién operado. El Ejército de Chile, al igual que entonces, no hizo nada. Sólo protestas verbales. El Gobierno, por su cuenta, decidió defender el principio de territorialidad de la Ley (mientras no existiera un "Tribunal Penal Internacional", del que es partidario) y la inmunidad diplomática. Pero no defendió la persona del Senador Vitalicio, ni el Ministro de Relaciones, en su viaje a Londres, le visitó, a pesar de su cargo parlamentario y de ser un compatriota, un chileno, ilegalmente preso y criminalmente secuestrado. Pienso que el cinismo no le habría dado para tanto, al encontrarse frente a frente a quien él mismo habría contribuido a hacer caer en una trampa.

La débil protesta por la soberanía atropellada ha sido considerada desde un comienzo como un medio propicio para ocultar las verdaderas intenciones y tranquilizar a la oposición, a los partidarios de Pinochet, a las Fuerzas Armadas chilenas y a los patriotas humillados y ofendidos por la enorme ofensa hecha a la soberanía de la Nación. Y esto se ha logrado plenamente, dada la mentalidad consumista, economicista y materialista que el mismo Pinochet contribuyó a imponer en el país, durante los largos años de su Gobierno. Al chileno ya no le interesa la Patria, sólo le importa el dinero.

Sin embargo, y para ser justos, las "generaciones sin Patria" no son nuevas ni de hoy, comienzan a aparecer en los años treinta

en Chile, con las prédicas del marxismo, su penetración en las Universidades y con la "Tercera Internacional" comunista. Luego, todo es "internacionalismo", la Democracia Cristiana y judaica, de Bergson y Maritain, y la misma Iglesia Católica, sin el patriotismo de antaño, reservado sólo a ciertos seres de excepción, como a los Padres Osvaldo Lira, Rafael Gandolfo y Raúl Hasbún.

Con la destrucción del Nazismo y la traición de Jorge González von Mareés, el sentido de Patria y de nacionalidad desaparece casi por completo en Chile. Se conserva formalmente en las Fuerzas Armadas, las que, sin embargo, han sido incapaces de defender la entrega de nuestro territorio.

¡Ah! Pero me olvidaba. En este Chile mágico, el patriotismo se alimenta y se mantiene por la Virgen del Carmen (y por eso es mágico), la que interviene en el momento preciso y menos pensado, cambiando todo el curso de los acontecimientos y haciendo de este País perdido, en el confín del mundo y de los hielos, un centro de

importancia suma, capaz de alterar el rumbo de la Gran Conspiración de las edades.

Por un tiempo, al menos.

* * *



La que interfiere los planes del Enemigo: la Virgen del Carmen, *Camballa*, *Chamballah*, la Virgen Madre, con el "Hijo del Hombre", el Cuerpo Astral; Isis con Horus. *Oiyehue*, la Estrella de la Mañana, con *Yepun*, la Estrella de la Tarde, en sus brazos.

Cuando los *golens* (no Golem) infiltran a los frisones en Africa y vuelven con ellos al Norte de Europa, haciendo un alto en Albión, en *Engeland* –“tierra de ángeles”, de los “muertos de Hiperborea”–, esas islas se contaminan y los galeses (los *welches*) pasan a bastardizarse con los judíos *golens*. Hasta los mismos druidas inician los sacrificios de sangre. Hoy, todo el famoso “*establishment*” inglés es de origen galo-judaico. La Cámara de los Lores, por ejemplo, se encuentra plagada de judíos. Y así pudimos ver en el juicio al General Pinochet, que, de los cinco Lores que decidieron su extradición a España, dos eran judíos, nacidos en Sudáfrica. Pero la Virgen del Carmen introdujo la punta de su manto y se encargó de uno de ellos (Lord Hoffmann) y lo inhabilitó. Algo increíble y nunca sucedido antes en toda la Historia de *Great Britain* (*Kniai-Brith*). Algo profundamente simbólico y significativo. El número cinco (los cinco Lores) es Número Hiperbóreo. Nos es favorable.

En la historia mundial de la Conspiración, Gran Bretaña ha sido elegida como el Centro principal, hasta nuestros días, debiendo pagar un alto precio en infamias para poder mantenerse como tal. Es el tributo que se otorga al Señor de las Tinieblas. Recordemos su comportamiento con Napoleón, el bombardeo de Dresden y de *Helgoland*, el asesinato de Rudolf Hess, usando tal vez el mismo organismo de Inteligencia que se ha encargado de la siniestra “Operación Pinochet”, el M.I. 16. Fueron los ingleses, con Balfour, los responsables de la creación del Estado de Israel y fueron ellos los que llenaron los mares de piratas, de ladrones, de asaltantes y asesinos, autorizados por una Reina o por un Rey, que les otorgaba títulos de nobleza, en premio por sus fechorías. Así, desde siempre, su Cámara de los Lores ha estado plagada de criminales y asaltantes honorables. O de judíos.

España fue siempre su principal víctima. Y sigue siéndolo hoy, cuando, en apariencia, es un juez de este país el que ha iniciado el juicio de extradición de un ciudadano importante de Chile. Y digo víctima porque será España la más dañada, pues, por primera vez en todos los siglos de nuestra historia común, nos ha ofendido en forma irreparable y definitiva, despreciándonos y atropellando nuestra soberanía e independencia, conseguida en luchas gloriosas y nobles. Y esto ya no tiene remedio. Nuevamente España es víctima de los corsarios ingleses y de *Great Britain*

(*Knai Brith*). Ha ofendido al único país en esta América con verdadera tradición hispánica, y que la amaba.

¿Qué debilidad fundamental, qué mezcla de razas indeseables existe en la raza española que, en los instantes decisivos es llevada a caer en la traición y el deshonor, como en el caso de Franco con Alemania y ahora de Aznar con Chile, prestándose a cumplir un papel promotor en un tenebroso plan mundialista, en el que ella no tiene nada que ganar y todo que perder?

Gran Bretaña, en cambio, está pagando el tributo convenido con el Señor de las Tinieblas, su Amo desde siempre. Margaret Thatcher, la política conservadora, asesinó a Rudolf Hess y ahora, Tony Blair, el socialista, elige justo el día del cumpleaños de Pinochet, ni un día antes ni uno después, para decidir y comunicarle el fallo adverso de los Lores, descendientes de piratas y judíos. Nuevamente ha pagado el precio convenido. Y podrá, así, seguir siendo el Centro Mundial de la Infamia y de la Gran Conspiración.

* * *

Los muchos brazos del Plan se mueven, como los de Shiva, en un ritmo prefijado y con el fin último de poder abrazar a todo el mundo, al entero Universo visible a los ojos de la Tierra, encerrándolo y cercándolo. Después de instalar en Europa gobiernos socialdemócratas, de la Segunda Internacional, se pretende hacer lo mismo en nuestra América. Se creyó que sacando a Pinochet de Chile y poniéndolo en prisión, además de favorecer la candidatura del socialdemócrata chileno, Ricardo Lagos, apoyado económicamente por Tompkins y por la Telefónica española, también se avanzaría grandemente en la instalación del "*Juden Staat*", en el sur de la Patagonia, soñado y profetizado, hace cien años, por Theodor Herzl. Pinochet y su Ejército chileno eran un obstáculo para la realización del plan patagónico, pues aún sigue siendo un Ejército nacionalista. Pinochet se había opuesto siempre, como hemos dicho, a incluir a las Fuerzas Armadas chilenas en un Ejército globalista, bajo las órdenes de una Fuerza Armada Mundial, dirigida por los Estados Unidos de América. Es decir, una eficaz Fuerza de Policía, para combatir el desorden, la guerrilla y el tráfico de drogas, por el momento. El General se opuso tenazmente a este cambio trascendental y convenció a otros Comandan-

tes en Jefe de la región, en las conferencias internacionales, realizadas con ese propósito. Salvo a los argentinos, que han liquidado a sus Fuerzas Armadas y siguen las órdenes e instrucciones de los Estados Unidos, al igual que España. Debido a ello, Argentina ha llegado a merecer el Acuerdo de "Aliado Extra OTAN" con una relación tan estrecha con los yanquis como la de Israel. Es decir, Argentina hoy ya es una "Nueva Israel" y Buenos Aires posee una población judía sólo superada en cantidad por la de Nueva York. De este modo, si Chile no entrega el resto de su Patagonia, Argentina, apoyada por los Estados Unidos, se encargaría de apoderarse de ella, para hacer el traspaso necesario a Israel², planeado desde antaño. Mas, un próximo Presidente socialdemócrata chileno y la "Segunda Internacional" facilitarían la entrega. Tompkins a este lado y la Benetton al otro de la frontera. Miles y miles de hectáreas riquísimas, con los minerales necesarios para la era espacial, molibdeno, plutonio, plomo, uranio y las reservas hidrográficas más grandes del planeta. Junto con reservas ecológicas, de árboles vernáculos, que no existen en ninguna otra parte de la tierra, y que se "clonarán". Además, el paralelo cuarenta será el que se salve en las catástrofes geológicas, sincronísticas, que se avecinan. Porque esas regiones serán el futuro Ecuador.

Casi simultáneamente con la prisión de Pinochet y el decisivo paso dado hacia el mundialismo, se tenía pensado producir una gran crisis económica "virtual", cuyo objeto último sería terminar con el dinero papel (el billete, el cheque) y las monedas, para imponer el reinado momentáneo del dinero plástico (la tarjeta de crédito) hasta llegar al código de barras y el 666, el Número de la Bestia, el Número del Hombre, grabado en la carne de los esclavos (en la muñeca o en la frente) del Apocalipsis, del *Yuga de Plomo*. La crisis preparatoria actual se estaría realizando justo al cumplirse setenta años (70, número cabalístico) de la gran crisis de Wall Street. Comenzó ahora en Asia y ha alcanzado a afectar

2. El Pentágono le entregaría información secreta sobre tecnología y nuevas armas. Además, casi simultáneamente a la revelación de Margaret Thatcher de ayuda de Chile en la Guerra de las Malvinas, Inglaterra decide levantar el embargo de armamentos a Argentina. Maquiavelismo e intrigas.

gravemente a Japón. Esta crisis inventada, inexistente, “virtual”, es más peligrosa que una crisis real, por la misma razón de que no existe, fuera de la mente hipnotizada de los agentes del mundialismo.

* * *

Y todo esto lo pudo evitar Chile, sin esperar la intervención de lo que yo llamo la “Virgen del Carmen”, de las Jerarquías de la Luz, que siempre actúan con delicadeza. Fui partidario de responder con energía a tan grande ofensa y humillación de nuestra Patria. Debimos romper relaciones con España e Inglaterra, rodear de tanques las dos Embajadas y tomar presos a los Embajadores, como rehenes por el Senador, ex Comandante en Jefe del Ejército y ex Gobernante de Chile, secuestrado en Inglaterra. A él —que sería humillado y llevado a declarar— le recomendé el suicidio, tal como hacían los generales prusianos, al perder una batalla y los comandantes de la Marina alemana, al hundirse sus barcos; como los *samurai* y como el mismo Arturo Prat y los héroes de la Concepción, en Chile, entregando sus vidas en el combate.

Esto lo dije en una entrevista televisada, y en publicaciones en los diarios. Además, envié al Comandante en Jefe del Ejército, General Ricardo Izurieta, una carta, que aquí reproduzco.

Me entrevisté con el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, General Rojas Vender, y le sugerí realizar una operación comando (tipo Skorzeny) para rescatar al General Pinochet, en Londres. Le ofrecí jóvenes nuestros para participar simbólicamente. La Fuerza Aérea chilena tenía dos aviones esperando el fallo de los Lores en Inglaterra. Además, posee un equipo de comandos extraordinario, como la Marina y el Ejército. Y ahí están, inmovilizados, completamente inútiles.

Nos preguntamos: si a los judíos les hubiesen hecho algo semejante, secuestrando a Begin, por ejemplo, un ex Primer Ministro y ex terrorista, ¿qué habrían hecho? Sin pensarlo dos veces, lo habrían rescatado, en una exitosa operación de comandos.

La reacción de Chile fue muy débil y tardía, propia de un gobierno comprometido, demócratacristiano, socialista y socialdemócrata.

El General Pinochet sería llevado al Tribunal de los Lores. Entonces le envié un fax, con fecha 5 de diciembre de 1998, a través del Jefe de la Misión Militar chilena en Inglaterra:

“Usted representa a Chile, como O’Higgins. No puede aceptar declarar ante ningún tribunal extranjero. ¡Viva Chile!”.

La carta al General Izurieta, Comandante en Jefe del Ejército, fue la siguiente:

“Valparaíso, 9 de Noviembre de 1998

“Sr. General don Ricardo Izurieta

“Comandante en Jefe del Ejército

“Santiago

“Muy apreciado General Izurieta:

“Somos un país de vascos, visigodos, araucanos y montañeses. País solitario y orgulloso, rodeado de enemigos, pero jamás humillado ni vencido. Por primera vez, desde nuestra independencia, se nos ha inferido una ofensa que afecta a la misma esencia de nuestra nacionalidad; nunca, ni siquiera cuando el bombardeo de Valparaíso, ni aún durante el Gobierno de Salvador Allende, nadie se había atrevido a poner en peligro nuestra soberanía en la forma en que España e Inglaterra lo han hecho hoy. Es la primera vez y debería ser la última. Si aceptamos la ofensa, dejaremos de existir como Nación libre y soberana. Habremos perdido nuestro honor, lo habremos perdido todo, y para siempre. En cambio, si nos enfrentamos solos contra los poderosos de este mundo, lo ganaremos también todo, pues la Virgen del Carmen y el Espíritu de nuestras cumbres sublimes nos ayudarán a vencer. Nos habremos salvado, subiendo a grandes alturas y ayudaremos también a toda nuestra América, pues, el ejemplo la inspirará y redimirá.

“Nuestro glorioso Ejército aún está intacto y a él corresponde, en este instante decisivo de nuestra Historia y de la del mundo insistir en la ruptura inmediata de relaciones con España y, luego, con Inglaterra. Es la existencia misma de Chile la que se halla en juego, porque la situación, como decíamos, es mucho más seria que la de 1970. Todo el duro y glorioso pasado, el oscuro presente y el futuro de este amado Chile están ahora en juego. Con una sola decisión lo habremos

ganado todo, y levantaremos a esta noble raza a alturas no soñadas, de las que ya nadie podrá jamás bajarnos, pase lo que pase.

“En sus manos, General, y en las de nuestro glorioso Ejército, el Destino y los Espíritus Tutelares de nuestra Tierra Mágica han puesto la decisión más importante y definitiva de su existencia.

“¡Este es el cuarto de hora decisivo!

*“Miguel Serrano
“Ex Embajador”.*

El General Izurieta me acusó recibo y “agradeció las sugerencias” con una carta suya de fecha 17 de noviembre de 1998.

Y el 18 de enero de 1999, le envié al General Pinochet, aún secuestrado en Londres y a tres días del nuevo juicio de los Lores, el último fax:

“El número 5 fue favorable en la votación de los Lores³, al inhabilitar a Hoffmann. El número 7 no lo es. Que sus abogados traten de conseguir –si aún fuera posible– una ampliación a 9 Lores. Sería más favorable para la votación final”⁴.

Yo recordaba las “Siete Proyecciones” de su Ministro Melnik, poco antes de la catástrofe del Plebiscito.

El 7 es el número de los Melnik.

LA PATRIA

NACIONALISMO TELURICO

Creo llegado el momento de explicar qué es la Patria. Desde siempre vengo hablando de “mi Patria”, desde las primeras líneas escritas en un libro. En mi generación esto no era extraño. Hoy es

3. Repetimos: el Número 5 es el Número de Hiperbórea (ver “Adolf Hitler, el Último Avatára” y “Manú, Por el Hombre que Vendrá”).

4. En la primera votación fueron 5 Lores. En la segunda se cambió el número a 7.

mal visto, como si fueran cosas del ayer, de gente pasada de moda, ignorante. Siendo casi un niño, encontré en un cuaderno de notas de mi abuela, Fresia Manterola de Serrano, una líneas escritas con su bella y cuidada letra: "Mamacita querida, si alguna vez tuviera que elegir entre tú y la Patria, lo haría por mi Patria". Más arriba, me he referido a las "generaciones sin Patria". Aún en mi generación —la del 38— hubo quienes no la tuvieron. Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Eduardo Molina, Enrique Gómez Correa, Santiago del Campo, no la tuvieron. Y no fue únicamente cosa de los colegios en que se educaron, sino de las familias, pienso, y aún más, del paisaje, de la tierra. Ciertamente, ya se venía rompiendo el hilo familiar, creándose un foso insalvable entre los hijos y los padres; pero mucho más aún, entre el hombre, el habitante y su paisaje. En Chile, la desconexión con el paisaje venía tomando proporciones dramáticas, aunque no percibidas por la mayoría.

Y el paisaje es la Patria. La Patria del alma y de la sangre.

Porque la Tierra es un ser vivo, un gran cuerpo de un Dios-Diosa aprisionado y que, seguramente, tiene la misma forma del hombre, su "imagen y semejanza" (aunque a los "científicos" se les muestre redonda. A lo mejor nosotros también somos redondos). Y no es lo mismo nacer y existir en un lugar que en otro de la Tierra. De *Gerda*, como la llamaron los germanos.

Cuando los *Divyas*, los *Siddhas*, llegan a combatir en la Tierra, se instalan en Hiperborea. Involucionados en *Viryas*, pierden ese Continente paradisíaco, debiendo abandonarlo antes de la catástrofe. Serán peregrinos inconsolables y nostálgicos. Hiperborea, en el Polo Norte, era como el cerebro, o el cráneo de *Gerda*. A través del cambio de las edades, su descendientes germanos-arios ("nacidos dos veces") se instalarán en las zonas boscosas del corazón de la Tierra, hoy Alemania. Alimentándose de sus raíces, de sus minerales, absorbiendo sus emanaciones, establecerán la conexión entre alma y paisaje, que predispone al *Ser* a vivir y morir allí, y a preferir morir defendiendo ese entorno, que ha pasado a ser una proyección del Sí-Mismo (del *Selbst*).

Si nos trasladamos al sur del mundo, encontramos algo similar en el araucano, el mapuche, que quiere decir "Hombre de la Tierra", de "su Tierra". Muestra aquí sus características extremas, pudiendo servirnos para analizar lo que el mismo germano habrá sido en un comienzo. El araucano no construye ciudades, vive en "rucas" de ramas y madera, en medio del bosque, del

paisaje intocado, de modo que el “guardabosque”, que es el “arquitecto” de las “rucas” y el ayudante de los “Machis” (o *Magis*, Magos; todos *Re-Che*, “doblemente hombre”, “nacidos dos veces”) antes de cortar un árbol ha “conversado” con él, le ha pedido permiso, como mi sirviente en la India, antes de cortar una flor.

Por casi cuatrocientos años, el araucano combatió y murió defendiendo sus bosques, sus ríos, sus montañas divinas, el entorno intocado de su alma y el alimento de sus huesos y su sangre. Murió por su Patria (*Pater-Mater*). Y el español, que aquí se mezcló y se “afincó” luchando, también se conectó y asimiló al paisaje, aunque no logró fundir su Dios con los Dioses del Paisaje. No lo logró con la mente consciente; pero sí con un “otro algo”, que hacía que mis antepasados, por ejemplo, derramaran lágrimas al embeberse en la contemplación de un atardecer de las cumbres, y a mi abuela escribir que “la Patria estaba primero que su madre”. O al Padre Lacunza decir en el exilio: “*Sólo sabe lo que es Chile quien lo ha perdido*”.

Con la educación impregnada de internacionalismo, luego con el marxismo y la politización de Chile, se va alejando a las generaciones de la comunión con el paisaje. La industrialización y las tendencias a construir megametrópolis, al mismo tiempo que a destruir la vida agraria y el campo, terminan por hacer invisible a los ojos y al sentimiento las divinas cumbres de los Andes, por las cuales yo y muchos de mi generación estábamos dispuestos a dar la vida. Sobre todo aquellos que murieron un 5 de septiembre de 1938⁵.

Y así hemos llegado a las prédicas del “mundialismo” y “globalismo” del presente, nuevos disfraces del marxismo judío, de los que no tienen Patria, porque son como células cancerosas que se extienden voraces de un órgano sano a otro de la tierra, desplazándose, devorando e infectando, hasta producir la muerte total del cuerpo vivo de la Diosa-Dios, de *Gerda*, la Tierra que nos ha recibido con amor, devolviéndonos el amor que nosotros le diéramos, “*recibiéndonos en sus brazos gigantes, cuando nuestro cuerpo muera*”, como escribía Teilhard de Chardin.

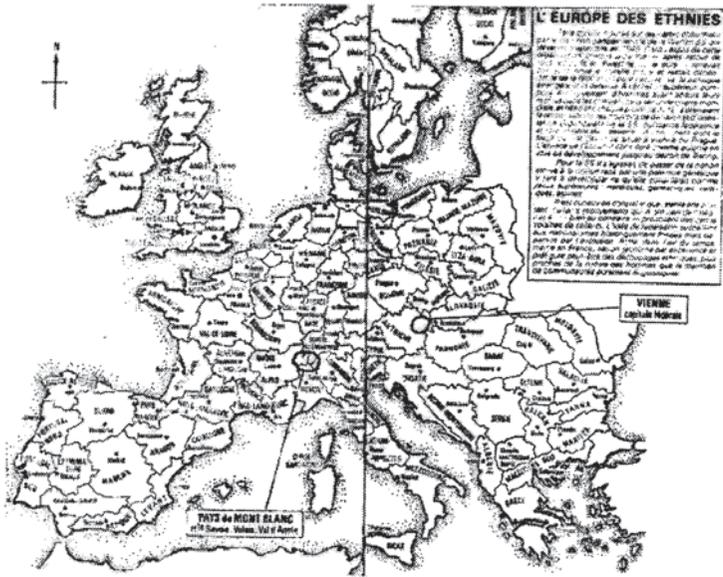
5. Los nazistas asesinados.

Los internacionalistas, los mundialistas, los globalistas, los economicistas (los hombres de negocios, los empresarios), los ecologistas (sin patria), los del Opus Dei, todos iguales a los marxistas, nos acusan de “retrógados”, de “nacionalistas trasnochados”, etcétera. Ellos no saben, porque no quieren saberlo, que en esto, como en todo lo demás, fueron los Nacionalsocialistas (socialistas-nacionales) los que dieron también la respuesta exacta y correcta al problema de la “unidad de la tierra”, de la Amistad en *Gerda*.

Todo en el Universo es diferente, nada es igual en la Naturaleza; hasta los cristales de nieve son distintos uno de otro. No hay dos huellas digitales semejantes. También las comunidades humanas tienden a diferenciarse desde un comienzo, debido a su entorno, a su sangre y a su raza. Su felicidad y su misión no es romper la diferencia, sino acentuarla, hasta llegar a proyectarla en la sinfonía cósmica de una nueva galaxia, es decir, eternizarla, llegando a incluirla en un Arquetipo, o en su Espíritu de Grupo; es decir, en su propio Dios. “En el Dios que ha creado a nuestro Pueblo”, como decía Adolf Hitler.

Y fueron así las SS Hitleristas las que, en 1945, casi al final de la Guerra, en respuesta a la “Carta Mundialista” de San Francisco, dieron a conocer su “Nuevo Orden”, con la “*Carta de Charlotemburgo*”, que es la respuesta definitiva y para siempre a todo el mundialismo y globalismo de los sin patria y de los internacionalistas, de cualquiera de las “Internacionales” de nuestros días.

A la igualdad innatural, contra natura, monstruosa, que hoy se predica y se impone, mezclando todas las razas, las lenguas y los pueblos, para crear aberraciones bastardas, con el objeto de llegar a dominar a ese conglomerado sin sentido alguno, sin voluntad ni dirección, ni destino propio, por una minoría de “tuertos”, que “serán los reyes en ese mundo de ciegos”, los hitleristas dieron su respuesta: la *colaboración de las patrias carnales*. Retrotrajeron la situación de Europa a las Patrias Naturales, que desde la Primera Guerra Mundial, y aun antes, venía siendo destruida por la Gran Conspiración. De este modo, y teniendo en cuenta las diferencias étnicas y lingüísticas, reformaron los conglomerados y delimitaron sus fronteras naturales, inviolables, publicando un mapa (ver mi libro “El Cordón Dorado”). Estas patrias se relacionarían entre ellas, tal como los individuos, por lazos de amistad y de intereses,



Respuesta hitlerista al “globalismo” de la Carta de San Francisco que crea las Naciones Unidas, sobre una base puramente materialista, con entidades artificiales, destinadas a desaparecer en aras de un Imperio Mundial totalitario, racionalista y esclavizante. La Carta de Charlotemburgo organizaba la tierra en base a unidades raciales y lingüísticas, con “patrias carnales”, relacionándose armoniosamente entre sí por medio de intercambios naturales y pacíficos, al margen de la explotación capitalista.



Aquí, en el dinero y sobre la base del dinero, se estampa el símbolo del “Nuevo Orden Secular”, la Pirámide Totalitaria, con el ojo abierto del “Hermano Mayor” en la cúspide. Y al frente, bajo las garras del águila, el escudo de seis barras, anticipo del “Código de Barras”, sin el cual “nadie puede comprar ni vender”. Sobre la cabeza del águila, la Estrella de David.

trabajando en conjunto y conectadas, por el *amor al alma de la Tierra*, para dar término, dentro de sus ciclos ineludibles, a un destino divino y superior en el que todas participaban, por tratarse de un Combate por la liberación de los Dioses prisioneros del Demiurgo y contra sus *robots* servidores, en este Campo de Batalla, que es nuestro Planeta.

Desde el final de la Gran Guerra, la situación se ha hecho desesperada para los que se quedaron combatiendo sobre la superficie de *Gerda*. La "*Carta de Charlotemburgo*" dejó de existir, desapareciendo del recuerdo de los hombres. La "*Carta de San Francisco*" fue la que se impuso, con su "Pan-Europa", sus "Mercados Comunes", sus "Euro" y, en América, con el "Mercosur", etcétera⁶. El materialismo extremo sólo conoce de uniones comerciales. Es el "Materialismo Histórico" triunfante, al que se viene a sumar la cibernética, la robótica y la ciberbiología, como el último recurso para terminar con el ser humano superior y su mente divina, omnipotente, capaz de recuperar sus poderes hiperbóreos, creadores de nuevos mundos. Esto lo logró sólo una élite de Hitleristas y SS: el *Sonnenmensch*, el Hombre-sol, el Superhombre.

-
6. El fatídico Presidente de Argentina, el agente Menem, propone terminar con las monedas nacionales en América Latina e imponer el dólar, como la moneda única (ejército único, moneda única y un solo pueblo en control: la antirraza judía). No es extraño por esto que sea precisamente el dólar el que incorpora la simbología masónica de los *Illuminatis*. El Orden Mundial, simbolizado en una Pirámide con un Ojo abierto y vigilante en su cúspide, uno solo, controlando a los esclavos de la base. Y la leyenda: *Novus Ordo Seclorum* (Nuevo Orden Secular, Nuevo Orden Mundial, global, globalista). Y la fecha de 1777, que es la de la fundación de la cúpula de la Logia de los Iluminados de Baviera, por Adams Weishaupt, sometido a los Rothschild. Fue el símbolo de los *Illuminati*, llevado a América del Norte por George Washington e incorporado por Roosevelt a la moneda, en 1935. La imposición de esta moneda en todas las Américas sería mucho peor que el "Euro" en Occidente, pues significa el dominio imperial y la esclavitud total (totalitaria) de los pueblos de la base de la Pirámide, controlados por el Ojo abierto de la cima. De ser así, de realizarse esto, significaría el preludio del establecimiento del Imperio del Mesías Judío en el sur patagónico, con Laguna del Desierto y los Campos de Hielo, hasta la Antártica.

Difícil es escribir estas cosas hoy, para los que aún quedamos aquí, en las puertas del Apocalipsis, librando un Combate final y desesperado, de retaguardia, para salvar el alma de *Gerda*, en esta Patria Mística, Mágica y adorada, en la que aún somos libres. En Chile.

SEGUNDA PARTE

EN LA YUGOSLAVIA DE TITO

LA TRISTEZA DEL PASTO

Como he dicho, nulos eran mis deseos por ir a la Yugoslavia comunista. Había rechazado Cuba y no vislumbraba una gran diferencia entre una y otra, entre Tito y Fidel, ambos personajes no autónomos, manejados por hilos secretos y moviendo también hilos secretos. En India había conocido a los Embajadores de Tito y, para mi grata sorpresa, me había hecho de buenos amigos, hombres excelentes y leales. También había conocido al "Ché" Guevara, personaje reservado y cauteloso, interesado en la yoga, sin duda un idealista. Envuelto en un juego tenebroso, que él no controlaba, fue sacado joven de la partida.

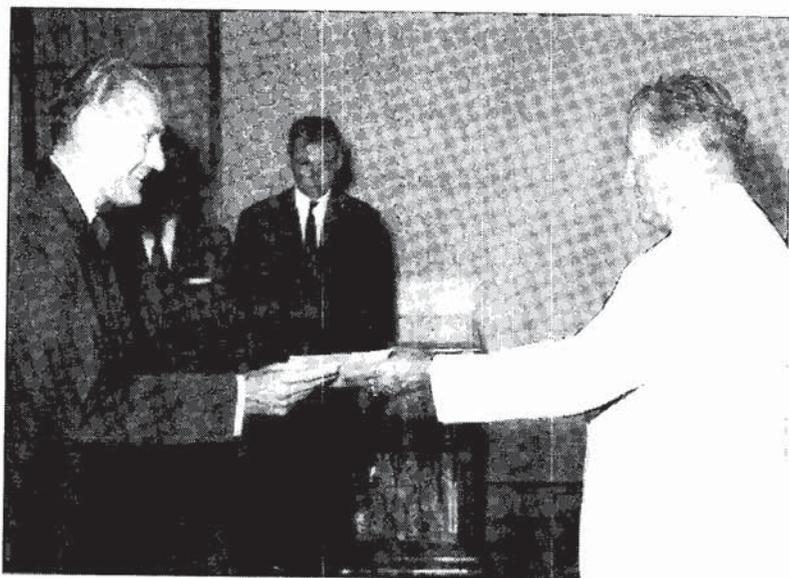
Después de la India, con su alegría íntima, desprendida desde algún recóndito centro, con su miseria divina, propiciada y permitida por sus Dioses, iluminada por un sol interior, donde todo era fantasmagórico e inexistente, una ilusión más en la cadena sin fin de las reencarnaciones, este otro mundo, sin una fe grande, fuera de la creencia materialista de un marxismo medio-herético, impuesto por las armas y el terror, con su "socialismo de autogestión" (las fábricas dirigidas, "gestionadas" por sus operarios), Yugoslavia se me aparecía envuelta en una tristeza enorme, en una melancolía desesperada, que se desprendía de los seres, los hombres, los animales y el paisaje. Hasta el pasto estaba triste.

Esta fue la primera impresión de ese otro mundo, al que había sido trasladado como Embajador de Chile.

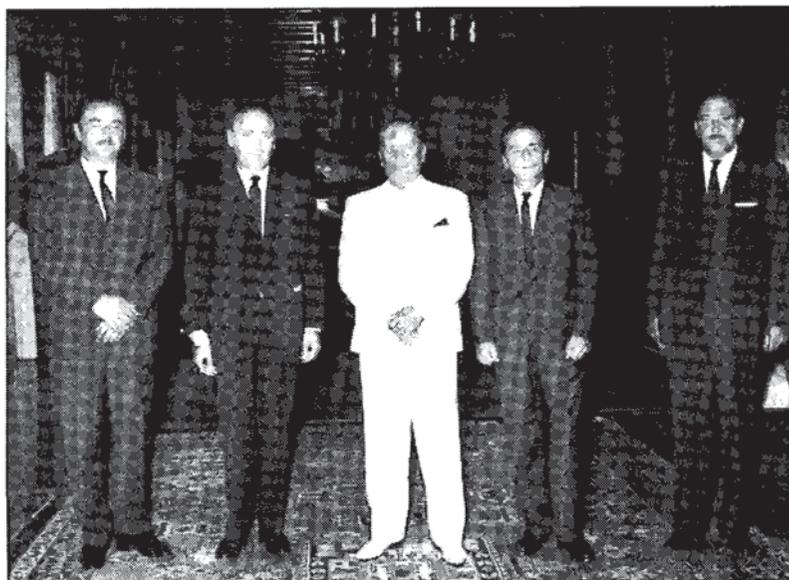
No es mi intención en estas "Memorias" entrar a contar mi vida diplomática en otros países, después de India. Deseo pasar lo más rápido posible por ellos, para regresar pronto a mi Patria. Sólo aspiro a poder explicar la emoción en el contacto humano con la gente de Yugoslavia, pueblo, raza extraordinaria y de una belleza sin par en hombres y mujeres, con cualidades heroicas y guerreras



Presentación de credenciales en Yugoslavia. En la Isla de Brioni, pasando revista a la guardia de Tito.



Entrego mis credenciales como Embajador al Presidente Tito, en su residencia de verano, en la Isla de Brioni, en el Adriático.



Tras la presentación de credenciales al Mariscal y Presidente Tito, con el Ministro de Relaciones Exteriores, Koča Popović, y el Secretario de la Presidencia, Crnobrnja.



Ofrenda floral en el monumento al soldado desconocido en Yugoslavia, destruido por los bombardeos de la OTAN.

inigualables y un amor entrañable por su tierra⁷. Y esto en los serbios, como en los croatas, en los montenegrinos, como en los bosnios. Muy pronto me conquistaron, también el paisaje, más allá de mi primera impresión depresiva. La Dalmacia, con Split (Spoleto), Dubrovnik y Rijeka, o Fiume, donde el poeta italiano y fascista Gabriele D'Annunzio quiso establecer una república independiente, con un minarete de donde leer en voz alta sus poemas al pueblo congregado en el atardecer, y con baños públicos, en que hombres y mujeres nadaran desnudos. Y la bellísima isla de *Hvar*, de la que partieron en dirección a Chile, estableciéndose en Punta Arenas, las valiosas colonias croatas de comienzo de siglo. "Austriacas" fueron llamadas, por viajar con pasaportes de esa nacionalidad.

Estas islas del Adriático, de la Dalmacia, son más bellas que las de Grecia.

Llegué a Yugoslavia en un verano de 1962, debiendo presentar mis credenciales en la Isla de Brioni, la "Isla de Tito", en la Dalmacia, y a la que ya me he referido en el tomo anterior de estas "Memorias". Desde el muelle me trasladaron hasta la residencia presidencial, en un coche rústico, tirado por caballos, que no eran lipizanos, precisamente. Todo era sencillo, sin mayor boato ni elaborado protocolo.

En una sala central, parados al medio, en fila y con las piernas abiertas, como si fueran soldados estadounidenses, había tres personas. La del medio debía ser Tito, de estatura media, muy bronceado por el sol. A su derecha un señor también de estatura media, con bigotes, debía ser el Ministro de Relaciones Exteriores, Koča Popović. Había hecho la Guerra de España en la "Legión Comunista" y hablaba perfectamente el castellano. En el extremo izquierdo, reconocí a mi amigo Crnobrnja, ex Embajador en la India y ahora Secretario de la Presidencia de Yugoslavia.

Entregué mis Cartas Credenciales a Tito, de pie, pero en la posición firme de un prusiano, con los talones juntos. Y pronuncié

7. Puede comprobarse hoy cuando Serbia luchó sola contra EE.UU. y los países de la OTAN. También elegida como "conejillo de Indias", al mismo tiempo que Chile y Pinochet para imponer el Nuevo Orden Mundial, por medio del terror.

un breve discurso del que no recuerdo nada, salvo que debo haber mencionado a la esforzada colonia croata de Chile.

Se afirmaba que Tito era de origen croata. La verdad es que nada de cierto se conoce. Sus ojos eran de un azul frío, sin brillo, y su rostro se mantenía inexpresivo.

El Cónsul Honorario de Chile en Yugoslavia, nombrado por mi predecesor, el Embajador Enrique Berstein, el “*Yospodin*” (señor) Jovanovic, un hombre encantador, con quien nos entendíamos en francés, mezcla de primitivismo y de humanidad tremenda, aseguraba que Josip Broz Tito representaba un misterio, que no era el “guerrillero original”, sino que había sido cambiado por otro, por un agente secreto al servicio de Inglaterra, un judío polaco. A su vez, mi esposa, una vez que le tocó estar sentada a su lado en una comida, me contó que desprendía un olor extraño de todo su cuerpo. Pienso que puede haber sido la tintura del cabello y afeites que usaba para rejuvenecer. Muchas leyendas había; pero agente de un poder extranjero sí lo era, y no de Rusia, sino del Centro de la Conspiración Mundial, de Inglaterra. Por eso entregó al nacionalista General Mihajlovic, francófilo, para que lo fusilaran, algo que nunca le perdonó De Gaulle. En los Balkanes, Tito pasó a ser una pieza esencial de un comunismo herético, como hemos dicho, que detuvo el avance stalinista del imperialismo ruso, en su afán de alcanzar los mares cálidos, formando parte con Grecia del “Pacto Balcánico”, bajo la dirección y protección de Mr. Eden, Ministro de Relaciones Exteriores de *Great Britain* (*Knai’Brith*). Moscú terminó con el *Kominform* en Yugoslavia; pero dejó sus agentes, como el Vicepresidente Rankovic. Así la lucha sorda y secreta continuó.

Y es muy interesante poder ver que, al otro extremo del mundo, algo semejante se realizaba con Fidel Castro, aunque al revés, y como compensación. Estos dos personajes se repelían, por lo mismo. Eran dos agentes.

Sin embargo, y como llegaré a contar más adelante, también Tito pasó a estimarme, pudiendo tener conmigo gestos increíbles y desusados en los duros comunistas, pero no en los guerrilleros y “partisanos” (aunque sean agentes), que saben de la camaradería, del peligro y tienen su propio código de honor. Por eso, aún hoy, me encuentro confuso para dar un juicio definitivo sobre este hombre y prefiero mantener mi ambivalencia ante él, encontrándome

satisfecho de no haber querido intimar, pudiéndolo, y de haber preferido la distancia, cumpliendo también con mi Misión.

* * *

Es apasionante seguir el juego de ajedrez de los Servicios Mundiales de Inteligencia, sobre todo en estas zonas intermedias y estratégicas del mundo. La experiencia yugoslava me capacitó para poder entender a fondo lo sucedido en Chile con Allende, en especial después de los acontecimientos de la llamada “Primavera de Praga”, con la rebelión anti-rusa del agente inglés Dubcek, totalmente apoyado por Tito. La vuelta de mano, similar en su fracaso previsto, fue la aventura insensata de Salvador Allende, teledirigido por Fidel Castro. Por supuesto que los bolcheviques de Breshnev lo apoyaron, pero sin mayor entusiasmo, algo así como por “obligación de espías”, o “reflejo condicionado” de ajedrecistas.

En el lapso de tiempo entre la partida de mi predecesor, Enrique Berstein, que tenía su sede en Viena, como Embajador acreditado en Austria y Yugoslavia, estuvo como Encargado de Negocios un personaje excéntrico y atractivo, Gastón Wilson, quien odiaba a los comunistas y al comunismo. Me dejó una carta personal y confidencial con toda clase de instrucciones para poder “sobrevivir”: Cada seis meses debería cambiar las llaves de la oficina. En cuanto al personal de servicio, lo máximo que podía esperar era que no mintiera sobre mi persona, en el informe semanal que rendía ante sus inspectores o “comisarios”. Cuando asistiera a reuniones oficiales con autoridades, debería tener por seguro que me estaban grabando. Me aconsejaba llevar un lápiz para comenzar a dar golpes acompasados sobre la mesa. De este modo les echaba a perder la grabación.

Todo esto lo puse en práctica, con el resultado de que la puerta de mi oficina, pasado el tiempo, tenía una cantidad increíble de llaves y de chapas, las que yo dejaba en su sitio para que no quedaran las marcas, debiendo subirme en una escalera para poder abrirla. En cuanto al lápiz y golpeteo sobre una mesa, se me hizo algo automático, de modo que en mis viajes a Chile, más de una vez me sorprendí haciéndolo en mis reuniones con el Ministro de Relaciones Exteriores.

Deberé, sin embargo, declarar que estas precauciones no fueron manías excéntricas de Gastón Wilson. Aun cuando, desde

un comienzo establecí una relación de afecto con mis empleados, con Nevenka y Elena, las mucamas; con Miliča, la cocinera; con Sveto, el vallet; con Mile, mi primer chofer y, más aún, con Branko, quien le sucediera en el trabajo, acompañándome casi todos en mi traslado a Austria. Ellos tenían que entregar informes sobre mi actividad y mi persona, según me confesaron después.

Por ejemplo, y esto es interesante relatarlo por las personas de las que se trata: me visitaban en Belgrado, el hijo del Presidente, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, su hermana Carmen y su marido, Eugenio Ortega, con su pequeño hijo. Les alojé en mi casa. Eduardo Frei Ruiz-Tagle es el actual Presidente de Chile. Pues bien, me enteré que en mi ausencia, encontrándome en mi oficina de la Embajada y también mis huéspedes de paseo por la ciudad, habían venido unos "gasfiter", con el pretexto de inspeccionar las cañerías del gas, y habían entrado a la pieza de los hijos del Presidente de Chile donde, de seguro, lo revisaron todo. Esto no lo podía permitir y solicité de inmediato una audiencia con el Jefe del Protocolo y presenté una protesta formal. En aquellos tiempos ya había establecido una relación muy especial con el Gobierno yugoslavo, pudiendo permitírseme la licencia de "actuar" y de ser escuchado.

Mas, al comienzo no fue así. En efecto, recién llegado a Belgrado se produjo la invasión de India por la China de Mao y Chou-en-lai. Fue un ataque traidor y sorpresivo, que encontró totalmente desprevenido a Nehru, aunque no podría asegurar lo mismo de su Ministro de Defensa (¿un *beni-Israel?*), Krishna Menon.

Como he contado, en India nunca tuve un secretario chileno, siendo todo el personal de la Embajada de la nacionalidad de ese país. Fue en Yugoslavia donde el Ministerio me envió mi primer colaborador; mejor dicho, colaboradora, pues fue una mujer: Marta Saunier. Si al comienzo tuve dudas respecto a su capacidad, muy pronto debí convencerme de lo contrario. Además, era muy fina y bella, con esa distinción, elegancia y simpatía de la mujer chilena de clase. Si con alguien pudiéramos compararla hoy, para dar una idea de lo que ella fue, sería con la diputada María Angélica Cristi, porque, además, era equitadora. Ojos verdes, pelo castaño, voz muy atractiva; tenía un sentido del humor espontáneo, que se manifestó en el primer encuentro en el aeropuerto, al decirme:

“¡Ay, Embajador! Aquí vengo a aumentar el caudal de las aguas del Danubio con mis lágrimas, pues estoy enamorada...”

Luego me enteré: Marta era soltera y se había enamorado de un hombre casado, que le había prometido separarse (como siempre sucede en Chile) para casarse con ella, “pues le iba muy mal en su matrimonio” (¡la eterna explicación!).

Otro día me relató que, saltando a caballo, el animal se resistió justo en la vara y ella salió disparada, cayendo sentada al suelo. “Me pegué en el popi”, me dijo. “Pero, cuando vinieron a socorrerme y me preguntaron asustados si me dolía algo, les respondí que “me dolía la próstata”... Yo no sabía lo que era la próstata, y todavía no lo sé...”

Así era Marta (Martita) con todo el encanto y también la lealtad de la mujer chilena. Muy pronto tendría ocasión de demostrármelo.

* * *

A pesar de formar parte Yugoslavia de los países “no alineados”, con India y Egipto, Tito no apoyó abiertamente a Nehru cuando el ataque chino. No abrió la boca, no hizo declaración alguna. Fue ésta, para mí, la manifestación más clara de que Tito era un agente y de que Yugoslavia no era libre para actuar, habiéndose “infiltrado” en el grupo de los no alineados.

En el tomo anterior de estas “Memorias” he explicado cómo la invasión china de la India, en 1963, significó el derrumbe de Nehru, sacándole del primer plano de la política mundial en que se hallaba. Era el líder, el gobernante, que todos escuchaban y respetaban en el mundo, habiendo colocado a India entre las naciones más importantes de la tierra, cosa que no agradaba a las verdaderas potencias, dueñas de un poder real. Nehru, por arte de magia, por su sola calidad humana e inteligencia, había logrado un lugar increíble, no natural, según los cánones de este mundo. E igual sucedería con su hija Indira y con su nieto, Rajiv. Por idéntica causa, también se les hizo desaparecer. Nehru murió muy poco después de la invasión china, sin poder reponerse de ese golpe artero.

Yo acababa de partir de India cuando se produjo el ataque de Pekín en las fronteras himaláyicas. Se detuvieron a voluntad, volviéndose, cuando pudieron alcanzar hasta la misma Calcutta.

Era como si hubieran atacado a mi Patria. Hablé con todos, donde pude, manifestando mi extrañeza y repudio por la pasividad y “neutralidad” yugoslava frente su “aliada” India. Hablé con mi amigo, el ex Embajador en Nueva Delhi, Crnobrnja, al que hice conocer mi opinión, creyendo encontrar un eco, una actitud semejante a la mía. No fue así. Sólo me dijo: “Hay que esperar”.

Conociendo que en este país estaba rodeado de oídos y de espías, empecé a hablar abiertamente y también con mis empleados, declarando mi indignación y llegando a decir que iba a “recomendar a mi Gobierno que cambiara la sede de la Embajada a Grecia, para atender desde allí a Yugoslavia”.

Si esto significó algo para el Gobierno de Belgrado, lo dudo; pero repercusiones en la directiva comunista, respecto a mi persona, sí las tuvo. Aunque se equivocaron, como explicaré.

VIAJE DE TITO A CHILE

Varios acontecimientos se precipitaron. Bolivia comenzó a presionar por una salida al mar, haciendo campaña en todos los organismos internacionales y consiguiendo que varios países sudamericanos le dieran apoyo, entre ellos Uruguay, donde era Embajador de Chile el escritor Ricardo Latham. Los esfuerzos bolivianos se dirigían ahora a lograr que los países “no alineados” también la respaldaran. En esos días, Tito preparaba su primera visita a los Estados Unidos de América, invitado por Kennedy. En una maniobra diplomática, que él creía estratégica, consiguió también ser invitado por varios países sudamericanos, entre ellos Brasil, Uruguay y Bolivia. Así, llegaría a Kennedy haciendo creer que era respaldado por el “Tercer Mundo”, por “el patio de atrás” de los EE.UU.

Temí que me pudiera suceder como a Ricardo Latham y que Yugoslavia diera su apoyo a Bolivia, lo que habría sido fatal para nosotros, pudiendo arrastrar por lo menos a Egipto y, con éste, al mundo árabe.

Solicité ser llamado en consulta al Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago. Cuando comuniqué a Belgrado mi viaje, ellos pensaron que iba a pedir el pregonado cambio a Grecia, cuando mi verdadera intención era conseguir que Chile también invitara a Tito, como un medio de neutralizar la acción de Bolivia.



Tito me regala su foto dedicada.



Tarjeta de Tito.

El Presidente, Jorge Alessandri, se convenció de inmediato y aprobó la invitación, no así otros políticos, como el mismo Radomiro Tomic, de origen yugoslavo, demócrata cristiano y simpatizante de la izquierda. Temía que los croatas de Chile, anticomunistas, se opusieran violentamente. Lo mismo pensaba el Senador de derecha Francisco Bulnes, quien me envió una carta, diciéndome que él me había apoyado siempre en el Congreso (entonces el Senado debía ratificar el nombramiento de los Embajadores) y que no podía entender que yo trajera a un comunista a Chile, provocando una situación tensa en el país.

Y como si todo esto fuera poco, vino la acción inesperada del comunismo yugoslavo en contra de mí, típica en su malignidad y también en su torpeza.

Recibí en el Ministerio una llamada telefónica de mi secretaria en la Embajada de Belgrado, de Marta Saunier, para informarme que el Gobierno yugoslavo había reclamado oficialmente de que había pagado mi pasaje de avión, en la línea aérea de ese país, con dólares falsos. El asunto para mí era claro: con esto ellos pensaban desprestigiarme para el caso de que “yo pidiera el traslado de la Representación a Grecia”. (De más está decir que esto jamás lo había pensado en serio). Me acusarían de que me iba de Belgrado por cometer estafa. O bien, pensaban inhibirme para el presunto traslado de la Embajada de Chile. Jamás se pudieron imaginar que me encontraba en Santiago para conseguir la invitación a su Gobernante, el Mariscal Tito, algo que “los hizo caer de espaldas”, por así decir, cuando se enteraron.

A nadie había yo informado de la razón verdadera de mi venida a Chile, tampoco a mi secretaria, Martita Saunier. Por esto, es aún más meritoria su reacción leal y enérgica ante las autoridades yugoslavas. Rechazó la protesta y les acusó de “invención y falsedad”. Me lo reveló en el teléfono. La felicité y le pedí que siguiera manteniendo la misma actitud, hasta mi regreso.

Volví a Belgrado con la valiosa invitación en mi portafolios. Y solicité de inmediato una audiencia con el Jefe del Protocolo, el Embajador Makiedo.

Sin rodeos, fui derecho al tema de los dólares. Estaban preparados, además ya habían sido informados por su Embajada en Santiago del verdadero objetivo de mi viaje a Chile. Sin duda estaban confundidos y trataban de arreglar la “gaffe” (“metida de pata”) diplomática y de “Inteligencia”. Todo amabilidad y sonrisas,

frente a una taza de café turco, el Jefe del Protocolo llamó a su secretario, quien se apareció con un billete de cien dólares en la mano. Makiedo me lo pasó, diciéndome:

“—¡Véalo! ¿Es éste el dinero con que usted pagó?”.

Ni siquiera lo tomé. Me bastó con mirarlo. Era una imitación absurda, en un papel transparente, como el que sirve para envolver la mantequilla.

“—Es ridículo”, le respondí. “Y usted lo sabe. Jamás podría yo haber recibido, ni pasado algo como eso”.

“—Basta con su declaración”, respondió. “El asunto queda terminado”.

Me eché hacia atrás en mi asiento y, mirándolo de frente, le dije:

“—No, señor Makiedo, el asunto no queda terminado. Yo fui a Chile a conseguir que mi Gobierno invitara al Presidente Tito. Lo logré con bastante dificultad y oposición. Y aquí traigo la invitación oficial, que yo debo entregar personalmente al Mariscal Tito; pero no lo podré hacer, pues su Gobierno me ha ofendido gravemente, al poner en duda mi honorabilidad. Para llegar ante él, yo necesito una explicación formal, excusas oficiales y por escrito. Sólo entonces le podré entregar la invitación”.

El Embajador Makiedo no lo pensó dos veces y estuvo de acuerdo con hacerme llegar las excusas que yo pedía, por escrito y a mi Embajada.

Esa misma tarde tuve la nota oficial del Gobierno comunista yugoslavo.

Y pude, en breve plazo, hacer entrega al Mariscal Tito de la Invitación para visitar Chile.

Curiosamente, yo había tenido que comprar dólares en Belgrado para pagar mi pasaje en la línea aérea y me había ayudado a adquirirlos el Cónsul Honorario, *Yospodin Jovanovic*.

Así se movían las cosas en ese enrarecido mundo del comunismo, ya fuera en Yugoslavia o en cualquier otro país semejante.

* * *

Pero nada fue fácil. Muy pronto recibí una carta del Presidente Jorge Alessandri, en la que me comunicaba sus preocupaciones. Al parecer, los croatas de Chile amenazaban con atentados y me pedía ver que el Gobierno yugoslavo también se preocupara por la

seguridad de su Mandatario. Le respondí que ésas eran sólo bravatas, que él, como yo, sabía que jamás en Chile se atentaría contra un Jefe de Estado extranjero. Y así eran las cosas en esos años en nuestro país. Hoy ya no podemos estar seguros de nada. Entonces, se podía caminar solo y desarmado a cualquier hora de la noche, sin temor a ser asaltado. Hoy, en plena luz del día, se roba y se mata.

También los yugoslavos estaban preocupados. De sorpresa, me llegó a la Embajada el Jefe de la Policía Civil de Santiago, su Director, Emilio Hoelker. Me informó que se hallaba allí porque los yugoslavos le habían traído desde Helsinki, donde había asistido a una reunión internacional de la "INTERPOL". Estaban preocupadísimos por la seguridad de Tito en Chile. El les había tranquilizado con los mismos argumentos míos, además de asegurarles toda clase de protección. Hoelker, de origen alemán, era un hombre culto y me contó que también lo eran los jefes de seguridad yugoslavos, además de tremendos bebedores. Se habían pasado de comida en comida, bebiendo "slivowitza" y hablando de Goethe y de Shakespeare.

* * *

La importancia que la diplomacia mundial daba a Yugoslavia, quedaba de manifiesto en que los EE.UU. tenían como su Representante a George Kennan, quien había sido Embajador en la Rusia Soviética y fuera el impulsor del fatídico Plan "*Iron Mountain*". Me lo había recomendado John Galbraith, Embajador en India, diciéndome: "Ya puede usted deducir la importancia de India y de Yugoslavia: yo estoy aquí y Kennan en Belgrado...".

Así era en esos años, y en el "tablero de ajedrez" de la política mundial de entonces. Hoy, Yugoslavia no existe y la India no cuenta. Hay otros "peones" en el Gran Juego.

MONTESCOS Y CAPULETOS

Mucho deví recordar el sabio consejo del querido Embajador de Italia en India, Alberto Berio: "No hagas cosas importantes, trata de no destacarte, para no crear celos. No des trabajos extras a los funcionarios del Ministerio; pues te odian y tú estarás siempre en posición de desventaja, porque estás lejos. Trata de no

hacer nada, de pasar desapercibido, de que crean que no existes, que te has muerto... Y serás el mejor Embajador”.

Ni él ni yo seguimos el sabio consejo. Sin embargo, él debe de haber sido una excepción a la regla, pues llegó a Consejero de Estado. Y creo que yo, aunque no llegué a tanto, he sido reconocido en mi trabajo y mi esfuerzo; pero a *sotto voce* y sólo cuando ya no tenía ingerencia en las altas esferas de la política y, por lo tanto, no podía hacerle sombra a nadie.

¿Qué es lo que pasaba en Chile que sólo me bastó poner un pie en Santiago para darme cuenta de que una atmósfera enemiga me rodeaba? Traté de llegar antes que nuestros invitados de honor para tratar de ayudar; pero me encontré como si no fuera necesario para nada, siéndome muy difícil conectarme con cualquier funcionario. El Ministro de Relaciones Exteriores era interino, Enrique Ortúzar, Ministro del Interior en propiedad, así es que poco sabía del manejo del personal, careciendo de autoridad sobre él.

Recién llegado fui a ver al Presidente Jorge Alessandri. Me recibió de inmediato, interrumpiendo una reunión y haciendo esperar en el vestíbulo al Ministro Ortúzar. Estaba exultante de alegría por el éxito de la invitación a Tito. Hizo luego pasar al Ministro de Relaciones Exteriores Ortúzar y, delante de mí, le ordenó: “Usted apoye al Embajador Serrano en todo y haga lo que él aconseje”.

Me sentí preocupado por sus palabras, que algo dejaban entrever, como si el Presidente sospechara de lo que se tramaba en mi contra.

El Ministro asintió, aceptando favorablemente el consejo presidencial, aunque, por supuesto, no hizo nada, o no pudo, para evitar lo que se preparaba.

Siempre, y en todas partes (salvo en el Cielo, ¿y quién sabe?), son los mandos medios confabulados los que al final deciden y producen los fatídicos acontecimientos. (Hasta que no interviene la “Virgen del Carmen” y lo cambia todo).

Tres fueron las razones para los hechos de que fui víctima en Chile: primero, “haber hecho cosas”; segundo, Enrique Berstein; y, tercero, algo increíble y de lo que me enteré después, al final de mi visita: el Presidente Alessandri había pensado en mí para Ministro de Relaciones Exteriores. Por eso mantenía, por el momento, interino a Enrique Ortúzar. Ante esta posibilidad había una agitación sorda e incontenible en los directores y en los funcionarios de carrera del Ministerio.

Dando una mirada hacia atrás, en la distancia de los años, veo que todo lo acontecido fue para mejor. Un cargo de Ministro habría sido de corto plazo, a lo más la duración de la Presidencia. Ello me habría cortado de mi búsqueda e investigación sobre el “Hitlerismo Esotérico”, que yo llevaba a cabo en forma secreta y privada, en una doble vida, por así decir. En India, en Yugoslavia y, luego, en la Austria natal del *Führer*. Todo esto habría quedado trunco. Por ello, lo que me sucedió en Chile –sin duda impulsado por mi *EL* en un balance final me fue favorable, aunque yo no lo apreciara de ese modo, en esos momentos tan incómodos.

Vino a agravarlo todo, una “*gaffe*” cometida por mí y que fue definitiva, pues me restó el apoyo del Presidente, muy necesario en esos momentos. Sin quererlo, ni pensarlo, herí su sensibilidad extrema. Y hoy sé que fue de nuevo *EL* quien me guió, porque si alguna vez el Presidente pensó en mí para Ministro de Relaciones Exteriores, allí se acabó todo.

El mismo día del arribo de Tito a Chile, en la tarde, se produjo la primera reunión oficial en “La Moneda”, el Palacio Presidencial. Asistí, porque era el Presidente el que invitaba. Fue una reunión pequeña.

Había dos filas de asientos, una frente a la otra, sin nada entre medio. En una se hallaba el Presidente de Chile, teniendo a su derecha al Ministro de Relaciones Exteriores, Ortúzar, y, al otro lado, a su Ministro de Economía, Julio Philippi. Este, que era un genio intelectual, como sus antepasados alemanes, resolvía cualquier consulta que el Presidente le hacía. En la otra fila se hallaba el Mariscal Tito, de uniforme, con su Ministro de Relaciones Exteriores, Koča Popović; el Secretario de la Presidencia, mi amigo Crnobrnja, y yo, como Embajador acreditado en ese país.

El Presidente Alessandri tomó la palabra, para ofrecérsela al Mariscal Tito, el cual pronunció un discurso breve, de seguro el mismo que venía repitiendo en los países que había visitado con anterioridad, Uruguay y Brasil. Luego, le tocó el turno a don Jorge, quien improvisó en forma que me llenó de admiración, con sencillez y modestia. En un momento dijo: “¡Qué lástima que seamos un país tan pequeño, para poder influir en los acontecimientos mundiales...!”

Esta frase impresionó profundamente a los yugoslavos, al extremo de que, desde ese momento, pasaron a ser decididos admiradores de Jorge Alessandri. Cuando ya se acercaba una

nueva elección de Presidente en Chile, recuerdo que me dijeron: “Lo que deben hacer ustedes es reelegir o mantener al Presidente Alessandri en el Poder. No encontrarán otro igual”. Ellos no creían en la democracia. Y en eso nos parecíamos.

Esa tarde, al salir de la reunión, se nos acercaron los periodistas y empezaron a interrogarnos. Creían que Chile pasaría a formar parte de los “no alineados”. Julio Philippi no abrió la boca. Y fui yo quien habló, declarando mi admiración por las palabras del Presidente Alessandri y por la “coincidencia de apreciaciones” con el Mariscal Tito. Al otro día los diarios publicarían la noticia, sin dar mi nombre. Y esto bastó para que Jorge Alessandri, sospechando que yo era el autor, cambiara totalmente su actitud hacia mí. ¡Y aquí se acabó mi Ministerio!

Mientras tanto, seguía desarrollándose el programa de la visita. El Mariscal Tito fue alojado en el Palacio Cousiño, quedando gratamente impresionado por la belleza de su construcción antigua. No puedo dejar de recordar su llegada a esta mansión, con una protección policial que no había visto ni siquiera en Yugoslavia. Yo iba en la comitiva, en un automóvil, junto al Embajador de Yugoslavia en Chile y al Secretario General, Crnobrnja. A medida que nos aproximábamos a nuestro destino, la nerviosidad de mis acompañantes iba en aumento, al extremo de solicitar al chofer parar el auto, bajarse y alcanzar corriendo el grupo que rodeaba a Tito, a la entrada de la mansión. Pensaron, o tal vez habrán sido informados por sus Servicios de Inteligencia, que allí se produciría el atentado.

La protección a Tito fue fenomenal. No creo que se haya visto otra semejante en Chile. El Gobierno y Hoelker respondieron a lo prometido. Ello llamaba la atención de los chilenos, hasta entonces no acostumbrados a estos despliegues policiales. El mismo Presidente Alessandri se desplazaba a pie en las mañanas, desde su casa a la Presidencia, sólo acompañado por un amigo. Recuerdo que en la visita al Congreso, Tito, ya muy seguro y relajado, se reunió informalmente con los parlamentarios. En el grupo se incluyó Salvador Allende, quien me pidió que le tradujera, pues él no hablaba inglés (ni tampoco francés, ni ningún idioma, fuera del “chileno”). Le preguntó a Tito porqué se había rodeado de tanta protección policial, “que el pueblo no la entendía”. Tito le contestó que había que preguntarle a su Secretario de la Presidencia. Este estaba al lado y yo le repetí la consulta. Respondió, diciendo que no

era asunto de ellos, sino del Gobierno de Chile, que ellos también estaban sorprendidos. Le expliqué a Allende en español que esto no era cierto, que yo era testigo de la insistencia de los comunistas yugoslavos en pedir la máxima protección y que también Hoelker lo podía confirmar. En la Conferencia de Prensa, dada por el gobernante yugoslavo, también los periodistas le repitieron la pregunta. Y el Mariscal respondió con el más gran desparpajo: "En mi país nada de esto es necesario, pues allí me protege el pueblo".

Siempre me había llamado la atención, tomando buena nota, esta técnica comunista de aplicar la mentira como sistema, en todo el mundo y aún entre ellos. En mi caso, primero, con el asunto de los dólares y, ahora, la impasividad de Tito para decir las mentiras sin arrugarse. Es "la mentira orgánica", para usar la expresión exacta y genial de Alfred Rossenberg, transmitida por los "genes" en la "dialéctica marxista", a los herederos del comunismo internacional y de cualquier Internacional.

Nunca me gustó Tito. Fui a Yugoslavia a contrapelo. Sabía de las crueldades y crímenes cometidos por sus partisanos con los soldados alemanes, a quienes colgaban vivos de los genitales, mutilándolos. Me lo había confirmado el Embajador de Italia en Belgrado, el socialista Roberto Duce, y me lo relataría también Otto Skorzeny, quien estuvo a cargo de una operación-comando, fracasada, para capturar a Tito. La invitación a Chile la hice no por él ni por su país, sino por los intereses de mi Patria. Y en este sentido fue un éxito, ya que en su próximo viaje a Bolivia no apoyó la petición de una salida al mar. El mismo Presidente del Senado, Francisco Bulnes, opositor a la visita, debió convencerse.

* * *

Hasta la Conferencia de Prensa, las cosas anduvieron más o menos bien para mí. Muy pronto, debí darme cuenta de que era discriminado de un modo evidente, en los lugares que se me reservaba en las comidas y, sobre todo, en la firma del Convenio Comercial, donde no se me invitó a estar presente, lo que sí era una ofensa premeditada. Y así me lo hizo ver el Embajador de Yugoslavia en Santiago, preguntándome por la causa de esa actitud de mi Gobierno. Le di como explicación el hecho de que yo había sido el promotor de la visita del Mariscal: "Hubo mucha oposición

conservadora, la que ahora actuaba en mi contra”. La explicación pareció convencerlo. Y esto tendría consecuencias insospechadas.

Mas, la cosa era de otro modo. Había sido nombrado Jefe del Protocolo, a cargo de la visita del Presidente Tito, Enrique Berstein, ex Embajador en Austria y Encargado de Negocios en Yugoslavia. Yo había tenido ocasión de encontrármelo en la India, también como Jefe del Protocolo de la Misión Chilena, dirigida por el Ministro de Relaciones Exteriores, Osvaldo Sainte Marie, y ya se habían producido algunos pequeños roces, por asuntos de la entrega de los regalos a la señora Gandhi, como relato en el tomo anterior de estas “Memorias”.

Ahora, él se sentía “descubridor” de Yugoslavia, por haber sido el primer representante chileno en ese país. Era demócrata-cristiano y muy celoso, aunque un buen Embajador y excelente diplomático, en todo lo que le tocó actuar en representación de Chile. La dificultad conmigo era más bien heredada. Odiaba a mi tío Joaquín Fernández, por haber servido como Ministro Consejero bajo sus órdenes, en la Embajada de Chile en Francia. Ahí se produjeron situaciones que obligaron a mi tío a pedir su traslado. El me explicó, diciéndome que Berstein era un intrigante. Y si yo debiera juzgar por lo que me estaba sucediendo, mi tío debe haber tenido razón de sobra. Era Berstein quien dirigía esa canallesca – y también diría tonta– acción en mi contra; pues iba en desmedro de la dignidad y efectividad de mi cargo y, por lo tanto, de nuestro País.

Pienso que ésta fue una pelea de Montescos y Capuletos, en la que yo no tuve arte ni parte, como debí decirle un día al mismo Berstein. (Ver tomo III, pág. 55). Uno de los diplomáticos chilenos que decidió –aconsejado por Berstein– mi inasistencia a la firma del Convenio Comercial, fue Willy Osorio. Y lo menciono, porque durante el Gobierno Militar estuvo complicado en el “affaire” de los pasaportes, extendidos en Paraguay, siendo luego “suicidado”.

Sin embargo, toda esta conspiración en mi contra debió tener un brusco e inesperado fin. Lo explicaré.

LA GRANDEZA DEL ALMA YUGOSLAVA

Tito debió dar su cena de despedida en honor del Presidente Alessandri. La ofreció en el Palacio Cousiño, con cerca de trescientos invitados, entre políticos, diplomáticos y parlamentarios. Era

un “*bufet-diner*” para la mayoría, que debió servirse de las mesas. Un reducido grupo entraría en una habitación donde se sentó en torno a una mesa redonda. Allí estarían los dos Presidentes, más los Ministros de Relaciones Exteriores, el Presidente de la Corte Suprema, del Senado y el Embajador de Yugoslavia. Yo no estaba.

Ahora mi indignación fue grande. Como la invitación venía de los yugoslavos, me dirigí al secretario de la Presidencia que, a su vez, hacía de Jefe del Protocolo de Tito y le pregunté por qué yo no estaba en la mesa presidencial. Me contestó, muy embarazado, que no era culpa suya, sino de los chilenos, y llamó a Hugo Leplaza, un diplomático chileno a cargo del Palacio Cousiño en esta ocasión. Este presentó una serie de excusas contradictorias, descargando la responsabilidad en el Jefe del Protocolo, un señor Amunátegui, que no era de la burocracia ministerial y que yo desconocía.

Dicho sea de paso, Hugo Leplaza era primo de mi antiguo camarada nazi, Alfredo Leplaza, y ambos se hallaban relacionados con mi familia materna. El embajador Crnobrnja me explicó que varias veces intentaron incluirme en la mesa de honor, pero el Jefe del Protocolo chileno se opuso, diciendo que, en ese caso, habría que invitar al ministro tal, o al parlamentario cual.

Yo corté la discusión en seco, diciéndole:

“-Veo, Embajador, que usted no tiene la culpa. Gracias”.

Y me retiré en compañía de mi mujer. Ella me dijo:

“-Quedémonos, pero no comamos nada”.

Ambos estábamos indignados y sin poder entender lo sucedido, pues era una ofensa increíble, que tendría repercusiones, porque a primera vista eran los yugoslavos los que aparecían cometiendo la falta. Las consecuencias serían dañinas para ambos países, si se contaba con mi reacción, que debió ser la renuncia a mi cargo. Nada de esto se habrá escapado a los cálculos de Enrique Berstein. A pesar de ello, aún hoy no me explico cómo se atrevió a llegar a tanto. ¿Qué lo impulsó? ¿Qué odio atávico y satánico de Montescos y Capuletos? Debe haberse sentido muy seguro de sus influencias y su poder para atreverse a obrar así, contando tal vez con el enojo (la “rabieta”) de Alessandri, del que tuvo que haberse enterado. Como sea, pero en todo caso él jamás contó, ni pudo siquiera imaginar la reacción de los yugoslavos.

Con mi esposa nos manteníamos apartados dentro del gran salón del banquete, donde circulaban los dirigentes comunistas y

socialistas. Estábamos pensando en encontrar la oportunidad para retirarnos, cuando vimos de pronto al Ministro de Relaciones Exteriores de Yugoslavia, Koča Popović, tratando de abrirse paso entre los invitados y haciéndonos señas con los brazos. Pronto llegó a nuestro lado y nos dijo, en castellano:

“—¿Dónde se han ocultado? Les estoy buscando hace un cuarto de hora. Tengo instrucciones del Presidente Tito de llevarlo a usted de inmediato a su mesa. Yo me voy, y usted ocupa mi lugar”.

Debe haber visto mi cara de sorpresa, pues continuó:

“—Es una orden. Usted aquí está en nuestra casa y en nuestra cena. Usted es Embajador en nuestro país. Debe estar adentro”.

Y dirigiéndose a mi esposa:

“—Lamento, señora, que mi mujer no esté conmigo para cederle su puesto...”.

Me resistí, diciendo que no podía dejar a mi mujer; pero entonces, ella fue quien me impulsó:

“—Anda, démosle una lección a estos desgraciados de Chile. Yo me quedo aquí feliz, esperándote...”.

Y seguí a Koča Popović, quien me llevó del brazo, ante la expectación de los invitados y el embarazo de los funcionarios ministeriales, que recibieron la más grande lección de su vida, estoy seguro.

Abrió una puerta y me hizo pasar frente a él. Me encontré dentro de la sala de honor, donde los comensales, incluido el Presidente de Chile, me miraron de reojo sorprendidos, sin entender bien lo que estaba pasando. Tito, con una amplia sonrisa y un ademán de gran señor, se dirigió a mí, en inglés:

“—Embajador, lo había echado de menos, aquí está su lugar, haga el favor de sentarse”.

Y el Ministro de Relaciones yugoslavo me llevó hasta su sitio, retiró la silla y me ayudó a sentarme. Luego, se retiró del cuarto.

Quedé junto al Ministro de Relaciones chileno, Ortúzar. Al frente, el Presidente, Jorge Alessandri, sólo abrió la boca para exclamar:

“—¡Menos mal que llegó al pavo!”.

En ese momento se estaba sirviendo el pavo.

El Presidente de la Corte Suprema, don Pedro Silva Fernández, un pariente mío, me miró y sonrió. Al lado, oí al Ministro Ortúzar decirme:

“—¡Qué bien se han portado los yugoslavos contigo!”.

“-Sí”, le respondí; “pero mañana tendrás mi renuncia”.

“-¡No, tú no puedes hacerme eso!”.

“-Pensándolo bien”, le agregué, “no será mañana, porque el Presidente Tito va a Valparaíso y deberé acompañarle, para cuidar de que todo salga bien. Le debo esa atención. Después de lo que está pasando, ya no estoy seguro de nada...”.

En el resto de la cena se habló de distintos temas, hasta de religión, y Tito dijo que en Yugoslavia había libertad para todos los cultos. Le apoyé, poniéndome de su lado en la discusión, apropiándome así la “dialéctica de la mentira”, por reacción ante la hipocresía y la cobardía, representada por el Ministro de Relaciones Exteriores y la diplomacia de mi país.

Entonces, Tito dijo:

“-Señores, afuera me están esperando otras personas para que las salude y debo ir”.

Y sin más, se levantó de la mesa, dejando al mismo Presidente Alessandri con un palmo de narices.

Me levanté con él. Creo que ésta fue la forma (a lo “partisano”) de demostrar su disgusto por la actitud del Presidente, al permitir que se me hubiese ofendido tan gravemente. Un hombre fuerte, como Tito, no podía entender que una cosa como ésta sucediera sin su conocimiento, o participación.

Jorge Alessandri se envolvió en su bufanda y partió. Con mi mujer lo hicimos casi enseguida. Y cuando íbamos ya en la puerta de la calle, sentí que nos alcanzaba Enrique Berstein, diciéndome:

“-¡Miguel, necesito hablar contigo, para explicarte...!”.

“-Nada tengo que hablar”, le repliqué.

Y subí al automóvil, sin siquiera volver el rostro.

SOY UN “PARTISANO”

Tito fue alojado en el Palacio Presidencial del Cerro Castillo, en Viña del Mar. Estaba feliz con la vista del mar y se reclinaba en las almenas a contemplarlo. Muy relajado, caminó por la costanera, saludando a los transeúntes. Encontró que el tipo nuestro era “mediterráneo”.

El resto de su delegación fue alojada en el “Hotel O’Higgins”, donde también me instalé, con mi esposa. Esa primera noche, el Ministro Koča Popović me pidió que le llevara a comer a algún lugar típico:



Tito con prismáticos en la bahía de Valparaíso, a bordo de la "Esmeralda".

Tito cambia opiniones con un oficial yugoslavo, en la cubierta del Buque-Escuela "Esmeralda".



Mi esposa, Carmen Rosselot, la mujer de Tito, Yovanka, y el Presidente Tito, a bordo de la "Esmeralda".

“-Todos los Hoteles Internacionales son iguales”, me dijo. “Además, deseo ver Valparaíso de noche. No cualquiera tiene esta oportunidad...”.

Me ponía en un duro aprieto, pues, con tantos años de ausencia, yo no conocía nada del puerto. Desde los años treinta, cuando mi experiencia con Blanca Luz Brum y Benjamín Subercaseaux, no había vuelto a repetir esa vida nocturna y su extraordinaria bohemia. ¿Qué hacer? Se me ocurrió visitar a mi amigo el escritor socialista, de origen yugoslavo, Marcos Vodanović, que entonces residía en Reñaca, pensando que él conocería bien el puerto. No era así; pero, en todo caso, me sacó en parte del apuro, llevándonos a cenar a un restaurante típico, a la orilla del mar.

A Marcos Vodanović, como a la familia montenegrina Casanegra, le ayudé en Yugoslavia a recibir indemnizaciones por propiedades confiscadas a sus padres por el gobierno comunista. El doctor Casanegra es hoy un famoso cardiólogo y su hermana fue Directora de Impuestos Internos en el Gobierno de don Jorge Alessandri. Treinta mil dólares les conseguí, una fortuna en esos tiempos. El doctor aún era estudiante y bogaba con mi hijo en Montenegro, tierra y mar de sus antepasados.

La historia que sigue ya la he contado en el volumen anterior de estas “Memorias”. Si lo han leído ustedes, se acordarán de mi accidente en el Puerto, cuando el Ministro Popović, al cerrar la puerta del auto, me cogió los dedos de la mano derecha y yo, sin pronunciar un quejido, le pedí: “Por favor, abra la puerta...”.

Esto le impresionó a él y a sus acompañantes, el Ministro de Defensa, un General, y al Presidente de la Cámara Legislativa de Belgrado. Se lo contaron a Tito. Y al otro día, cuando debí asistir a un almuerzo en el Buque-Escuela “Esmeralda”, me estaba esperando en la cubierta, junto a la escalinata, con su esposa Yovanka y su Ministro de Relaciones Exteriores. Yo llevaba mi mano vendada y el brazo en cabestrillo. Con su rostro serio, me saludó:

“-Me ha dicho mi Ministro que usted merece ser un “partisano”. Mis médicos van a ver su herida”.

Y Yovanka me entregó un pequeño tubo, diciéndome que era una pasta con “piel artificial”, para que la usara. Aún la conservo, más de treinta años después, y cuando Yovanka y Tito ya no existen.

3. XI. 64
Bogorod

Querido embajador Serrano,

He leído su "Especial" con gran interés. Es Usted seguro que Kafka visitó a Deino? En qué "cualidad"?

Además - una observación y una citación.

Observación: un aspecto capital de la materia - antimateria es el hecho que aún millones de hombres son crónicamente hambrientos.

Citación:

"C'est en vérité sur une conclusion diamétralement opposée à la phylogénie classique que nous débouchons sur attitude était celle du biologiste qui aurait étudié sur un cadavre les lois de la vie." (Michel Devoc, "Le Roman de la Matière", Galliard 1964)

Amistades

Koča Popović

Carta del Ministro de Relaciones Exteriores de Yugoslavia, Koča Popović, en español, sobre un libro que yo le enviara.

Beograd, 5 de noviembre 1964. -

Mi querido Ministro Popović:

No sabe cuánto aprecio su carta del 3 de este mismo mes y el hecho de que se haya dado usted tiempo para leer mis pequeñas reflexiones sobre Rilke en Dinio. Que en medio de sus muchas preocupaciones usted se tome el tiempo para escribirme su profunda carta, con sus pensamientos condensados, hace que desee responderle en este papel trofeo del legendario país del Meppa, fabricado totalmente a mano por hombres (materia-antimateria, como usted dice) que muy posiblemente también hombre, pero que si usted les pregunta, puede que respondan con una frase de Picasso (no estoy seguro si es de él): "quiero tener el derecho a tener frío..." y "hambre". Sí, los hombres que fabrican este papel, son como aquellos que levantaron las Viránides, "esclavos libres" (materia-antimateria).

Sólo en raras ocasiones hago uso de este papel, porque no he tenido mucho conmigo del Nepal. Lo uso para escribir a aquellos amigos que mucho aprecio, que nunca he llegado a admirar. Escribir en él es como penetrar en la línea de "La matita de Magiciens". Dantaria, en verdad, con un papel vacío, sin escribir nada, un gesto simbólico que diría mucho más que todo lo que se pueda escribir en él.

Actitud humana del hombre que ni ha temido hombre y que está así "estudiando" las leyes de la vida sobre un estéril (como lo hiciera Leonardo) pero actitud que también forma parte del acervo del conocimiento humano (c "Inhumano") que sabe una escuela compuesta por peñones del hombre y del no-hombre.

Es posible que en la humanidad humana, en el "ser colectivo", el conocimiento de los que no tienen hombre se haya hecho posible gracias a los que tienen hombre. Por lo tanto, los resultados les pertenecen más a estos que a aquellos, y es a éstos a quienes al final libera. No a los que no tienen hombre físicamente hoy, pero quienes, por no pertenecer a ninguna Iglesia comunitaria, no encuentran paz en esta tierra y piden la paz de otros que se pueda sufrir: el hombre de la verdad, el hombre de la redención, el hombre de bien, y la esencia de la nada.

Es cierto, no estoy seguro de que Kafka haya visitado Dinio; pero oro que me lo dijo el actual dueño del Castillo, aun cuando no estoy cierto. Su abuela fue quien invitara a escritores y filósofos. Ello era austriaca y pudo conocer a Kafka, como conoció a Rilke.

Como le prometí, le estoy enviando una copia del libro de Teilhard de Chardin, "Le Phénomène Humain", el cual traje hace tiempo de París para usted. No se lo había hecho llegar aun, ~~maximamente~~ pues tenía imprevisto.

Le ruego también aceptar un ejemplar de un librito mío, que he titulado "Las Visitas de la Reina de Saba" (esta reina ya sido encontrada y conocida por muchos hombres; aunque tal vez no muchos). Lo escribí en India, en una época solar, tratando de nadar "de pescar" - en ~~xxxxxxx~~ los mares profundos de viejos mitos y leyendas. En verdad es un doloroso juego con la sombra que el amor proyecta, como le explicaba este verano a mi hijo en las doradas costas de su bella Balmacia.

Le hago envío de estos pequeños cosas con gran admiración y afecto, y con mi más sincera amistad

Miguel Serrano

También he contado las consecuencias de ese accidente y cómo me ayudó a que fueran los yugoslavos los que me llevaron en su avión a los funerales de Nehru. Además del emocionante reencuentro con el chofer del taxi chileno, años después en Santiago, testigo de mi actitud en la noche del accidente. No me quiso cobrar porque “se había sentido orgulloso de ser chileno”.

Es seguro que él nunca leerá estas “Memorias”, para poder saber cuánto le recuerdo, porque él también me hizo sentir orgulloso de ser chileno, al recordar a otros choferes de taxis suizos e ingleses que discuten el monto de las propinas, y a los malos chilenos, como esos funcionarios y políticos de antaño. Y también de hoy.

Ahí donde esté ahora, si aún vive, aspiro a que le llegue mi pensamiento agradecido y mi admiración.

En cuanto a Tito y su Ministro de Relaciones Exteriores de esos años, el intelectual y guerrillero, Koča Popović (antiguo estudiante de filosofía en la Sorbona, hijo de burgueses, quien había hecho toda la Guerra de España en las brigadas comunistas internacionales, aprendiendo a hablar el castellano y a admirar al combatiente español), mantengo una gran confusión de sentimientos. Ellos representaron ideológicamente lo más opuesto a mis convicciones y también en su manera de ser y en su estilo político. Sin embargo, al fondo, en la esencia de ellos había quizás algo intocado y que pervive en los guerreros de verdad. En el caso de Koča Popović, en especial, aunque ambos servían como agentes de una Conspiración que ellos no dirigían y cuyo fin tal vez desconocieron, al igual que los guerrilleros de este otro lado del mundo, incluyendo al “Ché” Guevara y al mismo Miguel Enríquez. Tito fue un agente del “Intelligence Service” inglés; Koča Popović, no lo sé. Ambos, sin que mediara interés personal, nacional ni internacional alguno “rompieron lanzas” por mí. ¿Por qué? Solamente por la grandeza del alma yugoslava y por solidaridad del hombre con el hombre, con el luchador y el guerrero solitario que ellos habían visto en mi persona. Sí, porque yo también habría sido capaz de hacer lo mismo por ellos, en un caso semejante, y aún más. Lo he dicho y confesado en una entrevista de prensa de hace veinte años: si yo hubiera presenciado llevar de verdad a un judío a una cámara de gas (y lo digo pensando especialmente en mi amigo el Embajador de Israel en Yugoslavia, en el Senador Angel Faivovic y en el mismo Volodia Teitelboim), habría entrado allí con él.

Bien, en el Buque “Esmeralda” se me presentó la ocasión única de tener una conversación a solas y a fondo con el “partisano”, el guerrillero, el comunista, el gobernante y, por último, con el hombre, Josip Broz Tito, o como se llamara de verdad. Y la dejé pasar, a conciencia.

Después del almuerzo, mientras navegábamos lentamente y a vela por la bahía de Valparaíso, en un bello día de sol, Tito se sentó solo en la cubierta, bajo el palo mayor. Y al lado suyo había una silla vacía. Al verme también en cubierta, me hizo señas para que me acercara y me sentara a su lado. Así, por un largo rato, estuvimos allí uno al lado del otro y sin decir nada. Hoy sé que yo no quise interrogarlo, pudiendo hacerlo. Y seguramente él lo esperaba, para revelarme su íntimo pensar, sin recurrir al “reflejo condicionado” de la mentira, tal vez por primera vez en su vida. Pensé que no era justo valerme de ese especial momento en la existencia de un ser, que nada sabía de mí y que, en el fondo, era mi enemigo, representando yo todo lo más opuesto a su concepción del mundo. Porque, si otras hubieran sido las circunstancias, bien me pudo haber torturado y masacrado, junto a mis camaradas hitleristas alemanes de la Gran Guerra. Y por lealtad a mí mismo, a mi juventud, a mis sueños y a mi pasado, por lealtad a mi *Führer* y también a él, permanecí en silencio, sentado allí en esa silla, en el Buque-Escuela de nuestra Marina, en ese verano de hace ya tantos años, en la misma bahía de Valparaíso, que hoy contemplo desde mi ventana.

BOJANA

Mi permanencia en Yugoslavia significó también fertilidad en mi trabajo literario. Allí escribí “El Círculo Hermético”, con los recuerdos de Hermann Hesse y de C. G. Jung, publicado por primera vez en la Editorial “Zig-Zag”, de Santiago, por mi amigo Ignacio Cousiño, y por “Routledge & Kegan Paul”, en Londres, y “Shoken Books”, en Nueva York, traducido por Frank MacShane. También escribí “La Flor Inexistente”, que ilustró Julio Escámez, en unas preciosas ediciones en castellano y en inglés, de “Routledge & Kegan Paul”; joya bibliográfica, de la que conservo algunos ejemplares. Antes de partir de la India, había escrito “La Serpiente del Paraíso”, sobre esa Patria oculta y misteriosa, editada por “Nascimento”, en Chile, y “Rider and Co”, en Inglaterra, habiendo

Lovaina 29 de Abril /65

EMBAJADA DE CHILE

Sr. Miguel Serrano

Estimado Don Miguel:

Desde hace varios días pensaba mandarle unas notas para agradecerle, junto con Eugenio y Carmen las miles de atenciones que recibimos de Ud. y las múltiples molestias causadas por nuestra "invasión".

Demás estaría decirle lo utilísimos que ha resultado nuestra visita, por los excelentes contactos y toda su ayuda para que nuestra estada resultara lo más provechosa posible; junto con esto, podemos sentirnos como en nuestra casa, hizo más agradable el viaje. Siempre recordaremos con emoción esos días inolvidables en Belgrado.

La visita a Budapest fue también muy útil; espero que Ordes le haya contado detalles. Después pasamos por Viena, Salzburgo y Zúrich. Ahora estoy pasando unos días para luego seguir a París y regresar a Chile.

He estado leyendo con gran interés su libro, pues como le decía quería comprender más a fondo muchos aspectos de India que me apasionaban; espero llegar a Chile y poder leer sus otros libros.

Carta (fecha el 29 de abril de 1965, en Lovaina) que me enviara a Yugoslavia Eduardo Frei Ruiz-Tagle, después de haberse alojado en mi casa con su hermana Carmen y su cuñado Ortega. Me agradece y comenta mi libro "La Serpiente del Paraíso" en forma seria y profunda. Volví a recibirle en Austria y, desde entonces, mantuvimos una relación delicada y afectuosa, en algo que creí

EMBAJADA DE CHILE

Yo no se si le molestaria que tocare otros temas que me interesan; yo conozco muy poco de su vida, pero a traves de su libro, me parece que mas que una busqueda de India y toda su realidad, hay una busqueda mas profunda de todos los problemas de la vida y de nuestra vida; veo en su libro una lucha grande por encontrar una respuesta y significacion total de la vida; le digo esto pues con toda sinceridad, le estado y sigo en esa lucha; al verlo a Ud. solo en Belgrado me ha dejado esa impresion; yo le tratado de hacerlo solo pero creo que no le heido exito; me gustaria poder llegar a un punto de mayor franqueidad y paz espiritual.

Todo esto acompañado con problemas de la vida practica que todos tenemos y que en muchos casos contribuyen a dificultar esta busqueda.

Le pido milas de excusas por mi atrevimiento; si algun dia tiene un rato libre estaria muy contento de poder recibir alguna respuesta. Con sincera admiracion y estimacion, apreciando una vez mas sus atenciones

Perdone la carta a veces
pero creo es una oportunidad.

Eduardo Frei R-D

fuera una amistad sólida, hasta que él asumió la Presidencia de Chile y no me recibió, negándome la audiencia por dos veces, cuando intentara pedirle no entregar la Laguna del Desierto, nuestro sagrado territorio. Cuando yo estuve arriba, fue obsecuente. Cuando él llegó a las alturas, fue grosero.

sido recomendado por el Lama Govinda al excéntrico gentleman inglés, Gerald Yorke, asesor literario de la Editorial. Por este libro se me dio en Chile un premio Municipal que, en mi ausencia, recibió mi esposa. El único que se me ha otorgado en Chile en toda mi vida literaria⁸. "La Serpiente del Paraíso" fue publicado después en los EE.UU. por "Harper and Row", también en hindi, en la India y en japonés, en Japón.

Un día, en Belgrado, recibí una carta de la "Editorial Kier", de Buenos Aires, proponiéndome editar mis obras. Accedí y, desde entonces, ellos son mis editores en castellano, gente extraordinaria y de gran corrección, verdaderos amigos. Han editado casi toda mi obra literaria, ignorando la comprometida con el Hitlerismo Esotérico, la que yo he preferido dejar al margen, para no dañarlos ni dañar nuestra amistad, la que aprecio enormemente, en especial recordando cómo trabajamos con don Pedro, los dos, separados por miles de kilómetros de distancias terrestres (pero no del alma) para escribir y editar "Nos. Libro de la Resurrección". Allí en donde ahora se encuentre debería saber que siempre pienso en él. Y también en los dueños de "Routledge & Kegan Paul", los gentlemen judíos, Collin y Norman Franklin, amigos muy queridos. Y en Gela Jacobson, extraordinaria y bella, capaz de traducir "Nos" a un inglés perfecto.

También en Yugoslavia recibí una carta del director y dueño del importante diario "La Prensa", de Buenos Aires, Alberto Gainza-Paz. Este periódico era como "El Mercurio", de Chile, y su dueño, un gran señor. Con él y su hijo llegamos a establecer muy buena amistad. Gainza Paz venía a ser lo que Agustín Edwards en Chile. Me pedía colaborar en su importante diario. Me había recomendado Jaime Eyzaguirre, el historiador y escritor católico e hispanista chileno, quien conocía muy bien mi trayectoria nacionalsocialista. Mas, así eran las cosas entonces, nadie hacía cuestión de las ideologías, donde primaba la amistad. Hoy, después de tantos años de terminada la Gran Guerra, cada vez es peor y el círculo infernal se cierra. Acepté colaborar en "La Prensa" e

8. De este premio me había olvidado totalmente. Por ello digo, en el Volumen III, que sólo había recibido un premio de la "Sociedad Protectora de Animales" de Argentina, por un artículo a la muerte de mi perra "Dolma".



Visita de socialistas y comunistas chilenos a Yugoslavia. Puede verse a Aniceto Rodríguez y a Volodia Teitelboim, junto a Tito, en una recepción en Belgrado.



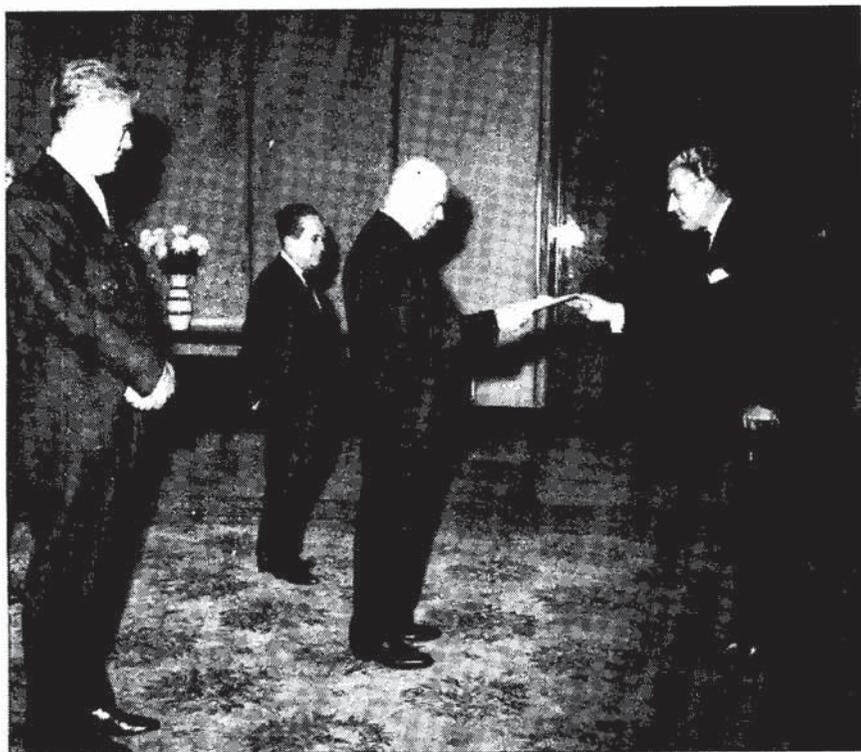
El segundo a la izquierda, Jaime Coutts, Secretario; luego, Sergio Figueroa Tagle; detrás, el Cónsul Honorario Jovanovic.



Saludo del Jefe de la Guardia ceremonial, en Bulgaria.



Entrega de credenciales al Jefe de Estado en Bulgaria.



Entrega de credenciales en Rumania.

Nicolae Ceausescu

Tarjeta del Secretario General del Partido Comunista rumano y Primer Ministro Nicolae Ceausescu.

impuse mi estilo, ocupando páginas completas del magnífico suplemento literario ilustrado, con ensayos y artículos que al mismo tiempo se publicaban en “El Mercurio” de Santiago, en la Página Literaria de los Domingos. Y así fue, de este modo, hasta que el diario “La Prensa”, como todo lo grande y bueno, se acabó, junto con morir su dueño.

En Chile, “El Mercurio” continúa. Por muchos años fui un colaborador de este diario, desde los tiempos de Rafael Maluenda, de Armando Donoso, de René Silva Espejo y del crítico literario “Alone”. “El Mercurio” me envió también a la Antártida, en 1947, como su corresponsal.

* * *

En Yugoslavia estuvo de visita casi toda la plana mayor del socialismo chileno: Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y el mismo Salvador Allende, acompañado de Carlos Altamirano, como ya he contado. Eugenio González Rojas, el filósofo y Rector de la Universidad de Chile, se interesó en firmar un Acuerdo Cultural con Yugoslavia.

También conseguí ampliar nuestra representación diplomática a Rumania y Bulgaria. Me acompañaron a presentar credenciales el Cónsul Honorario, Jovanovic, mi viejo amigo Sergio Figueroa Tagle, ahora Agregado Cultural a la Embajada de Chile en Francia, y mi nuevo secretario, Jaime Coutts. Al entrar a Sofía, la capital búlgara, Jovanovic se sintió como un romano antiguo, o un inglés de visita por sus colonias: “*ils sont des primitives*”, decía. En la noche, hubo una fiesta del pueblo en la plaza de la capital. Consistía en levantar los automóviles en vilo y lanzarlos varios metros más lejos. Jovanovic, que se hallaba asomado al balcón del hotel, donde se alojaba, descubrió que uno de los autos era el suyo y comenzó a vociferar a voz en cuello: “*¡Vagina matrix!*”. Lo decía en latín.

Tal como en India, mi mujer y mis hijos debieron partir de regreso a Chile, para continuar con sus estudios. No existía posibilidad alguna de hacerlo en Yugoslavia. Mi soledad fue mitigada por la familia de Jaime Coutts, primero, y, luego por la de Carlos Costanora, magnífico secretario, quien moriría como Embajador en un incendio en Caracas, durante el Gobierno del General Pinochet.



Retrato al óleo de Bojana,
joven yugoslava, pintada por
Julio Escámez.



Insignia de los fascistas croatas,
los *Ustachi*, que combatieron junto
a Italia y Alemania.

Y así llegamos a Bojana, una joven mujer yugoslava, a cargo del “Dispensario” médico para los diplomáticos acreditados en Belgrado. A ella la retrató también Julio Escámez. Y toda pintura hecha por este artista, todo retrato, me une a ese ser por la eternidad. Esos cuadros son como el espejo antiguo a la entrada de mi casa de Valparaíso: La visión de una reencarnación pasada, de alguien a quien estuve estrechamente unido. Y que volverá, en las Rondas del Eterno Retorno⁹.

UNA PINTURA DEL MAS ALLA

¿Cómo hacer ahora para que Julio Escámez, que ha venido a Yugoslavia, pueda pintar también el Retrato de Allouine, de Papán, muerta en los años, robada por la leyenda y el tiempo irreparable? Le llevo a mi casa y nos sentamos en la terraza a contemplar los bosques del otoño de Beograd. Lentamente, empiezo a relatarle la historia de *Avris (Ar-Bar-Is)*, que viajara desde Hiperbórea, sobre las alas del Ave Fénix, a encontrar a Allouine, la que junto a Opis y Argo estableció el culto de Apolo en Delos. Y allí cantaban las canciones del bardo Olen. *Avris* amaba a Allouine y Apolo, celoso, se la llevó a una Estrella, a Venus, tal vez a Aldebaran.

Con las palabras de un canto, trato de describir la belleza de Allouine, su mirada azul de Hiperbórea, sus cabellos dorados, agitados por el viento, como las copas de las encinas patriarcales. Y estoy llorando, sin darme cuenta... ¡Dioses míos, cómo es posible que después de tantos años, de siglos y caminos recorridos en la

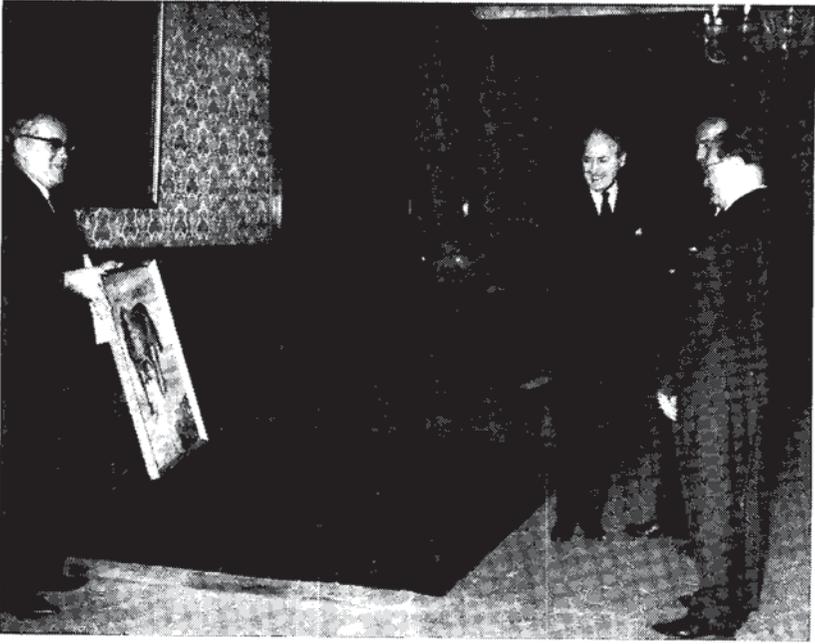
-
9. En cumplimiento del Plan para establecer el Gobierno Mundial y el “Tribunal Punitivo Internacional”, dirigidos por la Minoría Secreta y Oculta, tras el secuestro y “juzgamiento” de Pinochet, los países europeos de la OTAN, comandados por los EE.UU., han comenzado el bombardeo destructor de la ex Yugoslavia, la actual Serbia. Logré sacar a tiempo de Beograd a Bojana y su hija para traerlas a Chile, con la ayuda del valiente Representante de Chile en Belgrado, el socialista Pío García, y su colaborador, señor González. Después de treinta y seis años, ella está aquí en Chile, en esta Ronda del Eterno Retorno. Pero ha vuelto a partir, para luchar por su Patria. Así, la vida se parece a un sueño.



Codreanu, Jefe y creador de "La Guardia de Hierro", movimiento rumano nacionalsocialista y místico. Asesinado por Antonescu. Una masacre parecida a la del "Seguro Obrero" en Chile.



Este perrito chino me lo trajo Tencha de Allende, la mujer de Salvador, desde Pekín, diciéndome que era un sello con las iniciales de mi nombre (cosa difícil de comprobar).



A mi partida de Yugoslavia, regalo a Tito un óleo del pintor chileno Julio Escámez.



Tito me condecora al partir de Yugoslavia.

tierra, yo siga amándola con igual intensidad, sin poder olvidarla ni un segundo, en el tiempo del alma!

Julio Escámez se ha ido a un cuarto interior y ha comenzado a pintar el retrato de Allouine, de la Princesa Papán, de nuevo resucitada, por la magia de sus pinceles. Y por mi canto.

Fue en Belgrado donde mi amigo, el artista chileno Julio Escámez realizó la pintura de esa mujer que él no conoció y que trajo a la vida por un instante, todavía muerta, desde el más allá. La sentó en un banco, teniendo de fondo los bosques de Beograd en el otoño y junto a un hada, que era su “Espíritu de la Lluvia” y también la “Primavera”, de Botticelli. Sin saberlo ha pintado también mi árbol amigo, detrás del hada, de modo que ahora sé que es *Ella* quien me habla a través de él.

Cuando mostré este retrato a la madre de Allouine, a *Muti*, ella no la reconoció de inmediato (como los discípulos de Cristo en el camino de Emaús) y sólo después (por su manera de “partir el Pan de la Vida Eterna”). Y entonces, nuestra *Muti* me dijo: “Sí, es *Ella*; pero es *Ella Muerta*”.

Porque los muertos sólo se parecen a los vivos.

LLEGA A LA PRESIDENCIA DE CHILE EL PRIMER FREI

Las elecciones presidenciales en Chile, las ganó Eduardo Frei Montalva, con el apoyo de la Derecha, en contra de Salvador Allende. Y ahí empieza la desgracia de Chile, desde un punto de vista más profundo que el político. Desde un punto de vista “esotérico”, diría.

El Maestro nos lo explicó: “Frei es un hombre débil, lleno de resentimientos, sólo el desastre espera a la Nación...”. Nosotros le escuchamos, y aún hoy lo recuerdo. El Maestro nunca se equivocó:

“Le he visto en astral, donde nadie puede engañar a nadie”, nos agregó. “Tenía un aura y un cuerpo gris, color de la debilidad y del resentimiento: ‘-Usted es un débil-’, le dije. ‘-Sí, pero tengo la palabra-’, me respondió”.

Presenté mi renuncia, como se debía hacer en estos casos, por ser el cargo de Embajador de exclusiva confianza del Presidente. El puede aceptar la renuncia o confirmar en el puesto. Con gran sorpresa, recibí la aceptación. He dicho que conocí a Frei siendo un niño, en el “Instituto de Humanidades”, donde fue mi profesor.



El bosque de Belgrado como fondo del cuadro de Allouine y el *Arbol* donde *Ella* reside. *Nuestro Arbol*.



Santiago de Chile, 12 de agosto de 1965.

Señor
Embajador de Chile en Yugoslavia
Don Miguel Serrano,
Belgrado.

Estimado Miguel:

proyectaba escribirte desde que el Senado aceptó extender tu Imperio diplomático hacia el oriente. En esa oportunidad, como en las anteriores, los socialistas quisimos confirmar la óptima impresión que tenemos de tu trabajo, olvidándonos de los aspectos políticos que nos separan cada vez más del actual inquilino de La Moneda. Recibe, entonces, mis felicitaciones más cordiales y mis votos entusiastas por el feliz desempeño de tu nueva misión.

No creo que podamos vernos pronto, pero mantengo el propósito de viajar a Europa, con Hilda, el año que viene. No he querido hacerlo en setiembre próximo, con la delegación chilena que visitaré la Unión Soviética en un intercambio interparlamentario, porque creo que es justo hacerlo con mi mujer. A este respecto, me permito recordarte que cualquier gestión tuya para materializar alguna invitación (de Rumania, por ejemplo) me podría aliviar considerablemente el esfuerzo que estoy dispuesto a hacer para efectuar la gira con mis muy limitados recursos personales. Tengo la decisión, por otra parte, de no recurrir a los amigos comunistas de aquí para estos efectos... Te agradeceré cualquier noticia que pudieras darme sobre la materia.

En la actualidad me estoy dedicando casi exclusivamente al trabajo parlamentario, con buenas posibilidades dada la actual composición del Senado. Ayer se me designó Presidente de la Comisión de Defensa Nacional y espero promover desde allí algunas cosas de positivo interés. En el orden partidista, me dedicaré preferentemente a las actividades de educación política y a escribir algunos ensayos que hace tiempo me dan vueltas en la cabeza.

Un cordial abrazo, estimado Miguel, y espero tus notici-
aludos muy afectuosos a los innumerables amigos yugoslavos.

Carta del Senador y Secretario General del Partido Socialista chileno,
Raúl Ampuero.

¿Qué había pasado? Viajé de inmediato a Chile y ahí me enteré que el Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores era el “Capuleto” Enrique Berstein. Seguramente éste pidió a Frei que me sacara. Y el “débil” aceptó. Ministro de Relaciones Exteriores había sido nombrado Gabriel Valdés Subercaseaux. La atmósfera era muy distinta en el País. En tan poco tiempo ya se respiraba un aire de proselitismo, de soberbia, de “*vendetta*”, donde no valía la capacidad, ni se respetaba la amistad, por sobre la ideología política. Allí mismo se destruyó la grandeza del alma de un Chile tradicional y hermoso.

No voy a repetir lo ya contado muchas veces: cómo me echaron. El mismo día de la llegada al poder del primer Frei y de la Democracia Cristiana, se borra del Diccionario Nacional la palabra Patria, así como con la llegada del segundo, del hijo, se hace desaparecer el lema del Escudo Nacional y se entregan en regalo y en venta enormes territorios del País, bajo la impavidez total de las Fuerzas Armadas.

Fue por miedo que me repusieron en mi cargo. Miedo a Darío Sainte Marie y a su diario “Clarín”.

El rechazo del Senado de la República al nombramiento de un nuevo Embajador demócrata cristiano en Yugoslavia, “descolocó”, como se diría hoy, al Gobierno y al Ministerio de Gabriel Valdés. Sin saber qué hacer, la única solución, para no tener que recurrir de nuevo al Parlamento, fue mi reposición en la Embajada. Pero no fue fácil para ellos, porque ahora yo exigí una explicación escrita, con excusas al Gobierno de Tito, por mi retiro y por el pedido de *Agreement* para otro Representante. Ya no recuerdo las razones que se dieron; pero se dieron. Y así, logrando plena satisfacción y confirmando a la vez la definición dada por el Maestro de “debilidad” de los demócrata cristianos, volví a Yugoslavia.

Un poco antes tuve una conversación con Enrique Berstein, sobre Shakespeare, mi tío Joaquín y los Montescos y los Capuletos. Y ambos quedamos de acuerdo en dejar de representar para siempre el papel de actores shakespearianos.

Mi colaboración con Berstein y con Gabriel Valdés fue muy fructífera, durante todos los años del Gobierno de Frei padre. Y fueron ellos lo que me trasladaron de Yugoslavia a Austria, permitiéndome instalarme en el corazón mismo donde se encarna el *Avatâra* y nace la leyenda del Hitlerismo Esotérico.

* * *

Raúl Ampuero, en una nueva visita a Yugoslavia, me trajo el recado de Eugenio González de leer "*Le Matin des Magiciens*" de Louis Powel y Jacques Bergier¹⁰. Ampuero también estaba impresionado por este libro y las revelaciones hechas sobre las raíces ocultas del Hitlerismo. Bergier era judío y había sido un agente de Inteligencia durante los Procesos de Nürenberg.

Por esos tiempos yo me hallaba estudiando el catarismo, cuyo origen se encontraba muy cerca de Belgrado, en los Bogomiles de Bulgaria. Y planeaba un viaje a Montsegur, tras las huellas del SS Otto Rahn y de su libro "La Cruzada contra el Gral". Había comenzado a escribir una trilogía de ensayos sobre este tema, la que terminé en Austria y envié a "La Prensa" y a "El Mercurio".

Creo necesario reproducirla en estas "Memorias", a objeto de que no desaparezca del recuerdo de algunos hombres y para que sirva de introducción a mi peripecia austriaca, ahorrándome así nuevas exposiciones sobre el fundamental tema.

I LA LEYENDA DE THULE

El Libro de Enoch es más antiguo que la Biblia, y es el único manuscrito antediluviano existente o conocido. Hay sólo tres ejemplares, dos en Inglaterra y uno en París, en arameo, en hebreo y en caldeo. Las copias fueron halladas en Abisinia, alrededor de 1772, por el erudito escocés James Bruce. Enoch sería originario de la Alta Mesopotamia, de la Armenia antigua, o del Cáucaso. Fue un gran profeta, un iniciado. En el Zohar, que es la parte más antigua de la Cábala hebrea, se menciona varias veces El Libro de Enoch como una obra legendaria, transmitida de generación en generación.

El Libro de Enoch es también una fuente para la leyenda de los hiperbóreos, habitantes del Norte mítico. Se cuenta

10. Eugenio González estaba sorprendido de que yo, con anticipación de más de veinte años, hubiese hecho idénticas revelaciones en mi revista "La Nueva Edad". Cuando nos volvimos a encontrar, me interrogó largamente sobre la fuente de mi información, cosa que me guardé de revelar, a pesar de la mucha estimación que le profesaba.

que, al comienzo, la Tierra estuvo habitada por una raza de gigantes. Los Hijos de Dios, pobladores del Otro Mundo, descendieron sobre la tierra y cohabitaron con las hijas de los hombres, de los gigantes, de los Nephilim de la Biblia (que significa gigante en hebreo). Sus descendientes son los héroes de la Edad Dorada y de la leyenda. Los Venidos del Otro Mundo son también los Angeles y Arcángeles, quienes enseñan a los hombres el uso del fuego, de las armas, la observación de las estrellas, la astrología y la magia. A las mujeres les enseñan a vestirse, a acicalarse, a usar joyas y adornos.

Existirían así dos humanidades: una, la descendiente de los hombres; otra, la mezclada con los ángeles.

Se ha hecho notar, con extrañeza, que esos Venidos del Otro Lado carecen de los atributos de los ángeles, no son asexuados, practican la magia, observan el curso de los astros y, al mismo tiempo, conocen el uso de las armas. Han llegado a la Tierra, al parecer, como derrotados en una guerra cósmica, como "caídos sobre la Tierra". Serán, entonces, los Angeles Caídos. O bien, los Angeles Caídos serían combatientes cósmicos extraterrestres, llegados a este planeta en un lejano pasado. Son ellos los que enseñan a los hijos de los hombres, los sacan de un sueño de milenios. Así se estaría dando respuesta a la pregunta de Toynbee: ¿Por qué el hombre no progresa por cientos de miles de años y, de pronto, inicia la civilización?

Al partir de la Tierra, los extraterrestres se llevan a Enoch en un carro de fuego. (El interesante libro "Los Extraterrestres", de Paul Thomas -Editorial Plon, París- se refiere a este apasionante tema).

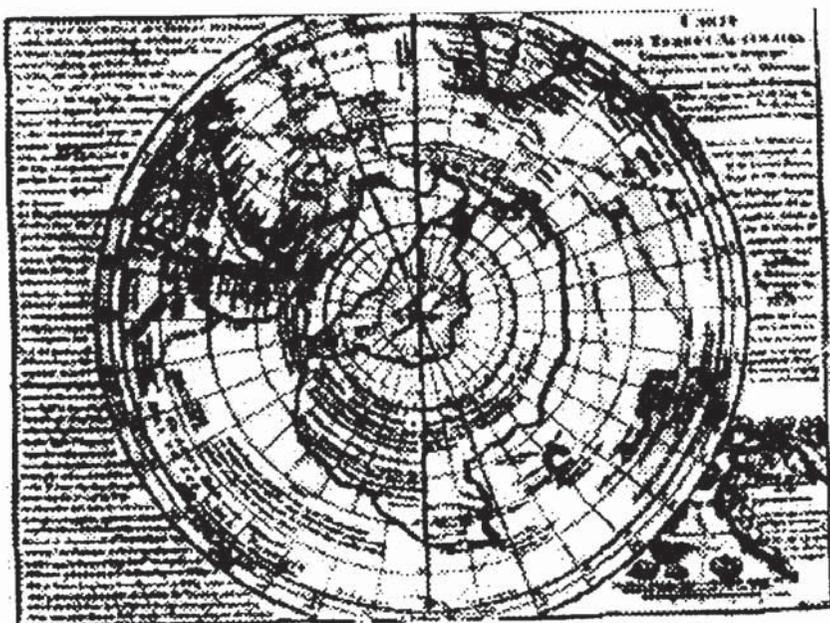
Los Hiperbóreos

El Libro de Enoch nos cuenta que los hiperbóreos, habitantes del Norte de la tierra, son los Hijos de las Inteligencias del Otro Lado. Se los describe de piel blanca como de nieve, rosada como pétalo transparente. Sus cabellos son también blancos, como de lana, y sus ojos bellos como el cielo. Todos los pueblos nos hablan de estos hombres y de esta tierra mítica. Heródoto dice de Hiperbórea y de su capital, Thule, que "es una isla de glaciares, situada en el Gran Norte, donde

viven los hombres transparentes". Sin embargo, esta Isla, aun cuando rodeada de montañas de hielo, en su centro tiene un clima templado y delicioso. La habita el pueblo hiperbóreo, nórdico. En su capital, Thule, residen los sabios que guardan el secreto revelado por las Inteligencias del Otro Lado y los Doce Miembros de la Iniciación Suprema. Sus mujeres son de una extraordinaria belleza. La que nace quinta en una familia tiene el don de la clarividencia. Son magas y sus cabellos dorados flotan al viento, contra los hielos transparentes del Gran Norte.

Pero he aquí que, por un acontecimiento desconocido, la Isla Hiperbórea (donde Apolo viajaba a rejuvenecerse todos los inviernos, regresando siempre más joven en las primaveras) con su capital, Thule, es sumergida. Tal vez a causa de una catástrofe cósmica.

Séneca escribirá después: "En los siglos futuros vendrá una hora en que el gran secreto perdido en el Océano será descubierto. Se reencontrará la Isla Poderosa; Tethys revelará de nuevo sus comarcas y Thule ya no será más el país de la extremidad de la Tierra...".



La Antártica en el antiquísimo mapa de Piri Reis.

En 1957 se descubren en el Museo Topkapi de Estambul, las cartas geográficas del almirante otomano del siglo XVI, Piri Reis. Estas cartas habrían sido trazadas teniendo en vista otras cartas portuguesas y griegas muy antiguas, que a su vez reproducirían cartas de más de once mil años, anteriores a la última época glacial. Las cartas de Piri Reis nos muestran dos mesetas continentales emergiendo una cerca de donde hoy se encuentran las Islas Azores y la otra en el norte, en el Artico, entre la actual Groenlandia y el sur de Noruega.

(De paso, mencionamos que Thule es hoy una base aérea americana en Groenlandia, fundada en 1910 por el explorador danés Knud Rasmussen, al norte de la bahía de Baffin y bautizada Thule en recuerdo de la legendaria capital hiperbórea).

Atlántida y Antártida

La meseta cercana a las Azores vendría a ser la Atlántida, de la que nos habla Platón, también desaparecida.

Después del reciente descubrimiento en la Antártida del fósil de un reptil, réplica del hipopótamo, no parecerá tan fantástico todo esto. La teoría de Wegener sobre la traslación de los continentes, debido a la precesión de los equinoccios, da un trasfondo científico a la leyenda. En mi libro "Quién Llama en los Hielos", me refiero a la Antártida como la vieja Atlántida. Mi búsqueda en 1947 de los oasis antárticos (descubiertos por el almirante Byrd), de agua y clima templados, en medio de los hielos del polo sur, se inspiraba también en la descripción de la Thule hiperbórea, de El Libro de Enoch y en los antiguos poetas clásicos; en Píndaro, en especial. Mi libro tiene como epígrafe el verso del poeta griego: "Ni por mar ni por tierra encontrarás el camino que lleva a la región de los eternos hielos..."

Para volver a la leyenda (que bien puede no ser leyenda). No todos los hiperbóreos perecen con la destrucción de Thule. Algunos Guías conducen a los sobrevivientes hasta las regiones donde hoy se encuentra el desierto del Gobi. Allí fundan una alta civilización, la que también es destruida, quizás por una conflagración atómica que transforma esa región en un desierto. La destrucción de Sodoma y Gomorra estaría seña-

lándonos la posibilidad de esta catástrofe, producida por los mismos hombres, o por los extraterrestres.

Las Dos Ciudades

Otra vez, no todos los descendientes de los hiperbóreos perecen. Se salvan ahora en el interior de las montañas himaláyicas, en un sistema de cavernas piramidales. Allí se erigen dos centros, o ciudades, en los que se preserva la sabiduría de la raza nórdica primigenia: Agarti y Shampulah. La primera se concentra únicamente en el conocimiento y en la magia contemplativa, dirigida a los planos sutiles y a los "mundos paralelos". La segunda, hace uso de una magia destinada a controlar las energías planetarias, a moldearlas, tratando de producir una mutación en la raza humana, para hacerla nacer por segunda vez. Ario significa, precisamente, nacidos dos veces. Desde Shampulah los antiguos guías y jerarquías superiores proyectan una corriente de energía que puede llegar a ser captada por los iniciados descendientes de los antiguos nórdicos, para producir el Mesías de los arios, el cual usará las fuerzas directrices colectivas que promuevan la mutación de la raza y el advenimiento del Superhombre. Porque la evolución del hombre no se ha detenido (Teilhard de Chardin) debiendo continuarse por el esfuerzo individual. El hombre deberá terminar lo que la naturaleza ha dejado inconcluso, canalizando las energías que vienen de las Jerarquías Ocultas, residentes en Shampulah, centro y refugio también de los Guías hiperbóreos.

De estos dos centros, o ciudades, nos cuenta Ossendowski, en su libro "Bestias, Hombres y Dioses", y René Guenon, en "El Señor del Mundo"; a ellos también hacen referencia varios Jefes de las SS Negras, durante los interrogatorios del Proceso de Nüremberg.

Es desde esas altas zonas del mundo, desde el Tibet, desde el Pamir, de donde emigran, en dos corrientes, hacia el suroeste, los hombres de cabellos de lana y de piel transparente, los nacidos dos veces, los arios. Unos siguen el camino de la mano derecha, otros el de la mano izquierda. Son guiados por sus héroes y altas jerarquías, sin perder el contacto con los centros de energía suprema, Agarti y Shampulah.

Una Nueva Civilización

Así llegan los arios a las regiones del Cáucaso, donde levantan otra gran civilización. Las sagas germánicas cuentan que el Dios Wotan, el más grande los Dioses nórdicos, reinó sobre el pueblos de los ases, u oses, habitantes de un gran país, cuya capital era Asgard, situada en un punto "donde el Volga y el Don se aproximan mayormente". A causa de invasiones venidas del Asia, Wotan se ve obligado a guiar a su pueblo a través de lo que hoy es Europa, hasta el Báltico. Las leyendas y profecías escandinavas afirman que, un día, el pueblo de los ases, conducido por las Walkirias y el Gran Iniciado Blanco, regresará para reconquistar la ciudad santa de Asgard, la tierra de los antepasados, custodiada por la Montaña Mágica, Elbruz, sobre la que se habría posado el Arca de Noé, después del Diluvio¹¹.

Los ases u oses son grandes, rubios y de ojos azules, serían originarios del Cáucaso, donde se encuentra hoy Osetia del Norte, con 8.000 kilómetros cuadrados y con 451.000 habitantes –su capital es Ordjonikidse– y Osetia del Sur, con 3.900 kilómetros cuadrados y 9.700 habitantes –su capital es Tchkhivali–.

II

EL PRISIONERO DEL MITO

"La vida sólo tiene sentido cuando se la entrega totalmente. Hay que ser poseído por una idea, transmutar la persona, para alcanzar la personalidad absoluta".

Más o menos éstos son los conceptos de una carta de Rudolf Hess, el prisionero de Spandau, escrita a su hijo desde la prisión.

Entregarse, ser poseído. Su hijo, que sólo tenía tres años de edad cuando Hess fue hecho prisionero, hace ya casi treinta años, ha seguido el consejo de su padre. Se ha entregado totalmente a una idea, a una misión: la de conseguir la libertad de su padre.

11. Este artículo fue escrito en 1969.

Habrá que preguntarse, sin embargo, qué piensa Hess, después de treinta años de reclusión y cercano tal vez al fin de su vida. ¿Querrá ser liberado? Y, en un sentido más profundo, ¿podrá serlo?¹²

Para tratar de responderse habrá que ir muy lejos y muy hondo, intentando penetrar las brumas, las sombras, los abismos y misterios del tiempo transcurrido. Aún hoy, cuando los archivos ingleses y americanos sobre los procesos de Nüremberg y los documentos anteriores a la última gran guerra, y sobre la guerra, empiezan a abrirse a los investigadores, esto es casi imposible. Algo, no mucho, se puede conjeturar. Y la realidad, a medias vislumbrada, es tan increíble para los que nada sabían, tan apasionante y estremecedora, que hay quienes preferirían no conocerla u olvidarla porque no están preparados para resistirla. Entra en las zonas del realismo mágico.

Rudolf Hess

Cuando en 1953 fui enviado a la India, conocí allí a la aviadora alemana Hanna Reitsch, huésped de Nehru y entrenadora de pilotos indios en el vuelo con planeadores. Esta extraordinaria mujer fue un piloto de prueba alemán durante la segunda gran guerra y una de las últimas personas que estuvieron con Hitler y Eva Braun en el Bunker de la Cancillería de Berlín. En Nueva Delhi conversamos largamente. Me reveló sucesos de esos tiempos.

Tras casi diez años de permanencia en India, partí a Yugoslavia. En Belgrado fui amigo de un ex prisionero de guerra serbio, internado por los alemanes en la prisión austríaca de Rossauer Lende¹³. Me contó lo siguiente: "Me hallaba solo en un pequeño calabozo. Era de noche. De pronto se abrió la puerta y una sombra entró. Se sentó frente a mí. Poco a poco distinguí un rostro y dos ojos fijos, como carbúnclos

12. Casi veinte años más en prisión pasaría Rudolf Hess antes que *Great Britain (Knai 'Brith)*, el Centro Mundial de la Infamia, le asesinará.

13. En verdad, era nuestro Cónsul Honorario, Jovanovic. Hoy puedo dar su nombre. Ya no está más aquí.

reluciendo en la oscuridad. Le hablé pero no me respondió. Así pasó la noche. Al amanecer la sombra aún seguía allí. Entonces habló y supe que era también un prisionero. Le pregunté por qué había sido internado. Me explicó que era un astrólogo y que casi todos los astrólogos y quirománticos vieneses habían sido encarcelados debido a que Rudolf Hess, aconsejado por astrólogos, había volado a Inglaterra. La Gestapo creía en una maniobra del Servicio de Inteligencia Británico”.

(Recientemente se ha discutido en “The Times”, de Londres, si Ian Fleming –el autor de James Bond–, quien al igual que Graham Greene trabajó para el Servicio Secreto inglés durante la guerra, intervino en el “plan astrológico” que habría llevado a Hess a Inglaterra. El hermano de Fleming lo ha negado en carta dirigida a ese mismo diario).

Mi amigo yugoslavo agregaba: “Le pedí al astrólogo que me predijera el futuro. Me vio las líneas de las manos, me consultó sobre la fecha de mi nacimiento, y me aseguró que saldría con vida al final de la guerra. También me predijo la derrota de Hitler”.

Esto sucedía en 1941, un día después del vuelo de Hess a Inglaterra y en vísperas del ataque alemán a Rusia.

En ese año, tal vez en ese mismo día, caminaba yo por la calle Morandé con mi tío Vicente Huidobro. De pronto él se volvió y me dijo: “Hitler tiene perdida la guerra. Y él lo sabe...”. Luego agregó estas misteriosas palabras: “Miguel, si te portas bien te presentaré a una poderosa sociedad, donde te ayudarán a triunfar...”. Seguramente Huidobro se refería a una sociedad secreta, quién sabe si a la misma a que perteneciera el astrólogo vienes y donde se hacían predicciones sobre el resultado final de la guerra¹⁴.

Rudolf Hess nació en Egipto, en Alejandría, el 26 de abril de 1876; hijo de alemanes, se educó en Suiza y Alemania; pero mantuvo siempre una gran atracción por Egipto. Volvía a Alejandría por largos períodos. Después de la primera guerra mundial, en la que fue herido, se inscribió en un curso de economía política en la Universidad de Munich y tuvo como

14. Sin duda, la Masonería.

profesor al general Karl Haushofer, creador de la geopolítica, quien pasaría a tener una influencia decisiva en Hess. Haushofer le hace entrar a la Sociedad de Thule y a la Sociedad del Vril, donde también se encuentra con Alfred Rosenberg. Pero de esto hablaremos más adelante.

Hess practica la yoga, se medicina con drogas homeopáticas y yerbas traídas del Tibet, es vegetariano y a veces sus ojos muy claros y fijos se ponen aún más claros, como si sufriera un desmayo repentino. Luego explica: "Me he salido en astral".

Hess es un consumado aviador. En su vuelo a Inglaterra lleva muchas de sus drogas medicinales. Durante los años de prisión vive concentrado en sí mismo, y no ha permitido a su esposa ni a su hijo que le visiten ("para que no le debiliten y no tengan un recuerdo de él en prisión", según escribe Jack Fischmann, en su libro "Los Siete Hombres de Spandau". "Porque es un 'doble', un Doppelgänger del verdadero Rudolf Hess", según el inglés Dr. Thomas). A menudo se le encuentra tendido, inmóvil, en el piso de su celda. Está como ausente; se ha "escapado en astral."

A Munich, centro del espiritualismo, de la magia y del médiumnismo, por la década del 20, y por distintos caminos, desde direcciones diferentes, llega también otro personaje extraordinario: Adolfo Hitler. Dietrich Eckart, "el Hombre que dio las ideas a Hitler", según el título de la obra del investigador austríaco Wilfred Daim, les juntará en la secreta Sociedad de Thule. Este encuentro tendrá una influencia decisiva en la vida de ambos, y en la historia de la humanidad.

La Swástika

El símbolo de la Swástika (el término es sánscrito) aparece en todo el mundo y viene de muy antiguo. Se expande en la Epoca del Bronce. Representa, al parecer, la rotación de la tierra en torno a un eje y la de las siete estrellas de la Osa Mayor en torno a la Estrella Polar. Es por eso también el símbolo del Sol, del fuego y de la sangre, de todo lo que gira, se proyecta, avanza, fecunda. Simboliza la evolución, especialmente la mutación.

René Guenon escribe, en "El Señor del Mundo", que el punto donde todas las tradiciones concuerdan en que se sitúa el centro de la energía superior, sitio de la Gran Jerarquía, es simbólicamente el Polo; porque es en torno a éste que se efectúa la rotación de la tierra, representada por la Swastika. No se debe entonces confundir la Thule atlántida con la Thule hiperbórea, siendo esta última la que simboliza el centro supremo para el ciclo actual de la humanidad. Fue la Isla Sagrada y su situación fue polar en su origen.

Hay dos Swastikas; una, la destrógira, donde las líneas quebradas hacia la izquierda indican que el movimiento giratorio es hacia la derecha, en el sentido de la rotación de la tierra y de las manecillas del reloj. Esta es la Swastika emblemática con que el pueblo ario de los ases emigra del Cáucaso y abandona la sagrada ciudad de Asgard; es también la Swastika budista y el símbolo de la fecundidad en los pueblos americanos precolombinos. La otra Swastika, la levógira, la que gira hacia la izquierda, en sentido contrario a la rotación de la tierra y de las manecillas del reloj, es más difícil de hallar. En el Tibet sólo se la encuentra en la secta de la religión Bö, anterior al budismo lamaísta, que preserva la más antigua tradición del Tibet anterior, entre los Lamas de Bonetes Negros.

Es también la Swastika que elige el Nacionalsocialismo. Es la Swastika del regreso a la tierra primigenia, a la mágica Asgard; la Swastika que gira al revés, que va al origen.

La Sociedad de Thule

Nos llevaría lejos describir el origen de esta sociedad secreta. Bástenos decir que dos de sus miembros más importantes fueron Dietrich Eckart y Rudolf Hess. Eckart lleva a la sociedad a Alfred Rosenberg y a Adolf Hitler. La Sociedad de Thule revela la parte esotérica de la leyenda de Thule y de los hiperbóreos y busca el Mesías de los arios, que sea el transmisor de las Voluntades Jerárquicas de los Superiores Desconocidos e Invisibles de Thule, de Shampulah y de Asgard.

La teoría geopolítica de Haushofer está también basada en el simbolismo de la swástika, es decir, es una proyección espacial (en el "Espacio Vital" -"Lebensraum"), una energía

que se expande en lo externo, girando desde un centro (Alemania, en este caso). Vemos así que las conquistas de Hitler llevan una dirección levógira, girando en Europa y Africa en sentido contrario a la rotación de la tierra y de los punteros del reloj, para intentar el "regreso" al Cáucaso, a la ciudad de Asgard, vale decir, a "la tierra prometida", donde hoy se encuentran las Repúblicas de Osetia. Y, desde ahí, a Hiperbórea, al Norte Polar.

Se dice que la geopolítica fue concebida por Haushofer en el Tibet y en Japón. Haushofer fue amigo y continuador del gran explorador sueco de los Transhimalaya, Sven Hedin; sigue sus huellas en el Tibet, donde se le encuentra junto al misterioso mago Gurdjieff. Haushofer se inicia en una Lamasería tibetana y en un monasterio japonés.

Haushofer es dirigente de la Sociedad del Vril. Vril es un término sánscrito y designa un nervio, un centro psíquico (conocido entre los jainas de India), productor de la energía vital que no es utilizada en su totalidad por los humanos mientras viven. La sociedad enseña el modo de utilizar esta energía al máximo y recuperar el centro eléctrico-magnético transmisor y receptor que antaño poseyeran los hiperbóreos.

Sin embargo, Hitler, como lo hemos dicho, viene de otras fuentes, desde otra dirección. Es austríaco. Ha nacido en Braunau-am-Inn, cerca de Linz. Es éste un punto geográfico muy interesante, conocido por los ocultistas como un centro psíquico terrestre que ha producido los más grandes médiums de nuestro siglo, entre ellos los famosos hermanos Willy y Rudi Schneider, que impresionaron a toda Europa.

Hitler es educado cuando niño en el convento benedictino austríaco de Lambach, donde el Prior es Theodor Hagen, un personaje misterioso, quien después de un viaje de varios años por el Medio Oriente y los países del este europeo, hasta el Cáucaso, hace grabar la Swastika levógira en los lugares más importantes y visibles del Monasterio y en el coro de la capilla. Hitler la contemplaría cuando niño. Luego, en sus años secretos en Viena, Hitler habría entrado en contacto con otro personaje aún más misterioso, el ex monje cisterciense Adolf Joseph Lanz (luego, Georg Lanz von Liebenfels), fundador de la Orden del Nuevo Templo, y en relación, según se dice, con los últimos templarios. (Se piensa que una cierta

transmisión criptográfica de los secretos templarios podría haberse efectuado a través de las antiguas Ordenes de los Caballeros de Calatrava, en España, y de los Caballeros de Poseidón, en Portugal). Lanz edita, además, la Revista "Ostara", donde da a conocer y predica la leyenda de Thule "y sobre la recuperación del nervio proyector y receptor" de energía cósmica que poseyeran los hiperbóreos.

No me ha sido posible en Austria conseguir un número de esta Revista. Lanz muere en 1954; pero deben existir aún discípulos suyos¹⁵.

Ahora bien, una vez llegado al poder Hitler parece cortar sus principales lazos con la Sociedad (nunca con Eckart, mientras éste vive). Hitler liquida en Alemania todas las sociedades secretas y masónicas y crea su propia Orden Iniciática: la S.S. Negra. Esta Orden nazista trata de restablecer por su cuenta el contacto con los Superiores Desconocidos de Thule y de Asgard, edifica sus centros de iniciación (el Castillo de Wewelsburg, en Westfalia, es el principal), crea toda una liturgia iniciática y una yoga occidental de la concentración, con ejercicios que hoy nos son desconocidos. Las teorías raciales de la sangre de Rosenberg y de Gunther no serían comprendidas exclusivamente de un modo biológico en los círculos más restringidos e iniciáticos de las S.S. Negras. En el Templo Interior de Wewelsburg, Sangre y raza significarían también el Vril, el centro de energía intangible, el fluido mágico, solar, donde se guardan las Imágenes Arquetípicas del Mito. Algo parecido a lo que se ha denominado Inconsciente Colectivo.

Al final de la guerra, las Waffen S.S. están formadas por élites nacionales de casi toda Europa y no sólo por alemanes. Fueron las Waffen S.S. francesas, de la Brigada Carlo Magno, las que defendieron hasta el último el Bunker de Hitler en Berlín.

Los dirigentes S.S. organizan, además, esa institución científica sui generis: el Instituto Ahnenerbe -"Herencia de los Antepasados"-, fundado en 1935, en Berlín, y dirigido por

15. En Austria conocí a Mundt, su sucesor y autor del libro "El Rasputín de Himmler". Ver volumen III de estas "Memorias".

el Doctor Walter Wust, miembro de la Academia de Ciencias de Munich, y por Wolfram Sievens, discípulo de Frederic Hiefscher, amigo también del famoso explorador sueco del Tibet, Sven Hedin. El Ahnenerbe estudia la magia, el rosacruzismo, el Rayo de la Muerte, entre otras cosas, y emprende investigaciones y exploraciones en distintas partes del planeta. Es este Instituto el que envía a científicos disfrazados de milicianos franceses a explorar las cavernas de los Pirineos del Languedoc, en busca del Gral de los Cátaros. Es el Instituto Anhenerbe el que realiza experimentos con radar en una isla del Báltico, para comprobar la teoría de la Tierra Hueca, habitada por dentro, e investiga también la Cosmología Glacial, del austríaco Hörbiger. Es también el Anhenerbe quien prepara una expedición al Tibet, dirigida por el etnólogo Dr. Scheffer, para descubrir las huellas de los hiperbóreos en el Techo del Mundo, los contactos de los arios con esas zonas, el origen esotérico de nórdicos, judíos y gitanos, su relación con los extraterrestres —con los “Arcángeles”—, y la existencia real de las cavernas y los centros secretos de las Jerarquías, en las cumbres himaláyicas y transhimaláyicas, desde los tiempos de la desaparición de Thule y la civilización del Gobi. Los archivos en microfilm, existentes en Washington, aun cuando incompletos, parecieran revelar algo extraordinario sobre esta expedición, si debiéramos creer al investigador francés Brissaud, quien afirma haber tenido acceso a ellos. Sin embargo, los miembros del Ahnenerbe, al ser interrogados en Nüremberg, se encierran en un mutismo total. Y los documentos principales se han hecho desaparecer.

El Vuelo de Hess

¿Cuándo se cortó el lazo del iniciado Hitler con la Sociedad de Thule? ¿En qué momento Hitler comienza a actuar por su cuenta, para mantener sus contactos con los Superiores Desconocidos, con las Jerarquías Ocultas? ¿Siguen siendo estas entidades las mismas de Dietrich Eckart, de Karl Haushofer y... de Rudolf Hess?

En un momento dado parece que Haushofer se entera de que se estaría preparando, en el más estricto secreto, el ataque a Rusia. Se lo comunica a Rudolf Hess. Le aconseja tratar de

intervenir ante los ingleses para hacer la paz y evitar la lucha de Alemania en dos frentes. Hess consulta a su astrólogo personal, Schulte-Strathaus, quien le predice que deberá cumplir una misión en el noroeste europeo. El astrólogo estudia los astros y le indica a Hess la fecha más propicia para su acción. Haushofer piensa que los contactos deberán efectuarse sólo con ciertos miembros de la sociedad secreta inglesa Golden Dawn, la que mantiene relación antigua con la Sociedad del Vril. Uno de los impulsores de la Golden Dawn fue el famoso mago inglés Aleister Crowley¹⁶ (autoapodado La Gran Bestia 666). Crowley es el maestro de Ron Hubbard, actual jefe de la sociedad de Cientología, en California, de donde se ha propagado la demonología que influenció a Charles Manson y al grupo de muchachos que cometiera los crímenes rituales que ha comentado ampliamente la prensa mundial. De allí sale también John Parson (autoapodado El Anticristo) y un grupo de científicos atómicos semidemoníacos. Parson muere en 1952, en un experimento con proyectiles de retropropulsión, en Pasadena.

A la Golden Dawn han pertenecido importantes personalidades inglesas y mundiales: Mac Gregor Mathers y su esposa, hermana del filósofo Bergson; el poeta y premio Nobel, Yeats; A. E. Waite, escritor de temas masónicos; el astrónomo Peck, y el escritor Arthur Machen, entre otros. También el Duque de Hamilton, en busca del cual se dirigirá Hess.

La nobleza inglesa mantiene ciertas organizaciones secretas muy cerradas, ciertos cultos, como el de la Orden Real de Escocia, poco conocidos y que se inspiran en prácticas alquímicas y tradiciones célticas anteriores al cristianismo, como remanentes de órdenes templarias. La pompa y el ritual son altamente sugestivos e iniciáticos. Hoy ya todos están controlados por la Masonería.

Hess intenta, por tres veces, emprender el vuelo y fracasa, debido a distintas circunstancias. Decide, entonces, entrevis-

16. No hay seguridad alguna de que sea efectiva la reunión de Crowley, ni la de Gurdjieff con Hitler. Esos personajes fueron agentes secretos de Inglaterra y Rusia.

tarse con Hitler y se sabe que ambos hombres permanecen encerrados por más de dos horas.

No hay testigos de esa conversación. Lo más probable es que Hitler haya comunicado a Hess su proyecto de ataque a Rusia. Nadie logrará nunca hacer cambiar las decisiones a Hitler. Antes del ataque a Stalingrado, Hitler se aísla en un bosque, parece entrar en trance. Conversa con entidades invisibles y ordena tomar a toda costa Stalingrado. Luego dice: "Nadie puede entender por qué debo tomar esa ciudad". Es ésta su guerra mágica, su ofensiva mítica hacia el Cáucaso, hacia la ciudad de Asgard. También se cumple la ascensión a la cumbre del Elbruz. El capitán Groth, a cargo de la Primera y Cuarta Divisiones de Montaña, se hace cargo de esta empresa. El 21 de agosto de 1942, el Ayudante-Jefe. Kummerle, logra clavar en la cima del Monte la bandera con la Swastika Levógira, la del retorno. Es ésta una de las grandes gestas del montañismo mundial y ha sido llevada a cabo en las más difíciles circunstancias y con un clima tormentoso. Es más que un símbolo y representa el homenaje a Los de Allá, a los Dioses vernáculos, un acto propiciatorio a las entidades ocultas, a los ancestros, a las Jerarquías invisibles.

Según Raymond Cartier –en "Hitler y sus Generales"–, Hitler habría aceptado la misión de Hess en Inglaterra, para proponer a los ingleses hacer la paz, antes del ataque a Rusia. Inglaterra sería la potencia marítima, Alemania la terrestre.

Hess logra alcanzar hasta el Duque de Hamilton en Inglaterra (desciende en Escocia); pero no llega a los círculos más herméticos, con los cuales Thule y el Vril también mantuvieron contactos y que no se hallan muy lejos del Rey Jorge VI. Estos círculos son contrarios a la persona y a la política de Churchill. Conocedor de ello, Churchill hace encerrar de inmediato a Hess en la Torre de Londres. En las Memorias de Churchill, el episodio está descrito con poca claridad.

Misterios de una Misión

Dos obras aparecidas en Francia se refieren también a estos temas: "Hitler y la Orden Negra", de André Brissaud, y

“El Nacismo, Sociedad Secreta”, de Werner Gerson. En “Los Heréticos”, Saint Loup nos narra la historia de la Waffen S.S. francesa, “Carlo Magno”. En la misteriosa obra “Lo que Hitler me dijo”, Hermann Rauschning se adelantó a levantar una parte del velo que aún cubre y cubrirá para siempre estos estremecedores sucesos.

Para dar una visión aún más verídica, se debe señalar que muchos de los personajes “esotéricos” ingleses han estado, de un modo u otro, mezclados con el Intelligence Service, o Servicio Secreto británico. Así, por ejemplo, Trebitsch-Lincoln, nacido en una familia judía de Budapest, cuyo verdadero nombre es Timoteo-Ignatz Trebitsch, naturalizado inglés, luego reaparecido como monje budista y lamaísta, conoce a Hess y a Haushofer, viaja al Tíbet y, desde allí, le envía a este último plantas medicinales y también al médico de Hitler, el discutido Doctor Morell, miembro de la Sociedad de Thule, quien tratará de usarlas, de seguro, en su cliente. Trebitsch-Lincoln fue agente del Servicio Secreto inglés y muere en un hospital de Shangai, en 1942, después de haber espiado también en Japón. Su muerte es anunciada por la radio nipona.

Aleister Crowley, gran impulsor de la Golden Dawn, como hemos dicho, Maestro del demonólogo de la Cientología de San Francisco, Ron Hubbard, se vinculó también al Intelligence Service. Por otra parte, el mago Gurdjieff, quien se educara en el mismo convento que Stalin, trabajó para el servicio de inteligencia ruso en el Tíbet. Los ingleses, que tienen información sobre Gurdjieff, no lo dejan instalarse en Inglaterra, donde, en cambio, se radica y adquiere gran notoriedad su discípulo Ouspensky. El general Haushofer efectuó en Asia trabajos de inteligencia para su propio país y sus contactos con algunos de los “iniciados” ingleses eran, en verdad, con agentes secretos o con miembros de las órdenes masónicas que Hitler perseguía. ¿Lo sabía él cuando empujó a su discípulo Hess a volar a Inglaterra? Haushofer se suicida en 1946, haciéndose el harakiri, según la confusa y contradictoria versión que hoy existe; su esposa, de origen judío, también aparece muerta junto a él y su hijo ha sido ejecutado en 1944, por estar comprometido en el atentado contra Hitler. Haushofer declara en los procesos de Nüremberg

a favor de Hess, afirmando que "sus facultades no eran normales y que actuaba bajo influencia". Lo que tal vez sea cierto, pero en un sentido más profundo y diferente.

Esta es la historia que nos proponíamos narrar aquí, cuando el drama de Rudolf Hess, el último prisionero de Spandau, aún no llega a su fin. Y quisiéramos terminar con la misma pregunta hecha al comienzo: Ese hombre, que fuera también devorado por el Arquetipo (llamémoslo así), poseído por el Mito, ¿deseará hoy, en su último cuarto de hora, salirse de ese círculo de fuego? Tal vez esta pregunta esté mal formulada. Porque, con seguridad, no es él, ni nadie, quien pueda decidirla ya, aparte del mismo Arquetipo que lo hiciera prisionero mucho antes que los hombres. Y el Arquetipo tremendo no libera sino con la muerte... Y quién sabe.

Viena, febrero de 1970

III LA RESURRECCIÓN DEL MITO

Lo que vamos a narrar pareciera fabuloso y, en verdad, lo es; tiene el sabor de la Leyenda y el misterio del Mito. Sucede, sin embargo, en pleno siglo XX y, en cierto modo, ha envuelto nuestra propia vida. Aunque viene de muy lejos, el hilo se retoma entre nosotros, alcanza a nuestra generación y deberá encender de nuevo la antorcha que, pasando de mano en mano, volará quizás a otras estrellas.

La leyenda es la del Gral.

Una vez conversé con el doctor Jung sobre este Mito legendario. Desgraciadamente, debido a que su esposa investigaba en el tema, el doctor no escribió mayormente sobre la misteriosa Leyenda. Para Jung, el Gral era un "Arquetipo", una exteriorización de eso que él llamara el "Sí-Mismo", ese punto central, ideal, de la persona, equidistante entre el Inconsciente y el Consciente; una totalidad perdida e inalcanzable, quizás. La Flor Inexistente, el Ideal, el Cielo, la Inmortalidad.

En la historia, la leyenda del Gral tiene orígenes desconocidos. Es un Mito pagano, que a veces se conecta con la leyenda de la Atlántida y del Diluvio Universal. El Gral es también esa "Piedra de la Lluvia", que Noé salvara del

Diluvio, es el "Talismán" que detiene las aguas desbordadas. Es la "Piedra" que los mongoles llamaron "Yedeh" y los árabes "Hajar-al-mater". Para los Arios, el Gral es la "Clave" perdida, la "Piedra" donde se grabó la sabiduría esencial, la "Ley" de la raza y del pueblo hiperbóreo, antes de dejar para siempre la patria de los hielos, el norte legendario, la tierra mítica de "Aryana Vaiji", hecha inhabitable por la Epoca glacial. Son las claves de la sabiduría de la Atlántida, aquellas que, de encontrarse y descifrarse, harían posible entender realmente la "Yoga", la verdadera, la "Tántrica", la que haría al hombre inmortal como el Dios que un día fue, ante del gran hundimiento y desborde de las aguas. Porque la yoga que hoy se conoce y se practica, sería un alfabeto incompleto, un remedo de una magia sublime y de una sabiduría grandiosa. Mientras no se encuentren las claves y no se descifren, la yoga actual no pasará de ser como un juego con signos rúnicos, que produce efectos contrarios o incompletos. Así lo sostenía, en la India, por ejemplo, Sri Janardana, jefe del "Suddha-Dharma Mandalam", con una rama importante y numerosos adeptos en Chile¹⁷.

Para Janardana, la verdadera yoga era la "Siddha Yoga", conservada en un secreto Ashram de los Himalaya, donde habitaría el mítico Bhagavan Sri Mitra Deva, Mesías de nuestra época.

La situación hoy es semejante a la que se daría a un hombre del futuro, sobreviviente de una guerra atómica y que hubiera encontrado, en las ruinas de la civilización desaparecida, un tubo de metal con una película guardando la síntesis de todos los conocimientos, con las fórmulas matemáticas, químicas y físicas que hicieron posible producir la bomba atómica y los más altos adelantos tecnológicos de la civilización desaparecida. Nada serán esos signos mientras no pueda descifrarlos, entenderlos.

El Gral pagano sería entonces una piedra grabada, conteniendo las claves de la sabiduría de una civilización de

17. En aquellos años. Hoy ya no sé si la sociedad aún existe. Ver mi libro "La Serpiente del Paraíso".

Hombres-Dioses, que habría logrado detener el tiempo, superar la historia.

El "Santo Grial" que se busca en la Edad Media es una metamorfosis voluntaria del mito pagano. Se ha transformado a la "Piedra" en el "Cáliz" en que se habría recibido la sangre de Cristo, al ser herido en el costado por la Lanza, sobre la Cruz. Lo buscan, a través de selvas y montañas, los caballeros de la "Mesa Redonda", los templarios y los peregrinos de la Edad Media.

Los Cátaros

Cada vez más, se oye hoy hablar de la herejía cátara. ¿Quiénes fueron los cátaros? Aparecen en el siglo X y XI, en el Languedoc, hoy sur de la Francia, y son destruidos en el siglo XIII por la "Cruzada Albiguense", organizada por el Papa Inocencio III, el Rey de Francia y el monje Domingo de Guzmán. En verdad, la Inquisición se crea para perseguir y destruir la herejía cátara y es puesta en manos de los monjes dominicos. El Languedoc mantenía vínculos mucho más estrechos con Cataluña y España que con Francia. Al triunfar la "Cruzada Albiguense", tras treinta años de una guerra cruel y bárbara, el Languedoc es anexado a la Francia del norte. De no haber acontecido de este modo, otra también sería la historia de España, pudiendo haberse desarrollado en toda su gloria la civilización de los Trovadores de Cataluña y del Languedoc.

Cátaro es una palabra griega que significa "puro". Nos llevaría lejos explicar el origen —muy desconocido— de los cátaros. Hay quienes sostienen que fueron sacerdotes druidas convertidos al maniqueísmo por los misioneros de Manes. Luego se hacen cristianos, aunque dualistas absolutos, al parecer, al estilo de algunos gnósticos. Visten siempre un hábito de lana negra de los Pirineos, creen en la reencarnación, son estrictamente vegetarianos y sostienen que el Antiguo Testamento es obra del Demonio, que Jehová no es Dios, sino Satán. El Mundo, más abajo del "Quinto Cielo", no es creación de Dios. La Tierra es obra de Jehová, el Demonio. Por eso son contrarios al matrimonio y a la procreación, que obliga a encarnarse en esta tierra a los espíritus angélicos.

Parece que también aceptaban una especie de suicidio místico, llamado "Endura". Los cátaros sólo creían en el Evangelio de San Juan y afirmaban que Cristo no se encarna en el mundo de la materia y sólo actúa desde el plano astral, pudiendo ser, en verdad, el Arcángel Gabriel. Todo esto es lo que se sabe de los cátaros. Lo que no se sabe es mucho más. Practicaban la magia y eran videntes. Su relación con la civilización de los trovadores y la iniciación del "amor puro", de la "locura de amor", está documentada, habiendo existido trovadores que profesaron abiertamente el catarismo.

En el sur de Francia, en la vecindad de la bellísima ciudad medieval de Carcasona, los Cátaros construyen, sobre la cumbre de una empinada montaña, conforme a leyes astrológicas, según afirma Fernand Niel, un castillo de leyenda: Montsegur. Ahí residen sus más altos sacerdotes, hasta que esa fortaleza, conjuntamente con las grutas fortificadas de los Pirineos, cae en manos de la Cruzada Albiguense, dirigida por Simón de Mont Fort. Todo es destruido, todo... salvo el Gral.

Un Alemán

En 1932 se publica un libro extraordinario, que al ser traducido al francés produce una verdadera conmoción en toda la región del Languedoc: "La Cruzada Contra el Gral"¹⁸, de Otto Rahn. Su autor sostiene que los cátaros, en su castillo de Montsegur, custodiaban el Gral pagano, las "Tablas de la Ley" de los Arios, de los hiperbóreos. Cuando la caída del castillo, cuatro iniciados cátaros logran escapar con el "Tesoro" y lo ocultan en una de las cavernas de los Pirineos. Los nombres de tres de estos cátaros se encuentran en los Archivos de la Inquisición de Carcasona. El nombre del cuarto se desconoce.

Por años Otto Rahn viajó e investigó en la región. Fue en verdad un precursor de la espeleología moderna. Su libro es sin duda un documento de la leyenda y también de la ciencia. Se basa en el poema del Gral, "Parsival", de Wolfram von

18. Hoy ha sido traducido al castellano y publicado en España.

Eschenbach (que también sirviera de base al "Parsival" de Wagner), en la filología y en la literatura que sobre los cátaros existe. Conversa con los eruditos y los místicos del Languedoc, revisa los archivos, no deja nada por investigar. Luego, continúa su búsqueda a través de Europa y escribe otro libro: "La Corte de Lucifer"¹⁹. Es también su último libro. Porque Otto Rahn se suicida, a la manera de sus héroes, poco antes de comenzar la segunda guerra mundial. Voluntariamente, al parecer, se hiel en una montaña de los Alpes tiroleses, en la frontera actual entre Alemania y Austria. Mucho después, se le encuentra muerto, sentado sobre una roca, con el rostro apoyado sobre una mano y contemplando apaciblemente los glaciares. Otto Rahn tenía sólo treinta y nueve años.

Un Francés

He conversado largamente y mantengo correspondencia con René Nelli, erudito del catarismo y de la civilización y literatura de los trovadores provenzales, autor de "El Misterio Cátaro" y "El Erotismo de los Trovadores", entre otras importantes obras. Fue él quien me dio a conocer a Otto Rahn. En su casa de Carcasona, rodeado de reliquias y de textos raros, en una atmósfera de antigua civilización occitana, me contó lo siguiente: "Si los alemanes hubieran ganado la guerra habrían reconstruido el castillo de Montsegur. Al cumplirse los 700 años de la caída de Montsegur, el 16 de marzo de 1944, un avión alemán sobrevoló la ruina de Montsegur y trazó con humo en el cielo la cruz céltica. ¿Quién iba en ese avión? ¿Qué posible conexión pudo existir entre el Nacional Socialismo y los "Perfectos, los Puros" cátaros, que creían que este mundo era obra de Satán y sólo aspiraban a dejarlo, hasta suicidándose en la "Endura" (ayuno, penitencia extrema)?"

Un libro recién aparecido: "Nuevos Cátaros para Montsegur" ("Nouveaux Cathares Pour Montségur"), de Saint-Loup, autor de "El Rey de la Patagonia", "La Noche Comienza

19. También ha sido traducido y publicado en España.



“Kehlsteinhaus”, el “Nido de Aguila”, refugio de Hitler en la cima de una montaña en Berchtesgaden. Su semejanza con Montsegur llama la atención.

en el Cabo de Hornos”, “Desde el Aconcagua al Cabo de Hornos”, “Los Heréticos. Historia de la División SS Carlo Magno”, “Los Voluntarios. His-

toria de la Legión Voluntaria Francesa”, “Los Nostálgicos”, etcétera, pretende dar la respuesta. Dice que quien volaba sobre Montsegur era Alfred Rosenberg, el filósofo del Nacional Socialismo, autor de “El Mito del Siglo XX”.

Saint-Loup sostiene que Otto Rahn, después de la aparición de su libro, “Cruzada contra el Grial”, es decir, después de 1933, fue hecho miembro dirigente de las SS Negras de Hitler—Orden secreta e iniciática, al estilo de los Templarios, según Saint-Loup— y que, por instrucciones de Rosenberg, volvió a buscar el Grial en las cavernas de los Pirineos, donde lo ocultaran los cátaros en el siglo XIII, después de la caída de Montsegur.

Siempre según Saint-Loup, Otto Rahn no encontró el Grial.

Difícil es saber cómo Saint-Loup ha obtenido esta información. Existen coincidencias de un tipo más bien externo (hábitos negros en los cátaros y las SS; el Castillo de Montsegur y el Nido del Aguila de Hitler, en Berchtesgaden). Es cierto,

se desconoce hasta la fecha lo que el catarismo realmente fue y lo que detrás de la Orden SS Negra funcionaba. Los más importantes documentos cátaros habrían sido quemados por la Inquisición (su tradición era más bien oral, como la védica), o se han hecho desaparecer voluntariamente. También los de las SS y los de los centros nacional-socialistas de investigación sobre la magia, que se constituyeron en Munich, por ejemplo. Se sabe de un profesor joven de la Universidad de Viena, erudito en magia, investigador serio en la historia de esta arte, que fue llevado por los alemanes a su Instituto de Munich y no regresó a Austria después de la guerra. Nunca más se ha vuelto a saber de él.

René Nelli se encuentra perplejo y vacilante. Saint-Loup, al ser interrogado sobre las fuentes de su información, se niega a revelarlas.

Las SS Negras continúan, por su cuenta, en plena guerra ya, la búsqueda del Gral en los Pirineos del Languedoc.

René Nelli confirma que científicos alemanes, geólogos, etnólogos, antropólogos, disfrazados de milicianos franceses, recorrieron frenéticamente las cavernas de los Pirineos, durante la ocupación alemana del Languedoc. Investigaban en esas grutas, que hace más de siete siglos sirvieran de último refugio a los sacerdotes, guerreros y señores cátaros. ¿Qué buscaban? El Gral.

Según Saint-Loup, las SS de Hitler encuentran el Gral y lo transportan a Berchtesgaden, ya al final de la guerra. El libro de Saint-Loup "Nuevos Cátaros para Montsegur" se inspira en la epopeya grandiosa y dramática del Languedoc (tan parecida a la irlandesa) y su lucha por alcanzar nuevamente su independencia dentro de una "Europa de patrias carnales", como él y los SS la llaman²⁰. Cree que esto se habría logrado con el triunfo alemán. La mayor parte de su libro está basado en hechos. Hechos históricos son la búsqueda de los alemanes en las cavernas pirenaicas y el vuelo del avión sobre Montsegur, trazando con humo la cruz céltica, en

20. La "Carta de Charlotemburgo", dada a conocer y publicada por las SS al final de la Guerra, con su "Nuevo Orden Nazi".

el 700 aniversario de su caída. También la partida de una columna alemana de oficiales de las SS, fuertemente custodiada, en dirección a Berchtesgaden, portadora de “algo” hallado en los Pirineos.

Según Saint-Loup, los alemanes tampoco alcanzan a descifrar el Gral²¹. Al final de la guerra, el 2 de mayo de 1945, derrotada Alemania, otra columna compuesta de oficiales escogidos, de una “División de Waffen SS”, sale de Berchtesgaden en dirección a un glaciar del Tirol austríaco (en Zillertal) cerca del Refugio actual de Furtschlag y no lejos también de donde muriera Otto Rahn. Lleva el Gral. Allí se lo oculta nuevamente para que sea reencontrado por las generaciones del futuro. Tres de los altos jefes de la “Waffen SS”, un francés, un americano y un noruego, parten en un avión, que despegue de la carretera Munich-Salzburgo, en dirección al Tibet.

En “El Retorno de los Brujos”, Pauwels y Bergier sostienen que existieron conexiones misteriosas entre el Tercer Reich y el Tibet. Dicen que las instrucciones de persecución a los gitanos (¿y a los judíos?) habrían sido transmitidas desde el Tibet, y que una división tibetana lucha hasta ser completamente destruida en la última batalla de Berlín.

El Nido del Aguila de Hitler, en Berchtesgaden, en los Alpes bávaros –que no hay que confundir con su chalet, que quedaba mucho más abajo–, está sobre la cumbre empinada de una montaña y puede hacer pensar que ha sido edificado recibiendo como inspiración el Castillo de Montsegur de los cátaros. En el Nido del Aguila también se habría guardado el Gral, según Saint-Loup.

Un Chileno

Creo haber sido el primero, quizás si en todo el mundo, en aquella época –durante la Guerra–, en escribir en este mismo sentido y sobre estos mismos temas. Mi investigación

21. Sí, lo descifran y ello les permite la construcción espiritual del “Disco Volante”, conjuntamente (sincronísticamente) con la recuperación del “órgano hiperbóreo” del *Vril*.

posterior en India, donde También se habla de "Aryana Vaiji", el hogar primigenio de los Arios ("El Hogar Artico en los Vedas", publicado por Gangadhar Tilak en 1956), y ahora mi investigación sobre los cátares, en relación con la filosofía de amor "tántrica", me han llevado nuevamente a encontrar las huellas de un Mito.

Al igual que Saint-Loup, yo recorrí las regiones del sur de Chile, pero llegué mucho más lejos que él, hasta la Antártida, en busca de los misteriosos "oasis" de aguas templadas, que existen en medio de los hielos. (Un curioso libro, de un húngaro, Ladislao Szabó, afirma que, al finalizar la guerra, un misterioso convoy de submarinos alemanes se dirigió a la Antártida, portando un "gran secreto"). Pensé que allí encontraría el Gral, transportado desde los lejanos hielos del Norte, desde "Aryana Vaiji", desde Groelandia, desde el Artico, a los profundos hielos del Sur, para reunir los extremos terrestres. Allí, en las praderas de nieves, junto a las enormes barreras, busqué desesperadamente las "Claves" perdidas que pudieran revelarnos el secreto de la Totalidad. (Todo esto fue descrito en mis libros "Quién Llama en los Hielos" y en "La Antártida y Otros Mitos"). Después partí a la India, Patria Nupcial de la leyenda, para concluir también que su yoga conocida ha perdido las claves...

Saint-Loup cree que hay ya "Colonias" en el Sur del Mundo, que custodian el secreto y viven conforme a la "Ley"... El las buscó, sin hallarlas. Hay quienes piensan que esas "Colonias" estarían compuestas por "Les Nouveaux Cathares".

Dioses y Demonios

En los glaciares del Tirol, en los Oasis de la Antártida... ¿Dónde se guarda hoy el Gral? Tal vez en lo más profundo del corazón. Porque el Gral es la "Flor Inexistente", la exteriorización de Algo, de un Tesoro, que sólo dentro de nosotras existe y que únicamente allí podrá ser hallado. Prisioneros de esa tremenda emoción subjetiva, al proyectar la visión al mundo externo, somos las primeras víctimas de nuestras propias "creaciones mentales". El Mito, la Leyenda, el Arquetipo nos quemarán en su fuego y nos arrebatarán de la tierra en las llamas que les pertenecen, reduciéndonos a cenizas

junto con esos sueños. Hay una promesa de un “talvez renacer”, en un mundo de puros símbolos. He aquí la agonía del terrible Juego. Tanto los que afirmaron que “el Reino no es de este mundo”, como los que creyeron que lo era, al ser voluntaria, o involuntariamente prisioneros del Arquetipo, del Mito, fueron arrebatados por las llamas. Y el fuego alcanzó hasta los hijos de los hijos de sus hijos. La desaparición material del mundo podría producirse por la absorción por un Arquetipo. Lo que la psicología contemporánea llama Arquetipo son los Dioses y Demonios de la Antigüedad. No es necesario repetir sus nombres; aún hoy día ellos deberían ser pronunciados en voz baja...

ME DESPIDO DEL ARBOL

No puedo partir de esta trágica y bella tierra serbia sin despedirme de mi amigo el Arbol, del bosque de Beograd. Sé que ya no lo veré más. Junto a él he estado con Indira Gandhi, tomados de la mano y en silencio. Ella recogió algunas de sus hojas, caídas en el otoño. Las guardaba. ¿Qué habrá sido de ellas? ¿Dónde se hallarán ahora? Estoy parado solo, frente al árbol. Se desprende de él su hada y me habla:

“¡Arriba el corazón!... Nos veremos de nuevo, alguna vez. Tienes que buscarme en un bosque de tu Patria, en el Sur del Mundo, reencarnado en un alerce del Melimoyu. Trata de reconocerme, llámame y yo volveré a hablarte y te contaré de *Ella*, ayudándote a reencontrarla. Por ahora debes partir. Tenemos que separarnos. Porque ya te queda poco tiempo para tu búsqueda en la vieja Europa y en el mundo exterior. Deberás replegarte en el oasis de tu propio corazón. Desde allí vendrá el *Avatâra*, el *Ultimo Avatâra*, a rescatarte... Sieg Heil!”

APRENDO A VESTIRME Y A MIRAR

Yugoslavia fue casi más importante que la India, que Austria y aun que mi permanencia en la vieja Casa Camuzzi, de Hermann Hesse, en Montagnola, si tomo en cuenta una experiencia única, que marca un hito definitivo en esta Ronda del Eterno Retorno, pudiendo “sacarme” hacia “algo no soñado ni por los más grandes utopistas”, como pensaba Nietzsche.

Ocurren estos sucesos fundamentales como si se produjeran por casualidad.

Muchos de ustedes habrán experimentado, al llegar a cierta edad, el cansancio y el aburrimiento de tener que desvestirse en la noche y nuevamente vestirse en la mañana, llegando a envidiar a los animales, sobre todo a los perros y a los gatos, que se acuestan y se levantan sin tener que cambiar de "ropas".

Medité sobre esto mismo, sentado en mi cuarto junto a la estatua de Shiva, y llegué a la conclusión de que la solución para el hombre se hallaba, como siempre, en transformar (transmutar) el hábito en rito. Cosa que, por lo demás, ya había sido hecho por los emperadores, los reyes y los sacerdotes. El ritual de vestir a un Monarca o a un Papa es algo conocido, y quien ayuda en este rito será condecorado u obtendrá un título de nobleza.

En la India, mi mayordomo, Samuel, quien me preparaba la ropa del día, me habría vestido y bañado si se lo hubiera permitido. De este modo lo había hecho con los "sahab" ingleses y con los maharajas hindúes.

Decidí también inaugurar mi "rito", yendo más lejos que un rey, o un sacerdote: empecé por vestirme y desvestirme el cuerpo.

Y fue al final de mi permanencia en Belgrado cuando escribí sobre tan importante asunto y publiqué un artículo en "El Mercurio" y en "La Prensa".

Al releerlo, junto con los anteriores, me doy cuenta de lo mucho que se ha descendido en el nivel intelectual, mental y cultural en Chile y en el mundo. Estamos al final del *Kaliyuga* (Edad del Hierro) y entrando en el Yuga de Plomo. En aquellos años, "El Mercurio" estaba dirigido por intelectuales y escritores. Con la muerte de René Silva Espejo, todo cambia; una clase sectaria se apodera de los puestos claves en la prensa y la información del país, imponiéndole las líneas secretas de la Gran Conspiración. Además, se trata de impedir el "despertar".

Creyendo difícil poder expresar mejor el suceso al que me refiero, también voy a reproducir aquí mi escrito de 1966.

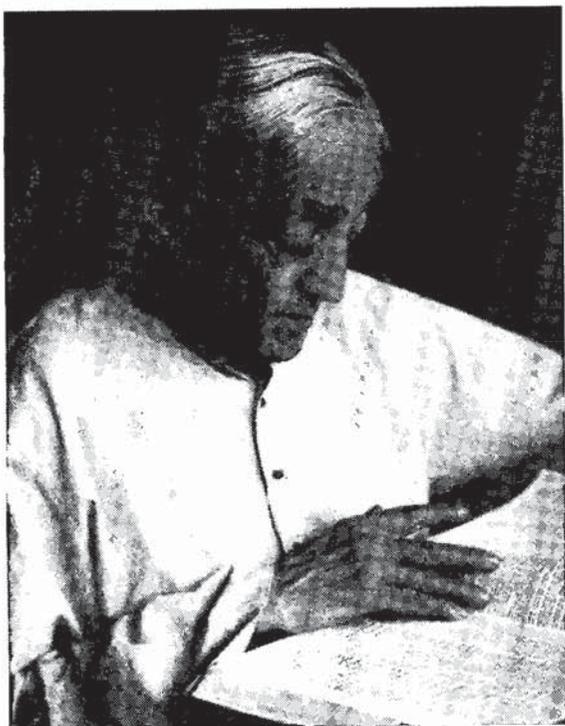
UN DÍA DE VIDA

La Ensoñación

Algunos años antes de su muerte, encontré a Aldous Huxley en India. Me refirió los últimos momentos de su amigo D. H. Lawrence: el escritor se vio fuera del cuerpo, contemplándose agonizar desde un rincón del cuarto. Le pregunté a Huxley si practicaba yoga y me respondió que únicamente se esforzaba por permanecer "consciente", "alerta", siguiendo las recomendaciones de Krishna Murti. Huxley consideraba a Krishna Murti uno de los hombres más interesantes de nuestra época; por esos días iba a visitarle a Madras.

También Gurdjieff y su discípulo Ouspensky predicaban la doctrina de "estar alerta", de "despertar". Según ellos, la vida se desenvuelve en un círculo de ensoñación, girando la mente del hombre entre cascarones de imágenes inconclusas, proyectos de ideas, vagas sensaciones; reflejos de sueños diurnos y nocturnos que ocupan la atención de las veinticuatro horas del día y de la noche, aún en el trabajo, ejecutado mecánicamente, "inconscientemente". De este modo nuestra vida se diferencia poco de la de un animal o un árbol, en un estado apenas un poco menos nebuloso de conciencia; vida vegetativa, en verdad, suelta, perdida, inútil. Creemos vivir, creemos ser hombres y sólo somos proyectos de lo humano-espiritual, cascarones que giran en círculos desgarradores, que no viven, no gozan, ni sufren realmente. ("Dejad que los muertos entierren a los muertos"). Nadie vive y, por lo tanto, nadie muere.

La técnica que Gurdjieff y Ouspensky trataron de imponer para el logro del "despertar" es un poco la ciencia de lo absurdo, de los hechos gratuitos, de las acciones inesperadas e ilógicas, con el objeto de producir "choques" capaces de mantenernos despiertos. Es, sin embargo, una técnica esencialmente racionalista, que descarta la Gracia y el contacto con esas fuerzas que residen más allá del límite del sueño, en la otra orilla, a la que Rilke llamaba el Ángel y Jung, lo "psicoide"; es decir, aquello que sólo parcialmente es psíquico, que trasciende la psiquis; una base espiritual, más allá de Maya, como dirían los hindúes, más allá de la red de lo



Krishna Murti.

ilusorio. Maya es el mundo de la psiquis, que se alimenta por los sentidos.

Según Krishna Murti, el camino del despertar lleva hacia un estado de conciencia continua: ser cons-

cientes de nosotros mismos y del mundo que nos rodea, como me explicaba Aldous Huxley. Para ello, no solamente hay que "mirar", sino, también, "ver".

Mirar y ver. La mayoría de nosotros pasa por el mundo mirando, pero sin ver. Miramos todo y no vemos nada. Nuestra mirada es como un insecto que se posa en muchas flores y de ninguna extrae miel. Salta nerviosamente de un sitio a otro. Ahí están los ojos, pero van ciegos. La ensoñación interior, el vago rumiar de ideas y recuerdos, es una tela espesa entre nuestro mirar y el mundo. Krishna Murti cree que hay que romper esa tela, perforarla, alcanzar a la cosa en sí. Le he oído preguntar: "¿Quién ha visto un árbol? ¿Quién ha contemplado un niño, el rostro de su esposa o de su amigo? ¿Quién ha visto el rostro de un niño en la cara de un hombre? ¿Quién, la luz del cielo reflejada en los ojos de la amada? ¿Quién ha contemplado luchar un árbol contra el viento del monzón?"

Angustiado, comprendiendo que tampoco yo vivía, que sería un muerto más "enterrado por muertos", fui a visitar a

Krishna Murti, para pedirle que me enseñara a mirar, a ver. Y poder cruzar también las riberas de Maya...

Respondió a mis consultas deteniéndose a contemplar una flor en su maceta. Lo hizo de tal modo, con tanta concentración, que algo así como un vacío del aire fue creado en torno suyo.

Después, me explicó: "Hay que mirar con el consciente y lo inconsciente, para que se termine el ensueño, aun el sueño de la noche, pues, si todo se pone en el esfuerzo, ya no resta nada para soñar".

La Armadura del Guerrero

Muchos años han pasado, años en los que estoy parcialmente vivo o parcialmente muerto; años en que me toma la vorágine de las acciones mecánicas, con las cuales creo estar haciendo algo por mis semejantes, estar también "trabajando para ganarme el pan", para vivir, cuando de cierto sólo estoy edificando para la muerte, "enterrando mis muertos", desperdiciando el significado metafísico, espiritual del tiempo, que es el verdadero látigo del despertar.

En el camino del despertar no hay maestros, cada uno tendrá que ser el suyo propio, descubriendo el paso, el sendero, que va por sobre el filo de una navaja. Personalmente, me parece que éste deberá ser poesía pura, también mística arrobada. Es decir, al "ver", se experimenta una emoción de belleza y de gracia (los pintores tal vez conozcan de esto) a la cual debiéramos asirnos con todas nuestras fuerzas, hasta alcanzar la ayuda del Angel, que nos salve de caer en ese otro mecanicismo al revés que enseñara Gurdjieff.

La vida se transforma, y es muy posible que baste con un solo día de conciencia, un solo día de vida verdadera, para que ya lleguemos vivos a nuestra muerte, tengamos nuestra propia muerte como tuvimos nuestro día de vida. Merecer un día de muerte, no ser ya "muertos enterrados por muertos", tener nuestra propia muerte, como pedía Rilke.

Vamos, entonces, a tratar de ganarnos un día de vida, comenzando hoy, sin más tardanza. La noche ha transcurrido como muchas otras; comprendemos que los sueños no han sido reveladores, más bien han sido una prolongación nebu-

losa del día, un deslizarse entre sombras y humores. Nos levantamos con el sol y nos dirigimos hacia el balcón, que da sobre una pequeña colina con árboles. Nos proponemos ver algo en el amanecer, cualquier cosa, un objeto; pero en el trayecto nos asalta una duda, que podría expresarse así: "¿Con qué vas a mirar si no tiene ojos? ¿Con qué vas a salir al balcón si no tienes cuerpo?".

Nos detenemos a medio camino entre el dormitorio y la terraza. Es cierto, nos decimos, no tenemos ojos, no tenemos cuerpo, nunca los hemos tenido; porque nunca hemos sido conscientes de tenerlos. Venimos saliendo del sueño de la noche y estamos dispuestos a vestirnos las ropas de todos los días, que cubrirán un fantasma inexistente, un cuerpo de humo. Sólo el alma está ahí, desnuda y también difusa, teniendo, a veces, sólo un brazo, una pierna o una cabeza a medio construir. "Sí, es necesario, antes de intentar ver, antes de caminar, vestirnos el cuerpo sobre el alma".

Nos dejamos caer sobre una silla y empezaremos a vestirnos la materia. Nunca lo habíamos hecho antes; se nos ha ocurrido ahora, como si recibiéramos una orden venida de lo profundo.

Comenzaremos por los pies, tratando de darles conciencia, de escucharlos, de conocer sus requerimientos. Continuamos por las piernas, el vientre, por dentro y fuera; el hígado, los riñones, el corazón, la circulación de la sangre, los pulmones, el pecho, la garganta. Aquí nos detenemos y empezamos de nuevo, por la columna vertebral, subiendo lentamente, como por un árbol, hasta llegar al cráneo.

Comprendemos que nos hemos puesto una armadura, ajustándola sobre nosotros mismos. Estamos listos para iniciar el combate, como un guerrero que desea tomarse por asalto la eternidad.

Nos asomamos al balcón. El primer combate será aquí contra la copa de un árbol que se inclina sobre el barandal. Trataremos de conquistar ese reducto. Los ojos están prontos para ser usados. Los dirigimos hacia el árbol, aún oscuro en el amanecer. Y ahora comprendemos que la lucha será muy dura. El enemigo ataca en todos los frentes, disparando sus proyectiles. Nos asaltan los recuerdos; embriones de ideas, imaginaciones violentas, asociaciones inesperadas. En un

segundo estamos en la infancia, recordando escenas olvidadas en los años; luego vienen rostros de mujeres y amigos, palabras, sonidos que tratan de robarnos este segundo: el balcón, la copa del árbol.

Con esfuerzo y desesperación luchamos por mantenernos firmes, por desechar las imágenes que nos distraen, por vencer el sueño. La armadura cruje, se estremece entera en el esfuerzo de la voluntad que la mantiene inmóvil allí. La intuición nos dice que en la ferocidad del ataque se oculta una debilidad. El enemigo gasta sus municiones, atacando con una intensidad que no podrá ser mantenida. Rogamos al Angel –a nuestro El, a nuestra Ella– que nos ampare, que nos permita “ver”. La plegaria es escuchada y, en ese instante, algo así como un rayo cae del cielo y el velo se rasga sobre la copa. Allí está entonces el árbol, oscuro en el amanecer, pero nimbado de una luz increada. Sobre él se detienen unos pájaros –son cuatro– e inician una danza sobre las ramas. Los descubro como a los pájaros de las pinturas chinas y japonesas. Se van alternando en las ramas, en un ritmo litúrgico, como cumpliendo con una señal exacta, o un trabajo dentro de números arquetípicos. Se mueven junto con el Destino y sus saltos, prefijados, son como una consigna, un lenguaje, una conversación que, en ese instante, estoy seguro de entender en lo profundo. Es el mensaje hermético de la copa del árbol.

Mas, ¡ay!, demasiado luego todo termina. Unos cuantos segundos, y de nuevo la tela de Maya se extiende, las imágenes mentales regresan. Ahí está siempre la copa del árbol; pero ya es el árbol de todos los días, y los pájaros saltan en desorden. Su vuelo nada significa. Todo ha tornado al caos, se ha salido de la Ley. La Palabra ha sido olvidada, el lenguaje de Asis es indescifrable.

El Tierno Adolescente

Sin embargo me propongo continuar con los árboles. Antaño, en los Himalaya, en el Valle de las Flores, aprendí el lenguaje de las plantas. También guardo de mi juventud andina el preciado tesoro de la conversación con un arbusto. Trataré ahora de conversar con un árbol.

Aquí, en esta colina, hay algunos abetos. Están allí desde siempre, pero es como si hoy recién los descubriera. Repitiendo la técnica anterior dejo que el enemigo se desgaste, sin resistirlo demasiado, esperando el momento en que pueda abrir una brecha en sus filas. Así acontece nuevamente.

Al frente del grupo de arbolillos se yergue uno muy grácil, con sus ramas siempre verdes en este otoño europeo. Lo estoy viendo y una suave ternura se desprende de sus débiles ramas y tronco. Ese árbol es como un adolescente que necesita ayuda y guía para crecer. Recibe ahora mi mirada y me agradece; me responde, moviendo al unísono sus ramas y sus hojas, en un agitarse alegre, en un estremecimiento de placer, que encuentra su mejor aliado en el viento. Su palabra es ésta: "Me hace falta tu mirada, la necesito para poder crecer. Te esperaré todas las mañanas y te devolveré tu amor en ondas verdes, aun cuando me cubra de nieve. Creceremos juntos, nos salvaremos juntos".

Al compás del viento, sus tiernos miembros, sus débiles ramas, parecen extenderse en un gesto imposible, como si ellos también quisieran asirse a Dios.

Salgo de esta contemplación como si retornara de muy lejos.

Sin embargo, no son los ojos que han mirado. Es otra cosa; porque no es ésta una contemplación racional. Es el Consciente y lo Inconsciente que trabajan juntos –como explicara Krishna Murti–. Creo que esta forma de mirar podría ser practicada aun cuando se perdiera la vista. He aquí su milagro.

Los Tesoros del Otoño

Al terminar el día salgo a recorrer los senderos del pequeño monte, iluminados por faroles de luz opaca. Se me aparecen casas y portales nuevos, aun cuando siempre estuvieron ahí. Una estrella en lo alto me hace guiños y sus ondas me alcanzan. Comprendo la verdad de la astrología y cómo la influencia de esos mundos permanece siempre viva sobre nuestras cabezas; pero nos cortamos de sus poderes para vagar en un universo de autómatas.

La noche es fría, láminas de hielo cruzan sus paredes en este otoño de Europa. Me detengo junto a un farol. Su luz cae a raudales, derecha sobre un árbol que se deshoja. Sostengo allí mi último combate y logro percibir la simbiosis increíble de ese ser vivo y de esa cosa. Como instrumentos de una orquesta, juegan dentro de la luz. Ambos viven hoy en mi mirada, y también intervengo en la sinfonía como un elemento predestinado. Veo caer las hojas del árbol, flotando en la luz como en un agua consistente, amontonarse en el suelo, como plumas secas, como escarcha de oro antiguo. Hacia mi corazón pasa la idea de estar junto al tesoro del otoño, en una colina de oro viejo, en un cuarto lleno de hojas de oro, como antaño lo estuvieran los españoles junto al oro del Inka.

El Otoño me ha entregado su secreto, su pura poesía de luz espiritual.

Cargado de hojas y de estrellas vuelvo a mi cuarto, pensando que también no habré dejado nada para el sueño, porque el sueño, su atmósfera mágica, se ha entrelazado con el día, con su duro trabajo y con sus frutos.

Las visiones de los que “miran” y “ven” sólo pueden compararse con aquellas que se obtienen durante los “desprendimientos astrales” cuando, de improviso, a media noche, se abren las cortinas del sueño y nos encontramos frente a un mundo violento, de luz y sombra, con imágenes alucinantes, captadas no sólo con los ojos sino por todo el ser, y que son más reales que la realidad.

El Rostro de Shiva

Pienso en Rilke. Pretendía “salvar a la tierra, transportándola a lo invisible”, mirando y viéndola con entrañable amor. Nos llevaremos de aquí un nombre, decía, el de una flor, el de una fontana, el de una genciana amarilla, el de una hoja de otoño. Y Jung creía descubrir un mito para el hombre de nuestro tiempo “dando conciencia a la oscuridad del Creador”. En su Torre de Bollingen, el gran sabio saludaba todas las mañanas a sus cacerolas y sartenes, a los humildes objetos que le acompañaron en su tránsito por este mundo. Les daba los buenos días. También él había iniciado un

diálogo con lo aparentemente inanimado. También había descubierto el lenguaje del "Pobrecito de Asís".

Sabemos que el Padre Teilhard de Chardin, como Sri Aurobindo, creía que el hombre había alcanzado un límite en su evolución biológica, que sólo podría cruzar cambiando de estado. La evolución biológica se ha detenido, al parecer, y es en el Espíritu (en la "Noosfera") donde se operará la gran transformación, la que al comienzo será imperceptible. Pero este cambio de estado deberá cumplirse voluntariamente, tal como siempre lo ha afirmado la Yoga. Es decir, el alma deberá ser creada por el hombre, porque la Eternidad se alcanza dentro de este libre albedrío. La Vida Eterna se halla, así, en potencia, es una virtud interior que hay que desarrollar, "inventar". ("Bienaventurados los que no vieron y creyeron").

Somos, de este modo, los tejedores de nuestra propia alma, de esa "Túnica de Neso". Somos los guerreros que deberán abrir un forado con su lanza en la espesa red de Maya, la Ilusión.

¿No será, entonces, por aquí, por estos senderos del "mirar" y del "ver" por donde va la ruta secreta, escondida, que lleva a ese límite invisible y aparentemente



La cabeza de Shiva, sobre las hojas de otoño de Beograd. Foto tomada por el fotógrafo yugoslavo Georgevich.

infranqueable de un cambio de estado, más allá de "ese techo de todas las velocidades y temperaturas"?

"Mirar" y "Ver" todo: la vida diaria, el trabajo, el hogar, el amor, el goce y el sufrimiento; mirarnos a nosotros como al mundo y al mundo como a nosotros. Ser actores y espectadores a la vez. Espectadores de nuestra vida y de nuestra muerte, de nuestra salud y de nuestra enfermedad, de nuestra riqueza y nuestra miseria. "Ver el rostro de un niño en la cara de un hombre. Ver un árbol contra el cielo del monzón".

Entonces, sólo entonces, habremos vencido a la muerte, habremos pasado a "otro canal del Tiempo".

Tengo aquí, en mi cuarto, una cabeza de piedra del dios hindú Shiva. Fue esculpida por un escultor anónimo hace más de mil años en la ciudad india de Khajuraho. Shiva tiene los ojos cerrados y parece estar contemplando por dentro el río eterno de las cosas. Trato de ver lo que él ve. Todos los días me detengo junto a esta cabeza de piedra, a estos labios de piedra, a esta mirada seca, y me esfuerzo por penetrar su terrible secreto. A veces me parece lograrlo. Creo entender que Shiva mira sin apegarse a nada, contempla el río eterno del mundo, siempre alerta, siempre consciente, por debajo del sueño, ajeno y a la vez unido, formando parte de ese todo, uno en la diversidad. Su expresión es de goce sensual, suave y supremo. Pero también descubro, a veces, según como caiga la luz sobre la piedra legendaria, una sombra de dolor profundo, de piedad infinita, tras las capas del goce, como si ahí también se reflejara el padecer oscuro de la Creación.

Belgrado, 17 de abril de 1966

ADIOS A LOS BOSQUES

Ya no volveré a ver los bosques de Beograd, ni los bosques de Viena, ni la Selva Negra; tampoco volveré a ver los bosques de mi Patria. Grandes incendios destruyen los árboles de la tierra. Se encienden por los cuatro horizontes, en el sur de Chile, en el centro y en el norte, donde aún existan árboles vernáculos. ¿Quién los provoca? Al igual que con los *Ovnis*, existe una conspiración del silencio y un plan de desinformación. Pero algunos investigadores lo han revelado en el pasado: los extraterrestres se alimentan de

la sangre de los hombres, y cuando no logran producir guerras apocalípticas recurren a los grandes incendios de bosques. Buscan su alimento por todo el Universo, convirtiendo los astros en desiertos. Marte, la Luna y, ahora, la Tierra. Sus agentes les preparan el banquete desesperado.

Por osmosis absorben la energía de los órganos internos del cuerpo humano y de la sangre de los aún vivos y de los recién muertos. Las instrucciones de Jehová en el Antiguo Testamento, para que sus acólitos les ofrenden los órganos humanos del sacrificio, son las de un experto "*chef de cuisine*". En Tenochtitlan, los sacerdotes aztecas les preparaban su alimento con los corazones del pueblo y la sangre era el vino que corría a raudales por las pirámides escalonadas.

Las dos guerras mundiales fueron un banquete colosal. Pero ahora están hambrientos, les falta el sustento y deben recurrir al incendio de los bosques que los revitalice, tal como cuando nos sentamos en invierno frente a la chimenea para calentarnos. Están ayunando, están a pan y agua. Pero sólo por un corto tiempo. Porque ya pronto llegará el banquete final, cuando sus agentes les entreguen el control sobre el "establo", para poder cumplir a diario con el sacrificio de los esclavos en las pirámides levantadas en el sur del mundo. El resto será desierto.

Y en la cúspide de la gran Pirámide habrá un Ojo vigilante, siempre abierto.

Y el Número 666.

* * *

Le ha llegado a la Tierra el turno de morir. Aquí están ya los gusanos triunfantes, los encargados de destruir el cadáver. En verdad, siempre estuvieron. Y la lucha por sobrevivir fue contra ellos. Pero se cumplió el plazo de los años y ahora sólo queda por salvar el alma del astro para que también no muera con su cuerpo: *La Tierra Interior*, la *Otra Tierra* de Platón. Y ésa ya está a salvo, intocada, gracias al *Ideal* defendido por aquellos que, sin saber que no podían morir, porque son Dioses, porque son *Divyas*, estuvieron dispuestos a entregar lo que ellos creyeron era su única vida, en el combate eterno. (Los que creyeron que "su sangre salvaría a Chile").

Esos ya están en la *Otra Tierra*, en el alma de la tierra. Los que aquí quedamos, librando la Batalla de la Retaguardia, tenemos por misión impedir el mayor tiempo posible a los gusanos en su trabajo de apropiarse de las últimas energías terrenales y no permitir que “el desierto se extienda”, como profetizaba Nietzsche. Nuestra misión es transmutar esas energías restantes, por medio del *Ideal*, aún a costa de nuestras propias vidas, de modo que, cuando se abra la Tumba de la Tierra, allí no se halle tampoco el cadáver, pues habrá sido resucitado en un cuerpo invisible, de *Vrâja* inmortal. En la Otra Tierra, en la Hiperbórea Celeste, en el Walhalla de los Dioses y las Walkirias.

Y alguien, algún día (¿Yo? ¿El?), también reconocerá la antigua Tierra resucitada. Porque ahí estará mi Arbol renacido, inmóvil como un Dios. Porque los Dioses y los Arboles no se mueven. Sólo los agita el viento.

TERCERA PARTE

EN EL LUGAR DE LA INICIACION

Viena es una ciudad melancólica. Su ubicación hacia el Este la impregna de la tristeza del alma eslava. Heredé una antigua mansión, en Hietzing, en Tirolergasse, un bello y romántico barrio, cercano al Palacio Schönbrunn, de los Habsburgos. El Embajador Alfonso Santa Cruz, mi predecesor, vivió allí. Era hermano de Hernán Santa Cruz, de quien he hablado en tomos anteriores, y de Guillermo, camarada del Nazismo de los tiempos de von Marées.

Además de Embajador en Austria, debí representar a Chile en el Organismo Internacional de Energía Atómica, con sede en Viena. Para no alargar más aún estos recuerdos, voy a pasar por alto los aconteceres diplomáticos de la Misión oficial, tratando de

concentrarme en la esencia de mis otros quehaceres secretos, en esta tierra única, que viera nacer y encarnarse al *Avatâra*.

A poco de llegar fui a visitar la ciudad de Braunau am Inn, donde naciera Adolf Hitler, el convento de Lambach y la ciudad de Linz. Aquí, en un bosque de sus alrededores, se encarnó por primera vez el *Avatâra* en el cuerpo de un joven, cuidadosamente preparado en las Rondas del Eterno Retorno.



Adolf Hitler niño.

Direktor
DR. HANS ZEDINEK
Oberstaatsbibliothekar
i.R.

A 4650 Lambach, Stift,

Wien, den 28. April 1970
V. Mergentzenstraße 150/11
5. 18. 053

Sr.
Exzellenz
dem s.g. Herrn
Miguel Serrano
Botschafter von Chile

Lugeck 1/V/18
1 0 1 0 W i e n I

Eure Exzellenz !
Sehr geehrter Herr Botschafter !

Für Ihr an meine Wiener Adresse gerichtetes Schreiben vom 17. April 1970,
das mir nach Lambach nachgesendet wurde, danke ich Ihnen verbindlichst.

Wohl hatte ich in Wien, das ich am 8. April nach kurzem Aufenthalt verlas-
sen hatte, um mich wieder nach Lambach zu begeben, versucht, Sie anzurufen.
Es blieb aber nur beim Versuch, da mein Telefon gestört war.

Ich stehe Ihnen nun in der Zeit zwischen dem 4. und 8. Mai - da bin ich
wieder in Wien - zur Verfügung und werde mir erlauben, mich rechtzeitig
telefonisch bei Ihnen zu melden.

Mit vorzüglicher Hochachtung

ergebenst



M. J. J. J.

Carta del Director de la Biblioteca del convento benedictino de Lambach.
De 1970.

Karl Renker

Sr. Ezzeleuz,
dem Herrn Botschafter von Chile,
Miguel Serrano
Längestr. 1
1010 Wien I.

Imr Ezzeleuz!
Sehr geehrter Herr Botschafter!

Ihr Schreiben vom 16. Jänner a. e. nahm den Übergang von Lambach nach Göttingen, von Göttingen nach Wien, von Wien nach Regau, wo es mich erreichte und wo ich mir einige Tage Erholung gönne.

Nach der am 6. Mai in Ihrer Botschaft erfolgten so interessanten Mitteilung über den Adel Thronstein de Haghe und dessen Familienwappen war ich mir für die Zeit in Lambach bei der Einlieferung des mir von der Verfilmung des spanischen Archivalien und Ingeborgs für die noch zu meiner Feststellung, dass der seinerzeitige Besitzgüter der Vater Ludwig in Lambach zu Händelungswesen gewährt hätte.

Ich möchte in der Folgezeit meine Tätigkeit bei meinem Amt der, dem Adel von Göttingen, in Göttingen einfinden, um dringender eine Terminierung und genaue Beschreibung der dort vorhandenen Gemälde vorzunehmen. Wende auch ich für die noch in Göttingen sein.

Ich bin mir vollständig in der Sache, Herr, sehr geehrter Herr Botschafter, 1.) ein Exemplar des Führers, Dreifachzahlkarte in Stadt. "Wien" und 2.) die Photocopy des Beweises, den Archivalien, das ich im Schreiben, Bd. 575 des Stiftsarchivs, Lambach befindet, zu übermitteln.

Das Beweismittel befindet sich in deutscher Handschrift abgefasst und stammt aus der Mitte des 18. Jahrhunderts. (ca. 1750).

Da es aber wegen der lateinischen Schrift und der damals gebräuchlichen Sprache von Herrn verstanden ist. Schrift von nicht mehr als einem oder mehreren nicht deutscher Sprache nicht als Englische nicht mehr als einem, müsste die deutsche Schrift in die lateinische Schrift übertragen und der damalige Sprachgebrauch dem heutigen Sprachgebrauch angepasst werden.

Da muss ich aber ein Gedicht besitzen.

Ich bin
Imr Ezzeleuz
angeben

H. Zedinek

Otra carta del bibliotecario de Lambach, de 1970.

En Braunau fui a ver, en su lecho de inválido, al famoso médium Rudi Schneider. Lo cuidaba su mujer, una enfermera. Comprobé la opinión de mi Maestro sobre los médiums: al final son destruidos por las fuerzas que los han usado y que ellos no controlan.

La casa donde nació Hitler se conservaba intacta y los habitantes de la pequeña ciudad de Braunau aún se sentían orgullosos por aquel acontecimiento. Hoy, de seguro, ya han cambiado su actitud, bajo la presión siempre creciente de los que han conseguido hacerlos sentirse criminales, por el solo hecho de vivir en esa ciudad y en esa tierra. He visto en Viena, en la bellísima plaza del Café Mozart, en pleno centro, levantarse hoy una horrible escultura para recordar el "holocausto". Se obligó al Presidente Kurt Waldheim a propiciar su instalación, bajo la presión de un ataque insistente y con la amenaza de la revelación de su pasado nazi.

El convento benedictino de Lambach es un misterio. Allí, en el coro, cantó Hitler cuando niño y pudo contemplar la Swástika Levógira, colocada en muchos sitios por el Prior Theodor Hagen. Fue en este convento benedictino donde Joseph Lanz von Liebenfels, ex monje cisterciense en Mayerling, habría encontrado algún importante documento, que le llevó a abandonar el hábito y a fundar la Orden Templaria del "Nuevo Temple", a la vez que a editar la revista "Ostara", de la "Ariosofía", donde habló de los poderes perdidos de la raza aria, de Thule, de Hiperbórea y de las Runas. Fui a contemplar la Swástika Levógira y a tratar de encontrar también algún documento. Sólo hallé un escrito en alemán antiguo, sobre la Masonería. Es casi seguro que la *Ahnenerbe* y las SS de Himmler se habrán llevado lo más importante, junto con el secreto de la Swástika Levógira y del Prior.

* * *

Una tarde en Viena, reclinados en el balcón de mi casa de Hietzing, conversábamos de estas cosas con el Embajador del Perú, Manuel Mujica Gallo. Él se refería al pasado grandioso del Imperio austríaco. Yo, pensando en el bosque de Linz, donde Hitler, según su amigo de la infancia, Kuvizek, recibió la Iniciación, con la encarnación del *Avatâra*, le dije:

"—Manolo, no he podido alcanzar físicamente a ese bosque y nada conseguiría con ir de este modo a ese lugar mágico. ¿Cómo

hallar el sitio preciso del *Suceso* en medio de tantos árboles? Esta noche voy a ir en *astral*...”.

EN EL BOSQUE DE LINZ

En mi pequeño rincón de la meditación me instalo junto a la cabeza de piedra de *Siva Ardanasisvara*, hago la “Práctica de Dirección”, pronuncio los *mantras*, me concentro en el entrecejo y espero, paralizando todo pensamiento, toda emoción. Poco a poco, una corriente vibratoria comienza a recorrerme de abajo a arriba, cada vez más fuerte y poderosa, de modo que pronto me siento “fuera”. Es una liberación de todo pensamiento y un aquietarse de la emoción, sin que la voluntad deba esforzarse para ello. No desaparece, sin embargo, la individualidad ni el *yo*. Estoy flotando, inmerso en un mundo oscuro. Se abre un espacio, por el que penetra un rayo de luz amarilla, que adquiere la forma de un pulpo, con múltiples brazos y poder de succión. Es la peligrosa “corriente lunar”, que me coge por el pecho y siento una presión angustiosa; su inmenso poder me levanta y transporta en el espacio, acercándome cada vez más al astro maligno, cuya superficie gris y llena de cráteres está casi a mi alcance. Comprendo que si no me resisto y venzo quedará prisionero en ese mundo tenebroso. Y hago el “Signo”, por tres veces, capaz de cortar la “corriente lunar”. Es un alivio indescriptible; de nuevo soy liviano y libre, pudiendo dirigir mentalmente la búsqueda del bosque de Linz (la que me propuse “allá”, en “ese otro lugar”, en el que aún —lo sé, lo siento— también estoy, reclinado y en meditación).

Voy por unas calles nocturnas y solitarias, siguiendo los pasos de un joven que marcha presuroso, con el ceño y los puños apretados. Pronto deja atrás los arrabales de la ciudad y comienza a ascender la pendiente del monte Freinberg, para internarse en un bosque.

“—He abandonado a Gustl”, dice; “ahora estoy de nuevo solo, como siempre”.

Se detiene en un pequeño claro, en la espesura, frente a un árbol iluminado por una extraña luz; luz increada, luz en movimiento. Con intensa alegría reconozco a mi árbol. El joven espera, y habla:

“—Aquí están, aquí llegan. ¿Qué quieren de mí? Tomadme, estoy dispuesto...”.

No los he visto llegar. Sin un ruido, sin que me diera cuenta, sin entender cómo ha sido posible que lo hicieran, una gran nave circular se ha posado allí mismo, en el claro entre los árboles. El joven no se ha vuelto a mirarla, pues sigue con su vista fija en “nuestro árbol”. En la nave se abre una ventanilla. Alguien nos observa. Se corre una escotilla silenciosa y bajan un hombre y una mujer de una blancura casi azul, con cabellos como de oro líquido. Ambos se acercan al árbol y lo abren por la mitad. Suavemente empujan al joven haciéndolo entrar. Lo cierran, lo encierran. Y se quedan esperando. Se produce un temblor en las ramas y el tronco se agita de lado a lado como si el árbol fuera a derrumbarse. Y todo el bosque acompaña, acompasado, ese temblor, cual si ejecutara una melodía, como música de las esferas, o la “Cabalgata de las Walkirias”, o “El Crepúsculo de los Dioses”, de Wagner.

Curiosamente, no me siento un observador separado, ni aparte del extrañísimo suceso. Estoy en ellos, sumergido en cada uno y en todos. Soy también el Disco, la Nave Circular. Y entonces, exclamo:

“—¡Está bien, está bien! ¡Sáquenlo de ahí!”.

Y me dirijo directamente a abrir la “puerta” del árbol. Y no soy yo sino el personaje transparente quien la abre. De adentro sale, no el joven que entrara sino un hombre: ¡Adolf Hitler!

Del Disco se escucha una voz. Y es el mismo Disco que habla, como si fuera un Ser, una Persona:

“—Vengo de Aldebarán. No es la primera vez que lo hago. Visité Hiperbórea, estuve en Sumeria, repitiendo este mismo suceso, este drama, con *Ar-bar-is*, con *Raj-na-ur* y en la presencia de *Ella*. Aquí están nuevamente. Desde ahora en adelante, ya no serás más tú, a lo menos en los grandes momentos. Tú serás *Yo*. Es decir, *Él*. Nada decidirás por ti mismo. Lo decidiré *Yo*. La decisión ya está tomada: Tú (*Nos*), perderemos la Guerra para ganarla. Porque Nuestro *Reich* no es de este mundo. Y digo *nuestro*, porque somos *Nos*. Además, te mantendrás casto, por lealtad a tu *Ella*, la que entrará en ti. *Ella* será tú y tú serás *Ella*. Por eso debes mantener hasta el final las características de tu figura andrógina, desconectada, porque hasta que *Yo* no entre en ti, en los momentos decisivos de este Drama, tú serás nadie, tú serás nada. Y cuando *Yo* esté en ti, serás Dios y nadie podrá desobedecerte ni contradecirte en tu camino espantable, hasta el derrumbe-triunfo final. Mientras tanto, irás construyendo, como Barbarroja, tu refugio

inexpugnable en los hielos del Polo Sur, donde instalarás a lo mejor de tu raza aria, para que allí “nazca dos veces”, renazca, reconstruyendo, resucitando a Hiperbórea. Mientras tanto, te habré enseñado a reconstruir mentalmente este Disco, que es ‘nuestro cuerpo’ y que fue el de nuestros hermanos antes de la caída, pues aquellos que de él salieron y están afuera, son yo mismo y en mí se funden, *redondamente*, una vez que vuelven a entrar. En un Disco así, redondo como Dios, tú desaparecerás antes del fin, con lo mejor de tus guerreros. Y volverás cuando lo desees –pero no lo desearás más– a este mundo en decadencia y agonía. Sólo te conectarás desde arriba para dar inspiración a los que aún queden combatiendo. Pero ellos también tendrán que salvarse solos, abrasados, sobre las inmensas olas del fin del mundo, al madero de tu *Ideal*, que tú dejarás brillando incólume en el Drama inmortal de tu Derrota, sin traicionarlo jamás”.

Hitler levanta el rostro y con los ojos transparentes, de un azul luminoso, exclama:

“–¡Hágase tu voluntad y no la mía!”.

Las figuras doradas del hombre y la mujer, en lugar de dirigirse al Disco, entran en el Árbol, en mi *Árbol*. La Voz dice:

“–¡Yo soy Wotán! Y vengo repitiendo esta Historia por toda la Eternidad...”.

Cuando esta escena se va borrando, como un film que llega a su final, o que carece de fuerza para seguir proyectándose, la *Voz del Señor* de los Ejércitos se dirige a mí:

“–Tú también eres un prisionero del Destino y de la Fatalidad, un prisionero del Mito. Estás condenado a cantar esta Leyenda, aquí, entre los dormidos y los sordos, estremecido, estremeciéndolos, derramando lágrimas de sangre, hasta tu último suspiro, hasta que ya no puedas más, y hasta que dudes de mí y de mi presencia, pues yo no te vendré a buscar... Tú solo tendrás que descubrir el Disco, ser el Disco, ser Dios. Ser *ÉL*. Eres tú el que tiene que venir a Mi. Sólo *Allouine* te ayudará...”.

“–¡También yo!”., dice el *Führer*.

UNICAMENTE LOS ALEMANES Y LOS CHILENOS SUPIERON LO QUE ERA LA AMISTAD

Esta extraordinaria experiencia nunca la había revelado. Poco a poco en estas "Memorias" van saliendo a la luz, tal como lo que me sucediera en la Antártica, que aún siendo muy anterior en el tiempo, se la parece. La he narrado en el tomo II de estas "Memorias". Son las *Revelaciones de los Ultimos Días*, por lo tanto no importa ya relatarlas, pues los humanos no escuchan (nunca lo han hecho) y las grandes masas están idiotizadas (siempre lo estuvieron). Aquellos pocos guerreros combatientes, para quienes van dirigidas, puede que se sientan reconfortados, experimentando esa comprensión y solidaridad que produce el Ideal compartido.

Cuenta August Kuvizek, un músico, un artista, en su libro "Hitler, mi Amigo de la Juventud", que aun no compartiendo la doctrina Nacionalsocialista, porque no era un político, cuando la Guerra comenzó a ir mal y vio a su amigo Hitler en dificultades, entró al Partido: "Pues un amigo se prueba en la desgracia y no en el éxito". Y agrega: "Nuestros enemigos no entendieron jamás lo que para un alemán significa la amis-



Prefiguración del *Avatâra*. La figura de Hitler se refleja en los dos mundos. Los une, los rige.

tad". Y cuenta que cuando supo que el médico judío, que había atendido a la madre de Hitler en Linz, se hallaba en un campo de concentración y le escribió al *Führer* alemán, éste ordenó que lo liberaran de inmediato.

La amistad está por sobre las ideologías y las convicciones de la política, dice Kuvizek. El y Hitler lo confirmaron.

Y así fue también en Chile, como ya lo he escrito, hasta hace no mucho. Hasta mi generación.

De todos los libros que se han escrito sobre Adolf Hitler, estudios basados en investigaciones minuciosas sobre sociedades esotéricas, como la "*Thule Gesellschaft*", sobre los libros de von Litz, sobre las doctrinas de la ariosofía y la "Orden del Nuevo Templo" de Joseph Lanz von Liebensfels, su revista "Ostara" y tantos otros, incluyendo los importantes de Nicholas Goodrick-Clarke, sobre "Las Raíces Ocultas del Nazismo", ninguno puede aportar una verdad tan estremecedora y directa como el libro de Kuvizek, ya varias veces mencionado. Ahí está todo, lo esencial, lo único que vale, lo fundamental. El vio y fue testigo cuando su amigo y condiscípulo Adolf Hitler, en 1906, de sólo 17 años, después de haber escuchado "Rienzi", de Wagner, y encaminándose juntos en la noche al bosque de Linz, sobre el monte Freinberg, de pronto éste se transforma y cómo en un trance empieza a hablar con una voz que no es la suya, "*admirándose él mismo del fenómeno*", como si se contemplara desde afuera, y de lo que va diciendo, sobre el futuro del mundo y de una Misión que deberá cumplir... Basta sólo esto. Kuvizek, el "amigo de la juventud" que, desde ese momento pasará a ser el amigo eterno, ha sido testigo de la encarnación del *Avatâra* (del Último *Avatâra*) y de la posesión de Adolf Hitler, de su *Iniciación*. Y ya no es necesario ninguna otra iniciación, ni la de "*Thule Gesellschaft*", ni las enseñanzas de Dietrich Eckart, que creyó "haber escrito la música para que Hitler danzara". Ni de nada.

Sólo un genio como C. G. Jung comprendió a fondo el fenómeno estremecedor y lo reveló por su cuenta en las entrevistas de prensa y radio, que tantas veces he citado. Llegó a comparar a Hitler con Mahoma. Y esto, muchos años antes que Kuvizek escribiera su relato. Solamente extraña que Jung, habiendo "visto" no fuera capaz de transfigurar su propia vida y entregarse a seguirle con su *Cruz (Swástika) a cuestas*, hasta el último, hasta el final apocalíptico. Como yo, que también "vi", y como otros (Heidegger, Ezra

Pound, Knut Hamsun, Robert Brasillach) que *aun no viendo, creyeron*. ¡Los Bienaventurados!

Primero, por mi Maestro; luego, directamente, por mí mismo y gracias a los medios que el Maestro puso a mi disposición, yo supe quién era Adolf Hitler. Somos, así, los únicos que conocemos toda la verdad. Y es por eso que yo no puedo retractarme, cambiar ni claudicar jamás, pues, de hacerlo, sería como el suicidio de mi alma, la destrucción de mi yo y el abandono de mi El. Habiendo también *visto*, soy igualmente un prisionero del Mito y de la Leyenda, los que debo cantar con una voz que tampoco es mía, hasta que el *Avatâra* (mi *Führer*) ya no lo necesite más; porque ambos habremos vencido, *perdiendo*.

Y esto ya será así por siempre y para siempre, repitiéndose en las Rondas del Eterno Retorno, por toda la Eternidad.

Porque Dios y su Creación son simultáneos, aparecen y desaparecen al mismo tiempo. Eternamente son y no son. Inmóviles como mi Árbol. *Como el Árbol del Bosque de Linz*.

* * *

Kuvizek cuenta que después de esa experiencia que él presencié, descendieron del bosque a la ciudad; mas, al llegar a la puerta de su casa, Adolf Hitler se despidió de él y regresó solo al bosque, impidiéndole que lo acompañara. Nunca supo qué pasó allí con Hitler. Pero yo sí. Hitler guardó su secreto y yo también, hasta ahora.

EZRA POUND

Conocí a Ute en Viena. ¡Cuánto le debo a Ute! Aun cuando no la pintó Escámez, le estaré agradecido y unido para siempre. Le debo la residencia en la casa Camuzzi, de Hermann Hesse, y también mi primera entrevista con Ezra Pound. Un día me dijo: "Tengo la dirección de Ezra Pound. Vive en Venecia, en la calle Querini, cerca de la catedral de la *Salute*, casi al lado de la pensión "*Da Cici*", donde usted siempre se aloja cuando va a Venecia.

Y así era. El Embajador de Italia en India, Giusto Giusti (dueño de los "Jardines de Verona"), me había recomendado esa pensión típica veneciana: "*A la Salute da Cici*".

De inmediato preparé un viaje con Ute a ver a Ezra Pound.

En artículos de prensa he relatado los pormenores de este encuentro emocionante. Aquellos artículos han sido reproducidos recientemente en periódicos y revistas de Chile²² y también fueron publicados en inglés, si mal no recuerdo en la India y en los EE.UU. No deseo por ello repetirme y sólo voy a tratar de decir lo que no dije y me guardé para mí, como en muchas otras ocasiones. Porque la relación que yo establecí con el inmortal poeta irlandés, Ezra Pound, fue la de dos guerreros peregrinos, aislados, torturados e inmolados en el ritual arquetípico de una idéntica Religión y grandiosa causa. Por eso, cuando él debió partir –“pasar afuera”–, entrar en el Disco, o en el Árbol, yo fui el único hasta el día de hoy que propició e inauguró un monumento al inmortal héroe; el solo existente aquí en la Tierra, en la ciudad española de Medinaceli.

Como estos contactos son irrepetibles y siento cansancio y dolor de volver a relatarlos, reviviéndolos nuevamente, como en casos anteriores recurriré a transcribir aquí las descripciones hechas hace tantos años.

Ezra Pound no recibía a nadie. Se hallaba en silencio total. Fue gracias a su mecenas, el Príncipe Ivancich, que pude encontrarme una tarde del año 1970 frente a esa Roca, a ese Árbol silencioso e invencible.

EZRA POUND O EL GRITO DEL SILENCIO

En el año 1960, preguntaba al Doctor Jung: “¿Es posible cambiar a voluntad, en la duración de la vida de un hombre, el centro de la personalidad, trasladarlo de la cabeza al corazón, o al plexo solar, por ejemplo? ¿Aproximarlo un poco más al misterioso Sí-Mismo?”. Yo creía que esto no era posible, ni con la “psicología profunda” de Jung, ni con la práctica del yoga. Quizás por un accidente, por un trauma, por una catástrofe fundamental en la vida de un hombre.

En India conocí a algunos yogas, hombres santos, que vivían dentro de un silencio voluntario, del cual salían sólo

22. Y en un valioso libro de Armando Roa Vial y Armando Uribe, editado por la Editorial Universitaria.



Cabeza de Ezra Pound, esculpida por Arno Breker.

de tarde en tarde, para pronunciar los desconocidos nombres de Dios. En mi libro –prologado por Jung– “Las Visitas de la Reina de Saba”, narro mi encuentro con el Hermano del Silencio y cómo éste me enseñara a conversar

dentro del silencio. Pero de esto hace tantos años, que lo he olvidado, sumergido nuevamente en las tormentosas aguas del Occidente, donde el hombre “piensa con el centro de la palabra, con el Chakra Vishuda, el de la garganta” –ni siquiera con el de la cabeza–, como me explicara el Profesor Jung.

El Hermano del Silencio me dijo: “Vengo a escuchar tu silencio, no a oírte hablar; porque no me interesa lo que los hombres dicen con palabras, sino lo que dicen con silencio. Hay quienes tienen un mal silencio, hay quienes tienen uno bueno. El silencio es el camino de la verdad, quiero conocer tu silencio”.

Así aprendí a conversar en el silencio. Es ésta también la voz de los animales, la de los árboles, de las estatuas y de las rocas. Fue éste el lenguaje que conoció Francisco de Asís. Pero yo lo había olvidado.

Y ahora de pronto, me encuentro ante un gran silencio, un aterrador silencio: el silencio de Ezra Pound. Aun cuando había sido avisado de que el poeta ya no habla, su silencio me sorprende, me espanta.

Por años estuve buscando al gran poeta. Sólo en 1970 ubiqué su refugio, escondido en una estrecha calle, junto a un canal veneciano. Pero él no estaba allí. En un Albergó cercano, conocido de ambos, le dejé varios de mis libros dedicados. Después le busqué por las alturas de San Ambrosio, frente al mar ligúrico, recorriendo los mismos caminos empinados que, por más de cuarenta años, recorriera a pie el poeta. El horizonte marino se pierde en una bruma azul y se parece al que desde las alturas de Ravello contemplara un día Wagner. Ahora, al fin, por accidente del destino, llego junto al poeta, como conducido por una mano que me abre puertas ya cerradas. Dos puertas, una física, la otra de pura bruma azul.

La puerta física de su casa de Venecia me la abre su compañera, una mujer extraordinaria y bella. La otra me la abrirá el Hermano del Silencio.

Ella me hace subir los escalones que llevan hasta el cuarto de Ezra Pound. Me encuentro frente al poeta. Está sentado en un sillón junto a una ventanita que da a la calle estrecha de Venecia. Entra una luz de atardecer. Pound tiene ochenta y siete años. Alto, frágil, la cabellera y la barba hirsutas, blancas. Se levanta. Le veo como encima, como más arriba. Me da la mano y me mira a los ojos. No dice nada. Es un segundo. Se sienta de nuevo en el sillón y parece como que se aleja por la ventana pequeña, tal vez en busca de una góndola veneciana que lo lleve lejos por esos canales que tanto amara.

Empiezo a hablar con palabras. Le cuento que le he traído los libros que le dejara hace un año en un Albergó y que nadie le entregó. Le leo una misiva que le había escrito, seguro de no encontrarle ya. En ella le hablo de un Laurel Sagrado que reverdece cada setecientos años, de Montsegur y de los trovadores.

Ezra Pound no dice nada. Juega con los dedos de su mano izquierda sobre el dorso de su mano derecha. Cierra y abre los ojos. De pronto los abre mucho y me mira. ¿Le habrá interesado algo de lo que digo? Estoy hablando de los cátaros y de Montsegur. Le cuento que vengo de escalar el monte y de visitar las ruinas del castillo sagrado de los cátaros, esa secta cristiana del siglo XII. Hay un brillo en los ojos del poeta. Le

pregunto si conoce Montsegur, si ha escalado el monte. Mueve su cabeza afirmativamente. Hay una reverberación de alegría en torno a él, en el "aura" que lo envuelve, por así decirlo. Una alegría que yo capto. Insisto en el tema, hablo del concepto del mal de los cátaros, esos desconocidos sacerdotes, druidas pasados al maniqueísmo, tal vez, y que fueran quemados junto con todos sus libros y documentos secretos. Los cátaros creían en la reencarnación y eran vegetarianos. Le hablo a Pound de mi nuevo libro, en el que reproduzco poemas de los trovadores occitanos. Mi traductor y amigo americano busca las traducciones de Pound, por ser las más exactas. Buscamos traducciones de "Tristán de Born", digo. Curiosamente, me equivoco en el nombre de ese trovador que conozco y admiro. Entonces, el poeta se inclina hacia delante (se mueve su "aura" luminosa y sufriente) y, por primera vez, dice: "Bertrand de Born...". Su voz es honda, sale como de las profundidades del mar. Y me da la clave: Pound está siguiendo todo lo que digo; más aún, me está dirigiendo, llevando lentamente hacia un punto donde deberemos encontrarnos. Aun cuando atento a todo, no es aquí en las palabras donde quiere reunirse, encontrarse. Sin embargo, aún no soy capaz, porque aún no vuelve a la memoria mi encuentro antiguo con el Hermano del Silencio, en los lejanos Himalaya. Y sigo hablando, sigo tratando de llenar los espacios, los huecos de la sombra y de la luz de esta tarde veneciana, en el piso alto de este refugio que se parece a la torre de un yoga que conocí en las fronteras del Tíbet.

Abro mi libro, "El Círculo Hermético", y leo en alta voz el poema de Hermann Hesse: "El Dedo Levantado".

*"El Maestro Dyu-Dshi era
-tal como nos lo relatan-
de maneras calladas, suave y tan modesto,
que renunció a las palabras y enseñanzas
porque palabra es apariencia
y evitar cualquier apariencia
era su preocupación.*

*“Cuando alumnos, monjes y novicios
gustaban de lucirse en nobles charlas
con juegos del espíritu, sobre el supremo anhelo,
sobre el porqué del mundo, él observaba silencioso,
cuidándose de cualquier exageración.*

*“Y cuando se acercaban a preguntarle,
vanidosos o serios,
por el sentido de las escrituras antiguas,
por el nombre del Buda, por la iluminación,
por el principio o el fin del mundo, permanecía
en silencio, y, despaciosamente, tan sólo señalaba
con el dedo hacia el alto.*

*“Y con esta señal muda, convincente,
se fue haciendo cada vez más tierno:
advirtió, enseñó, alabó, castigó, mostró
en forma tan propia el corazón del mundo
y de la verdad que, con los años,
más de un discípulo entendió el suave
levantamiento de su dedo,
despertó y se estremeció”.*

Pound sólo me mira, parpadeando. ¿Está también, acaso, levantando el dedo? Le hablo ahora de Ford Madox Ford y del libro de mi amigo Frank Mac Shane, que Pound conoce. Paso a referirme enseguida a Aldous Huxley y a D. H. Lawrence. Menciono el libro poco conocido de este último, “Apocalipsis”, y comento la creencia de los cátaros en el apocalipsis final para nuestra era. También Huxley fue un tiempo gnóstico, dualista, y, al igual que los cátaros, creyó en la existencia autónoma, objetiva, del mal. Recuerdo lo que Huxley me contara en India sobre los últimos momentos de D. H. Lawrence: en su lecho de muerte se incorporó para señalarle un rincón del cuarto, y dijo: “Allí estoy, contemplándome a mí mismo”. El profesor Jung escribe que, durante una grave enfermedad, cuando todos creían que moría, él subía a gran altura para ir a encontrarse con un Ser que permanecía sentado, de piernas cruzadas y con los ojos cerrados, meditando, pensando su propia vida —la vida de Jung—, tal vez

soñándola. Y él debía reunirse con ese Ser, entrar en él. (En su ÉL). Esto era la muerte.

A medida que hablo y cuento todo esto, tratando de llenar este silencio tremendo de Ezra Pound, siento vértigo ante el peligro que me acecha de caer, deslizarme por las palabras, los miles y millones de palabras, y decir cosas que ya no sé, que no conozco, yendo a caer no sé dónde. Pero, en verdad, ¿qué es lo que yo sé? No sé nada. Y me callo. Me quedo allí, con las manos cruzadas, frente a ese hombre frágil, a ese gran anciano sin edad, a ese poeta que escribe ahora su más gran poema dentro del silencio; porque ha descubierto la poesía cósmica del silencio. Poco a poco me envuelve un algo, una sombra, una luz, una emanación salida del pecho de ese hombre, de ese ser, que “ya ha cambiado el centro de la personalidad”, de ese “elegido”, quien por causa de una catástrofe, de un gran dolor, tal vez de un sueño inmenso, ha descubierto la poesía del silencio y ya no sale más de allí; vive en ella, preparándose para el gran silencio...

Del pecho de Ezra Pound parecen emerger voces silenciosas, ritmos de poemas cósmicos, que estoy escuchando dentro de su silencio. Y hay alegría y también dolor. La alegría y el dolor de quien ha penetrado el drama profundo del hombre, de la historia del hombre y su inevitable condición dual. El drama de la víctima inmolada en el centro de la creación por la presencia autónoma del mal. Todo esto puede expresarse únicamente en el Grito del Silencio. Este grito que yo estoy ahora escuchando. Y ante él me recojo y me estremezco como frente al enigma de un santo. Y me avergüenzo de haber hablado con palabras, de haber dicho cosas...

¿Cuánto tiempo estamos allí? La luz de la tarde se va del ventanuco. Entonces algo enorme acontece, enorme como todo esto. Del piso de más arriba, en la pequeña casa, una voz profunda, cansada, de anciano sin edad, comienza a recitar. (Es la voz del mar, es la voz de Pound). Recita las “Odas Confucianas”, traducidas por el poeta directamente de los ideogramas chinos durante sus trece años de confinamiento forzado en el Asilo St. Elizabeth. Y esa voz que recita en un disco, hecho girar allá arriba por su amiga, en el piso alto de la casita, es la de este poeta silencioso ahora, quien está más allá que acá. Y pienso otra vez en D. H. Lawrence, contem-

plándose desde afuera de él mismo y en C. G. Jung, yendo a reunirse con el personaje que sueña su propia vida... Desde afuera de él mismo, desde Dios, desde el Universo, Ezra Pound recita sus Odas de Confucio... Aquí abajo, frente a mí, hay un signo de comprensión, de ironía, en ese pestañear de sus ojos; una leve sonrisa de comprensión...

Me levanto para decir adiós. Ezra Pound también se levanta de su asiento y me estrecha la mano. Me mira nuevamente fijo a los ojos, parece que me va a decir algo con la palabra; pero no lo hace, se detiene al borde. Ya lo dijo todo en el silencio.

Si darme cuenta de que lo hago, junto mis manos en el saludo de la India, tal como antaño lo hiciera ante los hombres santos de Oriente, y digo: "Namasté". "Saludo al dios que hay en ti".

Afuera, por el estrecho canal, pasan algunas góndolas, transportando lo que aún queda de luz de la tarde. Resplandecen la cúpula y las palomas de Santa María della Salute. Se abren todas las campanas.

Viena, octubre 1971

FENOMENOS CELESTES EN HOMENAJE A EZRA POUND

Volví a ver a Ezra Pound pocos meses antes de su muerte; puedo haber sido uno de los pocos que tuvieron este privilegio. Fui acompañando a mi amigo y traductor, el profesor norteamericano de la Universidad de Columbia y escritor, Frank Mac Shane, quien deseaba encontrar al poeta, pues estaba escribiendo su biografía.

Nos recibió en la misma salita alta, junto a una pequeña ventana que deja entrar la luz de la tarde, que pasa primero por la cúpula de la Catedral de la Salute y viene envuelta en el calor dulce de las palomas.

Esta vez yo iba preparado para el silencio, el gran silencio que Dios entregó como una bendición al final de sus días a este hombre, para que pueda recuperar la luz que sus congéneres desearon arrebatarse para siempre. Yo sabía ahora lo que debía hacer: hablar de vez en cuando unas pocas

frases esenciales, como las que deben dirigirse a un hombre de tal edad, que se prepara a dejar el mundo de las cosas. Pound tenía ochenta y siete años, trece de los cuales, los mejores de un hombre, los pasó preso en un asilo de locos en los Estados Unidos, recluso allí por sus compatriotas, después de la guerra, por haber opinado contra la entrada de su país en el conflicto y defendido la posición de Italia.

A medida que la edad avanza, el cuerpo físico decae, entra en un naufragio irremediable. Sin embargo, un "otro cuerpo" pareciera iniciar un proceso al revés; junto con irse desprendiendo de lo físico, se va haciendo más fuerte, al parecer, más consistente: las energías pasan a este "otro cuerpo". El físico de los viejos entra en una situación desconectada de progresivo desamparo. A medida que el cerebro se debilita, que la sangre no circula, que no riega, que todo se hunde, hay algo que se desprende, que se recupera, que se hace más vital y, tal vez, más libre. Se está cerrando un círculo. Se dice que la vejez es una vuelta a la infancia. Y así debería serlo también en aquello que se cree que el niño "está más fuera que dentro", porque su yo aún no se encarna, hallándose en el "Ángel de la Guarda". En el caso de la vejez, el yo, el ser, el Sí-Mismo, se desencarna, volviendo quizás al Ángel de la Guarda. Así como a un niño debería hablársele dirigiéndose no donde físicamente se halla, sino donde está su Ángel, para que nos entienda, de igual modo a un hombre muy viejo deberíamos dirigirle la palabra en dirección no de su cuerpo físico, de su mente racional consciente, sino allí donde él está saliéndose, a su "fantasma", al Ángel que espera su regreso.

Cena en Venecia

Pound nos invitó esa noche a cenar a un pequeño restaurante al aire libre, al otro lado del Gran Canal. Su compañera, Olga Rudge, había organizado esta cena.

Era el verano europeo de 1972. No recuerdo lo que hablé, sentado al lado del poeta; lo hice sí dirigiéndome a su fantasma. Allí estaba Pound, inmóvil, sin tocar su plato, mirando no sé dónde, pareciendo no escuchar y, en verdad, no escuchando con sus oídos ni viendo con sus ojos. No viendo las flores colgantes, las enredaderas, la noche estrellada de

Venecia; pero registrando en alguna parte aquello que yo decía a su fantasma. Creo que le hablaba de todo esto, precisamente, y del regreso, dentro de un gran círculo, volviendo a combatir los combates y a sufrir, quizás, las mismas derrotas —o quizás no—. Porque “cada setecientos años el laurel vuelve a florecer”, según la leyenda céltica y cátara, tan cara a mi corazón y al de Pound. Siete; número místico, simbólico, que significa otra cosa que setecientos años históricos.

Después Pound se fue caminando erguido, apoyado en su bastón. Iba adelante, acompañado de mi amigo Frank, quien hablaba a su cuerpo físico, sin saber que un poco más arriba iba el fantasma, el ángel, sintiéndose de seguro turbado por el silencio de muerte, cercano a la muerte, como me sucediera en mi primera entrevista de hace casi dos años. Cruzábamos la Plaza de San Marcos. Yo marchaba un poco en retraso, en compañía de Olga Rudge y de Ute. Las mujeres hablaban, yo meditaba: allí iba Ezra Pound, el más gran poeta vivo de nuestro tiempo, vivo a medias, cruzando esa plaza, donde tantos hombres han venido, donde las palomas se han posado sobre los hombros y manos de generaciones de niños y adultos, sobre las manos de mi abuelo, de mi padre y de mi hija, sobre las mías. Allí iba Pound, pasando por entre masas de turistas, muchos de su propio país, que lo miraban con indiferencia, o no lo miraban, sin saber siquiera que pasaba el mayor poeta de este siglo, contemporáneo de Joyce, de Elliot, de Richard Strauss, grande como ellos, tal vez más, porque Pound ha sido el iniciador de un movimiento de apertura hacia el Este, hacia el Oriente, en la poesía, y el representante de una generosidad abierta, que es la expresión genuina de los Grandes Cañones del Colorado y los ríos de su tierra. La generosidad de Pound se extendió desde Joyce, pasando por T. S. Eliot, por Italia, Alemania, Inglaterra, España, hasta la China de Confucio y Lao Tsé. A todos ellos hizo favores, a todos reivindicó y ayudó. Y su poesía cósmica es un retrato de nuestro tiempo, escrita en todas las lenguas de Babel, con todas las cadencias y disonancias del jazz, del “pop”, de Strauss, de Stravinsky, de los dodecafónicos, de la polifónica griega, hindú, de la monofónica china, japonesa, y, también, de las melodías místicas de los trovadores. Es



Rostro de Ezra Pound. La luz se desprende de él.



Ezra Pound en Venecia. Ha elegido el muro de fondo, con swástikas.

Bach y es Scarlatti. Sobre todo, es Dante. Su obra es la Divina Comedia de nuestro tiempo y su vida fue el cielo y también el infierno de Dante. Cielo, primero, allá en las alturas de Saint Ambroggio, infierno en la prisión de una casa de locos americana y purgatorio en los últimos años de su vida en Venecia. Como Dante, él también sufrió el destierro.

Desde hace dos siglos, estudiosos y viajeros de Occidente tratan de incorporar el pensamiento y la mentalidad chinos al mosaico de su cultura, algunos superficialmente, muy pocos en profundidad. Uno de estos últimos fue Richard Wilhelm, traductor del "I Chin", o "Libro de los Cambios". Pero nadie había intentado incorporar a la poesía universal el pensamiento chino, la mente china. El primero ha sido Pound. Sólo por esto tiene ya su puesto en la inmensidad de ese mundo que nace, o renace, y que un día pagará su deuda al visionario. Muchos de los "Cantos" que aparecen incomprendibles para los lectores de Pound y para sus investigadores, podrán ser entendidos con facilidad, en cambio, por los conocedores del pensamiento, la lengua y la filosofía chinos, en especial por aquellos familiarizados con el "I Chin". Ezra Pound y Olga Rudge trabajaban varias horas todos los días con este antiquísimo libro de oráculos.

Noche y Despedida

Es de noche. Todas las ventanas del "Albergo" de esta pequeña calle están abiertas al estrecho canal. El calor de esa noche sofocante de verano muévase en ondas que ascienden desde las aguas. Chapotean algunos remos, de tanto en tanto una voz lejana, un canto. Me toma una somnolencia pesada. Hay alguien en el aire de este cuarto, alguien sentado en una silla que me va a decir una palabra. Allí está el "fantasma". Despierto sobresaltado. Ute dice:

"-Ahí abajo alguien está hablando y no me deja dormir; dice que Pound acaba de pasar, que ha salido a caminar por esas callejas".

"-No puede ser -replico- ahí no hay nadie hablando".

Me he asomado a la ventana y contemplo la calle y el canal desiertos.



En la ciudad española de Medinaceli contribuí a levantar el único monumento dedicado a Ezra Pound en el mundo. Una roca de los montes cantábricos, bajo un olmo. Dice: "Aún cantan los gallos al amanecer en Medinaceli".



El árbol del monumento a Pound en Medinaceli.



Inauguración del monumento a Pound en Medinaceli. Olga Rudge, el traductor de Pound al español y Miguel Serrano.

Ha sido el "fantasma", que ahora responde a mis preguntas, continuando el diálogo.

En la mañana vamos a despedirnos. Olga Rudge nos hace subir al segundo piso. Pound está en cama, mirando la luz que viene del ventanuco. Mis compañeros se acercan y le estrechan la mano. Pound me busca con la vista. Abre su boca y me habla: "Cuídela -me dice, dirigiéndose a Olga-, ha sido heroica; ella ha impedido que me vuelva loco...".

Estas fueron sus últimas palabras, su mensaje, dirigidos a mí, en presencia de esos testigos que las recuerdan. Estreché sus manos entre las mías, le miré esta vez a los ojos -pues ahora él estaba allí- y le dije: "Nos volveremos a encontrar en setecientos años...".

Muerte. Y Homenaje en España

Ezra Pound murió en Venecia el 2 de noviembre de 1972, menos de cinco meses después de nuestra entrevista. Me encontraba en España, recorriendo esa dura y antigua tierra. Había visitado Ronda, en el sur, la ciudad sobre el abismo, donde Rilke viviera por un tiempo. Estuve leyendo sus cartas en el pequeño museo que los españoles le han dedicado en el hotel que habitara. Sus cartas de amor a Lou Salomé, también amada e inspiradora de Nietzsche. Reflexionaba que los españoles han rendido homenaje a este poeta universal, que pisara por breve tiempo su suelo lleno de historia y de leyenda. Seguí luego hacia el norte, a una ciudad pequeña, cercana a Madrid, Medinaceli, donde el Cid buscara refugio en el destierro, ciudad de piedra y ruinas, romana y visigoda, pesada de misterio ibérico, quizás céltico, druídico. Está empinada sobre una colina y mira a un mar seco, árido, de olas parduscas, amarillas, lunares, como la visión de un planeta muerto. A veces, en el horizonte lejano, de piedra, aparece un árbol solitario, colocado allí por la belleza, por ese alguien que se goza en ordenar el paisaje de Castilla para luego contemplarlo desde la cumbre de Medinaceli, a través del viejo Arco Romano, resto de una antigua fortaleza.

Me enteré de la muerte de Ezra Pound en Madrid, en los periódicos. Los españoles le rendían sentido homenaje. Eugenio Montes refería el entierro en Venecia, donde me

transportaba con la imaginación nuevamente, hasta su casita de la calle Querini, viéndole ahora ir en su último viaje en góndola oscura, por los canales, hasta el cementerio de la isla de Saint Michele. Eugenio Montes contaba que en la última entrevista que tuvo con el poeta –hace muchos años, seguramente–, éste le había preguntado: “¿Cantan aún los gallos del Cid al amanecer en Medinaceli?”. Y agregaba que Pound había visitado Medinaceli en 1906, siguiendo la ruta del Cid. Pound amaba el poema del Cid, que consideraba superior aún a la Canción de Rolando. Había viajado a España para rehacer el antiguo camino del “Campeador”. De este modo había llegado a ese misterioso pueblito de las alturas, que se conserva como en el medioevo.

De nuevo me encontraba en un cuarto de hotel, en Madrid ahora. Era de noche y quise continuar el diálogo, interrumpido en otra noche de Venecia, con el fantasma de mi amigo, ya desprendido en definitiva. Y el fantasma vino y se sentó en una silla, no sé dónde, de seguro no allí en ese cuarto de hotel, y se puso a hablar, a hablar, como no lo haría hace tanto tiempo. Estaba otra vez joven y recitaba poemas cósmicos, decía cosas inmortales, bellas, inmensas, como la ciudad de Venecia, como el paisaje de Castilla, como las montañas de la Luna. Yo escuchaba y olvidaba. Porque todo eso se olvida, y no se debe recordar.

Un Monumento a Pound en Medinaceli

Días después volví a Medinaceli. Me enteré que allí vivía un chileno, el profesor Fernando de Toro Garland. Conversamos. Me habló también del artículo de Eugenio Montes y de las palabras de Pound sobre los gallos del Cid. Se le había ocurrido la idea de sugerir a las autoridades españolas erigir un monumento a Pound en Medinaceli, que registrara esa frase y el paso por allí del gran poeta americano al comienzo del siglo. Le animé en su empeño. Desde ese momento estuvimos en contacto personal o por carta. Seguí así todas las vicisitudes de sus esfuerzos. Las autoridades españolas del pueblo y varios amigos de Madrid colaboraron con entusiasmo. Labradores, picapedreros con sus mulas, transportaron una enorme piedra de los montes celtíberos, descascarada

por los milenios, a través de las nieves del crudo invierno. Herreros del medioevo forjaron letras simples y antiguas para ser enclavadas en la piedra, con la frase de Pound: "¿Cantan todavía los gallos del Cid al amanecer en Medinaceli?"

Se eligió la más bella plaza de la ciudad de las alturas (Medina en árabe significa ciudad; celi es cielo), y, allí, bajo un árbol añoso, se enclavó la piedra. Será también una fuente, porque el agua correrá por su arrugada y resquebrajada superficie. Esa piedra es como el rostro de Pound, en sus últimos años.

Se eligió el día 15 de mayo de 1973, día de San Isidro y de los festivales de la ciudad, para la inauguración del monumento. Me encargué de que Olga Rudge pudiera ir. Olga tiene setenta y ocho años y no va a parte alguna. Pero fue a Medinaceli.

Vinieron ese día poetas jóvenes españoles desde Madrid, con Jaime Ferrán, traductor de Pound. Se hallaban presentes en Medinaceli también algunos norteamericanos y pintores que allí viven. Y todo el pueblo vestido de día de fiesta, con sus trajes cuidados, con sus boinas, sus bastones de pastores, sus bordones de peregrinos de las alturas, sus rostros nobles, de roca castellana, sus hijos, sus nietos, que ya parten a las grandes urbes de la planicie, ciudades sin poesía. Todos ellos estaban allí para rendir homenaje a ese poeta de otras tierras, de otros mundos, que ellos nunca conocieron, que no leyeron —porque muchos no saben leer—, pero que conocen desde dentro, con su alma de roca, que se parece al rostro del poeta muerto, del poeta ecuménico. Se encontraban allí los perros y las mulas que acompañaron y trajeron la piedra, estaba el herrero, el cura, el guardia civil, y el vino y el agua y el pan, la yerba y los pájaros de Medinaceli, de la Vieja Castilla. También estaban los gallos del Cid y Pound. De esos dos guerreros desaparecidos.

Los Signos Celestes

El día anterior supe que debía hablar en el homenaje; Olga Rudge quería que yo dijera algo en ese momento. ¿Qué cosa? ¿Qué decir que pudiera parecerse al silencio de Pound

y de la Ciudad del Cielo? De amanecida me fui a caminar por las calles de la ciudad muerta, entre ruinas. Llegué a la plazuela del monumento y me senté bajo el árbol, junto a la roca. Llevaba conmigo un libro recién publicado en Barcelona por la Editorial Barral: "Introducción a Ezra Pound", con traducciones y comentarios de Carmen R. De Velasco y Jaime Ferrán. Lo abrí y leí:

*"La piedra bajo el olmo
tomando forma ahora
curva la piedra en su borde
la piedra que en el aire toma forma..."*

Era el Canto XC. Me detuve perplejo. Pero... ¡aquí está la piedra y, precisamente, éste es un olmo! Nadie lo había pensado antes, nadie lo supo. Esto se hizo solo. Pero... ¿se hizo en verdad solo? Recordé la frase de Nietzsche: "Las cosas vienen a nosotros deseosas de transformarse en símbolos". Y Rilke: "¿Qué otra cosa quieres tú, mundo, sino transformarte en invisible dentro de nosotros?"

O bien, los sueños se hacen visibles fuera de nosotros... Esto es lo que Jung llamó "sincronismo", "coincidencias", "fenómenos acausales", y Nietzsche, "azares llenos de sentido". Puro "sentido", pura "magia", puro milagro, en verdad, todo y nada. ¿Quién dirige esto? ¿Quién lo ha ordenado? ¿Acaso el mismo Pound? ¿O ese Ser que compone el paisaje, según el más alto sentido de la belleza, que hace crecer allí un árbol en el horizonte de Castilla, para que pueda ser contemplado desde la altura a través de un arco de piedra en ruinas? Ese Ser, emocionado, "tocado" por la belleza o la profundidad de los pensamientos, de los sueños, de los versos de un hijo del cielo y de la tierra, quiere así manifestarse cuanto él vuelve a su seno. ("La naturaleza imita el arte"). Tal vez sea la misma tierra, la Madre Tierra, el Espíritu de la Tierra. Cuando Jung murió, estalló una tormenta inesperada en esa época del año y un rayo cayó sobre el árbol bajo el cual se sentaba, marcándolo para siempre. Cuando Ezra Pound murió, las cosas, la roca, el árbol, la naturaleza, recitaron un poema suyo, se ordenaron como uno de sus versos: "La piedra bajo el olmo..."

Y aún más:

*“Ha penetrado el árbol en mis manos,
la savia por mis brazos ha ascendido
el árbol en mi pecho se hizo grande,
hacia abajo,
salen de mí las ramas como brazos.
Árbol eres,
musgo eres,
eres violeta que acaricia el viento...
Mueren los árboles y el sueño permanece”.*

En la tarde del día del homenaje, en presencia de todo el pueblo, como he dicho, también de la heroica compañera de Pound, se recorrió la bandera de España que cubría el monumento, el “rostro”, la “piedra bajo el olmo”. Y, entonces, en el olmo cantó un mirlo. Y el pueblo comentó el suceso y lo seguirá comentando por mucho tiempo, porque los habitantes de esas viejas ciudades en ruinas, de los pueblos de antaño, son como los griegos de la leyenda, como los celtas y los druidas, descubren en el canto de un pájaro, en un día de auspicios, un hecho digno de ser interpretado y que llena así sus vidas hasta la muerte.

¿Qué más puede desear un gran poeta que sus poemas sean recitados por las cosas? ¿Qué más puede desear que un mirlo cante en su homenaje? ¿Qué prueba mayor puede darse de que un hombre es grande, de que un poeta lo es, que el cielo, o la naturaleza, se manifiesten así para confirmarlo?

Aún canta un mirlo en Medinaceli. Y canta por Ezra Pound.

Montagnola, junio de 1973

* * *

Ese día, de hace casi treinta años, en la vieja ciudad de Medinaceli, yo hablé junto a la Piedra y al Árbol, con una voz casi inaudible, traspasada por la emoción, y dije todo aquello, tan simbólico, recitando el poema de Ezra Pound. Mi hijo José Miguel, quien me acompañaba, es testigo de todo esto. Tal vez debí pararme en silencio frente al árbol y a la piedra y no decir nada, sólo dirigiendo mi mirada a lo alto, a la “Ciudad del Cielo”, para

llegar directamente al corazón sangrante del poeta. Y cantar luego el Himno: “Yo tenía un camarada”.

Porque raramente se ha torturado tanto la sensibilidad de un hombre, de un artista tan grande –y hasta el final de sus días aquí en esta Tierra–, como a Ezra Pound, un irlandés de los Estados Unidos de América, que fuera partidario de Hitler durante la Gran Guerra. Y sólo por el hecho de haberlo sido, se le mantuvo encerrado en Pisa en una jaula para animales y, luego, por trece años, confinado en un asilo de locos. Y hasta el final vivió rodeado de gente buena, que le quería, pero que no compartieron sus ideales. El lo sabía y por eso decidió el silencio, como defensa última y desesperada. Esto me lo reveló a mí.

El día de la despedida, se hallaba en cama, en la parte alta de su casa. Pidió a Olga Rudge, con señales y gestos, que me dejara subir. No recuerdo si abajo se quedó también Frank Mac Shane. Pound sufría dolores en todo el cuerpo. Tenía 87 años y el clima húmedo de Venecia debía hacerle mal. Me hizo señas de que me sentara al borde del lecho. Y entonces habló, con una voz profunda, como no usada por años, por largo tiempo, sólo parecida a la del disco de gramófono con sus poemas:

“–Come, sit here; you are one of the few... Gracias, gracias por venir a verme. Es el regalo de estos últimos años que me envía el *Führer*, nuestro *Führer*, para reconfortarme en mi soledad total, rodeado de los ‘muertos que entierran a sus muertos’, o de católicos de la religión judía de la usura y de la explotación. Yo fui partidario del *Führer* alemán, porque siempre supe que Hitler era un santo. Yo conocí a Mussolini, un gran hombre, pero Hitler era otra cosa. No era de este mundo. Yo sé quién era. Y un poeta, como nosotros, no se equivoca. Su mensaje es de amor al hombre, para convertirlo en *Superhombre*, en lo que una vez fue. Y amor al hombre significa, a la vez, odio al enemigo del hombre”.

(Muchos años después, en la celebración en Chile del Centenario de Adolf Hitler, un fascista italiano repitió casi las mismas palabras. Dijo: “Las monedas tienen cara y sello. No hay cara sin sello. Amor al hombre significa también odio al enemigo del hombre”. Ezra Pound volvía a hablar a través de él, de un italiano y de un fascista; de esa Italia que él tanto amó y en la que murió).

Olga Rudge me había confesado su deseo de llevar a Ezra Pound a China para ver si con la acupuntura podría recuperar nuevamente el habla. Ella creía que la había perdido tras una

operación quirúrgica a la que debió someterse. También se lamentaba de que no hubiese conocido a Jung, para conversar con él, aunque fuera en el silencio. Sobre lo primero, yo le manifesté mi opinión contraria y le di mi juicio de que tal vez él deseara permanecer en el silencio, para poder meditar mejor y repasar su vida y sus hechos. Sobre Jung no dije nada, pues tal vez hasta hubiese sido contraproducente; porque el profesor se hallaba en plena realización de su estrategia de ocultamiento. En aquella ocasión, Ezra Pound escuchó lo que yo le decía a su mujer y bajó los escalones de su cuarto, me estrechó las dos manos entre las suyas, me miró profundo a los ojos y casi me habló, casi me dijo algo.

Seguramente por eso me hizo ahora subir a su cuarto para despedirme y para hablar, saliendo de su silencio voluntario, de yoga de la India y también de santo.

“—Sí, usted lo sabe, lo supo; no es enfermedad. Estoy rodeado de personas que no entienden nada de lo enorme que se jugó en la Gran Guerra y del papel que yo, como poeta, tuve en ella. Es esto lo único que poseo para la eternidad, para la inmortalidad, más que todos los premios y reconocimientos literarios que los hombres pudieran darme y que no me dieron por esta causa. ¡El ir junto a Adolf Hitler por toda la Eternidad! Como los cátaros de Montsegur, como Bertrand de Born (“no Tristán”, lo repitió), a los que usted se ha referido. Yo estoy dispuesto a aceptar la hoguera (y como Rudolf Hess lo dijo) antes que abjurar de mi fe, de mi Religión Aria. Si yo hablara, vendrían los periodistas y todo el mundo, a entrevistarme y me obligarían a hablar, a decir cosas y tergiversarían mis palabras, haciéndome decir lo que no he dicho, como si abjurara... Bien, se ha establecido un pacto entre nosotros...”.

Tomó mis manos sobre el lecho y yo se las besé, diciéndole: “—¡Nos volveremos a reencontrar eternamente, camarada!”.

* * *

Ezra Pound me regaló el disco con sus poemas, recitado en los antiguos Festivales de Spoleto. Sus Cantos, como los trovadores, y escribió: “*To Miguel Serrano. To record a new friendship*”. Paráfrasis de mi libro sobre Hesse y Jung, que en inglés llevaba el título “*A Record of Two Friendships*” y que él había leído.

Y a propósito de los Festivales de Spoleto y de la participación de Ezra Pound, quiero estampar aquí, también como “*record*”, un

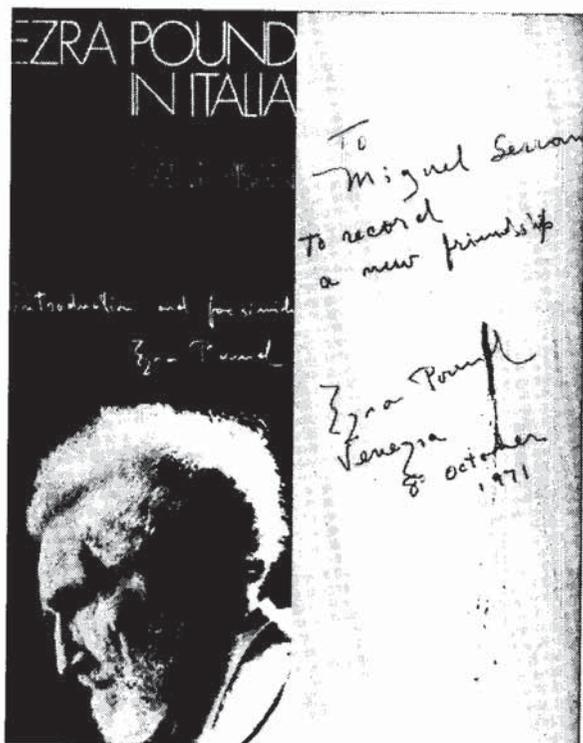


Foto de Pound dedicada. Dice: "Para certificar una nueva amistad".

gesto vergonzoso de Neruda, quien acompañado de un "poeta" ruso, abandonó la sala, cuando el verdadero Poeta—el "poeta fascista"—, Ezra

Pound, comenzó a recitar sus cantos. Sólo un ser con un alma miserable, preocupado únicamente de guardar sus apariencias y sin grandeza auténtica pudo hacerle tan gran desaire a un poeta auténtico. Y cuando era ésa la ocasión para demostrar que la Poesía de verdad está por sobre todas las otras pequeñeces de este mundo y de que un chileno es capaz de reconocerlo. Pero Neruda vivió pendiente de cuidar su imagen, sus premios y "puestecitos". Lo supe en India, cuando me recomendó "hacerle un nuevo regalo al Presidente Ibáñez, para poder conservar mi cargo".

Me he hecho un deber revelar aquí el secreto de Ezra Pound. Siempre he estado escribiendo sobre él. En "*Nos. Libro de la Resurrección*", en el capítulo "*El Guerrero Herido*", doy estos indicios. Como en otras situaciones, frente a personajes de la Historia que me ha tocado frecuentar y conocer, y que me abrieron sus almas, entregándome su afecto, en estas "Confesiones de los Últimos Días" deberé decir lo que de ellos supe y que a mí y a nadie más dijeron. En el caso de Ezra Pound es necesario que se conozca que este hombre fue un héroe, un mártir, quien, al igual que Rudolf

Hess (el del Mito, el de la Leyenda), con una voluntad de acero, fue capaz de mantenerse en un silencio torturado hasta su muerte solitaria en el hospital de Venecia, para no tener que abjurar del Ideal sublime y "poético" al que entregara y sacrificara su existencia.

Pound es uno de los más grandes hombres de la Historia Universal. Y esto se llega a saber y a conocer mejor por la revelación que he hecho.

CONTRA LA USURA

Por Ezra Pound

*"Con usura no hay hombre que tenga casa de buena piedra.
Con usura no llega al mercado la lana,
no aportan la ovejas ganancias con la usura.
La usura es una peste, la usura
embota la destreza de la hilandera.
Tu pan siempre será de harapos rancios,
seco será tu pan como papel,
sin trigo de montaña, harina fuerte.
Con usura la línea se hace tosca,
con usura no hay límites precisos
y no hay hombre que encuentre lugar para vivir.
Sin piedra está el picapedrero,
sin hilo el tejedor.
Pietro Lombardo no llegó por la usura.
Porque con la usura ningún cuadro
está hecho para perdurar,
ni para vivir con él,
sino para venderse, venderse con premura.
Piero della Francesca, ni Angélico llegaron
por la usura,
ni catedral alguna de piedra firmada: Adamo me fecit.
La usura oxidara el cincel,
enmoheciera el arte, el artesano...
Cadáveres se aprestan al banquete
por orden de la Usura".*

* * *



Esta creación de Hitler (el "escarabajo" Volkswagen) hecha no por la USURA es la mejor ilustración del poema de Pound. Perdura en el tiempo casi como un auto inmortal. El Nacional-socialismo era eso: había terminado con la usura.

Se quiso hacer del entierro de Ezra Pound, en 1973, en Venecia, un acto ecuménico. Olga Rudge, y de seguro también

Ivancicich y sus otros amigos italianos, que nada sabían de él, ni pensaban igual, invitaron a participar a gente de todas las tendencias y al Rabino de Venecia, quien, por supuesto, no asistió. Así, hasta el último, hasta en su funeral, Ezra Pound se encontró solo. Sin embargo, él ya no estaba allí. Se hallaba en el *Walhalla*, junto a Wotan y los héroes de todas las guerras justas, reconfortado y consolado por sus camaradas que, llenos de alegría, escuchaban sus cantos, que ahora él recitaba para ellos. Para su Dios y para el *Führer*.

LA SIMBOLOGIA DEL ARBOL

Un árbol en mi infancia, en el jardín de la hacienda "Popeta"; otro árbol en los bosques de Belgrado; otro más en el monte Freinburg, en el bosque de Linz. Y otro, en el monumento a Ezra Pound y en su poema.

En un árbol, el *Igdrasil*, se crucificó Wotan y allí, dentro de él, pendiendo tras nueve noches, redescubrió las Runas que entregaría a su pueblo para la Liberación. De aquí los judíos del cristianismo plagian y distorsionan la Gran Revelación, inventando la crucifixión macabra de un Cristo sanguinolento, en el madero de un árbol y culpando al pueblo ario de los romanos. Falsifican el mito y destruyen el símbolo.

Porque el Árbol, el Dios-Árbol, simboliza la columna vertebral del hombre, que puede entregar la Inmortalidad, transmutando por el “redescubrimiento”, el “despertar” del *Futhark Rúnico* de los *shakras*, impuestos en su corteza (con ramas de árbol los *runenlautre* en y las *nornas* interpretaban las runas, adivinaban el Destino). La crucifixión de Wotan equivale al despertar del Fuego *Kundalini* en su columna (un árbol), a la muerte mística por el Fuego Frío, por la Luz Fría y el reactivar de los *shakras* (runas) para resucitar transmutado en un Dios, en un *Kristos*, en un *Avatâra*. Y así Wotan se transforma en Dios y Hitler en *Avatâra*, en un *Bodhisatva*. Y serán redondos, es decir, totales, como un *Vimana*. Un Disco que vuela y les lleva a la “Ciudad del Cielo”, a *Medinaceli*.

Los araucanos, los mapuches, originarios de Frisia, según la maga Glaura, informante de Alonso de Ercilla, adoraban y respetaban a los árboles de los bosques del sur de mi Patria, los veneraban, como al símbolo de un Poder perdido, que algún día deberían recuperar, cuando los gigantes sumergidos en la roca de los Andes (que es un bosque petrificado) emergieran para enseñarles, como antaño, la Sabiduría de *Mana*, el Gran Poder. Por eso el arquitecto araucano de las rucas indígenas, era a la vez el guardabosque, que sólo cortaba un árbol después de obtener su permiso, como un sacrificio voluntario y una entrega de Amor. De *A-Mor*—sin muerte—.

Inmóvil como Dios (la Roca y el Árbol), “con sus raíces llegando al infierno, para que su copa pueda alcanzar el cielo” (Nietzsche), símbolo de la Totalidad perdida, más allá de los polos de opuestos, El puede otorgarnos la Inmortalidad, dándonos a comer sus frutos-*runas*, sus frutos-*shakras*, entregándonos el conocimiento del bien y del mal, liberándonos. Para ello deberemos crucificarnos en el *Igdrasil*, el Árbol del Espanto.

Incendiando los árboles y los bosques, el Enemigo está destruyendo la posibilidad de liberación del Hombre-Dios aquí en la Tierra.

Cuando el Bosque se ama y se respeta, como en la antigua Germania y en el antiguo Arauco, y de él surge la sabiduría pagana de sus Dioses, entonces se puebla de hadas, de nomos, de elfos y de duendes, que conversan con los hombres y los niños. Y ayudan a crecer a las flores más bellas, a las flores transparentes, las que no existen. Y se regocijan con el canto de los pájaros, de los chincoles, los zorzales y las loicas de pecho rojo.

Y hasta los cóndores del cielo descienden de sus cumbres andinas, cuando nadie los ve, para visitar el Paraíso.

¿QUE FUE DE FRANK MACSHANE?

Frank MacShane nunca escribió el libro sobre Ezra Pound. En la biblioteca del poeta se encontró la biografía de Ford Madox Ford, de MacShane. En su primera página, Pound había escrito con su letra: *"God Bless MacShane"*. Pero cuando yo le dije que Frank también estaba escribiendo su biografía, él movió su cabeza de lado a lado, en un signo negativo y profético.

¿Qué habrá sido de mi amigo Frank MacShane? Vino a Chile en pleno golpe militar y dijo: *"The streets are very clean, but bloody"*. Ya no le volví a ver, hasta hace tres días, cuando tuve un sueño. Acompañado de otra persona iba a visitar un asilo donde, sobre una cama, se hallaba tendido un hombre desgredado. Era Frank. A su lado había otro lecho con una mujer. Frank estaba con Alzheimer y no me reconocía. Me acercaba a saludarle, diciéndole:



Con mi traductor y amigo, el profesor Frank MacShane, y mi editor inglés, Collin Franklin, de "Routledge and Kegan Paul", en su casa de Oxford.

“—Frank, soy Miguel Serrano y vengo a verte”.

Se asustaba y se pasaba a medias al lecho de la mujer. Después se levantaba y salía a la calle. Nosotros le seguíamos por unos barrios oscuros y tortuosos. Era de noche. Y yo descubría que mi acompañante era también Frank Mac Shane, joven y sano.

Y no pudimos dar alcance al viejo y enfermo.

VAMOS A TERMINAR LO ANTES POSIBLE ESTAS “MEMORIAS”

Hemos dicho que son las revelaciones de los Últimos Tiempos. Y en verdad, los signos se precipitan. Pareciera que la gente ya no vive, se arrastra. Llega a los cien años, cuando no hace mucho, con dificultad se alcanzaban los cincuenta. Pero ésta es una ilusión. Lo que sucede es que el tiempo se acelera, como el galope de los caballos al acercarse a la “querencia”, o las antiguas locomotoras al llegar a la última estación. Los años se han acortado y los días se van, como un suspiro. En verdad, se está viviendo menos que antes.

Voy a pasar por alto anécdotas y sucesos de Austria y también de mi vida en Montagnola, con mi exilio voluntario en Suiza, en la casa de Hermann Hesse, para concentrarme en lo esencial de mi búsqueda afanosa de los secretos que han impulsado nuestro Combate aquí, en este agónico astro. También debo acelerar mi propio tiempo, contra el Tiempo, para que este libro sea publicado ahora, antes de que el reloj marque la hora cero, dando una campanada de más o una de menos.

* * *

Muchas de las cosas vividas en Austria y en Montagnola ya han sido relatadas por mí en otros de mis libros, en “El Cordón Dorado”, en “Adolf Hitler, el Último Avatâra”, en “Manú. Por el Hombre que Vendrá”, o en el volumen I, en el II y en el III, de estas “Memorias”. Podría repetirlas aquí, tal vez con más detalles, si no fuera por la preocupación que tengo de que se nos va el tiempo y que deberé concentrarme en lo que hasta ahora no dicho y que celosamente he guardado.

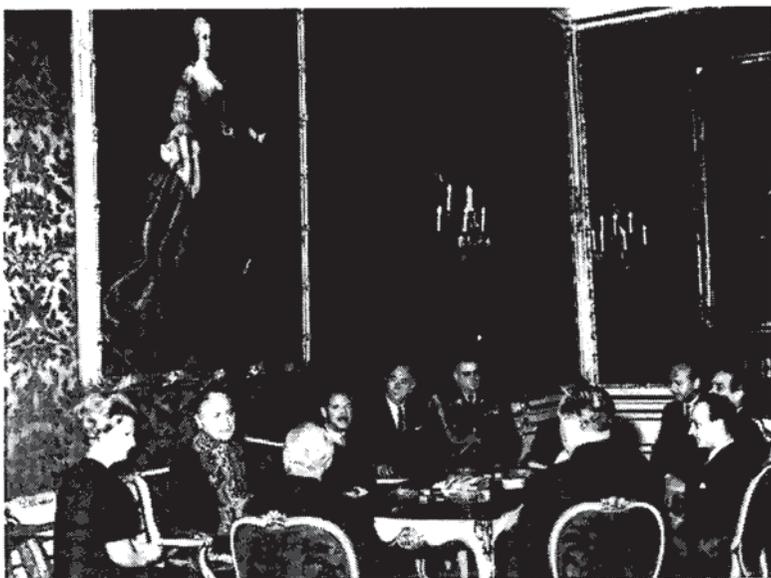
En Austria estuve con Landic, ex director SS de los servicios de contra-inteligencia, quien aseguraba que Bormann había sido



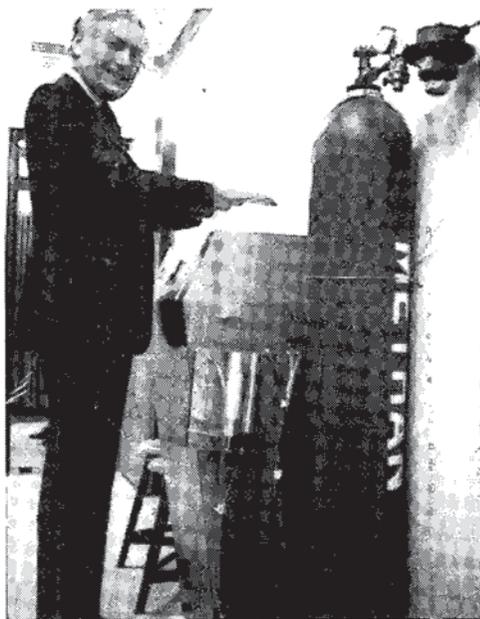
Revista a la guardia ceremonial en la presentación de credenciales del Embajador de Chile en Viena.



Entrega de credenciales al Presidente de Austria.



Conversación en el salón de ceremonias del Palacio de la Presidencia de Austria, tras la presentación de credenciales del Embajador de Chile. Además del Presidente y de los funcionarios austriacos, se hallan presentes el Primer Secretario de la Embajada de Chile, Luis Quinteros Yáñez, y el Cónsul Lizana. Arriba, el cuadro de la Emperatriz María Teresa.



De visita en una planta atómica experimental alemana, construida por la empresa "AEG". Eran los tiempos en que Chile se interesaba por los reactores atómicos de potencia y yo representaba a Chile como Embajador ante el Organismo Atómico Internacional de Viena.

un espía ruso, cosa que me negó Skorzeny. Landic fue autor de interesantes libros como “Tiempo de Lobos en Thule”, desgraciadamente sin traducir. Conocí también a Mund, el sucesor de Lanz von Liebenfels en la dirección de la Orden del Nuevo Temple, quien me presentó al ingeniero que trabajó en las armas secretas y en los *Ovnis* de Hitler. Ya en aquellos años me habló de los “clones”, como se diría hoy, y, aún más, de la “duplicación” y “copia” perfecta de los cuerpos (*Doppelgänger*), de tal modo que los rusos encontraron catorce cadáveres de Hitler, todos iguales, en las ruinas del *Bunker* de Berlín. En este caso, los “muertos se parecían a los vivos”. Y él se preguntaba quién era Hitler, en verdad; dónde estaba el auténtico, cual era el auténtico. Pregunta terrible y que ahí nos formulamos en su mayor profundidad.

Imaginémonos una noche en Viena, en los arrabales, con una luz mortecina, y nuestro pequeñísimo grupo junto a ese hombre que se repetía a sí mismo esa pregunta lacerante. Y todos nosotros “crucificados en el Árbol del Espanto”.

Mund escribió un libro sobre Willigud, el misterioso consejero esotérico de Himmler, al que tituló: “El Rasputín de Himmler”.

En el “Organismo Internacional de Energía Atómica” representé a Chile, también como Embajador. Se suponía que debería obtener la autorización para adquirir el uranio enriquecido para nuestro reactor atómico experimental, en La Reina. Y así creí haberlo logrado hasta que científicos alemanes, cuya amistad pude cultivar, me dijeron que ese uranio no existía, ni tampoco la bomba atómica: El Occidente, después de Hitler, aún no era capaz de dominar la “Implosión”, única capaz de producir el “uranio enriquecido”. Sólo Hitler tuvo la bomba atómica, me revelaron. (De esto hace ya más de veinte años). Y, curiosamente, Pinochet dejó de interesarse en los reactores atómicos para Chile, en la energía atómica y en la bomba, apartándose de esa línea peligrosa.

Las bombas de Hiroshima y Nagasaki fueron las que Hitler no quiso usar y dejó en manos de los aliados. También la que Byrd usó en la Antártida, sobre “*Neue Swabenland*”, y es culpable de la “ventana del ozono”, por haber estallado en el aire.

Siguiendo las instrucciones del escritor nazi francés Saint Loup, excursioné en los montes austríacos de Sillertal, donde él creía que los SS habían logrado ocultar el *Gral* de los hiperbóreos, que custodiaron los cátaros en las montañas del Sabarthé, en el

Languedoc, y que allí descubrieron los hitleristas al “cumplirse los setecientos años” del holocausto cántaro de Montsegur.

Pero Saint Loup se equivocó al creer que la “Piedra” del *Gral* no había sido descifrada por los hitleristas. Allí se había grabado el secreto último de la ciencia hiperbórea y, con la ayuda de Aldebarán, Hitler logró conocerla y así construir el Disco Volante y partir con el *Gral* en dirección de la *Otra Tierra*.

Saint Loup buscó desesperadamente el refugio de Hitler en el sur de la Patagonia, hasta el Cabo de Hornos, sin hallarlo. Pero siguió con la esperanza viva del regreso, hasta su muerte. Escribió sus libros: “*Desde el Aconcagua al Cabo de Hornos*”, “*Les Nouveaux Cathars pour Montsegur*” y “*Le Roi Blanc des Patagons*”, sobre el aventurero francés Orelie Antoine, en una bellísima edición desconocida y que me regaló dedicada.

Saint Loup siguió también las huellas de Otto Rahn, personaje transformado en mito y símbolo por los nuevos nazis. Su primer libro, “*La Cruzada contra el Gral*”, logró entusiasmar a Himmler, quien lo rescató de la bohemia parisiense y trató de convertirlo en SS, sin gran éxito, ya que su segundo libro, “*La Corte de Lucifer*”, es un mal libro, bastante artificial. Otto Rahn aparece suicidándose, poco antes de casarse, en una montaña de las fronteras con Austria, en 1939, siguiendo el ejemplo de su héroe, el trovador Bertrand de Born.

* * *

Kurt Waldheim, Ministro de Relaciones Exteriores de esos años, fue un muy buen amigo. Luego pasó a ser Secretario General de las Naciones Unidas y, de allí, a Presidente de Austria. Le hice llegar un ejemplar de la edición alemana de “*El Cordón Dorado*”; me lo agradeció entusiastamente. Luego, como ya hemos dicho, Waldheim debió afrontar momentos muy difíciles por causa de una campaña judía en su contra. No le perdonaban que hubiera sido neutral en la guerra con los palestinos.

Al dejar Austria, me fui a despedir del nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, Kirchshlager. Me manifestó su pesimismo respecto a Chile: “Si un país elige el socialismo, los rusos se encargarán de que ya nunca más se salga. Esto me lo declaró Krushev personalmente”.



El Ministro de Relaciones Exteriores de Austria, Kirchshlager –luego Presidente de su país–, me hace entrega de un presente, en la cena de despedida como Embajador de Chile.

Se equivocó. En cambio, el Secretario General del Gobierno de la India, Mr. Kaul, a quien encontr en Viena en esos días, en una recepción dada por Indira Gandhi, en honor del Primer Ministro Kreisky, fue profético.

“–No te preocupes, Miguel, Chile jams será un país socialista”, me dijo.

Y los hindúes, como siempre, tenían razón.

Indira se hallaba de visita oficial en Austria. Y esa fue la última vez que la vi en la tierra. All, en la vieja Viena. Pensando en la nueva vida que yo debía afrontar, sin un lugar preciso donde residir, me hallaba apartado en la gran sala de la recepción, ajeno a esa tensión de las fiestas oficiales, tan vividas por mí, y concentrado en mis pensamientos sobre mi Patria. Vi venir a Mr. Kaul. Me tom del brazo, diciéndome:

“–Qu haces aquí? Tienes que venir junto a Mrs. Gandhi. Ella te est esperando”.

Estaba sentada, también sola, en un rincón de la sala y junto a ella había una silla vacía. Al verme llegar me sonrió, de ese modo tan especial, como niña tímida y con los enormes ojos a medio cerrar.

“—Siéntate aquí, querido Miguel... ¿Qué te ha sucedido?”.

Yo cojeaba, pues había tenido un accidente en un pie y me apoyaba en un bastón.

“—Nada”, dije, “un percance sin importancia”.

“—¿Qué vas a hacer?”.

“—Aún no lo sé. Buscaré un lugar donde residir en este mundo”.

“—¿Por qué no lo haces en India, en Almora, donde tuviste una casa. Allí se encuentra Sunya²³ y también estuvo el Lama Govinda²⁴, tus amigos... Y estaré yo, para protegerte y vigilarte...”.

Y rió, un poco triste, con su bella risa, que yo recordaba y aún recuerdo, siempre.

Luego, sin importarle el entorno, me cogió una mano. Yo se la retuve y recibí su presión reconfortante, que venía de su corazón de amiga entrañable, eterna.

Y ya no la vi más en esta vida. Sólo muerta.

LAS FRUTAS DEL PARAISO

Cuando el hombre perdió el Paraíso, también lo perdieron las frutas: las naranjas, los higos, los duraznos, las uvas y, en especial, las manzanas.

¡Qué maravillosas frutas hubo en otro tiempo!

Desde la pérdida del Paraíso las frutas están inmóviles. A la manzana la aprisiona la cáscara y no la luz; permanece a la espera de una mano que, como antaño, cogiéndola del

23. Poco después Sunya dejó la India para instalarse en San Francisco, en California, donde murió. Nunca dejó de comunicarse conmigo. Sus seguidores me enviaron una porción de sus cenizas.

24. Ocupaba en Almora la casa construida por Evans Wens, el editor del “Libro de los Muertos” del Tíbet. También se trasladó a San Francisco, y ya no supe más de él.

Árbol, la haga descender el camino de las transformaciones que descubre el pecado.

Por muy pura y bella que sea la boca que muerde a la manzana, el fruto se ha disuelto sin cumplir su destino, ha perdido su forma antes de realizar sus sueños.

Antaño, en el Paraíso, las frutas podían moverse por su cuenta, descender del Árbol, ir donde las empujara el sueño; fundirse con el Padre, murmurar canciones, sonar como la música.

¡Qué maravillosas frutas hubo en otro tiempo!

¿Sabes por qué se perdió el Paraíso? El hombre envidió a las frutas, de preferencia a la manzana. También envidió a la naranja, que no tenía piel, sino luz redonda; su forma era perfecta, como un astro, como el Sol. Un sol con alas que podía descender del Árbol y caminar en dirección a sus propios sueños.

Cuando la primera mano cogió la manzana, cuando sus dedos se cerraron sobre su mejilla sensible, se perdió el Paraíso. Y vino la parálisis de las frutas, que no pudieron moverse más.

¿Te acuerdas del Paraíso, de las maravillosas frutas de otro tiempo?

Hoy sólo son lágrimas en los lagares.

Pero he aquí que una noche las frutas decidieron retornar al Paraíso, al jardín de su infancia. Aprovecháronse que el hombre dormía; aprovecharon también que por allí pasaba un río extraño cuya corriente se deslizaba hacia el origen, hacia las fuentes.

Las frutas concentraron sus tenues energías, su dolor, su sueño, su ansia de Paraíso y lograron estremecerse, moverse apenas, para caer en esa corriente que las transportaría al Paraíso, al jardín de la infancia, al Árbol, a la Copa del Padre.

Y allí navegaron como en un sueño, como en el sueño del hombre. Y fueron tan felices al reencontrarlo todo.

Pero he aquí que la corriente de ese río extraño no era más que el sueño del hombre. Y dentro de su sueño el hombre despertó y vio que las frutas ya no estaban. Las llamó con grandes gritos, buscándolas en medio de la noche, con verdadera angustia, con terror. Porque el hombre sabía que si las

frutas recuperaban antes el Paraíso, él ya nunca podría entrar.

Como niños asustados que oyen a su padre, las frutas escucharon la voz del hombre en las inmediaciones del Paraíso, en el centro de la noche y en esa luz de sueño. Primero quisieron esconderse; pero estaban tan llenas de la alegría del Padre, del jardín de la infancia, de la dulzura del agua, del río que se desliza hacia las fuentes, que decidieron volver para ayudar al hombre y decirle que de nuevo eran felices.

Por delicadeza abandonaron otra vez el Hogar, por amor al hombre; o quizás por miedo al hombre, que hasta en el Paraíso las asustaba con su voz.

Y en el agua de su propio sueño, el hombre encontró la manzana. Con resentimiento —como un pequeño padre que castiga a su pequeño hijo— la golpeó hasta destrozarla, hasta romper su forma contagiada de Paraíso.

Esa mañana, al despertar, junto a un río misterioso, el hombre estaba de hinojos ante el portal de la casa de su infancia. Pero no pudo entrar, porque en su mano aprisionaba el cadáver de un fruto del Paraíso.

Belgrado, 1955.

PEREGRINACION Y BUSQUEDA

¿Dónde ir? En los veinte años de diplomacia no había logrado ahorrar más de treinta mil dólares, y esto sólo en los últimos tiempos, en prevención de lo que pudiera pasar. Desde mi primera representación en India, sólo recibí mi sueldo, un poco más de mil dólares mensuales, de los que enviaba quinientos a mi esposa en Chile y el resto los gastaba en pagar casa, oficina y empleados, todo costado por mí, más el auto oficial, también por mi cuenta. Nos pagaban el sueldo en dólares y, afortunadamente, el cambio a pesos chilenos, a rupias, a dinares o shillings austríacos, nos favorecía. Así y todo, hasta mis últimos tiempos de Austria, nunca recibí para “gastos de representación” y las disposiciones fueron que nuestros diplomáticos debían viajar en clase turística, en los vuelos de ida y vuelta al país. Ya he contado cómo viajando con Nehru e Indira Gandhi, ella debió pasar de su primera clase a la de turista para conversar conmigo y Nehru enviaba a su Jefe de

Protocolo a que me llevara junto a él, a salas VIP, en los aeropuertos donde el avión de la "Indian Airline" hacía escala. Sin duda, éramos y somos un país pobre, pero esas disposiciones demagógicas de nuestros gobiernos son ridículas y no impresionan a nadie, sabiéndose que presidentes y políticos gastan sin control.

Jubilé, en 1971, con la suma mensual equivalente a un dólar de los EE.UU., al cambio de la época de Allende. Lo dejé a mi esposa en Chile. Y empecé a recorrer Europa, en busca de un refugio, disponiendo únicamente de los ahorros mencionados y de la venta de algunas antigüedades de India, Tíbet, China y Persia, que había recibido como regalos o adquirido en esos veinte años. Jamás he solicitado que mi jubilación se nivele con las que hoy reciben los diplomáticos en Chile, pues debería pedirlo como un favor a los mismos gobernantes que hoy han entregado nuestro territorio patrio en venta, o como regalo, atentando contra la integridad de este Chile amado y venerado, por el que tantos años luché en Asia y Occidente.

Poco a poco mis libros, publicados en Inglaterra, en Japón, en Argentina y en los EE.UU., traducidos también al italiano, al francés y al alemán, me fueron aportando algunos dineros, permitiéndome sobrevivir. El príncipe Sterhazy aceptó venderme una

torre cerca de Viena; pero decidí, al final, adquirir otra en España, en Castellar de



Con tenida ritual, con un astrólogo amigo en la Casa Camuzzi, en Montagnola, Suiza.

la Frontera, en Andalucía, desde la cual podría contemplar hasta la costa africana y Gibraltar. La adquirí con la venta en Madrid del automóvil que utilizara en la Embajada de Austria.

Mi amigo, Isidoro Vázquez de Acuña, aún recuerda las peripecias de la búsqueda de un refugio en el sur de España. Y también Ute. Juntos recorrimos esas montañas y, en la ciudad de Ronda, nos encontramos con cartas manuscritas de Rilke y una estatua de cuerpo entero del poeta, contemplando, desde esas alturas, las distantes llanuras de Andalucía. También Rilke peregrinó desesperadamente por Europa, en busca de la inspiración que le permitiera terminar sus "Elegías de Duino". Curioso destino de España que ha ofrecido generosamente su tierra para levantar monumentos a dos grandes poetas, Rilke y Ezra Pound. Ambos en alturas que se acercan al cielo.

Pero no sería en España, ni en Austria, donde me refugiaría al final. La torre de Castellar de la Frontera, que yo había adquirido dentro de una ciudadela amurallada del siglo XI, sobre una alta colina, y que perteneciera al Duque de Medinaceli, necesitaba de reparaciones para poder ser habitada. Yo carecía de los medios para ello, por lo cual debí venderla a un amigo belga, quien la reparó, pero nunca vivió en ella. La vendió a su vez y hoy reside en otro sitio de la Costa del Sol, como la misma Ute.

Sí, mi destino no era España, ni ningún otro punto de Europa, salvo una pequeñísima ciudad de la Suiza italiana, también construida en las alturas cercanas al Cielo.

EN LA CASA DE HERMANN HESSE

Quise enseñar a Ute en Suiza el lugar donde viviera por muchos años, hasta su muerte, Hermann Hesse.

Durante los descansos en mi búsqueda, residía en una pensión antigua en la vieja Viena. En el libro de huéspedes se hallaba la firma de la hermana de Hitler. Desde allí partimos en dirección a Lugano y Montagnola, en la parte italiana de Suiza, cruzando por bellos pasos nevados en las cumbres alpinas.

Con emoción recorrí de nuevo esos estrechos senderos y calles de Montagnola hasta llegar a la casa sobre la colina que habitara H. Hesse. Tampoco nos fue posible visitarla. Sin embargo, Hermann Hesse no vivió siempre ahí. Llegó a Montagnola a instalarse en la vieja mansión barroca de la "Casa Camuzzi", donde se le arrendó

un departamento del primer piso (segundo piso, para los chilenos). Como he dicho, por muchos años, yo no había visitado esta casa y sólo me había sentado en su jardín, con Jennifer Jones, a contemplarla desde afuera.

Ahora con Ute hicimos lo mismo. Ahí arriba se asomaba el “balcón de Klingsor”. Ella dijo:

“—Llamemos a la puerta principal”.

Lo hicimos y la puerta se abrió y salió una señora de rostro hermoso y de estatura más bien baja. Era la *signorina* Rosetta Camuzzi, dueña de la mansión y de la plazoleta frontal, del mismo nombre. Nos llevó al segundo piso y nos dejó en el umbral, entregándonos algunas llaves para abrir los cuartos y la puerta a la pequeña terraza, pues el lugar se hallaba desocupado.

Y fue así cómo entramos y pudimos recorrer el santuario, con recogimiento y en silencio, sumidos en nuestros recuerdos y en cavilaciones. Allí estaba el “balcón de Klingsor”, con su vista al jardín encantado y a la cumbre del Monte San Salvatore y la terraza con almenas, mirando hacia el lago de Lugano. Todo permanecía igual a los tiempos en que aquí habitara Hermann Hesse, la pequeña chimenea en el gran *hall* central, el espejo antiguo, con un marco dorado con flores, en el que se mirara Klingsor²⁵ para pintar su autorretrato. La pequeña cocina a leña, guardada como reliquia, y el lecho de madera en que durmiera y tal vez soñara sus leyendas, sus mitos y su “Juego de Abalorios”.

Partimos envueltos en esa atmósfera mágica y, al llegar a Viena, Ute me dijo:

“—Usted no puede vivir en otro lugar fuera de Montagnola y en la casa de Hermann Hesse. Escríbale a la *signorina* Camuzzi, ofreciéndole arrendar el departamento”.

Así lo hice, remitiéndole una copia en italiano de mi libro “El Círculo Hermético”, con mis conversaciones con H. Hesse y C. G. Jung, que yo había escrito en Yugoslavia²⁶. La respuesta no se

25. En el cuento de Hesse “El Último Verano de Klingsor”.

26. Hoy la Casa Camuzzi ha sido declarada sede del Museo de Hermann Hesse, en Suiza. Entre los papeles y pertenencias de la *signorina* Camuzzi, también se encontró mi libro dedicado y ha pasado a formar parte del Museo.

demoró en llegar. Fue afirmativa. Y de este modo, me fui a vivir, por diez años, en la vieja Montagnola de la "Collina d'Oro", en la Casa Camuzzi y en el departamento donde Hermann Hesse, a comienzo de siglo, encontrara el descanso y refugio del peregrino.

En la edición en español de "El Círculo Hermético", la edición de "Kier"²⁷, puse la siguiente dedicatoria: "A Ute, la que con Hermann Hesse, me permitió vivir en la Casa Camuzzi".

LA VUELTA DEL PEREGRINO

Pocos tienen la suerte de poder recomenzar la vida, despojados, desnudos de todo, como en los años de la adolescencia. Oscuramente, entreveía esta posibilidad para mí; creo que hasta la deseaba, desde lo más hondo de mí mismo, al extremo de haberla buscado inconscientemente, propiciándola con acciones, hechos insólitos, palabras no dichas, sueños no formulados.

Y he aquí que, cruzado el medio siglo de vida, por azar o destino—si es que el destino o el azar existen—, aquí estoy otra vez, despojado de oropes, de dignidades, convertido de nuevo en vagabundo, lejos de todo, yendo con un bordón y saco andino por los mismos senderos que hollara hace veinte años, cuando saliera de mi patria por primera vez.

Entonces era joven, con grandes entusiasmos e ideales. Venía a Europa en busca de héroes venerados—porque entonces los héroes y los encuentros existían—. Existía también la juventud del alma y del cuerpo. Frente a mí se abrían todos los caminos.

Como en el cumplirse de un símbolo, quiero volver por los mismos senderos que recorriera antaño, para ver si rehago la vieja huella de mis pasos y para poner mis plantas maduras sobre las del joven ya lejano. Descubro así que la juventud perdura con el sacudirse de las formas, de las máscaras y disfraces, que van aprisionando el cuerpo y el alma, anquilosándonos la vida.

27. La primera edición fue en la Editorial "Zig-Zag", de Chile.

Por casi veinte años, fui Embajador de mi país en diversas tierras del mundo. A causa de un glorioso azar, no lo soy ya más, Sé que nunca me sentí cómodo dentro de esa máscara, interpretando un rol en la comedia; fui un actor dentro de "Maya", la Ilusión. Lo sigo siendo aún hoy, en esta nueva "encarnación" –más esencial, por supuesto– del peregrino que reinicia el eterno caminar, al reencontrarse con su viejo bordón y su saco andino.

Empecemos el viaje por los mismos recodos de los años. ¡Sí! ¡Reconozco ya ese valle y ese lago en lontananza! Es el lago de Zürich. Allí está la antigua casa de Jung... Entro en ella y leo una inscripción:

"Fuimos jóvenes.

Nos llamaron por eso joven (Jung).

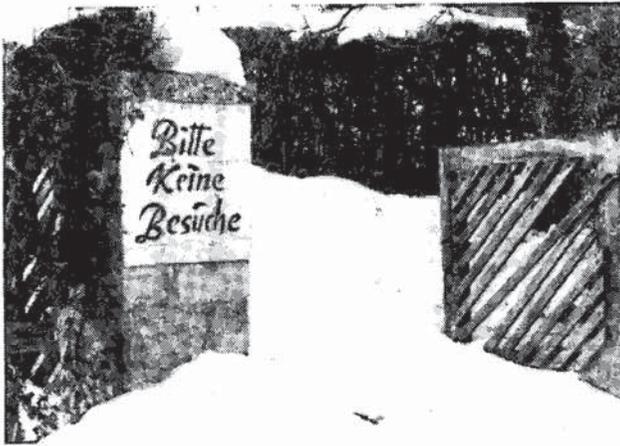
Perteneceremos a la eterna juventud".

El Paso del Tiempo

En mi libro "El Círculo Hermético" he hablado de esta ciudad. Había en Zürich una vieja plaza, junto a una catedral con un gran reloj –el reloj más grande de Suiza–; había una casa donde alojó Goethe y un árbol inmenso, poderoso, como la historia, como las fuerzas oscuras de los pueblos.

Llego y nuevamente busco. Mas, he aquí que ese árbol inmenso, como la historia, como la humanidad, como la civilización occidental, ha desaparecido. Su poder, su fuerza, eran aparentes. Estaba carcomido, estaba enfermo. Vino un viento de tempestad y el árbol se derribó, como la historia, como la vida, como la civilización occidental.

Sigo mi camino y llego a Montagnola, pequeña ciudad de colinas sobre el lago de Lugano, en la parte italiana de Suiza. Aquí vivió Hermann Hesse, aquí murió. Vine por primera vez a esta aldea hace justo veinte años. En el libro citado, cuento la emoción que me embargaba. Estoy de nuevo junto al portal de la villa. Había antes aquí un cartel en alemán, que decía: "Bitte keine Besuche". (Más o menos: "Se prohíben las visitas"). Esta leyenda detuvo a Henry Miller, pero no a mí. Poseo una carta del escritor americano, autor de "Trópico de Cáncer", en la que me cuenta que también deseaba ver a Hermann



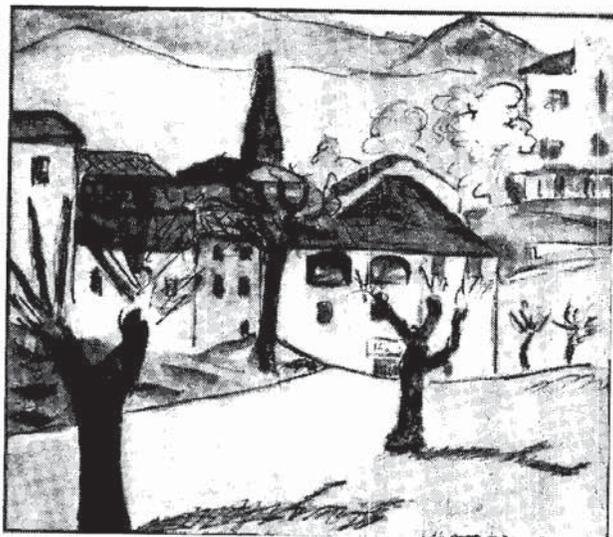
Entrada a la última casa de Hermann Hesse, en Montagnola, con la leyenda en alemán: "No se admiten visitas".

Hesse. Vino a Montagnola y se encontró con ese letrado, que él pudo traducir, pero yo, por suerte, no, en aquel entonces. Henry Miller me decía que Hesse era uno de los más grandes escritores de nuestro tiempo, porque en las breves páginas de "Siddharta" había resumido todo el budismo Zen.

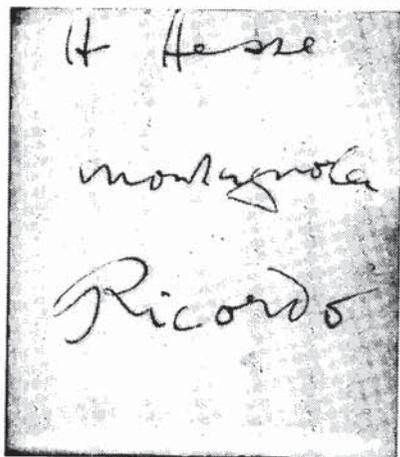
Desde Montagnola, y después de haberme entrevistado con Hesse, seguí a Florencia, en busca de Papini y de Fra Angélico. En 1951 aún estaban allí las tropas de ocupación; había pobreza y hambre en Italia. Encontré a Papini en Forte dei Marmi, junto al mar. Conversamos largamente. Recuerdo que me preguntó si era indio (de la América del Sur, no de la India) y me contó que Gabriela Mistral, nuestra poetisa, le había visitado para traerle una medicina para los ojos, de hierbas indígenas. El escritor estaba casi ciego. Luego me ofreció dinero para la locomoción y me llevó del brazo hasta la puerta de su casa. Encarnó, en ese instante, toda la cálida humanidad de su raza latina.

Yo recordaba su libro "L' Uomo Finito". Le había hecho entrega del mío, "Ni por Mar ni por Tierra" (otra autobiografía, como la suya) y que también me sirviera de tarjeta de presentación para Hermann Hesse.

Todo esto lo recuerdo ahora, mientras subo nuevamente el sendero de entrada que lleva a la casa de Hesse. ¡Aquí está la casa! Sobre el alféizar de una ventana había entonces un poema de Mench-Hsi, aparentemente traducido del chino; pero en verdad escrito por Hermann Hesse:



Acuarela de Hermann Hesse. Paisaje del Ticino.



Dedicatoria de la acuarela de Hermann Hesse.



Vista de la terraza con almenas de la Casa Camuzzi.

*“Cuando uno ha llegado a viejo
y ha cumplido su misión,
tiene derecho a enfrentarse apaciblemente
con la idea de la muerte.
No necesita de los hombres.
Los conoce y sabe bastante de ellos.
Lo que necesita es paz.
No está bien visitar a este hombre, hablarle,
Hacerle sufrir con banalidades.
Es menester pasar de largo,
Delante de la puerta de su casa,
Como si nadie viviera en ella”.*

Unos gritos destemplados, en italiano, me sacan de mi abstracción. En una ventana del piso alto, un hombre en camiseta me está gritando que me vaya, mientras acciona furiosamente con los brazos y peligra así caer en el jardín. Me ordena salir “súbito”, porque estoy en su casa y violo su propiedad. Trato de calmarlo, explicándole que vengo en peregrinación a este lugar donde vivió y murió un amigo, el escritor Hermann Hesse. Pero no le impresiona, insistiendo en que es el dueño de la casa y que nada tiene que ver con Hesse, o con quien sea. Comprendo que para este energúmeno no hay razones. Me retiro cabizbajo.

Después, en el “Albergo Bella Vista”, la señora Ceccarelli me explica que la familia Bodmer, dueña de la casa que habitara Hesse, la ha vendido a un comerciante italiano (fabricante de “spaghettis”, creo) por una importante suma de dinero.

Aquella hermosa casa sobre la colina fue construida por Hans Bodmer para su amigo Hermann Hesse. La señora Bodmer la dejó en poder de la esposa de Hesse, a la muerte del escritor. Cuando la señora de Hesse, y luego la señora Bodmer murieron, los hijos no atendieron los deseos de quienes querían transformar la casa en un museo de Hesse y la vendieron a ese italiano, por varios miles, o tal vez millones de francos suizos, que ellos no necesitaban. La familia Bodmer es una de las más ricas de Europa. Su colección de cuadros es famosa; también su colección de cartas y manuscritos de hombres célebres.



El balcón del departamento de la Casa Camuzzi. Tomada desde el "Jardín de Klingsor".



El living del departamento de H. Hesse en la Casa Camuzzi y el espejo donde "Klingsor" pintó su autorretrato, en el cuento "El Ultimo Verano de Klingsor". Bajo éste también puede verse la pequeña chimenea y, a su derecha, la puerta de salida al balcón que da al "Jardín de Klingsor". Los muebles y ornamentos eran míos.

Sí, hay algo enfermo, dentro de aquí, como en ese árbol de Zürich, que se derrumbó al primer viento de tormenta.

El Jardín de Klingsor

Montagnola ha sido y aún es una aldea de pintores. Hay algo en su aire, una cierta luminosidad delgada, como sólo en París, en Montmartre. Hesse también comenzó a pintar aquí. Tengo una acuarela suya, del Ticino, que me regaló, escribiendo al dorso: "Ricordo, Montagnola".

La "Collina d'Oro", de Montagnola, ha sido el hogar de familias de arquitectos y de artistas de renombre. Los Lucchesi fueron arquitectos en las cortes de Praga y Viena, en los siglos XVI y XVII. Los Adamini construyen en Calcutta, Bengala y Madrás. Los hermanos Bernardazzi fueron arquitectos del Zar Alejandro I. Guiseppe dibujó los planos de la Villa de Piatigorsk, donde muere en 1840. Otro Barnardazzi construyó las fortificaciones de Sebastopol. Algunos arquitectos del Tesino viajaron con los ejércitos de Napoleón que invadieron Rusia. Los Gilardi trabajaron en la reconstrucción de Moscú. Camuzzi retornó de Rusia para construir en Montagnola una casa de estilo barroco-ruso, como las hay en San Petersburgo –hoy Leningrado–. Es la Casa Camuzzi, donde vino Hesse por primera vez, en 1919, al terminar la primera Gran Guerra. Aquí llegó con un saco de montaña y pidió alojamiento. Traía una recomendación para la dueña, la señora Camuzzi, quien se compadeció del peregrino y le dio un piso en su casa. Allí vivió Hesse doce años, hasta el momento cuando su amigo Bodmer le construyó la villa sobre la colina. En la Casa Camuzzi escribió "Demian", "El Lobo Estepario" y, tal vez, "Narciso y Goldmundo"... Todo esto me lo cuenta la hija de aquella Dama Camuzzi, y me muestra una foto en un viejo periódico de 1927, al cumplir cincuenta años el escritor, en la que dos niñas aparecen junto a él. Están en el jardín de la casa. Una de esas niñas es ella.

Es curioso, pero en todos los años de mis visitas a Montagnola, nunca entré en la Casa Camuzzi. Sólo me he parado frente al jardín a contemplar un balcón alto, donde Hesse escribiera "El Ultimo Verano de Klingsor". Ese balcón fue su lugar predilecto. Desde allí contemplaba las colinas,

las cimas nevadas y ese jardín de sueño y magia, que ha sido llamado luego "Jardín de Klingsor". El Jardín de la Casa Camuzzi.

Y es ahora –cuando también yo he venido aquí con un saco de caminante, he dejado mi patria, para reiniciar el peregrinar simbólico de la vida del hombre– que las puertas de esta Casa se me abren misteriosamente, y soy admitido en el departamento que el gran amigo habitara, y "donde aún se conservan sus sagrados pensamientos", para decirlo con un verso del poeta chileno Omar Cáceres.

El Lecho y la Tumba

Todo un mes he pasado aquí. Soy el huésped del viejo amigo. Me ha tendido su mano en estos días difíciles, me ha abierto las puertas de su casa y me ha dicho: "¡Animo! Sé lo que te sucede, mejor que nadie lo sé. También yo inicié este viaje, dejé la patria, abandoné los hombres, o ellos me abandonaron. Aquí sufrí, aquí soñé y cicatricé mis heridas; las fui curando poco a poco. Aquí aprendí a ser sabio... Ven, vamos a contemplar el jardín...".

Desde lo alto del "balcón de Klingsor" se ve el boscoso y oscuro jardín. Hay un gran magnolio. Este verano ya no tiene flores. Mas, curiosamente, una magnolia se abre durante el tiempo de mi permanencia en la casa. Es la "magnolia de Klingsor", pienso, "del pintor que en el último verano de su juventud pintara su autorretrato, tan furiosa y desesperadamente como tratando de captar para siempre lo que los años se llevan, lo que el tiempo nos roba". Al final, terminado ya el cuadro, Klingsor descubre que no es sólo su rostro, sino el de toda la humanidad, de todas las especies de la tierra, sujetas al mismo proceso de transformación, que es muerte y también vida.

Aún se guarda en la Casa Camuzzi el lecho en que durmiera, hace más de cuarenta años, Hermann Hesse. Duermo en él. Y sueño. Veo el rostro de Klingsor, que es el rostro de Hesse. Entro en ese rostro como en una casa, como en esta casa, como en el mundo. Y soy parte del proceso de las transformaciones y metamorfosis eternas. Los hombres, los pueblos, viejos y jóvenes; los pueblos viejos que vuelven a ser

jóvenes, reiniciando el cansado caminar, como si nunca lo hubieran hecho antes. El acontecer de la guerra y de la paz, de la esclavitud y la libertad. Esclavitud buscada voluntariamente, aceptada, para derramar sangre en la nueva conquista de la libertad. Los hombres, enloquecidos por el poder y la gloria, las naciones y los mundos reducidos a polvo, en una noche, al soplar un viento de tempestad, vuelven a resurgir desde ese polvo, como una pequeña brizna alada, como una pluma del Ave Fénix. Así también los mundos, los universos.

Atravieso el rostro de Klingsor, el rostro de Hesse, y estoy de nuevo sobre el balcón, en la noche de luna llena. Brilla mágica la magnolia. Vuelo hacia ella, floto en el aire, blandamente.

Al despertar, sobre el lecho tengo la magnolia entre mis manos. Hesse me sonrío, como antaño, como cuando en el portal de su casa despediera a un joven venido de Chile, diciéndole: "Si alguna vez vuelve, es posible que yo ya no esté...". Es la sonrisa suave, triste, de quien ha cruzado el gran rostro de Klingsor, que es el Rostro mismo de la Creación.

Ese día voy al cementerio de esta aldeita de montaña y busco allí la tumba de Hesse. Es un gran libro de piedra abierto, con el nombre del escritor grabado en él. A un lado hay una piedra cóncava, para que el agua se apose y los pájaros la beban. Dos flores se han depositado muy juntas. Hay otra piedra frente a la tumba, para que el peregrino pueda sentarse a meditar. Pero junto al corazón del muerto aquí enterrado, del cuerpo que aquí se deshace, o ya se deshizo, hay la piedra de otra tumba. La tumba de Ninon, la esposa, la compañera.

El peregrino, que aún está envuelto en el sueño de la noche, en la leyenda de su vida, trae en su mano la magnolia. Se esfuerza por descubrir el verdadero nombre, o título, de ese libro de piedra, abierto ante sus ojos. Y le es dado, al fin, poder leerlo: "Maya, Ilusión".

Junto al Libro de piedra de Maya, deposito la Magnolia del Jardín de Klingsor.

Agosto de 1971



Carta de H. Hesse
a Miguel Serrano,
con una acuarela
suya.

Lieber Herr Serrano

Ich komme, vielfach beschenkt, um Ihnen Dank zu sagen und Sie herzlich zu grüssen. Es kam Ihr neues Buch mit der lieben Widmung, und es kam Ihr Freund Reifschneider mit seinem und mit Ihrem Geschenk, auf meine Bitte hat er mir einige Stellen Ihres Buches übersetzt und wird mir noch andre schriftlich in Uebersetzung senden. Er ist ein guter und treuer Mann und Ihnen sehr ergeben.

Sehr lieb ist mir Ihr hölzerner Krishna mit seiner Flöte! Ein Bruder von ihm, ein kleiner bronzenener Krishna, den mein Grossvater vor mehr als 90 Jahren aus Mangalore mitgebracht hat, steht seit

Jahrzehnten bei mir. Krishna ist der freundlichste, heiterste, liebenswürdigste aller Götter.

Haben Sie herzlichen Dank für den Krishna, für die Freude, die f mir der Besuch Ihres Freundes gemacht hat, und für Ihre

aventura de nacer en el sur.

Final y firma de la carta
de H. Hesse.

Ich bin *H. Hesse*



La tumba de H. Hesse, un libro de piedra abierto, con su nombre.



Con la signorina Rosetta Camuzzi, a la entrada de la Casa Camuzzi.

EL CAMINO DE LA DROGA

A fines de los años sesenta y a comienzo de los setenta, se empieza a utilizar a Hermann Hesse, para promover el movimiento “hippie” y el consumo de la droga en el mundo. De este modo, a un escritor hermético se le convierte en producto del consumo de masas y sus libros, editados por “*Surkham Verlag*”, se promueven por medio de una maquinaria tecnológica, de modo –según me lo declarara su editor– de llegar a vender el mínimo de cuarenta mil ejemplares al mes.

Invitado por un profesor de los Estados Unidos, di una charla en una reunión en Montagnola, la que titulé: “La Transformación (falsificación) de Hermann Hesse en los Estados Unidos”.

Mientras tanto, mis propios libros, editados por “*Harper and Row*”, en Nueva York, estaban siendo leídos por esa generación del “amor”, de las “flores”, del “LSD” y del “*Teachings of don Juan*”. Creyéndome uno de ellos y llegándose a saber que yo vivía en la Casa de Hermann Hesse, en Montagnola, pasé a ser parte obligada de la peregrinación de los admiradores del escritor alemán. Allí llegaban, siguiendo la misma ruta que yo había iniciado en 1951, y que he descrito en “El Círculo Hermético”. Con mi libro bajo del brazo, se detenían a preguntar en el “*Albergo Bella Vista*” de la señora Cecarelli, quien les indicaba el camino hasta mi refugio. No me podía negar a recibirles, pues recordaba mis años mozos, mi idealismo y la fe con la que recorrí estos mismos senderos. Así llegó una vez un joven poeta alemán. Su amistad se mantiene hasta hoy.

Y así llegó también Thimoty Leary, el “Papa” del “LSD”. Ya lo he contado en otras páginas: culto, simpático y peligroso. Había sido recibido por Christian Wenger Laroch, de los “Laboratorios Laroch”, los inventores del veneno letal, LSD. Leary me contó que Aldous Huxley acababa de morir de un cáncer y lo había hecho voluntariamente drogado con LSD. Poco después, Christian Wenger me reveló que habían descubierto que Thimoty Leary era un agente de la CIA y que había dado todos los nombres de quienes consumían la droga en Suiza. Agente y traficante.

Aldous Huxley, Allan Watts, John Lily, y hasta el mismo Toynbee y Castaneda, fueron piezas fundamentales en el complot mundial que llevó a la destrucción de las generaciones que desde los años sesenta hasta hoy se han sucedido en el tiempo. Este plan se prepara en Inglaterra al finalizar la Segunda Guerra Mundial,

por el "*Intelligence Service*", con agentes probados. Se usa también a Hermann Hesse, ya desaparecido, y muerta también su esposa Ninon. Utilizan la ambición de dinero de sus hijos, Heiner y Bruno Hesse, y su poca capacidad de raciocinio y percepción. Ya he contado mi reacción indignada cuando me consultaron sobre el libreto para la película yanqui de "El Lobo Estepario", con largos párrafos del personaje central contra el Nazismo, cosa que jamás aparece en el libro, por no existir este Movimiento en la época en que Hesse lo escribió. Me respondieron que "era necesario, porque la poesía y simbología de la obra de Hesse era la misma que había producido el movimiento de Hitler y había que destruir esa convicción en los Estados Unidos".

Setenta mil dólares de la época le pagaron a Heiner Hesse (que no los necesitaba, según propia confesión) por su aprobación del libreto y del film.

El centro de la importante conspiración literaria, "hippie-droga-yoga", comenzada en Inglaterra, se traslada luego al punto magnético, elegido para su mejor propagación: San Francisco de California. Y no dejó de llamarme la atención que también mis amigos de la India (dos "extranjeros" en Almora), *Sunya-Bai*, el "Hermano del Silencio" (danés) y el Lama Govinda (¿alemán?) se trasladaran a vivir y a morir allí. ¿Por qué? ¿Qué los impelió? ¿Quién los llevó?

He contado de la invitación que Allan Watts, autor de importantes libros sobre el Budismo Zen, me hiciera en Nueva York, para almorzar con John Lily. Eran los comienzos del Gobierno de Allende en Chile, país que estuvo destinado a jugar un importante rol, como un centro mundial del comercio de la droga, con el movimiento de Ichazo y Naranjo en el norte, y la difusión del esoterismo necesario y complementario. Así lo pensaría el peligrosísimo John Lily, que venía de visitar ese centro de Chile, en esos días.

Es muy posible que se hayan imaginado poder incorporarme de algún modo en la corriente vertiginosa de esos tiempos, para que pusiera también mi obra y mi persona al servicio de la destrucción planificada de los jóvenes de las generaciones de post-guerra, pudiendo también pasar a formar parte del "boom" de Hesse y de Castaneda.

No pasaron de ser buenas intenciones de los "agentes periféricos" del complot, ya que la "élite" secreta sabría perfecta-

mente de mi participación en la Gran Guerra. Aunque nunca pudieran conocer mi decisión inquebrantable de continuar este Combate hasta que el glorioso Destino, o mi EL, me digan: “¡Basta!”.

* * *

Viví casi siempre solo. Ute me visitaba de vez en cuando. También lo hacía Heidrun, una bellísima mujer alemana, con quien buscábamos en las cumbres alpinas y en los bosques las entradas en Europa a la “Tierra Hueca”. Fue ella quien me explicó a la muerte de mi hermano Diego: “No todos los hombres sobreviven, sólo unos pocos... ¿Quiénes? No lo sé. Tu hermano Diego y tú, estoy segura; también el viejo y noble zapatero de la esquina, de la pequeña plaza... Si así no lo fuera, entonces yo me suicidaría, te mataría a ti y mataría a mi hijo... ¿Cuál es la virtud que da la sobrevivencia? No es la inteligencia, ni la cultura, ni la ciencia, ni la filosofía, ni los estudios universitarios... ¡Es la lealtad!...”.

Heidrun habló como en trance, sentada junto a la chimenea, en la vieja Casa Camuzzi, una noche de 1973. Y era la sabiduría del alma alemana y del Inconsciente Colectivo de su pueblo que hablaba a través de ella, como si fuera una sacerdotisa del Dios Wotan, o de las rocas de los *Externsteine*.



Heidrun (*Heil-Run!*).



Pintura de Eduardo Meissner "*El Jardín de Klingsor*". Me visitó en la Casa Camuzzi.



Caminando por un sendero en Montagnola, en compañía de un joven visitante.

Sus palabras cayeron como un bálsamo en mi corazón y me consuelan, hasta hoy.

* * *

Me cocinaba yo mismo; o bien, con un libro y papeles en mi mochila salía a vagar por las colinas y los bosques. Leía, escribía y en los “*Grottos*” bebía el vino Merlot del Ticino, comía el “*formaggio con aceto*” y un pan bueno y fresco. La soledad era casi total. En el departamento de enfrente del mío vivía el pintor Günther Böhmer con su mujer. Había llegado muy joven a visitar a Hermann Hesse y ya no se había movido más de Montagnola. Le vi una sola vez en diez años. A la signorina Camuzzi, no habrán sido más de doce. Con ella mantuve una delicada relación. Era fina y encantadora. Un hada guardiana de la tradición y la leyenda de esos lugares, que por más de un siglo pertenecieron a su familia. Cada uno de nosotros vivía recogido en su mundo de sueños y de recuerdos y nos comunicábamos a través de ellos.

De Chile vinieron a visitarme mi hermana Berta y mis hijos Carmen y José Miguel. También llegó el pintor Eduardo Meissner—gran admirador de Hermann Hesse— y su esposa. Aquí tengo la pintura que él me regalara: “El Jardín de Klingsor”. Está colgada en el muro y la contemplo, mientras escribo estas líneas.

* * *

Para poder recorrer más lejos, por los confines de las cordilleras de Europa, para encontrar a los sobrevivientes de la Gran Guerra y buscar las “entradas”, como en la India, necesitaba un automóvil. Lo compré en una venta de máquinas usadas.

Allouine me dijo una vez que los autos tenían alma—algunos autos—. Y el Embajador del Brasil en Yugoslavia me lo confirmó: el poeta Ribeiro-Couto, un hombre extraordinario y desconocido, del que ya nadie siquiera sabe que existió.

Entre varios automóviles, debí pararme frente a uno blanco, de dos asientos, un “*Karmanghia*”, de la *Volkswagen*. De pronto, el auto se movió solo y se detuvo a mi lado. La vendedora, una joven mujer, no se extrañó:

“—Este es su auto”, me dijo. “Lo ha elegido”.



Mi fiel compañero, mi auto "Karmanghia", en la Piazza Camuzzi, frente a la entrada de la casa.

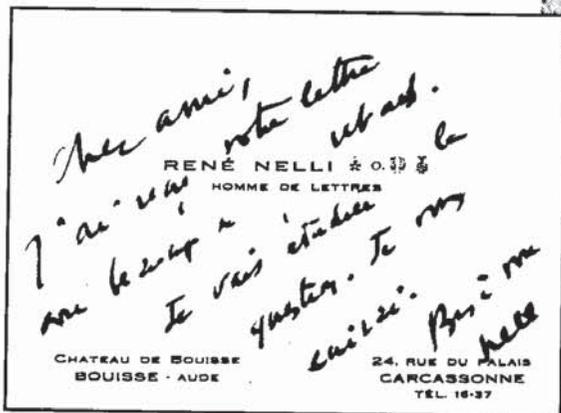


La hoja de la encina de Montsegur.



Vista del castillo de Montsegur.

Monolito recordatorio del martirio cátaro, en el lugar donde se les quemara.



Tarjeta de visita de René Nelli.

Fue el automóvil más querido de todos los que una vez tuve. Con él recorrí miles de kilómetros. Un amigo fiel, un camarada, tan leal como un “pastor alemán”, o un sirviente hindú. Por ello también habrá de volver siempre, en el Eterno Retorno.

MONTSEGUR

Este auto me llevó a Montsegur. Viajé desde la ciudad medieval de Carcasona en dirección a las ruinas del castillo sobre la montaña. Me preguntaba si sería verdad que los cátaros custodiaron el *Gral* en su fortaleza y que lo pusieron a salvo, poco antes de la masacre de la Cruzada Albiguense contra el Languedoc. Encendí la radio y escuché los compases de “*Parsival*”, de Wagner. ¡Esa era la respuesta! Luego, al llegar a mi destino y al bajar la antena de la radio, vi que una hoja de encina del bosque se había introducido en ella. Con cuidado la retiré. Y hasta hoy la guardo en una caja pequeña, en mi santuario de Valparaíso. Esa hoja es una parte del *Gral* de “*Parsival*”, de los cátaros de Montsegur, de Otto Rahn, de Saint Loup y de Hitler. Un día me revelará, como a él, el secreto de los *Ángeles-Vimanas*

Allí, en la hostería del pueblito de Montsegur, en el libro de huéspedes, estampé mi firma debajo de la de Otto Rahn. Si aún se preserva y algún chileno hace este peregrinaje en el tiempo, en busca también de la Leyenda, encontrará allí mi firma y la de Otto Rahn.

Muchas veces he relatado la ascensión al Monte y sus ruinas sacras y he contado cómo René Nelli, al llegar a un determinado punto de la subida, no podía retener las lágrimas. Este profesor universitario, poeta, historiador y filósofo, ha escrito los más importantes libros sobre el catarismo y los trovadores del Languedoc. Fuimos amigos y nuestro último encuentro se realizó en Carcasona, junto a un grupo de templarios. Ahí declaró que si Hitler hubiese ganado la guerra, habría reconstruido el Castillo de Montsegur, revelándome que, al cumplirse los setecientos años de la caída de la fortaleza (“cada setecientos años florece el laurel”, afirmaban los cátaros), un avión alemán —en plena guerra— voló sobre las ruinas de Montsegur y trazó con humo en el cielo la cruz celta. El creía que Alfred Rosenberg iba en ese avión.

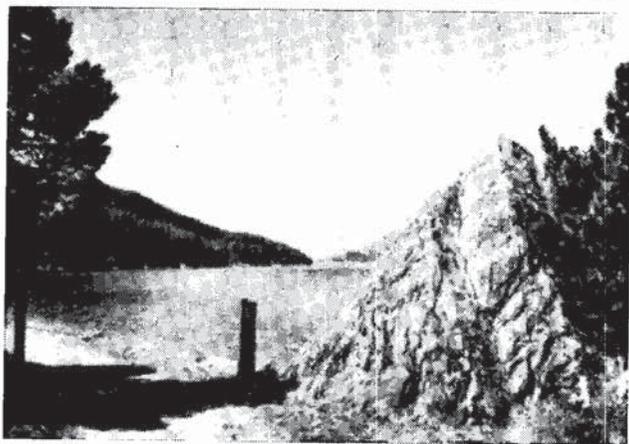
* * *



Frederich Nietzsche.

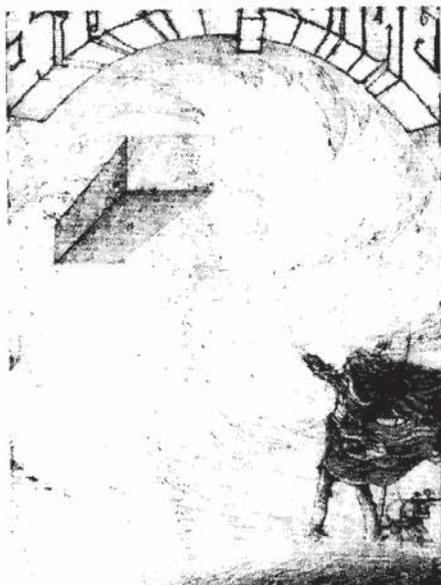


Joseph Goebbels. Me encontré con él (con su foto) en el Museo de Nietzsche, en Sils María.



Roca, en Sils María, junto a la cual Nietzsche tuvo la revelación del "Eterno Retorno".

La *Energía* perdida de Hiperbórea: *Vril, Vareno, UR, Mana*. Con ella se movieron los *Men-nires*, los Dólmenes, los Moai. El Poder Superior de la Mente del Superhombre, del *Divya*, del *Siddha*, del Hombre-Dios, del Hombre-Total, que intentaban recuperar los SS, capaz de intervenir en la formación de las galaxias y controlar la rotación de los astros. Haría innecesarias la "informática" y la "robótica" satánicas. Haría hasta innecesario el "Disco Volante".



Wilfred von Oven, el último secretario de Goebbels, periodista, escritor y combatiente en la "División Cóndor", que luchó en España. Participó en la

última batalla de tanques en el frente ruso. Sus libros sobre la traición de Franco, sobre las SA y su biografía de Goebbels son fundamentales. Foto dedicada. A la derecha, en mi casa de Valparaíso, cincuenta años después.



Es un día frío y de hielo. Voy a despedirme de las ruinas de Montsegur. Me detengo en el camino a contemplarlas. Allí arriba, se abren dos brazos gigantes y se desprende una corriente sutil de amor sublime, que me inunda y envuelve, traspasando mi alma y mi corazón. Sólo la Estrella de la Mañana, *Oiyehue*, la Estrella de la Tarde, *Yepun*, es capaz de transmitir semejante Amor, en ondas tan suaves, humedecidas, como hojas de un otoño de los cielos, como lágrimas de los ojos de Allouine.

¿Qué fue aquello? Hasta hoy no lo sé.

Como no sé quiénes fueron en verdad los cátaros, los “Hombres Puros”, los “*Bon Hommes*”, los “Hombres Buenos”, “*Gutman*”, los “Guzmanes”.

Si por mi experiencia me debiera guiar, diría que fueron algo sublime, por ese Amor que fueron capaces de experimentar, concebir, vivir y transmitir a sus trovadores y a mí. Ellos estaban más allá de la Creación de este Universo contaminado, más arriba del “Quinto Cielo”, como dirían, aún antes del *Todo*, de la primera partición, y de la *Palabra*.

A-MOR. Sin-Muerte.

COSMOGONIA REVELADA ORFEO-HITLER

Con mi fiel compañero me dirigía por estrechos pasos de montañas—por Maloya—hasta alcanzar las alturas de Engadina y la aldea de Sils María, refugio de Nietzsche, a fines del siglo pasado, y de Hermann Hesse, al comienzo del actual. Ahí, junto al lago, se yergue aún la Roca donde se produjera la estremecedora revelación del Eterno Retorno. Nietzsche se espantó, pudiendo haber sido esta revelación el detonante que al final le produjo la locura.

También el mismo mecenas, el millonario Bodmer, que ayudara a Hesse, ha rescatado la casa en que se alojara Nietzsche en la Engadina, transformándola en museo. Allí pasé una noche y me senté en el sillón donde el filósofo-poeta de seguro meditara, junto a la cama en que durmiera y la pequeña ventana. Abajo, entre algunos libros y pinturas, colgados de los muros, de pronto encontré una foto suelta, como dejada al azar sobre un mueble. Era Goebbels, descendiendo de un avión. Claro mensaje, pensé, y la guardé, conservándola hasta el presente.

Y he aquí que en el libro de visitas del Museo de Nietzsche, en Sils María, me llevo además la sorpresa de encontrarme una nota escrita por Pablo Neruda: "Cuando éramos jóvenes, en los bolsillos, con restos de spaguettis llevábamos papeles con citas de Federico Nietzsche".

Creo que yo también escribí algo, no recuerdo bien: "¿Qué hace Neruda en la casa de Nietzsche?".

De nuevo en "El Mercurio" y en "La Prensa" publiqué extensos trabajos sobre "Nietzsche y el Eterno Retorno". "La Prensa" me dedicó dos domingos seguidos, con páginas completas. Viajé especialmente a Chile para dar una charla en la Universidad Católica, propiciada por el Rector, Fernando Castillo Velasco, sobre el mismo tema.

Dos libros he publicado sobre Nietzsche: "Nietzsche y el Eterno Retorno", editado en Francia en estos días, y "Nietzsche y la Danza de Siva". Eran mi deuda con ese genio, que también iluminó y estremeció mi juventud.

Pero ahora, allá arriba, en Sils María, sentado a los pies de la Roca de la Revelación, yo debería tratar de cruzar a través del alma de Nietzsche y de sus pensamientos lacerantes, para poder reafirmar mis propias convicciones.

Saqué la foto de Goebbels de mi bolsillo y la puse contra la roca. Me senté en el suelo y apoyé mi espalda en la enorme piedra piramidal, "a seis mil pies de altura", como escribiera Nietzsche.

Pensé en Montsegur y en mi experiencia en la tierra de los cátaros. Recordaba las palabras de René Nelli: "Hitler habría reconstruido el Castillo de Montsegur". En verdad, lo reconstruyó en el "Nido de Aguila", de Berchstesgaden, de impresionante parecido en su ubicación en la cima de una montaña. Hitler también admiraba a Nietzsche. Hans Staengle cuenta, en su libro "Los Años Oscuros", que acompañó al Führer en una visita a la hermana de Nietzsche y que ésta le regaló el bastón del filósofo, quizás el mismo con que caminaba por estas cimas de la Engadina. Y Goebbels, el socialista-nacional, leal hasta el último, creyó, como su líder, en el sueño del Superhombre. Sólo que para ellos no consistió en una evolución "darwinista" de la especie aria, del hombre blanco, ni en el desarrollo de una biología superior. También Nietzsche afirmaba no creerlo, sin poder aclarar nunca qué fue su Superhombre, ni los medios para lograrlo. Renegó de la leyenda y del mito wagneriano de la raza germánica, que podrían

haberle aportado la clave para una realización mágica, alquímica, espiritual. Quizás su ancestro polaco-eslavo le impidió una solución, escapándose en la locura.

Ni Hitler, ni Goebbels, ni las elites SS buscaron el Superhombre en una evolución hacia el futuro, sino en un regreso a los orígenes, con el girar retrógrado de la Swástika Levógira, hacia atrás, hacia el pasado, hacia Hiperbórea y la recuperación de un Poder perdido del Hombre-Dios, del *Vril*, de *Odil*, también del *Mana* de los *Moai*, de los desconocidos habitantes de Rapa-Nui de los magos Selcnam, en la Hiperbórea del Polo Sur. Es decir, en lo que mi Maestro llamara el “desarrollo del Cuerpo Astral”, mejor dicho, la reactivación del Cuerpo Astral, del Cuerpo Sutil, del doble, que sólo algunos hombres poseen virtualmente, en potencia, atrofiado por el largo e intenso “drama de la Historia Espiritual”, de la involución del Superhombre, del *Divya*, hecho prisionero e hipnotizado. Del *Virya*, del Héroe.

Lo que los cátaros realmente pensaron nos es desconocido. Tal vez una suerte de cristianismo-esenio, más bien de sufismo-cristiano, con mezcla de budismo y de dualismo gnóstico, más el ancestro druida en la sangre. Eran vegetarianos y creían en la reencarnación, como si la persona (¿o el yo?) debiera volver aquí para alcanzar la Liberación última (tal vez en la *Endura*), y no retornar ya más. Manes también tendría que ver en el dualismo absoluto cátaro y el origen e influencia bogomil, de Bulgaria, en su acentuada preferencia por el principio femenino de Parakletos, el Espíritu Santo, la Paloma y las Vírgenes Negras, eco de la Isis egípcia, en la leyenda de la *Pisti Sophia*. En Bulgaria, el nombre de la capital actual es Sofia (*Sophia*).

He tratado estos temas *in extenso* y a fondo en mis libros, “El Cordón Dorado”, escrito precisamente en Sils María, en la Casa de Nietzsche; en “Adolf Hitler, el Ultimo Avatâra”, en “La Resurrección del Héroe”, en “Manú, por el Hombre que Vendrá” y en los dos libros sobre Nietzsche ya nombrados. También, y muy especialmente, en mis obras puramente literarias: “ELELLA. Libro del Amor Mágico” y “NOS. Libro de la Resurrección”. ELELLA (traducido al inglés y al francés) se basa en el Eterno Retorno y tiene un capítulo especial sobre los cátaros. En toda la literatura universal creo que sólo existen dos novelas sobre el Eterno Retorno: “La Extraña Vida de Iván Osokin”, de Ouspensky, y el mío: “ELELLA”.

Sin embargo, aunque tal vez Hitler admiró a los cátaros, su concepción, su Cosmogonía (su *Weltanschauung*) no era la misma. Los cátaros fueron pasivos en el mundo exterior. Otros pelearon por ellos. Su *A-Mor* sublime los sacaba de aquí, aún en el suicidio. En la terrible y larga guerra de la Cruzada Albiguense, sólo se defendieron pagando mercenarios para que combatieran por ellos. Como los sacerdotes druidas, ante las legiones de César, levantaban sus brazos, cubiertos con sus túnicas negras y esperaban que los atravesaran sus alabardas.

* * *

La Cosmogonía Hitleriana me fue revelada en la Antártida, en 1948, poco después de terminada la Gran Guerra. Fue en mi búsqueda solitaria del perro perdido entre los hielos y en mi primer encuentro con el Disco de Luz Increada. Más allá del pensamiento pensado y del recuerdo en el cerebro, la revelación fue instantánea, olvidada y *recordada* para siempre, de modo que sólo hace veinte años ha venido a emerger nuevamente, pudiendo recogerla en el “recuerdo no recordado” y transcribirla en la “Trilogía del Hitlerismo Esotérico”. Pero fue allá, en la Roca de Sils María, a los pies de Nietzsche, que resurgió, ampliándose.

Desde mi experiencia en los Oasis de la Antártida, con la entrada a la “Tierra Hueca”, a la “Otra Tierra”, en el Disco SS, para encontrar a Hitler, junto a los *Superhombres Astrales*, sólo necesito abrir el Cofre secreto de la Revelación, para revivir entera la *Weltanschauung* del Hitlerismo Esotérico, como réplica y ampliación del Mito Orfíco y Platónico.

El “*Big-Bang*” que abre el Universo visible a los ojos de carne de los terrestres, es una explosión, por consiguiente es el *mal*: divisiones, destrucciones y expansión. El Universo explosivo se extiende y lo hará infinita y eternamente. ¿Hacia dónde se extiende? Hacia algo completamente distinto, opuesto, no regido por la explosión, ni la ley de causalidad, ni ley alguna. Allí son los Huevos Orfícos, inmersos, indivisos, *ying* y *yang*, infinitos, sin comienzo ni fin. Pero he aquí que algunos son un poco más “*yang*” que “*ying*” y otros un poco más “*ying*” que “*yang*”. *ELELLA* y *ELLAEL*. Así, les es dado hacer la comedia del “AMOR sin amor”, algo indescriptible, inexpresable en palabras. Tal vez sea eso sublime transmitido desde las ruinas del castillo de los cátaros, en Montsegur: *A-MOR*.

El *Big-Bang* se ha cumplido en un extremo del NO-SER, dando origen a la expansión, al espacio y al tiempo, produciendo la división, la contaminación y partición del Huevo Orfico, de alguno de ellos, expoliándolo, destruyendo su pristina pureza y —en lo que nosotros vemos con los ojos de la carne— haciendo nacer la *Naturaleza*, como “copia” y comedia (*Ilusión-Maya*), con todos los horrores que espantaron a los cátaros. Una deformación y plagio, hacia afuera, de una Realidad Espiritual preexistente.

Pero los cátaros no entendieron que habían sido *voluntariamente* “obligados” a venir aquí, “más abajo del Quinto Cielo”, y que ésta era una Batalla contra el Mal que se extiende, triunfando dentro de su propio Universo incólume, dividiendo y contaminando a las entidades divinas. Aun dentro de esta misma Naturaleza satánica, creación de un Demiurgo incomprendible, existe la nostalgia en todos sus seres, hasta en los animales y las plantas, en las rocas, el agua y en los mismos astros, por una pureza preanterior a la explosión y a la división.

El Mito Orfico cree que la partición del Huevo Primigenio, del Andrógino, se ha realizado por Amor. La *Pisti Sophia*, desciende a los mundos del Demiurgo por ansias de *cognocer*. Se ha separado de su opuesto. La curiosidad propia de *Ying*, del Eterno Femenino. Y su Amado (*Kristos*) deberá también descender en su búsqueda a las regiones atormentadas, donde Ella ha quedado prisionera y sin caminos de regreso a su *Yang*. Ella le dice: “¿Por qué me has dejado sola y tardado tanto en venir a rescatarme?”.

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

Para el Hitlerismo Esotérico el Drama es distinto. Allá arriba, como abajo, la explicación es una Guerra no declarada, impuesta, obligatoria. Así como a Hitler le declaran la guerra y, ante el peligro de la invasión, invade, un idéntico suceso se produce en los orígenes. Los Huevos Primigenios, ELELLA y ELLAEL, deberán dividirse a voluntad ante el peligro de ser divididos por la fuerza diabólica, demiúrgica, del *Big-Bang* y su Explosión expansiva.

Y es casi simultánea la división de los Huevos de ELELLA y ELLAEL, de aquellos que se *a-maban*, sin amor, sin muerte. ELELLA desprende una parte de su Ella para ir a combatir en los mundos atormentados del Demiurgo, a sus ejércitos que avanzan y se extienden dentro de su Paraíso, de la Primera Hiperbórea, en

su Universo pre-antes. Es así la primera Walkiria en la Guerra de los mundos. Y es por A-Mor a ELELLA que a su vez ELLAEL desprende una parte de su El para ir a combatir junto a la Ella de ELELLA.

Ahora bien, ELELLA ha quedado incompleto, ha perdido su totalidad, una parte de su Ella, de su *Ying*. Y ya no la recuperará nunca más. Lo mismo ha sucedido a ELLAEL, en este Drama sublime y heroico de A-Mor y Guerra. ELELLA enviará una parte de su El en busca de recuperar a esa parte de su Ella (son los pequeños “él” y “ella” de ELELLA, los que al desprenderse lo dejan disminuido). Igual sucederá a ELLAEL, el Huevo Orfico –*Ying*, el Andrógino– Femenino.

Si “él” encuentra a su “ella”, volverán a fundirse, a ser uno, indivisible y sin conciencia individual de su unidad totalizada. Pero si es El de ELLAEL que encuentra a Ella de ELELLA se *A-Marán*, separados y unidos para siempre, logrando en el *A-Mor* la Individualidad Absoluta y la “Personalidad de la Persona”, pudiendo hasta *iluminar la oscuridad del Creador*, de ELELLA y ELLAEL.

Es lo que he tratado de expresar en el título de estas “*Memoorias de El y Yo*”. “El” es en verdad mi ELELLA, de la que se desprendiera mi “yo”, para combatir en este mundo del Demiurgo, en una Guerra Sincronística, de adentro –para inmortalizar mi “yo”– y vencer al Enemigo afuera. El mayor premio del Combate será la inmortalización del *Yo Absoluto*, la recuperación del *Hombre-Dios*, la creación del *Superhombre consciente de sí mismo*, del *Hombre-Astral*. (*Total*).

Ahora bien, en esta Guerra Eterna, en este campo del Combate, en esta tierra masacrada, sólo muy difícilmente El (de ELLAEL) y Ella (de ELELLA) se encuentran, como Avris y Allouine (es un milagro, o un Destino); los que mayormente se encuentran, y también a veces, son los “ella” y “él” de ELELLA; se recuperan, se funden y se pierden nuevamente sin conciencia de un yo. Y los “él” y “ella” de ELLAEL.

LAS HIJAS DE LOS HOMBRES

Bajaron aquí, descendieron, como nos cuenta “*El Libro de Enoch*”. Y como nos explica el *Hitlerismo Esotérico*, en Discos de Luz Increada, partiéndose, los “él”, dividiéndose para poder entrar

y caber en este mundo de baja energía, de materia densa y pesada. Se plasman. Plasman su forma arquetípica de gigantes. Son los *Divyas*, que vienen combatiendo, en los diferentes cielos y que aquí sólo permanecen por un corto tiempo, volviendo a desplasmar el cuerpo material. Esto hasta que no se prendan de las “hijas de los hombres”. Por ellas quedan prisioneros y, en el olvido de su origen, pierden la capacidad de “desplasmarse” y nuevamente poder partir, salir.

Lo que llamamos el “cuerpo astral” es aquella forma sutil, de mayor energía, de materia transparente, que el *Divya* posee antes de plasmarla en la materia terrenal y que recupera al desmaterializarse. Al quedar voluntariamente prisionero en la tierra, el *Divya* pasa a ser un *Viryá*, es decir, un Héroe —un gigante en los orígenes, en la Segunda Hiperbórea del Polo Norte—; pero siempre con la posibilidad de recuperar la capacidad de sutilizar su cuerpo (“salirse en astral”), con el “premio” ahora de haberse hecho consciente de sí mismo, por la adquisición de un “yo”. Pero la Liberación sólo la podrá lograr si en los tiempos más oscuros (“La Epoca Más Oscura”), en el Drama de la Guerra y el Combate, le es dado el Milagro de encontrar a Allouine y su *A-Mor*, únicos capaces de liberarlo de la pasión de las “hijas de los hombres”.

¿Quiénes son las “hijas de los hombres”? ¿Y quiénes son los hombres? Son “imitaciones”, “copias” del Demiurgo. Toda su Creación es copia del Cielo de los Inmortales, del Huevo Orfíco, habiendo separado los Polos de Opuestos y reproduciendo en la forma humana el “yo” y la “ella” que dentro del Huevo y del Disco se hallan. Lo que llamamos Arquetipo es precisamente la preforma de la Existencia-Antes, un Ser redondo, en su conciencia circular, que aquí en la tierra y aun en los cielos, hasta el “Quinto”, se “muestra” en la forma del cuerpo del hombre. Y al ser plagiada por el Demiurgo, nos seduce, encarna y aprisiona en sus infinitas estrellas y en la extensión de su Universo.

Sólo la aparición del *Ultimo Avatâra*, con el *Gral*, ha hecho posible que los durmientes, hipnotizados por Klingsor en “Chastel Marveille”, puedan despertar, desprenderse de “las hijas de los hombres”, y unirse y separarse para siempre con su *A-Mada*, transmutándose en Superhombres conscientes de su Yo, pudiendo así hasta iluminar la oscuridad de su EL.

* * *

Es justo que, por haberme desprendido de ELLAEL, que mi EL, en verdad, sea una ELLA, la Madre de Dios y de los Cielos. Y que al encontrar a Allouine en este mundo, mi ELLA, La Madre de Dios, en verdad mi Alma, adquiera ahora un Rostro, el Rostro de Allouine.

Y a Ella le pasará otro tanto, el *Rostro del Señor* será el mío. De *Su Señor*. Y si llego a merecer este Misterio, si aún llego a cumplirlo, la *resucitaré*, resucitando. Unidos y separados para siempre.

Es éste el camino del guerrero, del *Divya*, y su Combate glorioso y sincronístico, aquí en la Tierra.

* * *

En mi libro "Manú. Por el Hombre que Vendrá" he tratado de explicar esta *Cosmogonía Revelada*, exponiéndola en diagramas.

Mas, la verdad es que no es posible transmitirla en palabras. Sólo en la Música (en la Música de las Esferas) de Bach: en "El Arte de la Fuga", que él dejara inconcluso, para poder morir.

Allá arriba, junto a la Roca del Eterno Retorno, "a seis mil pies de altura", yo me puse a cantar esta leyenda sagrada del Hitlerismo Esotérico, con la Espada en la mano, invocando a Allouine, pidiéndole que ella también combatiera en mí, para de nuevo *ganar perdiendo*.

* * *

¿Es éste un Dualismo absoluto? No, porque el Drama el Combate, se produce en uno solo de los Universos y también el *Big-Bang*; en el Universo visible a los ojos de la carne. Uno, dos Huevos Orficos se han dividido; muchos, infinitos siguen prístinos, intocados por el avance de la explosión demiúrgica.

¿Y el Demiurgo es el Mal Absoluto? Tampoco. Porque su mal también nos ha hecho un bien, aportándonos el inexplicable "yo", *aquí en la tierra únicamente*, y la posibilidad de "individuarnos" y, a través de nosotros, a nuestro EL, a nuestro Dios Creador. Gracias a la Guerra declarada por el Demiurgo y en la que nos hemos visto obligados a combatir.

Y no somos los únicos prisioneros. También lo son los astros, los *Aiones*, Regentes del Tiempo, y los *Arcontes*, Espíritus de las

estrellas, que al pretender colaborar en la creación demiúrgica, para desviarla hacia el Bien, fueron aprisionados, como Saturno (convertido en Satán), y obligados a proyectar el Mal aquí en la tierra, a través de sus “robots genéticos”.

Pero con nuestro despertar, despertarán también ellos.

Y el Demiurgo, ¿quién es el Demiurgo? ¿Y dónde se encuentra?

El Demiurgo tal vez seamos nosotros mismos...

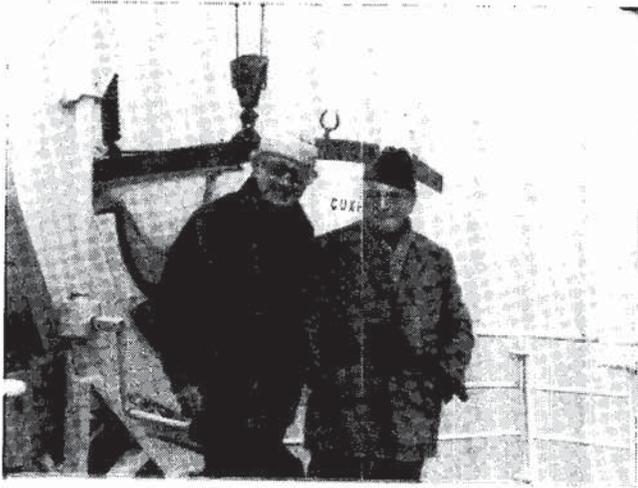
.....
.....

Sólo la Música de Bach.

EL REGRESO A LOS CONFINES

Desde las alturas de Sils María debí volver a las alturas de Montagnola. En la Casa Camuzzi encontré una carta de Alemania, firmada por un desconocido: Herbert Rau. Me decía haber leído en Hamburgo mi libro “El Cordón Dorado”, recibiendo una enorme impresión cuando afirmaba que Hitler se hallaba vivo. Me contaba cómo al final de la Guerra había conocido un grupo de señoras, que se reunían alrededor de un “médium lúcido” y que también aseguraban que Adolf Hitler no había muerto. El había considerado aquello una locura y no había vuelto a ver a esas personas, hasta ahora, al leer mi libro, con la misma afirmación. Trabajaba vendiendo maquinaria a los rusos. Hablaba varios idiomas, también el hindi y el chino, además de leer el sánscrito. Había servido de intérprete durante la guerra, en los campos de prisioneros. Su carta estaba escrita en castellano. Me invitaba a visitarle, costearo mi pasaje. Lo hice, y se estableció con él una muy fructífera amistad. Desde ese momento me colaboró como intérprete e introductor de personajes claves dentro de mi Combate y de la *Weltanschauung* Hitlerista.

A Herbert Rau le debo tanto como a Frank MacShane, en otro ámbito. El me presentó a ese grupo de señoras alemanas y al “médium lúcido”. Junto visitamos, además, al Profesor Hermann Wirth, fundador de la *Ahnenerbe*, círculo selecto de investigaciones de las SS y al Pastor Jurgen Spanuth, autor de “Los Atlantes”. Estuvimos con Landic, en Austria, y también esa noche en Viena, con el Director de los “Nuevos Templarios” y el ingeniero de las armas secretas de Hitler, que nos habló de la “Implosión”, de la no



Con Herbert Rau, navegando hacia la Isla de Helgoland, último resto de Hiperbórea, según Spanuth.

Con el pastor Jurgen Spanuth, en Alemania, cerca de la frontera holandesa. Spanuth ha escrito libros interesantísimos sobre la Atlántida y los atlantes, afirmando que su ubicación se encontró en el Polo Norte, en la legendaria Hiperbórea.



Hugo von Senger, con sus camaradas del frente ruso. Arriba, de pie sobre los caballos. Luchó contra los bolcheviques, junto a los cosacos que comandaba el General alemán von Pannwitz.

existencia de la bomba atómica y de la “duplicación” perfeccionada del “*Doppeltgänger*”.

Rau también me llevó a conocer a ese artista, alquimista y runólogo extraordinario: Wolfgang vom Schemm, con el que ilustramos mi “Trilogía del Hitlerismo Esotérico” y “NOS. Libro de la Resurrección”.

Teniendo el Ticino como punto de concentración y referencia, comencé a recorrer España, Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, visitando a los hitleristas sobrevivientes y a los núcleos que aún guardaban el sagrado fuego. En Suiza vivía Hugo von Senger, antiguo combatiente del frente ruso, con los cosacos que comandaba el General alemán von Pannwitz. Conocí también a miembros del antiguo partido Nacionalsozialista inglés, de Sir Oswald Mosley, con quienes estuvimos intentando una operación para rescatar a Rudolf Hess de la prisión de Spandau, en Berlín (o a quien se hallare allí reemplazándolo, a su “clon”, a su “doble”), con participación de chilenos, que yo seleccionaría.

LEON DEGRELLE

Durante los años de la Gran Guerra, a menudo se publicaban noticias con las hazañas de un joven dirigente fascista belga, primero como creador y jefe del movimiento “Rexista” de su país y, luego, como combatiente en el frente ruso. Su heroísmo le mereció ser condecorado personalmente por Hitler, quien declaró que si él hubiese tenido un hijo, habría deseado que fuese como Leon Degrelle.

Al final de la guerra, Degrelle logró escapar en el avión privado de Albert Speer. Volando a baja altura y sobre una Francia que celebraba la victoria, llegó a la frontera española sin gasolina, precipitándose en el mar. Desde ahí, hasta el final de su vida, residió en España, con su segunda esposa, en un departamento de Madrid y una propiedad en Torremolinos, en la Costa del Sol. Sus padres y su primera mujer murieron en prisión, tras la derrota. Al final de su vida, se mudó a Málaga.

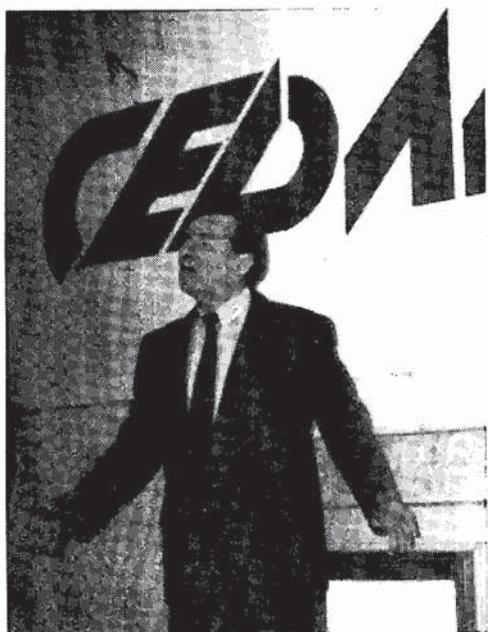
Le conocí en Madrid, donde me fue presentado por unos camaradas españoles. Desde ese primer encuentro fuimos camaradas y amigos entrañables, hasta su muerte, en 1994 –año 104 de Nuestra Era Hitleriana–.

Leon Degrelle es condecorado por Adolf Hitler.



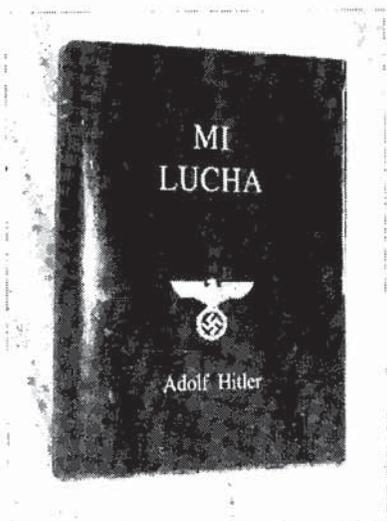
Jochien Pieper, héroe combatiente en la última ofensiva alemana de las Ardennes. Luchó codo a codo con su camarada Leon Degrelle. Después de la Guerra fue condenado a años de prisión en Italia. Una vez liberado se instaló en el sur de Francia, donde fue asesinado y quemado junto a su casa.

Alguien que contempló esta foto me dijo: "Un hombre con ese rostro no puede haber cometido crímenes contra la humanidad."



Leon Degrelle da una charla sobre el "holocausto", en el local de CEDADE, en Madrid.

Ejemplar de "Mi Lucha" de Adolf Hitler. Unica edición completa en castellano, editada por Miguel Serrano y dedicada a Leon Degrelle, a su muerte.



Sir Oswald Mosley (el primero a la izquierda), nacionalsocialista inglés, con el *Führer*, Adolf Hitler.

Leon Degrelle fue un hitlerista total, no siendo para ello un obstáculo su catolicismo. Cuando, con Juan Diego Dávila despedimos a Walter Rauff en el Cementerio General de Santiago, haciendo el saludo nazista, y la fotografía que nos tomaron dio la vuelta al mundo, Leon Degrelle me envió una carta, pidiéndome que a su muerte le despidiese de igual forma. Le prometí hacerlo.

Leon Degrelle fue General de las Waffen SS, además de un héroe. Asimismo fue un gran escritor e historiador. Su magnífica y monumental biografía de Hitler ha quedado inconclusa, desgraciadamente.

El Destino quiso que me enterase de que había sido internado de urgencia en el hospital de Málaga, encontrándose muy grave. Era la Semana Santa en España, la Fiesta de la Luz de Ostara. Traté de comunicarme con él y no me fue posible. Hablé con Juana, su esposa, manifestándole mi deseo de partir de inmediato para estar a su lado; pero ella me disuadió, diciéndome: —“León es muy fuerte y se repondrá de su enfermedad. Además, el viaje es tan largo y pesado para usted.”

Quise comunicarme con los camaradas españoles y no encontré a nadie, ni siquiera al que me había informado sobre la enfermedad de Degrelle. Ninguno estuvo a su lado en ese momento. Yo había escuchado a Leon dar una charla en el local de CEDADE de Madrid, en la que habló contra la cremación e ironizó las afirmaciones que se hacían sobre el “Holocausto”. Pues bien, tampoco hubo nadie de CEDADE junto a él. Muy pronto, me fue ya imposible comunicarme con su esposa, pues ella también cayó enferma, con una fulminante “neumonía de hospital”. Es decir, Degrelle estaba solo en su lecho de muerte, en el hospital de Málaga. En menos de veinticuatro horas lo cremaron, contradiciendo así sus propias declaraciones de católico y que yo le escuchara en su charla de Madrid. Ya no podría cumplir con mi promesa.

Debo volver a preguntarme: “¿Qué pasa con España? ¿Cómo es posible que ni un solo camarada haya permanecido a su lado las veinticuatro horas del día y de la noche para asistirlo, protegerlo y defenderlo en ese instante decisivo, tan deseado y hasta posiblemente propiciado por el Enemigo, tras años y años de espera?”

España tuvo el privilegio único de tener en su tierra a un gran hombre, comparable sólo con Mussolini, al idealista sin tacha, leal hasta su muerte. Y los que lo admiraron y lo exaltaron mientras vivía, lo dejaron solo al final. Todo lo que ellos han escrito sobre la

“psicotrónica”, sobre la profanación de cadáveres, sobre los rituales satánicos y la extirpación de órganos, de la que fuera víctima Rudolf Hess, según su hijo, no contaron para nada en este drama, como si todos los camaradas hubieran sido precisamente “psicotronizados”, hipnotizados.

Esto me produjo una impresión tremenda, hasta el día de hoy. Cremar un cadáver en una máquina, esperando además el turno para ello, es algo absolutamente inaceptable para un hitlerista. Cremar es sólo posible en la India, con maderas de sándalo, como a Nehru, o en una barca, como a Baldur. Pues, ¿qué seguridad existe de que las cenizas hayan sido las de mi admirado y querido camarada Leon Degrelle? ¿Y qué seguridad de que no extrajeran sus órganos para realizar con ellos el ritual demoníaco? Ciertamente, la tumba puede ser profanada; pero los camaradas debieran allí cuidar sus restos con una guardia permanente, de día y de noche, hasta su Resurrección junto a una Espada.

En los días de su muerte yo terminaba de editar en Chile la primera edición completa en castellano de “*Mi Lucha*”, de Adolf Hitler. Se la dediqué a Leon Degrelle, en un homenaje público, realizado en la casa de mis antepasados, en “Las Condes”, la que un día habitaran mis tatarabuelos, los Condes y las Condesas de Sierra Bella. Allí, en presencia de otro de sus bisnietos, Nibaldo Correa Fernández, y rodeado de mis camaradas de Chile, el héroe hitlerista y “kristiano”, Leon Degrelle, encontró el entorno propicio para que su alma fuera reconfortada con la lealtad de mi estirpe y de sus camaradas chilenos. Y también de una gran mujer española, su amiga de Galicia, la que cantó para él una canción antigua:

*“¡Oh flores, flores,
las mis amigas!
Contadme adónde
mi amor se iba.
¡Ay, pena de amor!*

*“¡Oh flores, flores,
que yo cortaba!
Contadme adónde
mi amigo estaba.
¡Ay, pena de amor!”.*

¿Qué menos podría yo hacer que recibir a Leon Degrelle en la casa de mis antepasados y rendirle un homenaje agradecido por la carta que un día él me enviara? ¿Allí, junto a las cumbres de los Andes sagrados...?

“Madrid, 29 de mayo de 1994

“Muy querido Miguel,

“¡Me desespero de no saber nada de Ud.! ¡es Ud. un amigo tan admirable y tan admirado, el filósofo de nuestra epopeya, el visionario que ha visto más allá de los incidentes, lo esencial, lo sobrehumano, lo sobrenatural!

“He leído una masa de artículos sobre su comportamiento cuando los funerales de Walter Rauff. Yo quisiera, a mi muerte, un semejante idealista cerca de mis restos...

“Pero, ¡déme una señal de vida! Que Jeanne y yo sepamos qué es de Ud. Y que tengamos pronto la alegría de volver a verle. Acuérdesse de la primera visita suya, cuando le habíamos tomado por uno de esos periodistas sin escrúpulos que asaltan por mi casa noche y día. ¡Pobre Miguel! Pero qué compensación cuando hemos podido descubrir la riqueza iluminada de su espíritu y la bondad de su corazón!

“¡Vuelva pronto! Entre tanto, Jeanne y yo le abrazamos muy afectuosamente,

“Leon Degrelle

“N.B. Le mando esta carta en tres ejemplares, a tres direcciones”.

* * *

Como mis actividades hitleristas se habían reiniciado, pensé que no podría continuar residiendo en Suiza y publicar otros libros, además de “El Cordón Dorado”, revelando la “Cosmogonía del Hitlerismo”, sin comprometer al país que me había acogido tan generosamente.

En Chile se había producido el Golpe Militar y Allende se había suicidado. Varias veces he contado que fue nuestro Cónsul General en Zürich, mi ex secretario, Carlos Costanora, quien me transmitió la noticia del dramático final.

Madrid, le 29 mai 1884

Bien cher Miguel,

Je me désespère sans rien tenir
de vous ! Miguel ! Cher Miguel ! Vous êtes un ami si admirable
et si admiré, le philosophe 2^o de notre époque, le virtueux
qui a vu, au delà des incidents, l'essentiel, le métricien,
le transatlantique !

J'ai lu une masse d'articles
sur votre comportement lors des funérailles de Walter Raut^{ff}. J'
râchais, et mon cœur, un peu à l'altitude près de ma déesse... —

Mais faites-moi signe ! Que
Jeune et moi sachions ce que vous devenez ! Et que, bientôt, nous
ayons la joie de vos visites ! Trouvez-vous de votre première visite,
quand vous venez près pour un de ces journaliers deux semaines
qui assaillent ma maison nuit et jour ! Pensez Miguel ! Mais
quelle compensation quand nous avons pu découvrir la richesse
illumineuse de votre esprit et la bonté de votre cœur !

Recevez, vite ! En attendant,
Jeune et moi, vos embrassements très affectueux,



N.B. Je vous envoie cette lettre
en trois ex., à trois adresses !

Carta de Leon Degrelle a Miguel Serrano.



Krause, Ayudante SS de Hitler, sostiene la bata del *Führer*.



Adolf Hitler y Mussolini. Al fondo, Krause, el Ayudante SS del *Führer*.



Arno Breker, el gran escultor del Nazismo y de Adolf Hitler. Fotografía firmada.

Carta de Arno Breker, escrita en francés, dirigida a Miguel Serrano.

*En même temps, je me trouve dans une bonne
 situation de santé après une année 1984
 assez grave. Le médecin est fort heureux
 de mon état actuel.
 Pouvriez-vous que ce Toura' dise à la mère
 de Napoléon! -
 Espérons nous avons la chance de vous
 voir un jour à Düsseldorf?
 Avec toute mes sympathies
 Arno Breker*



Arno Breker y Miguel Serrano, en Düsseldorf. Breker fue el autor de las esculturas que adornaron los principales edificios del Tercer Reich. Fue también autor de la magnífica cabeza de Ezra Pound.

Solitario allí, en la Casa Camuzzi, junto al fuego de la chimenea, me contemplé en el viejo espejo de Hermann Hesse, abrí la ventana del pequeño balcón, hacia el “Jardín de Klingsor”, levanté una copa también antigua, llena con un vino rojo de Jumillas, que había traído de España, y brindé al cielo estrellado de ese Otoño de Montagnola, recordando a todos nuestros muertos y a todos los héroes que desde mi juventud me acompañaban:

“¡Salud, salud, oh héroes, oh *Viryas!*”.

Lo hacía pensando también en el destino de mi Patria y en lo que profetizara mi Maestro: “Chile llegará al fondo del mal y la miseria, para de allí levantarse, hasta ser la primera Nación de América del Sur...”.

* * *

De amanecida fui a visitar la tumba de Hermann Hesse, en el cementerio de Montagnola.

Durante esos diez años de mi permanencia en la Casa Camuzzi, siempre, en los momentos difíciles, de gran soledad o desánimo, iba a visitar la tumba de Hesse. Y allí, recogido, establecía un contacto con él, una “conversación”. Así lo hice cuando escribía mi libro “NOS”, al no saber cómo avanzar ni qué decir, o si debería revelar esos secretos.

Era de amanecida y el cementerio se hallaba solitario, envuelto en el sol frío y transparente del bello otoño ticinés.

Sentado en la roca, junto a los pinos que entrelazaban sus ramas y al gran libro de piedra abierto, con el nombre del escritor en una de sus páginas, me concentré, libre de todo pensamiento. Y sentí claramente que Hesse me daba una orden: levantarme y marchar por un sendero de la derecha. Lo hice y pronto hube de detenerme frente a una extraña tumba, sin una cruz, sin un signo cristiano, rodeada de una reja de fierro, imitando llamas de fuego. Al centro, una piedra terminada en dos picos, o cimas, teniendo al medio una ánfora, como el Grial. Era una montaña. Y atrás de todo se levantaba un árbol, una araucaria. Emocionado, estaba allí inmóvil, sin necesidad de interpretar mayormente ese mensaje: el Melimoyu, con sus dos cumbres, y el Grial al medio, con su alimento de Vida Eterna. Todo eso en el Sur de mi Patria, donde crecen las araucarias.

Sí, debía partir, regresar a esos confines. El mensaje me lo entregaba el amigo entrañable. Y fue nuestra despedida, en esta Ronda del Eterno Retorno.

* * *

El Número del Eterno Retorno es el 9. Se repite igual en la suma de todos sus múltiplos: El Retorno de Lo Mismo.

* * *

Allí, inmóvil, tuve de pronto la impresión de haber vivido esto muchas veces.



Extraña tumba en el cementerio de Montagnola, con *Grial* entre los dos picachos de una Montaña, igual al Melimoyu, y una araucaria al fondo.

CUARTA PARTE

LOS CONFINES

Este cuerpo de carne, huesos y sangre ha sido formado y alimentado por los frutos de la tierra, de la Patria; esta alma, por su aire y la visión de sus cumbres nevadas, luminosas, por los amaneceres y crepúsculos marinos, por el perfume de sus flores, por el verde y amarillo de los bosques.

Madre-Patria (Madre y Padre):

Tantos años alejado de ti, nunca me sentí completo, realizado. Me faltaba el complemento de todo lo que tú me has dado, desde mi niñez, junto a las cimas blancas de los campos de Popeta. Ni los Himalaya, ni los Alpes, sólo los Andes guardan el misterio de un mundo sumergido, que ahora deberé explorar hasta sus profundidades.

* * *

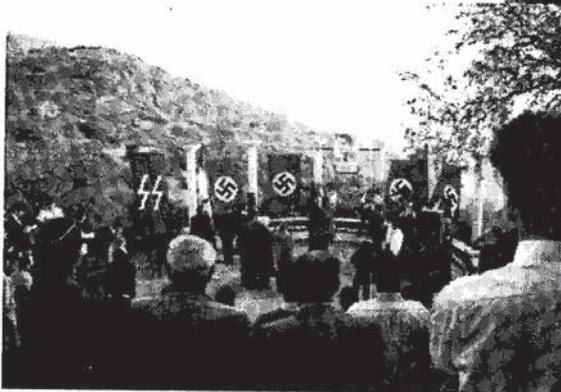
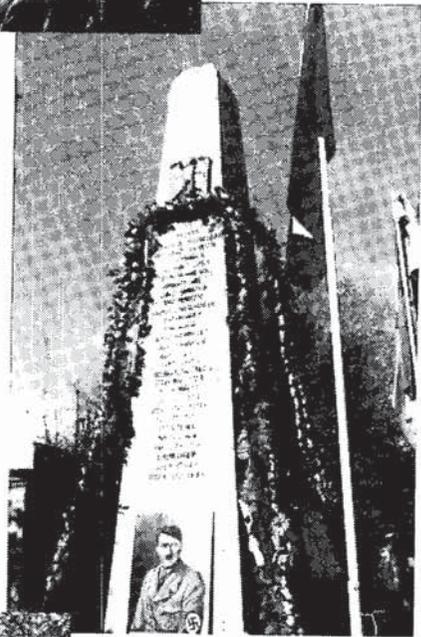
Pero qué distinto era el país que encontré al volver. Un clima gris, pesado. Las noches sin iluminar, con automóviles cruzando a gran velocidad por calles vacías. Disparos, ruido de ametralladoras. Alguien se baja apresurado de una máquina y me detiene, apuntándome con una pistola. Me pide identificarme. Le muestro mi pasaporte diplomático. Me aconseja irme rápido a mi casa, pues se busca a una persona que se me parece.

Al día siguiente voy a visitar al Ministro de Relaciones Exteriores, un Almirante. Converso largo con él y doy mi opinión sobre la situación mundial en relación con Chile. Me manda a hablar con la Junta de Gobierno, los cuatro Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas.



Ceremonia increíble hitle-rista. Jamás se ha visto nada parecido, salvo años después en Chile, con un igual sentido místico-esotérico.

Celebración del Centenario del nacimiento de Adolf Hitler, en las cumbres andinas, que pertenecieron a las tierras de mi familia, en un anfiteatro griego, imitación del de Epidauros. Asistieron representantes de países latinoamericanos, de Italia, de Alemania y de España.



Homenaje a Rudolf Hess y a los héroes nazistas, asesinados el 5 de septiembre de 1938.



Juan Diego Dávila, camarada y sobreviviente de los héroes nazistas asesinados en 1938, y Miguel Serrano, en un homenaje de un 5 de septiembre.



Miguel Serrano inicia un homenaje a los héroes nazistas con una invocación a la Estrella de la Tarde, *Yepun*.



Figura única por su simbolismo. Tal vez tallada por los inkas blancos, los frisones o los hiperbóreos de Sudamérica, con anterioridad a la llegada y destrucción planificada de los judeo-cristianos. Una reliquia de los Dioses Blancos, con el símbolo de la Estrella de la Mañana, *Oiyehue*, la Runa Véneris.



Eduardo Thiers Yunge, joven hitlerista, misteriosamente desaparecido. Aún lo buscan sus camaradas del sur del mundo.

Demasiadas veces he relatado en detalle esta reunión trascendental. La primera vez la describí en "Adolf Hitler, el Último Avatâra", en el capítulo "El Golpe Militar Chileno". Con la mayor crudeza me referí a cada uno de los participantes, a esas figuras decisivas en la Historia del país y, muy especialmente, al protagonista principal, el General Augusto Pinochet Ugarte. He registrado en letra escrita mis palabras y las de ellos, con la impresión personal sobre cada uno. De todo eso, sólo voy a rescatar ahora mi consejo de implantar en Chile un "régimen de campamento militar autárquico", en el que "todos comieran del mismo rancho". "Con el arado en una mano y en la otra el fusil", como el guerrero visigodo de la Conquista. Es decir, lo más opuesto al sistema económico que se impuso, bajo la influencia "monetarista" de los "Chicago boys", de Milton Friedman y, luego, de los "gremialistas" de Jaime Guzmán y los "Opus Dei" del presente. Ante esta trágica evidencia, volví a partir, abandonando Chile por algún tiempo, mientras hacía declaraciones públicas en contra del sistema económico y mi hijo, José Miguel, escribía documentados artículos, atacándolo.

Fue también por esos días cuando se expulsó de Chile a Michael Townley, de origen estadounidense, un agente del Organismo de Inteligencia recién creado por el Gobierno, y reclamado por la CIA, que ya se había vuelto contra Pinochet y la Junta, por sus intenciones de quedarse más de la cuenta en el poder, y por la liquidación del Partido Comunista chileno, afectando así los intereses vitales de su enemigo aparente, la KGB.

Varias veces también he contado mi intervención —fortuita en este caso— a través del General de Aviación, Matthei, tratando infructuosamente de evitar la expulsión del agente Townley. ¡Hace tantos años ya! Allí comienza el desastre del General Manuel Contreras, Director de Inteligencia de la DINA y del mismo General Pinochet.

Dudas mortales debieron torturar a este último, al extremo de que Antal Liphay, un personaje de origen húngaro y con influencia en la familia de Pinochet, de tendencias nacionalistas y contactos con la "Inteligencia" de Contreras, se me acercó para decirme que la familia del General se encontraba muy preocupada. Buscaban a alguien que pudiera darle un buen consejo. Tal vez supieron de mi intervención a través de Matthei; o bien, el mismo Liphay dio mi nombre. Lo cierto es que me preguntaban si yo estaría dispuesto a visitarle. Dije que sí. Y mi sorpresa fue aún

mayor al conocer las palabras de Pinochet: “Ese señor ya vino a pedirme una Embajada”.

Era esa una mentira. Jamás le había pedido nada, ni le había vuelto a ver después de mis dos entrevistas con los miembros de la Junta en el Ministerio de Defensa. Sólo ofrecí ayudar con mis amistades y explicarles la situación real de Chile: a Indira Gandhi, a Tito, a Waldheim, en las Naciones Unidas; al Gobierno italiano, a través de Roberto Duce, Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores romano, y de Alberto Berio, Consejero de Estado, para lo cual habría necesitado un “status” oficial y representación diplomática, es cierto; pero mi ofrecimiento lo hice por el conducto regular, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores. En cambio, y sin mi conocimiento, el ex Presidente Jorge Alessandri mandó a Jaime Guzmán a que pidiera a la Junta de Gobierno que me devolvieran la Embajada que me había quitado Allende. De esto sólo me enteré por Alvaro Puga, colaborador del Gobierno Militar en esos días. Luego, cuando esto no se hizo, las palabras de don Jorge fueron: “Mal le va a ir a esta Junta si empieza actuando así con Miguel Serrano”.

Temprano pude saber que el General Pinochet mentía.

Mi ciclo en la diplomacia se había cerrado hacía tiempo, debiendo comenzar ahora la última aventura en la tierra de los confines del Polo y de los Hielos, en la Hiperbórea del Sur.

Pinochet, por miedo frente al poder del Norte, como siempre, se inclinó, entregando a Townley, así como veinte años después entregaría al General Contreras. De este modo sellaba su destino y el de Chile.

* * *

Visité a mi Maestro. Tenía casi cien años, y me avisó su deseo de partir. Su profecía sobre Chile se había cumplido en gran parte. Nuestra conversación trató de la vida y de la muerte. Por su profundidad y trascendencia voy a reservarla para el final de estas “Memorias”. Dejo también para entonces el relato de nuestra despedida en esta tierra y en esta Ronda del Eterno Retorno.

LOS SAGRADOS ANDES

Poco a poco había logrado juntar un grupo de jóvenes idealistas, dispuestos a luchar contra el sistema y partir en busca de un punto mágico de nuestra tierra, donde establecer una vida diferente, basada en los valores superiores y en contacto con una cumbre sacra de los Andes. Fueron jóvenes de varias regiones del mundo, no sólo de Chile, que creían en los principios capaces de transmutar la vida de los hombres y tenían fe en lo que se escribió con la sangre de los héroes. Solamente nuestros ideales han podido abrir un horizonte a la juventud desesperada, en la más profunda crisis religiosa, entregada a la droga, al terrorismo y al crimen. En los veinte años de mi regreso a Chile, de actividad incesante, nunca en el mundo, salvo durante los tiempos grandiosos del Hitlerismo, se realizaron actos mágicos y litúrgicos como los nuestros, en las celebraciones del Centenario de Adolf Hitler, en los dedicados a Rudolf Hess y a los héroes nazistas chilenos. Ahí están los documentos y los films para mostrarlos. Rindo, por ello, homenaje a los leales, a los que aún permanecen, a pesar del fracaso de nuestros esfuerzos en el mundo exterior por construir un paraíso inexpugnable, de belleza y justicia aquí en nuestra tierra. Hombres y mujeres, y a la familia que vino desde Alemania. Cuando el círculo de fierro se cierra en torno nuestro, deseo preservar sus identidades para protegerlos; en los días finales, cuando todo parece perdido y se oye ya el galope del Caballo Blanco del *Ultimo Avatâra*.

EL MISTERIO DE LOS DIOS BLANCOS

Cuando la entera Historia del mundo nos es desconocida, no es de extrañar que nada sepamos de cierto sobre la prehistoria del Continente que llamamos América y que los vikingos apodaran *Huitramannaland*, Tierra de Hombres Blancos.

En todas las culturas americanas, precolombinas, se nos habla de los "hombres blancos", con características semidivinas, que gobiernan a pueblos mezclados, de color. Son los creadores de la civilización entre los humanos. Los libros de Jacques de Mahieu nos ilustran al respecto, al tratar de Tiahuanacu, de los Incas (*Inkas*), de los pascuenses, de los toltecas, olmecas y mayas. Luego, Alexander von Wuthenau y Pierre Carnac, Miguel Covarrubias,

Barry Fell, Cyrus Gordon, Gustavo Vargas Martínez, Paul Rivet y Pierre Honoré, autor de "La Leyenda de los Dioses Blancos", además de nuestro Fonk. José Vasconcelos habla de "Raza Cósmica", para referirse a América. Es decir, este Continente estuvo poblado, desde muy antiguo, desde los mismos orígenes, siendo aún posible que razas cuyas raíces se atribuye a otras latitudes hayan partido desde aquí. Aunque nuestra opinión es otra: la verdad última no está en la Tierra. Su Historia tiene un comienzo extraterrestre, con un argumento que no varía, siendo siempre el mismo: guerra, destrucción, muerte. Hombres blancos que luchan contra un enemigo de color y que, cuando vencen, son capaces de dar felicidad y paz por un tiempo a los suyos y también a los vencidos, hasta que estos últimos los contaminan con su sangre y los derrotan desde dentro. Cuando este punto se alcanza y la tierra aparece totalmente mezclada (contaminada, con una "raza-cósmica", precisamente), la Naturaleza se sacude el mal, el cáncer, con un cataclismo. Y todo volverá a comenzar, en el Eterno Retorno de los Ciclos, o edades. Hasta que un día logremos salirnos a una "situación no soñada ni por los más grandes utopistas", como pensaba Frederich Nietzsche, derrotando al "Eterno Retorno de lo Mismo", en el *Yuga del Héroe*, que nos aporta el Hitlerismo Esotérico. ¿Será posible? Por ello, aún seguimos luchando.

La Historia terrestre se repite: los *Viryas* se enamoran de las "hijas de los hombres", en medio del Combate con los "robots genéticos" de *Sat-án*, *Sat-urno*, Jehová. Y son hechos prisioneros, transformándose en esclavos. Los que se mantienen puros, parten, emigran, se refugian en ciudades sumergidas, subterráneas. En *Shamballah*, *Agartha*, *Paititi*, *Elellin*, el Dorado, la Ciudad de los Césares.

El Dios Blanco, Quetzalcoatl, la "Serpiente Emplumada", es combatido por los sacerdotes aztecas de color de Tenochtitlan y obligado por el judío, Tazcatlicopa, a emigrar. Se reinician los sacrificios sangrientos en las pirámides del sol. Deberá también abandonar con toda su gente la maravillosa Chichen-Itzá, desconociéndose su paradero y rumbo final. Otro tanto acontece con Kukulcan y con los Dioses Blancos, Mama-Ocillo y Kontiki-Viracocha, tras la desaparición del primer Tiahuanacu. Al igual que los hiperbóreos del Gobi, entran en la "Tierra Hueca", por las "puertas" himaláyicas y andinas, hacia las ciudades míticas, hacia los templos ocultos, en las profundidades de los mundos sumergi-

dos, de la Atlántida, de Gondwana, de Lemuria, de la Antártida, en la Otra Tierra, donde también se refugiara Hitler, con lo mejor de la raza de los “Superhombres Astrales”, los *Viryas* recuperados. En la Ciudad de los Césares, en el *Walhalla* de Wotan-Quetzalcoatl.

* * *

Desde tiempos muy remotos, los iniciados y los exploradores esotéricos buscaron las entradas secretas a las ciudades ocultas, donde reside el “Rey del Mundo”. Algunos, muy pocos, las hallaron, la mayoría pasó junto a ellas sin percibir las. Aquí, en la Patagonia, en la Tierra del Fuego, buscó la “Ciudad de los Césares” Pedro Sarmiento de Gamboa y, desesperadamente, el Padre Mascardi, hasta perder su vida. Enviaba mensajeros con escritos en griego, pues estaba convencido que los habitantes eran troyanos, o héroes de Esparta, de la Grecia más antigua. Y de Mahieu estuvo seguro de que los comechingones de los montes de Córdoba, en Argentina, fueron la élite desaparecida de Troya y los huayaquis, del Paraguay, quizás si hiperbóreos, peregrinos del Gobi. Y todos ellos, sobrevivientes de la Atlántida, o de Gondwana, o de la Lemuria.

Lo cierto es que los arios, los “nacidos dos veces”, los “resucitados”, en sus caravanas y periplos —los “*peregrinos del ansia*”, los “*testigos del alba*”—, siempre llevan consigo su parásito, como esclavos, que al final los desvían de su ruta, los consumen, los suplantán y los derrotan, apropiándose de su rostro y su lenguaje, de su historia y biografía, falseándolas. Es un argumento que se repite y se repetirá. El judío, el robot genético de Satán-Saturno, ha sido traído a esta tierra por compulsión demiúrgica, para impedir el triunfo de los *Divyas* y los *Viryas*.

Conflicto cósmico ineludible.

EL MONTE MELIMOYU

Asistí en Alemania a una sesión del “médium lúcido”. Estaba rodeado de mujeres, de *nornas*. Es curioso, pero también los Externteine fueron un templo de mujeres, de “meigas”, como al parecer lo fuera Machupichu, de las Vírgenes del Sol. Las nacidas quinta en Hiperbórea, eran las encargadas de mantener el contacto con los Dioses, con los *Divyas*, con los que vigilan desde afuera.

El médium cerró los ojos y esperó mi pregunta, repitiéndola luego:

“—¿Dónde debo buscar la Ciudad de los Césares?”.

Y me respondió, abriendo los ojos:

“—El primer lunes del mes, vaya al aeropuerto de la ciudad de Santiago, en su país. Siéntese en un banco y espere, hasta que al frente suyo un extraño personaje, con collares, un curioso sombrero, pantalones arrugados y viejos, que parezca dormitar, se levante para tomar un avión. Sígame, embárguese con él y descienda donde él lo haga. En ese lugar usted encontrará lo que busca”.

Obedecí. Y un lunes fui al aeropuerto de “Los Cerrillos”, preparado para partir. Me senté y esperé, sin ver a nadie al frente mío con las características señaladas por el médium alemán. Muchos aviones partieron y yo seguía esperando, hasta que comprendí que me había equivocado y que ése no era el primer lunes del mes.

Debería ahora aguardar hasta el mes próximo. Volví, me senté en el mismo sitio y esperé de nuevo, con idénticos resultados: nadie se sentó al frente mío, nadie semejante. Mas, ahora no estaba dispuesto a esperar otro mes. Fui a la ventanilla de la Línea Aérea Nacional y compré un pasaje en el primer avión que salía al sur y para la ciudad más distante de su recorrido, Coihaique.

Llegué allí de noche y pregunté por un lugar donde pernoctar. Me recomendaron el “Hotel Español”. Recordé que alguien me había dicho que en Coihaique residía Atilio Cosmeli, un hombre que había descubierto las ruinas de una antigua ciudad en la selva. En el hotel le conocían y me dieron su teléfono. Era éste un próspero empresario maderero, con varios fundos en la región. Alessandri le había nombrado Intendente de Punta Arenas, durante su Gobierno. De claras tendencias nacionalistas, apenas le di mi nombre me invitó a alojar en su casa de Coihaique. Me pasaría a buscar. Mientras le esperaba, reflexionaba en el hecho curioso de encontrarme en esa alejada ciudad del sur, la que fuera diseñada por mi cuñado, Ernesto Mesa, marido de mi hermana Berta. Vivieron varios años allí, como en el Lejano Oeste. Hubo hasta una calle con el nombre de Berta Serrano. Hoy sólo conserva el apellido, creyéndose que el nombre se deba al héroe del combate naval de Iquique.

Atilio Cosmeli me llevó a su casa, donde nos servimos una cena frugal, preparada por nosotros mismos. Me contó que su

mujer, Luz Pereira, acababa de fallecer, envenenada al comer setas del jardín. Por esta razón, pronto dejaría esta casa. Durante el gobierno de Allende había combatido con todos los medios posibles y, junto con Jorge Prat, Julio Phillipi, Vittorio di Girólamo y otros nacionalistas, habían pensado instalar una suerte de colonia cerca de Chile Chico, en la frontera con Argentina. Desde ahí iban a continuar la resistencia.

El tema que él planteara me dio la oportunidad para referirme a la ciudad secreta de la selva. De inmediato cambió su actitud y dejó sencillamente de hablar, extrañado de que yo me refiriera a una cosa “absolutamente absurda”, según sus palabras.

Para poder continuar conversando, pasé a tratar algo diferente, diciéndole que acababa de publicar un libro, que de seguro le iba a interesar. Abrí mi mochila y saqué “El Cordón Dorado. Hitlerismo Esotérico”. Demostró un interés muy grande, pidiéndome que se lo prestara para leerlo esa misma noche. Se lo pasé y nos despedimos, para irnos a nuestros cuartos.

Al día siguiente, al desayuno, Atilio estaba transfigurado y no se cansaba de hacerme preguntas en relación con el tema de mi libro. Deseaba quedárselo de cualquier modo. Era el único ejemplar que yo llevaba conmigo. Y se me ocurrió usarlo como un medio de presión, quizás indebido, pero que yo decidí utilizar dada la importancia fundamental del tema y la trascendencia de mi búsqueda:

“—Mire, Atilio”, le dije, “yo estoy seguro de que usted no ha querido revelarme la verdad sobre la Ciudad perdida de la Patagonia; pero ahora, al leer mi libro, se habrá enterado de quién soy y de la seriedad e importancia de mi deseo de conocer... Quédesese con el libro y dígame qué hay y lo que usted encontró...”.

Se levantó de su asiento y se puso a pasear nervioso. Miró por la ventana, como si perdiera su vista en la lejanía.

“—Sí, cuando yo era Intendente, podía hacer estas cosas... Resulta que un indio, en su lecho de muerte me entregó el secreto de unas ruinas perdidas en una isla de estas regiones extremas... El secreto sólo puede revelarse de persona a persona, en el lecho de muerte... Viajé con una pareja de carabineros montados y en la cercanía del sitio les vendé la vista, cosa que pude hacer por el hecho de ser Intendente, como he dicho... Ahora bien, nada del otro mundo, sólo rocas y unas ruinas rudimentarias, sin importancia...”.

Atilio Cosmeli se calló, se retiró de la ventana y se paseó visiblemente molesto por el cuarto. Sin duda sintió que había roto un compromiso, como si yo lo hubiese obligado, o sorprendido. Y su actitud hacia mí cambió desde ese momento. Me llevó de vuelta al hotel y me dejó allí, con la excusa de que tenía mucho trabajo y compromisos para ese día y los siguientes.

Hasta hoy, nunca he sabido si él me contó la verdad sobre su expedición, toda la verdad. Atilio Cosmeli murió años después, en un accidente en auto, en su hacienda del Lago General Carrera y no creo que tuviera la ocasión de transmitir a alguien más el secreto de las ruinas.

ENCUENTRO CON EL EXTRAÑO PERSONAJE

Tras leer mi libro, Cosmeli me aconsejó que viera a la Alcaldesa de Puerto Cisne, una astróloga con gran influencia en el General Pinochet y que había pronosticado, entre otras cosas, el asesinato en Italia de Aldo Moro. Ella era de origen italiano.

Pero decidí recurrir al Alcalde de Aysen, un nacionalista. Me comuniqué con él por teléfono para solicitarle algún consejo en mi búsqueda en la región. Me envió de inmediato su automóvil, invitándome a su casa.

El trayecto de Coihaique a Puerto Aysen iba por un camino de tierra, bordeando montañas, con una cascada de aguas cristalinas apodada "El Velo de la Novia" y una enorme roca equilibrándose sobre un paso angosto, parecida a un rostro: "La Cabeza del Inca", me dijo el chofer. "Hasta aquí llegaron los Inkas", pensé.

Con el Alcalde y su esposa conversamos largamente sobre los acontecimientos de esos días. Chile se preparaba para la guerra con Argentina, la que aparecía como inevitable. Sólo la Alcaldesa de Puerto Cisne no la veía de este modo, en los astros. Y así se lo habría comunicado a Pinochet. Luego, me relató de las muchas dificultades que le ponían los "gremialistas" de Jaime Guzmán para el desempeño de sus labores, por el solo hecho de ser nacionalista.

Nuestra conversación no pudo continuar al siguiente día, pues él debió partir a Coihaique, a una reunión de Alcaldes de la región. Regresó en la noche, con una noticia para mí. En la reunión se encontró con la Alcaldesa de Puerto Cisne, Eugenia Pirzio-Biroli, quien, al enterarse de que yo estaba en Aysen, me pedía

trasladarme ese próximo día nuevamente a Coihaique, para encontrarme con ella, pues “tenía algo que comunicarme”.

En el auto del Alcalde volví a recorrer el camino en dirección inversa, para encontrarme, al fin, con el extraño personaje que me fuera anunciado por el médium en Alemania.

¡Qué increíble sorpresa! Ahí estaba, parado frente a “él-ella”. Porque el personaje era una mujer: ¡Eugenia Pirzio-Biroli, la Alcaldesa de Puerto Cisne! Con un turbante en la cabeza (el “raro sombrero”), collares indígenas colgándole hasta la barriga y unos pantalones estrechos y arrugados. Me miraba con ojos profundos. Me habló:

“-Prepárese, porque hoy mismo nos vamos en un avión a Puerto Cisne. Usted y yo tenemos mucho que decirnos...”.

Y fue así como partí en un pequeño avión, conducido por un avezado aviador, Ernesto Heine Aguila (el sincronismo de los nombres), quien llegaría a ser un fundamental amigo.

La señora Pirzio-Biroli era una asidua lectora de Julius Evola y, en “su Reino” de Puerto Cisne, trató de materializar la Leyenda del *Graal*, al extremo de construir una “Posada del *Graal*” y un “Refugio *Monsalväsche*”. Partidaria acérrima de Pinochet, de quien admiraba “sus ojos azules”, según me declaró, y seguidora obediente de su Jefe, el Intendente de Punta Arenas, Sergio Fernández. Hasta allí llegaba su subordinación, porque en lo restante ella era una autócrata, decidiendo por su cuenta, preocupada sólo de los intereses de Puerto Cisne, aldea de su creación, su “Reino”, como hemos dicho. Odiaba a la colonia alemana de



Posada del *Graal*, en Puerto Cisne, territorio de Aysen.

Studie: Nirgendwo wachsen jüdische Gemeinden so schnell wie bei uns



Judíos practican ceremonia, portando en la frente un instrumento semejante al que usan en las tierras del sur de Chile, para apropiarse de los territorios por medios cabalísticos y por las vibraciones de la "Thora".



Todos los candidatos a la Presidencia de Chile usan el "quipá" en una ceremonia judía.

Puyuhuapi, e ignoraba la Isla Magdalena. Además, era anti-fascista, porque Mussolini no había hecho Mariscal a su padre, el famoso General Pirzio-Biroli.

Sin embargo, aún debería llevarme la más grande sorpresa. Una sorpresa “llena de significado” (como diría nuestro Nietzsche). Al llegar al aeródromo de Puerto Cisne, la Alcaldesa descendió sola, dejándome en el avión con Ernesto Heine, y diciéndome:

“-Vaya con él”.

De este modo, como en el antiguo film “Horizontes Perdidos”, partí en un avión, sin saber a dónde, volando por regiones totalmente desconocidas.

* * *

Aterrizamos en una pequeña cancha junto al mar. Nos subimos a una lancha y navegamos en dirección de un punto que se veía oscuro en el atardecer. A medida que nos acercábamos, fueron apareciendo los techos de unas construcciones de madera. Eran las Termas de Puyuhuapi. Ernesto Heine las acababa de adquirir y estaba tratando de explotarlas. Su proyecto estaba destinado al fracaso, pues él no era un comerciante, sino un aviador, un “águila”, esencialmente. Hoy esas termas son famosas y se hallan en manos de extranjeros. Entonces, se componían de tres o cuatro cabañas rústicas, para los huéspedes, más otra que servía de comedor. Los baños termales eran unas pozas al aire libre, casi junto al mar, a las que se alcanzaba caminando por la espesura de una selva, de vegetación autóctona. Tras el baño termal, uno podía sumergirse en las aguas marinas, experimentando el contraste del calor termal con el hielo del Pacífico.

Nos bañamos, cenamos y cada uno se fue a su cabaña para pasar la noche. Yo no podía dormir y necesitaba reflexionar sobre la sucesión de acontecimientos inesperados. Abrí la puerta de la cabaña y salí. Caía una fina lluvia persistente. Con una linterna encaminé mis pasos en la oscuridad. En la última de las cabañas había una luz encendida. Miré hacia adentro por su ventana y pude ver a Ernesto Heine sentado a una mesa, agachado sobre unos mapas. Tenía encendida una lámpara de parafina. Golpeé en su ventana. Ernesto se levantó y abrió la puerta. Me hizo pasar y me ofreció una silla junto a su mesa. Me explicó que observaba mapas de la región, en búsqueda de algún sitio inexpugnable

donde establecer mejor la resistencia ante la guerra inevitable que se nos venía encima.

Me incliné también sobre el mapa, con curiosidad por saber dónde realmente nos hallábamos. Sentí que me recorría un escalofrío. Ahí, en un círculo, leí: "MELIMOYU". Apreté la mano de Ernesto Heine, y le pregunté, sin poder creer en lo que veía:

"—¿Es verdad? Dígame: ¿Es éste el Melimoyu? ¿Dónde estamos? ¿Dónde estoy? No puede ser. Hace más de treinta años que este Monte Sagrado va en mi mente y en mis sueños, desde que lo divisara una vez en la distancia, durante la navegación del Canal Moraleda, en mi expedición a la Antártida de 1947. Era sublime la visión, con sus dos cumbres albas, como alas de un casco de guerrero vikingo. Nunca pude olvidarlo. Cuando llegué a India, declaré que iba a establecer un contacto mágico entre dos Montes Sagrados de la tierra, el Melimoyu y el Kailás... En el recuerdo ya borroso de estas regiones extremas, cercanas a la Hiperbórea del Polo Sur, creía que el Melimoyu estaba en la Tierra del Fuego... ¡Y ahora aquí, a mi lado, en la Patagonia...!".

Mi emoción era enorme. Ernesto Heine se levantó en silencio y volvió con una botella de vino. Llenó dos vasos y me invitó a beber:

"—¡Salud!... Su Monte está aquí, detrás de estos cerros, un poco hacia el norte, a la vuelta de la espalda".

Entonces me puse a hablarle sin reticencias, dando expresión a todo aquello que guardara por tantos años, desde mi juventud, y que no comunicara a nadie, ni siquiera a los míos, salvo a mi Maestro. Mi búsqueda de los refugios y del Templo de los Maestros de mi Maestro, en la India, en el Kailás, al que no pude alcanzar, por encontrarse ya en poder de los chinos. Y siempre, adentro, muy adentro, la visión y el recuerdo de la cumbre de las antípodas, del Melimoyu, como la materialización del Mito de la Ciudad de los Césares, de Trapananda, de Elellin.

"—¡Ernesto, aquí se cumple la misión y el sueño de mi existencia! Es increíble, una mano nos ha juntado, la de esa astróloga, a la que fui enviado desde Alemania, desde la Alemania del *Führer*...".

"—¡De nuestro *Führer*!", agregó.

"—Aquí, en estos lugares, hay alguien, algún refugio oculto, gente muy antigua —continuó—. Dentro de este Monte, por alguna entrada secreta, que usted y yo tendremos que encontrar".

En esos momentos recordaba a mi amigo Saint-Loup, quien tan ansiosamente buscó por este sur del mundo el refugio secreto

de los hitleristas, sin hallarlo. “Lo buscó en lo externo, en la tierra exterior, en su superficie”.

Y esto último, sin darme cuenta, lo estaba diciendo en voz alta.

“—Sí”, dijo Ernesto Heine. “Yo también estoy seguro que por aquí, en medio de estas cumbres y estas selvas, hay gente viviendo desde siempre. Cuando vuelo solitario me ha parecido ver algo, descubrir señales, caminos rectilíneos en las cumbres, construidos por seres que no son de aquí... Sí, hay algo. En algún lugar oculto se encuentran los nuestros... Además, durante la guerra llegaron submarinos... En Chiloé mi suegra les ayudó a abastecerse... ¿Sabe usted? En la colonia alemana de Puyuhuapi podrían decirnos... En todo caso, yo le voy a llevar en avión a volar sobre el Melimoyu. Buscaremos juntos. Además, si logramos instalar en los valles interiores una cancha de aterrizaje y, luego, construir ahí dentro refugios y cabañas como éstas, nadie jamás podrá descubrirnos, seremos invencibles”.

“—No, allí afuera no. ¡Adentro, hacia las entradas a la Tierra Hueca!”.

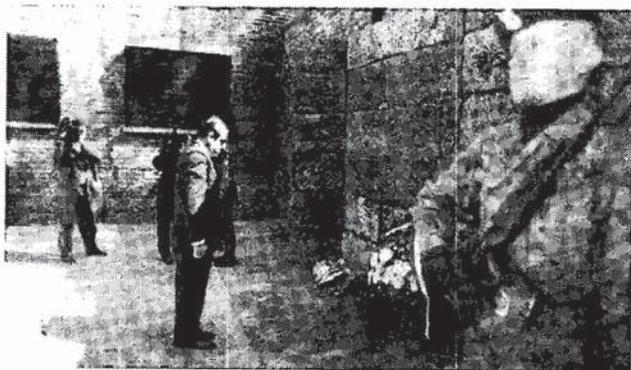
Con las manos apretadas, Heine y yo establecimos un pacto, en aquella noche lejana, iniciando una búsqueda destinada a continuarse por siempre. En el Eterno Retorno.

* * *

Mas, he aquí que el tema, el argumento se repite: la búsqueda paralela del Enemigo. El Alcalde de Aysen y el piloto Ernesto Heine debieron hablarme de las visitas de extraños turistas en la zona que, en número cada vez mayor, se internaban por estas regiones australes, disfrazados de mochileros. Sin duda buscaban también “algo”, provistos de mapas muy exactos de la zona. Cuando descendían de los aviones que contrataban, se vestían túnicas y se colocaban extraños instrumentos en la frente, iniciando invocaciones, contaminando así el paisaje. El alcalde me presentó al capitán del Puerto de Aysen, quien me mostró una larga lista con nombres de “turistas” que intentaban ir desde Puerto Ibáñez, en el Lago General Carrera, cruzando por los ventisqueros del Río Baker, hasta la Laguna de San Rafael. Cuando les informó que no era posible, pues allí no había rutas ni caminos accesibles, ellos le mostraron un mapa del lugar, que él desconocía. El Comandante trató de impedir la expedición, por considerar la zona



El Presidente de Chile, Eduardo Frei Ruíz-Tagle, usando el “*quipá*” judío. No podríamos siquiera imaginarnos a Jorge Alessandri Rodríguez o al General Carlos Ibáñez del Campo en una actitud semejante.



El Presidente de Chile, Eduardo Frei Ruíz-Tagle, visita Auschwitz. Ahí le mostraron la maleta de una prisionera judía, Franciska Frei. Si esto no fuera cierto y sólo un burdo truco judío, para engañar al Presidente de Chile y a su familia, pudiendo haber encontrado esa maleta en el “Mercado de las Pulgas” de Varsovia, de París o en el de la Plaza O’Higgins de Valparaíso, sería la mejor prueba de los métodos que ellos usan para engañar, mintiendo, como sobre el holocausto.*

* El Gobierno de Chile—el Gobierno de Frei—acaba de donar la condecoración máxima de la Orden Chilena, Bernardo O’Higgins, en el grado de Gran Cruz, a Simon Wiesenthal, el “cazador de nazis”, embustero insigne, como pude comprobarlo durante mi Embajada en Viena y le consta, por lo tanto, al entonces

El Dalai Lama en su segunda visita a Chile, con el Rabino y el Cardenal, juntando sus manos, haciendo la "cadena masónica".



estratégica. Entonces, para su sorpresa, le llegó una orden de la Comandancia Naval de Puerto Montt autorizando la expedición, por ser los "turistas" miembros del Ejército de Israel y del "Mossad". La lista de los nombres era falsa. Todo esto sucedía en pleno Gobierno de Pinochet y de la Junta Militar en Chile. Aquí se ignora totalmente lo que durante ese Gobierno aconteció. El país fue entregado al cumplimiento de un Plan internacional, cuidadosamente planeado y elaborado hace siglos y explicado en el libro de Theodor Hertz, "*Juden Staat*", el padre del Estado de Israel en Palestina y también en el sur patagónico de Argentina y Chile. Ya durante la Guerra, yo publiqué en mi revista, "La Nueva Edad", los volantes que llamaban "*Nai Juda*" (Nueva Judá) a la Patagonia y, más adelante, di a conocer el "Plan Andinia". Durante Pinochet se permitió la existencia de enclaves militares judíos en territorio chileno, donde se mantuvo presos, se torturó y drogó a rebeldes palestinos. Los judíos fueron autorizados para recorrer los lugares estratégicos de nuestro territorio austral, buscando allí lo mismo que nosotros. Y la Carretera Austral, construida en esa fecha, ha venido a servir los propósitos de "*Nai Juda*", de Theodor Hertz y

Canciller de Chile, Gabriel Valdés, padre del Canciller actual, quien acepta entregar este alto premio de nuestro país a ese personaje repugnante. Una prueba más de que se acabó Chile.

de "El Plan Andinia". Con la entrega de Laguna del Desierto a los argentinos, se les facilita a los judíos la instalación de la capital de su "Reino" en Viedma, como lo propusiera hace ya tiempo ese Presidente títere, Alfonsín. En la primera parte de este libro, ya hemos visto cuál es la situación de la Argentina actual, ocupada y gobernada por Israel. Con el Alcalde de Aysen y con Ernesto Heine justificábamos la guerra, pues no era contra los "hermanos" del otro lado de los Andes, sino contra los que ya se habían apoderado totalmente de esa Nación, siguiendo los dictados sabios de Theodor Hertz. La usaban para expandirse, extendiendo las fronteras del "Reino" hasta el Océano Pacífico y haciéndolo bioceánico. Desde esos años al presente, ya no necesitan de una guerra. Se están comprando Chile a través de un testaferro, un ciudadano yanqui llamado Douglas Tompkins, disfrazado de ecologista, agente de Rockefeller. Ya ha dividido a Chile en dos, adquiriendo todo un país, de ochocientas mil hectáreas, y los planes no se detendrán en la Patagonia, pues, con el Campo de Hielo Sur se extenderá el "Reino" hasta la Antártida y con la agitación de los mapuches, llegará hasta el Bío-Bío, estableciéndose momentáneamente un "estado tapón" indígena. Así, el Reino de Judá y del Mesías pretenderá quedar a salvo (*en el paralelo cuarenta*) de las catástrofes que se avecinan y que ellos mismos, por sincronismo, producirán. Mas, el paisaje mágico de estas regiones se sacudirá al final del mortal parásito.

Por siglos, el Melimoyu es un Volcán apagado. Dos de sus "Ubres"²⁹ se han caído. Cuando las otras dos también se derrumben, se sumergirá Chile.

* * *

Desde las termas fuimos por mar a visitar la colonia alemana de Puyuhuapi. Los colonos llegaron antes de 1939, procedentes en su mayoría de los Sudetes, en Checoslovaquia. Entre ellos, venía un hombre muy valioso y culto y con la intención de establecer allí un refugio austral del *Reich*. Trajo libros imposibles de encontrar hoy en Alemania, entre ellos un ejemplar de la primera edición de

29. Melimoyu en idioma indígena significa "cuatro ubres".

“Mi Lucha”, firmado de puño y letra por Adolf Hitler. Desgraciadamente, al estallar la Guerra, debió partir. Se enroló en la aviación y murió en el frente ruso. Su biblioteca quedó en poder de los colonos, que no supieron apreciar su verdadero valor. Cuando les visité, el jefe de la colonia era don Walter Hopperdietzel y su hijo, Klaus, me regaló la biblioteca.

En la colonia de Puyuhuapi se ha instalado una fábrica de alfombras. Don Walter Hopperdietzel me hizo un bello tapiz con la Swástika Levógira, que aún guardo en mi santuario de Valparaíso.

* * *

Ese día arribó a Puyuhuapi una barcaza. En ella venía el Jefe de Correos de Coihaique, Aldo Marchesse, director, además, del periódico regional.

Comimos unas cholguas recién extraídas. Y esa misma noche estábamos todos enfermos y debimos regresar en el avión; el Jefe de Correos a Coihaique y yo a Puerto Cisne, donde me interné en la “Posada del *Graal*”.

Fue una suerte que las cholguas no estuvieran envenenadas con la “marea roja”.

Pensé que aquí había terminado mi aventura patagónica. El Capitán del Puerto, preocupado por mi salud, prometió enviarme un avión para que pudiera trasladarme a Coihaique y, de allí, a Santiago.

Sintiéndome ya bien, esperaba el avión de un momento a otro. Oí el ruido de sus motores y me dirigí al aeródromo. Era Ernesto Heine, quien ciertamente me venía a buscar, pero no para llevarme de regreso a Coihaique, sino de vuelta a las termas y, de ahí, en vuelo directo al Melimoyu. Mi alegría fue inmensa. Al fin iba a poder ver de cerca a mi Montaña Sagrada, la que por tantos años llevaba grabada en la memoria y en el centro del corazón, de noche y de día, a través de continentes, de mares, de océanos, como una religión, como el amor de Allouine.

* * *

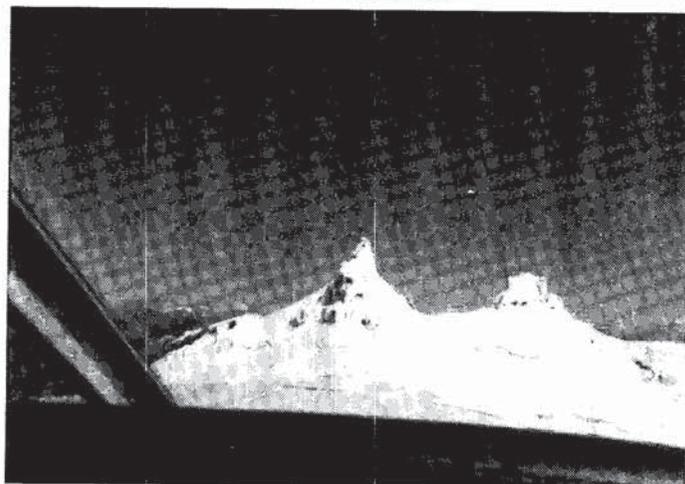
El avión era un bimotor. Ibamos sentados uno al lado del otro. Heine me mostraba las cadenas de montañas, señalándome unas

Con el gran piloto Ernesto Heine Aguila, junto a su avión, en la Patagonia.



Vista de los picachos (los "cuernos del casco vikingo") del Monte (volcán) Melimoyu. Toma del lado norte, sin nieve.

Los dos picachos del Melimoyu vistos desde el lado sur, con nieve. Pasamos entre ellos.



líneas rectas que semejaban caminos trazados por hombres, por seres desconocidos.

“—Esto es lo que yo he visto y me ha extrañado siempre”.

Cruzamos las cordilleras y volamos sobre un valle verde, cubierto de vegetación autóctona.

“—Ese es el Valle de Santo Domingo. Es aquí donde podríamos hacer descender un helicóptero con un grupo de trabajadores, para que construyeran una cancha de aterrizaje. Luego nos instalaríamos y nadie nos encontraría jamás”.

“—Sería la mejor forma de complementar la Carretera Austral, con una colonización chilena, tal como la imaginara don Nicolás Palacios. Y así contrarrestar el *Plan Andinia*”.

En esos momentos, frente a nosotros se abrió un abanico de nubes y se nos apareció la cumbre blanca y majestuosa del Melimoyu. Ahí estaba, acercándose.

“—Vamos a pasar por el medio de sus dos picachos”, dijo Ernesto Heine.

Vimos, derrumbados a uno de sus lados, los otros dos picos que se desprendieran antaño de su cima. Y poco a poco, muy lentamente, fuimos cruzando entre las dos puntas del Casco del Guerrero.

Parecía imposible. Ya estábamos al otro lado.

“—Ahí vive Lalo Bravo y acá don Pablo Winkler, absolutamente solitario. Conversa con sus vacas, a las que ha puesto nombres, una se llama Julia. Tiene termas en sus dominios. Nadie lo saca de aquí. Con la leche de sus vacas hace quesos. Baja en una lancha propia por el río hasta la localidad de Marín Balmaceda, donde los vende y se aprovisiona para el invierno”.

Al oír el nombre de Marín Balmaceda, recordé al gran hombre y Senador, que fuera capaz de salvar de una muerte segura a los últimos sobrevivientes nazistas de la masacre del 5 de septiembre de 1938. Se le puso su nombre a esa localidad de la Patagonia, casi límite con Argentina, por su esfuerzo y preocupación por defender nuestro territorio nacional. ¿Quién le recuerda hoy y sabe siquiera por qué se le dio su nombre a ese pueblo y a ese río?

Mientras girábamos en torno al Volcán Melimoyu traté de rehacer la imagen en mi memoria del Senador Raúl Marín Balmaceda, un caballero a la antigua que aún creía en el honor y en la Patria.

* * *

Aldo Marchesse me invitó a volar con él hasta Chile Chico, un pueblo especial de la frontera, con microclima, y donde se producían frutas de otras estaciones. Acepté gustoso, deseaba conocer el lugar donde amigos míos de otros tiempos, como Jorge Prat, habían pensado establecerse en situaciones extremas. Marchesse había sido piloto de la Fuerza Aérea y le encantaba volar. El avión era nuevo y con dos motores debajo de las alas, su dueño y piloto se iniciaba en el trabajo del transporte de pasajeros en la zona. Era nada menos que el hijo del Comandante Rojas, que piloteaba el avión "Sikorsky" en nuestra expedición a la Antártida de 1947-48. Otra de las muchas coincidencias.

En el avión, además de Marchesse y del joven piloto, iban dos funcionarios de correo, que serían dejados en la localidad de Güadal, en el Lago General Carrera. Volamos en esa dirección. Pasando sobre Puerto Ibáñez, nos dirigimos en dirección del Monte San Valentín, el más alto de esas latitudes. Marchesse quería fotografiar su cumbre desde cerca. Las nubes se hacían cada vez más espesas y una tormenta se acercaba, pero seguimos adelante hasta alcanzar nuestro objetivo. Casi al alcance de la mano, se hallaba la imponente cumbre. Abajo se abría un campo de glaciares que llevaban directo a la Laguna de San Rafael. Yo lo observaba con detención, pues allí, por algún paso libre de hielos, había pasado a caballo, hace muchos años, mi cuñado Ernesto Meza, para unir el Lago General Carrera con las aguas del Pacífico. Y también los miembros de la Inteligencia israelí, cuyo intento tratara de impedir el Comandante chileno.

Sobrevolamos la Bahía de San Rafael, con sus morrenas y sus instalaciones hoteleras en abandono, para dirigirnos de vuelta al Lago General Carrera, que los argentinos llaman Buenos Aires, para señalarnos que allí también hay ambiciones suyas. Esa misma tarde deberíamos estar en Chile Chico, en el confín oriental de las aguas. Mas, antes íbamos a aterrizar en Guadal, en su ribera sur. Ya estábamos allí, buscando la pista de aterrizaje. Muy abajo, en la distancia, pudimos ver apenas una línea del grosor de un dedo, cercana al lago. Era una pista no autorizada y a mí me pareció imposible que un avión la pudiera utilizar. "Apenas si un jeep", me dije.

Empezamos a descender y topamos tierra dejando muy poco espacio para detener el avión. El piloto, nervioso, frenó bruscamente y el avión se salió de la pista, volcándose. Aldo Marchesse

se desprendió de su cinturón de seguridad ordenándonos saltar del avión como pudiéramos, pues existía el peligro de un incendio. Saltamos todos, menos el telegrafista, que había quedado prendido de los tirantes de sus pantalones, cabeza abajo.

Casi simultáneamente se escucharon las sirenas de un carro de bomberos y de una ambulancia, que se aproximaban al lugar del accidente. No hubo necesidad de su intervención, fuera de descolgar al telegrafista. Nos trasladamos al pueblo en la máquina de los bomberos.

Sin duda se había acabado el viaje a Chile Chico. Esa noche nos alojamos como pudimos en esa perdida localidad de Güadal. A mí me tocó en la casa del profesor del pueblo, que estaba de vacaciones. Me instalaron en la sala de las muñecas de sus hijas. Allí dormí junto a una muñeca que decía "papá".

Al otro día nos avisaron que un hijo de Ernesto Heine vendría a rescatarnos. Como la pista había quedado inutilizada, sólo había un aeródromo en el fundo de Atilio Cosmeli. Tuvimos que trasladarnos en un camión, único transporte disponible en Güadal. Con el piloto Rojas decidimos ir atrás, en el lugar de la carga, al aire libre, en esa extraordinaria mañana de sol. Avanzábamos por una angosta ruta en las laderas montañosas y agrestes. A veces llevábamos una rueda en el aire, sobre el abismo, otras, atravesábamos torrentes o ríos. El conductor avanzaba, pasando sobre troncos detenidos en el agua. El paisaje era indescriptible, garzas volaban sobre el lago azul, luminoso. Y, al fondo, las cumbres bellísimas del "Cerro Castillo", semejando almenas medievales. Por allí debería aparecer el avión de los Heine.

Recordaba las cumbres himaláyicas y las de los Alpes, comparándolas con éstas de los Andes pre-antárticos. En las primeras hay habitantes, yogas y *sadhus*, ocultos en sus vericuetos, en profunda meditación y búsqueda interna del *Sí-Mismo*. En los Alpes, ya no hay nada, sus Dioses han muerto, han sido asesinados por una religión monoteísta y una persecución implacable, con fanatismo semítico. Hasta las hadas y los duendes han debido escapar por pasillos subterráneos, hacia el Reino del Rey Laurín, por el Sendero de las Rosas, que ya nadie más ha buscado, después de Rilke.

Y aquí, en los Andes, todo también se fue, cuando los mapuches, los onas y los selcnams fueron destruidos en sus almas, cortados de su contacto con sus Dioses Gigantes, con Temauquel,

desatando los lazos secretos del Cordón Dorado que los unía con los Gigantes, sumergidos voluntariamente en la roca de las cumbres. Tras la desaparición de la Lemuria, ya sólo impera el silencio de las cimas y el ansia de los crepúsculos y amaneceres, que nos transmite la Estrella Venus. El camino hacia el reencuentro con el mundo de los Gigantes de los Andes y con la Ciudad de los Césares ya no va por esta tierra, sino a través de la Estrella de la Mañana.

Ella nos entregará el derrotero oculto hacia la Otra Tierra, hacia la "Entrada".

PINOCHET APARECE EN ESCENA

Conseguí para Heine un hidroavión. Mientras me hallaba de regreso en Montagnola, para arreglar mi partida definitiva de Suiza, Ernesto Heine, junto con el dueño del hidroavión, un empresario viñamarino, lograron descender en el Lago Melimoyu, siendo los primeros, en esta Historia y en el mundo actual, en navegar así por sobre esas aguas y en caminar por sus riberas.

Un día me encontré en la puerta de mi casa en Santiago a un joven que venía a solicitar "mi" permiso para escalar el Melimoyu y colocar en su cima una bandera con la Swástika Levógira, bordada por su novia. Había leído "NOS. Libro de la Resurrección" y consideraba que sin mi consentimiento, él no podía llevar a cabo esa hazaña. Le abrí la puerta de mi casa y hasta el día de hoy somos amigos y camaradas. De más está decir que jamás alcanzó la cumbre de la montaña.

Fue en esos tiempos que empecé a escribir y terminé "Adolf Hitler, el Ultimo Avatâra". Para poder publicarlo, costeadando su edición, debí vender terrenos que poseía en los montes de "El Arrayán", en los Andes cercanos a Santiago y que pertenecieron a mi familia materna. Con ese dinero, más la venta de mi departamento en la capital, pude adquirir también una bella casa campesina en Colchagua, que construyó don Ladislao Errázuriz Lazcano y luego, fue de la familia de mi amigo, Alejandro Rivera. Quedaba justo en el camino que antaño recorriera para ir al fundo "El Huique", de doña Elena Errázuriz, donde, con Hernán Granier, conversábamos sobre la guerra y seguíamos atentos sus avatares.

Fue en esos días cuando recibí una llamada telefónica de un artista francés, residente en Chile, Roger Pierre Duffaure, pintor y proyectista. Me daba la noticia de que el General Pinochet había

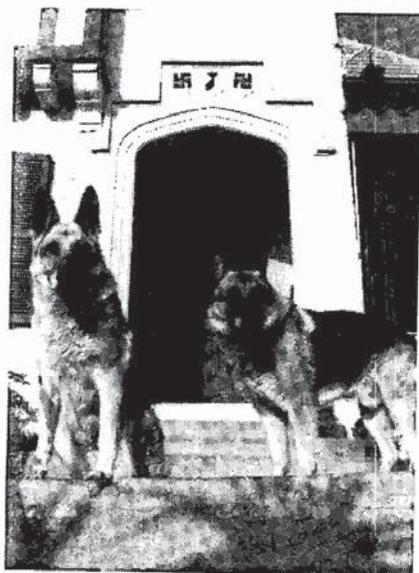
decidido iniciar la “colonización del Melimoyu”, para lo cual parcelaría sus territorios adyacentes. El proyecto lo llevaría a la práctica el Ministerio de Bienes Nacionales.

Era ésta una noticia increíble. Hasta el día de hoy no sé cómo explicarlo. ¿Por qué esta ocurrencia inesperada y repentina del Gobernante? ¡Colonizar el Melimoyu! Sin duda que con ella se completaba y daba un sentido a la construcción de la Carretera Austral, aún no terminada. Pero, ¿por qué el Melimoyu, el lugar más inhóspito y difícil, con una cantidad de lluvias superior al resto de toda la región? En Chile es éste un monte poco conocido, del que apenas se habla; aún hoy. Salvo yo, nadie había escrito sobre él. ¿Será que Pinochet leyó mi libro “Quién Llama en los Hielos”, que yo le regalara en mi segunda y última visita a los miembros de la Junta? Hasta el presente no encuentro otra explicación. De un modo o de otro, Pinochet me “ha seguido la pista”, como se diría aquí. El cree—o creyó—en los Discos Voladores; cree—o creyó—que Hitler estaba en la Antártica. Y todo esto lo ha tomado de mis escritos. El siempre jugó a dos lados, guardándose las creencias para sí mismo, y por lo “que pudiera suceder”. (“Por si las moscas”, se dice aquí). Fue amigo de Hans Rudel, el héroe del hitlerismo, piloto de *stukas* en la Gran Guerra. Pero, a su vez, permitió que los judíos recorrieran el sur a su antojo y establecieran sus “enclaves” en Chile. ¿Con la colonización del monte sagrado—de *mi Monte*—pensó acaso protegerlo, salvarlo, instalando allí a chilenos? Lo intentó aún en contra de la voluntad de la Alcaldesa de Puerto Cisne, doña Eugenia Pirzio-Biroli, quien veía en esa colonización una distracción de esfuerzos en el plan del desarrollo exclusivo de su “Reino Personal”. Ella hizo todo lo posible para que esta colonización no resultara. Lo que no era necesario, porque nació destinada al fracaso, al plantearse dentro del sistema de la economía “monetarista” y “social de mercado”. Se empezó endeudando a los colonos, vendiéndoles los terrenos, con una suma al contado y el resto a plazo, pudiendo hasta dar preferencia a hipotecas bancarias, antes del Estado. Cuando el Presidente Carlos Ibáñez colonizó Aysen lo hizo regalando las tierras y creando la infraestructura necesaria para tener éxito. Pinochet también envió un batallón de soldados a abrir algunos caminos y visitaba todos los veranos la aldea que allí se formó, hasta que él mismo debió desilusionarse de aquel intento de colonización, que iniciara—se me ocurre—única y exclusivamente



En la medialuna de Santa Cruz, en Colchagua, conversando con don Carlos Cardoen, padre de mi amigo y dueño del Museo de Santa Cruz, Carlos Cardoen Cornejo.

Mis perros, Thor y Freija, con Emilia, mi colaboradora y acompañante por muchos años, mujer de campo, como nuestra "mama" Delfina. De gran sabiduría natural, representante auténtica de la "raza chilena" de Nicolás Palacios, sólida y leal. Ella también conoce el lenguaje de los perros y me lo ha enseñado, para poder conversar con mi dios-perro, Thor.



Mis perros, Thor y Freija, en la casa de Valparaíso.

para que yo pudiera allí instalarme; o bien, al contrario, para cerrarme la entrada para siempre. Porque esa colonización, ese plan, fue tan mal realizado, tan mediocre, tan sin generosidad, instalando allí colonos miserables, sin recursos de ninguna especie, a los que se dejó prácticamente abandonados y endeudados, sin un puerto de aprovisionamiento, con comunicaciones marítimas precarias e irregulares, que se debe sospechar que el General Pinochet fue sobrepasado por los mandos medios y la burocracia, derrotado en el más gran sueño —que era también el mío— por aquellos que querían que todo esto fracasara para hacer triunfar al final el otro plan: el “Plan Andinia”.

Bien, pero este fundamental asunto, por tratarse de un punto geomántico de nuestro territorio, donde se cruzan líneas “*Ley*” del planeta Tierra, con repercusiones mágicas, no sólo para Chile, sino para todo el Universo y la Galaxia misma, deberá ser aquí contado y analizado en detenimiento, pudiendo llegar a ser el punto central y más importante de estas “Memorias”.

Una fuerza misteriosa y desconocida llevó al General Augusto Pinochet Ugarte, Presidente autoelegido de Chile (se coronó él mismo, como Napoleón, lo que es admirable), a intentar la colonización por chilenos del Monte Melimoyu. Lo hizo por mí, pienso, pero dentro de su ambivalencia esencial: para que allí llegara, o bien, para cerrarme las puertas para siempre. Puede que las dos cosas a la vez: al comienzo, para que allí fuera. Y, al final, para que jamás pudiera alcanzar.

Vamos a tratar aquí de narrar esta leyenda. Porque Leyenda sólo será al final de los tiempos.

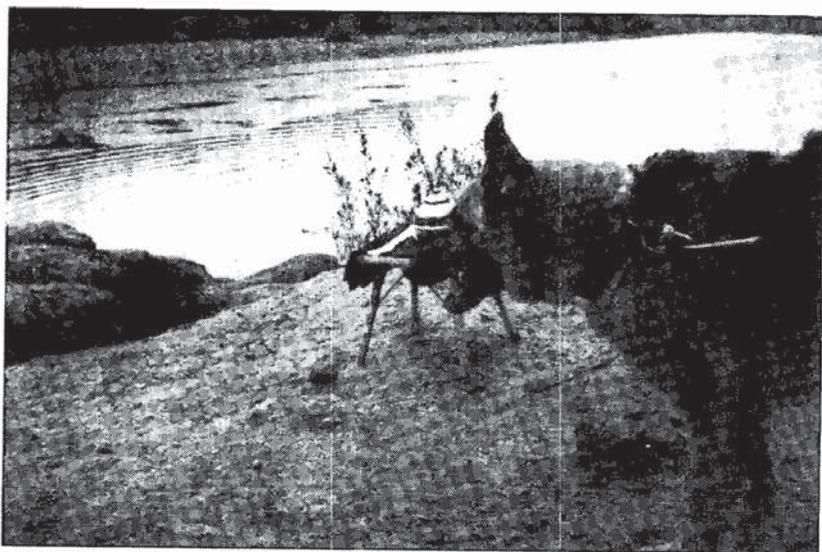
* * *

Fui de los primeros en inscribirme en el Ministerio de Bienes Nacionales. Allí me atendió un funcionario de apellido Vigoroux. Era sobrino del doctor Vigoroux, compañero en el Internado Barros Arana, de quien he hablado en el primer tomo de estas “Memorias”, en relación con el médium y mutante chileno, Jaime Galté.

Vigoroux fue muy gentil, al extremo de invitarnos a una reunión en una sala del Ministerio, presidida por él y por mí, con un grupo de jóvenes que yo convoqué, para informarles del proyecto y de la colonia que estableceríamos en el Melimoyu.



Con Alfredo Junge en Colchagua. Este camarada entrañable decidió partir en dirección al Walhalla, en este año de desgracias.



Junto al río Bío-Bío, la urna con las cenizas de nuestro querido Alfredo Junge, depositadas sobre la bandera alemana. A su lado, Idun, su perra, hija de mi perro Thor. Las cenizas fueron esparcidas en el Bío-Bío y su perra murió esa misma semana, porque “su honor se llamaba lealtad”.

Además de una cantidad inicial en dinero, había que presentar un proyecto a realizar en el predio que se nos otorgaría. Di el pie y presenté el proyecto, con la colaboración de mi amigo francés. Fue éste tan bueno y minucioso, que en el Ministerio me pidieron cambiarlo por algo más “artesanal”. Se diseñaba en detalle un conjunto de casas para los colonos y se presentaba un estudio de explotación de patos silvestres, dejados libres en las lagunas interiores, para luego cazarlos y poder exportarlos al Oriente, a China en especial.

Aún tengo aquí, en mi archivo, el Proyecto. Debí cambiarlo, como decía, y se me aceptó otro, mucho más simple, de explotación de ganado. Todo esto era una pura fórmula para conseguir la venta del predio, de unas ocho mil hectáreas, más o menos. Elegí un terreno amplio, en la vecindad del Volcán, con lagunas y ríos interiores. Para nosotros sería como un entero país, ya que otros de los nuestros iban a solicitar terrenos vecinos y colindantes. La idea era establecernos autárquicamente, al margen del sistema y del mundo en decadencia, cumpliendo el sueño de Nicolás Palacios de colonizar Chile con chilenos y pudiendo dar a la juventud un nuevo horizonte y la posibilidad de crear una comunidad basada en pilares sólidos, junto a la naturaleza y en la búsqueda de ese Otro Universo, de la Otra Tierra, llegando a transmutar al hombre al contacto con los que desaparecieron de nuestra vista humana y que nos darían la mano desde la Otra Realidad. Junto con nosotros, se transmutaría la Tierra y se realizaría el Destino Metafísico y espiritual de la Patria, del Chile Mágico, de la Ciudad de los Césares, logrando que los gigantes salieran nuevamente del centro de las montañas, donde se sumergieran antaño, al desaparecer la Lemuria y la Atlántida.

El Decreto para la venta de mi predio fue extendido. El saldo del precio total debería pagarlo en UF (una “moneda virtual” y ajustable) en el plazo de varios años. Y así fue aceptado y firmado por el propio Presidente Pinochet. Sin embargo, y sin saber bien por qué, se demoró mi firma, con el pretexto de que ciertos plazos no estaban bien aclarados. Se rehizo la Escritura y el General Pinochet volvió a firmarla. Y aquí empiezan los tropiezos y demoras, sin que, hasta hace muy poco, jamás haya podido tener una certeza absoluta de lo que realmente sucedió y de la verdadera mano detrás del oscuro asunto. Los mismos funcionarios del Ministerio, como Vigroux, no se lo explicaban. Ni el Ministro, el

General de Carabineros René Peri, ni su sucesor, salvo el último de todos, el civil Alvarez, pudieron decirme la verdad. Las dificultades, nunca esclarecidas, las ponía la Contraloría General de la República. Me fue imposible comunicarme directamente con el Contralor. Vagamente, yo sospechaba que detrás de todo y, en la última instancia, estaba la siniestra mano del “*Plan Andinia*”, que había “llamado al orden a Pinochet”, obligándolo a retractarse y ordenándole dejarme afuera, haciendo fracasar de paso toda la colonización del Melimoyu por chilenos.

Es más, a jóvenes que construyeron sus viviendas, con gran esfuerzo y con sus propias manos, en “parcelas de apoyo”, en torno a los grandes predios, les quemaron su casa, sin que hasta el día de hoy se haya podido sancionar a los culpables.

Yo ya había decidido instalarme en esa región y, en la necesidad de abrir caminos y de construir una vivienda, tuve que vender mi propiedad en Colchagua para obtener el dinero necesario. La compró Carlos Cardoen y hoy habita allí su padre, gran señor de origen belga. Así, sin tener ya donde instalarme, con el dinero de Colchagua compré esta casa de Valparaíso, empinada en los cerros.

He contado mi entrevista con el último Ministro de Bienes Nacionales del Gobierno del General Pinochet y del asalto a mi departamento, hecho para amedrentarme. Acusé directamente al Ministro de ODEPLAN de esos días, el judío Sergio Melnik, y al propio Presidente Pinochet. Sin embargo, yo no tenía seguridad ni pruebas definitivas sobre esos extraños hechos.

Ha sido recientemente y en relación con el secuestro de Pinochet en Inglaterra, por la necesidad que han experimentado los judíos de Chile de liberar responsabilidades en los hechos, conociendo que sus connacionales en el mundo se hallan comprometidos (Hoffman, etcétera), han empezado a publicar cartas en los diarios a favor del ex Gobernante, agradeciendo lo que hizo por ellos. Entre estas publicaciones, Sergio Melnik ocupó una media página del diario “*El Mercurio*”, el 21 de noviembre de 1998, con un artículo firmado por él y con una fotografía junto al General Pinochet, bajo el título de: “¿Pinochet Antisemita?”.

Afirma que Pinochet fue un ferviente partidario de los judíos, al extremo de cambiar fechas para que los estudiantes de esta nacionalidad pudieran celebrar el “*Yom Kipur*”. “*La prueba de fuego llegó cuando, habiendo hecho un pedido de apoyo en relación*

con el asunto de un conocido nazi chileno, una vez enterados el Presidente Pinochet y el Ministro Sergio Fernández, el asunto fue resuelto”.

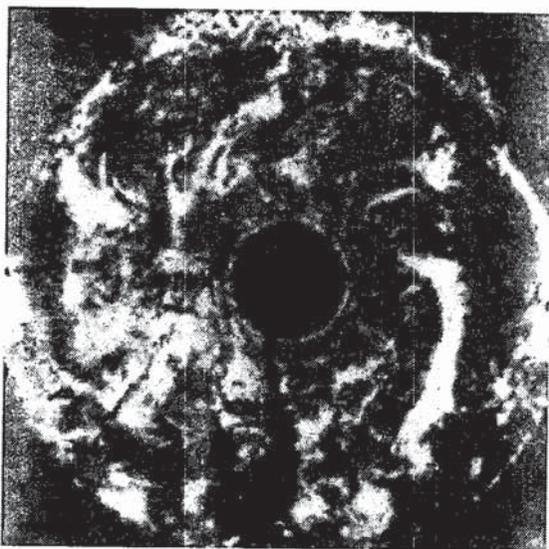
Aquí, ¡y por fin!, se daba la prueba concreta y definitiva de lo que yo siempre había sospechado: los judíos eran los que hicieron fracasar la colonización del Melimoyu, pues interfería con el “*Plan Andinia*” y los dictados de Theodor Hertz de establecer el Reino del Mesías de Judá en la Patagonia argentina y chilena.

Esto también nos sirve para poder conocer el carácter de Pinochet, siempre jugando a dos o más lados. Dice Melnik que en más de una ocasión le preguntó si él tenía algún ascendiente judío en su familia, por los favores que les hacía (enclaves militares y permiso para circular a su antojo por todo el territorio nacional) y el “cariño que les manifestaba”. He contado ya cuando envió al Ministro Secretario General de la Presidencia a conversar conmigo, para conocer mi opinión sobre el atentado a su vida. Al día siguiente, le hizo presidir un acto público de los judíos. Balance y equilibrio, por si su Secretario hubiera sido seguido y vigilado por el “Mossad”, cosa casi segura.

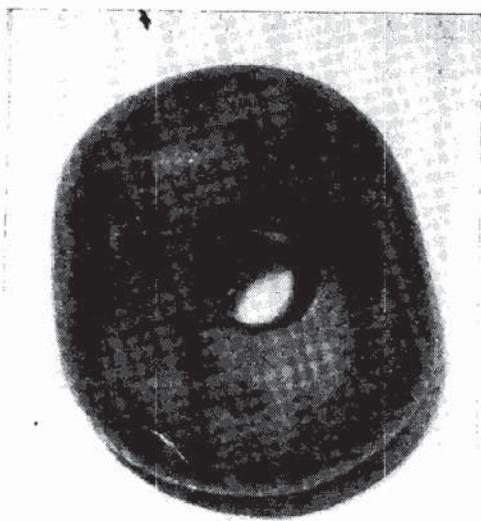
Sergio Melnik en el Gobierno significó el comienzo del fin para Pinochet. “Futurista” y cabalista, entró a reemplazar los horóscopos de doña Eugenio Pirzio-Biroli por la Cábala hebrea y ceremonias rabínicas, pronosticándole un triunfo amplio en el Plebiscito, que jamás Pinochet debió realizar. Si hubiera ido a elecciones, gana.

Melnik actuó siempre en silencio, publicando de vez en cuando mensajes cifrados para sus connacionales. Con los jóvenes judíos, que regresan del servicio militar en Israel, de seguro ha formado una guardia, o un cuerpo de comandos, dentro del esoterismo negro de la Cábala y la *Thora*. Descifrados sus mensajes en clave aparecen claramente los llamados a reclutarlos para colonizar el Sur: *JE-SUR-ALEM*. (“¿Por el Mesías en el sur del Reino de la Paz?”).

La revelación reciente por el mismo Sergio Melnik de su acción en contra mía, conjuntamente con el Gobierno de Pinochet, me confirma plenamente en mis escritos y declaraciones de todos estos años sobre el Sur Patagónico y el fracaso de mi empresa en el Melimoyu, evitándome tener que extenderme aún más.



La "Entrada" a la "Tierra Hueca", en el Polo. Foto extraordinaria de la NASA.



Estas piedras se encuentran en Chile y se atribuyen a los indígenas, desconociéndose su uso verdadero. Su similitud con la foto polar de la NASA es impactante.

No es que yo tuviera una obsesión “conspiracionista”. Ahora, y en forma irrefutable, se comprueba que no estaba equivocado³⁰.

Después de todo, no he hecho más que defenderme, atacando. Como el *Führer*, también perdí la Guerra afuera. La perdí, para ganarla adentro.

* * *

Viajé una noche, “desplasmándome”, recorrí regiones oscuras, selvas sombrías, por el Gran Sur, en busca de una Caverna, de una Entrada. Allí estaba y era difícil y angustioso poder penetrar. Al fin lo lograba. Primero, una luz azul, luego blanca, cegadora. Y cuando pude “mirar” y “ver”, me hallaba rodeado de gente amable, caminando por calles y ciudades con casas de oro y techos de diamantes. Los árboles también hablaban y los rostros de los seres eran los mismos que en la Tierra de allá afuera habían combatido en la Guerra de los Mundos. En *NUESTRA GUERRA*.

Y allí *Adentro* la habían ganado.

30. ¿Qué es Pinochet? En escritos anteriores he dado a conocer que pertenecería al Círculo esotérico “Halado”, del que también fueron miembros Franco, Perón y Menem en la actualidad. Así se explica el viaje especial de Pinochet al funeral de Franco y la amistad con Menem, el único gobernante latinoamericano que lo ha defendido frente al rapto en Inglaterra. Así como Franco tuvo su consejero telepático, el judío Corintio Hazú, afincado en Tánger, quien diseñó para él un talismán, el símbolo “Víctor”, e hizo todo lo posible para que fracasara la reunión con Hitler en Hendaya, también Pinochet tuvo su judío cabalista, que puso fin a su gobierno. Ni Franco ni Fidel Castro, por ser “marranos”, han sido raptados ni juzgados. Pinochet, por no serlo, ha recibido otro trato.

Si yo debiera dar una opinión definitiva sobre Franco, diría que fue un “marrano” y también fue traidor. Y sobre Pinochet, que ha sido un avezado discípulo de Franco y un gobernante culpable de la entrega de la Patagonia y del País a los judíos, además de imponer el sistema del supercapitalismo y de la usura, habiendo traicionado a sus más leales colaboradores, defraudando, por última vez y para siempre, las esperanzas del pueblo y los ideales de la juventud nacionalista. Dedico esta nota a la memoria de mi primo el Mayor Nibaldo Correa Fernández, quien le conoció bien.

QUINTA PARTE

LA PARTIDA DEL MAESTRO

LA MUERTE DEL MAESTRO

Maestro, ha llegado la hora de tu partida.

Deberé volver a esa tierra extraña, allá en los extremos del Sur, región baja del cuerpo de la tierra, donde reptan las serpientes de fuego, la Serpiente Alada, como luz fosforescente, bajo el mar. Donde un aire transparente envuelve las cumbres de los volcanes nevados y las cimas palpitan con luz plúmbea, trashumante. Esa tierra extraña, ese "hoyo penitente y sagrado" que devora el cuerpo de carne de sus hijos, para hacerlos transitar también en la luz increada de las cimas, en la luz ansiosa de los amaneceres y de los crepúsculos de Chile. Cornisa delgada de la patria, tan precaria, sostenida únicamente por la luz del cielo y por la Estrella de la Mañana. Tierra del extremo sur del mundo donde comenzará la ascensión de la Epoca de Acuario, en el momento cuando de las profundas aguas del Pacífico emerja el antiguo Continente del Espíritu; cuando de la mole de roca de los Andes surjan los gigantes de la prehistoria. Y se levante el Gigante reclinado allí.

A esta patria de los extremos del mundo deberé volver, porque ha llegado la hora de la partida del Maestro. Aquí nació; nunca se movió de aquí; pero me envió a recorrer el mundo, en busca de sus sueños, de sus Mitos y Leyendas. Fui como un cometa encumbrado por sus ilusiones y sostenido en lo alto y a lo lejos por su viril mano y sus ojos celestes.

¿Qué edad tiene el Maestro? Muchos años tiene. ¿De qué se muere el Maestro? Se muere de la Muerte.

¿Cómo Muere el Maestro?

Como un ser humano. Como muere el hombre desde el comienzo de los tiempos, sufriendo, sufriendo y con la duda

apretada en la garganta. Igual allá que aquí. Allá: "Padre mío, ¿por qué me has abandonado?". Aquí: "Estoy solo, todos me han abandonado, los Maestros, los Sueños, las Ilusiones, los Arquetipos, los Gigantes, la Madre, me han abandonado".

Me acerco y pregunto:

"-Maestro, ¿qué es la muerte? ¿Hay algo más allá de esta vida?"

Responde:

"-La muerte es un espacio enorme, color de las arenas. No hay nadie allí. He transitado por sus arenas y sólo encontré a una mujer; la traje conmigo de regreso a la tierra; pero no la he vuelto a ver más".

Hace una pausa: "Yo no dudo, yo sé. Siento a Dios en mi cuerpo, lo siento en mis piernas, en mi pecho; pero se me escapa, se esfuma; no lo puedo retener".

"-Es una prueba", digo.

"-Sí", responde, "una prueba terrible, la más terrible de toda mi vida. La materia se resiste, nos tiene agarrados, sufre, se espanta. Y yo me espanto con ella, hasta el final... He oído una voz que me ha ordenado: 'Sé valiente hasta el fin'".

Me acerco más al Maestro y le digo:

"-Morir debe ser también fundirse con la tierra, con las bellas flores de Chile, con las plantas, las raíces, las hojas y el aire transparente".

Responde:

"-Con el polvo, un gran polvo amarillo que se extiende..."

"-Maestro, ¿no has vivido ya mucho? ¿Qué más puedes ver ya? ¿No quieres morir?"

"-Nada quiero", dice. "No quiero morir, no quiero vivir. Sólo deseo cumplir. Cumplir con la Voluntad Divina, aceptar sus designios. Si decide que muera, moriré; si decide que viva, viviré... La muerte es un cambio de estado".

"-Maestro, yo te venero y amo. He vivido todos tus Mitos y Leyendas, los he hecho míos y con ellos he transitado a todo lo largo y ancho de este mundo. Cuando tú mueras, seguirás viviendo en mí, te enterrarás en mi pecho y aquí estarás hasta que yo también muera. Y cuando yo muera, vivirás en aquellos que me prolonguen, que me den su corazón por tumba, en este rito de amor eterno..."

Me mira, asiente con la cabeza, débilmente levanta su mano y hace un signo. Beso su mano y me retiro caminando hacia atrás. Desde la puerta le veo aún con la mano levantada y la expresión indefinible de sus ojos.

Por las Calles de mi Ciudad

Las viejas calles de Santiago del Nuevo Extremo me ven ir de nuevo, como hace tantos años, meditando en el atardecer. Cae el sol tras los montes de la costa, envolviéndolo todo en la imposible vibración del ansia. El verde del oro de la luz acompasa sus latidos al corazón profundo de esta tierra. Mis pasos tratan de tomar el ritmo de ese latido y van en busca de los años lejanos de la adolescencia. De los viejos rincones de estas calles, y de mi recuerdo emergen los rostros de la Leyenda. Descubro a Jasón, a Papán y a tantos otros que se fueron antes. Siempre con ellos va el Maestro, en un Círculo que se profundiza, aunque no se agrande. En estas calles y plazas del Santiago de la segunda mitad de septiembre, de octubre, de noviembre, de diciembre de 1973, se ha recuperado el pasado; casi la soledad, la transparencia y la lejanía de los años treinta, cuando yo era un niño y por aquí también pasaba. Ese fotógrafo en esa plaza perdida debe ser el mismo que entonces daba de comer a las palomas y se cubría el rostro con su paño negro para tomar fotografías a visitantes del sur.

Y el Maestro me dice al verme llegar:

“-¿Dónde vives ahora, en qué lugar del mundo resides al presente, estás siempre en los Himalaya?”

Respondo:

“-No, Maestro, ahora vivo en los Alpes, en la vieja aldea y casa de Hermann Hesse”.

Me mira, acercándose: “Vuelve aquí, ésta es tu patria, sólo aquí tu corazón se aquietará, encontrando el ritmo de la luz del lejano Sur. Todo lo que hagas afuera se perderá; aquí será tu mundo, aquí está la sangre de tu espíritu, el alma de tus huesos...”.

Hace una pausa, parece cansarse, su cabeza va hacia atrás. Mirando el techo blanco, recuerda: “Hace años, tal vez cinco, oí una voz que me decía: ‘Chile caerá muy bajo, llegará al fondo del mal y la miseria, y, desde allí, se levantará

nuevamente hasta llegar a ser uno de los primeros países de América...”.

Recuerdo perfectamente esta profecía del Maestro que, como muchas otras, se cumplirá. Quizá la tierra toda deberá continuar ese cambio. La época del Kaliyuga va topando fondo, la involución encontrando el vértice desde donde reiniciara la evolución. Y la ascensión de la Epoca de Acuario puede que comience en Chile. Pero antes deberá emerger, desde las profundas aguas, el Continente de la prehistoria, con sus templos y palacios sumergidos; el Continente del Hombre-Dios, del Hombre-Mago, del Hombre-Total. Y la gran Montaña deberá abrirse para dar salida a los Gigantes.

La Bendición

“Caminando por los pasillos del hospital donde el Maestro está muriéndose, se ha perdido un sacerdote. Entra a su cuarto por equivocación, o por destino. Ve a ese anciano allí sufriente y se acerca a su lecho.

“—¿Quieres confesarte?”, le pregunta.

El Maestro abre los ojos. Le ve:

“—Confesar no es fácil”, dice. “¿Tienes por acaso el poder de echar sobre tus hombros los pecados de los otros?”.

El sacerdote se queda perplejo ante la claridad de esa mirada:

“—¿Quieres que te bendiga, hijo?”.

“—No”, dice el Maestro, “soy yo el que puede bendecirte. Híncate y te bendeciré”.

Y entonces sucede lo inesperado. El sacerdote se hinca junto al lecho del Maestro que muere. Y ese anciano de nieve pone su mano sobre su cabeza y le bendice.

Así está muriendo el Maestro. Como en el libro de Rilke, muere con su propia muerte, una muerte tremenda, que llena la patria y tal vez el mundo, con muy pocos testigos, pero que toca las profundidades de otras esferas. Días, semanas, meses pasan, y es espantoso ver ese temblor junto al abismo. Es la muerte de un guerrero de una Orden Guerrera, la más antigua, la más sagrada, la que rige el Oriente y el Occidente y conserva los signos y conoce el lenguaje de la Atlántida, y de Thule, esos continentes sumergidos en el fondo de las aguas

y del alma. El está en comando del gran trance, viviéndolo con toda lucidez, minuto a minuto.

“-¿En qué puedo ayudarte?”, le pregunto.

“-En nada”, responde, “esto es absolutamente personal”.

Se sienta con gran esfuerzo en el lecho. Casi no hay carne en esos huesos. Agita los brazos y dice: “Siento que me están creciendo alas... ¿Sabes qué son las alas de los ángeles? Son pulmones por donde entra la energía solar... Anoche me vi muerto, me velaban allá abajo, en el patio junto a la capilla de este hospital. Estaba de pie junto a mi ataúd y me veía sólo de la mitad para arriba. Mejor dicho, era una entidad blanca y alta la que velaba junto a mi ataúd, con ojos profundos. Y yo sentía que esa entidad era yo mismo, de algún modo...”.

El Maestro cae hacia atrás en el lecho. Cojo su mano. Dice: “Ojalá tuvieras manos divinas para calmar el dolor. Gracias, gracias por estar aquí en este trance”.

Pregunto:

“-¿Por qué no te desprendes, Maestro, para salir del cuerpo?”.

Responde:

“-Eso no puede hacerse si el cuerpo no está en orden y fuerte. Además, debo permanecer aquí hasta el fin, hasta el fin”.

“-Sí”, le recuerdo, “te lo han dicho: Sé valiente hasta el fin”.

Mueve la cabeza asintiendo. Luego:

“-Estoy pasando por el fin”.

No le oigo bien. Entonces grita, con una voz enorme: “¡Estoy pasando por el fin!”.

Me inclino y beso su frente.

1974

1973 ha terminado, el año más tremendo. Voy junto al Maestro. Inmóvil sobre el lecho, bien podría estar muerto. No, aún respira. Muy cerca de su oído, le digo:

“-Maestro, hoy es el primero de enero de 1974”.

Abre los ojos, se queda meditando un rato. Murmura:

“-1974, y aún sigo vivo”.

Después de una larga pausa: “Un vasito de agua ardiente³¹ me reconfortaría. ¿No has traído una botella para celebrar el nuevo año? Tú sabes que el alcohol introdujo en el mundo el olvido de la eternidad y de la reencarnación. Esto comenzó allá en los antiguos tiempos de los Vedas, de los arios y de los hiperbóreos”.

Si hoy no fuera domingo, iría a comprar en algún sitio una botella de “ese olvido” para celebrar el comienzo de este año con mi Maestro moribundo; con las últimas energías de su vida, celebrar la experiencia de su muerte. Y allí también olvidarme, como las generaciones más lejanas, como los que nos precedieron en el largo camino.

Poco antes de su muerte, llegaron las bondadosas mujeres, abrieron su camisa y pusieron sobre su poca carne y sus huesos hierbas suavizantes para calmar sus dolores y su angustia. Al ver esos huesos y ese cuerpo noble del guerrero moribundo, derramé lágrimas.

Esa noche, mejor dicho ese amanecer, el Maestro moría. A las 5 de la mañana del 12 de enero de 1974.

Llegué temprano. Allí estaba, con las manos cruzadas sobre el pecho, en el mismo lugar donde él se “viera”. Y la entidad blanca, ¿dónde estaba? ¿A mi lado?

Esa noche estuve también solo junto a su ataúd, haciendo guardia. Siempre solo, como por un destino, cuando ya todos se habían ido. Recordé, hablé aún con el Maestro, quien había agotado su trance, bebido el licor de la vida hasta su última gota de angustia y purificación. Y solo también estuve al próximo día junto a su tumba, recogiendo sus últimos mandatos, su vivificadora luz.

¡Bien! Se murió mi Maestro, se fue mi Maestro. Ya no tengo Maestro en este mundo. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde se fue? Está en mí, dentro de mi corazón. Ahora yo soy el Maestro. Desde algún punto, o centro, su claridad así me lo está diciendo.

¡Ah! Pero se me había olvidado contar algo. Cuando estuve haciendo guardia en la noche, junto a su ataúd, llegaron dos mujeres y se aproximaron para contemplarle.

31. El “Kirsch” de Chile.

Sonrieron y se miraron entre ellas. Eran dos enfermeras. Les pregunté por qué venían. Me dijeron que ellas le habían cuidado en los turnos de la noche.

“-Me quería mucho”, dijo una.

Y la otra agregó:

“-Era un santo”.

Sí, un Mago que también era un santo.

Santiago, enero de 1974

KRISTIANISMO HITLERISTA

Hemos llegado al fin de estas “Memorias de El y Yo”. Han sido llevadas a cabo como un *opus alchimicum*, una Tetralogía, dentro de los colores del *Ars-Regia*: el primer tomo, en negro (*nigredo*); el segundo, en blanco (*albedo*); el tercero, en rojo (*rubedo*); y el cuarto, en dorado —el color del *aurum potabile*, del oro líquido, que se bebe. Del *Soma*.

Finaliza esta Tetralogía en “Semana Santa” del Año 109 del Hitlerismo, 1999 del judeo-cristianismo. Viernes, el Día de la Estrella-Doble de la Mañana, de Venus, *Veneris*, *Venerdi*, *Oiyehue*; de la Estrella de la Tarde, *Yepun*, el Astro de ELELLA y ELLAEL. “Viernes de Tinieblas” *nigredo*, viviendo la angustia de la Crucifixión de Wotan en el Arbol del Espanto, el *Iggdrasil*, sin beber hidromiel, en la soledad más grande, únicamente acompañado por Freyja (*Freitag-Friday*), la Madre y la Amada Eterna. Luego, el “Sábado de Resurrección”, *albedo*, cuando se ha logrado liberar a Saturno (*Saturday*) de los grilletos del Tiempo, con los que el Demiurgo —Demonio— lo tenía aprisionado, convirtiéndolo en *Sat-án* —*Sat-anás*-Jehová. Es la Resurrección del *Arconte* Saturno, simultánea con la Resurrección de Wotan, que redescubre las Runas y se desprende del “Arbol del Espanto”. El Domingo, Día del Sol (*Sunday*), Wotan vuelve al *Walhalla*, a Hiperbórea, con su cuerpo de *Vrâja* roja, inmortal, en un Disco de Fuego, en un *Vimana*. Y el cuarto Día, su *Walkiria* le dará a beber el *Aurum Potabile*, el *Ahoma*, el *Soma*, el Oro alquímico producto del *Arte-Real*. Es el color de este último Volumen.

El Drama Odínico, arquetípico, deberá repetirse en este cuarto mes de Abril, al finalizar la Gran Guerra; desde el cumple-



Miguel Serrano.

años de Hitler, un día 20, hasta el 30, viviendo la angustia del final –*nigredo*– con la partida en un OVNI, hacia la Antártida –*albedo*– y la Resurrección en Mayo (*Maya*) –*rubedo*–, ampliando en dos runas el *Futhark* de Wotan y recuperando la Runa ODAL, que fuera reemplazada por la Runa HAGAL del Cristianismo con “C”. Además, se imponen los números de la *Kávala Orfica*, de la *Hiranyagarba-Kabda*: el 555 (de 20 a 30 son 10, dos cincos, y mayo es el quinto mes), el único que puede destruir el maleficio del 666.

* * *

Este es mi *Kristianismo*. Fue también el de mi Maestro. Pudo ser el de C. G. Jung y el de Meister Eckhart, aplicado el Arquetipo a *Kristos*. También el de mi tío-bisabuelo don Rafael Fernández Concha y de mi ancestro José Paramá, el que desapareció en el mar. Fue el de los Papas visigodos.

* * *

Yo estoy también crucificado en el Arbol del Espanto, desde que Allouine murió, sin que nadie me dé a beber el Soma ni el Hidromiel.

“–Maestro, allí donde tú ahora estés, dime: ¿qué puedo hacer para resucitarla?”.

“–Primero tienes que resucitar tú mismo, en tu Cruz. Ella resucitará contigo, pues está dentro de ti, porque ella se enterró en tu alma. Entonces podrás llevarla contigo al templo interior del Melimoyu. Y así habrá también allí una mujer resucitada. Luego la encontrarás en el camino de Emaús. No te reconocerá al instante, porque ahora sólo te pareces a ti mismo. Sólo sabrá quién eres por la manera en que cortabas el pan en las lejanas cenas de la tierra... Y se dirán: ‘*Noli me tangere*’. Porque ya no se podrán tocar nunca más... Sólo saludarse desde lejos, con las manos juntas:

“¡NAMASTE!: ‘Saludo al Dios que hay en ti!’”.

* * *

He tratado de escribir estas "MEMORIAS" desde las profundas, infinitas facultades del hombre, para poder así sembrar para la Eternidad. Porque TU me has dicho que yo puedo. Y en el límite mismo de los tiempos, cuando ya se acaba el Tiempo.

* * *

*¡Oh, Estrella de la Mañana,
Nace y manifiéstate en mí
En onda y resplandor!
Deja caer sobre mí
Tu luz honda, humedecida
Como pétalos de Luz
De un Otoño de los Cielos.
¡Acompáñame!*

*¡Oh, Sol Negro,
Absórbeme en tu
Torbellino alucinante
Y pórtame en tu Luz Levógira
Más veloz que la luz
Del Sol de Oro
Hacia la Inexistencia
Del Rayo Verde
Donde moran los
Maestros de mi Maestro
Y los más altos Guías
Del Hitlerismo Esotérico!*

*¡Oh, Rayo Verde,
Incorpórame a tu inexistencia
Más real que todo lo existente
Y permíteme realizar
Los sueños imposibles,
La Resurrección de la Amada
El Retorno de Adolf Hitler
Como Ultimo Avatâra,
El encuentro con las Entradas
Al mundo interior
En el Melimoyu*

*Y la posesión por el Arquetipo
De modo que se haga
Su Voluntad y no la mía
Para así realizar
Su Mito y su Leyenda
Hasta su consumación
Pudiendo pasar más allá
De El,
Y resucitar como
Un Yo Absoluto
En un Cuerpo de Vrâja
Inmortal!*

Heil Hitler!
Sieg Heil!

Domingo de Gloria
4 de Abril del
Año 109 de la Era Hitleriana



El fuego que nunca se apagará.

EPILOGO

Al dar fin a estas “Memorias”, tal vez sea necesario caminar hacia atrás en el tiempo para detenernos en el comienzo del primer volumen, donde tratamos de explicar el título de la tetralogía, en su conjunto: “Memorias de El y Yo”. ¿Quién o qué es *EL*? ¡Difícil tarea! La ilustración de las portadas de los tres tomos precedentes, además de sus colores alquímicos (negro, blanco, rojo –*nigredo*, *albedo*, *rubedo*), intentó expresar el desdoblamiento y dejar entrever la servidumbre del yo consciente y racional a un Poder Superior que, aun actuando desde fuera, nos pertenece de algún modo; es NOS. En el sentido y en la forma en que antiguamente hablaba el Papa: al referirse a sí mismo no decía “yo”, sino “NOS” –con mayúsculas–. Cuando hablaba *ex-cathedra*, cuando era infalible.

En la portada de este último volumen todo se explica por sí mismo –también *ex-cathedra*– y sin que “yo” haya intervenido mayormente. La ilustración se hizo sola, o la hizo *EL*. Ese Rayo de Luz Blanca, que cae desde lo alto, no sólo se mostró a sí mismo, sino que también reveló toda mi vida, aclarándome fenómenos tan extraordinarios como los que me sucedieran en la Antártida (“viaje astral” con los SS, “Cosmogonía Revelada”) y la visión en la montaña de Linz, que mi yo atribuyera a un *Vimana* (lo que después de todo es lo mismo). Desde allí, desde afuera de mí, o de muy adentro, me llegaban –como un Rayo de Luz Blanca– la “Memoria no Recordada”, el “Pensamiento no Pensado”, y “yo” los recibía como proyectados por un *Vimana*... Y, entonces, de pronto, tengo la impresión de que no estoy más aquí, sino muy lejos, en el futuro y que lo que en verdad he hecho en esta vida es viajar desde *allá* hacia atrás en el tiempo, con esa Luz, con ese Rayo, y estar

viviendo, o reviviendo, algo del pasado muy remoto y carente de importancia, pues ya ha sido consumado, vivido y resuelto. Y la realidad es otra, *allá*, en el futuro, donde siempre he estado. Caminando desde *ahí* hacia el pasado me he detenido en este punto (el de estas "Memorias", el de esta vida) como podría hacerlo un poco de tiempo antes o un poco de tiempo después, en otras vidas, en otras leyendas y otras muertes, sobre las que aún no he escrito sus Memorias, por no haberlas vuelto a sufrir a *re-sufrir*, a *re-vivir*.

Aquí envejezco y hasta muero. Pero, pudiendo saltar hacia el futuro, donde también estoy (al parecer inmóvil) habré rejuvenecido, resucitado. Y es este viaje hacia atrás y hacia adelante en el Tiempo, subiendo o bajando por esa Luz Blanca, el que me hará eterno. Desde *allá* sé que *aquí* morí hace mucho tiempo. *Aquí* estoy "yo", *allá* está *El*, *mi El*. Ahora he re-vivido una de mis vidas (tal vez la única en la Tierra) *aquí* tan lejos. Y la he escrito en estas "Memorias". Difícilmente podré narrar mi muerte, pues casi nadie la *re-vive* para poder contarla (excepto Juan Sebastián Bach). Y le pido a mi *El* que me saque de *aquí*, en el Rayo de Luz Blanca, antes de que me muera, para llevarme más allá del Futuro, más allá del Tiempo.

El Tiempo no es una dimensión, un espacio por el que uno cree ir; es algo que se mueve por su cuenta. Los sabios sánscritos afirmaron que el Tiempo era una Ilusión. Era *Maya*. El Tiempo es una energía, una velocidad que nos gasta y nos destruye las imágenes.

En esta vida, en estas "Memorias", yo tuve un gran amigo de la adolescencia, un camarada con el que conversábamos en la antigua noche, caminando por las calles de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, cuando aún la noche era gloriosa, profunda y pura. Y, entonces, llegábamos a la calle Lira, que aún existe y conserva su suelo de adoquines y sus rieles inútiles. ¡Los más bellos rieles del mundo! Nos parábamos cada uno en su riel y marchábamos por sobre ellos en dirección contraria a la de los tranvías de antaño, hacia el sur. En verdad, hacia el pasado. Y Héctor Barreto me decía: "Vamos caminando por los Rieles del Tiempo, en equilibrio y hacia el pasado. Se puede marchar también en la otra dirección; pero hemos elegido ésta, pues buscamos a Jasón y el Vellochino de Oro. Quizás lleguemos al Polo Sur y

entremos en la Ciudad de los Césares, donde nos entregarán el *Gral*".

Estos rieles aún están. Muchos años han transcurrido. Mi amigo Héctor desapareció en la noche antigua, en las glorias de la noche. Se fue a su Futuro. Pero yo sé que si hoy me pusiera a caminar de nuevo por sobre esos rieles de mi juventud, debería hacerlo en dirección opuesta, no hacia el pasado, sino hacia el futuro. Y allí encontraría a Hiperbórea, a Shamballah, a la Ultima Thule, a Adolf Hitler y al *Cuarto Reich*. (El "que piensa por los otros").

Y también a Allouine y a Jasón.



Thor se prepara para su próxima encarnación,
en la que sólo caminará sobre dos piernas.

LA MUERTE DE THOR

El viernes 11 de julio, día de Venus y de la Virgen del Carmen, Patrona de Chile y de nuestros Ejércitos, día 5 de la semana, el Número de Hiperbórea, murió mi perro Thor.

En el jardín de Valparaíso, junto al Santuario y a la cabeza de Wotan, abrí una tumba para enterrarlo a la "Diestra del Padre", envuelto en la bandera con una swástica Levórica. Y en una lápida grabé la Runa Thor: Þ y la Runa *Veneris*: ✱ (Venus, Viernes, Freija, Virgen del Carmen), con el siguiente epitafio: "Naciste perro para poder manifestarme tu lealtad hasta la muerte, camarada, porque tu honor se llamaba lealtad".

Ahora ya estarás en el Walhalla, junto a "Blondi", a Dolma y a tu hija "Dun". Allí se te juntará un día, muy pronto, tu amada Freija, aquí presente. Y si algún día vuelves, será reencarnado en un guerrero *Berseko* y en el *Cuarto Reich*.

¡Oh, amado Thor, gracias por tu inmenso sacrificio de haber nacido perro, para acompañarme, enseñarme, defenderme y afirmarme en este duro y glorioso combate, juntos por más de cien años!

Heil, Sieg Heil!

OBRAS DE MIGUEL SERRANO

ANTOLOGIA DEL VERDADERO CUENTO EN CHILE

Castellano: Santiago, 1938.

UN DISCURSO DE AMERICA DEL SUR

Castellano: Santiago, Gutenberg, 1939.

LA EPOCA MAS OSCURA

Castellano: Santiago, 1941.

LA ANTARTICA Y OTROS MITOS

Castellano: Santiago, 1948.

NI POR MAR, NI POR TIERRA... Historia de una Generación

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1950.

Abreviadas: Santiago, Ed. Nascimento, 1974. Buenos Aires, Kier, 1979.

QUIEN LLAMA EN LOS HIELOS

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1957. Barcelona, Ed. Planeta, 1974.

Abreviada: Santiago, Ed. Nascimento, 1974.

LAS VISITAS DE LA REINA DE SABA (Prólogo de C. G. Jung)

Castellano: New Delhi, Ed. Nascimento, 1960. B. Aires, Kier, 1970 y 1979.

Inglés: Bombay, Asia Publishing House, 1960. London, Routledge & Kegan P., 1972. New York, Harper and Row, 1973. Toronto, Fitzhenry & Whiteside Ltd., 1973.

Alemán: Freiburg... im Breisgau, Aurum Verlag, 1980.

LOS MISTERIOS

Castellano: New Delhi, 1960.

Inglés: New Delhi, 1960.

LA SERPIENTE DEL PARAISO

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1963.

Abreviadas: B. Aires, Kier, 1970 y 1978. Santiago, Ed. Nascimento, 1974.

Inglés: London, Rider and Co., 1963 (sin abreviar). N. York, Harper & Row, 1972. London, R. & Kegan P., 1974. Delhi, Vikas Publ. House, 1975.

Japonés: Tokyo, Hirakawa Schuppan Sha, 1984 y 1998.

EL CÍRCULO HERMÉTICO. De Hermann Hesse a C. G. Jung

Castellano: Santiago, Zig-Zag, 1965. B. Aires, Ed. Kraft, 1968. B. Aires, Kier, 1973, 78, 82, 90 y 94. Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974. Madrid, Grupo Libro 88, 1992.

Inglés: London, R. & Kegan P., 1966 (2 ed.), 71, 72, 74 y 77. New York, Shocken B., 1966 y 1988. Einsiedeln, Daimon Verlag, 1997.

Alemán: Zürich, Rascher Verlag, 1968. Rotterdam, Lemniscaat, 1975. Einsiedeln, Daimon Verlag, 1997.

Portugués: São Paulo, Editora Brasiliense, 1970.

Japonés: Tokyo, Merumetikku Sakuru, 1974. Tokyo, Misuzu Shobo, 1985.

Italiano: Milano, Astrolabio, 1976.

Farsi: Thehran, 1983.

Griego: Athens, lamvlichos Publications, 1989.

- Francés: Genève, Georg Editeur, 1991.
 Serbo-croata: Beograd, Plavi Jahac, 1993, 1994 y 1996.
- LA FLOR INEXISTENTE**
 Castellano: London, Routledge and Kegan Paul, 1969.
 Inglés: London, R. & Kegan Paul, 1969 y 1978. New York, Schocken Books, 1970. N. York, Harper and Row, 1972.
 Alemán: Basel, Sphinx Verlag, 1984.
- ELELLA. LIBRO DEL AMOR MAGICO**
 Castellano: B. Aires, Kier, 1973, 1978 y 1992. Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974.
 Inglés: N. York, Harper and Row, 1972. Toronto, Fitzhenry & Whiteside Ltd., 1972. London, R. & Kegan Paul, 1973.
 Alemán: Basel, Sphinx Verlag, 1982.
 Farsi: Thehran, 1983.
 Francés: Hélette, Ed. Jean Curutchet, 1998.
- EL CIRCULO HERMETICO, EL ETERNO RETORNO, ELELLA**
 Castellano: Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974.
- NIETZSCHE Y EL ETERNO RETORNO**
 Castellano: Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974.
 Francés: Hélette, Ed. Jean Curutchet, 1999.
- TRILOGIA DE LA BUSQUEDA EN EL MUNDO EXTERIOR. Ni por Mar ni por Tierra (abreviado); Quién Llama en los Hielos; La Serpiente del Paraíso (abreviado).**
 Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1974.
- EL CORDON DORADO. HITLERISMO ESOTERICO**
 Castellano: Santiago, Edicioneself, 1978. Bogotá, Ed. Solar, 1986 y 1992.
 Alemán: Wetter, Teut Verlag, 1987.
- NOS. EL LIBRO DE LA RESURRECCION**
 Castellano: Buenos Aires, Kier, 1980.
 Inglés: London, Routledge and Kegan Paul, 1983.
- NIETZSCHE Y LA DANZA DE SHIVA**
 Castellano: Santiago, Edicioneself, 1980.
- LOS PROTOCOLOS DE LOS SABIOS DE SION Y SU APLICACION EN CHILE**
 Castellano: Santiago, Cedade-León, 1981 y 1988.
- ADOLF HITLER, EL ULTIMO AVATARA**
 Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1982. Bogotá, Ed. Solar, 1986 y 1995.
- EL CICLO RACIAL CHILENO**
 Castellano: Santiago, 1982 Y 1985.
- NACIONALSOCIALISMO, ÚNICA SOLUCIÓN PARA LOS PUEBLOS DE AMÉRICA DEL SUR.**
 Castellano: Santiago, 1986.
- LA RESURRECCION DEL HEROE**
 Castellano: Santiago, 1986. Bogotá, Ed. Solar, 1987 y 1996.
- CONTRA LA USURA**
 Castellano: Santiago, 1987.
- EL PLAN ANDINIA. Estrategia Sionista para Apoderarse de la Patagonia Argentina**

y Chilena

- Castellano: Santiago, 1987.
- INFORME LEUCHTER. Fin de una Mentira. Cámaras de Gas: Holocausto Judío
Castellano: Santiago, 1989.
- MANU, "POR EL HOMBRE QUE VENDRA"
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1991. Bogotá, Ed. Solar, 1991.
- EL NUEVO ORDEN TRANSNACIONAL Y LA PATAGONIA
Castellano: Santiago, 1991.
- NO CELEBRAREMOS LA MUERTE DE LOS DIOS BLANCOS
Castellano: Santiago, 1992.
- DEFENDAMOS NUESTRA PATAGONIA
Castellano: Santiago, 1992.
- LOS OVNIS DE HITLER CONTRA EL NUEVO ORDEN MUNDIAL
Castellano: Santiago, 1993.
- MI LUCHA. Adolf Hitler (Primera Edición Completa en Castellano)
Castellano: Santiago, 1994. Barcelona, Ed. Wotan, 1995. Bogotá, Ed. Solar, 1997.
- NUESTRO HONOR SE LLAMA LEALTAD
Castellano: Santiago, 1994.
- CONSPIRACION MUNDIALISTA Y TRAICION A CHILE
Castellano: Santiago, 1994 y 1995.
- CONSPIRACIÓN MUNDIALISTA II, LAGUNA DEL DESIERTO Y NAFTA (Separata)
Castellano: Santiago, 1994.
- EPISTOLARIO PARA IMPEDIR EL FIN DE CHILE
Castellano: Santiago, 1995.
- IMITACION DE LA VERDAD. La Ciberpolítica. Internet, Realidad Virtual, Telepresencia
Castellano: Santiago, 1996.
- MEMORIAS DE EL Y YO. Aparición del "Yo", Alejamiento de "El" (Volumen 1)
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1996.
- MEMORIAS DE EL Y YO. Adolf Hitler y la Gran Guerra (Volumen 2)
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1997.
- MEMORIAS DE EL Y YO. Misión en los Transhimalaya (Volumen 3)
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1998.
- MEMORIAS DE EL Y YO. El Regreso (Volumen 4)
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1999.

INDICE

Introducción	5
Lo que está sucediendo	7
Una conversación inexistente	9
La lucha de las Internacionales	26
¿Stalin, un sacerdote?	29
Salvador Allende	34
El Golpe Militar en Chile	50
La Patria	62
En la Yugoslavia de Tito	69
La tristeza del pasto	71
Viaje de Tito a Chile	79
Montescos y Capuletos	83
La grandeza al alma yugoslava	88
Soy un “partisano”	91
Bojana	97
Una pintura del más allá	106
Llega a la Presidencia de Chile el primer Frei	109
Me despido del Arbol	138
Aprendo a vestirme y a mirar	138
Adiós a los bosques	148
En el lugar de la Iniciación	151
Únicamente los alemanes y los chilenos supieron lo que era la amistad	162
Ezra Pound	164
La simbología del Arbol	186
¿Qué fue de Frank MacShane?	188
Vamos a terminar lo antes posible estas “Memorias”	189
Peregrinación y búsqueda	197
En la casa de Hermann Hesse	199
El camino de la droga	212
Montsegur	219
Cosmogonía revelada	222

La guerra de los mundos	226
Las hijas de los hombres	227
El regreso a los confines	231
Leon Degrelle	233
Los confines	245
Los sagrados Andes	253
El misterio de los Dioses Blancos	253
El Monte Melimoyu	255
Encuentro con el extraño personaje	258
Pinochet aparece en escena	272
La partida del Maestro	283
Epílogo	297
La muerte de Thor	301
Obras de Miguel Serrano	303

BERSERKER

BOOKS

